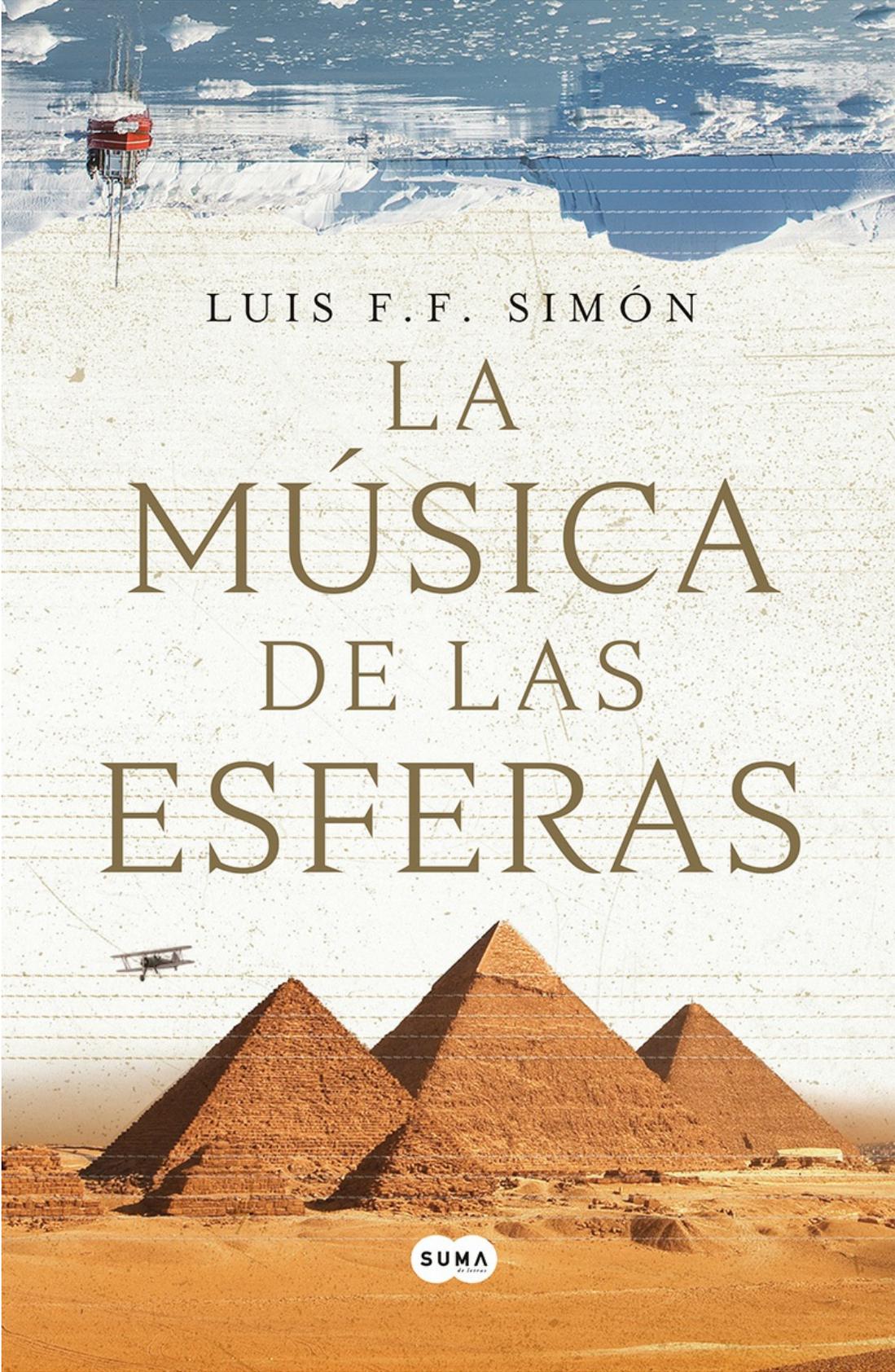


LUIS F.F. SIMÓN

LA
MÚSICA
DE LAS
ESFERAS

SUMA
de letras



LUIS F.F. SIMÓN

LA
MÚSICA
DE LAS
ESFERAS

SUMA
de Lectura

LA MÚSICA DE LAS ESFERAS

Luis Francisco
Fernández Simón



SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Carla, mi música.

A Nicolás, mi sol.

¡Abrazaos, millones de criaturas!
¡Que un beso una al mundo entero!
Hermanos, sobre la bóveda estrellada
debe de habitar un Padre amoroso.
¿Os postráis, millones de criaturas?
¿No presentes, oh mundo, a tu Creador?
Búscalo más allá de la bóveda celeste.
¡Sobre las estrellas ha de habitar!

Novena Sinfonía de Beethoven. Cuarto movimiento.

Capítulo 1

Viena, 7 de mayo de 1824

El director de la orquesta alzó la batuta. El silencio se hizo en el auditorio. Los miembros de la orquesta levantaron sus instrumentos en ensayada coreografía. Los arcos de los violines se tensaron, los trompetistas humedecieron las boquillas y decenas de dedos ensayaron virtualmente los primeros movimientos. Al fondo, las mazas se elevaron sobre los bombos esperando la orden para descargar. La orquesta parecía incapaz de dominar la estampida del primer sonido, que pugnaba, encabritado, por desatarse de las riendas de sus intérpretes. Todos los ojos confluyeron hacia el director, quien a su vez se giró hacia un lateral aguardando la orden del compositor.

Ludwig van Beethoven esperó a que los últimos rezagados ocuparan sus asientos y, con un leve movimiento de cabeza, dio el visto bueno.

Las primeras notas comenzaron a sonar, de manera casi imperceptible. Eran ecos distantes, como dibujando el alba de un nuevo día. La bucólica entrada no auguraba el torbellino musical que esperaba agazapado. En un apresurado *crescendo*, los violines repitieron los sonidos iniciales, elevados por un potente tono de fagot hasta el límite de la tensión de las cuerdas contra la madera. Las paredes del teatro hicieron lo imposible para contener aquella explosión sonora. Sin mediar tregua, los tambores culminaron la introducción de la obra haciendo vibrar las butacas del teatro.

Beethoven contempló satisfecho el efecto de aquel estudiado preludio: la audiencia, desprevenida, había quedado paralizada en sus butacas. Atisbó en las caras de los más escépticos que sus dudas quedaban despejadas. Ya nadie volvería a insinuar que los diez años de silencio desde su última sinfonía significaban que estaba acabado como compositor. Quedaba por resolver si los allí presentes comprenderían el significado último de la obra. No se trataba únicamente de su novena sinfonía. Allí estaba sonando la gran partitura de su vida.

A partir de la impetuosa entrada, Beethoven observó al público absorber gota a gota su elaborado elixir. Su genio, ese que le despertaba de madrugada para susurrarle sonatas al oído, le había obligado a utilizar todos sus conocimientos sobre música, a exprimirlos, y después a filtrar el resultado a través de lo más profundo de su alma.

Vio cómo su primer movimiento agitaba al público en oleadas incontroladas. Como en un vendaval, violentos aullidos se alternaban con momentos de tensa calma. El desconcierto y la confusión atraparon a los oyentes, mecidos como marionetas articuladas por su batuta. Estrofas ardientes, airadas y violentas, evocaban los peores pasajes sufridos por el hombre, siglos de oscuridad, caos y pérdida de la razón; justo a continuación, suaves melodías dibujaban un futuro de fe y esperanza, el hombre renaciendo siempre de sus cenizas.

Una concatenación de acordes escondida entre los rápidos giros de la obra le hizo sonreír. Al final, aunque había tratado de evitarlo por todos los medios, sí que se había colado algo de su melodía secreta. Su pensamiento fluyó inexorablemente al momento que alumbró la Novena, al instante en el que recibió el fogonazo que marcaría sus días hasta su muerte. Hacía ya casi cuarenta años.

Ocurrió a su llegada a Viena. Aquella insólita experiencia supuso un punto de inflexión en su vida. El destino puso en sus manos aquel pergamino de caracteres tan extraños. Nadie entendía su significado, pero él era capaz de leer las partituras de un solo vistazo, sin necesidad de ir nota por nota, así que la música escondida allí dentro brotó de manera natural. La tinta se hizo sonido en su cabeza, destapando una melodía tan sublime como misteriosa.

Su destino quedó impreso bajo las letras de aquel trozo de piel antigua: observar, estudiar y analizar al ser humano para componer el alma musical de la humanidad. El pergamino obró el milagro de la transmutación de su inocencia pueril en la ciega utopía que lo acompañaría de por vida. Esa melodía, instalada en su mente como un eco lejano, volvía a él con renovada intensidad cuando le fallaban las fuerzas, cuando pensaba que estaba equivocado, que todo aquel asunto del pergamino era un error, que era incapaz de asumir esa responsabilidad.

Beethoven volvió a fijarse en los asistentes al concierto. ¿Se daría alguien cuenta de que aquella noche era totalmente diferente, que aquella composición iba más allá de un simple entretenimiento? Esa noche no era Beethoven quien tocaba, era la misma Humanidad la que interpretaba su himno universal.

Un ligero movimiento en uno de los palcos superiores captó su atención. Le importunó ver a su secretario Anton Schindler entrando atropelladamente en el teatro, molestando a varias personas hasta llegar a su asiento. A pesar de que ese joven astuto e inteligente le había procurado razonables beneficios vendiendo sus obras, se había mostrado siempre solícito a todas sus manías y le había aguantado su mal humor, aún no terminaba de confiar en él. Y sin embargo lo necesitaba, mucho más desde que su avanzada sordera le incapacitaba para comunicarse. Al final, muy a su pesar, no sólo se convirtió en su escriba particular, sino en su misma sombra.

Schindler llegó tarde. Lamentaba profundamente haberse perdido el comienzo, pero había merecido la pena. Beethoven no acostumbraba a salir mucho últimamente, así que esa noche, tras desearle suerte al maestro al llegar al teatro, se escabulló y regresó rápidamente al estudio. Por más que buscó, no encontró lo que quería. Llevaba años intuyendo que su señor se inspiraba en algo más que su inteligencia y maestría a la hora de componer. Estaba convencido de que escondía un secreto, y no pararía hasta dar con él.

Ocupó su asiento en uno de los palcos principales y se fijó en su señor, que vigilaba estrictamente cada uno de los movimientos del director. Debía de estar intuyendo, más que escuchando, su propia composición. ¡Qué

crueldad la del destino que dejaba sin oído a quien más lo necesitaba! ¡Qué desalmada paradoja hacía que el mayor músico de la historia no pudiera escuchar su composición más gloriosa!

La nueva variación que tejía la orquesta le hizo olvidarse de sus vacilaciones. Su conciencia fue guiada por una espiral descendente hasta entrar en contacto con lo más oscuro de su ser, y sus constantes vitales quedaron suspendidas hasta que regresó de ese viaje a su interior. En esos compases del segundo movimiento, pudo reconocer al auténtico Beethoven desbordando toda su pasión interior. Demostraba un poder absoluto sobre ellos: atravesaba sus almas con los arcos de los violines, elevaba al cielo sus sueños con flautas y clarinetes, y los devolvía, inmisericorde, a la realidad terrenal bajo el rumor de los tambores. Beethoven les estaba regalando amor en estado puro, amor a la propia existencia: naturaleza, Dios y humanidad inseparables. La belleza, esa oculta dimensión que sólo enseñaba sus atributos a unos elegidos, había seleccionado a Beethoven esa noche para hacerse música.

Quedó tan embelesado con la composición de su maestro que no se percató de que sangraba por las uñas, de la fuerza con que las había clavado en la madera de la silla. El dolor le sacó del trance al comienzo del cuarto movimiento, cuando los compases comenzaban a rememorar los del primero como en cadenciosa letanía. Schindler se asomó por la barandilla del palco para echar una mirada a la sala, incomodado por un creciente murmullo que crecía desde la platea. ¡Aquel escándalo representaba una absoluta falta de respeto! Fue entonces cuando contempló al sobresaltado público, y se relajó al comprender que el ruido no significaba desaprobación. Nunca antes había visto nada igual: jóvenes exultantes, aristócratas hipnotizados y mujeres extasiadas. El extraño hechizo fue contagiándose y creciendo como un animal vivo, apropiándose de la voluntad de los asistentes. Tanto las clases adineradas en sus palcos como las más humildes en el patio de butacas se fundían por un instante en un mismo sentimiento, una exhalación interrumpida. Todos parecían transportados a otra dimensión, lejos del *Kärntnertortheater*, flotando en un mundo tan irreal como terriblemente humano, tan colectivo como inconfesablemente íntimo.

Beethoven asistió satisfecho a la entrada del coro en el compás exacto. Recordó las críticas que algunos habían osado plantearle durante los ensayos: ¿por qué organizar una coral para emplearla únicamente en el cuarto movimiento? Nadie quería entender la evidente explicación: el hombre debía ocupar el lugar preciso que le correspondía en el universo y en la historia. Las voces masculinas introdujeron los versos iniciales de la “Oda a la Alegría” de su gran admirado poeta Schiller. Había compuesto el cuarto movimiento con la música y la voz abrazándose en una misma melodía, construyendo una onda mágica que pudiera traspasar la barrera de los sentidos y atacar directamente los corazones.

La irrupción coral terminó por descontrolar al público. A pesar de la silenciosa burbuja en la que vivía, Beethoven pudo intuir el tumulto como una ligera vibración sobre su piel. Varias personas se pusieron en pie; algunas sólo aplaudían, otras levantaban los brazos en violentos aspavientos exclamando vítores ininteligibles para él. El director de la orquesta continuaba con su trabajo sin inmutarse por el bullicio. Ya le había advertido que debía seguir hasta el final pasase lo que pasase en la sala.

Estaba consiguiendo el efecto deseado. La histeria seguía extendiéndose por todo el salón: mujeres que se desmayaban, otras visiblemente acaloradas, hombres llorando, ancianos reprimiendo una lágrima y jóvenes gritando jubilosos los versos de Schiller.

Las voces del coro avivaron el tempo, anunciando que se acercaba el final. La música parecía querer traspasar los límites físicos de la sala, de la ciudad, de los hombres, para proyectarse sobre la bóveda celestial, y de allí a los confines del universo.

Beethoven extendió sus brazos y dio gracias a Dios. “Espero haberte complacido”.

La apoteosis orquestal terminó y el director bajó la batuta extenuado. Un segundo de silencio bastó para despertar a la audiencia de su efímero sueño, y entonces se produjo la más sonora descarga de aplausos jamás vivida en la capital de la música.

La obra había terminado. A Schindler le temblaban las piernas, no podía ponerse en pie. Mientras el público ovacionaba la brillante interpretación, se

enjugó las lágrimas y observó a su señor paralizado, con la vista perdida en el techo del teatro y los brazos abiertos en una postura suplicante.

La contralto solista bajó del estrado donde se hallaba el coro y se dirigió hacia el compositor. Cuando llegó a su altura, Beethoven pareció regresar de su mundo y se dejó coger del brazo cariñosamente por la cantante, que le invitó a deleitarse con el cariño de su entregado público.

Beethoven agradeció los aplausos con una leve reverencia. En su cara se dibujó la paz absoluta, la de aquel que supo reconocer el objetivo de su existencia, luchar contra las adversidades de la vida, y conseguirlo al fin.

Capítulo 2

Lisboa, 1 de enero de 2018

Miko terminó de colocar en perfecta línea recta los taburetes frente a la barra del bar. Llenó el cubo de la fregona, escurrió la cantidad justa de agua y deslizó con energía los flecos sobre el pastoso suelo. La fiesta de Nochevieja había sido todo un éxito, el empujón definitivo que colocaría a su café entre los lugares de moda de Lisboa.

“Fue buena idea invitar a ese grupo de música étnica de Cabo Verde”, se dijo.

Levantó la cabeza hacia el pequeño escenario, donde los instrumentos descansaban bajo las mortecinas luces de emergencia. El pesado silencio del local parecía pedirles a gritos que despertasen y se pusieran a tocar de nuevo. Los perfiles cromados de la batería captaron su atención, destellando en la oscuridad como los ojos de una chica insinuándose al fondo del bar. Ahora también le pareció ver que la guitarra, apoyada lascivamente contra la pared, le lanzaba un guiño obscuro. Bajó la mirada y continuó fregando, evitando mirar cara a cara al teclado. Esa relación ya le había costado mucho, así que sería mejor no tentar a la suerte.

Encendió el proyector y conectó la televisión para quitarse esos pensamientos de la cabeza mientras seguía con sus tareas. Unos saltadores de esquí volaban en forzada postura con un idílico paisaje alpino como fondo, lo

que le evocó al momento instantáneas de su juventud en Suiza. Se percató de que era la primera vez que se levantaba un uno de enero tan temprano. En su época de estrella de la música electrónica, las más importantes discotecas de Europa se lo disputaban ferozmente en Nochevieja. A continuación empezó la retransmisión del concierto de Año Nuevo desde Viena. No pudo evitar una sonrisa al recordar el año que su discográfica le consiguió dos entradas VIP, y cómo había dejado plantada en la acera a la que a la postre sería su mujer, tras negarse repetidamente a quitarse la piel de visón que llevaba colgada al cuello. Lo que mal empieza, mal acaba, se dijo.

Aquel día de Año Nuevo le resultaba inusualmente tranquilo y reconfortante. Quizás todos habían sido así pero él se los había perdido por culpa de su vida desenfrenada. ¿Qué objetivo se propondría para este nuevo año? Hacía tiempo que había dejado esa costumbre. Tiempo atrás, fruto de aquellas promesas personales, nacieron un bosque en una zona desforestada del Amazonas, un artículo en el *National Geographic* sobre el cambio climático y las energías alternativas, y hasta un pequeño hospital en una zona subsahariana. Sin embargo, el nacimiento de su hijo Nicolás, que dormía plácidamente en el piso de arriba, no fue en absoluto programado. Lo que en aquel momento consideró un desliz, ahora le parecía lo mejor que había hecho en su vida.

Miko apagó la televisión y encendió todas las luces, tratando de ahuyentar los fantasmas que se habían confabulado esa mañana para hacerle revivir su pasado. No podía dejarse arrastrar por los recuerdos, y menos ahora que veía alcanzada por fin la deseada estabilidad. A sus cuarenta y tres años, había logrado recomponer su turbulento pasado en otro lugar, con otro trabajo y rodeado de otras personas. Lo único que deseaba era seguir hacia adelante con su nueva vida.

El estridente timbre de la puerta cortó sus pensamientos de raíz.

—Hola —dijo con voz seria un joven con marcado acento alemán que permanecía inmóvil bajo un intenso aguacero—. ¿Es usted Miko Tarvuk?

Miko le contempló arqueando una ceja. Grandes gafas de sol de espejo, chaqueta motera, flequillo repeinado hacia un lado y un diamante en la otra oreja... Una *fashion victim* mezcla de Tom Cruise y Lady Gaga que parecía

no haber acabado aún la fiesta nocturna.

—¿Quién pregunta por él?

—Eso no importa —dijo, secamente—. Vengo a proponerle un negocio.

Miko miró hacia ambos lados de la calle. El silencio sólo era roto por el repiqueteo de la lluvia sobre el empedrado del suelo.

—No veo la furgoneta de reparto. Además, no espero suministros hoy.

—¿De verdad es usted Okimo? —preguntó el visitante, obviando el comentario gracioso de Miko, y escrutándolo sin disimulo de arriba a abajo.

Esa palabra resonó en el interior de Miko amplificando sonidos que creía silenciados para siempre. Hacía muchos años que nadie lo llamaba por su nombre artístico.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó con brusquedad, irritado por el forzoso recuerdo de todo lo que significaba ese nombre. Miko se había esforzado por ocultar su anterior identidad pero, a raíz de aquella visita inesperada, era evidente que se había dejado algún fleco sin tapar.

—Google. Ahí está todo. Deberías saber que la gente que visita este bar no viene sólo por las *caipirinhas* y por la música en directo. También acuden por la curiosidad de ver a la ex estrella de la música electrónica convertida en camarero, y luego lo comentan en los foros, claro.

—Maldito internet —gruñó Miko. En su día, él había sido un pionero en el uso de la red para distribuir su obra y estar en contacto con su público. Ahora, comprobó que ella también se había vuelto en su contra.

—Vamos, déjame entrar —insistió el joven—. Vengo a proponerte un negocio muy rentable —dijo, acompañando la frase con un leve gesto de la cabeza.

Miko siguió el movimiento hasta reparar en el voluminoso maletín que colgaba de su mano. El chico no parecía peligroso, así que accedió a seguir aquella improductiva conversación en el interior del local.

Tomaron asiento en una de las mesas frente al escenario.

—Está bien, ¿qué vendes? —preguntó Miko.

—Quiero encargarte una canción.

—Lo siento, eso no es posible —interrumpió Miko—. Ya no me dedico a la música.

—El trabajo es sencillo, y te pagaré bien.

—No es cuestión de dinero.

—¿Cien mil euros son suficientes para que te lo replantees?

Miko ni siquiera pestañeó.

—No te lo repetiré, no estoy en venta —dijo, señalándole con el dedo.

—Está bien, pero no pretendo que vuelvas a los escenarios. Sólo necesito una hora de tu tiempo. Luego me marcharé y no volverás a saber nada de mí.

Miko había sido objeto de algunas excéntricas peticiones cuando era la referencia en las pistas de baile, pero ninguna tan descabellada como aquella. Cien mil euros por una hora...

—Lo siento, muchacho, lárgate de aquí. Ya he escuchado bastante.

El joven germano, en lugar de amedrentarse, soltó un bufido de hastío, colocó el maletín sobre la mesa y giró con parsimonia los anillos de la cerradura de seguridad.

Extrajo del interior un pesado objeto esférico que depositó con cuidado delante de Miko. Lo que en principio parecía una simple bola metálica se transformó bajo los focos en un deslumbrante orbe que disparó rayos de luz en todas direcciones. Por un instante, a Miko le invadió la misma electrizante sensación de cuando saltaba a los escenarios. Las filigranas de oro que cortaban la esfera a modo de meridianos y paralelos de un globo terráqueo parecían absorber la energía a su alrededor, y a Miko le pareció que el local encogía, reducido apenas a aquella mesa y aquel poderoso objeto. Reprimió las ganas de tocarla por si acaso su magia se desvanecía al contacto, pero no pudo evitar acercar su cara a ella, hipnotizado por el halo de misterio que desprendía. Al momento, la esfera le devolvió su rostro reflejado y distorsionado por la bruñida cubierta de plata. Intuyó que le estaba desafiando a abrirla si quería conocer su verdadero yo. Como atendiendo a sus pensamientos, el alemán desplegó un pequeño cierre metálico y abrió la esfera en dos, descubriendo el sofisticado mecanismo de una caja de música.

Miko las conocía muy bien, pues en Suiza se vendían como *souvenirs*, un recuerdo del país de la maquinaria de precisión. Ésta, sin embargo, saltaba a la vista que se trataba de una obra fuera de lo normal. Un resplandeciente conjunto articulado de engranajes de acero cromado conectaba la manivela

manual con el fleje, encargado de almacenar la tensión para descargarla luego paulatinamente sobre un cilindro metálico moteado de pequeños remaches. Milimétricamente superpuesto a él, un peine de finísimas pletinas de longitud creciente le recordaron a Miko las cuerdas del interior de un piano, cada una programada para reproducir una única nota. El movimiento sería transferido por una concatenación de ruedecillas dentadas perfectamente pulidas, que enseñaban sus dientes tan afilados como el primer día. La base semiesférica estaba rechapada de madera de abeto alemán, blanca y lustrosa, la preferida por los luter para las cajas de resonancia por su excelente amplificación del sonido. Se notaba que aquella no había sido usada muy a menudo. Ni una sola mota de polvo sobre el reluciente disco, que ocultaba la obra musical bajo un indescifrable código de puntos, ni una pequeña mancha de grasa sobre las transmisiones. Nada empequeñecía la belleza de aquel universo musical en miniatura, en el que el ingenio del hombre había logrado materializar el intangible concepto de la música en un instrumento perfecto.

Sobre la parte interior de la tapa, Miko observó un último detalle. Grabados con caligrafía exquisita, estaban escritos los números 2-0-1-8. Si no hubiera sido por esa indicación que demostraba su origen humano, casi habría llegado a pensar que se trataba de un objeto llegado de otro mundo.

El joven comenzó a darle cuerda al carrete. Miko lo escuchó como el que asiste a la carga del revólver que va a acabar con su vida.

—El encargo consiste en realizar una canción a partir de la melodía de esta caja de música. Eso es todo. Supongo que para ti es un juego de niños trasladar las notas que vas a escuchar a un sintetizador. Puedes añadir los arreglos que consideres oportunos, pero te rogaría que te ciñeras lo máximo posible a la obra. Lo importante es extraer su alma, que quede claramente impregnada en la canción que tú escribas.

—¿Por qué me has elegido a mí? Llevo años retirado.

—Precisamente por eso. Necesito discreción, no podía ir a un artista conocido o a una discográfica famosa.

—Vaya, necesitabas un músico olvidado... —Miko acusó el golpe.

—Pero la principal razón es que nunca he visto a nadie como tú usando un sintetizador —confesó el joven, sin cambiar un rasgo de su dura

expresión.

Miko pensó que en su época de mayor éxito, aquel joven sería apenas un quinceañero.

—¿A qué se debe tanto misterio?

La manivela llegó a su fin produciendo un sonoro chasquido.

—Escucha la canción. Espero que tú lo entiendas.

El cilindro surcado de remaches comenzó a girar lenta y uniformemente, levantando y soltando las laminillas metálicas para producir las primeras notas, que se elevaron como volutas de humo flotando en el estancado aire del local. Miko enseguida quedó enganchado a la melodía, como si su mente formara una parte más del complejo artefacto en rotación. Cerró los ojos instintivamente, y los sonidos entraron como un torrente en su interior. Ese demonio, la música, regresaba para pedirle que se arrodillara de nuevo ante ella. No, no podía claudicar. Ya le vendió una vez su alma, y a cambio sólo obtuvo el fracaso y el olvido. La caja seguía deshojando notas como una flor azotada por el viento, desprendiendo pétalos que erizaban la piel de Miko con malévolas caricias. Su parte racional pensó en levantarse y estampar ese objeto maligno contra la pared, acabar con la tentación, pero no pudo mover un dedo. Cada golpe de metal parecía hundir un cincel en su rocosa consciencia, picando con la pericia de un viejo artesano y la terca voluntad de un niño. El último remolino sonoro que salió de la caja terminó de abrir la brecha, y por allí comenzaron a salir todos los falsos argumentos, contradicciones y excusas que había pergeñado para cambiar su alma libre y soñadora por un impostor práctico y previsible. Sus fuerzas flaquearon, su alma se derrumbó, y la canción terminó.

—Lo haré —dijo Miko, levantando la cabeza para mirar directamente a los ojos al que bien podía ser un enviado del infierno. Sabía que con esa decisión estaba retrocediendo muchos años de su vida, pero se sentía obligado a liberar esa música de su urna metálica. Tenía que permitir que el resto del mundo pudiera sentir la magia que esa melodía llevaba dentro. De no hacerlo, además, corría el riesgo de que se quedara para siempre repitiéndose en su cabeza.

Se levantó, se dirigió con la caja hacia el escenario, conectó el teclado y

activó la función grabación. El joven alemán se quedó observándolo fijamente desde su silla. De vez en cuando, Miko volvía hacia atrás la melodía de la caja para escuchar de nuevo las notas, que traducía automáticamente a una secuencia de teclas blancas y negras. En media hora había terminado, reprodujo el resultado desde el principio hasta el final, y con el beneplácito del joven alemán, copió la composición en una memoria USB y se la entregó.

—Aquí tienes el dinero —indicó el joven, entregándole un enorme fajo de billetes de quinientos euros—. Es todo legal, y para que no te quepan dudas, lo formalizaremos con una factura. La tengo preparada, sólo tienes que firmar aquí. También el acuerdo de confidencialidad.

Miko estampó su firma en todos los lugares que el tipo le indicó, mientras en su mente aún persistía la melodía de la caja de música como un tocadiscos atascado en el mismo surco de un vinilo.

El alemán cerró la carpeta con presteza, recogió la caja y se dirigió sin despedirse hacia el pasillo de salida.

Miko levantó la vista de la mesa, esforzándose en emerger a la superficie del mar tempestuoso en el que la música había tratado de ahogarlo.

—¿De dónde proviene esta caja? —consiguió articular justo antes de que el joven empujara la puerta.

—Es muy antigua —contestó el alemán.

—Ya lo creo. Las notas están ordenadas según la escala pentatónica que ya nadie usa.

El alemán se encogió de hombros y torció los labios, mostrando la importancia que le daba a aquel detalle.

—¿Y qué significa esa inscripción numérica? —insistió Miko.

—¿Dos mil dieciocho? ¿A ti qué te parece? Es el motivo de que hoy esté yo aquí y de que, además, me convierta en un hombre inmensamente rico.

—Te has dado prisa en realizar el encargo. Hoy es uno de enero.

—Al contrario, llevo mucho tiempo esperando este día —dijo, mientras apoyaba su mano en el pomo de la puerta—. Ah, una última cosa. Se te olvidó ponerle título a la canción...

Miko lo pensó durante unos segundos. ¿Qué le había sugerido esa

melodía?

—“Square Circle”.

—¿Cómo? —preguntó el joven, confundido— ¿Cuadrado y círculo?

—No, “el círculo cuadrado”, lo imposible, la perfección.

—Ah, ya —asintió el germano, poco convencido—. Adiós, espero no volver a verte nunca.

Miko no atinó a decir nada mejor, aturdido aún por la fugaz y extraña visita. Se paró un segundo con los oídos bien abiertos. Los ecos de la melodía iban desvaneciéndose rápidamente en su mente. De repente se encontró ligero, como despojado de varias capas de abrigo, casi flotando en el aire. Echó el cerrojo de la puerta y corrió escaleras arriba a despertar a Nicolás.

Cuando saltaba ágilmente los escalones de tres en tres, no era consciente de que sus labios tarareaban una pegadiza canción.

Tras salir del local, Thorsten echó a correr, jugándose el tipo por las empinadas y resbaladizas calles de Alfama, hasta que fue a desembocar a la amplia avenida que discurría paralela al río. Paró al primer taxi y le indicó que quería ir al concesionario Porsche. El taxista le advirtió que ese día todo estaba cerrado pero, ante la airada mirada del germano, puso el coche en marcha y guardó silencio durante el resto de la carrera. Thorsten sabía que el director del centro lo estaba esperando con las llaves del Porsche 911 GT3 en la mano. Una última llamada de teléfono le separaba de su sueño rubí metalizado de 475 caballos y 315 kilómetros por hora.

—Andreas, tengo la canción. Suelta la pasta.

—Las reglas establecen que debe estar publicada —objetó con voz protocolaria.

—¡Joder, lo estoy haciendo en este momento! —protestó Thorsten.

El germano conectó la memoria a una tableta con conectividad inalámbrica 4G y subió la canción en formato *mp3* a un servidor de internet con un dominio .com que había contratado previamente.

—Ya la veo. Déjeme comprobar que se corresponde con la música de la caja.

—Maldita, sea, Andreas. ¿Crees que he colgado un villancico?

—Viniendo de usted... —contestó, con su exasperante flema.

Thorsten escuchó cómo la canción recién compuesta por Miko comenzaba a sonar al otro lado de la línea. Se relajó. Por fin, después de tantos años de espera, iba a recibir su herencia. Sus padres murieron cuando era un bebé, y su abuelo, como patriarca familiar, se hizo cargo de él. Empeñado en la imposible tarea de que se aplicara en los estudios y aprendiera buenos modales, le sometió a una severa e inflexible disciplina. El viejo pasó al otro barrio pocos días antes de que él cumpliera la mayoría de edad, colocándolo como heredero único de la fortuna. No podía creerlo, su futuro se despejaba de repente a su favor. Lo primero que haría sería montar una fiesta en el palacio de Baviera donde había vivido su familia durante décadas. Pero fue entonces cuando se enteró de la dichosa historia de la caja musical. Sus difuntos antecesores se las habían arreglado para que no pudiera disponer del dinero y del patrimonio hasta que no pusiera fin a una estúpida tradición familiar. El origen de la caja de música se perdía en las raíces de su árbol genealógico, pero por alguna razón que a Thorsten se le escapaba, en los últimos miembros de la saga se había asentado la idea de que la inscripción con los números 2-0-1-8 indicaba el año 2018, y que, por tanto, la música de la caja debía liberarse en ese preciso año. Para asegurarse de que todo se cumpliera según lo planificado, Andreas, el albacea de la familia, administraría las posesiones hasta que hubiera llegado el momento.

Pero a Thorsten ya todo eso le daba igual. Del mismo modo que nunca preguntó por qué la melodía de la caja se había mantenido siempre en secreto, tampoco le importaba ahora lo más mínimo el efecto de la puesta en libertad de esas notas musicales. Era una pena que sus ancestros no estuvieran allí para comprobar si sus premoniciones eran correctas, pero ese no era su problema.

El director del concesionario le recibió con el local cerrado, quizás sospechando que el muchacho que aseguraba que iría a comprarse el coche más caro de la marca el mismo uno de enero nunca aparecería.

Thorsten contuvo la respiración mientras se conectaba con la tableta a la cuenta suiza cuyo saldo el día anterior no habría dado para alquilar un Volkswagen durante una semana. Cuando vio la nueva cantidad no pudo

evitar apretar los puños en gesto triunfal. Realizó la transferencia, añadiendo una generosa propina para que el escéptico vendedor no olvidara realizar un último encargo: enviar por correo a Andreas los formularios que había firmado Miko Tarvuk. Las oficinas de correos estaban cerradas y él tenía cosas mucho más importantes que hacer. Una vez acordado ese trámite, juntó las palmas de las manos para recibir su tesoro. El tintineo metálico de las llaves al tocar su piel sí que le pareció una música divina, no como la de esa maldita caja. Introdujo en el maletero del Porsche la causante de su miseria hasta ese día y se despidió agitando la mano por la ventanilla, mientras hacía chirriar las ruedas en la primera curva.

Puso rumbo al sur. Le habían comentado que en la zona del Algarve podría encontrar todo lo que un elegante y rico joven, carismático y cosmopolita como él, pudiera desear. No era Montecarlo, pero estaba más cerca. Deseaba poner a prueba la potencia de su nuevo juguete cuanto antes y las carreteras portuguesas carecían de la estrecha vigilancia de las españolas. Ya estaba deseando llegar al club de golf de lujo donde había reservado un *bungalow* y ligarse a las hijas, o nietas, de sus decrépitos compañeros de juego.

Las indicaciones viales no eran del todo acertadas, así que se encontró media hora más tarde en dirección completamente equivocada. Soltando improperios por la ventanilla, echó en falta el pragmatismo alemán a la hora de nombrar las carreteras y señalar los desvíos. Cuando creía que tenía enfilado el famoso puente colgante, un nuevo despiste le introdujo otra vez en el corazón de la ciudad. ¿Cómo no podía traer un GPS de serie un coche tan caro? Para no saltarse otro desvío, redujo la velocidad hasta la vergüenza de verse adelantado por varios camiones. Hora y media más tarde, al fin encauzó la autovía que le elevaba hasta el puente 25 de abril.

¡Por fin, ésta es la mía! Tratando de desquitarse del tiempo perdido, hundió el pie en el acelerador. Iba a demostrarles a esas pobretonas tartanas portuguesas cómo ruge un bólido alemán. El puente disponía de tres carriles para cada sentido. Con un ágil volantazo se colocó en el exterior, y en ese mismo instante, un ruido ensordecedor inundó el interior del coche. Apretó el volante con fuerza ante esa amenaza sonora, pero enseguida se percató de que

no había ningún peligro: el suelo de ese carril era una rejilla metálica que servía de respiradero al piso inferior por el que circulaban los trenes, y el rozamiento era muy diferente al del asfalto. Una vez recobrada la tranquilidad, abrió de nuevo gas a fondo. Derecha, izquierda, ¡qué divertido! Cambió repetidas veces de carril para sortear los coches que cumplían el escandalosamente bajo límite de velocidad. Allí arriba, a doscientos setenta kilómetros por hora y ciento noventa metros sobre el río, Thorsten sintió que volaba. Comenzaba para él una nueva vida de placer y diversión.

Cuando superó la elevación del punto medio del puente, contempló con pavor el estallido sincronizado de las luces traseras de los coches que lo precedían. ¡Joder, están parando!

Aplicó toda la fuerza sobre el pedal y los frenos respondieron prestos con una violenta sacudida. Tecnología alemana, se reconfortó. Lo que no esperaba era que el dichoso entramado de acero del pavimento se hubiera convertido en una pista de patinaje tras la reciente lluvia. Thorsten giró el volante en todas direcciones, incapaz de dirigir la máquina. No le dio tiempo ni de gritar. El coche derrapó y colisionó contra la barandilla metálica que separaba las dos calzadas. Todas las bolsas de aire saltaron a la vez, envolviendo a Thorsten en una engañosa nube protectora. Ya no pudo ver cómo su auto rebotaba de nuevo hacia el carril central y embestía por detrás a un moderno Beetle de un ridículo color manzana. El violento choque lo hizo saltar por los aires. Su joya automovilística se contorsionó y aulló como un animal herido mientras ejecutaba tres vueltas de campana por encima de los autos atascados hasta salir despedido por el borde del puente justo entre dos cables de suspensión.

Tras seis segundos de perfecto vuelo parabólico, el deforme conjunto de fibra de vidrio y metal se estrelló contra la plancha de agua, saltando por los aires trozos de puertas, ventanas, capó, llantas, faros y maletero, mientras que el esqueleto desnudo del chasis decidía hundirse lentamente. El estallido sorprendió a los tranquilos habitantes marinos de las profundidades del estuario, que se acercaron rápidamente a dar cuenta de los pedazos de carne que habían servido desde arriba. Fueron los únicos que escucharon el mensaje de auxilio de la caja de música, que trataba de introducirse en el aire

de las burbujas que alcanzaban la superficie para lanzar una última y desesperada llamada que le evitase otros doscientos años de silencio.

Capítulo 3

En algún lugar del África Central

El último recuento de votos confirmó la sorpresa. El aspirante blanco se imponía por amplia mayoría a sus tres rivales de raza negra. Los tres candidatos más populares no fueron capaces de encontrar una explicación a este desenlace. Las elecciones se las había llevado de calle quien partía *a priori* con menos posibilidades. Nadie daba crédito a lo ocurrido.

Salvo Peter Bigelow. Él era el causante de la revolución. Él era el creador del fraude.

Tras el destartalado escenario que se había montado para celebrar la victoria, contemplaba impasible el trasiego nervioso de los miembros del partido preparando la gran fiesta. Se sentía ajeno a los vítores de alegría de la gente que empezaba a llegar al evento. Su satisfacción iba por dentro. Su proyecto había sido un éxito mayúsculo, la culminación de sus largos años de investigación médica. Con aquel resultado había conseguido dar un paso de gigante en una nueva ciencia, la neuromusicología.

La prueba había sido dura. Cinco semanas antes, cuando la avioneta lo dejó sobre la bacheada tierra de la pista de aterrizaje, no tenía ni idea de a lo que se enfrentaba: mosquitos como puños aguijoneándole en la noche, ratas del tamaño de perros acechando en los callejones y niños jugando al fútbol con una pelota de carne, pelo y piel de animales muertos. Tampoco las

miserables condiciones higiénicas del país, el pegajoso calor, ni el polvo en suspensión que saturaba el aire pudieron apartarle un ápice de su objetivo: hacer ganar las elecciones al candidato que menos posibilidades tenía. Su única arma, la música; sus balas, los resultados de la investigación de su proyecto “Dylan”. El escenario era idóneo para realizar el experimento. Un pequeño y olvidado país que nadie sabría localizar en el mapa, lejos del alcance de los medios de comunicación. Por inesperado que fuera el resultado que se diera, a nadie le importaría.

El himno electoral que creó para la ocasión fue destilado con esmero en su laboratorio de campaña, eligiendo los mejores ingredientes sonoros y cocinándolo todo a fuego lento en los más sofisticados sintetizadores y equipos de mezcla para conseguir una receta infalible. La televisión apenas se había desplegado por aquel país, por lo que la difusión se realizó principalmente por radio y a pie de calle, a bordo de ruinosas camionetas propagandísticas. Aquella canción de apariencia inocente había causado el efecto pretendido en los votantes, que sin saberlo habían sido influidos subrepticamente por las sutiles notas del himno de Peter. La elección de aquellos pobres habitantes como conejillos de indias también tenía una explicación científica. Sus mentes estaban vírgenes, impolutas, sin envenenar por la civilización occidental. El nivel cultural era nulo, y el desarrollo social y económico invisible. Aunque las fronteras los hubieran dotado de una identidad común, aquellos desgraciados no eran más que seres humanos a la deriva. Era justo lo que necesitaba su experimento, oídos abiertos y mentes despejadas, listos para recibir su mensaje como esponjas sedientas de agua.

Su padre iba a estar muy orgulloso. Habían construido el proyecto juntos, su progenitor lo ideó y él lo ejecutó. Como director de la Orquesta Filarmónica de Nueva York, el padre de Peter sabía mucho sobre la interacción de la música con las emociones humanas, pero lo que allí habían conseguido iba mucho más allá: cambiar totalmente la voluntad de miles de personas.

Las escasas luces del escenario se encendieron súbitamente y los viejos altavoces lanzaron al aire una vez más su pegadizo himno. El candidato vencedor pasó por su lado acompañado de una nutrida camarilla, ignorándolo

por completo, y salió al estrado a darse su inmerecido baño de masas. Miles de personas lo esperaban ansiosas, apiñadas en una marea humana que se extendía sin fin sobre la falda de la montaña que se había improvisado como anfiteatro. Parecía más un concierto de rock que un mitin político.

Cuando lo vieron aparecer, todos fueron presa de un delirio colectivo. La muchedumbre estaba entregada a un sentimiento común que superaba cualquier demostración de apoyo a un candidato político. Peter reconoció las emociones que había tratado de provocar con su tema: auténtica fe ciega, entrega incondicional y absoluta. Con la entrada del estribillo de la canción, estalló un griterío ensordecedor, y el suelo vibró con los saltos del público al ritmo de la percusión. El gentío elevaba sus manos al cielo y las agitaba al unísono, como en una ensayada danza tribal, al son de la embriagadora música sintetizada por la más compleja y estudiada concatenación de melodía, ritmo y armonía que Peter había compuesto nunca.

Ninguno de los asistentes, ni siquiera los miembros del partido, era mínimamente consciente de que habían sido manipulados para decidir su voto, ni que en ese preciso momento estaban siendo encantados de nuevo, como la cobra por el faquir, por la música que siempre acompañaba las apariciones de su líder político.

Desde la distancia, Peter observaba las olas que formaba la multitud meciendo sus brazos al aire. Le dolía la cabeza de puro agotamiento. Se frotó las sienes y cerró los ojos para hacerlos descansar. Deseaba poder tapar también sus oídos y alejarse por un momento de su trampa musical. Al abrir los ojos, descubrió asombrado una extraña figura dibujada sobre el tapiz del público. ¿Una serpiente? Esperó dos, tres segundos, sospechando que se trataba de una caprichosa casualidad en el vaivén de la marea humana, y que desaparecería enseguida. Pero para su sorpresa, la serpiente fue desplazándose grácilmente de un lado a otro sin perder su estilizada silueta. Pareciera que se contoneaba delante de su creador, exhibiéndose orgullosa. Peter levantó una mano y marcó los compases de la melodía, comprobando cómo la serpiente le seguía el ritmo. Aquello no tenía sentido, no podía ser más que una alucinación. Sintió un ligero mareo y su pulso acelerarse. Tenía que acabar con aquel fantasma. Aprovechó que llegaba el final del estribillo

para marcar con un enérgico movimiento de su brazo el final de la obra. Al instante, la figura de la serpiente se disolvió. Buscó un banco para sentarse, no fuera a desmayarse y nadie lo encontrara, ensimismados todos con su encantadora canción.

¿Qué había sido aquello? ¿Hasta dónde había llegado con su experimento? ¿Qué había creado realmente?

La criatura musical que había concebido *in vitro* se había escapado de la probeta y se había manifestado con arrogancia delante de sus ojos. Algo había fallado: él, como progenitor, debía haber marcado los límites a su retoño. Lo peor, que ya era demasiado tarde para arreglarlo.

La impresión del momento le había impedido notar la vibración en el bolsillo del pantalón. Una vez recuperado del sobresalto, pudo escuchar el pitido inequívoco del aviso de un mensaje.

Mecánicamente echó mano al móvil y marcó los dígitos del buzón de voz, tratando de volver a la realidad y olvidar lo que había visto.

Una voz trémula y vacilante apareció al otro lado. Era su amigo Stephen Barrow, que le condensó la información en unas pocas palabras.

“Peter Bigelow, debes volver rápidamente a Nueva York. Algo grave ha ocurrido. Ponte en contacto inmediatamente conmigo”.

No fueron necesarias más palabras. Peter Bigelow supo de inmediato que su padre había muerto.

Capítulo 4

El ligero vaivén era casi imperceptible desde el asiento de primera clase. En el interior del tren de alta velocidad el silencio era absoluto, apenas un ligero zumbido de motores. Las azafatas acababan de retirar la frugal cena, los móviles habían dejado de sonar, y la tranquilidad se apoderó por fin del vagón.

David plegó la funda rojo chillón de su iPad, lo dejó sobre la mesita, y alzó su cabeza por encima del asiento para observar el resto del compartimento. Casi todos los ocupantes se abandonaban al sueño entre largos bostezos. Otros, en cambio, se resistían a concluir su jornada de trabajo y continuaban tecleando frenéticamente en sus ordenadores portátiles, tabletas y teléfonos inteligentes.

Volvió a sentarse y miró por la ventanilla. Los últimos rayos de sol bañaban la planicie de un ámbar apagado, que ya sólo fulguraba sobre las crestas de las olas de espigas arremolinadas por el cierzo. En los pueblos asentados bajo las lejanas montañas comenzaban a brillar las primeras luces artificiales. Era un broche de oro para un día perfecto.

Ella lo había hecho posible de nuevo. Sentada frente a él, Alicia dormía como un ángel. Cualquiera diría que bajo ese aspecto de niña inocente se escondía una implacable abogada que destrozaba sin piedad a sus rivales sobre el estrado. Se detuvo en sus facciones: cejas onduladas, nariz fina y recta, labios sutiles... Rasgos que parecían sacados de otra época. ¿Cómo se llamaba ese famoso pintor cordobés de mujeres?

Un golpe de presión sacudió el tren al entrar en un túnel. Alicia abrió un ojo con expresión adormilada, pillando in fraganti a David con la mirada clavada en ella. Le guiñó un ojo cómplice y volvió a su plácido sueño, dejando a David del mismo color que la funda de su iPad.

David la había conocido trabajando en la Agencia, y rápidamente habían trabado una gran amistad. Aunque le parecía la chica más encantadora del mundo, nunca se había atrevido siquiera a insinuárselo. ¿Qué iba a hacer ella con alguien como él? Su timorata actitud con las mujeres se había gestado muy temprano. Tragó saliva al recordar el mote que le pusieron en el colegio: “rinojifante” describía con exquisita maldad y precisión su exceso de volumen, altura y tamaño de nariz.

Él siguió observándola, pero ahora reflejada en el cristal para evitar ser sorprendido de nuevo. Estaba impecable con su traje gris. De falda, claro. Alicia odiaba los pantalones, decía que una mujer tenía que vestir de mujer. En el estrado, como la toga escondía sus delicadas curvas, sacaba la que aseguraba era la mejor arma de una mujer, el sonido de los zapatos de tacón. Aseguraba que cuanto más sonoros, mejor, pues no existía otra música igual para encandilar a los hombres.

Aquel día habían vuelto a ganar. Él sabía que el mérito era casi todo de su compañera, de su carácter firme frente al juez y de su inteligencia en la argumentación de los hechos. Pese a su juventud, debía de estar por los treinta y cinco, ya era conocida entre el gremio de abogados y procuradores, siendo considerada como una experta en su reducida especialidad, las demandas de plagio audiovisual. Ambos trabajaban para la ADPI, la Agencia para la Defensa de la Propiedad Intelectual. Defendían a los clientes de la Agencia, en particular a los músicos, en demandas de plagio, ya fueran acusados o demandantes.

Él había participado en el caso como perito informático, aportando la prueba clave que hizo caer la balanza de la justicia a favor del cliente de la Agencia. Su análisis exhaustivo de las canciones en discordia había demostrado sin ningún género de dudas que su cliente había sido copiado, lo que le reportaría una buena suma como compensación.

Llegó a ese trabajo como consecuencia de su proyecto fin de carrera, un

software de gran complejidad algorítmica que comparaba los parámetros intrínsecos de dos canciones parecidas: melodía, armonía, métrica y ritmo, para determinar cuál era la “original” y cuál la “copia”. Esa tarde el resultado fue del 85%; el plagio estaba demostrado. Pero eso no era suficiente para ganar el caso, ya que él estaba harto de ver cómo sus pruebas quedaban desbaratadas en el juicio por culpa de un detalle técnico menor que tiraba por tierra su trabajo.

Pero eso no pasaba con Alicia. Ella había defendido su evaluación con maestría y había ganado el caso con autoridad.

Un zumbido sordo e intermitente proveniente de su bolso despertó a Alicia que, restregándose los ojos, miró la pantalla identificando quién llamaba. Resopló con resignación y se levantó para buscar la intimidad del compartimento entre vagones.

David la observó detrás de la puerta de cristal, deambulando de una ventanilla a la otra, recorriendo una y otra vez el estrecho espacio destinado al equipaje. Gesticulaba con las manos, y la conversación parecía molestarla cada vez más. Seguramente se trataba de Xabi Osborne, ese pijo relamido que tenían por jefe, y que nunca estaba contento con el magnífico trabajo que realizaban juntos. David consideraba que Xabi aún estaba resentido con Alicia desde que ella rompiera con él hacía cosa de un año. Si bien guardaban muy bien las formas de exnovios que seguían siendo amigos, a David no se le escapaba la cara de enamorado frustrado de Xabi.

Continuaron discutiendo hasta que el tren se dirigió hacia el mar de vías de la estación de Atocha, chirriando y contorsionándose como una serpiente hasta enfilarse su andén definitivo. Alicia cerró el móvil de mala gana y apoyó resignada la frente sobre la pared. David se acercó y le facilitó su abrigo.

—¿Estás bien, *Princesa*? —era el nombre que cariñosamente usaba con ella.

—Sí, no es nada —se excusó Alicia, evitando la mirada—. Ha llamado Xabi.

—Me lo imaginaba. ¿Algún otro caso para nuestra abogada estrella?

—¡Ja! —exclamó Alicia, mirando al techo y suspirando—. Creo que hay más de uno en la oficina que no opina lo mismo. ¿Te acuerdas de Valerie

McGoohan?

—¿La colega que enviaron de la discográfica CSB desde Los Ángeles? —a David se le iluminaron los ojos—. ¿Cómo no recordarla? Desde que vino, en la oficina no se habla de otra cosa...

—¡David! —recriminó Alicia sin demasiada energía.

—Está bien —se disculpó—. Ya sabes que a mí me van más las morenas —afirmó, ruborizándose al instante—. ¿Qué pasa con Valerie? ¿O quizás debiera llamarla...?

—¡Cállate! —cortó Alicia. Sabía muy bien cómo llamaban a Valerie en la sala de la máquina de café. Pese al rechazo que sentía por la joven ejecutiva norteamericana, le parecía de muy mal gusto la afición de los chicos de la oficina de descalificar a todo bicho viviente. Y eso que algunos adjetivos se los había ganado a pulso. Desde que aterrizó en Madrid no había hecho otra cosa que desplegar su prepotencia y arrogancia por doquier. Todo el mundo conocía, por repetición de la americana, que en su currículum personal figuraban las mejores empresas de “Silicon Valley”, el área de negocios tecnológicos más importante del mundo. El mote no se hizo esperar, y después de un momento de inspiración de algún compañero tomando unas cañas, la chica pasó a llamarse “Silicone Valery”, haciendo referencia a sus postizos atributos. En principio, se suponía que la recién llegada debía aprender, oír y callar, pero Valerie no había parado de mirar a todo el mundo por encima del hombro, y había mostrado una sorprendente habilidad para encontrarse fortuitamente, dentro o fuera de la oficina, con los directivos de la Agencia, a quienes no dudaba en obsequiar con su versada opinión sobre cualquier asunto —que concerniera a la ADPI.

Desde el primer momento en que la vio, Alicia vaticinó que le traería problemas. Eso era algo que cualquier mujer habría advertido. Y ahora se habían confirmado sus peores sospechas.

—Pues acaban de elegir a Valerie para el puesto de Directora Jurídica que estaba vacante.

David no podía creerlo. ¡Sólo llevaba tres meses en la Agencia y ya había escalado a un puesto directivo! ¡Y justo al puesto que debía ocupar Alicia en breve! Por su profesionalidad, experiencia y resultados, no había otro

candidato mejor que ella. Sabía de sobra que Alicia se moría de ganas por ocupar ese puesto. En la oficina la sorpresa iba a ser mayúscula.

—No te preocupes. Los juzgados españoles terminarán por poner en su sitio a esa abogadilla americana —dijo David tratando de animarla, mientras avanzaban por el andén. Corría mediados de enero y el frío se agarraba con terquedad en las extremidades, insensibilizando la punta de la nariz y la yema de los dedos.

Alicia se limitó a mover la cabeza a un lado y a otro, como si no terminara de creerse lo que había ocurrido.

—¡Maldita sea! ¿Cómo ha podido pasar? Pensé que los directivos de la ADPI estaban de mi parte, o quizás es que he infravalorado las cualidades de Valerie. Fui una estúpida al pensar que el puesto era mío —reconoció enfadada.

—No le des más vueltas. Todo se arreglará. Además, sólo es trabajo.

—Hablando de trabajo, se me olvidaba. Tenemos otro caso.

—¡Genial! —David vio la oportunidad para que Alicia se olvidara del “asunto Valerie”. Un nuevo caso le haría pensar en otra cosa—. ¿A quién tenemos que machacar ahora?

—Xabi me ha comentado algo sobre un músico portugués que ha sido demandado por una canción que ha colgado en la web —explicó Alicia con pocas ganas.

—¿Cuál es su dirección de internet? ¿Por dónde empezamos? —urgió David, tratando de contagiar un poco de optimismo a su compañera.

—Mañana lo estudiaremos en la Agencia. Reconozco que no le he prestado mucha atención al nuevo caso después de darme Xabi la noticia sobre Valerie.

—¡Espera! —exclamó David, separándose de ella—. Es sólo un momento.

Habían entrado en el pabellón principal de la estación. A David le encantaba ese sitio. Sobre las paredes de ladrillo rojo se anclaba la formidable estructura de hierro que sujetaba el techo con forma de arco apuntado. Recordaba a las construcciones de Eiffel de finales del diecinueve. Un equilibrio perfecto entre esbeltez y fortaleza. El ambiente de la sala se volvió

pesado y húmedo. Un auténtico jardín botánico, estanque incluido, ocupaba la antigua zona de andenes, convertida ahora en área de paso para los viajeros. El cargado microclima era mantenido artificialmente por aspersores que empapaban el ambiente de diminutas gotas de agua. Se acercó a la barandilla que separaba el estanque.

—¿Qué haces? —preguntó Alicia, importunada por la interrupción. Sólo tenía ganas de coger un taxi, llegar a casa y descansar.

—Voy a dar de comer a mis amigas las tortugas —explicó David, estirándose para acercarse lo máximo a los pequeños animalillos—. Les he guardado el pan del *catering*.

Allí mismo, entre palmeras de todas las especies, helechos y árboles tropicales, un nutrido grupo de tortugas era la atracción principal de los viajeros que esperaban la salida de su tren. Estas pequeñas y acorazadas criaturas retozaban camufladas entre los nenúfares que cubrían la superficie del agua, disfrutando orgullosas de su idílico vergel en el centro de Madrid.

—¿Pero no ves que las pobres van a explotar? —sonrió Alicia, divertida por la ocurrencia de David—. Todo el mundo les tira comida.

—Mira, ¿no se parece esa gordita un poco a Valerie? ¡A ti que te zurzan! —le gritó bruscamente al animal, atrayendo las miradas asustadas de las personas alrededor—. ¡Vuelve a tu país! —exclamó jocosamente, señalándola violentamente con el dedo.

Alicia agarró a David del brazo y trató de arrastrarlo, pero lo único que consiguió fue quedar colgada de él.

—¡Vámonos de aquí! —le susurró, mirando de reojo a ambos lados—, nos vas a meter en un lío.

—¿Y qué problema es ese? Tengo conmigo a la mejor abogada del mundo —dijo con serenidad.

Alicia acusó el golpe. La vida seguía adelante, con Valerie McGoohan o sin ella. A veces, para ir dos pasos adelante, había que ir uno para atrás.

Capítulo 5

Casi no se podía creer que estuviera sobrevolando Lisboa. El tren de aterrizaje ya estaba dispuesto a tocar tierra, y Alicia contemplaba asombrada por la ventanilla cómo la panza del avión casi rascaba los tejados de la ciudad. Su estómago se encogió al ver aparecer bajo el aeroplano una gran arteria de circulación totalmente congestionada de tráfico, sobre la que el aparato dibujó fugazmente su imponente sombra. Cerró los ojos y esperó el aterrizaje, que llegó tras un brusco golpe contra la pista.

Mientras esperaba la maleta en la cinta transportadora, golpeaba insistentemente el suelo con sus zapatos de tacón, sin poder disimular su terrible enfado. No podía quitarse de la cabeza la elección de Valerie McGoohan para la vacante de Directora Jurídica. Ella había demostrado sobradamente que era la más capacitada para ocupar ese puesto. Todos sus años de dedicación, su innegable compromiso con la Agencia y las decenas de casos ganados parecían haber sido olvidados de repente por los miembros del consejo de la ADPI, cegados momentáneamente por una rutilante estrella americana. Se sentía profesionalmente humillada y personalmente traicionada. En su mente bullían diferentes estrategias: protestaría ante sus superiores para reclamar su puesto... No, mejor dejaría la ADPI para montarse su propio despacho... Por lo civil o por lo criminal, iban a enterarse de quién era Alicia del Toro.

Pero en esos momentos no estaba de humor para pensar en el futuro, así que intentó centrarse en el presente, el caso de Miko Tarvuk.

En el avión había echado un vistazo a la carpeta con la información del caso. El motivo de enviarla físicamente a Lisboa era de risa: en los datos personales del artista demandado sólo constaba una dirección postal, ningún teléfono ni correo electrónico. Aquello la enfureció aún más. No sólo no la habían ascendido, ¡sino que ahora se había convertido en la chica de los recados! ¿Habría tenido algo que ver Valerie McGoohan en esta decisión? Además, todo indicaba que se trataba de un caso facilón: un artista de reconocido prestigio demandado por un pequeño estudio de un país remoto. Casi seguro, una más de las decenas de demandas infundadas que llegaban al mes a la Agencia. ¿Se lo habrían asignado a ella por eso, ahora que habían decidido que no era apta para un puesto superior? Un artista olvidado, una demanda posiblemente infundada...

“El caso perfecto para la *don nadie* Alicia del Toro”, pensó indignada.

Se sintió arder por dentro, pero continuó leyendo para no quemarse del todo.

El cliente a quien había que proteger de una acusación de plagio musical era Miko Tarvuk, más conocido en el panorama musical como “Okimo”. Con este extraño nombre, un joven de origen suizo había triunfado hacía más de una década componiendo música electrónica pegadiza, pero a la vez de una gran calidad y originalidad.

De padre suizo y madre española, había vivido algunos años en España, y fue en ese tiempo cuando las sanguijuelas de la Agencia lo captaron bajo su interesado paraguas protector. Y ahora ella tenía que pagar las consecuencias de aquella carambola.

Alicia recordaba a “Okimo” de sus días universitarios. Sus canciones lentas le acompañaban mientras empollaba en su habitación, y cuando iba con sus amigas a tomar café por las tardes siempre sonaba algo suyo de música ambiente; pero si por algo era recordado, era por sus innovadores ritmos que todo el mundo bailaba en las discotecas.

Okimo había sido todo un éxito mediático. Sus canciones se usaron para spots publicitarios y bandas sonoras de películas. Todo lo que hizo tuvo un reconocimiento inmediato de crítica y público. Fue un adelantado a su tiempo al decidir colgar en internet gratuitamente toda su obra, y un pionero de la

fusión de estilos, al ser capaz de meter en la coctelera electrónica sonidos del *rock*, el *jazz*, el *pop*, el *punk*, el *techno* y el *house*. ¡Aquel tipo demostró que podía hacer cualquier cosa con un sintetizador!

Alicia también recordaba al tal Okimo por su faceta activista, pues se involucró en todas las campañas benéficas y manifestaciones reivindicativas de la época. Flaco, rapado y arrogante en sus declaraciones públicas, era tan perseguido por sus fans como por las grandes corporaciones petroleras, nucleares y químicas. Tras unos pocos años de fama y de conciertos multitudinarios, nunca más se volvió a hablar de él, a no ser por sus esporádicas apariciones en algún concierto benéfico o eventos similares.

Por fin llegó la maleta, con evidentes huellas de maltrato físico. Con la moral por los suelos, Alicia se dirigió a la salida del aeropuerto, donde tomó un taxi. El atasco en la autopista terminó por lapidar su estado de ánimo.

Aprovechó el trayecto para llamar a David y pedirle que empezara a investigar por su cuenta. Ese chico era un genio de la informática, una mente brillante desaprovechada en un trabajo mal valorado y peor remunerado. Toda su grandeza física, pues rayaba los dos metros de altura y ostentaba un perímetro de cintura que ni dos Alicias habrían podido abarcar, tenía su puntual correspondencia en el lado humano. Cariñoso, atento y divertido, todo lo que se puede pedir al amigo perfecto. Además, formaban un buen equipo profesional, una pareja triunfal que había demostrado su compenetración ganando todos los litigios en los que habían trabajado juntos.

Al salir del atasco, el taxista recuperó el tiempo perdido bajando a toda velocidad una gran avenida, sorteando con gran pericia varias rotondas y terminando con un frenazo innecesario en la puerta de un gran hotel en la parte baja de la ciudad.

Ya era media tarde y, a pesar del cansancio, Alicia decidió visitar a su cliente de inmediato. Localizó la calle en el centro histórico, en el barrio de Alfama. Se decantó por ir dando un paseo para tratar de aliviar su congestión mental.

No tardó en arrepentirse. El original pavimento, compuesto por miles de pequeñas y pulidas piedrecitas blancas con dibujos en azul, se convirtió en un suplicio. O bien tropezaba con las ondulaciones del piso, o terminaba

introduciendo el tacón entre los huecos.

Desembocó en una amplia plaza rectangular, donde paró un segundo para comprobar el plano. Un chirrido metálico acompañado de una sonora campanilla le hizo levantar la vista. Se sorprendió al ver un pequeño tranvía de madera circulando aún en el siglo XXI, como sacado de una antigua fotografía en sepia. Le venía de perlas para llegar a su destino, por lo que se subió a él tras darse una carrerita que la dejó sin aliento. El *eléctrico 12* subió en dirección al *Castelo de São Jorge*, y Alicia se bajó junto al mirador de *Santa Luzia*. Contempló los últimos rayos del atardecer reflejándose en los azulejos que revestían las paredes de las casas elevándose colina arriba. Hacia abajo, al contrario, se desplegaba el sombrío barrio de Alfama, donde se zambulló sin pensárselo dos veces.

El primer impulso le hizo agarrar el bolso bajo el brazo, aunque pronto se dio cuenta de que no era necesario. No había completado veinte pasos cuando ya se había olvidado del motivo que la había llevado allí. El embrujo de Alfama la cautivó de inmediato. Recorrió angostos callejones y minúsculas plazuelas, abandonándose a un delirante carrusel de empinadas escalinatas que serpenteaban caóticamente, se doblaban en esquinas encaladas y la engañaban en pasadizos ciegos. La soledad y el silencio reconfortaron su ánimo, alejando por un momento sus problemas profesionales. Desembocó en una plaza que parecía estancada en otro siglo. El aire fresco procedente del río golpeaba las ropas tendidas en ventanas y balcones, y un agradable olorillo se filtraba por debajo de las puertas de las casas, acompañado del chisporroteo del pescado haciéndose al carbón. Se sintió transportada al pequeño pueblo donde creció en el interior de Andalucía, y del que ya casi se había olvidado a fuerza de no hablar de él con nadie.

El alboroto de un grupo de turistas frente a un local de fado le hizo despertar de su dulce sueño, recordándole el objetivo de aquel paseo. Resignada, extrajo de nuevo el arrugado plano del bolso y se dio cuenta de que la calle que buscaba estaba dos manzanas más abajo. Hacia allí se dirigió mientras recomponía su paso más firme y su rictus más profesional.

Al llegar al destino se quedó sorprendida. Su cabeza rebotaba entre el plano en sus manos, el sucio azulejo que mostraba el nombre de la calle, y la

dirección impresa en su informe. Debía de haber un error porque allí no había más que un discreto cartel luminoso anunciando el “*Café Novo Mundo*”, coronando la entrada de un sombrío local.

Furiosa por la incompetencia que demostraba una vez más el departamento de documentación de la Agencia, echó mano al teléfono móvil para llamar a Xabi y recriminarle semejante error. Pero de repente, la puerta del local se abrió de golpe y un niño salió corriendo y la arrolló, quedando ambos desparramados por el suelo. Alicia sintió toda la dureza del pavimento lisboeta en su trasero.

Un hombre salió tras el chico, lo levantó en el aire y se lo colgó a un costado. Cuando vio a Alicia en el suelo, le tendió la otra mano.

—*Peço imensa desculpa* —se excusó en portugués.

Alicia trató afanosamente de volver a la verticalidad sin perder la compostura.

—No es nada —dijo, algo ruborizada, mientras se sacudía la falda.

—Ruego perdone al niño. No hay manera de tenerlo controlado, siempre se me está escapando —dijo el hombre, cambiando de idioma a un castellano perfecto.

Para entonces, Alicia ya no le escuchaba, sólo contemplaba al que parecía el espécimen perdido de los atlantes. Una mirada limpia de ojos azules la interrogaba desde un rostro moreno y anguloso, en parte oculto por una corta melena rubia.

—Él no tuvo la culpa —logró articular Alicia.

—Entra y busca a Rui —le ordenó al niño—, que te ayude a hacer los deberes.

El pequeño, desembarazándose de él como una culebra, salió disparado hacia adentro. Al abrirse la puerta, Alicia pudo oír cómo se escapaba por un momento un sonido de música instrumental. Apostaría a que se estaba tocando en directo.

—Por favor, señorita, entre en el “*Novo Mundo*”. Aunque aún falta media hora para que abramos, me gustaría invitarla como compensación al atropello.

Alicia estaba a punto de negarse en rotundo cuando recapacitó un

momento: estaba cansada de andar, había rodado por el suelo, ahí dentro sonaba una música interesante y un camarero que estaba como un tren le estaba invitando una copa... ¡qué demonios, necesitaba esa copa!

Dentro del local reinaba la penumbra, únicamente rota por la luz de una hilera de focos empotrados en el techo que iluminaban una larga barra que se perdía hacia el interior. Al fondo del pasillo salpicado de taburetes alineados escrupulosamente, se abría una amplia estancia con mesas y sillas, y un pequeño escenario. Un grupo de música étnica, a decir por los exóticos instrumentos que tocaban y el exaltado colorido de su atuendo, ensayaban el sonido.

—Espéreme un momento en la barra —le dijo el camarero a Alicia.

El hombre se dirigió al grupo de músicos, que dejaron de tocar al verle llegar. Durante un minuto, charlaron amigablemente, tiempo que Alicia aprovechó para fijarse aún más en el portugués. Uno ochenta y cinco, musculoso y espontáneo. Vestía con vaqueros gastados y jersey con cremallera. Las pequeñas arrugas en torno a sus ojos delataban una incipiente madurez que compensaba con la sonrisa de un niño.

“Vaya —pensó Alicia—, ha merecido la pena caer rodando por el suelo”. La versión Robert Redford del siglo XXI regresó a la barra y sirvió dos copas de *vinho verde*.

—No sea duro con el niño —dijo Alicia—. Era yo la que estaba ahí fuera parada como un pasmarote buscando una dirección.

—¿Quizás un típico local de fado?

—No, trataba de encontrar la Rua Estrela do Mar, número cinco.

—Pues me parece que no andaba en absoluto perdida. Esa es justo la dirección de este local.

—No puede ser, yo busco un domicilio, no un bar de copas —Alicia dudó un instante—. ¿No conocerá usted por casualidad al señor Tarvuk? Miko Tarvuk.

El hombre que tenía enfrente se desató el delantal de la cintura y lo dejó sobre la barra.

—Lo tiene usted delante, propietario y camarero de este café. Con permiso de Rui —susurró—, es mi socio. ¿Qué se le ofrece? —preguntó

sacudiéndose las manos ruidosamente.

A Alicia casi le da un pasmo allí mismo. ¡Los años habían obrado milagros en aquel joven flaco y rapado que ella recordaba detrás de los sintetizadores!

—Alicia del Toro, de la Agencia para la Defensa de la Propiedad Intelectual —recitó de corrido, estrechándole la mano y recomponiendo un rictus profesional—. ¿De verdad es usted Miko Tarvuk, el artista que era conocido como Okimo?

Miko dio un imperceptible paso atrás. Tantos años sin oír ese nombre, y ahora aparecía dos veces con apenas unos días de separación.

—Sí, ese soy yo.

—La ADPI me envía para comunicarle que ha sido objeto de una demanda por plagio musical. En su cuota está incluida la asesoría y defensa judicial frente a este tipo de acusaciones. Soy su abogada.

—¿La ADPI? Creía que me había dado de baja hace años...

—Pues no, aún gestionamos las regalías que sus canciones siguen generando.

Alicia le tendió la carta donde la firma de abogados “Scott, McMillan & York” exigían una compensación económica para resarcir la propiedad intelectual de su cliente, los estudios “Xhosa” de Johannesburgo. Miko tomó la misiva y la leyó rápidamente con el ceño fruncido.

Allí estaba, “Square Circle”. Soltó un largo suspiro, confirmando sus sospechas. Sabía que esa canción le iba a traer problemas. Por su cabeza pasó negar la mayor y ocultar el tema de la extraña visita de hacía una semana, pero intuyó que ese camino sólo empeoraría las cosas.

—Señorita del Toro, creo que esto va a ser difícil de explicar.... —dijo, mientras trataba de organizar sus recuerdos.

—Vamos, inténtelo, estoy acostumbrada a escuchar historias rocambolescas.

—Yo compuse esa canción, es cierto, pero no es mía, así que la demanda está equivocada. Debería buscar al propietario en otro lugar.

—¿Quiere decir que realizó una versión de otro tema?

—Sí, así es, una versión —afirmó Miko, encontrando en esa palabra una

buena definición.

—¿Una versión de qué?

—No tengo ni idea —el ceño fruncido de Alicia le instó a explicarse mejor—. Verá, resulta que un hombre apareció el día de Año Nuevo por aquí y me pidió que realizara una composición musical sobre la base de una caja de música que traía consigo. Le hice el trabajo, me pagó una buena cifra y se marchó sin dar más explicaciones. Esa es toda mi relación con la canción.

—Supongo que me podrá dar los datos de contacto de esa persona.

—¿Acaso no me cree?

—Parte de mi trabajo consiste en verificar las declaraciones.

—Pues no sé quién es. Le puedo decir que era un chico joven al que le urgía terminar el trabajo. Quería absoluta discreción de mi parte, y eso incluía no conocer su nombre. De alguna manera, parecía que ese asunto de la caja no le importaba lo más mínimo pero, por otro lado, la cantidad de dinero que me pagó indica que se trataba de algo importante para él.

Alicia trató de escrutar en la declaración de Miko si la estaba intentando engañar. No solía fallar con ese tipo de análisis, y el músico parecía estar diciendo la verdad, lo cual complicaba aún más el caso.

—Pues entonces tenemos un problema.

—No puedo ser culpable de nada por haber pasado unas notas musicales de una caja de música a un archivo mp3.

—Me temo que no es tan sencillo —Alicia sacó unos papeles de la carpeta y se los enseñó a Miko—. ¿Le suena esta solicitud?

Miko leyó el formulario. Se trataba de la inscripción de la canción “Square Circle” en el registro de la propiedad intelectual de Madrid. Se quedó de piedra cuando vio sus datos personales en las casillas del “solicitante” y “autor”, y su firma estampada en el lugar correspondiente.

—Firmamos unos papeles —dijo, mientras se abalanzó a buscarlos junto a los albaranes de suministros.

Alicia encontró entre ellos una copia del mismo impreso que ella traía. Se lo acercó a Miko, pidiendo una explicación.

—Me engañó —se excusó el músico.

—¿Quiere decir que le forzó a hacerlo?

—No exactamente, más bien fue dejadez por mi parte —confesó, encogiéndose de hombros—. Me dijo que eran la factura y un certificado de confidencialidad, y yo los firmé sin mirar.

—¿Tanto dinero le ofreció que no reparó en otra cosa?

—Cien mil euros. No está mal, ¿verdad?

—¿Sospecha por qué lo podría querer engañar ese hombre?

—No entiendo lo que quiere decir con el engaño. Aunque yo figure como el autor de la obra en el registro, ¿qué más da? Si ese estudio de Sudáfrica asegura que son los legítimos autores, yo no tengo nada que objetar, renuncio a esa solicitud y punto. Si mi extraño visitante se siente perjudicado, ya dará señales de vida. Que se peleen entre ellos. Yo no pretendo quedarme con algo que no es mío, y menos con una canción.

—De nuevo, todo es más complicado que su particular visión. Probablemente no lo sepa, porque aún no ha recibido la liquidación de sus regalías de enero, pero esa canción, “Square Circle”, está produciendo ya cuantiosos ingresos, y tan sólo lleva unos días disponible en iTunes.

—¡Pero si yo no la he comercializado, ya se lo he dicho!

—Debe de ser que otros lo han hecho por usted.

—Es absurdo, ¿quién querría darme cien mil euros y luego regalarme los derechos de la canción? Usted tendrá experiencia con estos casos, dígame, ¿qué explicación le encuentra?

Alicia dudó. La verdad es que esa historia no tenía ni pies ni cabeza.

—Tenga sentido o no, lo cierto es que está usted metido en un buen lío. No basta con devolver al demandante el dinero que ha conseguido. Si sus abogados aprietan, y por el tono de la carta me temo que lo van a hacer, su acto puede llegar a considerarse un robo, por lo que deberá cumplir la pena que establezca el tribunal.

—¡Ja! —exclamó Miko— ¿Quiere decirme que puedo ir a la cárcel por esto?

—Normalmente se soluciona con un acuerdo entre las partes, pero nadie le va a librar de una indemnización. Lo peor es que esa cantidad siempre es proporcional a los derechos lesionados, y en su caso, parece que van a ser importantes. Lo primero que haremos será retirar la canción del mercado para

no engordar más aún la multa.

—No lo entiendo. ¿Pretendía ese muchacho perjudicarme, entonces?

—Lo ignoro, pero, si fuera así, debía de estar muy seguro de que la canción tendría éxito.

Las notas de la caja de música volvieron a la mente de Miko.

—La verdad es que no me extraña nada, y no lo digo por atribuirme ningún mérito. La canción original es una obra fantástica. Sublime, diría yo.

—Volvamos a los hechos. ¿Tiene testigos, pruebas, registros, fotos, grabaciones de las cámaras de seguridad?

—Nada de nada. Lo único que voy a poder aportar es el fichero que contiene el tema en formato digital.

—Se lo enviaremos a David, un experto informático que trabaja conmigo y que se encarga del peritaje de las pruebas. Lo primero es comprobar si su composición se corresponde con la que se ha publicado en internet. Aquí tiene su dirección de email.

—Lo tengo guardado en el disco duro del ordenador. ¿Me acompaña arriba?

Miko se acercó a la pared y empujó una pequeña puerta disimulada bajo el papel pintado. Alicia echó un ojo a la estrecha y empinada escalera encajonada entre paredes de madera.

—¿Su oficina? —preguntó con reservas.

—Más bien es mi casa. Tengo que vigilar que Nico esté haciendo los deberes. El niño que la arrolló es mi hijo.

En el informe sobre Miko Tarvuk no mencionaba nada sobre si tenía descendencia. Alicia pensó que eso disipaba la estúpida idea del músico psicópata que quería encerrarla en el desván, y se decidió a subir.

Llegó arriba algo sofocada, comprobando que efectivamente se trataba de toda una casa comprimida en pocos metros. Las sobrias paredes del salón repletas de libros contrastaban con los juguetes de vivos colores que colonizaban las estanterías más bajas. El niño estaba escribiendo en un rincón del salón, con cara de pocos amigos. Levantó una ceja, vio a su padre y volvió al trabajo.

Mientras Miko arrancaba el ordenador, Alicia curioseó alrededor. En la

pared, fotografías con otros músicos famosos y de grandes estadios abarrotados de público recordaban sus días de gloria, pero el protagonismo se lo llevaban sus insignias activistas: una gran bandera multicolor de Greenpeace garabateada por multitud de firmas, una bata blanca de “médicos sin fronteras” con sangre resistente a los lavados y un gran saco de café grabado con el sello de una ONG de comercio justo.

Miko se sentó frente al ordenador.

—¿Conoce ya la canción “Square Circle”?

—No he tenido tiempo —se excusó Alicia, al tiempo que la música comenzaba a sonar por los altavoces del salón.

Escuchó atentamente el tema. Su estilo *techno pop* un tanto retro le recordó a la música que Miko hacía cuando era famoso, aunque con un matiz más clásico que los modernos ritmos de sus grandes éxitos. Debajo de los sonidos, Alicia reconoció indicios de la extraordinaria calidad que Miko le atribuía. Se dejó llevar por la armoniosa melodía, que la sumergió en un estado de introspección profunda, haciendo que sus fantasmas volvieran de nuevo a visitarla: la noticia del ascenso fallido, el pulso de su reloj biológico contra el hecho de no tener pareja ni tiempo para buscarla, y la frustración de no poder satisfacer plenamente a través de su labor profesional los ideales que, de niña, la impulsaron a dedicarse a la abogacía...

—No está mal —dijo, disimulando el puñetazo emocional que había sufrido.

—Alicia, de ninguna manera puedo hacer frente a una multa millonaria. Invertí en el bar todos los ahorros de mi etapa de músico. No me puedo permitir quedarme en la ruina, tengo que pensar en mi hijo.

—Tranquilo, eso no pasará. Encontraremos la manera de arreglar este entuerto. Lo primero que haremos será rastrear al individuo que le hizo el encargo. Si lo encontramos, asunto resuelto, ya que será él quien tenga que hacer frente a la acusación de plagio.

—¿Pero cómo vamos a dar con él? No tenemos nombre, ni dirección, apenas una vaga descripción. Sólo sé que tenía acento germano. ¿Cuántos alemanes pueden venir al día a Lisboa? ¿Se le ocurre qué caso nos hará la policía cuando le contemos lo que ha pasado?

—Sé por experiencia que las demandas de plagio musical no son el principal estímulo de la policía, pero sí que tenemos un hilo del que tirar —indicó Alicia, atisbando una posible pista—. Ese tipo subió su canción a un servidor de internet, y también solicitó la venta por iTunes. David nos dirá en cuestión de minutos a nombre de quién se hicieron las gestiones. Déjeme que le envíe un mensaje.

Alicia tecleó frenéticamente sobre la pantalla de su móvil y lo dejó encima de la mesa. Cinco segundos más tarde, una ligera vibración anunció la contestación.

—Sí que es rápido su amigo —dijo Miko. Alicia tampoco se lo esperaba.

“Hola, Princesa. Eso que me pides ya lo había hecho por puro formalismo. Miko Tarvuk aparece como autor en todos los trámites. Nadie más. Por cierto, información calentita: ese bufete, Scott, McMillan & York, son los putos amos de la propiedad musical. Ojo a sus clientes: Michael Jackson QEPD, Avril Lavigne, Alicia Keys, Jimmi Page... una lista interminable. Miedo... ¿quién dijo miedo? Nos los comeremos. Suerte con ese portugués. Un beso, David.”

Alicia quedó un poco trastocada tras el mensaje. Parpadeó un par de veces para volver en sí.

—Nada —comentó Alicia, con los labios apretados—. Ese tipo se ha evaporado.

—Sólo nos queda una cosa que aún nos une a ese jovencito.

—¿Sí? —preguntó Alicia, con la mente puesta en los limitados recursos que contaba la ADPI para encontrar a personas desaparecidas.

—La denuncia y el denunciante —indicó Miko, como el que revela lo más evidente.

—¿No querrá preguntarle directamente a quien le quiere llevar a juicio?

—No veo otra manera de salir del apuro. No sé lo que hay detrás de todo esto, pero sí que hay dos personas que tienen más información, el germano y el sudafricano. Si no conseguimos identificar al que trajo la caja de música, lo único que nos queda es indagar por el otro lado. Puesto que ese estudio reclama la autoría de la canción, es de suponer que conozca algo de su historia, y quizás así podamos encontrar al dueño de la caja.

Alicia reconoció interiormente que aquella vía era la única escapatoria para su cliente de una demanda millonaria, aunque la estrategia fuera descabellada: usar a la parte acusadora para encontrar los argumentos de la defensa. Además de estar obligada por su deber profesional a hacer todo lo posible por defender a sus clientes, este caso en particular había cobrado nuevas e interesantes perspectivas. La desaparición del visitante alemán había transformado un caso del montón en un proceso internacional contra una firma de prestigiosos abogados. El caso insulso que había esperado encontrar se había convertido en una gran oportunidad profesional y en un nuevo reto para la *don nadie* Alicia del Toro. Si seguía adelante y lograba ganar, la ADPI tendría que arrastrarse ante sus pies y pedirle perdón por la afrenta realizada. Casi con total seguridad, el puesto de Valerie volvería a su legítima propietaria. Ya estaba viendo la cara de bobos que se les quedaría a esos babosos del consejo de administración.

—Tenemos que andarnos con pies de plomo cuando estemos allí. No debemos contar la historia de la caja para no desvelar nuestra defensa.

—Vaya —exclamó Miko—. Pensé que tendría que rogarte para que me acompañaras. ¿Cuándo salimos?

Capítulo 6

“**D**emos gracias a aquel que nos ha iluminado con la raíz del conocimiento, árbol de la sabiduría” —entonaron al mismo tiempo todos y cada uno de los miembros de la sala.

Peter Bigelow no daba crédito a lo que sus ojos se empeñaban en impresionar sobre su retina. El ritual al que había sido conducido, por espectral que pareciera, representaba el nexo de unión de las diferentes partes de su vida. Su infancia, sus estudios, su trabajo, su padre... Ahora todo cobraba sentido, las piezas del puzle encajaban a la perfección sobre el lienzo de su vida, y él se maldecía por haber estado tan ciego.

El fiel amigo de su padre, Stephen Barrow, se lo había tratado de explicar unas horas antes, cuando fue a buscarlo a la residencia hospitalaria “Sagrado Corazón”. Peter había ido allí nada más terminar el funeral de su padre. Su hermano William permanecía en coma profundo desde hacía veinte años, desde el momento del accidente del que milagrosamente él se había salvado. Peter aún recordaba el momento de su despertar. Toda su familia le daba la espalda. Su hermano había salido mucho peor parado que él y atraía todas las atenciones. Todos estaban pendientes de la cama de al lado, menos uno. Su padre permanecía con los ojos abiertos de par en par, casi sin pestañear, sólo pendiente de él. Apenas Peter abrió los ojos, captó la mirada de alivio de su padre. Se le acercó y le abrazó. Al oído, le susurró unas palabras: “Peter, nunca más te dejaré”. Y la verdad es que había cumplido. Juntos habían soportado el tormento de ver que su hermano se quedaba para siempre en un

letargo profundo. Nunca saldrá del coma, dijeron los médicos. Aquella terrible desgracia tuvo su cara positiva, ya que su padre y él retomaron una relación que se había distanciado desde que Peter abandonó el hogar familiar para estudiar medicina.

Peter contempló el rostro imperturbable de William. Parecía que dormía plácidamente, cuando la verdad es que estaba muerto por dentro.

—William, papá ha muerto —le susurró al oído. En aquel momento, Peter quiso cambiarse por su hermano y permanecer allí sin sentir, sin padecer, sin tener que soportar el nuevo revés que le daba la vida.

—Tenemos una cita —le había dicho escuetamente Stephen—. El resto de los miembros de La Academia no quieren irse sin antes despedirse de ti.

A Peter le molestó aquella interrupción. Estaba cansado, había volado durante veinte horas para regresar desde un recóndito país africano y llegar a tiempo de darle el último adiós a su padre, y lo que menos le apetecía era hablar de negocios con una *troupe* de empresarios de los medios audiovisuales. Pero no podía dejar mal a Stephen. Era casi como de la familia. La gran amistad con su padre lo había convertido en prácticamente un tío para él. Alto, espigado y de pelo canoso, pertenecía a la dirección de La Academia, la sociedad filantrópica que le había estado sufragando todos sus estudios e investigaciones sobre neuromusicología desde hacía años. Su padre había colaborado con ellos en alguna ocasión. En su puesto de director de la Orquesta Filarmónica de Nueva York, había organizado con la sociedad de Stephen diferentes conciertos benéficos.

—La Academia —le comentó mientras conducía en dirección al centro de Manhattan—, es algo más que un *lobby*. Nuestra confraternización va más allá de los intereses económicos de cada uno y del conjunto en general. Tampoco somos una asociación benéfica dedicada a la investigación, como hayas podido pensar en alguna ocasión.

—¿Asociación benéfica, dices? —Peter conocía bien los perfiles de los miembros de La Academia. Los había visto de vez en cuando de visita por su laboratorio: magnates de la música, del cine, de la televisión, de la publicidad, de contenidos de internet... Todos compartían un puesto de honor en la revista Forbes y un especial celo por su intimidad. Cayó en la cuenta de

que nunca los había visto juntos hasta esa misma tarde, en el funeral de su padre—. Si la intención de vuestro grupo no es amasar dinero, ¿qué queréis entonces?

—Estamos unidos por algo realmente importante —respondió Stephen—. La riqueza material no es más que un efecto secundario de un plan mayor.

—Ya, un efecto colateral —asintió escéptico—. ¿A dónde me llevas exactamente?

—Enseguida lo comprobarás, se trata de una ceremonia privada. Debes asegurar que guardarás el secreto. Como sabes, los asistentes son altos ejecutivos de mucho peso en el ámbito mundial, pertenecen a compañías rivales, y cualquier filtración sobre la realización de una reunión así se convertiría en un escándalo: pacto de precios, monopolio, abuso de poder, ya sabes...

—¿Ceremonia? —preguntó, sorprendido—. Yo pensé que querían negociar sus donaciones a mi laboratorio. Como cualquier científico, yo sólo quiero continuar con mi investigación.

Peter pensaba en el reciente experimento en África que había desarrollado con su padre. Gracias al resultado obtenido, las expectativas que se abrían ahora en el campo de la curación neuromusical eran asombrosas. Se guardó esa baza en la cabeza para solicitar la inyección económica que tanto iba a necesitar.

—Esta reunión extraordinaria se ha convocado porque te queremos con nosotros. Te vamos a nombrar miembro de “octava”.

“¿De octava categoría?, ¡menudo escalafón!”, pensó Peter, aunque prefirió no preguntar de nuevo y cerrar la boca hasta llegar al destino. Su mente viró de nuevo al recuerdo de su padre. Aún no le había dado tiempo de asimilar el accidente. ¿Por qué habría tenido que usar su avioneta particular para un trayecto tan corto como el de Boston-Nueva York? Por ironías del destino, murió justo antes de conocer el éxito de su gran idea, el proyecto Dylan, y por culpa de su otra gran pasión, la aeronáutica. Era lo único por lo cual su padre faltaría a una cita o incumpliría un compromiso. Siempre repetía que si el hombre había sido capaz de encontrar la manera de volar, ¿por qué utilizar otro medio de transporte? Amante de la ciencia y la

tecnología, consideraba la aeronáutica como la máxima expresión del progreso humano. Cuando volaba se le olvidaba el resto del mundo. Peter sabía que su padre usaba el avión no por el sentido práctico en sí, sino por el mismo placer de volar, de sentirse libre, de disfrutar de la soledad del hombre surcando el cielo. Decía que no había lugar mejor para componer música que flotando en el aire. Peter sabía además, aunque nunca habían hablado de ello, que su padre usaba su avioneta para llorar. Lloraba la muerte de su mujer. Hacía ya treinta y cinco años que la madre de Peter había muerto tras el asalto de una banda de ladrones a su casa. Lloraba por haberla dejado sola. Lloraba por no haber podido despedirse de ella. Lloraba por seguir vivo.

Sentía como si todo a su alrededor le estuviera pasando a otro. Miró a través de la ventanilla lateral el aspecto mojado y sucio que presentaba la ciudad una vez pasada la hora punta de salida de las oficinas. La nieve que había caído por la mañana no había aguantado el tropel humano por las calles de Manhattan, y apenas quedaban algunas manchas blancas sobre los jardines. El infernal ruido de las calles horas antes se había diluido en un apagado murmullo, sólo roto por las continuas sirenas que se escuchaban en la lejanía.

En ese momento cruzaron bajo un puente y la oscuridad exterior le devolvió su reflejo en la ventanilla. Las ojeras casi ocultaban por completo sus pequeños ojos azules, que si bien nunca habían destellado con demasiada alegría, ahora también habían perdido el brillo acerado con el que deslumbraba a sus colegas de profesión en las conferencias en las que anunciaba sus descubrimientos médicos. Sin embargo, el pelo corto bien peinado y su barba milimétricamente rasurada —la armonía del mundo empieza por uno mismo, solía decir su padre—, parecían haberse clareado en los últimos días para compensar la sensación de vacío abismal que ocupaba su interior.

Stephen paró el coche. Peter se sorprendió de lo que vio fuera.

—¿Hemos quedado en el museo? —preguntó, al contemplar la enorme fachada frontal del Museo Metropolitano de Arte—. ¡Pero si está cerrado!

—No, amigo mío. Dejaremos el coche aquí y seguiremos andando.

Fuera del vehículo, Peter encogió el cuello bajo la solapa de la gabardina

y metió las manos enguantadas en los bolsillos para protegerse del frío. Rodearon el lateral del edificio con la única compañía de la pobre iluminación anaranjada del exterior del museo.

Peter adivinó enseguida hacia dónde se dirigían. El relente se hizo más penetrante al cobijo de la frondosa vegetación de Central Park. Cruzaron la vía destinada a ciclistas y corredores de fondo que rodeaba la verde extensión, casi desierta a esas horas. Avanzaron unos minutos sin encontrarse con nadie, desembocando en un lateral de la *Great Lawn*, la extensión de césped más cinematográfica de Manhattan. Continuaron andando por una senda interior y se detuvieron cuando habían recorrido un centenar de metros. Su amigo echó una rápida ojeada a ambos lados y se desvió a la derecha por un camino de gravilla. Peter, que le seguía en el más absoluto silencio, sintió una presencia escalofriante a su espalda. Se giró disimuladamente sin dejar de caminar y observó a dos hombres de negro apostados en la entrada al último recodo. Cuando volvió su mirada al frente, se encontró de bruces con una visión sobrecogedora. Frente a él se elevaba majestuosamente, iluminada por una mortecina luz artificial proyectada desde el suelo, una grandiosa columna de piedra terminada en punta.

Se preguntó por qué demonios le habían citado en el Obelisco de Nueva York.

—La “aguja de Cleopatra” —anunció Peter, que conocía de sobra el nombre con el que los neoyorquinos se referían al monumento—. ¿No te parece un lugar un tanto extraño para hablar de negocios?

—¿Aún no has comprendido que hoy no vamos a hablar de negocios...? —suspiró Stephen—. Además, este obelisco no tiene nada que ver con la *reina del Nilo*. Fue erigido en el siglo XV a.C. por el faraón Tutmosis III en Heliópolis, la ciudad del Sol.

Peter asintió mecánicamente, mientras se acercaba con creciente recelo hacia la cima de la colina donde se erigía el monolito egipcio. Un grupo de hombres ataviados con abrigos largos de elegante corte merodeaban en torno a la explanada charlando en voz baja. En total contó ocho personas. Junto con ellos dos, sumaban diez.

Las conversaciones cesaron de inmediato cuando les vieron llegar. A

partir de entonces, Peter fue testigo de excepción de una coreografía asombrosa. Todo ocurrió como en un vals: rápido, elegante y preciso. Se agruparon en parejas, y cada una ocupó un pilar de los cuatro que sostenían la baranda que guarnecía la base del obelisco. Stephen condujo a Peter hacia la parte central, justo delante de la inscripción en el suelo que mostraba la traducción de los jeroglíficos grabados sobre la piedra. Un golpe grave y vibrante como el tañido de una campana sobrecogió a Peter, que dirigió la mirada al instante hacia el sonido. A su derecha, uno de aquellos hombres sostenía en alto un pequeño martillo que había usado para golpear el adorno metálico del pilar. Aún estaba preguntándose de qué iba todo aquello cuando un segundo tañido vino a solaparse con el primero, y así hasta cuatro, completando el cuadrado que habían formado en torno al obelisco. Acto seguido, y para su sorpresa, la lápida metálica que tenía delante giró sobre unos goznes ocultos, despejando el paso a unas escaleras que descendían hacia una sala subterránea.

Todos fueron pasando, uno por uno y sin mediar palabra, por la abertura en el suelo. Stephen retuvo a Peter un par de minutos, invitándolo finalmente a descender hacia las profundidades. Aunque sintió una punzada de inquietud, algo en su interior le empujaba escaleras abajo.

Unas antorchas iluminaban tenebrosamente la escalera labrada en el suelo, proyectando su ondulante luz sobre las paredes desnudas. Oyó detrás de él cómo se accionaba de nuevo el mecanismo de bisagra que devolvió la lápida de cobre a su lugar original.

Una vez abajo, Peter dirigió sus asombrados ojos sobre la vestimenta de los allí presentes. Habían cambiado sus carísimos trajes hechos a medida por immaculadas túnicas blancas que les cubrían hasta los tobillos. Sus pies descalzos parecían insensibles a la fría piedra del suelo.

En el centro de la sala, una especie de altar circular estaba cubierto por una tupida tela.

—Peter Bigelow, acércate —anunció Stephen, adelantándose al grupo.

Su nombre resonó gravemente en el interior de la pequeña cámara.

Peter no reconocía la expresión en los ojos de su amigo. La habitual afectividad y compasión habían dejado paso a un distante y pétreo rostro.

Otros tres miembros del grupo se le acercaron y le condujeron al centro de la sala, lo desnudaron y lo vistieron con la misma túnica blanca. Peter no ofreció resistencia, se dejó hacer, sintiendo por un momento la desconcertante sensación de un *dejà vu*. Acarició la suavidad y ligereza del algodón al contacto con su piel, y por un momento le sobrevino un arrebató de pureza interior, reencontrándose con una parte de sí mismo que creía olvidada.

Lo dejaron allí y volvieron a su posición, de pie tras Stephen, disponiéndose en una extraña formación en cuña.

“Damos gracias a aquel que nos ha iluminado con la raíz del conocimiento. El maestro, desde la gran esfera de la perfección absoluta, nos contempla” —entonaron todos.

—Peter Bigelow, ésta es tu ceremonia de ingreso en nuestra comunidad —anunció Stephen con voz cavernosa. A continuación, levantó con sus dos manos una estrella de cinco puntas, sosteniéndola delante de Peter.

El resto del grupo elevó la voz de nuevo, entonando al unísono solemnemente:

“Nuestras almas inmortales comparten estos cuerpos pasajeros, pero hoy tu alma se purificará pasando a una esfera superior”.

Stephen comenzó a rotar la estrella, tocando con cada una de sus puntas la sudorosa frente de Peter.

“Número, el uno y el infinito, clave del universo, llave del cielo, nosotros te adoramos”.

El lento recorrer de los vértices de la estrella avanzaba sobre un aturdido Peter.

“*Mathemata*, dios de cuatro cabezas, guíanos por tu camino de salvación, y no dejes que nos perdamos por sendas vacías”.

—Desde hoy te comprometes a cumplir los preceptos de La Academia —indicó Stephen.

Peter seguía los acontecimientos a su alrededor como desde una lejana y borrosa perspectiva.

“¡Obediencia, sencillez, silencio!”, retumbó en las paredes de la sala.

Stephen apoyó la última punta de la estrella sobre la frente de Peter y le miró fijamente a los ojos.

—¿Aceptas tu cargo con la responsabilidad de mantenerlo en secreto mientras vivas? —le preguntó.

La cabeza de Peter le decía que no, pero su corazón, su pasado, sus circunstancias actuales e incluso su destino, le señalaban que sí.

—Peter... Debes responder —requirió Stephen, pero Peter seguía absorto, repasando lugares, momentos y reflejos de su vida que ahora cobraban sentido.

Stephen, ante la aparente parálisis de Peter, añadió endureciendo su voz:

—Hay un motivo por el cual no puedes negarte a tu misión en La Academia.

Acto seguido, se acercó al altar circular que permanecía tapado con una sábana blanca.

—Peter, debes aceptar este cargo porque tu padre así lo quiso.

Con un rápido movimiento de su brazo, Stephen destapó lo que había escondido bajo la sábana. Los ojos de Peter no podían creer lo que veían. Acababa de enterrar a su padre hacía un par de horas. ¿Cómo demonios estaba el cadáver otra vez allí? No pudo reprimir el impulso de abalanzarse sobre él y abrazarlo. Al contacto con su cuerpo rígido y frío, su aplomo se desmoronó. Quiso llorar, devolverle con sus lágrimas toda la seguridad que su padre le había proporcionado en vida. Quiso llorar, pero no pudo. Sus ojos se secaron el día que el niño de siete años perdió a su madre sin que nadie pudiera darle una explicación. Sebastian Bigelow había sido un padre dedicado en cuerpo y alma a sus hijos, y para Peter también significó su mejor amigo, confidente, maestro y consejero. En ese momento olvidó su otra cara, esos impulsos de severa autoridad, la desproporcionada protección y la excesiva injerencia en todos los aspectos de su vida. Esos pequeños detalles quedaban borrados ahora por el desgarrador sentimiento de un hijo que perdía su último vínculo con esta vida.

Su amigo Stephen Barrow se le acercó y le puso la mano en el hombro. En ese momento volvió en sí, miró a su alrededor contemplando el grupo de magnates vestidos con túnicas, y estalló de furia.

—¿Qué vais a hacer con mi padre? —preguntó con los ojos inyectados en sangre—. Stephen, exige una explicación.

—Debemos ayudar a que el alma se libere de su cuerpo y encuentre su lugar en el firmamento.

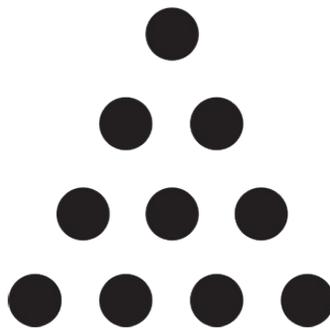
Peter no entendía nada. La confusión hizo que apenas pudiera balbucear unas palabras. Stephen siguió con la explicación.

—Peter, tu padre era un miembro principal de nuestra organización, y debemos rendirle el homenaje que se merece. Él mismo lo dejó todo preparado. Este lugar bajo el obelisco de Tutmosis III se destina exclusivamente para las ceremonias de transmigración de las almas de nuestros difuntos. Te aseguro que devolveremos inmediatamente el cuerpo a su sepultura, pero antes hemos de asegurarnos que su alma se libera adecuadamente de su cuerpo mortal. El hueco que él deja en la Tetraktys lo ocuparás tú a partir de ahora.

—¿Tetraktys? —preguntó Peter, que se sentía sumido en una atmósfera irreal. Sin embargo, aquel nombre le era muy familiar.

—Es nuestra forma perfecta, la que adoramos e imploramos en nuestras ceremonias especiales. Mírala allí.

Peter volvió la cabeza hacia la pared donde Stephen señalaba con el dedo y contempló la imagen de un triángulo formado por diez puntos.



—Cada uno de nosotros ocupa uno de los puntos de la Tetraktys. La figura representa el camino de perfección del alma desde los niveles inferiores, los terrenales, hasta la forma perfecta, la de la esfera, la forma de los astros que se desplazan en armonía con el universo. El obelisco realizará esa función esta noche. Él es el encargado de extraer el alma de tu padre de su cuerpo pasajero para proyectarla hacia la bóveda celestial.

Peter vaciló unos segundos. Sus sentidos permanecían bloqueados por el desconcierto y la estupefacción. Recordaba de una de las clases de filosofía griega a las que su padre le sometía sin descanso, que todos los sabios griegos habían adoptado la teoría de la metempsicosis, en la cual el alma va pasando de un cuerpo a otro tras la muerte. Este concepto general de reencarnación había sido perfilado sutilmente por Pitágoras para darle una dimensión espiritual, la transmigración de las almas obedecía a la necesidad de la purificación sucesiva en diferentes cuerpos para convertirse en una forma perfecta.

Teniendo en cuenta la obsesión de su progenitor por la Grecia clásica, no le extrañó nada que hubiera sido presa fácil de aquellos locos.

Los miembros de La Academia aprovecharon el silencio de Peter para continuar con el resto de la ceremonia. Primero se reunieron en torno al cuerpo yacente, implorando unos salmos en una lengua que Peter identificó como griego antiguo. Luego quemaron incienso y terminaron tocando una pieza musical con unos instrumentos arcaicos mientras daban vueltas en círculo alrededor del altar.

Peter vio desfilar el ritual delante de él como quien ve una película muda en mal estado. Apenas escuchaba, casi ni veía. Su mente estaba en otra parte, recuperando fragmentos de su vida que ahora cobraban su verdadero sentido. Ausencias, silencios, extraños comportamientos, presiones injustificadas, recomendaciones absurdas... Todos esos pequeños detalles que nunca comprendió de su padre adquirirían ahora su verdadera razón.

“Papá, ¿por qué no me contaste nada?”

Permaneció abstraído mientras las túnicas blancas terminaban el ceremonial y se dirigían de nuevo a él.

Stephen le repitió la pregunta.

—¿Aceptas tu cargo con la responsabilidad de mantenerlo en secreto mientras vivas?

Ahora entendió que su padre no había hecho más que guiarlo hasta ese preciso momento. La educación personalizada que recibió en su infancia, las ascéticas reglas de comportamiento, sus estudios en neurología, su especialidad médica en terapia musical, el proyecto “Dylan” que habían

perpetrado entre los dos... ¿Cuánto había sido decisión de él y cuánto se había dejado influenciar por su padre? No sabía qué significaba todo aquel ritual, pero estaba seguro de que era parte de lo que su progenitor había previsto para él cuando muriera.

Cerró los ojos y asintió.

—Así sea. ¡Alegrémonos de tener a un nuevo hermano entre nosotros! — exclamó Stephen.

Los demás miembros del grupo dieron la bienvenida al nuevo miembro de La Academia con una última plegaria.

“Tu alma nos hace más fuertes. Protégenos y te protegeremos”.

Capítulo 7

Tras varias horas de vuelo, Miko dormía como un bebé, mientras Alicia no paraba de darle vueltas a la cabeza. En Madrid había llamado a la oficina para comunicar sus planes. Normalmente disponía de la suficiente libertad para tomar sus propias decisiones respecto a los casos que llevaba, pero esta vez notó a Xabi muy tenso. Su jefe le exigió, más que recomendó, detener la investigación hasta no conocer más detalles y le prohibió explícitamente viajar a Sudáfrica. Alicia intuyó la mano de Valerie McGoohan detrás de esa novedosa imposición de fuerza, por lo que se limitó a anunciar, no sin cierta sonrisa pícaro en los labios, que seguiría informando.

Tras colgar se encontró pletórica, pero ahora la euforia se había esfumado, dejando su cerebro como un globo deshinchado en el rincón de una fiesta terminada. El pesimismo que últimamente revoloteaba alrededor, acechando ante cualquier duda o contratiempo, vio el momento oportuno para atacarla a trece mil pies de altitud, arrancándole de un tirón su exitosa toga profesional para sacar a la luz su patética vida personal.

¿Cómo podía haber traicionado a aquella jovencita que deseaba convertirse en adalid de la justicia universal?

A ello se unía la frustración por no haber sabido encaminar su vida hacia lo que más amaba, la música. Haberse convertido en abogada defensora de los derechos de los músicos era quedarse en una situación intermedia que no satisfacía plenamente ninguna de sus dos vocaciones.

Cuando cumplió los dieciocho pensaba de otra manera bien diferente.

Espoleada por el hambre de comerse el mundo, cambió su pueblo cordobés por Madrid para estudiar Derecho, la excusa perfecta para cortar las ataduras con su rígido padre y su sobreprotectora madre. Impregnada desde pequeña por el valor universal de la justicia, su afán era convertirse en juez para ayudar a poner un poco de orden en el mundo.

Pero no estaba dispuesta a sacrificar su otra afición, la música. En su niñez, mientras sus amigas jugaban con muñecas, ella se entretenía aporreando las gastadas teclas del piano del abuelo, sustituyendo los cuentos de hadas por montañas de partituras. El sonido de aquel colosal instrumento la cautivaba, y aun siendo tan pequeña que no podía enlazar dos notas seguidas, se pasaba las horas sentada en la banqueta, probando todo el espectro de sonidos que podía arrancar al viejo instrumento. Más tarde, cuando sus amigas del colegio empezaban a salir con chicos, a quien ella abrazaba y arrancaba profundos lamentos era al violonchelo. Entre uno y otro le tocó el turno al violín, pero dada su extrema dificultad, su relación fue tan efímera como las de sus compañeras de instituto con los chicos del curso superior. Recordaba con amargura el tropel de profesores de música que desfilaron por su casa, el entusiasmo inicial que depositaban en ella y la frustración en sus caras al marcharse, lo cual no encogía el ánimo de la pequeña e incansable intérprete. No estaba obsesionada por ser una reconocida compositora, ni por convertirse en virtuosa; se conformaba con palpar la vibración, con resonar como un diapasón al contacto con la música.

Un día se encontraba tarareando una cancioncilla mientras estudiaba con una amiga. Ella le dijo que no sabía por qué perdía el tiempo en aprender a tocar instrumentos musicales, pues estaba claro que lo que se le daba bien era el canto, ya que poseía una voz maravillosa. Fue como una revelación. Se apuntó a clases de canto y se unió a un coro. Ahora no sólo podía disfrutar sintiendo la música, sino que podía crearla con su propio cuerpo, lo que terminó de unirla por siempre a su gran pasión.

Los estudios de Derecho los superó sin dificultades pero sin entusiasmo, alternándolos con las clases de canto que ella misma se pagaba con distintos trabajos. A pesar de su vida musical paralela, terminó la carrera sin retrasos y con un gran expediente. Revisando unas notas de exámenes del último curso,

vio en el tablón de la facultad un anuncio de una beca para la “Agencia para la Defensa de la Propiedad Intelectual”. Al instante pensó que era una bendición, ya que así podría aunar su desempeño profesional como abogada con su vocación musical. Hubo pocos candidatos a la oferta, ya que por entonces la ADPI no tenía muy buena fama entre los jóvenes, al haber encarecido los precios de los soportes musicales con un dichoso *canon* y haber comenzado una enconada lucha contra las descargas por internet.

Fue cuando conoció a Xabi, en la misma entrevista de trabajo. La atracción fue mutua, y la química fluyó desde la primera mirada. Estaba hecho, esa misma noche tomaron una copa y por la mañana ya estaba trabajando para la Agencia. Comenzaron una bonita historia de amor. Ella encontró seguridad y cobijo en un inteligente y atractivo joven de carrera meteórica. Por su parte, él acumulaba otro trofeo para su vitrina, una espectacular belleza andaluza de inesperada gran habilidad como letrada.

La pareja perfecta. El gran error de su vida.

La comodidad, el fútil éxito, la autocomplacencia. La lapidación de los sueños...

—Vamos a tomar tierra, será mejor que despiertes —le susurró Miko al oído. Las horas de sueño habían suavizado sus arrugas y desaliñado su melena. A Alicia le pareció aún más atractivo con ese aspecto descuidado. En un movimiento inconsciente, se pasó la mano por el rostro como si pudiera reconocer así los estragos del viaje. Imaginó que estaba horrible, así que volvió la cara hacia la ventanilla. La vasta ciudad estaba rodeada por una extensa red de autopistas. Los diferentes barrios estaban separados entre sí por parques y bosques, quizás diseñados más como barreras naturales entre las diferentes clases sociales que como espacios comunitarios. Hacia el sur, los guetos, hileras de chabolas milimétricamente dispuestas por los blancos que servían de triste hogar a los negros. Había soñado con una exótica aventura africana, y resultaba que Johannesburgo era otra ciudad gris calcada a cualquier capital europea. Lo único que resaltaba en el mismo centro de la ciudad eran unas grandes montañas de color amarillento en torno a unas fábricas de las que emergían altas chimeneas.

—Son residuos minerales de la extracción del oro —se anticipó Miko.

—¿Has estado aquí antes?

—Una vez oficialmente, para dar el concierto más corto de mi vida. Después he venido, digamos que de incógnito, varias veces más.

—¿Qué pasó en ese concierto? —preguntó Alicia, interesada en saber algo más de su cliente.

—Me engañaron.

—¿No crees que eso sucede demasiado a menudo en tu vida? —bromeó Alicia. Miko asintió con una sonrisa.

—Me dijeron que el concierto estaba organizado como un acto de integración de razas, que yo significaba un nexo entre los gustos de los jóvenes blancos y ricos, con los negros pobres. Pero nada de eso, los únicos negros que vi eran los camareros de las barras y los que barrían el suelo. Toqué una canción y me fui. Casi me linchan. Tuve que volver escoltado a Suiza.

—¿Por entonces vivías aún en Suiza? ¿Cómo termina un cantante suizo ídolo de la música electrónica retirado en un barrio lisboeta regentando un café?

—Te puedes imaginar. Ciertas cosas en mi vida se hicieron más importantes que la música.

—¿Tu hijo Nicolás, por ejemplo?

—Veo que te acuerdas de su nombre... Sí, fue una de las causas, pero no la única. La música era mi manera de transmitir lo que sentía, de explorarme a mí mismo, pero un día me di cuenta de que no era suficiente para realizarme por completo. Me faltaba sentirme útil para los demás, sumar mi granito de arena para mejorar este mundo. Tenía que hacer algo por las cosas en las que creía, luchar contra las injusticias, y encerrado en mi estudio estaba muy lejos de conseguirlo.

—Tengo grabada en la memoria tu imagen subido a un tren con residuos radiactivos en Alemania.

—¡Ja, no fue fácil! —exclamó Miko—. Mis compañeros me descolgaron con una cuerda desde un puente y yo me solté cuando el tren pasaba por debajo. ¡Creí que me mataba!

—Supongo que te arrestaron por eso.

—Una semana, pero mereció la pena. El gobierno tuvo que redefinir su programa nuclear. Por otro lado, mi discográfica acogió con buenos ojos ese comportamiento “alternativo” que me daba más fama, ya que así ellos obtenían más beneficios. Creí que podía compatibilizar ambos mundos, pero me equivoqué. Después de un par de arrestos, la cosa empezó a cambiar: comenzaron a cancelarme conciertos alegando que las ciudades me consideraban persona *non grata*, las discográficas me hicieron el vacío y finalmente los fans se olvidaron de mí.

—Supongo que es el precio que hay que pagar por ser uno mismo —apuntó Alicia.

—No entendía lo que pasaba. Yo seguía siendo el mismo, pero todos a mi alrededor cambiaron. Agentes, promotores, productores, músicos, colegas, todos los que antes se habían pegado a mí como lapas, ni siquiera me descolgaban el teléfono. Poco después, la madre de Nicolás nos abandonó por un músico más moderno.

—Vaya, lo siento. Debieron de ser unos años terribles...

—Mi vida se derrumbó, pero lo que peor llevé fue darme cuenta de que no podía compatibilizar mis dos facetas vitales: la música y la lucha por la justicia.

Alicia empatizó al instante con Miko. El mismo dilema, pero con resultados bien diferentes. A ella la había transformado en una abogada triste y a él en un músico frustrado.

—¿Tuviste que elegir sólo una?

—No, maté las dos. O todo o nada, así que rehíce mi vida para convertirme en una persona diferente.

—¿Puede hacerse eso? —preguntó Alicia, pensando en sí misma.

—Claro que sí. Rompí con todo, aquí me tienes como prueba —contestó Miko. Alicia, no obstante, no quedó convencida.

—Y rompiste también con tu país de origen...

—Ya no tenía nada que me ligara a Ginebra, pues mis padres habían muerto, así que emprendí un viaje sin destino fijo, huyendo de todo el entorno que me estaba agobiando. Puse rumbo al sur, en busca del sol tan perdido en Suiza, y cuando llegué a Lisboa me lo encontré por todas partes.

Esa bendita luz era tan penetrante que me curaba por dentro, así que allí me quedé.

—¿Aún estás curando tus heridas? —preguntó Alicia, temiendo invadir demasiado su intimidad.

—No lo sé, pero al menos evito no lastimarme de nuevo.

—Te equivocas. A veces hay que abrir una nueva herida para que cierre otra —comentó Alicia, tratando de convencerse a sí misma de que la dolorosa irrupción de Valerie McGoohan iba a cicatrizar antiguas brechas.

Miko se quedó pensativo unos segundos, con la vista perdida en un tiempo pasado. Decidió cambiar el tono de la conversación.

—Llegamos a buena hora para ir a cenar a un sitio que conozco cerca del hotel —sugirió.

—De acuerdo, estoy hambrienta.

—Así podré conocer algo de ti, lo siento, no hemos parado de hablar de mí.

—No tengo mucho que contar, la verdad, mi vida es muy anodina.

—No lo creo. Debe de ser interesante eso de defender la justicia, de hacer prevalecer el bien sobre el mal.

—Al final nos pasamos más tiempo sentados leyendo jurisprudencia que otra cosa —dijo Alicia, tratando de quitarle importancia.

—Y por no hablar de lo emocionante que tiene que ser desenmascarar al acusado delante del tribunal...

—Es una parte más del trabajo. Las películas han hecho mucho daño a la imagen que se tiene de nosotros. No existe la improvisación allí arriba, ni los golpes de efecto. El éxito del oficio se esconde detrás: conocer al cliente, investigar las pruebas, estudiar las leyes y leer sobre casos similares. Si no has trabajado todo eso, estás perdido.

—Luego, claro, tenéis que tragar con la otra parte...

Alicia se puso rígida, ya intuía por donde acabaría esa conversación.

—¿A qué te refieres con *la otra parte*?

—A cuando os toca defender al villano de turno.

Sus sospechas se confirmaron.

—Nuestro trabajo consiste en preservar el derecho a la defensa que tienen

todos los ciudadanos.

—¿Se puede llamar ciudadano a un corrupto, a un asesino, un violador o un pederasta?

Alicia se sorprendió ante esa pregunta tan dura, que hizo aflorar cargos de conciencia que creía ya tapados.

—Desgraciadamente, sí —respondió, muy seria—. Hasta que no se demuestre lo contrario, todos somos inocentes.

—No, no todos somos inocentes —rechazó Miko—. El mundo está plagado de personas crueles y malvadas.

—Todos somos iguales ante la ley —sentenció Alicia, tratando de dar por zanjado el incómodo asunto.

—¿Iguales? —preguntó Miko, soltando una sonora carcajada—. ¿Es igual un indígena del Perú que el consorcio minero internacional que le quita las tierras? ¿Es igual el vagabundo que vive tirado en la calle que el ejecutivo que lo contempla desde su limusina?

—El rico y poderoso también podría ser una víctima llegado el caso —replicó Alicia, enojada—. ¿Cómo te sentirías si todo el mundo te acusara de algo que no has hecho y no tuvieras a nadie que te defendiera?

Miko pareció asimilar sobre sí mismo la cuestión, y su expresión se relajó un tanto.

—Supongo que librar de la cárcel a algún culpable de vez en cuando es el precio que hay que pagar por salvar a muchos inocentes —aceptó Miko—. Disculpa si te he enfadado, no iba contigo, es que nunca me gustaron los abogados en general. Será que siempre aparecéis cuando hay problemas, nadie os llama para compartir su alegría.

A Alicia le desagradaba sobremanera enfrentarse a aquellas discusiones. Entre sus colegas y compañeros juristas, nadie se planteaba ese dilema moral, pero cuando se encontraba con alguien totalmente ajeno a ese mundo, era fácil que saliera el tema. Inexplicablemente, aún se le hacía un nudo en la garganta cada vez que daba las consabidas explicaciones.

Volvió la cara hacia la ventanilla. Estaban a punto de aterrizar.

—Estás disculpado —indicó, para cerrar la conversación—, pero se me han quitado las ganas de cenar.

Capítulo 8

Sólo una vez que el jet privado despegó, Stephen reveló a Peter que el destino era Nashville, en el centro de los Estados Unidos. Para Peter fue una sorpresa que la Casa de la Música de La Academia, que supuestamente había sido dirigida por su padre durante años, se encontrara en la capital del estado de Tennessee, ya que nunca le había oído hablar de esa ciudad. Ahora ya sabía cuál era el principal destino de esas repentinas salidas en su avioneta privada.

Peter no estaba seguro de cómo afrontar la gran amistad que le unía a su amigo después de lo que había visto bajo el obelisco de Manhattan, pero necesitaba información para rellenar el vacío interior que había provocado su padre al irse sin despedirse, sin contarle a qué había dedicado realmente su vida. Sólo Stephen podía proporcionarle esa información, así que no opuso resistencia cuando éste le ofreció ir a tomar posesión de la Casa de la Música.

—Vamos, Stephen, ya no soy un niño, déjate de juegos. ¿En qué tipo de secta estáis metidos? ¿Qué es en realidad “La Academia”? —preguntó directamente.

—La Academia original la creó Pitágoras —indicó Stephen—. Quizás el mundo sólo lo recuerde por su famoso teorema, pero Pitágoras de Samos fue mucho más. Fue el primer filósofo de la cultura occidental, y el primero en captar el poder de los números; también fue pionero en tener una comunidad de discípulos a su alrededor, como después la tuvieron Platón y Aristóteles. Nosotros, con La Academia, tratamos de replicar ese mismo espíritu en la

sociedad actual. En definitiva, somos un grupo de hombres que buscamos algo más en la vida que cualquier mortal.

—¿Y qué es eso tan especial que buscáis?

—Algo muy simple: buscamos la purificación espiritual.

—¡Vaya, qué original, como todas las religiones que conozco! ¿Por qué no os hacéis budistas y os vais al Tíbet? —requirió Peter con tono mordaz.

—Lo que nos diferencia es la manera que elegimos para conseguir la pureza de nuestra alma: nuestra vía de salvación es la ciencia.

—¿La ciencia? ¡Qué disparate! ¿Pretendéis encontrar a Dios realizando experimentos en un laboratorio?

—Seguramente no me he explicado bien, amigo. La práctica de la ciencia no es sólo el instrumento para alcanzar la purificación de nuestro espíritu, la ciencia es la religión en sí misma. Y ello conlleva unas determinadas reglas de comportamiento.

—¿No se supone que ciencia y religión están contrapuestas? Los hechos y la fe nunca se han llevado bien.

Aquello le hizo recordar a Peter la explicación que daba su padre a la decisión de haberse hecho músico: decía que allí confluían el cuerpo y el espíritu.

—La ciencia, a través de los números y sus reglas, es capaz de describir el más mínimo detalle del universo, pero con la diferencia de que esa representación abstracta perdura eternamente, sobrevive al objeto que define. Los números encierran el alma de las cosas.

Lo que Peter nunca hubiera imaginado era que pudieran acabar con la cordura de alguien en apariencia tan cabal como Stephen.

—Pero las emociones, los sentimientos... ¿Cómo expresar con números estos conceptos abstractos?

—Dímelo tú —le retó Stephen.

Peter entendió al instante lo que pretendía decirle.

—No exactamente con números —indicó, resignado—, sino con música.

—*Voilà*, querido amigo.

—Proyecto “Dylan” —susurró Peter, digiriendo las implicaciones de todo aquello. La neurociencia trataba de buscar las bases biológicas del

comportamiento humano, y hacía tiempo que se conocía que las “emociones” no eran más que un complejo conjunto de neurotransmisores y hormonas en acción. Él, con su proyecto Dylan, había conseguido dirigir esos procesos utilizando únicamente como herramienta la música.

—¿Crees que un proyecto con un objetivo tan interesante como cambiar la voluntad de las personas a través de la música podría estar fuera de nuestro conocimiento?

—Eso es precisamente lo que habéis estado buscando todos estos años, ¿verdad? Y yo os lo he puesto en bandeja —claudicó Peter.

Stephen sonrió satisfecho.

—¿Quieres una copa?

—Creía que los preceptos pitagóricos prohibían el alcohol.

—Bueno, hombre, no hay que tomárselo todo al pie de la letra —se disculpó, mientras se levantaba y se dirigía al bar—. Iré a comprobar con el capitán cómo está el tiempo en Nashville.

Peter se acomodó y echó un vistazo por la ventana. Con el mundo real oculto bajo una manta de nubes blancas, se sintió cerca del cielo, reconfortado al fin en su soledad. Ya no tenía mucho por lo que luchar en la vida. A su mente vinieron unas palabras que su padre solía repetir a menudo, parafraseando a Bob Dylan: “Todo lo que tengo es una guitarra roja, tres acordes y la verdad...”

Tras el aterrizaje, Stephen indicó al taxista que les llevara al campus universitario.

—¿Todavía te estás preguntando por qué La Academia eligió este lugar para la Casa de la Música?

—Nashville es la “Music City”, así que no debería extrañarme vuestra decisión.

—La ciudad se ha ganado a pulso ese apodo. Nashville posee la más potente industria discográfica del país. Además de multitud de estudios de grabación y producción musical, las más importantes discográficas del mundo tienen aquí sus sedes principales.

—Las “big four” —indicó Peter.

—Así es, entre todas ellas controlan el ochenta por ciento del negocio

musical del planeta.

—La mitad de la ciudad que ves vive de la música —añadió Stephen—. A la otra mitad, le da de comer la persona que vamos a ver.

—Debe de ser alguien importante, por lo que dices.

—Nuestro vértice de la Tetraktys: el director de La Academia: George Vanderbilt.

El taxi los dejó en una de las entradas del recinto peatonal de la Universidad Vanderbilt. Pasaron de largo por delante de un enorme hospital universitario que albergaba todas las especialidades y se dirigieron a la zona de estudiantes. En su camino por la arboleda se encontraron varios edificios de ladrillo rojo donde se impartían las diferentes carreras de la universidad.

Sus pasos desembocaron en la ribera de un lago. Una potente luz al otro lado atrajo la atención de Peter, que quedó impresionado ante la visión fantasmagórica del edificio que se erguía a unos centenares de metros.

—Eso es... el Partenón —consiguió decir.

—Una réplica perfecta del Partenón de Atenas, piedra a piedra, milímetro a milímetro. Sólo que éste está entero —indicó Stephen—. Se erigió en 1897, y fue el primero de los edificios neoclásicos construidos en la ciudad, muchos de ellos sufragados por La Academia. Por algo a Nashville se le conoce como la “Atenas del Sur”.

Peter contempló desde la distancia el magnífico monumento, el mejor ejemplo de armonía visual imaginado por un arquitecto. Iluminado desde el suelo, parecía elevarse orgulloso, proyectando su magnificencia sobre la ciudad que lo eligió como símbolo.

Por un momento se tomó en serio a La Academia. Quizás no estaban tan locos como había pensado. Quizás era verdad que habían pretendido refundar en América el espíritu perdido de la civilización griega, aquella que miraba por igual a los dioses y a los hombres, la que elevó a las más altas cotas la inspiración artística, científica y pensadora del ser humano.

—La Casa de la Música —indicó Peter, señalando al Partenón—, ¿verdad?

Stephen sonrió y le posó un brazo sobre el hombro.

—Vamos allá, George debe de estar terminando su conferencia.

Tras rodear el lago, la poderosa presencia del Partenón obligó a Peter a pararse frente a sus peldaños de entrada para absorber la perfección que emanaba de cada vértice y cada arista.

Stephen le llamó desde la entrada, rompiendo su momento místico. Peter le siguió y leyó el panel informativo que anunciaba la conferencia: “La Tabla Esmeralda, 19:00 h. Conferencia a cargo del Sr. George Vanderbilt. Gran Maestro de la Fraternidad Rosacruz”.

—¿Fraternidad Rosacruz? —preguntó Peter extrañado—. Aquí hay algo que no me has contado...

—Lo entenderás enseguida —contestó Stephen, en el momento en que un tropel heterogéneo de jóvenes estudiantes, amas de casa y señores mayores desalojaba el sagrado recinto.

Dos personas permanecieron frente a la puerta cuando la marea de gente se disolvió. La primera tenía el porte de un venerable anciano con melena y barba blancas. La segunda parecía un gigantesco *marine* de gesto marcial. Peter reconoció en ellos a dos de los participantes en la ceremonia bajo el obelisco de Manhattan.

—Hola, señor Bigelow. Encantado de verle de nuevo —saludó el anciano, guiñándole un ojo en actitud cómplice—. Soy George Vanderbilt, y nuestro compañero es Jim Jackson.

El mastodonte le apretó la mano como si quisiera hacérsela papilla, al tiempo que le escrutaba con ojos de pantera.

—Acompañadme dentro —invitó Vanderbilt.

El vigilante les entregó las llaves de la entrada y cerró la puerta por fuera, dejándolos encerrados y a solas. Al atravesar las dos filas de columnas de entrada, Peter se quedó paralizado delante de una estatua de enormes dimensiones.

—Es la misma Atenea Partenos —reconoció Peter, asombrado de las portentosas dimensiones de aquella diosa griega con casco, armadura y escudo recubierta de oro.

—La reconstruimos tal y como los textos describen la estatua que Fidias colocó en el interior del Partenón original. Es la estatua de interior más alta del mundo occidental.

—También quisimos rendir un homenaje a nuestros orígenes. ¿Sabes que Fidias basó el increíble efecto visual de sus esculturas en la proporción mágica, en el número Phi?

—¿Y sabes quién descubrió que los números racionales como Phi eran la llave del conocimiento del cosmos?

—Pitágoras —contestó Peter de inmediato.

—Te estarás haciendo muchas preguntas —dijo Vanderbilt—. Adelante, estamos aquí para responderlas.

Peter tardó un par de segundos en ordenar todas las dudas que tenía en la cabeza.

—Para empezar, me gustaría saber a cuántas sociedades secretas se supone que tengo que unirme: Pitagóricos, La Academia y ahora la Fraternidad Rosacruz. ¿Quiénes sois en realidad?

Stephen fue a tomar la palabra cuando George Vanderbilt le hizo callar amablemente.

—¿Qué opinión te merece la Fraternidad Rosacruz? —dijo, con una mueca pícara en la cara.

—Siento tener que decirle esto, siendo usted su Gran Maestro, pero estas sociedades me parecen un timo para mentes débiles. Si existiera una secta filosófica que guardara un gran secreto, ¿no sería precisamente eso, *secreta*?

—Me temo que has hecho la pregunta perfecta —indicó, con suficiencia.

—¿Pero entonces los miembros de La Academia también somos Rosacruces? —insistió Peter, desconcertado.

—No, me explicaré. La historia de nuestra Hermandad comienza con nuestro fundador, el caballero germano Christian Rosencreuzt.

—¿Quién? —preguntó Peter, extrañado.

—Un intrépido viajero del siglo XV —respondió Stephen—, que tras un largo viaje iniciático por Oriente, se atribuyó el conocimiento de todos los secretos que habían permanecido ocultos al hombre. Su historia tuvo bastante éxito en una época en la que el renacimiento despuntaba y las mentes se estaban abriendo a nuevas teorías. Gracias a su gran capacidad de oratoria, su discurso sobre la sabiduría que encerraban los viejos arcanos consiguió atraer la atención de grandes hombres ilustrados.

—Para organizar a la cantidad de adeptos que fue encontrando —continuó Vanderbilt—, se le ocurrió fundar la Fraternidad Rosacruz, e invitó a todos los sabios del mundo a unírsele, añadiendo que disponía de magníficos objetos para los cuales aún no se había descubierto su función. Sin embargo, pronto se le fue de las manos. Sus adeptos dudaban cada vez más de la veracidad de sus supuestos secretos y sus detractores le acusaban de herejía, así que escogió a unos cuantos hombres de confianza y se retiró a un lugar desconocido.

—La Academia —concluyó Stephen—, es la descendencia de aquel reducido grupo de hermanos de Christian Rosencreutz, los verdaderos conocedores de sus secretos.

—Los rosacruces auténticos... —indicó Peter.

—Christian Rosencreutz se fijó en la figura de Pitágoras para organizar la comunidad de su pequeño círculo de amigos. Se identificaba con el sabio griego, pues sus vidas habían corrido paralelas. Los dos navegaron por medio mundo en busca de los secretos de la ciencia y la filosofía, para luego buscar las respuestas en el interior de uno mismo. Aquellos elegidos resucitaron el espíritu heleno que hoy perpetuamos en La Academia.

—Pero, ¿qué pasa con la Fraternidad Rosacruz que usted preside, con todos esos discursos cargados de referencias esotéricas y promesas de prosperidad espiritual?

Stephen se entretuvo unos segundos tecleando algo en su iPhone.

—Mira —dijo, enseñándole en la pantalla la página web de google—. La búsqueda en internet del término “rosacruz” genera más de medio millón de resultados. Logias, grados de iniciación, doctrinas, principios, simbología... Parafernalia esotérica barata; esoterismo de supermercado.

Peter comprendió lo que trataban de explicarle. Tuvo que reconocer lo bueno que era el engaño.

—La Fraternidad Rosacruz es la interesadamente frívola pantalla de La Academia para ocultar su identidad como los verdaderos rosacruces, ¿no es así? —la afirmación en los rostros de Stephen y Vanderbilt le animó a finalizar su análisis—. Y el hecho de que George Vanderbilt, el presidente de La Academia, ocupe el grado de Gran Maestro en la Fraternidad Rosacruz no

es más que la guinda del enredo.

—Lo has entendido a la perfección —concluyó Vanderbilt—. Señores, ya está bien de cháchara, hemos venido a hablar de música.

La mole de pelo rapado, que había permanecido en silencio hasta entonces, saltó el cordón de seguridad alrededor de la estatua y empujó con sus fuertes brazos sobre una de las figuras de gran tamaño del friso que cubría la base. El caballo de Poseidón giró noventa grados hacia el interior, descubriendo una entrada oculta que descendía al subsuelo bajo la estatua. Peter se volvió sorprendido hacia Stephen.

—Bienvenido a la entrada VIP. Como podrás suponer, la entrada habitual no es tan espectacular.

Bajaron un piso de escaleras y ante ellos se abrió un largo pasillo por el que empezaron a andar.

—Este subterráneo ha visto crecer a La Academia desde que éramos unos despistados jóvenes que soñaban con notas y acordes mágicos —explicó Vanderbilt.

—¿Desde cuándo se supone que *existís*?

—Nuestro primer éxito en la industria musical fue el “Grand Ole Opry”.

—¿El famoso programa radiofónico de música country?

—El más antiguo de Estados Unidos —respondió Vanderbilt—. Lo creamos en 1925 y, aunque el *country* ya no tiene el tirón de antes, fue la prueba definitiva que convenció a nuestros padres y abuelos de que la música de masas era el medio idóneo para diseminar el mensaje de La Academia.

—La verdad es que los preceptos pitagóricos no me encajan bien con el estilo de vida *country*... —ironizó Peter.

—Luego surgió Elvis —continuó Stephen—, y todas nuestras hipótesis se confirmaron. La música dejó de ser un rasgo de la cultura local para convertirse, con ayuda del auge de la radio y la televisión, en un concepto universal. Creo que la figura de Elvis fue la primera cosa que unió a todos los habitantes del planeta, más allá de sus convicciones políticas o religiosas. Para nosotros fue la confirmación de que la música, la ciencia perfecta según Pitágoras, era el camino de salvación del planeta.

Peter se fijó en las puertas que iban dejando atrás; estaban rotuladas con

nombres como “Grabación”, “Edición”, “Producción”...

—Será mejor que inspecciones lo que hay detrás de estas puertas mañana por la mañana, cuando el personal esté trabajando. Tienes a doscientas personas a tu cargo.

Se paró frente a la que presentaba el rótulo de “Operaciones”.

—Éste es el despacho de Jim Jackson —el *marine* dio un pasito más para interponerse entre Peter y la puerta—. Él gestiona nuestro cuerpo de seguridad, protegiéndonos de nuestros enemigos.

—¿Hermandades rivales, debo suponer? —preguntó, continuando la marcha.

—Fanáticos, radicales...., nada de importancia, aunque si algún día alguien te molesta, llama a Jim. Él sabrá cómo arreglarlo.

—¿Y las otras “Casas”? ¿Tienen la misma organización? Supongo que hay una por cada *mathemata*... —apuntó Peter, sabedor de que, en la Grecia clásica, la palabra *mathemata* significaba “lo que se aprende” y hacía referencia a la división de la ciencia en sus cuatro ramas del saber. Así fue como Pitágoras dividió las enseñanzas a los alumnos de la comunidad que creó, modelo que su padre replicó con él.

—Las “Casas” de la Aritmética, Geometría y Astronomía no tienen a día de hoy una función importante —explicó Vanderbilt—. Tu padre se encargó de que la Música sonara por encima de las demás.

Stephen invitó a Peter a atravesar la puerta que indicaba: “Director”.

—Ahora tú eres el encargado de la Casa de la Música —señaló—; entra y ocupa el lugar que dejó tu padre.

Peter recibió una avalancha de recuerdos que le fue difícil aplacar: instrumentos musicales que habían tocado juntos, fotos familiares, incluso una pizarra con anotaciones a tiza de su elegante caligrafía. Aquel lugar era la triste prueba de que su padre le había ocultado una parte muy importante de su vida.

—¿Qué hacía él aquí? —preguntó, evitando sentarse en la silla principal.

—Desde este despacho, tu padre controlaba la producción musical del planeta.

—Me resulta inverosímil que, siendo gran amante de la música clásica y

manifiestamente contrario a la música comercial, tuviera algo que ver en esa industria.

—Pues esa ha sido la labor del encargado de esta casa desde su creación allá por los años 20 —dijo Vanderbilt—. Mira, puedes pensar que los hilos que controlan el mundo se manejan desde la alta política y desde los grandes grupos empresariales y financieros, pero ellos sólo llegan al lado material del ser humano. Con la música conseguimos llegar a su lado afectivo y espiritual, a su mismo corazón, que a fin de cuentas es el que toma las decisiones. A través de la música popular, difundimos los mensajes más convenientes a nuestros intereses.

—¿Me estás hablando de mensajes subliminales o de letras ocultas en las canciones?

—Deberías saber exactamente de qué te estoy hablando, Peter —indicó Stephen—. Son notas, melodías, acordes, ritmos, que traspasan el lenguaje hablado y van directamente al subconsciente.

Peter se dio cuenta en aquel momento de porqué había sido elegido como responsable de la Casa de la Música. Él era el mayor experto mundial en neuromusicología. Nadie como él para entender la relación entre los sonidos y sus reacciones cerebrales asociadas. Nadie como él para manipular las mentes humanas.

—Pero ¿qué pretende La Academia? ¿Qué tipo de mensaje queréis difundir?

—Perseguimos homogeneizar, igualar y estructurar las mentes de todo el mundo con las mismas ideas, las mismas creencias, los mismos conceptos y patrones de vida —explicó Vanderbilt—. Nuestro objetivo fue desplegar un lenguaje universal a través de la música, que contribuyera al desarrollo de una sociedad tecnológica, culta y pacífica, y poniendo especial hincapié en minimizar las diferencias sociales, económicas y culturales.

—Una sociedad global —resumió Peter.

—Así es. En un principio —continuó Stephen—, nuestro trabajo se limitaba a aprender de los grandes autores. Siempre ha habido genios en esto de la música, con cualidades innatas para arrastrar a miles de personas detrás de ellos. Aquí, entre estas paredes, nos dedicábamos a analizar, más con el

oído que con otra cosa, los patrones musicales que convertían una canción en éxito. Nuestro proceso se basaba en escuchar, valorar y luego decidir: repetir o abandonar. En pocas palabras, reconducíamos la producción artística musical hacia los géneros, estilos y grupos más convenientes.

—¿Me estás diciendo que La Academia ha dictado lo que debíamos escuchar y lo que no?

Vanderbilt contestó con una sonrisa de satisfacción.

—En estos últimos años, en particular, tu padre se centró sobre todo en la música electrónica. ¡Qué brillante idea la suya de convertir al DJ en estrella mediática! Él se propuso extender la música electrónica desde las oscuras pistas de baile hasta los grandes estadios.

—¿Por qué la música electrónica en particular?

—Por el perfil independiente del artista. No es lo mismo centrarse en cuatro DJ's aislados que controlar un batallón inconexo de bandas con delirios de grandeza, solistas rebeldes, y un abanico de géneros y estilos imposible de abarcar.

—¿Y todo eso se hace desde aquí? —preguntó, señalando las cuatro paredes.

—Tendrás tiempo para conocerlo todo. Si te hemos elegido es porque esta Casa no puede dirigirla nadie más que tú. Por mucho control que hayamos introducido a través de las discográficas, nunca hemos podido vigilarlo todo, siempre se nos escapaba algo. Era una tortura, siempre a contracorriente, reaccionando a los pasos de los artistas, incapaces de anticiparnos a ellos; hasta que te encontramos a ti.

—¿A mí?

—Sí, a ti y a tu investigación sobre neuromusicología —intervino Vanderbilt—. Por una vez, nos habíamos convertido en creadores, no en simples copistas. Tu padre aplicaba en esta Casa, sobre la audiencia universal, vuestra investigación con los pacientes neurológicos. Proporcionaba a nuestros productores discográficos ciertos ritmos, sucesiones de acordes, alteraciones de tono, o cualquier otro elemento destilado en tu alambique sonoro que pudiera ser de utilidad en la música de masas. En ocasiones, directamente se añadía el ingrediente a la mezcla final, sin que el

resultado fuera apreciable para el compositor. Nuestras ventas se dispararon, y no nos cansábamos de generar nuevos productos comerciales. Habíamos conseguido nuestro objetivo, llegar al máximo de público. A ti te toca ahora seguir el camino que ya empezaste sin saberlo hace mucho tiempo.

Peter frunció los labios. No sólo se sentía herido porque su padre le hubiera ocultado esa faceta tan importante de su vida, sino más aún por el hecho de sentirse utilizado por él. ¿No habría sido más fácil contárselo todo? ¿Había pretendido, acaso, apartarlo de La Academia? ¿Protegerlo, quizás?

Todas sus dudas quedaban disipadas por una palpitante verdad: su padre le había preparado durante toda su vida para ocupar aquella silla. Habían trabajado juntos, lo habían compartido todo, habían sufrido dos grandes tragedias y ahora, desde el más allá, le ofrecía el testigo de una vida incompleta.

¿Cómo podría negarse él a continuarla?

Capítulo 9

Desde el exterior del local, el estudio de grabación “Xhosa” sólo era reconocible por un escueto letrero de neón apagado. Miko y Alicia, plantados ante la puerta, compartieron una mirada de decepción.

Una voz masculina se demoró más de un minuto en contestar a la llamada del interfono. Alicia fue incapaz de reconocer el saludo de bienvenida en el idioma autóctono, el afrikáans.

—Hola, queremos ver al director del estudio —solicitó Miko en inglés.

—¿Quién desea verlo? —preguntó la voz, cambiando de idioma.

—Alicia del Toro, abogada de la Asociación para la Defensa de la Propiedad Intelectual en España —se adelantó Alicia, y en un susurro, se dirigió a Miko—. Será mejor que me dejes a mí.

La puerta se abrió y ante ellos apareció un oscuro y deshabitado vestíbulo. Extrañados ante el pobre recibimiento, siguieron la indicación del estudio de grabación que señalaba al sótano. Allí les recibió un hombre delgado y estirado, cuyo cuerpo se movía oscilando en un equilibrio inestable. Vestía totalmente de negro, y al estrecharles la mano la notaron fría como el hielo.

—Bienvenidos, soy Dick de Bilde, productor, director y gerente de este estudio —saludó cordialmente—. Señorita del Toro, es un placer recibirla... Y usted es...

—Miko Tarvuk.

La cara del productor tornó al asombro. Sus ojos se clavaron en el suizo, buscando el parecido con la última imagen que recordaba del joven artista.

Parecía no encontrarlo.

—¿Es usted Okimo? Quiero decir, ¿de verdad es usted Miko Tarvuk?

—En efecto, yo mismo —rezongó Miko.

—No le habría reconocido ni en mil años, sí que ha cambiado usted desde que...

—Desde que era una estrella de la música, sí —completó con desgana, evitando explicar que, al dejar los escenarios, decidió transformar su aspecto físico como terapia para olvidar su vida anterior.

—Soy la representante legal de Miko Tarvuk —indicó Alicia—. Hemos venido para tener un careo preliminar con usted, aunque si lo prefiere puede llamar a sus abogados y lo oficializamos.

—Señorita, no será necesario. Las pruebas me respaldan. Ya se las apañarán ustedes con mis abogados en cuanto salgan de aquí —respondió con altivez—. Acompañenme a mi despacho, este tema de la demanda merece que nos sentemos.

El productor les condujo por un estrecho pasillo que comunicaba con varias salas de grabación vacías. Alicia se fijó en que los cuadros de control acumulaban un dedo de polvo. Estaba claro que ese estudio necesitaba un empuje o cerraría en breve. Seguramente, al director se le había ocurrido como medida desesperada que demandar a Miko Tarvuk era la solución.

Al fondo se encontraba su diminuto despacho, de cuyas paredes colgaban varios discos de diferentes metales, vestigios de tiempos mejores. El informe de la ADPI indicaba que era un estudio dedicado a las músicas autóctonas, pero por allí no había rastro de los indígenas.

—¿Produce usted músicas tradicionales sudafricanas? —preguntó Miko.

—Así es, o mejor dicho, así era. “Xhosa” era el nombre del pueblo que habitaba este país cuando llegaron los primeros holandeses. Como ven —dijo, abriendo los brazos como para abarcar todo aquello—, estamos a punto de desaparecer, como les ocurrió a ellos. Pero supongo que el motivo que les trae aquí no tiene nada que ver con la historia de Sudáfrica, ¿verdad?

—Para empezar —dijo Alicia—, nos gustaría saber en qué se basa para acusar a mi representado de plagio por “Square Circle”.

—Compruébenlo por ustedes mismos.

Ante la atenta mirada de Miko y Alicia, el productor se levantó, buscó un CD en una estantería y lo introdujo en el equipo de música. Seleccionó el número de pista y un ritmo de tambor comenzó a sonar. Era una música con acento tribal, aunque grabada con la calidad de un estudio profesional. A la percusión inicial se fueron sumando otros instrumentos de cuerda y viento, y la melodía fue definiéndose hasta que se tornó evidente la coincidencia con la canción de Miko. La única diferencia era que “Square Circle” empleaba sintetizadores perfectamente calibrados, mientras que aquella parecía emplear frágiles instrumentos desafinados.

Dick de Bilde tiró con displicencia el CD sobre la mesa.

—Ahí lo tienen. Este tema se publicó hará ya más de seis años, en un disco que recogía diversos cánticos del pueblo San. Todos los ingresos que se consiguieron se destinaron a la ayuda de este pueblo indígena.

Miko cogió el disco y le dio la vuelta. Miró la fecha de publicación y se lo pasó a Alicia.

—Estoy impresionado —dijo Miko—. Le puedo asegurar que no había oído este trabajo en mi vida y, sin embargo, he compuesto algo asombrosamente parecido.

—Idéntico —matizó Dick, con sonrisa triunfante.

—Tiene razón, la melodía principal es la misma —reconoció Miko.

—Seguramente escuchó esta canción en algún documental del *National Geographic* —indicó Dick, mofándose sin disimulo de Miko.

A Alicia le irritó la arrogancia del productor. Pero ella estaba curada de tipos como ése, y conocía muy bien cómo utilizar esa circunstancia a su favor.

—Señor De Bilde —rogó Alicia, forzando una voz compungida—, ahora que nos ha demostrado que su publicación tiene mayor antigüedad, ¿podría darnos más información sobre la obra de los San?

—Está bien, si eso ayuda a su cliente a recordar dónde la escuchó... —replicó con soberbia—. Este proyecto musical fue idea de un amigo mío, Justin Somich, un explorador americano enamorado del desierto del Kalahari. Suele vivir allí la mayor parte del año, como un integrante más del pueblo San. Sólo regresa a la civilización de vez en cuando para luchar por la mejora

de las condiciones de vida de este pueblo indígena.

—¿Está hablando de los bosquimanos del Kalahari? —preguntó Miko.

—Así es, *basarva*, bosquimanos, *Khoisan*... Ellos se llaman simplemente San, que significa “primitivos”.

—Ese tema parece tener mucha antigüedad. ¿Cuándo fue la primera vez que lo escuchó? —preguntó Alicia, percibiendo que su estrategia de darle la razón al productor estaba ayudando a que se le soltara la lengua.

—Justin me trajo una cinta de casete después de una de sus visitas. Contenía danzas, ritmos y cánticos que había grabado en las ceremonias tribales de los San. Yo le propuse publicar ese material para recaudar fondos y promocionar la causa indígena. Así que, pocos meses después, se trajo a algunos de sus amigos con sus instrumentos originales, y grabamos los temas en el estudio. Fue difícil organizarlos fuera de su ambiente, pero conseguimos terminar diez temas que incluimos en este CD.

—El tema de los San se llama... —dijo Miko, leyendo la contraportada —, “La Danza del Sol”. ¿Qué significaba esa canción para ellos?

—Si no recuerdo mal, comentaron que era el himno más antiguo que conocían, tan viejo como el mismo Sol, de ahí su nombre.

Miko dudó unos momentos antes de continuar. ¿Qué tenía que ver todo aquello con la caja de música de un muchacho alemán? Alicia percibió su confusión y salió al quite.

—Por lo que nos ha comentado, los autores originales de “la Danza del Sol” son los miembros del pueblo San. ¿Por qué entonces ha interpuesto usted la demanda?

—Bien, ellos me cedieron la licencia de explotación de sus canciones.

A Alicia no se le escapó un ligero titubeo.

—Devolveré todo lo que haya generado mi canción —se apresuró a acatar Miko.

El sexto sentido de Alicia hizo saltar una alarma. Tenía que puntualizar aquella frase.

—Mi cliente quiere decir que nos aseguraremos de que esos beneficios vayan a una cuenta a nombre del pueblo San.

Dick enarcó una ceja ante la duda arrojada por la española y se irguió de

la silla, echándose encima de la mesa hasta casi tocarles con la punta de su dedo en alto.

—Yo soy el dueño del *copyright*, así que esos beneficios me pertenecen —dijo, salivando como una hiena oliendo la carroña—, y también la indemnización por los daños morales que me ha causado la publicación de esa canción.

—¿Daños morales? —preguntó Miko, volviéndose hacia Alicia con los ojos desorbitados.

—“Square Circle” se está convirtiendo en la canción de moda en internet —explicó Dick, frotándose las manos con descaro—, ya tiene millares de seguidores en *Facebook*, es *Trending Topic* en *Twitter* y líder de audiencia en *Youtube*. Ese honor le hubiera pertenecido a “La Danza del Sol” si usted no se hubiera adelantado con su copia “Square Circle”.

Alicia no pudo aguantar más la pedantería del productor musical. Era hora de contraatacar.

—¿Podría enseñarme los papeles donde los San le ceden a usted esos derechos?

Dick rompió en una carcajada que rebotó en las paredes del estrecho despacho.

—¿Firmar esos indios? ¡Pero si no saben ni lo que es un lápiz!

Al fin el resquicio legal que estaba buscando.

—Luego su publicación no es original, sólo se puede considerar una versión de “La Danza del Sol”. Igual que la de Miko. Están los dos exactamente en la misma situación, y por tanto no puede usted reclamarle nada a mi cliente.

—Está usted equivocada, señorita. Este disco me pertenece y está registrado en la propiedad intelectual a mi nombre. Tengo la ley de mi parte.

—Eso será si los San refrendan su versión.

—¡Ja, ja, ja! —rió, echándose para atrás y estirando los brazos—. ¿Y qué piensan hacer? ¿Llamarles por teléfono? ¿O buscar sus huellas en el Kalahari?

“Ir al desierto... menuda locura”, pensó Alicia. ¿Y por qué no? ¿Acaso no era ese el caso que siempre había deseado? Dinero en juego, fama del artista

y dificultad, enumeró Alicia mentalmente. Esas eran las variables que medían la importancia de los casos de plagio. Las dos primeras estaban creciendo como la espuma. Sólo era cuestión de días que “Square Circle” se convirtiera en un gran éxito internacional y Miko Tarvuk en un artista resucitado. En cuanto a la dificultad... ¡prácticamente una causa perdida! Pero no del todo. A Miko sólo le salvaría una cosa: encontrar a los San y que cancelasen la demanda. Por otro lado, estaba ese indeseable de Dick de Bilde. Se notaba a kilómetros que no era trigo limpio, sólo un codicioso oportunista. No podía dejar que se saliera con la suya. Tenía que machacar a ese engreído productor.

“Ir al desierto... qué disparate”, pensó Miko. ¿Por qué dejaría entrar a ese joven en su bar? ¿Cómo había podido dejarse seducir de nuevo por la música después de que ya hubiera arruinado su vida con anterioridad? Diez años de abstinencia, un pequeño descuido, y otra vez contra las cuerdas por culpa de unas notas musicales. Sin embargo, de nada servía lamentarse, estaba obligado a afrontar el problema. Una multa millonaria segaría de cuajo su vida recién ordenada, su negocio en despegue, y sobre todo, el futuro de su hijo. No podía permitirse renunciar a una posibilidad, por absurda que pareciera.

Alicia y Miko se miraron y compartieron su resolución en silencio. La suerte estaba echada.

—Creo que podemos dar por concluida esta charla —resolvió Alicia—. Nos pondremos en contacto con sus abogados para definir los pasos a seguir.

Mientras observaba a sus visitantes alejarse por el pasillo, Dick ya estaba imaginando lo que compraría con el dinero que sacaría del caso. Benditos indios San cuando grabaron aquel disco para él, y bendita suerte que ese pobre músico olvidado recurriera a “La Danza del Sol” para intentar regresar al estrellato.

Tenía el juicio ganado, se repetía a sí mismo una y otra vez, tratando de convencerse. ¿Pero por qué se habían ido entonces con tanta energía esos dos? ¿No deberían haber salido acobardados? Cuando al fin los vio desaparecer por la escalera, los músculos de su cara relajaron la forzada sonrisa que había sostenido durante la entrevista, y notó que su úlcera volvía

a vomitar bilis en el interior de su estómago. ¿Acaso había hecho algo mal?

Capítulo 10

Egipto, año 532 a.C.

El Sol caía despacio al Poniente, engullido por las tórridas arenas del desierto. Un hombre de mediana edad, vestido con una ligera túnica de lino blanco, contemplaba plácidamente el atardecer. Aunque deseaba confundirse con el paisaje, sus rasgos faciales delataban un origen extranjero. La quietud a su alrededor, la soledad en el rincón apartado que se había procurado y el silencio aplastante que lo rodeaba recrearon en él una placentera sensación de orden, perfección y belleza. El lugar ideal para meditar sobre el concepto que le había ocupado los últimos días. Aquel rincón era una excelente muestra de la palabra *armonía*.

Pitágoras de Samos llegó a la conclusión de que allí, en Egipto, todo iba a otro ritmo. El tiempo parecía estancado. Entornó los ojos para contemplar cómo el horizonte mudaba los rojizos en violetas, atravesando una sinfonía de colores hasta que los últimos destellos de sol se ahogaron en el tenebroso reino nocturno de Neftis.

La estación de la crecida del *Iteru*, el gran río, estaba en su fase culminante, por lo que el intenso calor y la sequedad del ambiente aumentaban la sensación de asfixia. A pesar de contar ya cuarenta años, Pitágoras aguantaba estos rigores perfectamente. Con los pies descalzos e introducidos en la corriente de agua de uno de los canales que suministraba

regadío a los suntuosos palacios y templos de la ciudad de Per-Ra, chapoteaba como un niño, esperando a su cita.

El flujo de agua bajo sus pies le recordó la imagen de sí mismo sobre la proa del barco que le trajo al país. De eso hacía ya diecinueve años. Aquel día, su corazón de joven y aventajado alumno de filosofía y matemáticas palpitaba al ritmo de un agradable presentimiento. Tenía la sensación de que en su viaje a Egipto encontraría las respuestas que excitaban su mente y atormentaban su espíritu. El aire salado y húmedo de la costa dio paso a una cálida brisa inundada de sublimes fragancias naturales al adentrarse en el delta. El más antiguo reino que se conocía le abría las puertas, atrayéndolo inexorablemente a lo más profundo de su leyenda.

A Pitágoras le fascinaba la cultura egipcia desde que tenía uso de razón. Ya al comienzo de sus estudios fue descubriendo que toda la ciencia que él tanto admiraba provenía de la cultura egipcia, y que habían sido los astrónomos y sacerdotes del país del *Neilos* quienes habían realizado los descubrimientos más asombrosos. Lo que más le sorprendía era cómo una civilización tan antigua podía poseer unos conocimientos técnicos tan avanzados. Así, la leyenda egipcia se fue labrando en su interior, alimentada con las historias que hablaban de secretos milenarios que eran guardados celosamente en los templos del *país de las dos tierras*.

Desde pequeño, su habilidad con la aritmética había sorprendido a todos sus profesores. Poco a poco, a base de lectura, meditación y una extraordinaria oratoria, se fue ganando la reputación de sabio. Pero para él la ciencia no fue sino la puerta que le abrió el camino del espíritu, y la que le permitió comenzar a perfilar la idea de que los mundos de la religión y de la ciencia, el de los dioses y el de los hombres, hasta ese momento sin relación, de alguna manera confluían.

En cuanto puso pie en tierra, Pitágoras se dirigió a la capital cultural del reino, Per-Ra o, como la llamaban los griegos, Heliópolis, la Ciudad del Sol. Allí se levantaban los templos donde los egipcios adoraban a sus dioses y, lo que le interesaba aún más, donde se guardaban todos sus conocimientos.

—¿Intentando ponerle música al atardecer? —interrumpió una voz conocida. Su amigo Enufis le sacó violentamente de sus lejanos

pensamientos, se sentó junto a él e introdujo los pies en el mismo torrente de agua.

—Bienvenido, maestro. A la hora exacta, como siempre.

—La puntualidad no es una virtud, es una necesidad. ¿Acaso has visto que el ibis se retrase en su regreso anual a las orillas del *Iteru*? ¿O que la estrella *Sotis* no aparezca todos los años el mismo día precediendo al Sol, anunciando el comienzo de nuestro calendario? Respetando la puntualidad, nos mostramos en armonía con el universo. Todas las acciones a su debido tiempo; cualquier otra cosa es desorden.

Pitágoras observó al anciano que tenía a su lado. Maestro y amigo, lo consideraba una especie de enviado que había transformado su vida. Junto a él concretó muchas de las ideas traídas de Grecia tan sólo como pequeñas semillas, y que habían germinado al abrigo de sus dilatadas conversaciones. Enufis le había ayudado a poner en orden sus razonamientos y a construir su propia concepción filosófica de la existencia, que ahora ya podía expresar con palabras: *todo era la misma cosa, lo material y lo intangible, y sólo a través del estudio de lo físico se puede llegar a reconocer lo metafísico*.

El interés era recíproco, ya que Enufis estaba encantado de tener a alguien de un nivel intelectual semejante, con quien poder discutir distintos puntos de vista que ni por asomo se atrevería a pronunciar en el interior del templo de Hathor, del cual ostentaba el cargo de sumo sacerdote. En su templo todo se regía por un esquema inquebrantable, labrado por la tradición y costumbres de sus antepasados pero, fuera de sus muros, su alma se liberaba y daba rienda suelta a las dudas que lo atormentaban.

Se había convertido ya en una costumbre su cita semanal en la que discutían sobre astronomía, aritmética y religión.

—¿Cómo sabías que estaba pensando precisamente en la música? — preguntó Pitágoras, sorprendido una vez más con la extraordinaria capacidad de Enufis para leerle la mente.

—No había más que verte, con la mirada perdida en el horizonte y ese ligero vaivén en tu cabeza. Sin duda estabas bajo la protectora influencia de Hathor, reina del firmamento y diosa de la música.

Pitágoras observó a su interlocutor. Las arrugas hacían mella en una cara

marcada por la edad y tostada por el implacable sol africano.

—La verdad es que no he parado de darle vueltas a nuestra última conversación sobre música. La armonía es la expresión del orden del cosmos. Allí arriba —dijo señalando el cielo—, todo tiene un ritmo cíclico: noche y día, las estaciones del año, el viaje de ida y vuelta de las estrellas en el firmamento... ¡Y la manifestación de esa armonía aquí en la tierra es la música! Desde entonces no me puedo quitar de la cabeza que sea la música precisamente la piedra angular de la teoría del universo.

—Será por eso que nosotros la llamamos la sabiduría más alta...

—Pero entonces —dedujo Pitágoras—, ¿no debería el hombre subirse a esa rueda que gira y gira, añadiendo nuestro granito de armonía al conjunto total?

—Así lo establece nuestra *maat* —confirmó Enufis—. La manera de comportarse, de seguir las reglas, no es un capricho del faraón o de los sacerdotes, es el dictamen de las fuerzas de la naturaleza, es la propia palabra de nuestros dioses.

—¡Y lo importante es que esos dos mundos, el espiritual de los dioses y el material de los hombres, no están aislados, sino que existe un nexo común, un lugar donde el cielo y la tierra se dan la mano: la música!

—Silencio, amigo —pidió Enufis, pues veía a su amigo bastante exaltado y no deseaba ser descubierto fuera del templo discutiendo sobre ciencia y religión con un extranjero.

—La música es proporción, ciclo, medida... —enumeró Pitágoras en voz baja—. Es decir, es la expresión de todo el orden del universo en algo tan terrenal y humano como un sonido. ¡Un hombre puede establecer contacto con los dioses con sólo pellizcar una nota en el arpa!

—Esa metáfora explica muy bien el concepto —admitió Enufis—, pero no es suficiente para comprender todas sus implicaciones.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pitágoras, confundido— ¿Aún podemos aprender más de la música?

—¿Todavía no te has dado cuenta? —preguntó Enufis fingiendo decepción—. Una vez que sabemos que con la música nos acercamos al orden del universo, convertimos lo humano en divino, y viceversa.

—¿Podemos los hombres jugar ahora a ser dioses? —la pregunta hizo que al propio Pitágoras le cambiara la cara.

—No tan deprisa, mi amigo. El hombre está empezando ahora a interpretar el mundo en el que vive. Lejos quedan ya los tiempos en que los dioses gobernaban nuestras vidas desde un mundo lejano y desconocido. La ciencia está poniendo orden en el caos, en definitiva, estamos interpretando la voluntad de los dioses. Como tú mismo has llegado a establecer, a través de la ciencia estamos llegando al espíritu.

—Por lo tanto —dedujo Pitágoras, a quien los ojos se le iban a salir de las órbitas—, la música nos llevaría directamente al pensamiento divino.

—Si la música es un don con el que podemos encontrar la proporción del universo, también se convierte en una herramienta para actuar sobre él, aunque sea a pequeña escala.

—Una composición, una obra musical, serían por tanto, ¡una comunicación con el más allá! —elucubró el de Samos.

—No te vayas por las ramas y déjame concluir —ordenó Enufis, que soportaba estoicamente la avalancha imaginativa de Pitágoras—. Te hará falta un poco de teoría musical para seguir avanzando.

—¿Otra vez me vas a contar que la escala musical egipcia tiene cinco notas? —preguntó Pitágoras con una mueca de desilusión.

—Querrás saber de dónde salen... —el ofrecimiento fue como mostrarle un racimo de dátiles al que acaba de cruzar el desierto. Pitágoras asintió con renovada expectación—. Para encontrar las notas más armoniosas podemos hacer un experimento muy sencillo. Cogemos una caña hueca, de una determinada longitud, y soplamos por un extremo. Producirá un sonido particular, que estará asociado con otros sonidos con los que hace “pareja”. Son aquellos que, tocados al mismo tiempo que el primero, producen una sensación agradable al oído. Son duplas de notas “hermanas”. Pues bien, el secreto está en la relación “dos sobre tres”.

—¿Quieres decir que otra caña de longitud igual a dos tercios de la primera caña produciría un sonido similar?

—No me refiero a un sonido similar, sino al más complementario, el que más liga con el primero, el que añade sonido en lugar de restarle. En

definitiva, el más armonioso. Para nosotros, esa relación de dos tercios es sagrada.

Pitágoras se quedó unos segundos asimilando la idea de cómo la armonía, ese concepto tan difuso pero tan ligado a la idea de “perfección” que tanto le obsesionaba, se manifestaba en conceptos sencillos para la mente humana: números. Dos y tres. Allí estaba todo. Sintió un leve mareo al imaginar las repercusiones que ello acarrearía.

—¡Los sonidos se manifiestan en números! —exclamó al fin—. ¡Podemos cuantificar la armonía!

—Y la cosa no queda ahí, pues si con la caña que hemos obtenido volvemos a hacer lo mismo, la cortamos en dos tercios de su longitud, obtenemos la siguiente nota armoniosa con la primera, y así sucesivamente. Cuando repetimos el proceso cinco veces encontramos de nuevo el primer sonido. Cerramos el círculo.

—¿Luego todas vuestras composiciones musicales se basan en estas únicas cinco notas?

—Así es, es nuestra escala pentatónica sagrada. Orden, proporción y armonía. Todo está concentrado en esas cinco notas.

Los ojos de Pitágoras se abrieron como si tuviera una iluminación. ¡Debía llegar cuanto antes a casa y probar aquel experimento que se le acababa de ocurrir! La comunicación con los dioses era posible... ¡Pero si ellos sólo hablaban un lenguaje musical de cinco notas! Si era así de sencillo, si estaba en las manos del hombre poder vibrar en armonía con el cosmos y era sólo una cuestión de manejar números, ¡entonces él era el elegido para descifrar todos sus secretos!

—Enufis, tengo que partir —le dijo con un leve tartamudeo en su voz.

—Pero... —Enufis fue a replicarle, pero prefirió no interrumpirle. Como ocurría siempre que la maquinaria mental del griego era excitada por alguna nueva idea, Pitágoras daba la espantada en mitad de la conversación. Era inútil intentar hablar con él.

—Dioses, música y números... —susurró el de Samos mientras se levantaba con un movimiento mecánico y se despedía con la cabeza erguida hacia la profundidad del cosmos.

Capítulo 11

Los casi mil kilómetros que separaban Johannesburgo del Parque Transfronterizo del Kalahari se hicieron eternos. Tras atravesar la ciudad de Uppington, donde cargaron el todoterreno con todos los víveres, enseres y combustible que pudieron, la ancha autopista dejó paso a un camino de gravilla, con baches más profundos cuanto más se acercaban a la barrera de arena.

La única opción que tenían para localizar “La Danza del Sol” entre los bosquimanos se llamaba Justin Somich. Pretendían encontrar al explorador americano en los alrededores del parque, y convencerle de que les guiara por el desierto hasta el poblado San.

Pequeños montículos de arena se iban levantando a ambos lados del camino, adoptando sinuosas formas sobre las que comenzaban a extenderse ya las primeras sombras de la noche. Las incipientes dunas les dieron la bienvenida a la extensión continua de arena más grande del mundo.

A los pocos minutos, y tras atravesar un puesto fronterizo formado únicamente por una caseta de madera, llegaron a su destino, el campamento que servía de entrada al Parque Transfronterizo del Kalahari. El cartel anunciador mostraba su nombre en los dos idiomas oficiales, afrikáans e inglés: “Twee Rivieren / Two Rivers”.

Alicia agradeció encontrarse un “resort” bastante decente en lugar de las chozas que esperaba. Una veintena de bungalows se repartían alrededor de una recepción central. El suelo estaba asfaltado para los coches y cubierto de

gravilla para los viandantes. El lugar parecía bien cuidado y limpio. Las pequeñas casas de invitados estaban fabricadas de ladrillo y cemento, aunque habían tratado de darle un aire autóctono cubriéndolas con un techo de paja a dos aguas que se prolongaba hacia el suelo sobre unas gruesas vigas de madera.

—Buenas noches. Queremos dos habitaciones —pidió Miko en recepción soltando su mochila en el suelo.

El recepcionista era un exponente claro del mestizaje que se había producido en la zona durante años, piel morena y pelo ensortijado en contraste con unos radiantes ojos azules. Les entregó las llaves y salió del mostrador para acompañarles hasta sus aposentos.

—Nos gustaría conocer lo antes posible al director del parque. ¿Dónde podemos encontrarlo? —preguntó Alicia.

—Se encuentra en su despacho, pero no creo que acepte visitas a estas horas.

—Por favor, dígame que unos amigos de Justin Somich quieren verle.

—¡Justin! —exclamó el viejo, mascullando exabruptos en afrikáans—. Eso es otra cosa, iremos a avisarle enseguida. Se alegrará de tener visita esta noche —dijo, sin poder evitar una cínica carcajada.

El bungalow del director del parque era a la vez su casa, la oficina administrativa y un museo cinegético.

—Adelante, señores —pronunció en tono de trovador, haciendo una exagerada reverencia—. Los amigos de Justin son mis amigos. Soy Michel Fortuyn.

Ya en el interior, tras las presentaciones preliminares, Alicia observó, sobrecogida, la multitud de cabezas de animales que colgaban de las paredes. Se esforzó para no pisar las pieles de cebra del suelo ni tocar los cojines de leopardo de los sofás en los que se sentaron. Aquella estancia le parecía el salón de los horrores. Para completar el truculento mobiliario, las patas de la mesa baja que tenían delante habían sido sustituidas por astas de antílope.

—Cuernos de Orix, nuestro noble, elegante y resistente antílope del Kalahari —indicó el director, gesticulando cada palabra en exceso.

Alicia se percató de que los ojos lacrimosos del director provenían de la

botella de whisky que descansaba casi vacía sobre la mesa. Su apestoso aliento y su mirada extraviada terminaron de confirmarle el diagnóstico.

—Les serviré una copa —ofreció el anfitrión—, a cambio de que me cuenten qué relación tienen dos personas tan elegantes como ustedes con ese maldito hijo de perra de Justin —dijo, al tiempo que unas finas gotas de saliva escapaban de su boca.

Alicia y Miko se miraron, preguntándose si era conveniente continuar la conversación con aquel hombre en tan lamentable estado.

—Debemos encontrarle cuanto antes. Es una cuestión personal muy importante —explicó Alicia, intentando ir por la vía rápida en la búsqueda de ese Justin Somich.

—Las únicas cuestiones personales que le interesan a Justin están dentro del desierto, no fuera, señorita. Ese loco hizo un pacto con el desierto. Su vida por dejarle vivir dentro. Ese maldito yanqui aceptó el trato, y el desierto ha cumplido su promesa. No he visto a nadie que haya resistido tanto tiempo ahí dentro. Para él no existe el calor ni la soledad. En mis treinta años aquí he visto pasar ante mí cientos de exploradores. Todos entran con expresión de comerse el mundo y salen con el rabo entre las piernas, si es que salen. El Kalahari es un monstruo que devora a quien se atreve a pisarlo.

—Pero tengo entendido que Justin sale del desierto de vez en cuando —repuso Miko.

—Sí, se ha impuesto la inútil tarea de dar a conocer al resto del mundo este pedazo de tierra.

—¿Se refiere a denunciar las condiciones de represión que están sufriendo los bosquimanos? —preguntó Alicia.

—Sí, hace poco ganó en los tribunales un importante caso para el pueblo San. El gobierno les devolvía una gran cantidad de hectáreas para que pudieran seguir correteando libres con sus cabras.

—Usted no le tiene mucho aprecio al pueblo San, ¿no es verdad? —lanzó Alicia, airada por la indolente actitud de Fortuyn.

—Me son indiferentes, no les deseo ni el bien ni el mal. Ahora —indicó, incorporándose del sofá y apuntándoles con el vaso de whisky—, les aseguro que ese pueblo es único. Son capaces de ser felices aun viviendo en el

infierno. Los admiro por ello.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Justin? —preguntó Miko.

—Hará unas cinco semanas.

—¿Cómo podemos encontrarle?

—Es muy fácil —dijo Fortuyn, haciendo una pausa para atraer la atención de ambos—, esperando a que regrese —concluyó.

—Esa no es una opción —repuso Miko—. ¿No dijo a dónde se dirigía?

El director del parque estalló en carcajadas, tornando su cara del rosado al rojo bermellón. Una fuerte tos le cortó la risa al instante, haciendo temblar los animales que asistían impávidos a la escena con sus inquietantes ojos de cristal. La vena de su frente se hinchó peligrosamente pero Fortuyn, lejos de preocuparse, tomó un nuevo trago que, sorprendentemente, le tranquilizó.

—¡No pretenderán seguirle los pasos! Es imposible. No dijo a dónde iba porque no tiene una ruta fija. Va en busca de sus amigos San, pero estos recorren todo lo largo y ancho del desierto constantemente. Justin es un experto rastreador pero ustedes no pueden ir, morirían al tercer día.

—Pero podemos seguirle la pista. Habrá empezado su camino por algún sitio, podemos ir detrás de él... —trataba de argumentar Miko.

—¿No serán ustedes descendientes de David Livingstone? —bromeó Fortuyn, hundiéndose en su sofá—. Creo que él y Justin han sido los únicos blancos que han cruzado el desierto a pie, y lo de Livingstone no me lo acabo de creer...

—¡Ya está bien, señor Fortuyn! —gritó Miko poniéndose en pie—. Estamos dispuestos a pagar el material y las provisiones que hagan falta, ¡es urgente que encontremos a Justin Somich!

—Amigos —el tono del director cambió instantáneamente—, son ustedes libres de perderse en sus infinitas dunas, yo sólo quiero advertirles. El Kalahari es la extensión de arena más grande del mundo. Dios se olvidó de este pedazo de tierra cuando repartió la vida. Ni siquiera los ríos pueden abrirse paso en el Kalahari. Fíjense en el Okavango. Recoge las aguas de una cuenca tan ancha como todo el continente africano y muere absorbido por la arena con sólo tocarla.

—Somos conscientes del peligro, pero insisto que es una cuestión muy

importante —replicó Miko, sabiendo que el director había aflojado su discurso al oír hablar de dinero.

—No hace tanto tiempo que partió de aquí —añadió Alicia—. Puede que aún no haya salido del recinto del parque natural.

—Está bien —dijo el señor Fortuyn, poniéndose en pie—, les proporcionaré todo lo que necesitan para veinte días de viaje. Todos los nativos que trabajan en el parque conocen a Justin, y les podrán indicar qué ruta ha seguido. Si después de diez días no lo han encontrado, vuelvan por el mismo camino. Si no lo hacen, morirán de sed.

—De acuerdo —afirmo Miko, satisfecho—. Necesitaremos un mapa del desierto.

—No hay mapas del Kalahari, aquí las únicas carreteras que son respetadas por las dunas son los cauces secos de los ríos. Les facilitaré dos todoterrenos y dos conductores guías que conocen bien el parque y sus alrededores. Pero el safari podría salirles caro... —susurró con aire taimado.

—Trato hecho —cortó Miko, impaciente, estrechándole la mano—. ¿Cuándo podremos salir? ¿Mañana?

—Si así lo desean, lo dispondré todo esta misma noche —dijo el señor Fortuyn despidiéndose, mientras en su mente iba contando las botellas que podría ir encargando con el dinero de aquellos dos insensatos.

Capítulo 12

Una llave. Peter no cabía en sí de asombro. La miraba desde todos los ángulos, mitad intrigado, mitad frustrado. Una llave antigua y con una forma bastante peculiar: dientes por los dos filos y un dibujo grabado en cada lado.

Tras su visita relámpago a Nashville, a Peter no le extrañó ver el símbolo rosacruz en un lateral de la llave, pero ignoraba por completo qué podía significar el cisne dibujado en el otro.

Los dos símbolos se daban la espalda en una llave que no tenía la más remota idea de qué podía abrir. Sin embargo, su padre había querido que él se la quedara.

A la salida del despacho de abogados tras la lectura del testamento, a Peter no le preocupaba ni le extrañaba que la mitad de la herencia hubiera recaído en la organización “sin ánimo de lucro”, había dicho el abogado, de La Academia. La otra mitad era para su hermano y para él. Sin embargo, el único pensamiento de Peter estaba en aquel sobre del que había extraído tan extraña llave. Miró dentro y encontró una nota manuscrita de su padre: “Esta llave te abrirá todos los secretos. Si eres quien creo que eres, sabrás cómo usarla”.

¿Desde cuándo a su progenitor le gustaban los acertijos? Le parecía haber descubierto una persona diferente tras su muerte. Sin embargo, su presencia no se había diluido, sino que la sentía cada vez más intensa. No podía apartar de su pensamiento las cosas que hizo en vida, sus manías y sus discursos de padre protector. Su voz calma y grave se había instaurado en su mente y a

veces se sorprendía a sí mismo pensando con la voz de su padre. ¿Sería un artificio de su mente para aplacar la angustia por su ausencia? ¿Sería eso lo que quería provocar al irse dejando tantos misterios?

Dobló el papel y lo guardó junto con la llave en el bolsillo. ¿Qué demonios abriría esa llave?

No había bebido nunca, pero en ese momento pensó que en un bar podría encontrar un buen lugar para pensar y recapacitar. Bajó a la calle y se metió en el primer local que encontró abierto. Tuvo que repetirle tres veces al barman que sólo quería agua para que le creyera.

Peter recapacitó sobre lo fácil que le habría resultado a La Academia reclutar a su padre para su versión moderna de secta de los pitagóricos, aquellos alumnos que sucedieron al sabio griego tras su muerte. Vivía obsesionado con Pitágoras, más que eso, era su ídolo. Muchas veces, sobre todo cuando le contaba historias sobre él, llegó a pensar que se creía el mismo Pitágoras por la pasión que le ponía al discurso.

“Sacrifica y adora descalzo”, repetía su padre evocando a su admirado griego. A la mente de Peter vino al instante el ritual bajo el obelisco. Era la tercera regla de los pitagóricos. Se acordaba muy bien de sus preceptos, pues su padre había insistido mucho en que tanto él como su hermano William los siguieran a rajatabla desde la infancia. Su hermano sólo lo hacía en presencia de su progenitor, pero en él aún pervivían aquellas reglas de comportamiento. En su día le sirvieron para ordenar su mente ante el dolor de la muerte de su madre, pero acabaron por quedarse allí. No había comido carne en su vida, ni habas ni laurel, e incluso seguía obedeciendo a otros preceptos, por absurdos que parecieran, como empezar a calzarse por el pie derecho y a lavarse por el izquierdo, o enrollar el cobertor de la cama nada más despertar.

¿Qué parte de él mismo era debida a los desvaríos pitagóricos de su padre y cuánto a una predisposición innata por la filosofía y ciencia griegas? Ya desde su infancia, al vislumbrar el padre de Peter la magnífica habilidad con los números y las matemáticas de su hijo, sustituyó los juegos infantiles clásicos por cálculos y juegos de lógica de creciente dificultad. Unos años más tarde, justo tras la muerte de su madre, la sutileza pedagógica se radicalizó por completo. Fue cuando sucedió la transformación. Se negó a

llevarles al colegio, los encerró en casa y se convirtió en su único profesor, colocando las matemáticas en el centro de todas sus enseñanzas.

Su hermano y él acogieron este cambio con normalidad, sin cuestionar en ningún momento la autoridad moral e intelectual de su progenitor. Sin embargo, cuando Peter, con dieciocho años, pudo destensar los nudos y empezar a pensar por sí mismo, se dio cuenta de la incapacidad de las ciencias exactas para explicar algo tan terrible como la ausencia de su madre. Peter rechazó las matemáticas y se propuso apartarlas de su vida para siempre. Su decisión de estudiar medicina, en contra de la voluntad de su padre, interpuso una brecha emocional entre ellos que tardó años en cerrarse.

Tuvo que ocurrir otra desgracia para que limaran sus diferencias. Ocurrió al terminar la carrera de medicina el primero de su promoción, cuando no estaba seguro de qué especialidad elegir. El padre les había recompensado a ambos hermanos con un viaje a Europa por la finalización de sus estudios universitarios. William aún tenía pendientes dos cursos de Derecho, pero su padre quiso que los dos hermanos hicieran el viaje juntos, seguramente con la intención de estrechar los lazos familiares que se habían perdido al tener que separarse para estudiar. Peter, brillante y esforzado, había sacado la carrera con honores, mientras que William, más limitado y más interesado por los placeres mundanos de la vida, estaba estancado y a punto de abandonar los estudios para abrir una tienda de surf en California.

El día era soleado y caluroso, y el taxi que los llevaba al aeropuerto sorteaba el escaso tráfico veraniego con soltura. Los dos hermanos volvían a hacerse bromas y a congraciarse cuando, a la salida de un semáforo, un coche impactó lateralmente por el lado de William. El taxi quedó boca abajo, y a los dos hermanos tuvieron que rescatarlos sin conocimiento de entre el amasijo de hierros.

Tras despertar Peter, la alianza con su padre se reforzó. La presencia aletargada de William los unió en la esperanza de verlo despertar algún día. Una vez recuperado por completo, Peter no tuvo ninguna duda a la hora de elegir especialidad: estudiaría neurología. Si había algo que él podía hacer para curar a William, lo haría.

Su padre, por otra parte, no pudo estar más de acuerdo con aquella

decisión.

Las investigaciones de Peter se centraron en las enfermedades neurodegenerativas. Su doctorado no había hecho más que comenzar cuando, en un concierto que dirigía su progenitor en el Carnegie Hall, se fijó en el público que tenía al lado. Parecían transportados por la música a otra dimensión, manejados por los compases que su padre ejecutaba con la batuta. Se les veía relajados, felices, envueltos por un aura protectora. A la salida del concierto, le propuso trabajar juntos en el tratamiento de pacientes a través de la música.

Al buscar estudios precedentes sobre el tema, se dio cuenta de que eran muy pobres, y únicamente establecían que la música podía actuar como estimulante de ciertas zonas del cerebro. Su intuición le decía que se podía llegar mucho más lejos y se propuso analizar científicamente la respuesta del cerebro a los sonidos, para llegar a establecer un mapa musical de la materia gris. Su objetivo último era llegar a componer piezas musicales diseñadas especialmente para cada enfermedad, incluso para cada enfermo. Algunos de sus colegas no podían evitar la carcajada cuando explicaba en una frase el objetivo de su investigación: sustituir comprimidos por canciones.

Junto a su padre, estableció los patrones musicales que se probarían; ambos clasificaron a los pacientes, realizaron los estudios y analizaron los resultados. Se requería un gran número de investigadores, y material cada vez más sofisticado. Y caro.

Un día su padre le presentó al presidente ejecutivo de la discográfica Spark, la número uno mundial. Querían patrocinarle la investigación, a cambio de ganar en imagen social. La inyección de fondos que recibió cubrió todas sus expectativas, incluso las superó. Gracias a ello, el trabajo avanzó a buen ritmo.

Algo después, su progenitor le propuso un ligero cambio de rumbo en su investigación. “No podrás completar el mapa musical del cerebro sólo con pacientes enfermos, necesitarás también mentes sanas”, dijo. Al principio rechazó la idea, él era médico y no podía faltar a su juramento hipocrático. Finalmente lo vio como una herramienta más que permitiría la curación de los enfermos con daños cerebrales. “No pueden ponerse muros a la ciencia”,

se dijo. E iniciaron el proyecto "Dylan" con el objetivo de actuar directamente sobre la voluntad de las personas.

El resultado fue contundente. Peter lo había logrado. Ahora era el mago de los sonidos.

—Un vaso de agua —pidió el hombre que se había sentado en el taburete contiguo.

Peter se le quedó mirando. El tipo, de gafas redondas y americana con coderas, parecía tan fuera de lugar en el bar como él. Sus ojos saltones miraban detrás de él en todas direcciones, como buscando a alguien en el vacío local. Únicamente cuando se aseguró de que estaban solos se dirigió a él.

—Los barman nunca han entendido los preceptos pitagóricos —le susurró, en confidencia.

—¿Quién eres? —preguntó Peter, muy serio.

—Philippe Lecygne —dijo, estirando la mano para saludarle—. Un viejo amigo de tu padre.

—Nunca me habló de ti —dijo Peter sin aceptar el saludo.

—Lo haría para no revelar mi pasado en La Academia. Nos debíamos a un voto de silencio.

—¡Otra vez la maldita Academia! —saltó Peter—. Les dije que me dieran un respiro. ¿Te envían Stephen y Vanderbilt?

—No. De hecho, no les gustaría nada saber que estoy hablando contigo. Ya no pertenezco a La Academia, aunque antes dirigía la Casa de la Astronomía. Me echaron hace ya algunos años, pero la amistad entre tu padre y yo continuó fuera de ella.

—¿Qué quieres, entonces?

—Peter, he venido a prevenirte —dijo con seriedad.

—¿Sobre los miembros de La Academia? Sé cuidarme yo solito, gracias. No son más que unos ricachones con delirios de grandeza —dijo, tratando de convencerse de que era eso lo que pensaba.

—Son mucho más que eso, te lo puedo asegurar.

La única razón por la que Peter no echó a patadas a aquel tipo fue porque le inspiraba confianza. Su actitud nerviosa y timorata le parecía más creíble

que la impostada seguridad y estirados modales de que hacían gala los miembros de la cúpula de La Academia. Philippe Lecygne no se encontraba allí para sacar algo a su favor; era evidente que lo hacía para ayudarle a él.

—¿Qué tienes que contarme? —accedió.

—¿Te han explicado a qué se dedica el departamento de “Operaciones”? Su jefe es un verdadero sádico, se llama Jim Jackson, y es mejor que no te cruces en su camino.

—Le conocí cuando Stephen me presentó a George Vanderbilt en la Casa de la Música.

—Lo que no te habrán contado es que le llaman el “dóberman”, y puedes imaginar por qué. Es capaz de arrancarle el cuello de un bocado a quien atente contra los intereses de La Academia.

—Parece un tipo duro, pero no le veo descuartizando a nadie.

—¿Cómo puedes creer que el panorama musical mundial tenga un espectro tan estrecho? Todo suena igual. Cualquier emisora de radio que pongas, todas ponen la misma música. Todas las canciones suenan a lo mismo, y La Academia se ha encargado de eso.

—Bueno, hasta cierto punto, que las grandes compañías del negocio de la música formen un *lobby* no debería ser motivo de sorpresa...

—...si ese *lobby* no se encargara de abusar de la fuerza para aplacar los movimientos que no les convienen —atajó Lecygne—. Los músicos no suelen aceptar fácilmente que alguien *retoque* sus canciones. Más de uno ha plantado cara seriamente a ese atentado contra su libertad creativa. La Academia ha vivido siempre obsesionada con la idea de que su tinglado sólo lo podría tirar abajo la misma música, lo cual es estúpido. ¿Puede acaso una canción llamar a una verdadera revolución social? ¿Acaso un nuevo género musical puede catapultar al poder a la anarquía o al comunismo?

Peter pensó de inmediato en su proyecto Dylan. Tendría que contarle a Lecygne que él había demostrado que sí, pero no era el momento.

—¿Quieres decir que silencian las notas discordantes de manera expeditiva? —preguntó, animándole a que siguiera.

—Son hechos. Están escritos ahí, imperecederos, en la historia de la música. La Academia fue la droga que envenenó los mejores brotes de

originalidad musical. Y lo digo en el sentido literal. La lista es extensa. Jimi Hendrix había creado revolucionarios sonidos con la guitarra: muere en 1970 tras ingerir una mezcla explosiva de alcohol y narcóticos. Al teclista de The Doors le llamaban en La Academia “el flautista de Hamelín”, ya que decían que con sus sonidos era capaz de hipnotizar a las masas. Sin embargo, era más sencillo disolver el grupo cargándose al alma y carisma: Jim Morrison es encontrado muerto en 1971. La revolución en la percusión vino con “Bonzo” Bonham, batería de Led Zeppelin, que murió por intoxicación etílica en 1980: era el eslabón que mantenía en equilibrio los egos de Page y Plant. Y tampoco tuvieron reparos en eliminar a Elvis cuando su supuesto “efecto” ya había pasado. Puedo seguir hasta mañana, la lista es interminable: Kurt Cobain, John Lennon...

—Pero John Lennon fue asesinado en la puerta de su casa, no tiene nada que ver con las drogas.

—El de los Beatles es un caso aparte —explicó Lecygne—, junto con los Rolling. Los ángeles y los demonios. Los buenos y los malos. Los melódicos y los *rockeros*. El ying y el yang. Dualidad, amigo Peter, esa era el arma más poderosa de La Academia. Hubiera resultado catastrófico imponer un único estilo en la música moderna, pues al final hubiera provocado hastío. Para enganchar a la gente, había que darle opciones. Con dos grandes bastaban en un principio. Luego el racimo de estilos fue ensanchándose, pero casi todos los grupos eran *beatlenianos* o *stonianos*.

—¿No me dirás que estos dos grupos han estado siempre manipulados por La Academia?

—Digamos que no fueron creación nuestra, pero nos aprovechamos de su talento. Sus estilos, de hecho la mezcla de ambos, han propiciado la alienación del pueblo con el estilo de vida de la sociedad de consumo. ¡Por Dios, la gente está emborregada por el *pop* y el *rock*!

Peter sacudía la cabeza a ambos lados, escéptico.

—No puedo dar crédito a lo que dices.

—Los Beatles llegaron a acaparar tanta atención que fue necesario disolverlos —continuó Lecygne—. ¿Sabes quién produjo su último disco, “Let it be”?

—Claro, fue Phil Spector, el más grande productor que nunca ha tenido la música popular... —Peter abrió los ojos de par en par—. ¿Me vas a decir que el fracaso del disco lo programó La Academia?

—¿Cómo si no explicar un disco tan lamentable contando con los mejores músicos y el mejor productor? Phil fue nuestro mejor hombre durante décadas. No fue difícil ficharle, ya que su alocada cabeza absorbió sin problemas nuestra filosofía.

Peter estaba muy familiarizado con los aportes de Phil Spector a la ingeniería del sonido, ya que algunos de sus experimentos de neuromusicología se habían basado en sus técnicas. Podía decirse que Phil fue el primero en aplicar la ciencia a la producción musical. Maniático y perfeccionista hasta el extremo, trasladó el concepto de orquesta clásica a la música comercial, multiplicando el número y tipo de guitarras, contrabajos y vientos para producir un sonido más denso y contundente, nunca antes escuchado en los *hits* comerciales. No contento con ese resultado, inventó una nueva técnica de edición que denominó “muro musical”, que consistía en hacer pasar las voces e instrumentos por una cámara de reverberación, recoger de nuevo el sonido y mezclarlo con la toma original. Decía que se había inspirado en el compositor Richard Wagner, pionero en ese concepto al ser el primero en colocar a la orquesta en un foso, oculta del público, para mejorar la calidad del sonido de los instrumentos y hacer más impactante el mensaje visual de sus óperas.

—La época mágica de Phil ya había pasado, no creo que se le pueda echar la culpa de la caída de los Beatles.

—Tienes razón, como también había pasado la era dorada del edificio Brill, a la que él contribuyó en gran medida —indicó Lecygne—. Fue un gran acierto para La Academia concentrar en ese edificio de Manhattan a todas las empresas importantes del negocio musical. Después de la sacudida del *rock'n'roll*, era necesario volver a tomar el control del negocio discográfico, antes de que más artistas pensaran que podían volar libres, sin una industria detrás que los apoyase. ¡Pobres ingenuos! El Brill consiguió su objetivo, convertir el arte de la creación musical en un proceso totalmente automático y mecanizado. En aquel tiempo, podías componer un tema en la quinta planta,

grabarlo en la cuarta, editarlo en la tercera, buscar compañía en la segunda, imprimir la carátula en la primera y salir por la puerta con el disco puesto, todo en el mismo día. Allí se fabricaron éxitos durante décadas y todo el proceso, por supuesto, pasaba por el interesado filtro de La Academia.

A Peter se le antojó factible tal posibilidad, pero no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer tan pronto.

—Supongo que tendrás pruebas de todo esto...

—¿Quieres más pruebas? No en todas las ocasiones se recurría a la violencia explícita. Casi siempre, con sembrar la cizaña entre los miembros del grupo tenían bastante para desbaratar sus planes de gloria. En los años 70, La Academia temió que las *óperas rock* de Pink Floyd tuvieran un efecto demolidor sobre las masas, y no pararon hasta destruir la compleja y psicodélica visión musical de los talentos de Waters y Gilmour. Más apurados se vieron con el *punk* de mediados de los 70. Imagínate, grupos como Ramones, Sex Pistols y The Clash llamaban al anticapitalismo, al antimilitarismo y al anarquismo. Una auténtica bomba sobre la sociedad establecida. La Academia reaccionó rápido y enseguida movieron los hilos pertinentes para minimizar el impacto de esta verdadera revolución.

—Vale, vale, me hago una idea de lo que me quieres contar —atajó Peter.

En su mente comenzaron a aparecer otros casos que conocía de sobra. El *reggae*, sin ir más lejos, poseía una fuerza embriagadora brutal. Él mismo había trabajado en su laboratorio con los rítmicos cortes regulares del estilo jamaicano, en el cual se enfatiza el tercer tiempo de cada compás, creando un efecto hipnótico con la repetición constante de los mismos acordes que ayudan a la relajación y a la apertura de la mente. Recapitó sobre el extraordinario éxito que había tenido el movimiento rastafari. ¿Qué hubiera sido de una absurda ideología basada en la marihuana y las rastas de no haberse ligado al *reggae*?

—Supongo que hay algo de razón entre todo lo que has dicho —continuó Peter—, pero atribuir todo el devenir de la música del último siglo a la voluntad de La Academia me resulta, cuanto menos, difícil de creer.

—¿No te has preguntado alguna vez qué pasa con esos grupos que han sido famosos únicamente con su primera canción? ¿Por qué desaparecen sin

dejar rastro? La Academia los detecta y los elimina —Lecygne observó que no estaba consiguiendo convencer del todo a Peter. Necesitaba quemar todos los barcos—. Lo que no entiendo es cómo Don Mclean sigue vivo aún.

—¿Te refieres al autor de “American Pie”?

—Al mismo. Examina la letra de esa canción y encontrarás una denuncia camuflada de los métodos de La Academia.

A la mente de Peter sólo vinieron los versos del estribillo: “Bye-bye, Miss American Pie, drove my Chevy to the levee, but the levee was dry... And then good old boys were drinkin’ whiskey and rye, singin’ this’ll be the day that I die, this’ll be the day that I die...”.

—El día que la música murió... —susurró Peter, pensando que precisamente era eso a lo que había dedicado los últimos años junto a su padre, matar la música...

—Exacto —interrumpió Lecygne, exaltado—, la letra rememora la muerte de Buddy Holly, Ritchie Valens y The Big Bopper en un accidente aéreo. Ese día la música murió, porque La Academia mostraba todo su poder, señalando hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

—Podría referirse a multitud de cosas diferentes —dijo Peter, hastiado de tanta teoría conspiratoria.

—No, Peter, toda la letra habla del adiós al “sueño americano”.

—¿Y qué tiene que ver eso con La Academia? —protestó Peter, enojado.

—El fin de la libertad, Peter —confesó Lecygne, y terminó de aclarar—: el adiós a la libertad de los músicos para cambiar el mundo.

Peter lo miró fijamente, dudando si aquel hombre era un aliado o simplemente un loco. Era verdad que McLean había conseguido confundir a más de uno con sus enrevesados versos, pero una cosa era aceptar que su padre había participado en secreto con una asociación que se dedicaba a comercializar con las emociones asociadas a los sonidos, y otra bien diferente era acusarlo de cómplice de extorsión y asesinato.

—Todo eso no son más que tonterías —indicó Peter, al tiempo que dejaba unos billetes sobre la barra y se apresuraba a salir. Ya no quería escuchar más.

—Espera, espera, te lo ruego —Lecygne se le cruzó en medio y le dio un

papel—. Aquí tienes mi contacto, por si me necesitas.

Peter subió enrabiado las escaleras que conectaban con la calle y cuando estaba a punto de abrir la puerta, Lecygne le gritó desde abajo:

—¿Sabes por qué tu padre te llamaba “Pete”?

Peter nunca se lo había preguntado, pero era verdad que, siendo el primogénito, no llevaba ningún nombre ligado a su familia. Su padre siempre le había llamado “Pete”, abreviadamente.

—“Pit” —pronunció de nuevo Lecygne, esta vez enfatizando la pronunciación, e hizo una pausa como para darle tiempo a comprender—. “Pit” no es la abreviatura de Peter —añadió Lecygne—, es el apócope de “Pitágoras”.

Aquella revelación cortocircuitó el cerebro de Peter, asaltado por una secuencia de escenas de su vida hasta ahora incomprendidas. La muerte de su padre estaba aportando tantos lados oscuros como volcando luz sobre otros aspectos de su pasado que la rutina, la necesidad y la conveniencia habían tapado.

Lo que ahora tenía claro, aunque infelizmente gracias a la confianza de un desconocido en un bar, era el lugar a donde su padre le estaba guiando en aquel intrincado recorrido *post mortem*. Tenía una llave en el bolsillo y un millón de incógnitas, si bien ahora sabía por dónde continuar. Sólo tenía que seguir la pista de Pitágoras.

Capítulo 13

Con los primeros rayos de sol, Alicia se levantó y fue corriendo a la tienda del camping a comprar ropa y calzado de explorador. Sentía un ligero cosquilleo que atribuyó al nerviosismo por la aventura que iba a emprender, y que despachó rápidamente zampándose un copioso desayuno en el bufet. Mientras Miko dirigía las tareas de avituallamiento y carga de los dos 4x4, ella volvió a la habitación a maquillarse ligeramente, como solía hacer todos los días antes de ir a trabajar. Porque aquello, se repetía a sí misma, no dejaba de ser trabajo.

Alicia prefería no atender a las palabras de advertencia del director del parque. Si no encontraban a Justin, ella perdería el caso, y su cliente se arruinaría.

Miko terminó de preparar los coches. Alicia lo notó más serio y callado de lo normal. Las advertencias de Fortuyn parecían haber minado un poco su habitual fortaleza.

—Buenos días —saludó Alicia—. ¿Has dormido bien?

—La verdad es que no —respondió Miko, rascándose la barba sin afeitarse—. Tuve un sueño terrible. El desierto tomaba la forma de un gigantesco esqueleto de arena que quería atraparme.

Miko no quiso contar la parte en la que ese monstruo bailaba al son de “La Danza del Sol” y él sucumbía a sus encantos sin oponer resistencia, porque eso hubiera sido revelar mucho sobre sí mismo.

—Si tienes miedo —dijo Alicia, tratando de picarle para que se animara

—, aún podemos dar marcha atrás. Quizás esta aventura es demasiado arriesgada para un camarero.

—¡Ni hablar! —exclamó Miko, indignado—, ¿por quién me has tomado?

Alicia se rió a carcajadas y preguntó por los guías que los acompañarían.

—Son dos empleados del camping de origen indígena —indicó Miko—, dispuestos a ganarse una paga extra. Hablan poco inglés, lo justo para su trabajo. ¿Subes?

Miko asistió a un par de intentos fallidos de Alicia para subir al coche. Su bota nueva resbalaba sobre el estribo de la puerta.

—¿Quiere que ayude a la dama a subir al carruaje? —preguntó con sorna, devolviéndole la broma.

—No, gracias —respondió Alicia, arrugando los labios—, ya puedo yo solita.

Tomaron el cauce seco del río Nossob. Según el folleto del parque, el camino seguía dirección Norte y serpenteaba entre territorio de Sudáfrica y Botswana alternativamente. Afortunadamente no había puestos fronterizos en su interior, así que no se detuvieron hasta tres horas más tarde, cuando alcanzaron el primer campamento.

Desde allí partían dos posibles rutas. Mientras los guías preguntaban por Justin a los empleados, Miko y Alicia aprovecharon para dar un breve paseo y estirar las piernas.

—¿Cansada? —preguntó Miko, no pudiendo evitar darse un estirón.

—Para nada —contestó Alicia—, estoy esperando un poco de acción. ¿Dónde están los feroces animales y los peligros del desierto? ¡Esto parece un paseo por la Casa de Campo de Madrid! —rió divertida.

—Me alegro de verte con ese optimismo, nos hará falta cuando abandonemos los límites del parque natural.

—¿De verdad crees que es posible encontrar algún grupo de bosquimanos en la inmensidad del desierto? —se sinceró Alicia—. Incluso si encontramos alguna tribu, puede que no sean los mismos que tocan “La Danza del Sol”.

—Espero encontrar a Justin no muy lejos. Él nos guiará adecuadamente.

—¡Venga, comencemos nuestro safari! —exclamó Alicia, tratando de alegrar el preocupado semblante de Miko—. Ponte junto a ese árbol, que te

hago una foto.

Alicia sacó su cámara réflex digital de la funda y señaló uno de los pocos arbustos de gran tamaño que se veían alrededor.

—No es muy bonito, pero a falta de leones...

—¡Menuda cámara llevas!

—Es una de mis aficiones. Vamos, sonríe —ordenó mientras apretaba el disparador.

Las pesquisas de los guías en el campamento Nossob les permitieron saber que Justin había pasado por allí hacía un mes. Si querían ir tras él, debían seguir el camino hacia el norte, que se dirigía al corazón del Kalahari.

A las pocas horas, el cambio en el confort del viaje fue radical. Los continuos baches y obstáculos del camino les hacían avanzar muy despacio, y la dura suspensión del todoterreno provocó que saltaran en sus asientos continuamente. A Alicia se le empezó a nublar el semblante y convenció a Miko para detenerse y hacer noche antes de que el Sol comenzara a ocultarse.

Los guías prepararon las tiendas, hicieron fuego y cocinaron una sabrosa sopa con carne y verduras. El mercurio del termómetro se escondió en su cápsula espontáneamente, y todos permanecieron al abrigo de la acogedora hoguera hasta que el sueño les pudo.

En el segundo día de viaje desaparecieron todos los vestigios de la civilización humana. Alicia se lo pasó en grande tomando fotografías de todo lo que se encontraba en el camino. El paisaje no era una belleza en sí, más una estepa seca que un desierto de arena. Abundantes arbustos y hierbas crecían por doquier, y el dibujo sólo lo rompían grupos aislados de acacias. Sin embargo, el singular protagonista del terreno era una variante de sandía que asomaba del árido suelo como por arte de magia. La poca agua que existía a nivel de superficie se concentraba en el interior de esos apetecibles globos verdes de sabor exquisito.

Una manada de gemsbok les escoltó durante unas horas. Con su porte autoritario y el pecho hinchado, parecían invitarles amablemente a salir de su territorio, y sólo se marcharon cuando se cansaron de las fotografías de Alicia. Más difícil fue atrapar la instantánea de una pareja de pequeños leopardos, que huyeron a una velocidad endiablada al oír el ruido de los

coches.

Justo antes de caer la noche, llegaron al puesto fronterizo que delimitaba el parque natural por el norte. A partir de allí, el camino dejaba de existir como tal y se convertía en una senda apenas trazada sobre los valles de las dunas. Elevado sobre el terreno circundante, el lugar regalaba una amenazante panorámica de las inmensas dunas de intenso color rojizo que se extendían a continuación.

Miko revivió por un instante la pesadilla del monstruo de arena y le pareció escuchar una conocida melodía que traía el viento con un repique de tambores. Alicia se fijó en la severa expresión de su acompañante.

—Desde aquí arriba parece un enorme jardín zen, de esos de rastrillar para relajarse —indicó, tratando de aliviar la inquietud de Miko.

—¿No sientes algo de vértigo?

—Si esto no está tan alto...

—Me refiero por dentro.

—¿Qué te ocurre?

—Creo que este desierto nos está llamando por algo más que para arreglar un caso de plagio musical —confesó Miko.

—¿Te parece poco importante salvarte de la ruina y hacerme ganar el mayor caso de mi carrera?

Miko, con los brazos en jarras, contempló desafiante la árida extensión frente a él. Si por algo temía adentrarse más allá en esa aventura era porque intuía que no estaba hecha para él, sino para alguien que ya no era, y que no quería volver a ser. No estaba seguro de poder responder adecuadamente al susurro transportado por la calima. “Square Circle”, “La Danza del Sol”, la caja de música, una única canción reclamando la presencia del músico que había enterrado hacía muchos años.

—Volvamos a la tienda —dijo.

Las siguientes jornadas se hicieron muy lentas. Según el GPS, apenas avanzaban quince o veinte kilómetros al día. Los 4x4 seguían la fina hilera transitable que las dunas dejaban entre sí, aunque a veces quedaban obligados a cruzarlas por la cresta. Incluso, en alguna ocasión, tuvieron que utilizar las planchas metálicas para sacar las ruedas de un banco de arena.

Antes de cada anochecer, cuando terminaban la jornada de viaje, a Alicia le gustaba subirse a la duna más alta que hubiera alrededor. A veces el esfuerzo requería hundirse hasta las rodillas en la arena virgen para escalarla, pero para ella merecía la pena. Allí contemplaba el grandioso acontecimiento que cada día se repetía en todos los lugares del planeta, pero que en este perdido rincón alcanzaba una dimensión extraordinaria. Aquella tarde en particular, Alicia quiso reconocer la forma de un pentagrama en unas nubes altas que trazaban franjas discontinuas sobre el cielo. Justo antes de esconderse, el Sol plasmó sobre ellas una sinfonía de tonalidades malvas, rosas y anaranjadas.

—¿A qué suena el atardecer en el Kalahari? —preguntó Miko, sorprendiéndole por la espalda.

—No lo sé, dímelo tú, que eres el músico.

Miko tragó saliva antes de responder. Él mismo se había metido en el atolladero.

—No lo soy, hace tiempo que dejé de componer.

—Algo que se siente tan profundo debe de ser difícil de erradicar —le tentó Alicia—. ¿Por qué no haces un esfuerzo?

Miko contempló las últimas luces apagándose por el horizonte y una media luna aparecer por el norte.

—No tengo por qué.

—¿En qué te inspirabas para componer? —continuó Alicia sin rendirse.

Miko dudó.

—En todo, en las personas y sus comportamientos, en los valores universales, en paisajes como éste...

—Esas cosas siguen estando ahí, no han desaparecido. ¿No crees que necesitan a alguien que les ponga sonidos?

—Hay muchos músicos muy buenos que ya lo hacen.

Alicia cedió al fin, no quería convertir aquel momento mágico en una situación incómoda.

—Vámonos, está empezando a hacer frío.

Miko se mantuvo unos segundos mirando al infinito. Alicia respetó ese momento de introspección.

—“In the mirror” de Yanni podría venirle bien —dijo Miko al fin, tendiéndole un puente con su mirada por el que deslizó la melancólica composición de piano del artista griego.

Alicia pensó que a Miko no le gustaba lo que ese “espejo” le reflejaba, pero no quiso indagar más.

Bajaron la duna en silencio y, cuando alcanzaron el campamento, se encontraron a los guías haciéndose reproches, gritándose y señalando con el dedo hacia arriba.

—¿Qué les pasa ahora a estos dos? —preguntó Alicia.

—Creo que están preocupados por el tiempo. No les gusta el viento que se está levantando.

—¿Va a haber tormenta?

—Me temo que sí.

—¿Cómo vamos a hacer frente a una tormenta en este lugar?

—Si ocurre, lo mejor es permanecer dentro del coche hasta que pase, no tiene por qué ocurrirnos nada.

Los peores vaticinios no se cumplieron, y pasaron una noche como otra cualquiera. Cuando Miko salió de su tienda, uno de los guías se le acercó y con gran seriedad le dijo que era obligatorio emprender el regreso cuanto antes, ya que el mal tiempo se les iba a echar encima de inmediato. Se entabló una acalorada discusión que Miko tuvo que zanjar duplicando la oferta económica.

Emprendieron la marcha, con la esperanza de encontrar ese mismo día uno de los cauces secos que hacían las veces de carreteras en el desierto. A media mañana, sin embargo, el viento empezó a soplar con fuerza. Al principio sólo fueron algunas sacudidas contra el coche, pero después el aire empezó a arrastrar gran cantidad de arena, reduciendo la visibilidad notablemente. El día, no obstante, seguía claro, y ninguna nube aparecía en el cielo. A los pocos minutos fueron conscientes de que no habría ninguna nube, ¡se trataba de una tormenta de arena!

Miko se fijó en la expresión del conductor, que agarraba el volante con vigor, seriamente concentrado en la conducción. En la parte de atrás del

coche iba Alicia, mientras que el segundo guía conducía en el coche de atrás, que cargaba toda la logística.

Al poco, el vendaval se convirtió en tormenta, y ésta en huracán. El viento se filtraba por los huecos del coche provocando agudos silbidos. La arena golpeaba las lunas con violencia a intervalos irregulares. Su fuerza zarandeaba el coche de un lado para otro. En pocos minutos se convirtieron en un juguete en manos de Eolo.

—¡Tenemos que dar marcha atrás, alejarnos de la tormenta! —gritó Alicia, pero su mensaje quedó aplacado por el rugido del viento.

Miko trataba de explicarle lo mismo al conductor por señas, pero este movía la mano indicando que la única salida era hacia adelante. Continuaron la marcha a paso de tortuga, intentando mantenerse alejados de los bancos de arena.

Alicia volvió la vista desde el asiento de atrás, pero ya no pudo ver al segundo coche. ¿Habría dado la vuelta? ¿Habría tomado la acertada decisión de regresar, mientras ellos se empeñaban en ser arrastrados hacia el ojo del huracán?

Cuando la visibilidad era completamente nula, el conductor paró el coche tirando con fuerza del freno de mano y comenzó a gritar como un endemoniado, señalando las puertas. ¡No lo podían creer, estaba diciendo que salieran del coche! ¡Eso sería un suicidio! Acto seguido, accionó la manija de la puerta para salir fuera. Miko se echó encima de él tratando de sujetarle, pero la estrecha rendija que logró abrir fue suficiente para que el aire entrara a presión, provocando que la puerta se abriera de golpe. Ésta chocó con estruendo contra el lateral del coche, hizo saltar la bisagra y desapareció llevada por el viento. El guía huyó y la arena empezó a penetrar a bocanadas en el coche.

Miko se movió hacia la parte de atrás para ayudar a salir a Alicia. Si permanecían allí, en pocos minutos el interior del vehículo se inundaría de arena. Quiso abrir la puerta trasera, pero estaba atascada. El pánico se apoderó de Alicia, que con los ojos entornados y la boca escupiendo arena, vio cómo Miko se tumbaba encima de ella, a lo ancho del coche. Entonces, apoyándose con los brazos en un lateral, pateó la puerta contraria, y ésta se

abrió milagrosamente cuando Alicia ya sentía los tobillos completamente enterrados en arena.

Salieron a tientas, abrazados el uno al otro, y conscientes de que si se separaban estarían perdidos. El viento les impedía abrir los ojos, y apenas habían dado un par de pasos alejándose del coche cuando el suelo que pisaban empezó a moverse lentamente. Sobrecogidos por aquella extraña sensación, quedaron paralizados por el miedo, agarrándose fuertemente de la mano. Sin embargo, pasados unos segundos el suelo pareció estabilizarse.

Creyeron haber recuperado terreno estable cuando se vieron sorprendidos por un fuerte crujido muy cercano, que se impuso sobre el ensordecedor silbido del viento.

Fue entonces cuando notaron que el suelo desaparecía bajo sus pies, y que se desplomaban rodando por una empinada pendiente, envueltos en una nube de polvo que les impedía divisar cuándo acabaría la caída.

Rodaron, se golpearon y se abrasaron la piel contra la descarnada pared. Cuando por fin sus cuerpos encontraron el suelo, habían quedado sin sentido.

I am the eye in the sky
Looking at you
I can read your mind
I am the maker of rules

Soy el ojo en el cielo
Mirándote
Puedo leer tu mente
Soy el creador de las reglas

“Eye in the sky” The Alan Parsons Project.

Capítulo 14

Selva de Baviera, 1787

El joven Ludwig van Beethoven no podía dormir. Acurrucado en un extremo del carruaje, veía pasar las horas acompañado por una amarga sensación de creciente claustrofobia. Un mortificante y huidizo pensamiento le inquietaba el alma, pero por más que trataba de analizarlo, no lograba identificarlo correctamente.

Se pasó el dorso de la mano por la frente y comprobó que sudaba a mares. Un intenso dolor de cabeza le oprimía las sienes. ¿Habría enfermado durante el viaje? Si no conseguía llegar a Viena en buenas condiciones físicas, malgastaría una ocasión única.

Rechazó de inmediato esos pensamientos. No estaba enfermo, aunque su cabeza parecía a punto de estallar. Las oscuras paredes del interior del carruaje le parecieron una jaula que iba estrechando sus dimensiones para dejarle sin aire. Sintió como si una gigantesca mano le oprimiera el pecho, y un agudo pitido se introdujo en sus oídos provocándole un intenso mareo. Pensó que si no salía inmediatamente de allí se volvería loco.

Con rapidez, pero con todo el sigilo que pudo para no despertar a su acompañante el Conde Waldstein, se apeó del carro. Dando un paseo aplacaría la angustia que lo acosaba. Se internó campo a través, saliéndose del camino marcado en el bosque. Quería estar a solas, encontrar la paz

consigo mismo, para así poder encajar las piezas que se removían en su cabeza como hojas agitadas por el áspero viento del otoño. Sólo poniendo un poco de orden en sus ideas y sentimientos encontraría calma su soliviantado espíritu.

Echó un vistazo a su alrededor. La noche le había regalado una resplandeciente luna llena, que lo acompañaba desde lo más alto de la bóveda celeste. Beethoven sintió que su presencia, aunque lejana, aliviaba un poco su soledad. El cielo estaba sembrado de estrellas, y a pesar de la claridad que la luna desparramaba sobre el oscuro lienzo, se podía distinguir claramente el arco lechoso que dibujaba la vía láctea en su peregrinaje por el firmamento.

Recordó algunas lecciones de astronomía, y mientras se alejaba del carruaje jugueteó con el dedo trazando en el aire los perfiles de las constelaciones mayores. No tuvo problemas en encontrar la Osa Mayor y, siguiendo la línea de las dos estrellas que cerraban el carro, dio con la estrella polar, imperturbable norte de todos los viajeros a lo largo del tiempo, inseparable baliza de marineros solitarios. Más abajo, Orión lucía su fulgurante cinturón como símbolo de fortaleza. Al Oeste, la inmensa constelación de Hércules dominaba el espacio. Aunque lo había visto representado en libros postrado de rodillas, le pareció más acorde con su carácter imaginárselo montado en su auriga y abalanzándose sobre el enemigo.

—¡Qué insensata extravagancia! —se dijo— ¡Un hombre como yo cambiando el firmamento!

¿O no lo era tanto? Tal y como él acababa de hacer con Hércules, se preguntaba qué maravillosas metas no podría alcanzar el hombre si se dedicara a pensar por sí mismo, si interpretara el mundo a su manera, sin dejarse llevar por las corrientes políticas, las modas, o las reglas del protocolo; si diera rienda suelta a su libertad, a su creatividad, estudiando su interior para explotar hacia el exterior, hacia los demás...

Abstraído en sus pensamientos, se había ido adentrando inconscientemente en un frondoso bosque de altas coníferas, que enseguida le ocultó la vista del cielo. A su alrededor, un manto de sombras lo engullía todo y el marchito tacto de la luna sólo alcanzaba a acariciar las copas más

altas de los árboles.

Sus pies se deslizaban por una suave y húmeda hierba produciendo un agradable siseo, esporádicamente roto por el crujido de hojas secas al quebrarse. El frío iba penetrando silenciosamente en sus huesos, introduciéndose por cada pequeño resquicio que su vestimenta dejaba al aire. Se imaginó un etéreo y gélido demonio flotando a su alrededor a la espera de encontrar la manga de una chaqueta o el pliegue de una camisa para colarse y apoderarse de su cálido cuerpo.

Un intenso olor a naturaleza fresca se desprendía de los troncos de los abetos que le cerraban el camino. Se detuvo, cerró los ojos y respiró hondo, dejando que toda aquella pureza en su estado original lo invadiera por dentro.

De repente, un escalofrío le recorrió la espina dorsal como un hachazo, seguido de un leve mareo que le hizo tambalearse con torpeza hasta que pudo estabilizar sus pies en el suelo.

Recuperado y preguntándose qué le había ocurrido, decidió continuar su paseo, cada vez más excitado por una extraña conmoción mezcla de euforia y miedo. Se levantó una ligera brisa, que pronto fue ganando intensidad hasta traquetear los troncos de los árboles en un oscilante vaivén. Las ramas se combaban armoniosamente con las del resto de árboles, improvisando el bosque entero un baile sobrecogedor. El viento se introducía por entre las hojas produciendo un inquietante murmullo, avisando a aquel joven de que se estaba adentrando demasiado en unos dominios que le eran ajenos.

El corazón del joven Ludwig aceleró su ritmo, agitado por el miedo pero espoleado a enfrentarse a él. El canto nocturno de un búho se sumó a los sonidos de la noche. No pudo evitar girar rápidamente la cabeza, y pudo observar unos inmensos y redondos ojos que lo escrutaban desde detrás de la densa oscuridad. El animal repitió el saludo, lo que provocó la llegada de un centenar de aves nocturnas respondiendo a la llamada. ¿De dónde habían salido tantos animales en un momento? El sobrecogedor espectáculo de decenas de brillantes ojos redondos, inmóviles y parpadeantes, flotando en las tinieblas, estremeció aún más si cabe el susceptible corazón de Beethoven.

El viento pareció pararse en seco, y con él, el ruido de los árboles, quedando todo en un estático silencio. En ese preciso instante, todos los

búhos remontaron el vuelo al unísono en un ruidoso y corto revuelo. Ludwig quedó de nuevo solo y en silencio. Su cabeza le pedía volver al cálido refugio del carruaje, pero su corazón ansiaba proseguir, por lo que continuó andando. Acto seguido, como si hubieran estado esperando la decisión, los árboles retomaron su crepitante danza sacudidos por renovadas ráfagas de viento.

La densidad del bosque se hizo más espesa al tiempo que surgían nuevos sonidos naturales. Primero creyó escuchar el sigiloso deslizarse de una serpiente sobre la hierba; después oyó el lejanísimo aullido de un lobo. Allí, en mitad de la noche y casi completamente a oscuras, el canto de aquel animal solitario le pareció tan auténtico, tan triste y tan poderoso al mismo tiempo, que se le antojó la expresión misma de la naturaleza; la de una madre tierra volcada aquella noche con él, saturándole los sentidos de estímulos que llegaban directamente a su corazón.

El gruñido de un jabalí, que parecía provenir de una distancia muy corta, puso definitivamente en tensión a Beethoven. Hasta ahora no había percibido un peligro real, pero éste sí podía serlo. El animal parecía no acercarse, pues la intensidad de sus bufidos no iba en aumento.

Avanzó unos pasos más, encontrándose ante un calvero de grandes dimensiones y con una forma circular extrañamente perfecta. Cuando llegó al centro del círculo, sintió un poderoso impulso que le hizo detenerse y permanecer allí. Ahora se encontraba expuesto e indefenso; ¿pero a qué?

Sobre él, la luna estaba siendo desplazada por unas inquietantes nubes que extinguieron su nacarado reflejo y extendieron una pátina de ceniza alrededor. El viento arreció, convirtiéndose en ventisca, y unas cuantas gotas frías y afiladas comenzaron a mojar el desafiante rostro del joven Ludwig.

Como acudiendo a la llamada del primer lobo, varias decenas de aullidos sacudieron el bosque en una especie de improvisado y mágico coro, superponiéndose unos a otros en un contrapunto espeluznante. Beethoven quedó hipnotizado por la profundidad del sonido, modulado sabiamente por el legado milenario de la especie animal, que parecía entrar en resonancia con el bosque entero, subir y bajar por los valles y dispersarse silenciosamente por las nevadas cumbres. Su intensidad fue en aumento y Beethoven dedujo que se estaban acercando. Cuando definitivamente tuvo la certeza de que se

encontraban a escasos metros, los aullidos cesaron.

Unos pesados pasos a su espalda le advirtieron de otro peligro acechante. Por su sonido, el avance del animal parecía decidido, pero no violento. Un venado, ¿acaso un oso? No podía ver nada, ya que la oscuridad era casi absoluta tras la línea de árboles que circundaban el claro del bosque. Más animales parecían acudir a ese lugar de encuentro, pero ninguno se atrevió a traspasar esa especie de barrera de seguridad, permaneciendo atentos al pequeño humano clavado allí como una estaca.

Un relámpago cegó por un momento los curiosos ojillos que lo observaban tras la maleza, y el cielo reventó en un sonoro crujido. Unos segundos más tarde, el trueno asustó a alguno de sus curiosos acompañantes, que gruñeron nerviosos hasta que los sucesivos ecos del trueno, a modo de bálsamo sonoro, les calmaron de nuevo.

El rayo había caído muy cerca, haciendo trastabillar a Beethoven con su violento golpe. El resplandor le había cegado, pero lo peor era que el estruendo lo había dejado momentáneamente sordo. La impresión de escuchar únicamente su propio pulso y respiración fue aterradora. Quiso reponerse del sobresalto sacudiendo la cabeza pero, al abrir los ojos, de nuevo una fulgurante llama cayó del cielo, esta vez a escasos metros, e instantáneamente el golpe de presión del trueno restalló en sus tímpanos.

Pensó que se quedaría sordo para siempre, sintió que se mareaba y cayó desplomado.

Los animales aprovecharon la indefensión del humano para abandonar su refugio boscoso y acercarse a él. Todas las especies del bosque se habían reunido aquella noche allí para representar una escena imposible. La elegancia de los ciervos luchaba con la ruda presencia de los jabalíes. Los colmillos de los lobos destellaban en la oscuridad. Zorros y comadreja, ardillas y liebres, todos se apartaron ante el paso lento y plomizo del gran oso. Los majestuosos azores aterrizaron en vuelos circulares. Culebras y lagartos también se sumaron a la inspección. Repuestos de la inesperada presencia humana, los animales se arrimaron al cuerpo yacente para un examen profundo. Olfatearon su cuerpo, lamieron su cara, mordisquearon sus dedos y lo tantearon con sus patas. Los roedores se le subieron encima,

absorbiendo su calor, y los reptiles se enrollaron en sus extremidades para comprobar la firmeza de sus músculos. Cuando creyeron que el reconocimiento era suficiente, se retiraron en silencio, volviendo a ocupar cada uno el lugar en la naturaleza que le correspondía.

Cuando Beethoven volvió a abrir los ojos, la cabeza le daba vueltas. Se encontraba tirado en el suelo, hecho un ovillo y muerto de frío.

Trató de recordar lo sucedido, pero una empachosa neblina ocupaba sus recuerdos. Debía de haberse quedado dormido en el bosque. Seguía siendo de noche; si se daba prisa, el Conde Waldstein no notaría su ausencia.

A duras penas recobró la verticalidad, pero en ese preciso momento sintió un agudo pinchazo en la sien. Multitud de imágenes y visiones extrañas atravesaron su cabeza a gran velocidad. Primero, serpientes que le subían por piernas y brazos, retorciéndose sobre sí mismas. Luego, gigantescas aves que lo ascendían más allá del cielo, desde donde podía contemplar el azulado globo de la Tierra iluminado por un soberbio Sol. Enseguida, se veía a sí mismo atravesando el tronco de los árboles y dividiéndose en infinitas partículas, cada una partiendo de una ramificación, para luego convertirse en finas gotas de rocío que resbalaban por las hojas. Estas gotas se iban juntando unas con otras, discurrían por los valles, confluían en un río, penetraban en la montaña; podía sentir el calor que se generaba en el interior de la Tierra, un escalofrío de placer que le recorrió de arriba a abajo, terminando en el mar. El punzante dolor disminuyó y Beethoven pudo relajarse un momento, aturdido por las oníricas visiones que se habían proyectado en su mente.

Mientras regresaba al coche de caballos, Ludwig van Beethoven trataba de airear su mente para retirar la ensoñación que lo había embargado durante las últimas horas. A pesar de reconocer que sólo habían sido fantasías, lo extraño es que las recordaba como ya vividas, quizás ya soñadas en algún momento anterior; pero en cualquier caso, en extremo reales.

Capítulo 15

¡Qué agradable sorpresa! Jamás hubiera imaginado encontrarme algo tan bello en mitad del desierto. Le ayudaré a levantarse, señorita.

La primera sensación de Alicia fue de estar asándose a la parrilla. ¿Dónde estaba? El sol caía a plomo sobre su rostro, incapaz de abrir los ojos para saber quién le hablaba. ¿Sería un sueño, o quizás un ángel que le hablaba desde el cielo? La piel le ardía y sentía todos los huesos molidos.

Se asustó al recordar lo que había pasado. La tormenta de arena, el coche, Miko y ella abrazados sin poder ver nada; y la caída. Sí, lo último que recordaba era haber rodado cuesta abajo, golpeándose contra el suelo una y otra vez.

—Señorita, debe de estar un poco aturdida, pero le puedo asegurar que no tiene nada que no se arregle con agua y descanso. Mójese los labios con el agua de mi cantimplora.

Por fin pudo abrir los ojos. El hombre que la miraba, sonriente, tenía el cuerpo pintado con vivos colores y vestía apenas un taparrabos, pero su cara revelaba su origen occidental.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está Miko? —preguntó asustada—. Hemos tenido un accidente.

—Han caído ustedes desde allí arriba —dijo, señalando la parte superior de un terraplén—. He visto un montón de chatarra por allá, así que su amigo no debe de andar muy lejos.

—¡Busquémoslo! —exclamó Alicia, poniéndose de pie de un salto, lo que

le produjo un fuerte mareo que le obligó a sentarse de nuevo—. Rápido, puede estar herido.

—Quédese aquí —indicó el extraño—. Yo le buscaré.

El hombre disfrazado de indígena echó una rápida mirada a su alrededor, y enseguida se percató de un pequeño detalle que se salía de lo normal. Un trozo del tubo de escape desprendido del todoterreno se encontraba a pocos metros del vehículo, en posición vertical, clavado en la arena. Se hincó de rodillas en el suelo y comenzó a dar rápidas brazadas. A pocos centímetros encontró lo que buscaba. Un trozo de lona, atravesada por el tubo, cubría un gran bulto. Tiró de todo ello y destapó el cuerpo acurrucado de Miko, inconsciente. Lo arrastró hasta desenterrarlo totalmente y comenzó a zarandearle para hacerle despertar. Como sus intentos no tenían éxito, extrajo de su bolsa de piel una tableta de algo amarillento y lo introdujo debajo de la lengua de Miko. El suizo despertó inmediatamente, agitando los brazos como apartando un peligro inexistente.

—Buena idea la suya, amigo —indicó su rescatador—. Enterrarse en una cámara de aire bajo la arena y respirar a través de este tubo... Fue lo mejor que pudo hacer para no morir asfixiado.

Miko estaba aturdido, pero recordaba perfectamente los instantes siguientes a la caída. Había perdido el contacto con Alicia al empezar a rodar pendiente abajo. En el fondo del valle comprobó con horror cómo gigantescas paladas de arena se vertían desde arriba, arrastradas por el viento desde las dunas. Creyó que moriría sepultado, pero se le ocurrió que, ya que no podía escapar, lo mejor era buscarse un refugio allí mismo, así que se las ingenió con un trozo de lona y el tubo de escape.

—¡Alicia! —pronunció con todas sus fuerzas. Su llamada fue repetida varias veces por el eco del estrecho desfiladero.

—No se preocupe. Su amiga está bien. Mírela allí.

Miko vio a su compañera de viaje en un saliente rocoso que la había resguardado de la caída y de la arena. Recordó el gran crujido que anticipó la caída al vacío. Ahora comprendía mejor lo que había pasado. En medio de la tormenta de arena, el coche había topado con un obstáculo insalvable. El tan esperado cauce del río se presentó en el peor momento en forma de una

profunda brecha en el terreno.

Miko subió aún aturdido, dando algún que otro traspié, hasta el refugio de Alicia. Los dos se fundieron en un largo y silencioso abrazo antes de volver junto a la persona que les había salvado la vida.

—Usted debe de ser Justin Somich —dijo Miko—. Gracias por encontrarnos.

—Dénselas a su guía. Si no es por él, se los habrían comido las hienas. Me lo encontré, agotado y desorientado. En condiciones normales no habría perdido el tiempo en venir a buscar a una pareja de lunáticos occidentales que se habían buscado su propia muerte, pero me dijo que me buscaban a mí. Así que me vi en la obligación de hacer algo por encontrarles; aunque sólo fuera para enterrar sus cadáveres...

Miko miró abatido a Alicia. Se sentía tremendamente dolido por haberla puesto en peligro.

—Lo siento, Alicia, te busqué a tientas entre la tormenta, pero no pude encontrarte; ¡no podía ver nada!

—Estamos bien, eso es lo que importa.

—Venga, refugiémonos allá —indicó Justin—, al borde del acantilado encontraremos algo de sombra. Tienen que contarme quién diablos son ustedes y por qué han arriesgado su vida para encontrarme.

Tras tomar una reparadora comida a base de raíces, carne seca y la omnipresente sandía del Kalahari, Miko y Alicia le narraron el periplo que les había conducido hasta allí.

—¿Todo por una canción? —preguntó Justin, extrañado.

—Así es, queremos que nos guíe hasta “La Danza del Sol” —dijo Miko.

—Lo haré encantado. Todo sea por machacar a ese Dick de Bilde.

Alicia y Miko se miraron, sorprendidos.

—Pensábamos que eran amigos —indicó Alicia—. Al menos, eso nos hizo creer él.

—Lo éramos, sí, hasta que me enteré de que estaba robando a los San. Nunca nos dio ningún beneficio de lo que sacó por aquel disco, y sé que tuvo un moderado éxito al menos en Sudáfrica.

—¡Sabía que ese granuja mentía! —exclamó Alicia.

—El productor fue un inconsciente al hablarnos de usted y de la historia de la canción —indicó Miko—. Él mismo se descubrió la mentira...

—Supongo que los inconscientes han sido ustedes al atreverse a cruzar el Kalahari. Imagino que a Dick no se le pasó por la cabeza que ustedes pudieran venir hasta aquí para comprobar su versión. Sólo unos locos harían eso.

Alicia se dijo a sí misma que ella no estaba loca, quizás un poco extralimitándose en las funciones normales de un abogado defensor, pero su situación personal requería el esfuerzo.

Miko no se consideraba ningún loco por defender su honor y su patrimonio, si acaso un poco atrevido al coquetear de nuevo con la música, la culpable de su desdicha.

—Proponemos dejar la canción en el mercado, promocionarla todo lo que podamos y ceder esos ingresos al pueblo San —dijo Miko.

—Creo que es una magnífica idea.

—Háblenos de esa canción, por favor —pidió Miko.

—Lo haremos mientras avanzamos. Aun nos quedan unas horas de sol, y hay que aprovecharlas. ¡Andando!

Alicia y Miko se levantaron con los huesos chirriando, pero con el bálsamo de la próxima resolución del caso ya curándoles las heridas. Justin insistió en recuperar las mantas del equipaje que había quedado desparramado por todo el lecho del río. También rescataron la cámara de fotos de Alicia y el teléfono móvil de Miko, milagrosamente vivos.

Justin señaló río abajo y se pusieron en marcha.

—“La Danza del Sol” es para el pueblo San un tema de vital importancia, la pieza fundamental en la celebración de sus ritos. Se trata de un tema ancestral, os dirán que existe desde siempre. Y viniendo de los San, eso es realmente mucho, ya que estamos hablando de la civilización más antigua que se conserva en el planeta. Por suerte, su forma de vida, sus hábitos y sus celebraciones no han cambiado desde hace veinte mil años, por lo que es de suponer que “La Danza del Sol” es una de las primeras melodías que el hombre hizo sonar en la tierra.

Miko sufrió un leve estremecimiento, pensando en por qué la música más

antigua había venido a presentarse precisamente en su casa.

—Si siente algún mareo, dígamelo, el veneno que le di para despertar puede matar a un elefante en segundos. Es una fórmula secreta bosquimana a base de escarabajo machacado con la resina de un árbol de la sabana.

Miko lo miró con los ojos desorbitados.

—No le matará. Al menos no antes que la sed.

La sed. Un súbito terror sobrecogió a Alicia. No tenían ni gota de agua. ¿Cómo iban a sobrevivir en esas condiciones? En apenas unas horas estarían fritos sobre la inmensa sartén del desierto. La sensación de bochorno favoreció la aparición de apocalípticas imágenes en la mente de Alicia. Su cuarteada piel empezaba a mimetizarse con el mismo color y aspecto del suelo que pisaban. El sofoco era tan insoportable que sentía evaporarse la sangre en sus venas, ralentizarse el flujo sanguíneo hasta casi detenerse.

Como si le leyera el pensamiento, Justin escrutó el suelo minuciosamente, extrajo de su bolsa de flechas una larga caña y la introdujo con destreza en la arena. Chupó con fuerza y llenó un cascarón de huevo de avestruz de un líquido sucio pero que hizo las delicias de Alicia y Miko.

—Los San usan la palabra “Pula” tanto para “agua” como para “dinero”.

Alicia sintió cómo sus terribles pesadillas desaparecían, arrastradas por la caliente corriente de agua que bajaba por su garganta.

Al poco de partir, Justin decidió que debían abandonar el cómodo cauce seco para meterse de lleno en la arena. A partir de entonces se formaron en fila india y muy juntos, caminando sobre las crestas de las dunas como hacían los bosquimanos para asustar a los depredadores, explicó Justin. Así anduvieron durante un par de horas hasta que la noche llegó para alivio de sus ardientes pies. Junto a la hoguera, Justin les relató la terrible historia que había sufrido el pueblo San desde la llegada del hombre blanco, que él calificaba como de puro exterminio.

—Al desembarcar los primeros europeos en el Cabo de Buena Esperanza, los “Khoikhoi” que habitaban la zona tuvieron que emigrar al norte, y no tuvieron reparos en invadir las tierras de sus parientes los San. Éstos se habían asentado en este inhóspito desierto tras un largo peregrinaje de miles de años desde la zona que hoy ocupa Egipto. Después vino el infierno del

diamante, al descubrirse extensas minas en pleno corazón del Kalahari. Entonces, a la discriminación racial se le añadió la expulsión de sus tierras, la opresión y los traslados forzosos.

—¿Y el gobierno de Botswana? —preguntó Alicia indignada—. ¿No hizo nada?

—Creyeron que construyendo varias reservas para los nativos acallarían las presiones políticas del exterior, pero esa no es la solución. Imagínense qué supone para un pueblo nómada que les prohíban la caza porque ha de reservarse para los extranjeros. “El lugar de la muerte”, así llaman los San a los campos de reasentamiento.

—Espero tener mucho éxito con “Square Circle” para poder aliviar el sufrimiento de los San aunque sea mínimamente—dijo Miko—. Todos los pueblos deberían tener el derecho de honrar la tierra de sus antepasados.

—Espero que hayan entendido por qué estoy aquí. Este pueblo es lo más parecido que existe actualmente al primer hombre que habitó el planeta, y en vez de cuidarlo y respetarlo, lo olvidamos a su suerte. ¿Cómo vamos a avanzar hacia el futuro negando de una manera tan cruenta nuestro pasado?

Alicia y Miko se quedaron pensativos durante unos segundos. Hubieran podido jurar que el rumor de “La Danza de Sol” sonaba cada vez más cercano.

—Vayamos a dormir —concluyó Justin—. Mañana encontraremos a los San.

Capítulo 16

Egipto, año 532 a.C.

Pitágoras entró en su casa como un torbellino. Necesitaba urgentemente comprobar por sí mismo la teoría musical. Rompió una vieja mesa para conseguir el tablero. Encontró clavos y un martillo en la caja donde guardaba los trastos. No recordaba dónde había guardado el hilo de pescar. La caña estaba en el patio trasero. En pocos minutos había desprendido el sedal, lo había clavado en la tabla y había marcado con precisión las distancias a verificar. Ya tenía su arpa particular, pero sólo podía interpretar una nota al mismo tiempo, por lo que bautizó su invento como monocorde.

Señaló con gran exactitud la medida de dos tercios. Dos sobre tres, así de fácil... La armonía era explicable a través de estos dos sencillos números. Los dioses no se habían complicado mucho al crear la escala musical. Si cualquier música podía ser elaborada a partir de esa relación aritmética tan sencilla, seguramente el resto de conceptos intangibles también podrían ser reducidos a números, y por lo tanto, se podrían analizar desde una perspectiva científica. Pitágoras veía cada vez más cerca su propósito de “cuantificar” el alma humana.

Pulsó la cuerda en esa posición, y repitió varias veces el sonido, comparándolo con el que hacía la cuerda sin pisar. ¡Era cierto!, ambos sonidos eran armoniosos.

A continuación probó a pisar la cuerda en diferentes lugares. Encontró que el sonido de media cuerda era similar al original. Repitió varias veces ambas notas y se dio cuenta de que, de hecho, la nota era la misma, sonaban igual, salvo que la de mitad de longitud era más aguda. Había encontrado otro sonido estrechamente relacionado con el original, y nada menos que en la relación de un medio. Uno sobre dos, la relación de números más sencilla. ¡Otra vez se ponía de manifiesto que los números, y en particular los más sencillos, eran los protagonistas de la armonía!

Su mente se aceleró. Su razonamiento fue inmediato. Ya no veía notas, sino números. Si las fracciones uno sobre dos, y dos sobre tres, tenían sonidos consonantes con el número uno, el siguiente de la lista tenía que ser tres sobre cuatro. Midió la longitud y la marcó con exactitud, interpuso el dedo a esa altura y pulsó la cuerda. El monocorde emitió claramente otra nota consonante. ¡Maravilloso, la música cobraba vida a partir de los cuatro primeros números! Uno, dos, tres y cuatro. ¡No podía creerlo, en total sumaban diez, el número perfecto!

Sintió que le faltaba el aire, por lo que decidió salir a la calle. La noche le recibió con un precioso cielo lleno de estrellas mientras en su mente seguían bullendo combinaciones de números y sonidos. Se tumbó boca arriba en la hamaca que tenía colgada entre dos palmeras, buscando algo de sosiego para su espíritu. En seguida le asaltó una inquietante pregunta, aquella que sintetizaba el misterio que deseaba resolver: ¿a qué sonaba el universo? Sus ojos se posaron en Venus, siempre la más brillante, y se preguntó por qué los planetas dibujaban siempre órbitas circulares alrededor del Sol. Se suponía que permaneciendo siempre a la misma distancia del astro rey, conseguían así el equilibrio de la órbita. ¿Sería esa distancia una longitud cualquiera o...? El corazón le dio un vuelco ante la revelación: para mantener la armonía del universo, los planetas debían estar situados a longitudes armónicas con respecto al Sol, las mismas distancias que él había descubierto esa mañana con el monocorde. Una rápida sucesión de ideas le llevó a otra conclusión todavía más cautivadora: los astros, en su desplazamiento, producían un sonido correspondiente a la nota musical asociada a su distancia relativa al Sol, estando estas longitudes definidas por las relaciones numéricas simples.

Se dejó llevar al fin por un sueño maravilloso, en el que podía vagar a sus anchas por el firmamento infinito: se subió a lomos de Júpiter, luego pisó sobre Saturno y éste desprendió una nota muy grave y potente; volvió por Marte y Venus hacia Mercurio, donde tuvo que taparse los oídos para resguardarse de la nota tan aguda que ese planeta hacía sonar en el universo. Y a cada paso que daba, las notas cambiaban de manera sincronizada, adaptándose de inmediato unas a otras.

Fue un sueño de movimiento y música; de números y sonidos; de cuerpo y espíritu; de magia y realidad: todos los planetas viajando alrededor del Sol e interpretando una sinfonía celestial: la música de las esferas.

Capítulo 17

La cercanía de “La Danza del Sol” hacía más llevaderos el insoportable calor y los pinchazos en los ojos causados por la ardiente luz del desierto. Miko afrontó la nueva jornada con renovadas energías. Percibía por fin el final de aquella agonía.

A media mañana, unas sinuosas formas brotaron en la lejanía en flamígeras imágenes. Acostumbrados a los engaños visuales del terreno de las últimas jornadas, Alicia y Miko apenas se extrañaron al divisar lo que parecía un pequeño campamento. Sin embargo, a cada paso que daban, la silueta de varias chozas se iba dibujando con mayor definición. Finalmente, el movimiento de sombras generó formas reconociblemente humanas.

—¡Los San! —gritó Alicia, tirando del brazo de Miko.

—Aceleremos el paso, nos están esperando —confirmó Justin, que asistió con una media sonrisa a las muestras de júbilo de sus acompañantes.

Todo el poblado, no más de seis o siete familias, les recibió a la entrada del campamento. Eran individuos de escasa estatura y de una piel canela apretada en millares de pliegues. Todos compartían la misma mirada de risueña curiosidad en sus rasgados ojos oscuros. Su pelo, áspero y enmarañado, se asemejaba a una gran colonia de hormigas. Justin les había copiado la indumentaria, compuesta apenas por unas exiguas prendas de piel, y también sus tatuajes de diversos colores.

El que parecía liderar al grupo se adelantó y abrazó efusivamente a Justin. Parecían amigos desde siempre, e intercambiaron palabras en un idioma

ininteligible, caracterizado por el empleo de constantes chasquidos de lengua. El resto del clan se fue acercando hasta formar un semicírculo en torno a los visitantes.

—Venid que os presente —indicó Justin.

Ambos se adelantaron tímidamente, recibiendo un largo discurso del bosquimano, que Justin se dispuso a traducir.

—Dice que habla en nombre de todo el grupo para daros la bienvenida. “Los amigos de Justin son sus amigos”.

—Está bien, dile que aceptamos gustosamente su invitación. ¿Le has comentado por qué estamos aquí? —requirió Miko, ansioso.

—Lo haré enseguida —dijo Justin, y se volvió hacia el líder San. Expuso su argumentación con calma, haciendo amplios gestos con los brazos, tratando de traducir a términos comprensibles por los San la rocambolesca historia de una demanda de plagio que el estudio sudafricano Xhosa, donde habían estado grabando hacía unos años, había interpuesto contra el visitante, cuya única intención era devolver todo el dinero a los San y ayudarles a recuperar lo que les habían robado con anterioridad. Habían llegado tan lejos porque sólo a ellos, como autores originales de “La Danza del Sol”, les correspondía la autoridad de decidir qué hacer con la canción.

Al concluir, el silencio se hizo presente entre los contertulios indígenas, que con cara de asombro y cierto nerviosismo, se miraban sin saber qué decir.

—¿Qué demonios le has contado? —murmuró Miko al oído de Justin.

—Nada más que lo que tú me dijiste —respondió.

En ese momento, uno de los indígenas, que se había mantenido un poco al margen del primer círculo y que parecía el más anciano de todos, se levantó y exclamó unas palabras con voz profunda.

—Es Kabee, el sabio —presentó Justin—, y pregunta cómo llegaste a conocer la canción de los San.

El resto de hombres se abrieron respetuosamente para dejar paso al anciano.

—Dile que llegó a mis oídos por accidente, un muchacho la tenía grabada en una caja de música y me encargó hacer una versión.

En el grupo se crearon corrillos que comentaban, desconcertados, la

explicación de Justin, si bien nadie osó convertirse en portavoz, estudiando de reojo la reacción del jefe Kabee.

El viejo volvió a hablar.

—Pregunta si la mujer es ajena a esta petición o si van juntos.

—Estoy con él —respondió Alicia sin dar lugar a especulaciones.

Justin tradujo de nuevo.

Miko percibió que Kabee retrocedía en su postura. No podía permitirlo.

—Kabee —dijo Miko, dirigiéndose directamente al jefe San—, lo que me ha traído aquí no ha sido querer quitarme una millonaria indemnización de encima, ni tan siquiera ofrecer mi ayuda desinteresada al pueblo San. Estoy aquí por “La Danza del Sol”, ella me atrapó los cinco sentidos desde que la escuché por primera vez y me ha guiado como una marioneta hasta vosotros. Ahora, la verdad, no sé exactamente cómo seguir.

El anciano, convertido en un instante en el alma del grupo, sopesó la respuesta. Con sus diminutos ojos, reducidos a dos delgadas pinceladas en su rostro acartonado, estudiaba de arriba abajo a Miko. Por fin, habló.

—Dice que “La Danza del Sol” no les pertenece tampoco —tradujo Justin —, sino que fueron los dioses quienes se la dejaron al pueblo San para que pudieran comunicarse con ellos. Por eso considera que cualquiera que tenga relación con “La Danza del Sol” es un amigo del pueblo San. Ha dicho que mañana por la noche tocarán la danza para vosotros.

Miko apretó los puños conteniendo un grito de alegría mientras los San se dispersaban. La conversación había acabado. Alicia, emocionada, se arrimó instintivamente al costado de Miko.

—Parece que no van a poner objeción en firmar tu perdón.

—Sí, parece que le pondremos un final feliz a este safari tan divertido —respondió Miko con sorna.

—¿Safari? —protestó Alicia, intentando un fallido pellizco en las costillas de Miko.

Ajenos a sus juegos, el grupo de indígenas se enfrascó en una discusión de tono ascendente. Justin escuchaba con mucha atención.

—¿Ocurre algo? —preguntó Miko alarmado.

—Kabee ha decidido variar la dirección prevista para poder complacerte y

parece que el resto no ha aceptado bien la medida. A los San no les gusta cambiar de planes.

El campamento se levantó en unos minutos, y la caravana formó en fila, poniendo rumbo hacia el Oeste.

Pasaron un par de jornadas arropados por los indígenas, observando a los hombres cazar antílopes y a las mujeres recoger raíces del suelo y larvas de insectos, creyendo que asistían a un “*déjà vu*” ancestral. Por la noche, las familias se reunían para celebrar lo poco que les quedaba, su comunidad, el sentimiento de grupo, momento en el que contaban historias arropados por el chisporroteo de una hoguera. Alicia imaginaba que, de alguna manera, los San eran capaces de manejar la física de las ondas y la química del fuego para proteger la esencia de su pueblo, resumida en aquellas palabras susurradas a la noche y que parecían adherirse a cada piedra, arbusto y estrella del firmamento para evitar desvanecerse en el tiempo.

Un par de jornadas más tarde, el paisaje quiso sumarse a la alegría que habían recobrado Alicia y Miko. El árido suelo se mudó en incipiente sabana, y aparecieron las primeras hierbas y arbustos.

Ya avanzada la tarde, el terreno adquirió proporciones onduladas adelantando la proximidad de las montañas, que al llegar la noche se confirmaron como el destino final de la jornada. Algunos árboles de tronco fino asomaron entre las rocas desperdigadas por las colinas. Alicia suspiró aliviada; el desierto había quedado atrás.

Cuando la noche ya se había echado encima, la avanzadilla de bosquimanos se detuvo en la pared de roca de un montículo, señalando a los demás el camino a seguir.

—Es la puerta a una de sus cavernas, pasaremos la noche aquí —indicó Justin—. Yo no conocía ésta en particular, pero son lugares seguros, sus refugios desde tiempos inmemoriales.

Miko se volvió hacia un grupo de San que, sentados en el suelo, intentaban hacer fuego frotando un palo largo sobre otro plano y blando. Fue a sacar un encendedor cuando Justin se le tiró encima.

—¡Ni se te ocurra! —le paró con brusquedad, agarrándolo por el brazo—. El fuego es un elemento sagrado para ellos, deben conseguirlo con sus

propios medios y esfuerzo. En caso contrario enfurecerían a los malos espíritus.

La llama no tardó mucho en brotar, y con ella encendieron varias antorchas con las que entraron en la caverna en fila de a uno.

La temperatura bajó unos diez grados automáticamente, erizando el vello de Alicia, cuyo semblante se había oscurecido. No le gustaban los espacios cerrados, y menos aquel tan siniestro.

Miko avanzaba delante de ella. Percibía una ligera inquietud desde la noche anterior, al saberse responsable del cambio de ruta de los San. ¿Por qué Kabee se empeñó en que tenían que representar “La Danza del Sol” justo en esa caverna?

Al llegar al final de la larga gruta, que penetraba un centenar de metros en las entrañas de la montaña, una enorme cavidad se abrió ante ellos. Boquiabiertos, Alicia, Miko y Justin miraron en todas direcciones, sorprendidos de las colosales dimensiones de aquel magnífico salón subterráneo. De las paredes emergían afiladas aristas, mientras que la roca del suelo estaba mucho más pulida, testigo sin duda de antiguos pobladores. El espacio describía un perímetro bastante circular, y caía en ligera pendiente hacia el centro, formando una especie de circo.

Kabee se separó del grupo. Se colocó en el centro del recinto, y pronunció unas solemnes palabras, que resonaron por toda la estancia. Al momento, Miko comprendió cuál era el motivo de haberles llevado allí: ¡la sala poseía una prodigiosa acústica!

—“Que el camino de las estrellas os guíe con el tiempo hacia el poder de la música”—tradujo Justin a sus acompañantes.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Miko.

—No lo sé —respondió Justin, encogiéndose de hombros.

—¡Mirad allí! —exclamó Alicia, señalando al otro lado de la bóveda una gran pared donde se dibujaba una pintura rupestre de dimensiones colosales.

Los tres corrieron a verla de cerca. Miles de figurillas colapsaban el gran mural, algunas reconocibles como pájaros, antílopes, leones, cebras, elefantes y demás animales, otras con formas humanas, mezclándose con figuras geométricas sencillas: círculos, estrellas, triángulos... A pesar de la aleatoriedad

mezcla de figuras, la distribución era bastante ordenada, pues formaban un gran círculo bien definido, organizándose los elementos pictóricos del interior en sucesivas coronas circulares. Todo ello confería al mural el aspecto de un conjunto, de una unidad, donde cada figura del interior no podía concebirse por separado, sino formando parte de la obra completa.

—Por favor, pregunta a los San por el significado de este disco —pidió Miko a Justin, que se alejó en busca de Kabee.

Alicia había retrocedido unos metros para captar con el gran angular la totalidad del cuadro. La fulminante luz del flash iluminó el amplio recinto, provocando murmullos de recelo entre los primitivos anfitriones ante tan extraño fenómeno.

Justin regresó con la explicación.

—Este disco representa la concepción de la humanidad tal y como los antepasados, los “hombres viejos”, la legaron a sus generaciones venideras. Viene a ser un compendio, según he entendido, no sólo de sus creencias espirituales, sino también una guía práctica para los quehaceres habituales: explica la caza del león, qué animales deben comerse y cuáles no, las fechas adecuadas para la recolección de toda clase de plantas, etcétera.

—Es decir, la Biblia y la Wikipedia resumida en una pared —simplificó Alicia.

—Lo más sorprendente es que al pueblo San no se le conoce escritura. Su lenguaje es riquísimo, pero nunca han necesitado escribirlo debido a su aislamiento con otros pueblos. Estos símbolos no son letras ni jeroglíficos, pero Kabee asegura que las enseñanzas se vuelven visibles para el pueblo en determinados ritos. No os lo vais a creer, pero el más importante de ellos es “La Danza del Sol”. ¡Ya lo están preparando todo para comenzar!

El corazón de Miko aceleró su ritmo espontáneamente. Los tres se retiraron a un lugar algo alejado para asistir a los preparativos del ritual.

Los San empezaron por hacer una buena hoguera en el centro del recinto. Curiosamente, la madera que quemaban tenía la propiedad de no hacer humo, pues lo contrario hubiera imposibilitado permanecer allí durante mucho tiempo.

De un gran saco viejo que traían con ellos sacaron una serie de

rudimentarios artefactos que resultaron ser instrumentos musicales. Había tambores de diferentes tamaños decorados con figuras de animales. También se repartieron sonajeros hechos con cáscaras de frutas rellenas de pepitas. El conjunto de percusión lo completaron atándose en brazos y piernas unas finas tiras metálicas. Los mismos arcos que empleaban para cazar los estaban transformando en instrumentos de cuerda, que afinaban utilizando su boca como cavidad resonante. Finalmente, con un tronco de madera al que ataron finas cuerdas construyeron una especie de arpa.

Todos los miembros, sin exclusión, participaron en la organización del ritual. Unos a otros se pintaban el cuerpo y la cara con arcilla mezclada con diferentes pigmentos. Cuando terminaron, invitaron a los visitantes a sentarse en un lugar especialmente reservado para ellos.

El espectáculo comenzó con los San organizándose en tres círculos concéntricos alrededor del fuego, cuyas llamas habían crecido hasta casi alcanzar la bóveda. En el interior se situaron los más ancianos.

—Esos son los sanadores —señaló Justin—. Se encargan de canalizar la energía de los dioses sobre los demás. Tienen el don de poseer una extraordinaria fuerza mental, pues de otra manera sucumbirían a los malignos propósitos de los espíritus.

Armados con largos bastones, estos maestros de ceremonia se pusieron en pie y comenzaron a golpear el suelo con una secuencia constante. Otros permanecieron sentados sujetando los tambores entre sus rodillas.

Kabee se puso también en pie y comenzó a recitar una especie de salmo. Su voz gutural retumbó en la sala cerrada.

—Todas las ceremonias comienzan así —explicó Justin—. Recuerdan los fundamentos de sus creencias. El sabio Kabee está invitando a sus dos dioses a unirse a la fiesta. *Kauha* es bondadoso y fuente de energía positiva, pero no han de olvidarse del Dios menor, *Kuh*, destructor y amo de la magia negra. Esta dualidad es la base de su rica mitología, que se transmite de generación en generación a través de relatos antiguos.

—¿De qué hablan esas historias? —se interesó Alicia.

—Ellos las conocen como “historias de las personas viejas”, y son enseñanzas en forma de metáforas e imágenes sencillas. Se sitúan en un

tiempo lejano en el que hombres, animales y dioses vivían juntos y en armonía.

Miko señaló con el dedo hacia el círculo exterior, compuesto por mujeres que pulsaban con sus dedos unas láminas de metal sobre unas tablillas. El nuevo sonido se irguió en la sala y se fundió con el fuego, llenando el aire de fantasmagóricas resonancias.

—Eso es un lamelófono —indicó Miko—, conozco a grupos africanos que lo usan actualmente, pero nunca había visto uno tan antiguo.

—Ellos lo llaman *mbira* —replicó Justin.

El tercer turno fue para las cuerdas. Los hombres del círculo intermedio pellizcaban unos arcos que denominaban quasi, haciéndolos vibrar en cortos y sucesivos tonos. La última entrada en escena estaba reservada para los tambores. Este sonido completó la melodía con los graves que faltaban para rellenar el espectro sonoro.

Miko notó el efecto hipnótico de la repetición de la melodía penetrando en su conciencia y languideciendo sus músculos. Su mente fue entrando en un estado de difusa somnolencia, y juraría que su corazón latía al mismo ritmo que los tambores, perdiendo el propio control de las palpitaciones para rendirse al monótono y cansino patrón ordenado por las percusiones.

Por su parte, Alicia no quiso enfrentarse al impulso que la arrastraba hacia la inconsciencia. El machacón ritmo que resonaba en toda la sala lo hacía también dentro de ella. Se sentía presa de algo superior contra lo que no podía luchar, ni quería. Era una sensación tan placentera, tan vital, tan poderosa... que se abandonó sin oponer resistencia.

El grupo abrió el círculo que formaban para que el anciano jefe Kabee se encaminara hacia donde se encontraban los tres extranjeros. Amablemente tendió sus manos, una a Alicia, la otra a Miko, los cuales tuvieron que vencer al sopor que los embriagaba para levantarse y acompañar al viejo San hacia el centro del grupo.

El tema musical había estado repitiéndose, siempre en el mismo tono y sin variaciones, como dando vueltas en círculos. Sin embargo ahora se había activado un mecanismo diferente, y en cada periodo los instrumentos subían un tono y aceleraban la interpretación. El círculo se había convertido en una

espiral, que terminó de llevar a Alicia y a Miko al estado que el viejo sanador necesitaba. En ese momento, Kabee sacó de un zurrón unos polvos que arrojó a la hoguera, provocando una sonora crepitación seguida por un humo blanco que rápidamente se consumía en el aire. Repitió este movimiento varias veces, cada vez que el tema volvía al principio, y a cada nueva sacudida del fuego, la sustancia expulsada al aire invadía los pulmones de Alicia y Miko, inyectándose a borbotones en su torrente sanguíneo.

Justin no se había preocupado hasta ese preciso momento. Desde su posición distante había visto cómo los San habían introducido a Miko y a Alicia en el corro interior, junto al fuego, donde el efecto de la droga con la que ellos se ayudaban para entrar en contacto con los dioses los había fulminado de inmediato. Los San, e incluso él mismo, ya estaban habituados a aquel potente narcótico, y podían aguantar en ese estado de embriaguez por lo menos hasta el fin del ritual. Sin embargo, sus amigos habían perdido el conocimiento y yacían recostados sobre el suelo.

Fue entonces cuando los San levantaron en el aire a Alicia y a Miko y los sacaron del círculo, lo que activó la voz de alarma de Justin. Aquello no formaba parte de la ceremonia habitual. Había asistido varias veces al ritual de “La Danza del Sol” y ahora sólo faltaba interpretar el tema principal, aquel en el que Miko tenía tanto interés. Sin embargo, desde que los extranjeros cayeron al suelo, la música parecía paralizada, repitiéndose en un bucle infinito como en un disco rayado. Era evidente que la ceremonia había quedado en suspenso, como esperando que ocurriera algo para poder continuar.

Cuando vio que sus amigos eran transportados cueva adentro, se levantó y fue a pedir explicaciones, pero sólo obtuvo una severa recomendación para que permaneciera al margen. Hizo el intento de seguir a Alicia y a Miko, pero los San se lo impidieron contundentemente.

Comentaron algo sobre una prueba a la que sólo estaban invitados los recién llegados.

Capítulo 18

Peter abrió la puerta venciendo treinta años de angustia. No había vuelto a pisar esa casa desde que salió de allí, siendo un niño, para enterrar a su madre. Su padre decidió dejar el hogar tal cual estaba y mudarse de inmediato a una casa en las afueras. Su hermano y él nunca más volvieron. Ahora intuía que su padre sí que lo había hecho, y él estaba allí para averiguar por qué.

Antes de entrar, se había detenido unos segundos en el umbral. Los tres pisos del abandonado apartamento de ladrillo rojo se alzaban apretujados entre las coquetas casas de los vecinos. La enredadera de buganvillas púrpuras había colonizado toda la fachada. Su dulce olor activó el mecanismo del recuerdo, que se multiplicó al poner el primer pie dentro.

Fue como hacer un viaje en el tiempo hasta su infancia. Las tazas con los nombres de cada uno reposaban como siempre, respetando el orden de edad, sobre la encimera; las patas de los muebles arañaban las mismas marcas del suelo de parqué, y la foto familiar de las vacaciones del 74 en el club náutico del Lago Chautauqua sobre la chimenea. Casi creyó que volvía a oler las magníficas tartas de manzana de su madre... Entre esas paredes había sido el niño más feliz del mundo, y sin embargo en su memoria siempre quedaría como el lugar de la tragedia.

“Mamá, ¿por qué tuviste que irte?”.

A pesar de haber pasado tanto tiempo, aún no había rellenado el vacío provocado por su ausencia. Su madre simbolizaba el amor y la bondad, y su temprana falta provocó el derrumbe del puente que unía a Peter con los

sentimientos. El pequeño huérfano se refugió en sí mismo, creándose una coraza para impedir que cualquier otra cosa pudiera hacerle daño. Su hermano William, sin embargo, optó por buscar las respuestas en el exterior, se sublevó contra el mundo y se vio envuelto en un círculo vicioso de drogas y malas compañías. Finalmente, y con gran esfuerzo, su padre consiguió minimizar los efectos traumáticos de la muerte de su madre y evitó la ruptura de la familia, pero nunca pudo reemplazar el vínculo materno.

Peter trató de apartar los sentimentalismos de su cabeza y se dirigió con paso firme escaleras arriba. En el primer piso se encontraban los dormitorios. No quiso abrir ninguna de las puertas, pues temía que la barrera sentimental que había estado construyendo durante tantos años se viniera abajo.

Sacó la llave del bolsillo y leyó la nota otra vez: *“Esta llave te abrirá todos los secretos. Si eres quien creo que eres, sabrás cómo usarla”*. Por eso estaba allí. Había un lugar en esa casa que aún permanecía siendo un secreto. El despacho privado que su padre tenía en el desván siempre estuvo cerrado para él. La pista definitiva se la había dado aquel extraño, Lecygne, en el bar.

La revelación “Pete es Pitágoras” resonaba aún en su cabeza. En aquella casa, su padre había empezado con su educación alternativa. Postulaba que el sistema educativo evidenciaba pérdida de valores y confusión en las enseñanzas, así que ya desde temprana edad instruía a los dos hermanos con las doctrinas de la Grecia Clásica, tanto en el ámbito científico como en humanidades, que él solía decir que eran la misma cosa. Recordaba la primera lección con total claridad. Poseía una gran oratoria y facilidad para transmitir, y a él le caló hondo la historia del sabio Pitágoras, el primer hombre que se propuso explicar el universo con números, y que terminó estudiando la música como la forma definitiva de todas las ciencias. Decía, medio en broma medio en serio, que por eso él se había hecho músico, ni ingeniero, ni matemático ni físico. Cuando se encerraba en el desván, siempre se despedía de la familia diciendo: “me voy con Pitágoras”. Ellos siempre entendieron que se iba a componer música, pues ése era su trabajo, pero ahora Peter intuía que había algo más detrás de esa frase.

Con la llave de las figuras del cisne y la rosacruz en la mano, se dirigió al desván. A sabiendas de que no funcionaría, pues a todas luces se trataba de

un sistema mucho más moderno, la introdujo en la cerradura. Como era de esperar, la puerta no se abrió.

Automáticamente, sus pies volvieron sobre sus pasos y llevaron a Peter a la cocina, plantándole delante de las tazas cubiertas de polvo. Levantó la que llevaba el nombre de “Sebastian” y encontró una llave debajo. Por su forma, adivinó que encajaría perfectamente en la cerradura del desván.

¿Cómo podía haber descubierto ese escondite? ¿Qué le estaba ocurriendo? En los últimos días había sentido que su padre le hablaba desde su interior, pero lo había achacado a un intento de paliar su ausencia. Sin embargo, en aquella ocasión fue mucho más fuerte, era como si hubiera tomado el control de todo su cuerpo. ¿Debería hablar con Stephen sobre los ritos de transmigración de las almas, u olvidarse de todo? Seguramente, pensó intentando convencerse a sí mismo, el asunto de la llave no era más que un recuerdo lejano.

Subió de nuevo al desván, introdujo la llave y, tal y como esperaba, ésta giró con suavidad y abrió la puerta.

La sala era amplia, rectangular, y reinaba la oscuridad, únicamente rota por los chorros de luz que cuatro claraboyas vertían sobre las cuatro esquinas de la estancia. Enseguida se percató de la simétrica distribución del mobiliario. En cada uno de los rincones había una silla y una mesa rodeadas de estanterías repletas de libros, apuntes y diversos objetos. Todo estaba dividido en cuatro partes, lo cual no le extrañó. Cuatro matemáticas, cuatro enseñanzas que resumían el saber en la era de Pitágoras: Aritmética, Geometría, Astronomía y Música. Cuatro asignaturas que su padre se había encargado de inculcarles como actividades extraescolares, en un principio, y de imponerles como únicas cuando, tras la muerte de su madre, se mudaron a la casa de campo. El pretexto fue protegerlos del mal, impedir que la desgracia volviera a arremeter contra la familia, pero el resultado fue una infancia aislada e incompleta, con la única compañía de su padre, que acaparó en su persona todos los perfiles que él consideraba necesarios para unos niños: maestro, padre, tutor, amigo, sacerdote y guía.

Peter realizó una inspección preliminar de las cuatro zonas para corroborar su teoría, y se sentó en la silla del rincón de la música. Se reclinó

hacia atrás sobre el mullido respaldo y se frotó los ojos. Enseguida se sintió reconfortado, aliviado tras la ansiedad acumulada en los últimos días. Ocupar el santuario particular de su padre, rodeado de las cosas que le eran importantes en vida, le acercaba a su recuerdo. Volvió a oír su voz proviniendo de su interior, repitiendo el mensaje que había leído hacía unos minutos: *“Esta llave te abrirá todos los secretos. Si eres quien creo que eres, sabrás cómo usarla”*.

¿Quién creía su padre que era él? “Soy tu hijo, papá, y el de mamá”, susurró para él mismo, rectificando de inmediato. “Era vuestro hijo. Ya no os tendré nunca más. Ahora sólo soy el hermano de William”.

Esa reflexión le hizo percatarse de un detalle que hasta ahora había pasado por alto. Para ser el lugar de retiro, estudio y trabajo de su padre, no había en la buhardilla ningún elemento personal que lo ligara a su familia. Nada, a excepción de una foto de su hermano enmarcada en madera y colgada en el centro de la pared. Lo mostraba en lo alto de un columpio, con las piernas y brazos estirados desafiando al equilibrio. La instantánea lo había atrapado en un grito de absoluta felicidad.

Se acercó con determinación, levantó el marco y lo descolgó. Justo detrás se abría un angosto hueco en la pared, confirmando su intuición. Introdujo los dos brazos y sacó el pesado objeto que se escondía en su interior.

Un antiguo cofre de piel con remaches de hierro se materializó en sus manos. Lo depositó en el suelo con cuidado e intentó abrirlo. La cerradura se lo impidió con un sonido metálico, lo que le recordó la llave que guardaba en el bolsillo. La sacó y la observó de nuevo. ¿Qué intentar primero, el cisne o la rosacruz? En ese momento se dio cuenta de la similitud de las muescas de los dos extremos. ¡En apariencia eran la misma llave! Lo confirmó introduciendo los dos extremos, uno después del otro, en la cerradura. Ambos abrían la caja con la misma facilidad. ¿Para qué demonios construir una llave doble idéntica?

La tapa superior giró sobre sus goznes y dejó al descubierto un rollo de pergamino amarillento. Su aspecto amenazaba con desmoronarse si se le ponía un dedo encima. Peter lo desenrolló lentamente, con cuidado de no estropearlo, hasta que un texto manuscrito se presentó ante sus ojos en una

caligrafía exquisita aunque gastada por el tiempo.

Estaba escrito en griego antiguo, que para él no era un problema, así que tradujo mentalmente:

Cuatro son los legados que un día dejaron para el hombre:

*Agua para la creación
Viento para la expansión
Tierra para la vida
Fuego para el amor*

*Aquel que controle los cuatro elementos terrenales
Tendrá abierta la puerta de la sabiduría
Y se le otorgará el mayor tesoro imaginable.
Sólo el que sepa ver, verá.*

οκφλσγαοαιψθηζλφινδδβχβκιψτζχκηθδφζω
αψζωθαοοηιοπρωηζκζμχλβλαετζχαηεσιησρν

Por detrás, Peter observó cuatro números separados por guiones: 2-0-1-8.

¿Quién demonios había puesto el año actual allí?

Peter permaneció perplejo unos segundos frente a aquellos versos, el tiempo que su mente necesitó para empezar a hilar ideas. Había visto una jarra de agua en el rincón de la aritmética, un ventilador de mesa en astronomía, un macetero sólo con tierra en geometría y unas velas en la de música. Los cuatro elementos clásicos de la naturaleza estaban representados a través de objetos sencillos en cada una de las *mathematas*. A la luz de aquellos versos, el viejo desván de su padre cobraba una nueva dimensión. Aquel sitio parecía dedicado a extraer sentido al misterioso pergamino.

Se dirigió con prisa al rincón dedicado a la aritmética. En la estantería, los libros versaban desde el álgebra y el cálculo diferencial, hasta la teoría de la computación y la criptografía. Abrió las carpetas que había sobre ella y encontró papeles manuscritos de su padre con análisis criptográficos de los caracteres griegos del pergamino. Había intentado, a través de innumerables

combinaciones, traducir el código de letras griegas que aparecían tras los versos. Aparentemente, no había tenido ningún éxito.

Pasó rápidamente a la *mathemata* geometría, donde se encontró la misma secuencia histórica: desde la geometría clásica de Euclides, hasta sus aplicaciones en arquitectura, biología y simbolismo. Con creciente curiosidad, abrió los cajones del escritorio. En los de la izquierda, el código aparecía dibujado en infinidad de formas, planos y volúmenes, del derecho y del revés, con un cuaderno especialmente dedicado a los sólidos platónicos. Sabía que para muchas civilizaciones antiguas, estas formas tenían propiedades mágicas, y que ya desde la antigüedad, se asociaba un elemento de la naturaleza con cada uno de ellos: el fuego con el tetraedro, el aire con el octaedro, el agua con el icosaedro y la tierra con el cubo. El último volumen mágico, el dodecaedro pentagonal, se decía que era la forma de los límites del universo. Con el corazón cada vez más acelerado, abrió los cajones de su derecha y esparció las libretas que halló sobre la mesa. Desconocía la afición de su padre por la biología, pero allí vio de su propio puño y letra complejos estudios en los que trataba de equiparar el código del pergamino a una secuencia genética. En otra carpeta, había hecho aproximaciones del código basadas en la teoría fractal, aunque igualmente sin resultado.

Al fin descubría qué hacía su padre allí arriba: había vivido obsesionado con aquel pergamino, y había tratado de desentrañar su mensaje oculto utilizando los cuatro enfoques que le ofrecían las *mathematas* que siempre había venerado.

Un gran telescopio dominaba la esquina de la astronomía, pero los libros encima de la mesa acumulaban más polvo que los demás. El estudio de las órbitas de los astros compartía estante con la mecánica de Newton. Más abajo, convivían ensayos sobre el origen del universo junto con investigaciones modernas sobre antimateria, antigravedad y partículas elementales. Eligió un par de carpetas al azar y comprobó los esfuerzos ímprobos de su padre para interpretar el código griego como un mapa estelar, una señal de radiofrecuencia, y unas coordenadas geográficas. De nuevo, sin éxito.

Peter sintió lástima. Por el volumen de la información allí recopilada, su

padre había invertido muchas horas en aquella tarea, pero los resultados parecían totalmente fuera de su alcance. ¿Por qué entonces perdería el tiempo un reconocido compositor y director de orquesta en un trabajo tan irracional? ¿Sería quizás una petición de sus compañeros de La Academia? ¿Por qué había decidido compartirlo con él sólo tras su muerte?

Se dirigió al rincón de la música, con la intuición de encontrar allí la clave para interpretar el encargo póstumo que le estaba trasladando su padre. Diversos instrumentos se desparramaban por el suelo y estanterías. La mesa estaba más revuelta de papeles que las demás. Seguramente había estado trabajando allí hasta horas antes de despegar con esa maldita avioneta. En un atril descansaban diversas partituras: la sinfonía *Júpiter* de Mozart, la sonata para piano *Claro de Luna* de Beethoven y la sinfonía *Titán* de Mahler. Reconoció claramente la inspiración planetaria en cada una de ellas. Esto le hizo recordar el volumen que había visto de pasada en la estantería: el *Harmonices mundi* de Johannes Kepler que tanto había estudiado de joven por imperativo de su padre. Le extrañó verlo allí, pues su lugar más adecuado sería junto a los tomos de astronomía clásica. Lo abrió por donde indicaba el marcapáginas y encontró la explicación. Se había parado justo en la interpretación musical que Kepler había hecho de las órbitas de los planetas. Basándose en la velocidad de los astros, había descrito sobre un pentagrama las seis melodías que cada planeta debía originar en su deambular alrededor del Sol. En ese momento, el marcapáginas llamó su atención. En realidad, su padre había usado la carátula de un CD para marcar aquella referencia. El título del disco vino a despejar completamente la confusión de Peter. Se trataba del disco de Mike Oldfield titulado “Music of the spheres”.

La música de las esferas...

“¡Maldita sea, cómo no me he dado cuenta desde el principio!”, se maldijo.

“El mayor tesoro imaginable”... No podía ser: ¡su padre atribuía el pergamino al mismísimo Pitágoras, y creía que el código de extraños caracteres ocultaba la mismísima música de las esferas!

A Peter le iba a dar un vuelco el corazón. Pitágoras. Los números. El orden del cosmos. Una visión del universo en clave musical. Un mito

hermoso, casi poético: la armonía de las esferas. Pitágoras había fundado la teoría musical basándose en sus propios descubrimientos aritméticos, y tras comprobar que las notas musicales obedecían a relaciones numéricas simples, llegó a la conclusión de que el cosmos era orden, era pura armonía. Esta mágica visión la sintetizó en su teoría de la música de las esferas, en la que postulaba que los astros, al girar en torno al Sol, producen una vibración que se traduce en las diferentes notas musicales, proporcionales a su distancia al Sol. Así, todos los planetas juntos interpretarían una sinfonía musical, la música de las esferas.

Pero Peter sabía de sobra que las observaciones precisas de las órbitas de los planetas habían tirado por tierra aquella teoría, si bien la importancia del ejercicio de Pitágoras al aventurar una idea tan fantástica radicaba en que por primera vez intentó explicar un sistema complejo con una fórmula pequeña, tal y como el resto de los sabios del mundo habían probado tras él a lo largo de la historia. ¿Por qué entonces su padre seguía empeñado en encontrarla?

“La puerta de la sabiduría”, el “mayor tesoro imaginable”, decían los versos del pergamino pitagórico. ¿De veras Pitágoras había sido capaz de plasmar en una secuencia de sonidos la clave de toda la existencia?

Peter cerró los ojos tratando de interiorizar todo aquello. Se dio cuenta de que la pregunta más importante seguía sin respuesta: ¿para qué querría utilizar su padre semejante descubrimiento?

La voz profunda del viejo Bigelow resonó de nuevo en su cabeza: “Esta llave te abrirá todos los secretos. Si eres quien creo que eres, sabrás cómo usarla”.

“Sabrás cómo usarla”... Su padre le estaba traspasando la responsabilidad de continuar su trabajo. ¿Pero qué podría hacer él? Había dejado el estudio de las matemáticas, de la aritmética y la astronomía a los dieciocho años, cuando decidió enfrentarse al opresivo protagonismo de su progenitor y convertirse en médico, pensando que ayudando a los demás se redimiría de los años en los que se había encerrado en sí mismo. No tardó mucho en darse cuenta del error. No quedaba en su corazón una gota de solidaridad con el mundo que se había llevado a su madre. No albergaba en su interior un ápice de generosidad hacia el prójimo. Nadie le había ayudado, y a nadie le debía

nada. Recordó con especial amargura las prácticas en urgencias. Por allí habían pasado ladrones, asesinos, violadores y pendencieros de la peor calaña. El sólo hecho de pensar que podía estar salvando la vida de aquellos que mataron a su madre le hacía sentir asco de sí mismo. La salida hacia la especialidad neurológica fue un mal menor. Al tratar con pacientes en su mayoría desahuciados, no sentía la molesta necesidad de ayudarles. Es más, así pudo conseguir fácilmente conejillos de indias por los que no sentir pena cuando, como había ocurrido alguna vez al probar con melodías peligrosas, algún paciente quedaba tostado enchufado a su electroencefalógrafo.

La única *mathemata* que había seguido estudiando era la música, pero únicamente desde la perspectiva de la neurología. Su cabeza giró de inmediato hacia la foto de su hermano. Allí estaba, captado en esa expresión de desbordante vitalidad. Su padre y él habían compartido los últimos años estudiando la manera de devolverle la consciencia a través de la música y los sonidos, pero hasta ahora, su profundo estado vegetativo no había respondido a ningún estímulo.

¿Por qué había elegido su padre esa foto precisamente para tapan el agujero donde escondía el pergamino pitagórico?

¡Ya está! ¡Creía haber encontrado la solución al coma de William en el pergamino de Pitágoras! El poder que otorgaría el descubrimiento de la música de las esferas serviría para sacarlo de su sueño eterno. Por eso le había inducido a él en el estudio de la interacción entre música y cerebro: quería que cuando descubriera la melodía oculta en el código pitagórico, dispusiera de todo el conocimiento para aplicarlo en la curación de William.

Peter respiró hondo, asumiendo el legado de su padre: desde el más allá, le estaba proponiendo descifrar un código de veinticinco siglos de antigüedad para salvar a su hermano.

La confusión de Peter dejó paso a un torrente de energía interior que lo espoleó a afrontar y resolver aquel reto. Por un momento ya no se sentía solo. Diversas voces le llamaban desde dentro:

“Pete es Pitágoras...”, le decía Lecygne.

“El obelisco se encargará de liberar el alma de tu padre para proyectarla hacia la bóveda celestial”, le había dicho Stephen en la ceremonia bajo el

obelisco.

“Si eres quien creo que eres, sabrás cómo usarla”, repitió la voz de su progenitor.

No podía ser...

¿Por qué sentía a su padre como si le hablara desde dentro? ¿Por qué había asumido desde pequeño, con tanta naturalidad, los preceptos pitagóricos? ¿Por qué le había puesto el nombre de “Pit”? Si creía a pies juntillas en la transmigración de las almas, ¿qué mejor morada iba a elegir tras su muerte que el cuerpo de su propio hijo? ¿Acaso no había estado preparándole toda la vida para asumir ese papel?

Recordó de nuevo su rito de iniciación en La Academia. La Tetraktys, el vértice representando la perfección, la unión con el cosmos...

“Me voy arriba con Pitágoras”, decía su padre antes de encerrarse en el desván.

Comprendió que creía tener dentro de sí el alma del mismísimo Pitágoras y que ésta, antes de elevarse hacia las estrellas, había hecho una última parada en él. Ahora Peter Bigelow poseía un alma de veinticinco siglos de antigüedad, que había ido enriqueciéndose con los mejores sabios de la historia para terminar en su padre. El penúltimo eslabón de esa alma inmortal se había volcado con todas sus fuerzas en la solución del pergamino original. A él le correspondía terminar el trabajo.

¿Pero por dónde empezar? No quería volver a cometer el mismo error que su padre. Él no iba a perder el tiempo en aquel cuartucho, armado con un lápiz y una libreta, con la única ayuda de los rancios volúmenes de su biblioteca clásica, y tirando de paciencia.

En el siglo XXI existían otros métodos más eficientes. En su cabeza empezó a tomar forma un nuevo plan. Iba a necesitar mucho dinero para ello, pero estaba seguro de saber dónde encontrarlo. El máximo responsable de La Academia, el millonario George Vanderbilt, se iba a quedar estupefacto cuando le contara sus intenciones.

Capítulo 19

Miko despertó con un terrible dolor de cabeza. Estaba oscuro y no tenía ni idea de dónde se encontraba. Se levantó, aturdido aún por el efecto de la droga, y miró a su alrededor. El espectáculo le sobrecogió. Estaba en una gran sala rodeado de hogueras, que proyectaban ondulantes espectros sobre la descarnada pared.

Ignoraba cuánto tiempo había permanecido inconsciente. ¿Dónde estaba Alicia? En la penumbra reconoció la forma de su cuerpo a unos metros, hecho un ovillo sobre el suelo. Se acercó asustado, pero comprobó con alivio que sólo estaba profundamente dormida.

—¡Alicia, Alicia! —le gritó.

Tuvo que zarandearla fuertemente para que la andaluza abriera los ojos.

—Miko, ¿qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

—No lo sé.

—¿Y qué es ese sonido?

—¿Qué sonido? —preguntó Miko, percatándose en ese momento del ligero murmullo que parecía provenir desde las mismas entrañas de la tierra — ¡Pero si es “La Danza del Sol”!

Se puso de pie de un salto y giró su cabeza tratando de orientarse hacia la fuente del sonido, pero le fue imposible distinguirlo. Sin embargo, sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y pudo atisbar los límites del recinto donde se encontraban. Mediría alrededor de veinte metros de diámetro, y era tan alto que no se adivinaba el techo.

—Regresemos cuanto antes, este sitio no me da buenas vibraciones —dijo Alicia.

—Creo que eso no va a ser tan fácil.

—¿Por qué? —preguntó la abogada mientras recuperaba la verticalidad ayudada por Miko.

—Yo también tengo un mal presentimiento —dijo, y con un gesto de cabeza, le invitó a acompañarle hacia una de las fuentes de luz.

A pesar del agobiante calor que desprendían las hogueras, lo que vieron al aproximarse les dejó helados. Los diferentes fuegos estaban milimétricamente ubicados bloqueando el acceso a lo que parecían los pasillos de salida de la gran sala.

—¡Dios mío, nos han encerrado! —exclamó Alicia, echándose las manos a la cara—. ¿Pero por qué?

—Supongo que se trata de algún tipo de prueba.

—¿Y por qué se supone que debemos jugar a esto?

—Deben considerarlo como un rito de iniciación, o algo así, como los que deben superar los miembros jóvenes de la comunidad para convertirse en adultos.

—Pero nosotros no somos ciudadanos San, ni queremos serlo.

—De alguna manera hemos provocado que ellos piensen así, al hablarles de “La Danza del Sol”. Escucha —Miko se paró un segundo para apreciar la lejana letanía murmurada por las paredes—. Nos están mostrando el premio que obtendremos si conseguimos salir de aquí.

—Cuando pensé que este caso era complicado, nunca imaginé terminar encerrada en una cueva con las salidas bloqueadas por el fuego —se resignó Alicia, que se dirigió a una de las hogueras a comprobar su altura—. No podemos escapar sin quemarnos, ¡llegan hasta el techo!

Por un momento Miko analizó la posibilidad de esperar a que se consumiera alguno de los fuegos, pero enseguida se dio cuenta de que no iba a ser tan sencillo. El combustible no estaba a su alcance, sino que las llamas surgían desde un agujero en el suelo.

—Proviene de alguna estancia inferior, donde seguramente los San ya se preocuparán de que no se extingan. Y mira allí arriba —dijo, señalando otros

orificios en el techo de piedra al comienzo del pasillo de salida—, con esos conductos se han asegurado el efecto chimenea.

Alicia comprobó angustiada que las llamas se extendían un par de metros hacia el interior de las galerías. Imposible intentar saltarlas.

—Inspeccionemos todo el perímetro a ver qué encontramos —planteó Miko para evitar terminar cruzados de brazos—. Dirijámonos cada uno en una dirección.

Alicia asintió, más por apartar la angustia que amenazaba con tomar el control de sus sentidos que por convencimiento de encontrar algo útil para escapar de esa encerrona. Echó a andar bordeando el perímetro circular, deteniéndose unos instantes en cada hoguera para examinar las posibilidades de sortearlas de alguna manera. En aquel escenario tan primitivo, en una caverna que quizás sirviera de hogar a algunos de los primeros homínidos, le sobrecogió la perfección técnica del mecanismo de aquellas puertas de fuego. Para su decepción, todas eran idénticas e igualmente inexpugnables.

La grave voz de Miko retumbó desde el otro lado.

—¡Ven aquí, he encontrado algo!

Alicia se apresuró, con esperanzas renovadas, hacia el lugar donde Miko permanecía, de pie y con los brazos en jarras, observando la pared con expresión de satisfacción. Dirigió su mirada siguiendo los refulgentes ojos de Miko y encontró el motivo de su entusiasmo. Una columna apoyada sobre la pared sostenía una piedra cuadrada, plana y lisa. No se trataba de un altar grandioso ni de un objeto de aspecto reverenciado, pero al tratarse de lo único singular en toda la sala, su importancia quedaba garantizada. Alicia se acercó lentamente al objeto como si hubiera encontrado un tesoro.

—Parece una losa de piedra —indicó Alicia, algo decepcionada.

—No sólo es eso —añadió Miko, con energía—. Fíjate, su tamaño coincide con el de la rendija por donde sale el fuego.

—Esto no puede ser tan fácil, ¿no te parece? —gruñó Alicia.

—Enseguida lo comprobaremos —Miko agarró la piedra con fuerza y con la suficiente precaución para que no se le escurriera de las manos. Se dirigió sin vacilar hacia la hoguera más cercana, dejó la losa en el suelo con cuidado, se sentó en el suelo frente a ella y colocó los pies en disposición de

empujarla.

—¡Un momento!, ¿qué haces? —gritó Alicia, al ver que Miko se disponía a taponar la salida del fuego.

—Se supone que salir de aquí, ¿acaso quieres quedarte?

—¿Y cómo sabes que esa hoguera precisamente es la salida? —se quejó Alicia, incapaz de entender las prisas de Miko—. Hay doce salidas iguales, si no he contado mal, y sólo tenemos una piedra. Si no la empleamos bien, nos quedaremos aquí para siempre.

Miko recapacitó sobre el error que había estado a punto de cometer.

—Pero no hemos encontrado ninguna otra señal o indicación, nada que pueda señalar la puerta correcta —se disculpó.

—Busquemos un poco más —sugirió Alicia.

Al cabo de diez minutos de deambular por la sala y de inspeccionar palmo a palmo las paredes, se dieron por vencidos y se reunieron de nuevo en el centro. Cansados y abatidos, se sentaron en el suelo, uno junto al otro.

—Algo se nos está escapando —dijo Miko.

Alicia ejercitó los músculos del cuello para tratar de relajarse. La droga administrada por los San aún le tenía embotado el cerebro, impidiéndole pensar con claridad. Movi6 la cabeza a izquierda y derecha, y luego de abajo hacia arriba.

—¿Qué es eso? —preguntó, estirando el brazo y señalando al techo.

Miko alzó la vista. Hasta ese momento no se había fijado en el extraño juego de luces sobre sus cabezas. Pequeños destellos aparecían y se desvanecían aparentemente sin control.

—Parece como si alguien hubiera querido simular el cielo nocturno allí arriba —dijo Miko arrastrado la última palabra pensativamente hasta que en su cara se dibujó el “Eureka”—. ¡El camino de las estrellas! —exclamó, clavando su mirada en Alicia, quien recordó las palabras del viejo Kabee al comenzar la ceremonia: “Que el camino de las estrellas os guíe con el tiempo hacia el poder de la música”.

Ambos examinaron el singular cielo estrellado con atención. Miko analizó el periodo de aparición de las luces, pero no percibió un ciclo constante. Alicia se fijó en que el brillo tampoco era homogéneo, ni siquiera el tiempo

que permanecían encendidas. La función allí arriba parecía dejada a favor del azar.

A Miko se le ocurrió una idea para desbaratar la teoría aleatoria.

—¿Y si dibujaran una figura sobre el techo? Como las constelaciones que se supone que representan animales o seres mitológicos. Intentemos seguir las luces conforme se van iluminando.

Al cabo de un par de minutos de apuntar con el dedo el recorrido de las luces que iban apareciendo dispersas por el techo, tuvieron que rendirse de nuevo.

—Esto tampoco funciona —se desesperó Alicia—, se nos debe de estar escapando alguna otra variable.

—¡Eso es! —exclamó Miko, provocando el respingo de Alicia—. No exactamente una variable, sino una dimensión completa.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito tu cámara. ¿Aún funciona?

—¿Para qué la quieres?

—¡El tiempo! —exclamó Miko—. ¡La frase de Kabee contiene todas las claves para salir de aquí!

Alicia entendió en ese instante el razonamiento de Miko. Echó mano a su costado y extrajo la cámara de fotos. Seleccionó el modo de exposición prolongada, la orientó al techo, bloqueó la distancia focal del objetivo, colocó la cámara en posición vertical, programó el disparo automático y escogió el tiempo de exposición... ¿Cuánto crees que dura “La Danza del Sol”?

—No sé, un minuto aproximadamente —dedujo Miko.

—De acuerdo, ajustaré el tiempo de exposición a un minuto.

Los dos se miraron, cómplices del experimento: eliminar la variable tiempo de la ecuación, condensar en una única imagen un minuto entero de estrellas parpadeantes.

—La foto debería comenzar... ¡ya!

Alicia pulsó el disparador cuando el tema de “La Danza del Sol” comenzaba un nuevo ciclo. Permanecieron completamente inmóviles mientras la cámara realizaba su labor, manteniendo el más absoluto silencio para evitar transmitir la mínima vibración a la cámara.

—Veamos el resultado —indicó Miko cuando la canción de los San llegó a su fin para comenzar de nuevo de manera incansable.

Recogieron la cámara, se tumbaron sobre el suelo para tener la imagen del techo de fondo, y Alicia presentó la imagen obtenida sobre la pantalla digital.

—¡Dios santo!... Eso es... —Miko no podía creer la imagen que se había grabado en la fotografía—. ¡Eso no estaba allí arriba a simple vista!

—¡Es una flecha! —exclamó Alicia. La instantánea había captado lo que para el ojo humano era invisible. Al condensar toda la luz de un minuto en un solo fotograma, aparecía un trazo más grueso que atravesaba todo el cielo y terminaba con dos trazos oblicuos.

—¿No era eso precisamente lo que buscábamos? La indicación no puede ser más clara.

—Según la fotografía, la puerta de salida se encuentra... —Alicia siguió sobre el techo la imagen de la cámara— ¡Por ese lado!

Se pusieron en pie y se dirigieron al fuego que bloqueaba el pasadizo señalado. Deslizaron la losa sobre el orificio desde donde emergían las llamas, taponándola sin mayor complicación.

—¡Lo conseguimos! —exclamó Miko—. Volvamos con los San y pidámosles explicaciones... —dijo, tomando la mano de Alicia para atravesar juntos la gruta que se abría ante ellos.

Pero la alegría duró apenas unas decenas de pasos.

—Creo que aún no hemos terminado la prueba. Mira ahí delante —indicó Alicia. Al fondo del estrecho pasadizo se vislumbraba la silueta vibrante de otra hoguera—. Parece que el fuego no ha dicho su última palabra.

Otra llama de las mismas dimensiones bloqueaba el paso, sólo que ahora no disponían de ninguna piedra con la que tapar el hueco por la que emergía el fuego. Al acercarse un poco más, descubrieron un extraño decorado que apuntaba a que aún deberían estrujarse el seso un poco más. Frente a la hoguera, se había dispuesto una pequeña mesa de madera con dos gruesas patas de hierro. Sobre ella y desparramados por el suelo, se encontraba una nutrida representación de los instrumentos musicales de los San: seis o siete tambores, varias arpas de madera del tipo quasi, los mbira de metal incrustado en tablillas y varios bastones como los que anteriormente habían

utilizado los ancianos.

—Bien, ¿y ahora qué hacemos? ¡No pretenderán que nos pongamos a tocar una canción! Aquí hay instrumentos para toda una orquesta, y nosotros sólo somos dos.

—Si recuerdas lo que dijo Kabee, las estrellas nos han guiado hasta aquí, así que esta prueba debe de estar relacionada de alguna manera con el poder de la música...

—¿Acaso existe algún poder en la música para apagar un fuego de tres metros de altura? —preguntó Alicia, escéptica— ¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Trato de seguir las instrucciones —explicó Miko—. Lo que nos está ocurriendo parece parte de un guión establecido. Ayúdame a analizar las pistas y saldremos de esta. Igual que en la sala anterior, tenemos delante de nosotros las herramientas para resolver el problema.

De repente, un movimiento extraño en el fuego seguido de un leve chisporroteo les sobresaltó.

—¿Qué ha sido eso?

—Parece como si hubiera caído algo en el fuego.

Los dos miraron hacia la parte superior de la hoguera, que podría estar a unos cinco metros de altura. Llenos de asombro, contemplaron una gran caja de madera que colgaba de una cuerda del techo. Parecía que acababan de dejarla allí suspendida, ya que aún mantenía un ligero vaivén. Las juntas de las paredes del cubo parecían no estar en muy buenas condiciones, y por momentos se escapaba un reguerillo de agua que la hoguera consumía sin piedad.

—¿Ves? Ahí está la solución para apagar el fuego —indicó Miko.

—Ya, es muy fácil —dijo irónicamente—, sólo tenemos que derramar el cubo. ¿Me subes tú a mí o prefieres achicharrarte tú?

Miko suspiró. A Alicia se le había acabado el buen humor y también las ganas de colaborar. Se concentró en lo que tenía delante. Ni idea de por dónde empezar. Los instrumentos no le aclaraban nada. ¿Acaso debía tocar una canción? ¿Tenía que sumarse a las notas de “La Danza del Sol” que oía de lejos para provocar alguna especie de flujo de aire que apagara el

fuego...? ¿A qué se refería Kabee con “el poder de la música”? Es sabido que la música amansa las fieras... ¿pero cómo demonios iba a apagar un fuego?

—Creo que deberíamos tocar “Square Circle”... —dijo Miko, tratando de atraer de nuevo la atención de Alicia.

—¿Con instrumentos tan viejos que se van a deshacer en cuanto los toquemos? No lo creo. Lo único para lo que pueden servir es para alimentar aún más esta hoguera.

Transcurrieron sólo dos segundos hasta que la cara de Miko cambió por completo. Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su cara.

—¡Claro, alimentar la hoguera! —gritó Miko lleno de júbilo. Se acercó a Alicia, la abrazó y la subió por los aires—. Has dado en el clavo. Estos instrumentos son una pista falsa, no son más que madera. Si los tiramos todos al fuego, lograremos elevar su altura, ¡y quemaremos el cubo!

—Y el agua apagará el fuego... —culminó Alicia, volviendo la alegría a su cara.

—Venga, ayúdame a echar todo esto ahí dentro.

—¿No te parece algo precipitado? ¿Y si realmente quemamos algo de valor?

—No tenemos más opciones. O funciona esto o...

—¿O qué?

—No lo sé —respondió Miko, pensativo—, pero no nos queda otra.

Los dos clavaron sus miradas en el otro. Miko maldijo haber llegado tan lejos por culpa de una canción. Alicia se lamentó de muchas de sus decisiones en las últimas semanas. Sin embargo, no tenía miedo. El hombre que tenía a su lado, aun siendo el principal causante de su desesperada situación, le inspiraba confianza. Se agachó, cogió un par de bastones de madera y los tiró a la hoguera.

Miko siguió con la quema de los instrumentos hasta que no quedó ninguno.

—La hoguera ha crecido un poco —indicó Miko, desilusionado.

—No sé si lo suficiente —apostillo Alicia, que veía que las llamas apenas lamían la superficie inferior del cubo de agua—. Nos hace falta medio metro más de altura. Espera, ¿qué es aquello?

Alicia señaló por encima de la hoguera. Un raro artilugio era ahora visible sobre el cajón de agua. Parecía una rudimentaria ballesta cargada con una flecha que apuntaban directamente a la cuerda. La flecha estaba retenida por un gancho metálico y junto a él, una extraña herradura metálica encajada en el techo parecía actuar como el percutor del artefacto.

—¡Maldita sea, lo hemos tirado todo! No nos queda nada con lo que apuntar al gancho y liberar la flecha —se lamentó Alicia.

—Saquemos cualquier cosa que nos sirva como arma arrojada — propuso Miko—. Zapatos, botas, relojes, móviles, tu cámara... todo vale.

Al instante habían acopiado un lamentable arsenal, tanto por cantidad como por calidad.

—Empezaré con esto —dijo Miko, cogiendo su reloj.

Apuntó, lanzó, y el reloj se estrelló contra el techo de piedra a tan sólo unos centímetros del objetivo.

El resultado con una bota fue mucho peor. La ballesta casi se desestabiliza y cae sin ningún amago de disparar su flecha.

—Creo que éste no es el juego —indicó Alicia—. Quizás tengamos que seguir con lo que habíamos empezado. Aún nos queda esta mesa de madera para hacer que la altura del fuego suba hasta la caja.

La mesa, cuyo tablero era una caja rectangular de madera, se había salvado de la quema ya que sus gruesas patas de hierro eran muy pesadas.

—Si me ayudas a arrastrarla quizás podamos tirarla dentro—contestó Miko.

Las dos patas arqueadas resultaron más que pesadas al intentar moverlas. Parecían literalmente ancladas al suelo.

—¡Maldita sea, no puedo moverlas! —gritó Miko que, al límite ya de su paciencia, propinó una patada de rabia a una de las patas.

Un sonido inesperado, agudo y metálico, cobró vida como por arte de magia bajo la mesa. Alicia y Miko se miraron extrañados.

Miko repitió la jugada. Otra patada sobre la otra pata produjo el mismo efecto. Un tono perfecto se mantuvo durante varios segundos flotando en el aire.

—Esto no es una mesa —anunció Miko—. ¡Esto es un diapasón puesto

del revés!

“...*el poder de la música...*”, pensó Alicia, recordando las palabras finales de Kabee, cuya frase definitivamente se mostraba como un mapa con las pistas para superar la prueba.

—El diapasón se usa para afinar instrumentos —admitió Alicia—, ¿pero qué instrumento se supone que debemos afinar? Te recuerdo que los hemos tirado todos a la pira.

—Ayúdame a darle la vuelta —pidió Miko. Una idea empezó a formarse en su cabeza; una idea bastante peregrina...—. El diapasón funciona mejor en contacto con el aire, no con el suelo. El tablero de madera es su caja de resonancia, amplifica su volumen. Está justo al revés.

Alicia no sabía a dónde quería ir a parar Miko, pero aun así arrimó el hombro para tumbar la mesa. Luego habría que levantarla en la posición inversa. Cuando la mesa cayó al suelo, el golpe hizo que el tablero se abriera por uno de los lados, desparramando por el suelo una serie de piezas metálicas con forma de anillo.

—¿Se puede saber qué es esto ahora? —se lamentó Alicia, extenuada por el esfuerzo.

Miko agarró un par de anillas y comprobó que encajaban a la perfección en las patas de la mesa, lo cual confirmó su presentimiento. El diapasón se usaba desde la antigüedad para afinar instrumentos, ya que produce un tono siempre constante y limpio, una frecuencia sonora cuyo valor sólo depende de su tamaño y del material con el que esté hecho. Normalmente consistía en un par de varillas metálicas que se excitaban con un ligero golpecito. Aquél era un diapasón gigante, y las tuercas escondidas dentro de la mesa servirían para variar ligeramente la frecuencia a la que resonaba.

—Vamos, Alicia, un último esfuerzo. Pongamos las patas hacia arriba.

Alicia estaba agotada, pero de nuevo hizo lo que Miko le pedía. Finalmente consiguieron poner la caja sobre el suelo y las dos patas en posición vertical.

Miko agarró uno de los anillos y con un golpe seco hizo vibrar una de las patas. Como era de esperar, la otra se puso a vibrar en armonía con la primera, y la caja de resonancia amplificó el volumen. El diapasón había

recobrado en esa posición toda su funcionalidad, y el sonido se mantuvo en el aire durante más de medio minuto.

Alicia se protegió del fuerte sonido con las manos en los oídos.

—Una más de esas y me dejas sorda. ¿Qué pretendes?

—Alicia, tenemos delante un mando a distancia universal.

La cara de escepticismo de Alicia respondió por sí sola.

—¡El poder de la música! ¿No lo entiendes? La música no es más que vibración del aire. Con la música podemos transmitir energía de un lugar a otro. Este enorme diapasón está construido con ese propósito, generar un tono para enviarlo a otro lugar y poder recibirlo adecuadamente.

—¿No pretenderás apagar esta enorme hoguera con vibraciones del aire, verdad?

—¡Exactamente!, pero no directamente. Los diapasones tienen la propiedad de excitarse unos a otros cuando sus frecuencias de vibración son iguales. ¿Te fijaste en la herradura que aguanta el gatillo de la ballesta? ¡No es más que otro diapasón!

Alicia abrió los ojos en un atisbo de esperanza.

—Si conseguimos que la herradura vibre —dijo, asimilando la teoría de Miko—, se moverá lo justo para soltar la flecha...

—Acabo de hacerlo sonar con el tono fundamental y no ha funcionado, pero estas fichas —dijo, señalando los anillos— modifican la frecuencia del diapasón. Tendremos que ir probando hasta dar con la frecuencia de vibración de la herradura, insertando una pareja de anillos iguales en las varillas para mantener la simetría del instrumento.

—Está bien, empecemos. Toma estas dos anillas, son iguales.

El tono producido fue diferente, pero la herradura no se inmutó. Así probaron con varias combinaciones, sin resultado alguno.

—Las combinaciones son miles —se quejó Alicia—, deberíamos ser un poco más rigurosos, ¿no te parece?

—¿Qué quieres decir? —respondió Miko, ofuscado en encontrar otra pareja de discos para introducir en las patas.

—El diapasón es un instrumento muy preciso, y me da la impresión de que la nota que se nos está pidiendo también lo será. Miko, ¿con qué afinas tú

los instrumentos?

—Eh... —Miko dudó, ligeramente ruborizado—. Te reirás de mí, pero normalmente uso el iPhone. Tengo una aplicación que escucha la nota y te muestra la frecuencia. Es sencillo, pero muy fiable.

—¡Lo sabía!, conozco la aplicación, y supuse que tú también la usarías. Préstame tu teléfono —pidió Alicia—. Escuchemos la nota principal del diapasón.

Extrajo todos los discos que había en las patas y lo hizo sonar de nuevo. La pantalla del iPhone marcó un valor numérico en hertzios.

—Éste sería el “Do” del instrumento. Ajustamos la escala de la aplicación para hacerlo coincidir con la nota “Do”...

—Ya sé a dónde quieres llegar, iremos tocando las notas de la escala musical por orden. Ahora tocaría encontrar las anillas que hacen “Re”, luego “Mi”, y así... Si mi oído no me engaña, he percibido que cada pareja de anillas gruesa introduce un tono, y la pareja delgada un semitono.

—Pues entonces ya puedes poner tres anillas gruesas y una delgada en cada pata.

—¿Por qué quieres empezar directamente con “Sol”? —preguntó Miko. Apenas acabó la pregunta cuando ya tenía la respuesta—. ¡La quinta perfecta! La nota con el mejor acorde al “Do”. La base de la escala pitagórica, ¡Alicia, eres un genio!

Miko introdujo con celeridad las anillas que había indicado Alicia en las varillas del enorme diapasón y le cedió otra a Alicia para que la usara de martillo.

—¡Sácanos de aquí!

Alicia golpeó el metal y una nueva nota resonó en la gruta. Sus miradas giraron rápidamente hacia arriba. La herradura tardó apenas un segundo en empezar a vibrar. Lentamente, al tiempo que el tono y la amplitud del sonido se estabilizaban en el aire y se convertían en un tono perfecto, la oscilación de la herradura fue en aumento. Alicia y Miko apretaron los puños como queriendo hacer más fuerza.

Al fin, la herradura soltó el gancho, la ballesta soltó la flecha, y la flecha cortó la cuerda limpiamente. El cubo de agua descendió en caída libre.

El estruendo contra el suelo hizo saltar a Alicia y a Miko hacia atrás, cubriéndose para no ser golpeados por los restos de la caja hecha añicos. Un ruido de cenizas efervescentes les trajo la buena noticia. Al volver a mirar el fuego, apenas quedaban unos rescoldos.

Con un sonoro golpeteo de sus palmas rubricaron el éxito de la operación conjunta. A continuación saltaron con energía por encima de las brasas y se encaminaron de nuevo hacia la oscuridad. Caminaron a tientas durante algunas decenas de metros siguiendo la gruta en un sinuoso trazado y, al volver un último recodo, un punto de luz apareció al frente indicando el final del túnel.

La lejana melodía de “La Danza del Sol” llegaba a sus oídos más alta a cada paso. Ruidos de pisadas, golpes contra el suelo y movimientos rítmicos se sumaron a la melodía, confirmando la proximidad humana.

—¡Volvemos, son ellos, el pueblo San! —exclamó Alicia exultante.

—Seamos prudentes y vayamos con cuidado —sugirió Miko—. Quizás nos tengan preparada otra sorpresa.

Las dudas de Miko quedaron disipadas cuando se vieron de vuelta en la sala principal. Los aborígenes seguían inmersos en su música, si bien ahora la pieza que tocaban era “La Danza del Sol”. Divisaron a Justin confundido entre la multitud, con cara de alivio y satisfacción.

El viejo Kabee les salió al encuentro, deteniéndose a pocos metros de ellos con expresión orgullosa. Pronunció una retahíla de chasquidos que ellos entendieron como una invitación a sumarse a la interpretación.

A diferencia de la vez anterior, ahora también había un grupo que bailaba alrededor del fuego, marcando un delirante frenesí con las sonoras tiras de caña que les colgaban de los brazos y piernas.

Las mujeres del círculo exterior comenzaron a entonar una suave melodía, acoplándose como un guante al tema instrumental. Proferían largas notas que mantenían en el aire como artistas de circo en lo alto del trapecio, pasándose el testigo de unas a otras en una arcaica forma de contrapunto.

Miko se estremeció. Las voces femeninas bañaban el tema principal de “La Danza del Sol” con una pátina de profunda melancolía, un quejido apenas audible que iba girando hacia un lamento sobrenatural. Era como si la

propia montaña en cuyo vientre se encontraban se manifestara como portavoz de la madre tierra, elevando un desgarrador grito a toda la humanidad. Todos los allí presentes sintieron cómo infinitos siglos de historia se manifestaban a través de las yemas de sus dedos, la sudoración de sus manos, el temblor de sus pies, sus arrebatadas voces, dirigiendo un mensaje, que provenía de una dimensión invisible, hacia los cielos.

Miko confirmó en su propia piel la energía que desde un principio había percibido en esa canción. Sus notas susurraban secretos y brillaba la magia en su melodía. Gozó de la belleza de la canción luchando consigo mismo para no caer irremediadamente rendido a los pies de la diosa de la música. No quería dejarla entrar de nuevo en su vida, pero ese tema le mostró quién era él en realidad, y la imagen se alejaba bastante del perfil que se había creado en Lisboa.

Alicia quedó hipnotizada por el fuego, que parecía danzar al son de la música, y vio allí reflejada su alma. Los claros y oscuros de su vida se sucedían al compás de las llamaradas. Una centella salió disparada hacia arriba. Bien podría significar el espaldarazo que supondría aquel caso para su carrera. Esperaba recuperar el puesto que se merecía en la ADPI. Sin embargo, a mayor fuego, mayores sombras. ¿Acaso ese ascenso era suficiente ya?

Kabee les condujo al fuego central donde les dibujaron pinturas rituales sobre la piel. Luego le ofrecieron a Alicia un lugar en el coro de mujeres, a cuyas formidables voces se sumó con entusiasmo.

A Miko le tenían reservado un tambor de mano, que había permanecido al margen en un lugar preferente de la orquesta, guardado por sus ancestrales centinelas para una ocasión especial. Le insistieron para que tocara con ellos, gesticulando para que se uniera a la fiesta.

Tras unos primeros golpes de tanteo, comprobó la perfecta tirantez del cuero, sintiendo el aterciopelado tacto vibrando bajo las palmas de sus manos.

El momento había llegado. Seguir con el juego o volver por donde había venido. Mantenerse fuerte o dejarse seducir. Lamentablemente, ya era demasiado tarde para esa disyuntiva.

Trató de entrar siguiendo el ritmo de los demás tambores, pero no le

resultó fácil, ya que esa percusión no se correspondía con su “Square Circle”. Esto era completamente nuevo. Sus compañeros de banda no paraban de gesticularle, hasta que Miko comprendió lo que trataban de decirle: ¡le estaban enseñando a tocar otra canción!

Miko lo repitió hasta conseguir tocar de seguido la nueva partitura. Cuando por fin lo tuvo, los demás músicos fueron dejando uno a uno sus instrumentos en el suelo, quedando al final solamente el tambor de Miko y las voces femeninas. En ese momento sintió que se evadía de sí mismo para convertirse en el instrumento marioneta de una entidad superior que lo utilizaba para un fin que aún no comprendía.

No sabía muy bien qué significaba aquella sucesión de golpes de tambor que había aprendido de manos de los San, pero sí que se trataba de algo importante y muy valioso para ellos.

El canto de las bellas voces fue también reduciendo su intensidad hasta desaparecer, dando por concluido el milenario rito de “La Danza del Sol”. Sin embargo, sólo unos pocos entre los San eran conscientes de lo que realmente acababa de ocurrir. La mayoría conocía “La Danza del Sol” como parte de sus habituales cánticos para celebrar acontecimientos especiales, como otras muchas danzas y canciones antiguas, pero sólo los más viejos entre los viejos eran partícipes de la gran importancia que tenía la visita del extranjero de pelo rubio. Su labor de guardianes del antiguo tesoro había terminado en ese momento, con la entrega del mensaje tan secretamente guardado por los siglos de los siglos, generación tras generación. Ahora lo habían transmitido a aquel hombre de mirada de gacela y coraje de león.

Sólo en sus manos estaba hacer el bien con tan poderosa arma.

Capítulo 20

Viena, 1787

En el interior del carruaje, el Conde Ferdinand Waldstein ya se había despertado, y contemplaba con ternura a Ludwig van Beethoven durmiendo plácidamente. Había animado al joven de dieciséis años, por quien sentía un gran cariño y admiración, a visitar la capital de la música para que conociera a Mozart, consagrado en vida como el mejor músico de la historia. Con suerte, el gran maestro reconocería la valía del muchacho y lo tomaría como discípulo.

Beethoven parecía transportado al reino celestial, su habitual expresión sombría transformada en un rostro placentero. Sobre su cara rocosa caían remolinos de pelo desde su espesa cabellera. Sus pequeños y penetrantes ojos le daban ahora un respiro al mundo. Su rostro parecía moldeado por unas manos poderosas pero poco hábiles con el detalle, y sus dedos, cortos y vigorosos, permanecían levemente contraídos como si no soltara el piano ni durmiendo.

El Conde recordó cómo habían dejado Bonn y tomado el cauce del Rin para atravesar las regiones de Renania, Suabia y Baviera. Allí se encontraron con el Danubio, que bajaba majestuoso repartiendo su fertilidad sobre los prados de trigo y centeno. Durante todo el viaje pudo comprobar la pasión del joven Ludwig por la naturaleza, pues se pasaba las horas sobre la ventanilla

contemplando el vuelo sublime de las rapaces sobre los espesos bosques de las montañas, o escuchando los sonidos de la naturaleza, ya fuera la llamada nocturna del búho o el lamento solitario del lobo. Una de esas noches, tuvieron que hacer parada en mitad del bosque y dormir en el carruaje. Hubiera jurado que en el duermevela, Beethoven había salido sigilosamente en mitad de la noche y no había regresado hasta bastante después. No podría asegurar que no se tratara de un sueño, o que simplemente el chico tuviera ganas de hacer sus necesidades.

—Mi querido Ludwig, despierta —exhortó el Conde—. Ante ti se muestra la capital del imperio. Jamás conocerás ciudad igual, tan elegante, tan resplandeciente ni tan culta.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Beethoven, frotándose los ojos y asomándose rápidamente sobre la ventanilla del coche.

—¿Te parecen poco diez días de viaje? Mis huesos están machacados por el traqueteo, no hubiera aguantado ni un día más.

Ludwig contempló por la ventana una mañana espléndida. El Sol aún volaba bajo, pero el interior del carruaje comenzaba ya a caldearse. La ciudad de Viena se divisaba a pocas millas bajo la colina sobre la que transitaban. Desde allí divisó con claridad las dos murallas concéntricas que separaban las dos ciudades de Viena. En el exterior se extendían las diminutas casas de la clase trabajadora y de los campesinos, mientras que dentro de la defensa interior, la monumental catedral de San Esteban se elevaba sobre los palacios de la nobleza y las villas de las familias pudientes. Esa muralla doble le pareció el ejemplo perfecto de la incapacidad del hombre para vivir en paz con los de su mismo género. ¿Podría él, con su música, derribar algún día esas murallas que separaban al hombre de sí mismo?

Al cabo de tres días, Beethoven ya tenía su cita con Mozart. La influencia del Príncipe Lichnowsky en la Corte había acelerado la cita de los dos músicos. Lichnowsky era un viejo amigo de Waldstein, y el solícito anfitrión de ambos en la gran ciudad.

Beethoven se palpó los bolsillos, nervioso, comprobando que llevaba los papeles con la composición que había realizado para impresionar al maestro.

—¿Ésta es la casa? —preguntó Waldstein.

—Os dije que estaba cerca —indicó Lichnowsky, empujando la puerta enrejada de una residencia palaciega.

Un criado salió a recibirles y les condujo a través del jardín hasta la entrada de la mansión. Una vez dentro, los guió hasta un amplio salón decorado lujosamente. Al fondo se veía un reducido grupo de personas concentradas en torno a un piano. Al acercarse un poco más, Beethoven pudo comprobar que el mismísimo Mozart estaba sentado a la banqueta, tocando de manera desenfadada una pieza ligera.

Por un momento se sintió un poco amilanado. ¿Qué hacía un joven ignorante como él presentándose ante tamaño genio? El lujo lo intimidaba, se veía fuera de contexto, un pueblerino rodeado de suntuosidad. ¡Qué demonios!, “la nobleza reside en el talento, no en la sangre”, se repitió mentalmente para tranquilizarse.

Mozart se levantó al observar al trío de visitantes. Sin abrir la boca siquiera para saludar al Príncipe Lichnowsky, que era lo que el protocolo ordenaba, su mirada quedó fija en los ojos del joven que lo acompañaba. Por unos segundos, que a Beethoven le parecieron eternos, el genio de Salzburgo trató de evaluar la valía del aspirante. Beethoven aceptó el reto y mantuvo la mirada del maestro sin pestañear, así hubiera durado mil años. Al mirar de tú a tú al autor de las más sofisticadas sinfonías y hermosas óperas, el dios que Beethoven había imaginado se hizo hombre de carne y hueso. En su castigado rostro pudo ver las huellas de la enfermedad, y en la caída excesiva de los hombros y su postura antinatural adivinó un frágil cuerpo que se deshacía por dentro.

Su sufrimiento se evidenciaba por todas partes, en sus abultadas ojeras, sus marcadas arrugas y en su pálida tez. Quizás para ocultar su delicado estado interior, vestía de manera primorosa con un traje blanco con bordados dorados en los puños, usaba una elaborada peluca e incluso se había puesto algo de maquillaje sobre la cara.

—Éste debe de ser el chico que os ha encantado con su música, Príncipe Lichnowsky. Espero que sea mejor que los jovenzuelos que últimamente intenta colarme como discípulos —señaló Mozart dejando escapar una corta

y aguda carcajada.

—Maestro, sin duda es usted muy exigente. No dudo de la valía de los anteriores candidatos, aunque creo que eran demasiado jóvenes e inexpertos para impresionarle a usted. Este joven que ve aquí viene recomendado por el mismísimo elector de Bonn, Maximiliano Francisco, que lo tiene bajo su protección. Pero seguramente a usted le interese más saber que el Conde Waldstein es su valedor número uno.

—Conde Waldstein —saludó, dirigiéndose a él como si aún no se hubiera percatado de su presencia—. ¿Cómo se encuentra? Me alegro de verle de nuevo por Viena. La ciudad perdió un auténtico oído musical cuando usted nos abandonó. Espero que toda su familia se encuentre bien.

Mozart sentía un profundo respeto y agradecimiento por el Conde, que descendía de una aristocrática familia de Viena, y hacía unos años había promocionado las carreras musicales tanto de Haydn como la suya.

—Amigo Wolfgang, tiene usted buen aspecto —mintió—. Efectivamente ha pasado ya algún tiempo desde que nos vimos por última vez, pero el Príncipe me mantiene puntualmente informado de sus éxitos.

—No necesito que me halaguen, ya debería saberlo —protestó—. Bien, dejemos las palabras para luego —y dirigiéndose al joven que permanecía fuera de la conversación, preguntó— ¿Tu nombre, chico...?

—Beethoven, señor, Ludwig van Beethoven —expresó con voz ronca y seria—. Es un honor conocerle —eso fue todo. No había pensado qué más podía decirle al gran maestro.

—Bueno, pues demuéstreme qué sabes hacer al piano. Pero, por favor, sé breve. Si demuestras que vales, quizás te pueda dar algunas clases de perfeccionamiento, pero si no, no quiero aburrirme ni tampoco que aburras a esta amable audiencia —dijo, y con un ágil movimiento de brazo señaló al pequeño grupo—. Siéntense, por favor, veamos qué nos tiene preparado este joven renano.

—Había pensado empezar con una de sus obras, si le parece bien, su concierto para piano en Do menor...

—No he venido esta noche a escucharme a mí mismo a través de las manos de un niño. ¡Toca algo tuyo o ya te puedes marchar! —chilló Mozart

desde su silla de primera fila.

—Está bien, maestro —Beethoven no se acobardó. De hecho, sólo lo había propuesto como cortesía. En realidad tenía ganas de tocar su propia composición. Se sentó y estiró los brazos, dejando ver sus enormes manos y sus dedos, cortos y nudosos, impropios de un virtuoso pianista.

Beethoven comenzó su interpretación con una introducción impetuosa. Los que le conocían decían que los pianos acortaban sus años de vida en sus manos, pues aporreaba las teclas más que tocarlas. Quiso captar la atención de la audiencia desde el principio, por lo que los primeros compases fueron un prodigio de virtuosismo, fuerza y energía. Hizo una levísima pausa para comenzar con el segundo movimiento, y de reojo pudo observar las sorprendidas caras del público, y la interesada expresión de Mozart. Lichnowsky y Waldstein se miraban satisfechos.

Beethoven profundizaba ahora en una melodía con un tempo más lento, jugando con el contrapunto de elaborados motivos asociados. Totalmente concentrado al piano, parecía estar absorbiendo la energía de toda la sala, y el público se dejó arrastrar por la música a un gozo interior. Su obra vagaba por intrincados vericuetos; enseguida hacía gala de una simplicidad maravillosa, como acto seguido alternaba ritmos rápidos con otros más cadenciosos, todo hilvanado con un invisible vínculo.

De repente, Mozart se levantó enérgicamente y extendiendo el brazo en señal de parada, gritó:

—¡Ya, ya, ya...! ¡Para, joven, para...! —Beethoven seguía absorto al piano y no escuchaba a Mozart—. ¡Te he dicho que ya está bien! —profirió de nuevo, y Beethoven levantó la vista, deteniéndose al fin.

Mozart, un poco sonrosado por la mirada atónita de los demás, que no entendían su acalorada reacción, pronunció:

—Creo que ya he escuchado bastante —Lichnowsky y Waldstein se pusieron de pie—. Tu composición es original, pero bastante pobre, y tu violenta interpretación va a conseguir derribar las paredes. Te deseo un gran futuro, pero sin duda te queda mucho camino que recorrer.

Beethoven no daba crédito a lo que ocurría. Estaba seguro del valor de su composición y no comprendía el porqué de aquella humillación.

—Bien, maestro. Quizá le gustaría ponerme a prueba —retó Beethoven—. Quiero decir —dijo, intentando tranquilizarse y suavizando el tono todo lo que podía—, que quizá pueda darme un tema que sea más de su agrado, sobre el que yo improvise una composición.

—Veo que tienes agallas, chico —reconoció Mozart.

Miró a su alrededor dubitativo y vio las expectantes caras de los acompañantes, ansiosos por asistir a un duelo de figuras al piano. Reconocía la valía de lo que había escuchado, nunca había oído nada tan bueno compuesto por otro que no fuera él. Estaba asustado, pero llegado a ese punto, si no aceptaba el reto, se pondría en evidencia.

—Está bien, levanta tus posaderas de ese banco. Seguramente te conozcas todas mis obras, así que no te haré el favor de proponerte una de ellas. Eso sería ponértelo muy fácil. Déjame tocar algo nuevo.

Mozart se puso al piano, y Beethoven permaneció detrás de él. No vaciló un segundo y comenzó a tocar una bella sonata improvisada. La capacidad creativa del genio austriaco parecía sorprendentemente ajena al paso del tiempo, desde que a los ocho años se revelara como un niño prodigio al componer su primera sinfonía. Prodigio seguía siendo y a tenor de su comportamiento, pensó Beethoven, también bastante niño.

El músico alemán contemplaba al maestro, escuchando con atención para poder seguir la composición allí donde la dejara. La belleza de la obra, su delicadeza y sensualidad, le hacían dudar de sus propias posibilidades de hacer algo siquiera parecido. Pero enseguida su mente se abrió, cerró los ojos y dejó fluir la música libremente. A cada tema de la obra le buscaba mentalmente una variación, un ritmo más adecuado, o un tempo diferente. Todo ello lo iba ensamblando en su cabeza a velocidad de vértigo, y al final se sorprendió de ir incluso por delante de la música que oía.

El genio terminó con una magistral secuencia de notas que sólo un virtuoso podría aventurarse a interpretar. Se puso en pie de un salto e hizo una prolongada reverencia al aplauso del excitado público, terminando el movimiento con el brazo apuntando a Beethoven.

—Tu turno, muchachito —dijo, consciente de haberlo impresionado.

Beethoven echó una rápida mirada al Conde Waldstein. Éste le guiñó un

ojo, lo cual le infundió la confianza necesaria para afrontar aquel desafío.

Sentándose pausadamente, alzó los brazos para estirar las mangas y los dejó caer a continuación suavemente sobre el teclado. Se mantuvo inmóvil en esa posición, rozando las teclas sólo con las yemas de los dedos, durante cuatro lentas y profundas respiraciones.

El comienzo fue sorprendente, pues repitió el increíble final de Mozart nota por nota, con una velocidad endiablada y una fuerza descomunal. Observó de reojo las caras anonadadas del público. Una vez ganado el primer asalto, se extendió en las diversas variaciones que había grabado anteriormente en su cabeza, enriqueciéndolas sobre la marcha. A veces introducía partes completamente nuevas, que sin embargo encajaban armoniosamente en el conjunto. Así se explayó durante más de cinco minutos, trazando líneas imaginarias en las mentes de los asistentes, unas cerradas sobre sí en un impecable lazo, otras alejándose hasta el infinito sin retorno posible. En el final también improvisó algo nuevo, que a todos les pareció extrañamente fuera del contexto de la obra. Era su firma personal.

El público explotó en aplausos, pero a pesar del bullicio, Beethoven no oía nada. Había terminado completamente deshecho mentalmente, y permanecía sentado con el cuerpo inclinado hacia delante y el pelo tapándole el rostro. Por primera vez en su vida, se había sentido conectado con la música misma, se había olvidado del pentagrama y se había dejado arrastrar a los límites inexplorados de los sonidos. No percibía nada de su entorno, tenía los oídos bloqueados, y en su mente retumbaba el latir de su corazón queriéndose salir del pecho. Sentía miedo, pánico, por lo ocurrido. Sin duda, Mozart tenía mucho que ver en ello. Le había puesto el anzuelo y él lo había mordido hasta el fondo. Le había abierto una puerta y él la había traspasado sin dudarle, cerrándola tras de sí. Creía, y como él, también toda la sala, que había superado en la prueba al genio, y eso lo convertía en su sucesor. A partir de entonces cambiarían muchas cosas en su vida.

No sabía si llamar a lo que sentía orgullo, satisfacción, confianza u optimismo. Sólo se le ocurrió llamarlo vértigo.

—Este chico dará mucho de que hablar —fue lo único que comentó Mozart antes de disolver la función.

Beethoven no quiso replicarle, pues sólo con ver la cara del gran maestro supo que le había ganado el duelo.

A lo largo de toda la noche fue recibiendo innumerables felicitaciones, pero a su cabeza le costaba salir del trance al que le había llevado la música, así que en cuanto se vio un poco libre, salió por la puerta principal para respirar un poco de aire fresco. Se retiró unos metros de la entrada buscando algo de intimidad, pero lo que se encontró fueron unas oscilantes sombras que el fuego de una chimenea proyectaba sobre una de las ventanas de la planta baja. Reconoció la forma enjuta y alargada del Príncipe Lichnowsky recorriendo nervioso toda la habitación.

Fue a retirarse prudentemente; no quería ser un entrometido, pero lo acalorado de la discusión le incitó a pegar la oreja a la ventana.

Como había intuido, se trataba de Mozart, Waldstein y Lichnowsky.

Y estaban hablando de él.

Capítulo 21

Alicia emergió por la boca del Metro situada a escasos metros de la puerta de la ADPI. Un sol radiante luchaba contra el frío de la mañana. Contempló a sus dos hombres esperándola en la entrada principal, cada uno a un lado de la enrejada puerta de acceso.

—No me digáis que no os habéis presentado aún.

Los dos chicos se miraron entre sí, percatándose en ese momento el uno del otro.

—David, te presento a nuestro cliente, Miko Tarvuk. Miko, este es David, de quien ya te hablé.

Alicia y Miko habían llegado la noche anterior desde Johannesburgo. Ella prefirió ir a descansar a su casa, apenas había dormido unas horas, poniendo en orden toda la documentación del caso. Miko, sin embargo, se había buscado un hotel en el centro.

Antes de entrar, no pudo evitar una ligera inquietud al contemplar el majestuoso edificio que albergaba su oficina, una auténtica joya de principios del siglo xx. Reparó en que habían vuelto a pintar la fachada principal, víctima de la desbordante creatividad grafitera de los jóvenes madrileños, que elegían la fachada de la ADPI como telón para volcar su rechazo a las tasas que la Agencia había impuesto sobre los formatos de almacenamiento digital. Alicia nunca había revelado a nadie que ella misma había participado hacía años en una de esas famosas “pintadas” tras una noche de excesivas copas por ese barrio.

—Tú debes de ser el cirujano de la música —saludó Miko.

—Y tú el músico con el que bailó toda la generación de Alicia. Lo siento, yo no acostumbraba a salir mucho...

Un firme apretón de manos selló de inmediato la alianza masculina.

Ya en el vestíbulo circular, los murmullos de los despachos y los timbres de los teléfonos hicieron sentir a Alicia que había vuelto a su rutina. Mientras pedía en recepción las llaves de la “huevera”, o lo que era lo mismo, la sala de música, respiró hondo y trató de sumergirse en el ambiente conocido de la oficina. Sin embargo, los últimos acontecimientos le habían robado a su vida ese punto de seguridad.

Cuando casi coronaba la fastuosa escalera imperial de hierro fundido, unas risas más altas de lo normal llamaron su atención desde el pasillo. Por allí llegaba su jefe y olvidado exnovio Xabi Osborne, con una sonrisa bobalicona en su rostro. De su brazo colgaba una rubia bajita y de sugerentes curvas llamada Valerie McGoohan, que reía ruidosamente alguna gracietta de Xabi. La americana lucía una minifalda que podría ser confundida con un cinturón y una chaquetilla que mostraba sin pudor gran parte de sus nuevos encantos.

—*Welcome home, Alicia* —pronunció Valerie, con un tono alegre y desenfadado, dejando caer sus descarados ojos sobre Miko.

—*Congratulations for your new appointment*, Valerie —felicitó Alicia, apagando el fuego que le quemaba por dentro. Si montaba cualquier numerito, sería aún más humillante.

Xabi recompuso su semblante más serio.

—Alicia, tenemos que hablar. ¿Te viene bien ahora? —preguntó, mirando de reojo a Miko.

—Esperadme en la sala de música —le dijo a David, entregándole las llaves.

Valerie continuó su contoneo a lo largo del pasillo, a la caza y captura de ejecutivos desprevenidos, mientras Xabi invitaba a Alicia a entrar en su despacho.

El acero y metacrilato del mobiliario contrastaban con el clasicismo del exterior. Un mundo frío y artificial, el de los negocios, en el corazón del que

supuestamente debería ser un sentimiento cálido y humano, la música.

—Bueno, Alicia —dijo Xabi recobrando su porte autoritario—, debo pedirte explicaciones por tu comportamiento rebelde y desobediente. ¿Qué es eso de actuar por libre y al margen de la ADPI? Espero que tengas una buena razón para haber actuado así.

—¿Qué ocurre? Siempre me has dejado llevar el caso a mi manera. ¿Acaso la nueva Directora Jurídica os está cambiando la forma de trabajar? —preguntó mordaz—. Quizás deberíais haber elegido a otro, o a *otra*, para este caso.

Xabi pareció acusar el golpe. En su rostro apareció una mueca de disgusto.

—Sabes que siempre he hecho todo lo posible por ti, pero la elección de Valerie fue meramente política. La discográfica CSB sufraga muchos de los proyectos de la ADPI, y ellos se han cobrado el favor ahora.

—¡Me merecía el puesto, Xabi! —exclamó, enfadada—. Todo el mundo sabe que me lo merecía.

Xabi dudó por un segundo, no sabía qué responder. Su reacción fue la más inesperada por Alicia.

—¡Ese asunto no tiene nada que ver con tu comportamiento, Alicia! —exclamó, enfurecido—. ¿Cómo se te ocurre escaparte con tu cliente a Sudáfrica a enfrentarte a los mejores abogados del mundo sin tener la aprobación de la Agencia?

—Tenía una pista que podía ayudar a mi cliente —respondió, serena.

—¡Y luego pasas una semana sin comunicarte!

—Viajaba por un lugar sin cobertura.

—¿Pero se puede saber dónde te has metido?

—He atravesado el desierto del Kalahari —dijo fríamente, pero Xabi ya no escuchaba.

—¡Esos abogados nos van a sangrar! Mira —dijo, sacando una carta del cajón—, nos han vuelto a escribir. Aparte de lamentar nuestra poca profesional actitud por visitar al demandante sin presencia de sus abogados, ya han puesto valor a la demanda: ¡dos millones de euros!

—Me parece poco.

Xabi al fin pareció detener su avalancha, sorprendido por la respuesta de Alicia.

—¿Poco? ¿Te has vuelto loca? Tu cliente no tiene ni para empezar a pagar. Y ahora, por tu imprudencia, quizás nos salpique a nosotros también.

—Esa canción va a arrasarse en las listas. Si se hubieran esperado unos días, podrían haber pedido mucho más.

—Aquí tienes el teléfono. ¿Quieres llamarles y asesorarles en persona? —señaló airado—. Peor no lo podías haber hecho, Alicia —concluyó, dejándose caer sobre la silla en actitud de derrota.

—Aquí tienes —indicó Alicia, poniendo sobre la mesa la carpeta que había estado preparando durante toda la noche.

Xabi la miró, desconcertado.

—El caso está resuelto —se explicó, con la misma templanza que había mostrado para aguantar la bronca—. Los estudios Xhosa expropiaron los derechos de autor a los verdaderos creadores de “La Danza del Sol”, el pueblo San del Kalahari. Encontrarás los testimonios de varios de ellos, y del explorador americano que los puso en contacto. También adjunto grabaciones originales de los San y la versión que hicieron en el estudio. Queda sobradamente demostrado que Dick de Bilde, el productor, actuó de mala fe, apropiándose indebidamente de unos derechos que no le pertenecían.

Xabi la miró con una expresión que giró de la rabia a la vergüenza.

—¿Demanda nula?

—Así es. Además, no sólo no pueden reclamar un céntimo, es que deben devolver a los San lo que ingresaron por el disco. Encontrarás la copia de la denuncia interpuesta en la propiedad intelectual de Sudáfrica.

—Luego Miko Tarvuk sólo hizo una versión de otra versión...

—En efecto —dijo, ocultando la misteriosa historia del joven alemán y la caja de música—. Hemos pactado con los San seguir promoviendo el tema “Square Circle” y entregarles lo que se recaude.

—Esto es... Sencillamente... No sé cómo pedirte disculpas, Alicia. Tu trabajo ha sido brillante.

Alicia permaneció en silencio, no tenía nada más que decir. Unos golpes insistentes sobre la puerta del despacho salvaron del bochorno a Xabi. Tras

ella apareció el mismísimo presidente de la ADPI.

—Hola Xabi —saludó con voz grave—. Hola, Alicia, ¿cómo estás, guapa? —Gonzalo Ortiz tenía fama de galán, pese a su edad, y él no dudaba en demostrarlo en cuanto podía—. Me enteré de que habías regresado y quería conocer de primera mano el resultado de tu viaje. ¡Hija, nos has tenido en ascuas!

Aun siendo el vértice superior del organigrama de la Agencia y habiendo demostrado ser implacable y temible con sus medidas, los modos de Gonzalo eran mucho más cordiales que los de las rapiñas que lo circundaban.

—Gracias por la preocupación. Ha sido un duro viaje, pero los intereses del cliente están a salvo.

El presidente arqueó las cejas y miró a Xabi pidiendo confirmación.

—Sí —corroboró Xabi, sumergiendo la cabeza ente los papeles de Alicia—, parece que ha resuelto el caso.

—No lo dudaba lo más mínimo, por eso eres nuestra mejor abogada — Alicia no pudo retener un breve rictus de irritación. Gonzalo lo captó en seguida—. Hemos tomado unas decisiones últimamente que quizás te hayan descolocado, pero debía ser así porque te teníamos preparado algo mucho mejor.

Alicia soltó un leve bufido.

—Créeme, el comité ejecutivo lleva desde hace tiempo pensando en expandir nuestro mercado, y para ello queremos crear una “Vicepresidencia de asuntos estratégicos”. Alicia, siempre hemos considerado que ese puesto deberías ocuparlo tú.

Alicia dudó, entre indignada por el recibimiento de Xabi y halagada por el ofrecimiento del presidente.

—No tenía ni idea de ese asunto —indicó, prudente.

—Te encargarías de ofrecer servicio especializado de consultoría a las grandes corporaciones audiovisuales que quisieran expandirse en España. Facilitarías los trámites administrativos, apoyarías sus análisis financieros y realizarías estudios de mercado.

—¿Y qué gana la Agencia con la creación de ese departamento? — preguntó, mientras trataba de verse a sí misma realizando esas labores de

gestión tan diferentes a las actuales.

—Aparte de facturar servicios de valor añadido a estas multinacionales, que no es poco, daríamos proyección internacional a nuestros asociados. Serás la encargada de tender un puente a nuestros músicos, estudios y pequeñas discográficas hacia la fama mundial.

—No suena mal —admitió Alicia, aunque de repente se sintió alejada de las dos cosas que más amaba, la música y la justicia—. Hace un momento Xabi estaba a punto de echarme, así que supongo que tendréis que hablar entre vosotros y ofrecerme algo definitivo.

Gonzalo se comió a Xabi con la mirada.

—Ya está todo aclarado —musitó Xabi como un perrito faldero.

—En ese caso, la que tiene que pensárselo eres tú, Alicia. Tómate un día o dos para meditar, no más. ¡Te ofrecemos algo que no puedes rechazar! Ya tengo varias ideas en la cabeza para desarrollar juntos y cuanto antes, mejor. ¿Qué tal si comemos luego y nos cuentas tu aventura?

—Ya he quedado —se disculpó Xabi. Alicia intuyó la rubia compañía por la que Xabi eludía el almuerzo con su jefe.

—Por mí bien —respondió Alicia—. Llevaré compañía. Miko Tarvuk ha venido a arreglar los últimos documentos.

—Perfecto, siempre hay que estar cerca del cliente. Nos vemos, entonces.

Gonzalo se marchó con paso firme hacia su despacho del final del pasillo y se llevó a Xabi con él. Alicia se dirigió en sentido contrario hacia la sala de música.

Se encontró a los chicos departiendo amigablemente, con los pies sobre la mesa, que quitaron nada más entrar ella. La “huevera” era al mismo tiempo un estudio de grabación, una sala de reuniones y un laboratorio informático, y todas sus paredes estaban forradas de elementos amortiguadores del sonido. Miko terminaba de relatarle a David su aventura africana con gran emoción.

—El final de la aventura fue apoteósico. Nos reunieron de nuevo alrededor del fuego y no dejamos de tocar hasta que se convencieron de que me había aprendido a la perfección un acompañamiento de tambor.

—¿El premio tras superar la prueba de la gruta era dejaros participar de la música? —preguntó David, extrañado.

—No, el premio era la sucesión de percusiones que tuve que aprender, ya que sólo lo tocaron una vez que salimos de la gruta con la prueba completada. Pero la verdad es que, por más vueltas que le doy, no entiendo su significado.

—Mira, allí tienes una mesa de mezclas y una batería virtual. ¿Por qué no la tocas a ver si te inspira algo nuevo? —sugirió Alicia.

—Eso, yo pondré “La Danza del Sol” de los bosquimanos, la tengo aquí en mp3 —dijo David sacando un pendrive—, y así podremos grabar la mezcla.

Para Alicia, el resultado no fue ni mucho menos parecido al experimentado en el interior de la cueva del Kalahari. Ciertas cosas pierden su encanto sacadas de su contexto, aunque —pensó, con una sonrisa maliciosa— Miko no había desmerecido nada al cambiar el taparrabos por los vaqueros y la americana.

David pareció satisfecho con la grabación.

—Entonces, ya veo que no os hizo falta mi veredicto técnico. De todas maneras, por si os interesa, mi programa *Orfeo* encontró a Miko culpable de plagio.

—¿Y en qué se basa tu software para dilucidar la autoría de las canciones? —preguntó Miko con interés.

—Bueno, no voy a desvelar todos mis secretos de programación, sólo diré que lo original encierra ciertos parámetros “auténticos” que lo hacen inconfundible.

—Según la ley, a partir de ocho compases iguales y consecutivos se considera plagio, pero hay muchos artistas que saben saltarse esta regla —explicó Alicia.

—¿Y qué tal te ha ido con las víboras? —preguntó David.

—Me han ofrecido un puesto que ni yo me lo esperaba. Lo de Valerie es una tontería comparado con esto.

—¿De qué se trata? —se interesó Miko.

Alicia relató la descripción general de sus funciones según lo contado por el presidente.

—¡Es fantástico! —exclamó David.

Miko permaneció en silencio mientras la escrutaba con la mirada.

—¿Ocurre algo, Miko?

—Nada, nada —dijo, sacudiendo la cabeza—. Sólo que ahora te dedicarás a vender a los músicos y los estudios independientes a las grandes discográficas.

Alicia pestañeó, sorprendida por la reacción.

—¿Cómo? —se quejó—. ¿Es un problema dar a conocer al mundo los mejores valores del país?

Aunque quiso mostrarse indignada, tuvo que reconocer que las palabras de Miko daban forma a la inquietud que se había aferrado a su pecho desde que Gonzalo lanzara su proposición.

—En teoría no, pero en la práctica... la calidad, la imaginación y el talento de los jóvenes artistas se diluyen a favor de las modas y los sonidos comerciales. Lo he comprobado con mis propios ojos. Es un atentado contra la música en sí misma. He visto retazos de genialidad aparecer por doquier, en jóvenes compositores, en grupos locales, en virtuosos instrumentistas, que se apagan de inmediato al venderse al negocio musical.

—No siempre es el caso —intercedió David—. Tú mismo fuiste un ejemplo de que se puede ser original y comercial al mismo tiempo.

—Y ya ves cómo he terminado, con miedo de acercarme a un instrumento.

Un incómodo silencio flotó en la sala, roto al instante por el sonido del móvil de Alicia vibrando encima de la mesa. Miró la pantalla y soltó un bufido. Se levantó, se apartó a una esquina y lo descolgó.

—No, no me he ido a ningún sitio... aún estoy aquí —rezongó de mala gana.

...

—Sí, estoy con Miko, aún no se ha marchado, ¿por qué?

...

—Que lo traigan a la sala de música, estamos aquí —y colgó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miko—. ¿Me buscan?

—Tienen algo para entregarte. Supongo que se quieren ahorrar el coste de la mensajería a Lisboa.

Al pronto, tocaron en la puerta y una secretaria entró con un sobre para

Miko.

—Llegó hace un par de días, y aprovechando que está usted por aquí... — dijo, antes de retirarse.

Miko abrió el sobre y su rostro palideció al instante.

—¿Pasa algo? —preguntó Alicia.

—No puedo creerlo. Mira esto.

Miko le pasó un folleto de lo que parecía el anuncio de un evento. Alicia observó el papel impreso sin comprender una sola palabra del idioma en el que estaba escrito. Un dibujo con formas cuadradas concéntricas ocupaba un lateral. Supuestamente indicaba el lugar del acto.

—Por el otro lado está en inglés —indicó Miko.

Alicia le dio la vuelta y comenzó a traducir en voz alta:

“Magnífico acontecimiento. Un lugar de ensueño. Un paraje sin igual.
Gran concierto de gamelán a cargo de la Orquesta Oficial de la Corte del Gran Sultán de
Yogyakarta.
Sábado, 8 de febrero, 19:00 h.
Templo budista de Borobudur”

—Mirad, han escrito a mano una anotación en el borde del papel. Dice:

“¿Interesado en conocer por qué *Square Circle* está en el repertorio? Cima del Templo.
Sábado 18:00 h.”

Ninguno fue capaz inicialmente de encontrar un sentido lógico a aquel mensaje, pero cada cual lo interiorizó a su manera.

Miko chasqueó los dedos mentalmente. Lo intuía, lo percibía, lo sabía. Aquel asunto de la caja de música no había terminado, quizás apenas había empezado. Esa canción no había parado de sonar en su cabeza, llamándole desde otra esfera, reclamando su acción para completar algún propósito desconocido. No comprendía por qué le había elegido a él, por qué se ensañaba precisamente con alguien a quien la música ya había derrotado. Había aceptado la derrota, se había rendido para siempre, y no tenía ganas de luchar contra ello. Hubo un tiempo en que quiso ser un buen músico,

doblegar la fuerza de los sonidos, desvelar los misterios de la melodía y la armonía, dominar el tempo y el ritmo. Visto con la perspectiva que imprime el tiempo, ahora podía reconocer lo que ocurrió entonces. La música se rebeló contra él, le arrebató el talento y lo convirtió en un músico olvidado, sin éxito, un apestado, un fracasado. ¿Por qué debía aceptar ahora él esta maligna proposición? ¿No estaba ya en paz con su vida? Debía volver a Lisboa, a su retiro espiritual, su hijo, su café, sus amigos, su tranquilidad.

¿O es que acaso se trataba de una segunda oportunidad?

—Sabía que esa canción tenía un poder especial —dijo para resumir sus pensamientos.

Alicia parecía bloqueada, sin saber qué decir.

—Técnicamente —terció David—, se podría tratar de otra demanda de plagio.

Miko entendió el camino que quería allanar David.

—Sí —añadió—, deberíamos investigar si lo que hay detrás de esta inocente invitación es una trampa judicial.

—Tendrás que presentarte allí, Miko —indicó David, guiñándole un ojo—. Estas cosas hay que aclararlas cuanto antes.

—Pero no podré hacerlo solo —contestó el músico—. Necesitaré un abogado conmigo.

Los dos chicos confluyeron sus miradas en Alicia, que asistía fascinada a la conversación.

—No seáis estúpidos. No puedo ir con Miko. No hay motivos suficientes que requieran mi presencia en ese concierto de música tradicional.

—¿Te parece poco llegar hasta el fondo del misterio de “Square Circle”?

—O de “La Danza del Sol” —añadió David.

—O de la melodía de la caja de música que llamó a mi puerta —insistió Miko—. Después de lo del Kalahari, esa música también te está llamando a ti.

Alicia se sintió de nuevo transportada a la caverna de los San, que vibraba como un útero materno incubando un nuevo ser, o quizás como un crisol alquímico en el que se produjo la transmutación de su alma hacia un elemento más puro. En aquella oscura gruta parecía haber adquirido un nuevo

don, la capacidad de abstraerse de sí misma y de contemplarse desde fuera. No era ninguna proyección astral, pues ella no llegaba a salir de su cuerpo, pero ahora era capaz de reconocer de inmediato las excusas y tapaderas que ella misma se ponía para convencerse de que era feliz. Cualquiera la hubiera tachado de frívola al plantearse esas dudas: una mujer joven, guapa, inteligente, culta, virtuosa de la música y con una carrera profesional imparable... ¿Pero era esa la vida que quería vivir? El precio que tenía que pagar por el éxito profesional era alto. Por un lado, sentía que traicionaba el principio universal de la justicia, al verse obligada a actuar muchas veces en contra de su conciencia. No era eso lo que quería cuando de pequeña soñaba con ser abogada.

Por otro lado, su vida personal daba pena. Saliendo todos los días después de las ocho y empleando los fines de semana en preparar los siguientes casos, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de la compañía de personas agradables de su propia elección, a excepción de David. Su instinto le empujaba a seguir el sonido que iba marcando esa canción, pero no era el mejor momento para irse. Gonzalo quería que ocupase su nuevo puesto de inmediato, y no le aceptaría unas vacaciones ahora mismo. Seguramente, después de su último altercado con la Agencia, no le permitirían otro desplante semejante. ¿Qué era lo que perdía? Esa era la pregunta que siempre había puesto cerco a sus límites. Sin embargo, otra pregunta vino a sustituirla de inmediato: ¿qué era lo que podía ganar?

Alicia miró fijamente a los dos hombres que tenía delante, que esperaban ansiosos la resolución de su prolongada introspección.

—Nunca he estado en Indonesia —concluyó.

Capítulo 22

Peter creyó que despertaba. O quizás no. En esa habitación, la línea entre sueño y vigilia era más difusa de lo normal. La ausencia de ventanas y el particular aspecto de sus paredes la hacían un lugar donde uno se sentía extraño nada más entrar. Peter pocas veces usaba esa sala de su laboratorio en el hospital para dormir, pero la noche anterior sintió la necesidad de introducir una camilla y descansar en el interior de la cámara anecoica.

La mayoría de personas sentía desubicación y confusión allí dentro. Las paredes estaban forradas de un entramado de cuñas de material poroso para absorber todo el sonido que les llegaba. Sepultada bajo tierra y blindada acústicamente del exterior, ningún sonido entraba, y ninguno salía. Peter la llamaba la cámara del silencio. La usaba a menudo con sus pacientes, cuando consideraba importante respetar un sonido original, eliminando cualquier posible eco o reverberación de las paredes, estando seguro así de que se transmitía al cerebro del paciente tal y como él lo había concebido, sin la más mínima alteración.

Esa cámara anecoica en particular era especial. Las habituales estaban forradas de material aislante por las cuatro paredes, el techo, e incluso el suelo, pero Peter lo consideraba insuficiente, ya que la forma rectangular de una sala no correspondía a la dispersión de la onda sonora, que lo hacía de manera concéntrica. Así que para construir la cámara anecoica perfecta, diseñó un espacio esférico, con un suelo de rejilla metálica que la dividía en dos. El resultado había sido espectacular. Cualquier cosa dicha allí dentro era

atrapada por el ambiente nada más salir por la boca. Muchos se mareaban al no poder conjugar su cerebro el inexistente retardo entre voz y oído.

El efecto hipnótico de la sala se acrecentaba al dormir en ella. Al no existir sonido alguno, el nivel de amplificación de sus oídos subía al máximo, con lo que Peter conseguía la placentera sensación de escucharse a sí mismo. Justo en los instantes después de despertar, oía su propia respiración como un fuelle a máxima potencia y los latidos del corazón retumbaban en su pecho, convertido en una caja de resonancia; diría incluso que oía el zumbido eléctrico de sus transmisiones nerviosas realizando la sinapsis.

Peter creía que la esencia de todas las cosas podía definirse por el sonido que emiten, y la cámara del silencio era perfecta para registrarlo. Allí dentro, Peter se encontraba con su propio ser al poder oír su alma. Dentro de ese salón, Peter y el sonido eran una sola cosa.

El pitido intermitente de su reloj despertador vino a sacarlo de su ensoñación. Tenía que darse prisa en arreglarse, había quedado con George Vanderbilt para proponerle sus planes de renovación de La Academia.

Veinte minutos después, lo tenía tocando en la puerta.

—Buenos días, Peter —saludó Vanderbilt—. Tienes buen aspecto, se ve que has dormido bien.

Vanderbilt parecía contento. Seguramente la llamada de Peter para comunicarle que aceptaba su cargo en La Academia le había relajado. Eso sí, éste había puesto condiciones.

—Hola, George, entra. Creo que nunca te has pasado por mi laboratorio. Te lo enseñaré mientras charlamos.

En el hospital “All souls night”, Peter había encontrado el aliado perfecto para su investigación en musicoterapia neurológica. El tipo de pacientes que recalaban allí padecían las enfermedades en las que Peter estaba más interesado: demencia, alzhéimer, párkinson, ictus cerebrales, autismo, ansiedad, desordenes postraumáticos o coma. El comité directivo siempre había sido receptivo a las terapias alternativas, y la musicoterapia hacía unos años que se había mostrado efectiva en enfermedades neurológicas como herramienta para lograr la estimulación y rehabilitación sensorial, del lenguaje y del sistema motriz.

—Esta sala lleva cerrada unos años —indicó Peter, abriendo una de las puertas—. Aquí fue donde todo comenzó. Con mi primer magnetoencefalograma inicié el estudio del comportamiento del cerebro ante la música. Tras un año de estudios de las ondas cerebrales y de sus frecuencias internas, obtuve un resultado sorprendente que me empujó a seguir investigando: el cerebro está diseñado antes que para cualquier otra cosa, para reconocer la música. Por eso nos gusta, porque *somos* música.

—Pitágoras no se equivocaba al definirla como la madre de todas las ciencias.

—Claro que no. Todo el cerebro analiza la música en conjunto, pero se divide el trabajo. Me llevó un tiempo identificar las diferentes partes que analizan los parámetros en los que se descompone la música: tono, armonía, timbre, ritmo y pulso, así como las relacionadas con la emoción y reconocimiento de sonidos.

—Supongo que estabas sentando las bases para tus experimentos posteriores.

—Hubo que hacer muchas más cosas, y con herramientas cada vez más sofisticadas —indicó Peter—. En la siguiente puerta tenemos la máquina de imagen de resonancia magnética funcional, y en aquella otra sala, el PET, la tomografía de emisión de positrones.

—Eso suena caro, ¿no es así?

—No creo que el hospital se haya arrepentido de la inversión, ya que gracias a ellas podemos ver con detalle y en tiempo real la reacción de las diferentes partes del cerebro a los estímulos musicales. Mientras otros siguen investigando con respuestas subjetivas, yo he conseguido completar el primer mapa musical del cerebro humano.

—Por eso La Academia te ha elegido para la Casa de la Música —apuntilló Vanderbilt.

—De eso quería hablar contigo. Si La Academia quiere mantener vivo su objetivo, debemos acometer una reforma urgente.

—Me alegra comprobar que asumes tu compromiso con devoción. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Sé del pergamino de Pitágoras —espetó Peter. Vanderbilt no pudo

disimular su sorpresa.

—Es uno de los tesoros mejor guardados de La Academia. ¿Acaso tu padre te habló de él? —preguntó con cautela.

Los recelos de Vanderbilt confirmaron la teoría de Peter: su progenitor había sustraído el pergamino sin consentimiento de La Academia.

—Sí, me dijo que Pitágoras dejó escrito de su puño y letra un código que ocultaba la mismísima música de las esferas.

—Ya, tu padre vivía demasiado obsesionado con ese mito. No debes darle mayor importancia. ¿Sabes? Una vez me dijo que hablaba a menudo con Pitágoras, quien le daba consejos mientras dormía, y cosas así. Creo que se involucró demasiado.

Peter reprimió un arrebato de ira. ¿Cómo podía decir aquello cuando había sido La Academia la que había engañado a su padre para que le robara a él sus investigaciones? Respiró hondo y se calmó. Su plan exigía serenidad.

—Él estaba seguro de que ese código otorgaría un poder extraordinario a quien lo poseyera; me extraña que La Academia no lo tomara en serio, ya que algo así facilitaría vuestros propósitos.

—Mira, Peter, el tema del pergamino pitagórico es algo recurrente en la historia de nuestra Hermandad. De repente aparece alguien que es hechizado por él y dedica toda su vida a tratar de encontrarle sentido. No te puedes imaginar la cantidad de sabios y personas ilustres que han estudiado el pergamino, todas sin éxito. Mi opinión es que se trata de un error o de un absurdo acertijo sin solución alguna.

—No estoy de acuerdo, Vanderbilt. He leído los versos y encajan a la perfección con la visión que resume toda la vida de Pitágoras: la música de las esferas. El pergamino dice que de verdad la encontré, y además da las pistas para descubrirla. Sólo hay que decodificar unos pocos símbolos griegos.

—¡Maldita sea, Peter! —exhortó Vanderbilt visiblemente enfadado—. El pergamino fue una estafa de Richard Wagner a mi antepasado William Henry Vanderbilt. Te ruego que te olvides del tema.

—¿Richard Wagner, el compositor alemán? —preguntó Peter, sorprendido con la inesperada conexión.

—El mismo. Mi tatarabuelo William era el hijo del patriarca del clan, el gran Cornelius Vanderbilt, y recibió de éste la mayor fortuna que te puedas imaginar. William supo multiplicar la herencia con gran maestría para los negocios, y se convirtió en la persona más rica del momento. Cornelius ya había empezado con sus obras caritativas, por ejemplo fundando la Universidad de Nashville que ahora presido, pero William le superó, dedicando los últimos años de su vida únicamente a la filantropía. Se hizo más famoso por las donaciones a escuelas, hospitales y museos que por sus propios logros en los negocios. Sabía que se acercaba su fin y quería pasar a la historia, sobrevivir a la muerte...

—Comprar su salvación.

—Puede decirse así. No es de extrañar que atrajera la atención de estafadores y que se dejara embaucar por un reconocido compositor musical europeo que vino a ofrecerle justo lo que no tenía.

—¿Wagner le vendió el pergamino a La Academia?

—No sólo eso. Wagner le vendió todo el tesoro rosacruz a mi tatarabuelo, la única persona en el mundo que tenía dinero suficiente para comprarlo. El compositor germano estuvo relacionado con la cúpula de poder de los Estados Unidos desde que compusiera la “Marcha del Centenario” para la conmemoración del aniversario de la declaración de independencia de los Estados Unidos, que se estrenó en Filadelfia en 1876. Desde entonces trabajó para el traslado de los tesoros de Christian Rosencreutz a América.

Peter no pudo evitar pensar en la extraordinaria música que había alumbrado la mente de Richard Wagner. ¿Cuánto de ella se debía a inspiración propia y cuánto a conocimientos aprendidos acerca de los poderes de la música sobre la mente? ¿Por qué los nazis emplearon su música como estandarte del régimen? ¿Acaso atesoraba un poder de atracción fatal?

—¿Y por qué se arriesgaría a mover tan preciado tesoro a un destino tan lejano? No tiene sentido —objetó Peter.

—No es novedad que Wagner vislumbró el fin de la hegemonía de Europa tanto desde el punto de vista comercial como espiritual, vaticinando que los Estados Unidos se convertirían en el nuevo faro intelectual del mundo.

—Hay algo que no me cuadra —protestó Peter—. Richard Wagner nunca vivió en la opulencia, ni siquiera en el final de sus días. Si como dices obtuvo una fortuna por los secretos rosacruces, se tenía que haber notado en su nivel de vida.

—Seguramente actuaba como intermediario del verdadero poseedor.

—¿Quién?

—Lo desconocemos.

—De todas maneras, tuvo que ser difícil mantener el transporte en total secreto.

—¿Sabes quién costó el traslado del obelisco egipcio de Tutmosis III desde Alejandría hasta Central Park?

Peter tuvo que reconocer que no tenía ni idea.

—William H. Vanderbilt. Para entonces, Wagner ya había conducido el interés personal de mi tatarabuelo por la cultura clásica hacia una adhesión incondicional a los mandamientos pitagóricos, que eran los mismos que Christian Rosencreuzt y sus discípulos replicaron en la Edad Media. Su gran obsesión fue apartarse de su vida materialista y purificar su alma tal y como Pitágoras había enseñado. Para ello, en 1881 se trajo el obelisco en barco desde Egipto, y en la única parada que hicieron en la travesía, en Gibraltar, aprovecharon para embarcar el tesoro rosacruz. A su llegada, se fundó La Academia para continuar con la custodia del tesoro tal y como todos los descendientes de Christian Rosencreuzt lo habían hecho hasta entonces.

—Luego el tesoro está escondido bajo el obelisco, en el templo donde celebramos el ritual de ascensión de mi padre...

—Sí, pero no te preocupes por ir allí, los cuatro mazos que abren la compuerta están bien escondidos —avisó Vanderbilt, que intuyó las ideas de Peter—. Te lo advierto, no te dejes seducir por ese maldito código, no sabemos lo que Pitágoras escribió allí, pero todo el que lo toca acaba mal. No lo hagas, o terminarás como tu padre.

—¿Qué quieres decir exactamente con *como tu padre*? —le preguntó Peter, encarándose con él.

—Desaprovechando una vida de éxito por una tarea imposible.

Peter recordó que el objetivo final de su padre era salvar a su hermano.

Por imposible que fuera, él se dedicó en cuerpo y alma hasta su muerte. Y esos supuestos “hermanos” de La Academia no le habían ayudado en absoluto. Es más, se habían reído de él y del empeño que demostró por el pergamino. Pero eso iba a cambiar.

—Pitágoras cultivó la ciencia y el espíritu desde todos sus ángulos, y al final de su vida condensó todo lo aprendido en una composición musical que deja oculta en un código. ¡Imagina lo que puede suponer ese descubrimiento, George! Si La Academia dispusiera en exclusividad de ese conocimiento, podríais manejar el mundo a vuestro antojo. La música de las esferas es el único futuro para La Academia.

—No te exaltes, Peter. La Academia ha conseguido mantener sus propósitos hasta ahora sin ayuda de la música de las esferas, o lo que sea que esconden los dichosos caracteres griegos del pergamino.

Peter decidió aparcar el tema por el momento.

—Quiero aportar todo mi conocimiento a la consecución del plan de La Academia: una civilización bajo control, estable y consumista. Y puedo hacerlo. Seguramente ignoras en qué he estado trabajando últimamente, en paralelo al proyecto “Dylan”. ¿Conoces el concepto de “neuroplasticidad”?

—No, pero su nombre me sugiere nuevas y muy interesantes aplicaciones al servicio de La Academia.

—Hasta hace poco se creía que el número de neuronas de un cerebro adulto era finito y que no había sustitutas para las que se morían, pero luego se confirmó que la regeneración neuronal existe. En los ventrículos laterales se ubica un depósito de células madre que son capaces de moverse y cubrir las zonas dañadas. Enseguida me puse a trabajar en esa vía. Estaba seguro de que a través de la música podía estimular la neurogénesis.

—Eso suena muy bien. ¿Podrás recuperar cualquier parte muerta del cerebro? Las posibilidades serían infinitas. Aunque no veo la utilidad para La Academia...

Peter no quería confesar que el único fin de esa línea de investigación que había emprendido era la recuperación del coma de su hermano William, ni que los primeros experimentos de esta terapia con pacientes terminales habían concluido muy mal para alguno de ellos. Aún no había controlado el

efecto de dispersión de las células madre, que si bien ayudaban a regenerar la parte dañada, afectaba también a las zonas sanas pero con un efecto contrario. Al sustituir las células sanas por células nuevas, éstas tenían que establecer sus conexiones desde el principio, aprender todo de nuevo, por lo que el paciente sufría un retraso mental considerable. Era como convertirlo de nuevo en un bebé.

—Seguro que encuentro una utilidad para todos —afirmó Peter. Ya tenía a Vanderbilt preparado. Era la hora de poner las cosas claras—. George, yo soy el único que puede dirigir la Casa de la Música, ¿verdad? No tenéis a nadie más.

Vanderbilt vaciló. Entendía perfectamente la postura de Peter: su adhesión a La Academia a cambio de aceptar sus condiciones.

—¿Qué quieres a cambio?

—La Academia necesita una reforma estructural.

—¿Qué crees que tendríamos que cambiar? —preguntó Vanderbilt con reservas.

—Debemos mirar hacia el futuro pero con las bases del pasado. Igual que lo hizo Pitágoras, desde las cuatro *mathematas*: Aritmética, Geometría, Astronomía y Música, pero con la visión del siglo XXI. El mundo ha cambiado mucho desde Elvis. La globalización es un hecho, pero en los últimos años ha dado un giro hacia la individualización. Los ciudadanos han pasado de oídos pasivos a voces activas. Cada persona es un medio de comunicación, una opinión, una posición a favor o en contra de todo lo que ocurre en el mundo. Las redes sociales unen traspasando fronteras, idiomas, políticas y religiones. Es imposible que La Academia siga controlando la producción musical desde un limitado cuartel central en Nashville y cuatro productoras musicales, por muy poderosas que sean. Hay que crecer y expandirse conforme la sociedad lo está haciendo, para que vuestro mensaje llegue a todos los rincones sin excepciones.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, continúa, por favor.

—Hay que darle un impulso a las posibilidades de vuestras Casas de estudio. He visto lo que hacéis en la Casa de la Música, y estoy convencido de que se puede hacer mucho mejor. Entiendo que el resto de *mathematas*

están igual de desaprovechadas. Sólo te estoy pidiendo una inversión para poner al día La Academia, actualizándolas hacia las necesidades actuales.

—Las otras casas ya hacen una labor importante dentro de La Academia. Difundir y fomentan sus valores por el entramado sociopolítico y cultural.

—Bobadas —replicó Peter, elevando la voz—, no os podéis limitar a dar charlas y conferencias en universidades. Estáis infravalorando el papel de la aritmética y la geometría, por no hablar de la astronomía, que está desaparecida. No podemos obviar la contemplación de los astros como vía de inspiración de nuestro comportamiento terrenal, ellos reflejan la purificación de las almas, y han de servirnos como guía.

—Con la astronomía tuvimos un problema hace unos años —reconoció Vanderbilt—. La persona que se encargaba de ella decidió abandonar La Academia, y desde entonces estamos reestructurando esa casa.

—El profesor Lecygne fue expulsado, no abandonó voluntariamente. Quiero que vuelva.

—¿Cómo conoces la historia de Lecygne?

Peter abrió una nueva puerta e invitó a Vanderbilt a entrar, observando con satisfacción su cara de asombro.

—Entra en la sala de reverberación —anunció Peter, dejándole paso hacia otro de sus experimentos, la sala que hacía justo la función contraria a la sala del silencio—. Aquí los sonidos se mantienen suspendidos en el aire durante mucho tiempo, así que cuidado con lo que dices —bromeó—, las paredes son testigos. Mi padre me habló de su gran amigo Lecygne, y de cómo lamentaba profundamente la decisión de excluirle de La Academia.

—Mira Peter, la vuelta de Lecygne es totalmente innegociable, no era más que un loco que estaba poniendo en compromiso la imagen de La Academia. En cuanto a la inversión que pides para las Casas de la Academia, ¿de cuánto estamos hablando?

—Con quince millones tendríamos para empezar.

—¡Estás loco!, La Academia no dispone de esa cantidad.

—Es calderilla para los que estáis detrás de ella.

—¡Ni hablar! Hace dos días que estás con nosotros y no estás en condiciones de exigirnos algo así. Demuestra primero que eres digno de

merecerlo.

El tono creciente de la conversación, amplificado y repetido dentro de la amplia cámara, convirtió el diálogo en imposible.

—Salgamos de aquí, no se puede hablar en esta sala —se quejó Vanderbilt.

Peter le precedió para abrirle la puerta, pero en el último instante se le adelantó y la cerró tras de sí, dejando a Vanderbilt dentro. Si requería de una demostración de sus capacidades, la tendría de primera mano. Se dirigió deprisa a la sala de control, desde donde podía ver a su colega detrás de un cristal.

—¿Quieres una demostración? Pues aquí la tienes —anunció por los altavoces.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Vanderbilt asustado.

Peter activó el cuadro de mandos para enviar los primeros sonidos dentro de la cámara de reverberación. Las paredes forradas totalmente de material cerámico potenciaban las reflexiones y dispersiones, lo que resultaba en un eco múltiple para el oyente. Cuando en lugar de un único sonido, eran varios los que se sucedían, la cacofonía de sonidos directos y sus ecos en diferentes periodos se hacía insoportable. Peter la llamaba *la jaula del ruido*, y la había usado para multitud de funciones, desde el estudio de la resonancia del cerebro hasta el efecto del eco producido por uno mismo, aunque lamentablemente no había aportado demasiados resultados a sus experimentos. Pero hoy iba a ser diferente, se le había ocurrido una inesperada función.

Sometió a Vanderbilt a una secuencia creciente de ruidos desagradables: chirridos, roturas, explosiones, choques. Luego introdujo elementos de la naturaleza: truenos, viento, lluvia; y de animales: aullidos, ladridos, rugidos, zumbidos de abeja...

Vanderbilt estaba sufriendo un castigo atroz. Desesperado dentro de la cámara, se había arrodillado y se tapaba los oídos con las manos, muerto de miedo. Su estampa era patética, pensó Peter. De repente alzó un poco la cabeza hacia el cristal y pidió clemencia con la mirada. Al instante, Peter desconectó el equipo. Muy lentamente, el sonido se fue apagando dentro de

la sala de reverberación y a los treinta segundos se silenció del todo. Para Vanderbilt fue como estar en el paraíso.

—Te daremos todo el dinero que necesites, pero sácame de aquí —logró pronunciar, con voz temblorosa.

—Quiero acceso ilimitado a las cuentas de La Academia. Firma el papel que tienes delante.

Vanderbilt se irguió y fue a la pequeña mesa que había en un lateral. Leyó el contrato que había preparado Peter y le devolvió una mirada de odio e incompreensión.

—¡Firma! —dijeron los altavoces a gran potencia. Vanderbilt se echó de nuevo las manos a los oídos. No estaba en condiciones de soportar una nueva sesión. Firmó.

—También quiero a Lecygne de vuelta a La Academia, en su puesto de jefe de la Casa de la Astronomía.

—¡Pero eso es imposible! Todos los puestos de la cúpula de La Academia están ocupados. Sólo se pueden reemplazar en caso de fallecimiento de alguno de ellos.

Al instante, Vanderbilt se arrepintió de aquel comentario.

Peter esbozó una sonrisa diabólica en su cara y subió el volumen de la sala de reverberación al máximo, dudando un momento sobre cuál sería la combinación de músicas más apropiadas para el fin que se proponía. Vanderbilt no le estaba dando más opciones para llevar adelante su plan, y además se había ofrecido voluntario para solucionar el problema.

Con la música había conseguido curar pacientes con enfermedades mentales de todo tipo, había logrado actuar sobre la conciencia, la memoria, el aprendizaje, la movilidad, e incluso sobre la voluntad de los individuos. Pero nunca antes se le había pasado por la cabeza que pudiera servir para matar a alguien. ¿No era ese el siguiente paso natural de su investigación?

El único problema que se le planteaba ahora era cómo deshacerse del cadáver.

Capítulo 23

Miko y Alicia miraban impacientes el reloj. Las seis en punto; cima del templo de Borobudur; Yogyakarta, Indonesia. Las coordenadas correspondían escrupulosamente con la invitación recibida en la extraña carta. Sólo deseaban que la esperanza depositada en aquella nota para seguir tirando del hilo de la canción de la caja de música no fuera rota por la broma de algún gracioso.

El templo budista más grande del mundo se hallaba en un paraje insólito, oculto en mitad de la jungla de la isla de Java y alejado de cualquier vestigio de asentamiento humano. Coronaba una pequeña elevación del terreno, y las razones de su ubicación allí era todo un misterio. Se trataba de una construcción asombrosa con forma de pirámide escalonada, y cuya geometría plasmaba la concepción budista de la existencia.

Una vez que Alicia puso un pie en la cumbre del templo, se sintió transportada a otra dimensión. Allí se respiraba un aire de espiritualidad, serenidad y perfección que parecía emanar del propio monumento. Los rayos del atardecer acentuaban los perfiles de las estatuas, gárgolas y relieves en la piedra tallada. Los budas encerrados en estupas de piedra con forma de campana parecían estar allí para acompañarla en ese viaje espiritual. La visión de la oscura selva alrededor, como un mar infinito e insondable inundándolo todo hasta las lejanas montañas, favorecía la introspección del alma y la hacía sentir como si el mismo universo girase en torno a ese lugar.

Sin embargo, Alicia percibió el nerviosismo de Miko por la incertidumbre

de la espera, así que trató de relajar el ambiente.

—Estoy pensando que no puede ser una casualidad que te hayan citado precisamente aquí.

—¿Por qué lo dices?

—Estamos de pie sobre un *mandala* gigante, una representación simbólica de la concepción budista del cosmos y del ser humano.

—Son demasiadas cosas para ser representadas por un solo dibujo, ¿no crees?

—Los círculos centrales simbolizan lo absoluto y el hombre, mientras los cuadrados exteriores implican estabilidad y equilibrio. Los mandalas se usan como guía de meditación. Dicen que concentrándose en sus formas se pueden conseguir estados de conciencia elevados.

—¿Qué tiene que ver todo eso con nosotros?

—¿Es que aún no te has dado cuenta? “Square Circle”, el círculo cuadrado...

Miko pareció caer de repente en algo. Desde que había pisado el templo, las notas de “Square Circle” no habían dejado de sonar en su cabeza, haciéndole sufrir una rara sinestesia que provocaba una confusa mezcla de las formas y figuras del monumento con las notas de su canción.

—Es como si el sonido se hubiese hecho forma en esta pirámide escalonada —admitió Miko.

—Será porque sus dimensiones tienen mucho de musicales. La razón de dos tercios está presente en toda la geometría de la pirámide —indicó Alicia, señalando la guía turística que tenía en la mano—. Se repite como una constante de construcción en todo el monumento, y dos tercios es la relación clave para la construcción de la escala musical.

Miko se quedó un momento pensativo.

—No sólo eso, dos tercios es la relación entre la nota “Do” y la nota “Sol” —se volvió hacia Alicia. Parecía que hubiera visto un fantasma—. También fue la constante que nos salvó la vida en la cueva San...

—Veo que han llegado ustedes justo a tiempo —indicó una gastada voz a sus espaldas. Al girarse, contemplaron la encorvada presencia de un anciano seguido por un niño que se ocultaba tras él con timidez.

—¿Es usted quien nos envió la invitación? —preguntó Miko directamente.

—Bintang Habibie, para servirles. Usted debe de ser el músico —indicó señalando a Miko—, pero ¿quién es la señorita del perfume de pétalos de jazmín?

Alicia se acercó y observó una expresión vidriosa en los ojos del anciano, en contraste con la vívida expresión de su rostro. Dedujo que tenía problemas de visión, y que el niño le ayudaba como lazarillo.

—Alicia del Toro, encantada —se presentó—. ¿Cómo sabía que éramos nosotros?

—Son los únicos turistas extranjeros que no están haciendo fotografías —el viejo enarcó una sonrisa mellada—. Espero no haberles causado mucho trastorno al hacerles venir tan precipitadamente, pero creo que la ocasión lo merece. Van a asistir ustedes a un concierto único. Mi nieto Arbi debuta en la Orquesta del Sultán.

—Por muy bien que toque su nieto, supongo que nos ha llamado por algo más que eso —indicó Miko—. Usted escribió en la nota que el repertorio del concierto de gamelán de esta noche incluía “Square Circle”, ¿verdad?

Antes de emprender el viaje, Miko había admitido que desconocía lo que era un concierto de gamelán. Una rápida búsqueda en internet les enseñó que se trataba de un conjunto orquestal de instrumentos de percusión, original de Indonesia, que se utilizaba como acompañamiento musical en el teatro de títeres.

—No se adelanten a los acontecimientos y dejen que este pobre anciano se explique —el viejo respiró hondo y continuó—. A mi nieto y a mí nos une la afición por la música. Yo también formé parte de la Orquesta Oficial de la Corte del Gran Sultán cuando era joven. En una de esas interpretaciones, hará unos cincuenta años, tocamos la más bella composición que he oído jamás. Recuerdo con exactitud todas las notas musicales de esa sublime composición, una detrás de otra.

—Entonces —interrumpió Miko—, deduzco que mi canción “Square Circle” se debe de parecer a esa pieza para gamelán de la que habla...

—No sólo se parece, ¡es que son idénticas! —exclamó el anciano,

tosiendo a continuación por el esfuerzo—. Después de ese día, no volvimos a tocarla jamás. Tal como vino, se fue, desapareció por completo del repertorio del gamelán. Pregunté y me interesé por su origen, pero parecía como si estuviese maldita, pues los directores no querían ni oír hablar de ella. Me impactó tanto que recompuse la partitura y la guardé en el fondo de un cajón hasta que el otro día apareció Arbi en mi tienda de marionetas. Venía de la escuela con su reproductor portátil colgado al cuello. La falta de vista me ha potenciado el sentido del oído, así que pude escuchar unas notas que me eran familiares. Le pregunté a mi nieto qué era lo que sonaba, y me prestó ese chisme infernal. ¡No podía creerlo! ¡Era el tema para gamelán pero tocado con instrumentos modernos! Enseguida quise saber de dónde lo había sacado y Arbi me dijo que un amigo suyo lo había encontrado en internet y se lo había pasado. Era su “Square Circle”, señor Tarvuk —concluyó Bintang con la voz agotada.

—¿Me está diciendo que mi canción es idéntica a una antigua partitura para gamelán? —se preguntó Miko—. ¿Puedo ver esa partitura?

—No hará falta, he logrado convencer al director de la orquesta, un viejo amigo mío, para que incluyeran la partitura que tenía guardada en la obra de teatro de sombras que se representa esta noche.

—No puedo creer todo eso —indicó Miko—. No tiene sentido.

El joven Arbi tiró insistentemente de la manga de su abuelo.

—Busque el sentido usted mismo. En unos pocos minutos comenzará la función. Hemos de irnos.

Bajaron rápidamente las escaleras del templo, Arbi corrió a su lugar en la orquesta y Bintang condujo a Miko y a Alicia a un lateral del auditorio.

—Desde aquí veremos este espectáculo tradicional de la isla de Java mucho mejor —comentó.

En un escenario elevado se había montado una sábana blanca que hacía las veces de pantalla. En un momento se hizo el silencio y comenzó la obra. Una fila de lámparas de aceite proyectó una luz amarillenta sobre el lienzo, permitiendo la aparición de la sombra del primer personaje.

El director de la obra inundó el aire con su potente voz, modulando las frases con bruscas variaciones de entonación e intensidad. El tipo parecía

servir para todo, pues a la vez que movía las marionetas con gran destreza, les ponía voz a todos los personajes.

En ese momento el conjunto de gamelán hizo su aparición con una serie de golpes metálicos de gran sonoridad. La orquesta se componía de varios instrumentos de percusión, tocados por músicos sentados sobre el suelo. Algunos usaban una maza para golpear rítmicamente xilófonos y metalófonos; otros conseguían el sonido golpeando con una barra de metal un conjunto de vasijas de diferente tamaño, apoyadas sobre una mesa baja y alargada. Al fondo, una ristra de gongs de diferentes diámetros colgaba del techo, consiguiendo los sonidos más graves y prolongados de la orquesta.

La música se adaptó al resto de elementos: suaves luces, ondulantes sombras y estilo de la narración, haciendo de amalgama entre ellas y consiguiendo transportar los secretos encerrados en el antiguo arte del wayang kulit directamente a las mentes de los asistentes.

Bintang parecía embobado con su nieto Arbi, que tocaba el xilófono.

—Lo hace muy bien —señaló Alicia.

Bintang los invitó a retirarse unos metros de las personas del público, buscando algo más de intimidad.

—Señor Habibie, ¿cuándo entra la canción? —preguntó Miko, impaciente.

—Deberá esperar, le pertenece un lugar de honor en la obra y aún no ha llegado el momento. Mientras tanto, cuénteme todo sobre su canción “Square Circle”.

Miko dudó por un momento. ¿Qué pretendía en el fondo aquel hombre de aspecto aparentemente inocente? Fuera lo que fuese, si quería indagar en la relación existente entre la caja de música y una melodía tradicional de Indonesia, tendría que darle algo a cambio, así que bajo el influjo de las sombras y de la música del gamelán, Miko desveló a Bintang el verdadero origen de “Square Circle”, mientras que Alicia contó con entusiasmo las vicisitudes pasadas en el desierto africano, y la sorprendente coincidencia con “La Danza del Sol” del primitivo pueblo.

—Muy interesante —convino el anciano—. Ya entiendo por qué aceptaron la descabellada invitación que les envié; están en busca de las

mismas respuestas que yo. ¿Qué demonios significa esta música? ¿Quién la creó y para qué?

Un conjunto de notas familiares captó de repente la atención de los tres. El silencio se hizo entre ellos, dejando transcurrir la sensual melodía hasta el final.

Alicia y Miko sufrieron un *déjà vu*, mezclando en su cabeza los insistentes golpeteos del gamelán con la “La Danza del Sol” de la caverna africana.

Bintang volvió a oír maravillado, medio siglo después, aquel tema tan mágico. Su sublime melodía le empujó a sincerarse con sus visitantes. Era hora de contarles el resto de la historia

—“El Canto del Bosque” —indicó Bintang con los ojos cerrados—. Así se llamaba este tema.

—¿”El Canto del Bosque” ha dicho? —preguntó Alicia, la primera en salir del trance.

—¿Qué canto es ese? —preguntó Miko—. ¿A qué bosque se refiere?

—Lo único que averigüé en su día fue que provenía de una antigua tradición de los pueblos nativos de Sumatra. Alguien me dijo que esa obra no tenía dueño, al menos no un dueño humano, sino que pertenecía a la misma Naturaleza. Se llamaba “El Canto del Bosque” porque, en las noches de luna llena, desde el mismo corazón del bosque se elevaba al cielo este cántico. Según la tradición, eran la tierra, los árboles, la vegetación, los animales, quienes ejecutaban ese misterioso sonido, que podía ser escuchado por las gentes que poblaban las tierras cercanas.

—La naturaleza puede producir infinidad de sonidos —afirmó Miko—, pero no construye una melodía siempre idéntica. Es probabilísticamente imposible.

—Quizás por eso ha sido un tema maldito —continuó Bintang—. La gente le tiene miedo, y seguramente por eso no se haya vuelto a tocar hasta el día de hoy.

—Generalmente, tras las leyendas se ocultan historias verdaderas, y tras los mitos se esconden personajes de carne y hueso —indicó Miko—. Y yo voy a descubrir quién le pone voz al bosque.

—¿Quiere decir que van a ir a Sumatra a investigar?

—No le quepa duda —indicó Alicia resignada.

—En ese caso puedo ayudarles. El padre de Arbi, Rasán, trabaja en la maderera “Far Forest Company”, que tiene su base allí. Hoy ha venido para ver la actuación de su hijo, pero he oído que regresa mañana mismo.

Alicia y Miko no podían creerse la casualidad.

—¡Dígale que nos vamos con él! —exclamó Miko con rotundidad.

Bintang Habibie sonrió para adentro. Por fin alguien iba a hacer lo que él no se había atrevido a realizar: viajar hasta el corazón del bosque en busca del origen de “su canción”. Había quien decía que se nacía ligado siempre a algo, a un oficio, a una mujer, a un amigo... Él había conocido esa mitad suya en forma de música, y no estaba dispuesto a morir sin saber algo más de su compañera de viaje. Aquel joven le recordaba a él con muchos años menos, con la diferencia de que él no se conformaría con ocultar la canción en un cajón. La mirada de ese muchacho le decía que no pararía hasta solucionar el misterio.

The hills are alive with the sound of music
With songs they have sung for a thousand years
The hills fill my heart with the sound of music
My heart wants to sing every song it hears

...

I go to the hills when my heart is lonely
I know I will hear what I've heard before
My heart will be blessed with the sound of music
And I'll sing once more

Las colinas están vivas con el sonido de la música
Con canciones que han cantado durante miles de años

Las colinas llenan mi corazón con el sonido de la música
Mi corazón quiere cantar cada canción que escucha

...

Voy a las montañas cuando mi corazón está melancólico
Sé que escucharé lo que ya he escuchado antes
Mi corazón será bendecido con el sonido de la música
Y yo cantaré una vez más

“The sound of music” BSO Sonrisas y Lágrimas.

Capítulo 24

Viena, 1787

—Parece que esta vez ha escogido un buen material con su joven apadrinado, Conde Waldstein —indicó Mozart.

—¡La exhibición de esta noche ha sido magnífica! —exclamó el Conde—. Por las dos partes, claro —puntualizó, aunque no a tiempo de evitar enfurecer a Mozart.

—Fui yo quien le permitió lucirse. Le puse en bandeja un pastelito bien cocinado; él no tuvo más que comérselo. Lo hizo con maestría, he de reconocer, pero no se olvide de que yo con ocho años ya había compuesto mi primera sinfonía. ¿Cuántos años tiene él? ¿Quince?

—Dieciséis —replicó Waldstein, frunciendo el ceño.

Beethoven escuchaba desde detrás de la ventana, fuera de la casa. Apoyado contra la pared y aterido de frío, no daba crédito a lo que oía. El gran genio de la música del momento, y quizás el mejor de toda la historia, se estaba defendiendo de una comparativa con él mismo. Su pecho se infló de orgullo.

—Donde no veo que estén consiguiendo muchos avances —continuó Mozart—, es en el *adoctrinamiento*. ¿Siguen usted y sus colegas de Bonn, Conde Waldstein, intentando ir por libre de nuestra logia?

—Se equivoca, maestro —replicó Waldstein—. Ya a su escasa edad, el

joven Ludwig muestra unos principios morales impecables. Ensalza la virtud y rechaza la vulgaridad. Sí es cierto que a veces lo exterioriza con demasiada... vehemencia —intentó suavizar la, a menudo, descontrolada actitud del joven renano—. Pero esto es sin duda signo de su gran fuerza interior.

—Doy fe de ello —intervino Lichnowsky, que se mantenía en un segundo plano, de pie y apretando una humeante pipa entre los dientes—. Su pequeño cuerpo es a veces incapaz de controlar su enorme espíritu. Es un titán encerrado en el cuerpo de un hombre.

—Si no ha sido ya introducido en su grupo, Conde Waldstein, quizás el Príncipe Lichnowsky esté interesado en robárselo para nuestra logia vienesa —aventuró Mozart, esbozando una malévolas sonrisa.

—No oficialmente, aún es muy joven —contestó Waldstein—, pero desde pequeño ha sido instruido por personas de confianza. Ellos le han inculcado las bases de nuestra sabiduría.

—En caso de que el muchacho decida trasladarse a Viena —añadió Lichnowsky—, le aseguro que nuestros hermanos estarán orgullosos de introducirlo en nuestro grupo. No hay más que verlo, encarna el paradigma de joven cultivado en las mejores ideas ilustradas. ¡Nuestros hombres del mañana! ¡Todo un masón en potencia! —exclamó, levantando su pipa con gesto excelso.

—No se hagan ilusiones, señores —repuso Waldstein—. Les aseguro que ni con ustedes ni conmigo se encontrará a sí mismo. Beethoven es un alma libre. Sería imposible encasillar su grandeza. Es único, y él ya está empezando a darse cuenta. Así que, respetando mucho la institución a la que ustedes pertenecen, con la cual nos sentimos hermanados desde Bonn —Waldstein hizo un guiño a su amigo que pasó desapercibido para Mozart—, les auguro que no podrán domar a esta joven bestia.

Beethoven, tiritando de frío, escuchaba cada vez con más perplejidad. Había leído algo sobre la masonería. Aunque oficialmente estaba perseguida, las autoridades solían hacerse de la vista gorda con sus miembros mientras no crearan ruido. Si alguna vez consistió, según la creencia popular, en una asociación donde grandes secretos eran guardados celosamente, él siempre la

había considerado como otro club social más. Según la conversación, el Conde Waldstein pertenecía a otra institución en Bonn. No se le ocurrió otra cosa que pudiera ser más que la Orden Teutónica. Waldstein, y también Stephan Breuning, otro gran amigo suyo, trabajaban para ella. Pero ni mucho menos era secreta. De origen medieval, y fundada con fines caritativos, había obtenido del papado el control sobre inmensos terrenos en la Europa central y báltica, a cambio de luchar contra los infieles a punta de lanza si era preciso. Esta Orden había ido menguando a través de los siglos, y actualmente había quedado circunscrita a una parte, elitista y exclusiva, del ejército imperial. Lo cierto es que gozaba de una imagen social intachable.

Por un momento, Beethoven pensó en lo embarazoso de la situación si fuera descubierto. Miró a su alrededor. La oscuridad de ese lado de la casa y la sombría pared de piedra lo camuflaban perfectamente. Desde su posición sólo podía ser visto desde la calle, pero la distancia y la penumbra favorecían su escondite. Permaneció atento.

—Bien, señor Mozart —continuó Lichnowsky—. El Conde Waldstein, gran admirador suyo, no sólo ha venido a Viena para sondear las posibilidades de su joven protegido. Entre los dos hemos mantenido una intensa correspondencia y finalmente hemos resuelto hacerle partícipe a usted de nuestra inquietud. Necesitamos de su ayuda.

Mozart enarcó una ceja, mirando con ojos afilados a ambos lados.

—¿A qué se refieren? —preguntó receloso.

—Se trata de una especie de juego. El Conde Waldstein le propone un acertijo que nadie hasta ahora ha sabido resolver —añadió, tratando de hacerlo más interesante.

—¿Y pretenden que yo lo resuelva? No tengo paciencia para los juegos.

—Maestro Mozart, no le hemos elegido arbitrariamente —agregó Lichnowsky—. Verá, sobre las manos del Conde Waldstein ha recaído un manuscrito que le mostraré a continuación. Como podrá comprobar, no tiene ningún sentido aparente. Grandes sabios de la historia han intentado traducirlo sin éxito. El Conde Waldstein está convencido de que la clave está en la música, así que nos hemos dirigido a la única persona que podría confirmar su teoría. Si el Conde está en lo cierto, usted tiene la llave para

resolver el misterio.

—¡Un momento, un momento! —Mozart extendió sus brazos al frente en señal de protesta—. ¿Manuscrito? ¿Grandes sabios de la historia? ¿Me quieren explicar exactamente de qué están hablando?

—Enseguida le enseñaremos una copia perfecta del pergamino original, y lo verá con sus propios ojos —indicó el Príncipe—. Antes de eso, sólo me queda pedirle que mantenga el secreto sobre la cuestión, apelando a su categoría de Maestro Masón. Esto no debe salir de este círculo y de esta noche. Considere el manuscrito otra prueba en el camino ascendente de su iniciación masónica.

—Me hago cargo de la importancia que esto debe de tener para ustedes, pero comprendan que no perderé el tiempo con un acertijo si no me dan más datos sobre su procedencia.

—Le contaré todo lo que sé —accedió Waldstein solemnemente—. El pergamino pertenece a una colección particular de antigüedades —mintió, ya que no estaba dispuesto a revelar la verdad sobre su procedencia, pues con ello delataría a un gran amigo—. Su origen se remonta a varios siglos atrás y el mensaje que contiene nunca ha sido descifrado. Ha pasado por las manos de los mejores sabios de todos los tiempos: matemáticos, ingenieros, alquimistas, lingüistas, historiadores; toda clase de expertos se han rendido ante él. Sin embargo, con sólo mirar el documento tuve una iluminación. ¿Y si no se trata de un mensaje oculto? ¿Y si lo que está codificado es una obra musical? Pedí consejo al Príncipe Lichnowsky, pues quizás alguno de sus contactos en la masonería me podría ayudar, tan acostumbrados están a códigos, símbolos y mensajes ocultos. Por eso estamos aquí. Si existe una partitura escondida en el manuscrito, usted mejor que nadie la sabrá descifrar.

Mozart parecía picado en su curiosidad. Rascándose la barbilla, se balanceaba adelante y atrás en su butaca, sopesando sus próximas palabras.

—Maestro Mozart —el Príncipe Lichnowsky remarcó la palabra “Maestro”, aludiendo a la posición de Mozart en la jerarquía masónica—, le reitero la importancia que para la logia tendría un descubrimiento así. Le estaríamos enormemente agradecidos.

—¡Basta de charlas! Están en lo cierto, claro que soy la persona adecuada.

Le echaré un vistazo a eso que tienen entre manos. Pero por favor, déjenme solo, necesitaré toda mi concentración. El servicio les acompañará a una habitación próxima donde podrán esperar cómodamente.

El músico tocó una campanilla y enseguida apareció un mayordomo que los condujo a una sala contigua.

En el exterior de la casa, Beethoven se frotaba las manos para combatir el intenso frío. La conversación en el interior había tomado un rumbo muy interesante, y ni por asomo pensaba irse de allí sin enterarse del resultado final. El Conde y el Príncipe se habían trasladado a una habitación contigua a la de Mozart, cuya ventana daba también sobre la misma fachada en la que Beethoven se ocultaba, por lo que ahora él se encontraba justo en medio del juego. La parte positiva era que, como oyente privilegiado, podría enterarse de lo que pasaba en ambas salas. En cambio, sus opciones de escapada se reducían enormemente, pues cualquier intento de huída le obligaba a pasar por delante de alguna de las habitaciones. Así que se quedó tieso como una estatua y siguió escuchando.

—No me encuentro cómodo habiéndole dejado a solas con el manuscrito —le confió el Conde Waldstein a Lichnowsky.

—Tranquilízate—recomendó éste—. No hay nada que temer, es sólo una copia del pergamino original.

—¿Hemos hecho lo correcto o nos hemos precipitado al poner algo de tanto valor en manos de este músico lunático?

—Se olvida de que ese lunático es el mayor genio de la música, el más prolífico e innovador. Alguien cuyo nombre trascenderá a esta época, una mente superior —Lichnowsky hizo una pausa reverencial—. Justo lo que necesitamos.

—No tengo dudas sobre la idoneidad de Mozart —admitió Waldstein—, mis dudas son sobre su discreción. No tenemos ni idea del mensaje oculto en el código, por lo que no sabemos cuál será su reacción en el caso de que lo descifre. Imagínese que resuelve el misterio, memoriza el mensaje y nos dice que no lo ha conseguido interpretar. ¿Cómo podremos fiarnos de él? ¿Lo conoce usted lo suficiente como para descubrir si nos miente?

—Las cartas están echadas, Ferdinand —a Beethoven le extrañó oír cómo

el Príncipe Lichnowsky llamaba por su nombre de pila al Conde Waldstein —. Arriesgamos mucho al sacar el manuscrito de su lugar de origen, ahora no podemos echarnos atrás.

—Sí, Karl, ojalá tu táctica de hacerle pensar que se trata de un rito más de iniciación masónica dé resultado.

—No tiene por qué sospechar que no es así, pues en mi grado de Gran Maestro de la Logia de Viena puedo autorizar este tipo de pruebas, aunque realmente ésta se salga de cualquier protocolo al uso.

El interés de Beethoven por conocer en detalle el contenido del supuesto manuscrito iba en aumento, pero no podía hacer nada. ¿Por qué el Conde Waldstein no le había insinuado una palabra sobre el asunto durante el viaje? Se enfureció por dentro, herido en su orgullo. ¿Por qué habían elegido a Mozart en lugar de a él para descifrar una partitura? En eso pensaba cuando el genio de Salzburgo descorrió súbitamente la cortina.

Beethoven dio un respingo y se pegó aún más a la pared. Al mismo tiempo, la luna se ocultó tras unas nubes, bañando el exterior de la casa de la oscuridad más absoluta. Recordó la salida nocturna unos días atrás. En aquella ocasión, la luna parecía haberle guiado hacia el interior del bosque. En ese preciso momento, la improvisada ayuda del satélite le permitió permanecer escondido.

Parecía que aquella noche los astros se estaban alineando para que la joven promesa de la música fuera testigo de excepción de un importante acontecimiento.

The time has come
To say fair's fair
To pay the rent
To pay our share
The time has come

A fact's a fact
It belongs to them
Let's give it back

Ha llegado la hora
De decir ya está bien
De pagar el alquiler
De pagar nuestra parte
Ha llegado la hora
Es un hecho
Les pertenece a ellos
Devolvámoselo

“Beds are burning” Midnight Oil.

Capítulo 25

Rasán resultó ser un hombre parco en palabras. Se había presentado como: “Ingeniero Forestal de la Far Forest Company, concesionaria del gobierno de Indonesia para la administración de sus recursos naturales”. Bintang Habibie había presentado a Miko y a Alicia al exmarido de su hija, que si bien se había mostrado muy amable hasta el momento, dejó de hacerlo en cuanto Bintang le pidió el favor de trasladar a sus amigos al bosque de Sumatra. Estos quedaron boquiabiertos cuando el anciano mintió sin ningún reparo a su exyerno respecto al motivo del viaje. Ocultó la historia de la investigación sobre el “Canto del Bosque”, e inventó la supuesta realización de un reportaje televisivo sobre el desarrollo sostenible, para el cual, la productora a la que pertenecían Miko y Alicia había elegido el ejemplo de Indonesia. ¿No sería estupendo tener de primera mano una impresión de cómo se llevaba a cabo la explotación forestal de los bosques de Sumatra? ¿Y qué mejor guía que alguien que trabajaba directamente allí? Rasán no se mostró muy entusiasmado con la idea, pero fue incapaz de argumentar una buena excusa para evitar el compromiso, así que aceptó a regañadientes la intromisión de los dos forasteros. Miko intuyó los motivos para la mentira: si, como decía el anciano, la canción pertenecía al bosque, era mejor dejar fuera del asunto a una empresa maderera; no fuera a ser que también se la quisieran quedar.

Tomaron un vuelo nacional que los trasladó hasta Djambi, una ciudad con puerto fluvial ubicada al este de la isla de Sumatra. Rasán recogió su coche todoterreno y salió con rapidez en dirección noroeste. A los pocos kilómetros,

al mismo tiempo que el bosque se convertía en el único paisaje, tomaron una calzada perfectamente asfaltada y señalizada, que penetraba hacia las entrañas de una jungla cada vez más densa.

“Autopista de la Far Forest Company” —advertía un cartel—. “Propiedad privada. Prohibido el paso”.

En dirección contraria sólo discurría un interminable desfile de inmensos camiones articulados repletos de gruesos troncos y planchas de madera. La procesión sólo se cortó cuando la oscuridad extendió su capota por encima de los árboles.

Quedaron solos en la carretera, con la única compañía de los dos potentes faros del coche de Rasán hundiendo una brecha de luz en la espesa noche. Alicia sintió un pequeño atisbo de aprensión, que decidió mitigar con un poco de conversación.

—¿A dónde llevan toda esa madera? —preguntó desde el asiento posterior, incorporándose hasta quedar en medio de los dos hombres.

—A la celulosa —respondió el ingeniero, saliendo de su autismo para contestar sobre un tema que dominaba—. La mayor parte de la madera virgen que extrae la “Far Forest” se destina a la industria del papel —continuó—. Esos camiones la transportan hasta varias fábricas cercanas, donde la transforman en pulpa. Otra parte abastece a la industria maderera de exportación.

—Toda esa industria debe de consumir muchos árboles —apuntó Miko—. ¿Cuántos metros cuadrados de bosque es necesario talar diariamente?

Rasán dudó antes de contestar.

—Nosotros medimos la producción en toneladas, no en hectáreas. De todos modos, esa es una información que nuestro Director de Comunicaciones les proporcionará una vez que lleguemos.

—Por el tamaño gigante de esos troncos, un árbol tardará en crecer una eternidad —dedujo Alicia—. Me imagino que replantan el terreno una vez que lo han talado, ¿verdad?

—Así es, señorita.

—Pero a la velocidad de extracción... veo complicado que el terreno llegue siquiera a echar brotes antes de que hayan acabado con todo. ¿Cómo

es su política de reforestación?

Rasán se sentía cada vez más incómodo, no tanto por las punzantes preguntas de Alicia, sino por cómo se tomaría su jefe que les llevara a un par de periodistas occidentales. Incapaz de pensar en una respuesta políticamente correcta a la vez que conducía, explotó:

—¡El bosque es inmenso, nosotros no acabamos con él! —chilló volviendo la cara hacia Alicia—. ¡Nosotros generamos riqueza para el país, no traten de vernos desde su hipócrita perspectiva occidental!

Alicia reculó en su asiento, sorprendida por la reacción de Rasán. Éste, con el dedo en alto, la seguía increpando mirando hacia atrás. De repente, la voz grave de Miko los alertó con un grito desesperado.

—¡Un tronco en la carretera! —exclamó, al tiempo que asía el volante y lo giraba violentamente en un intento tardío de evitar el choque.

Golpe seco, sorpresa; giro, gritos; vuelco, miedo; vueltas de campana, silencio.

El coche, convertido en un amasijo de chatarra, humeaba peligrosamente al borde de la carretera.

Nadie se movía en su interior, pero algo lo hacía en las inmediaciones. Unas sombras se desplazaban rápidas y sigilosas entre la maleza. Con precaución, un pequeño grupo de hombres salió a la carretera y se acercó al inmenso tronco que habían colocado previamente bloqueando los dos carriles. Se enzarzaron en una pequeña discusión, y se oyeron algunos gritos de reproche. Luego se dividieron: unos se dirigieron con paso veloz al todoterreno, mientras que otros se quedaron alerta, vigilando la posible llegada de otros vehículos. Aunque sabían muy bien, tras varias semanas de vigilancia de la carretera, que eso era bastante inusual tras la caída del Sol.

A la mañana siguiente, el primer camionero que pasó por allí se asustó al ver el estado de aquel coche en la cuneta. Al no observar señalización alguna que acordonara el accidente, paró y bajó para echar un vistazo. Encontró su interior vacío. Los integrantes ya debían de haber sido atendidos por las

emergencias, pensó con gran alivio, pues así no tendría que perder el tiempo en dar parte del accidente. Cuando se disponía a volver al camión, algo le alertó desde dentro del coche. Una hoja de papel pisada por una piedra yacía sobre el techo, que había quedado dado la vuelta. ¡Aquello tenía que haber sido colocado allí después del accidente! Retiró la piedra y leyó el papel:

“Del pueblo Rimba a la Far Forest Company y al gobierno de Indonesia: márchense de este bosque. La persona secuestrada será liberada sólo cuando haya desaparecido el ruido de las sierras mecánicas”.

El conductor dudó un momento. ¡Un secuestro! ¿Era posible? ¡Menudo marrón se había encontrado! Hubiera sido mejor no bajar del camión. Por un momento pensó en dejarlo todo como estaba y seguir como si nada, pero luego recapacitó. En realidad no tenía por qué preocuparse. En la Far Forest estaban acostumbrados a lidiar con los salvajes habitantes del bosque. El jefe de seguridad se ganaba el sueldo eliminando las molestias que éstos pudieran ocasionar a la compañía. Él sabría encargarse perfectamente del caso. Los indígenas no sabían con quién se la estaban jugando.

Capítulo 26

Egipto, año 532 a.C.

Pitágoras se despertó tiritando en mitad de la noche. ¿Qué hacía durmiendo a la intemperie? Entonces volvió a su mente la maravillosa visión de la música de las esferas, y tuvo el urgente impulso de ponerlo todo por escrito en su diario personal, como hacía cada día con sus ideas y pensamientos.

Encendió una lamparilla de aceite y buscó un nuevo rollo de papiro que fuera grueso y estuviera seco. Sus nuevas averiguaciones así lo merecían.

En los estantes de la habitación se disponían con orden preciso la inmensa colección de papiros en los que Pitágoras llevaba cuenta de sus investigaciones, sus cálculos y sus teorías. Escribía todas las enseñanzas de las que Enufis le hacía partícipe sobre ciencia y tradición egipcias, e incorporaba en los márgenes sus propios comentarios y anotaciones para desarrollar posteriormente.

En los diecinueve años que llevaba en Egipto había generado una colección realmente voluminosa. Los papeles se encontraban divididos por temáticas. En un rincón guardaba los tratados sobre astronomía, la primera materia que le conquistó a su llegada a Heliópolis, cuando quedó maravillado de la precisión del calendario egipcio.

Más tarde se interesó por los conocimientos aritméticos de la civilización del valle del Nilo. Allí le enseñaron lo que ellos llamaban el triángulo

mágico, y que les servía de medida para casi todas las cosas, principalmente para la división de tierras. Se trataba de un triángulo cuyos lados medían tres, cuatro, y cinco unidades. De esta manera, el ángulo formado por los dos lados más pequeños era un ángulo recto. Era tan simple como exacto, y él se propuso en el futuro encontrar el secreto aritmético de esta forma geométrica tan singular.

Pitágoras reconocía lo afortunado que había sido al encontrar en Egipto a un sabio como Enufis. Profundo creyente de la cultura de sus antepasados, su privilegiada mente, no exenta de habilidad para manejarse entre la jauría de burócratas, le había elevado a lo más alto de la jerarquía del templo de Hathor. Aun sin ser una de las divinidades con más devoción entre la población, la reciente llegada al trono del faraón Amosis II supuso un impulso a las funciones de este templo. Se había vuelto a instaurar el culto al Sol, y la largamente olvidada ciudad de Heliópolis renacía tímidamente. Así, a la diosa Hathor, como hija de Ra, dios del Sol, y esposa de Horus, dios del cielo, se le divinizaba como reina del firmamento. Encarnaba a la acompañante y guía del dios Ra en su tránsito diario en la barca solar, y representaba también al cielo nocturno. En definitiva, era la creadora y regeneradora de todo cuanto existía.

En sus conversaciones, Pitágoras había observado que Enufis no sólo conocía la ciencia clásica, la reconocida y la enseñada en las escuelas, sino que también se interesaba por lo que había más allá. Generalmente en Egipto, para lo que no tenía una explicación racional, era aceptada la idea general de que se trataba de un legado de los dioses. Enufis no se conformaba con ese argumento, e indagaba siempre que podía en los archivos históricos del templo sobre cuál podía ser el origen de lo que él consideraba ambigüedades difícilmente aceptables por la razón.

Mojó la pluma en la tinta y comenzó a escribir. Experimentaba cómo una nueva dimensión se abría ante sus sentidos. En el pasado, los números le habían servido para organizar sobre un papel un universo imaginario compuesto por líneas, puntos y planos. Con ellos había podido aportar grandes avances a las *mathematas* aritmética y geometría. Pero ahora era diferente, pues los números no sólo explicaban el orden de las cosas, sino que

las propias cosas no eran más que números en sí mismas. La música había sido la clave. A partir de ahora se centraría en estudiar esa experiencia sublime, esa plasmación del perfecto orden del cosmos en algo genuinamente humano.

Llevaba varias horas escribiendo cuando los párpados se le cerraron pidiendo un descanso. El Sol anunciaba ya su salida iluminando débilmente el horizonte cuando unos sonoros golpes en su puerta lo sacaron de su aturdimiento. Con paso vacilante se dirigió a abrir.

—¡Vamos! —urgió Enufis—. Hoy nos vamos de viaje.

El semblante decidido del egipcio venció al cansancio y al sueño del griego.

—¿A dónde nos dirigimos, si no es mucho preguntar?

—Amigo, es un delito llevar tanto tiempo aquí y no haber visitado el único monumento que se encuentra en pie de lo que vosotros los griegos habéis nombrado como las siete maravillas del mundo.

—¡Las pirámides de Gizeh! —exclamó Pitágoras.

—Vamos, o se hará tarde —apremió Enufis—. No se encuentran muy lejos, pero al paso de los camellos, con suerte estaremos allí antes del anochecer.

A mediodía estaban cruzando el *Iteru*, al que los griegos habían bautizado como *Neilus*, a bordo de una barcaza. Nada más alejarse de la otra orilla, pudieron divisar en la lejanía los tres picos, milenarios fantasmas que parecían nacer de las entrañas del desierto, desdibujados por efecto del calor que emanaba de las dunas.

Pitágoras contempló la irreal silueta de las pirámides perfilándose en el horizonte, y le pareció que temblaban, conmovidas por una misteriosa fuerza interior.

A medida que se fueron acercando, las moles de piedra fueron cobrando su imponente presencia. Pitágoras las observaba con la boca abierta, mientras Enufis, de reojo, sonreía en su interior escrutando la cara del griego.

Remontaron por su cara sur la pequeña meseta donde se alzaban aquellas sugerentes formas y se aproximaron a la base de la primera de las pirámides, la más pequeña. Pitágoras se apeó del camello y, embobado, recorrió el

perímetro de la pirámide sin poder apartar la cabeza de la cima.

A la vuelta, se dio de frente con la segunda pirámide. Aún conservaba prácticamente la totalidad del recubrimiento de roca externa, por lo que sus caras eran perfectamente lisas. Esto le confería una luz excepcional, como si fuera propia. Se acercó a ella y, con las palmas de las manos abiertas, se aproximó lentamente a la superficie. Palpó su dureza, acarició su tersura y se dejó penetrar por el frío tacto de la roca.

Continuó su silencioso caminar alrededor de aquellos gigantes de piedra, ensimismado en tan increíbles construcciones. La tercera pirámide, la más grande, lo dejó fulminado. Clavado en la arena, se dejó embriagar por la sutileza de sus bellísimas formas. Sus aristas, vértices y caras eran la expresión de la palabra armonía expresada en formas geométrica, un volumen mágico que parecía puesto allí como por acción divina, pues en su mente no concebía que semejante obra hubiera podido ser construida por hombres, y menos dos mil años atrás en el tiempo.

Al acercarse más, observó disgustado cómo su superficie también había sido saqueada parcialmente por los que allí encontraron una inagotable cantera. Este detalle grosero venía a poner un borrón en tan impresionante monumento, lo cual le devolvió a la realidad.

Miró hacia atrás y observó a Enufis, que lo había seguido con sigilo y paciencia, no queriendo molestar al griego en un momento tan especial.

—Ven, acerquémonos a aquel palmeral —sugirió el egipcio—. Podremos seguir contemplando estas maravillas mientras descansamos y charlamos tranquilamente.

Con la vista clavada en las tres pirámides, recortadas sobre el cielo púrpura en un lento anochecer, Enufis le impartió una clase magistral sobre los secretos numéricos que escondían las medidas y proporciones de la gran pirámide.

Pitágoras continuó explicándole la relación que había descubierto entre los números del uno al cuatro y las notas consonantes. Con ayuda de una rama de palmera dibujó sobre la arena el instrumento que había construido y echó mano de unas pequeñas piedras para hacer gráfica su explicación.

—La clave de todo está en los números —expuso Pitágoras sin ocultar su

entusiasmo—. Y no en unos números cualquiera. Tomemos una piedra, ésta representaría la nota principal, es decir, el número uno.

—Correcto —asintió Enufis parcamente.

—Con el número dos —Pitágoras juntó dos piedras y las puso debajo de la primera—, formamos la primera razón musical: un medio. La mitad de la cuerda genera una nota consonante. Y no es una nota ordinaria, corresponde al mismo sonido, pero más aguda.

—Entonces, se correspondería con la última nota de nuestra escala pentatónica, es decir, la primera nota de la siguiente escala.

—Así es —confirmó el griego, satisfecho de que Enufis le siguiera sin titubeos.

—Pero sigamos. Ahora cogemos el número tres —Pitágoras reunió tres piedrecillas y las colocó debajo de las dos anteriores—. La razón dos sobre tres, como tú me indicaste, es la nota más consonante, aquella que para vosotros los egipcios construye, por repetición, la escala sagrada.

Enufis asintió, expectante del siguiente razonamiento.

—Pues ahí no queda el asunto —matizó el griego—. Cómo no, ahora tendríamos que tomar el cuatro —dijo, cogiendo cuatro piedras y colocándolas bajo las tres anteriores—. Efectivamente, la relación de números “tres sobre cuatro” vuelve a crear un sonido consonante con la nota primera.

Pitágoras estaba cada vez más excitado, pero esperó la respuesta de Enufis, que se tomó su tiempo para digerir las conclusiones.

—¡Sorprendente! —exclamó—, has extendido la teoría musical egipcia basada en la relación *dos tercios*, a las relaciones numéricas de números consecutivos del uno al cuatro. ¡Me has dejado sin palabras!

El hecho de que Enufis aprobara su teoría le catapultó a un estado de júbilo completo.

—El orden del universo, trasladado al hombre a través de la música, se muestra ante nosotros a través de los números. ¡Los números lo son todo! —gritó poniéndose en pie de un salto—. ¡Con los números podemos explicarlo todo...! ¡Todo!

Enufis parecía ajeno al estado de enajenación de su amigo, y permanecía

absorto con la mirada fija en el suelo, allí donde Pitágoras había dejado las piedrecillas.

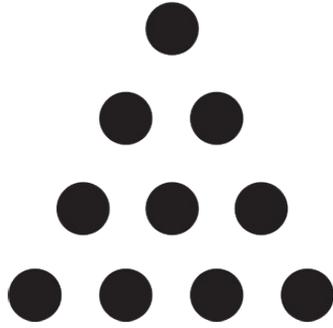
Pitágoras se puso a dar saltos por la arena como poseído por el mismísimo espíritu de Osiris. En aquel momento el Sol desapareció por completo y en la bóveda celeste brillaron todos los astros. El griego lo entendió como una señal.

—¡En el universo resuena una música celestial! ¡La música de las esferas! —gritó, repitiendo aquellas palabras una y otra vez, fuera de sí, dando vueltas sobre sí mismo.

—¡La música de las esferas! —repitió—. ¡La música de las esferas!

Su voz rebotó en sucesivos ecos, amplificada por las paredes de las pirámides, sostenida en el aire caliente de la noche. Continuó saltando y gritando hasta que le faltó el aire. Se inclinó hacia delante, con las manos en la cintura, tratando de recuperar el fuelle. Entonces descubrió que Enufis también parecía haber sucumbido a un trance. Con los ojos abiertos como platos, éste extendió su brazo derecho señalándole enérgicamente algo con el dedo.

Pitágoras, un tanto asustado por la mirada perdida de su amigo, que parecía bucear en otra dimensión, se calmó y se le acercó. Se colocó a su lado, apartándose por superstición del invisible rayo que Enufis parecía estar lanzando desde su dedo estirado. Algo extraño captó su atención desde el suelo. Observó con curiosidad que Enufis había distribuido las piedrecillas en cuatro filas paralelas, una debajo de otra, en orden descendente: una piedra arriba, dos debajo, a izquierda y derecha de la primera, y así sucesivamente, hasta terminar con las cuatro piedras en una fila inferior. ¡Enufis había construido un triángulo perfecto con las diez piedras!



Pitágoras siguió con la vista la dirección indicada por el tembloroso dedo de Enufis, y descubrió que lo que apuntaba tenía la misma forma triangular que la dibujada sobre la arena. Enufis estaba señalando con claridad a la pared de la Gran Pirámide, como el único testigo, silencioso e imponente, de la gran revelación.

Capítulo 27

El frenético movimiento que había sentido inconscientemente durante horas se detuvo, y entonces Miko despertó. Un agudo dolor en el pecho le recordó el accidente de coche. Pero... ¿dónde estaba? Aquello distaba mucho de lo que podía ser un hospital. Pudo por fin centrar la mente, sobreponiéndose a un intenso dolor de cabeza. Estaba encerrado. Más bien encarcelado. Una tosca jaula de cañas de bambú le privaba de cualquier movimiento.

Tumbado de lado, se aferró a los barrotes y acercó la cara para ver a través de ellos. Un grupo de personas charlaban a unos metros de distancia. La mañana estaba clareando y parecían descansar de una larga caminata nocturna en un claro de la jungla. ¡Eran indígenas del bosque, y él era su presa!

Un movimiento dentro de la jaula le sobresaltó. Alguien más estaba allí encerrado con él. ¡Alicia! Se dio la vuelta de inmediato y comprobó con horror que no era la española, sino Rasán, que permanecía dormido o algo peor. Aterrorizado, intentó sentarse, pero apenas podía poner el tronco erguido sin que su cabeza chocara con el techo de la jaula. Miró alrededor, pero ningún rastro de Alicia. ¿Se la habrían llevado a otra celda? ¿Por qué no estaba allí cerca? ¿La habrían llevado a otro sitio? Un terrible presentimiento se apoderó de él. ¿La habrían abandonado? O, peor aún, ¿había conseguido salir con vida del accidente de coche?

Alicia volvió a la consciencia lentamente. Apareció entre unos arbustos,

su ropa empapada. Comprobó con espanto que no era agua, sino sangre que se escapaba lentamente a través de millares de agujones repartidos por toda su piel. Despedida violentamente del coche, había ido a caer encima de unas zarzas, que le habían salvado la vida amortiguando el golpe contra el suelo.

La oscuridad y soledad en la que se vio pudieron más que el terrible dolor que la paralizaba. ¿Qué le había pasado a Miko? ¿Y a Rasán? Apretando los dientes se puso en pie y salió del matorral. Pudo dar unos pasos, pero tenía las piernas lastimadas y tuvo que tirarse al suelo y gatear hasta que divisó la carretera.

Le extrañó sentir aquel tumulto de gente moviéndose entre la oscuridad. Si habían llegado las emergencias, ¿por qué no encendían las luces? ¿Dónde estaba la ambulancia? Estuvo a punto de soltar un grito de auxilio con las fuerzas que le quedaban, pero lo reprimió en el último momento. La luna llena apareció desde detrás de una nube, iluminando la terrible escena que se desarrollaba esa noche frente a ella. Pudo entrever cómo sacaban un cuerpo del coche y lo introducían en una estructura cuadrada, donde yacía otro cuerpo.

El miedo congeló sus músculos. Esas personas se estaban llevando a Miko y a Rasán, pero ignoraba con qué intenciones. Comprendió que el gran tronco atravesado en la carretera no había sido una acción natural, sino humana y premeditada. Los que lo pusieron allí tenían toda la intención de hacer parar el coche.

Recapacitó. Seguramente a ella no la habían visto. Podía esconderse. Se arrastró tras un grueso árbol cuyas raíces afloraban del suelo formando un parapeto natural, y allí su escasa provisión de fuerzas se agotó y cayó rendida en un profundo sueño.

Capítulo 28

La avioneta estaba a punto de aterrizar en la única franja de tierra desprovista de nieve en lo que la vista alcanzaba. Philippe Lecygne no tenía ni idea de qué le quería enseñar Peter en las heladas tierras de Alaska, pero no había dudado en apuntarse al viaje al recibir la llamada del hijo de su mejor amigo, un mes después de haberlo abordado en el bar.

Peter había decidido confiar en Lecygne. Como amigo de su padre, su fidelidad no estaba en entredicho, y como conocedor de las entrañas de La Academia, le necesitaba.

El cadáver de George Vanderbilt lo encontró un alumno en el suelo de su despacho de la Universidad. Los efectos de los sonidos a los que Peter lo sometió en la cámara de reverberación le provocaron un derrame cerebral, por lo que ni siquiera tuvo que molestarse en simular cualquier otra causa para su muerte. Ninguna autopsia hubiera sido capaz de adivinar que el ictus había sido inducido por una diabólica combinación de sonidos, así que se declaró su defunción natural y Peter evitó la investigación policial.

En la nueva reunión de la cúpula de La Academia bajo el obelisco de Tutmosis III para la transmigración del alma de George Vanderbilt había empezado a tantear a los miembros más influyentes sobre la readmisión de Lecygne. También había conseguido que su amigo Stephen Barrow, a quien estaba seguro de poder controlar a su antojo, fuera nombrado nuevo Gran Maestro. Su plan para hacerse con el control total de La Academia estaba saliendo según lo previsto.

—Gracias por la pista que me diste. Ahora conozco un poco más a mi padre, e incluso a mí mismo —dijo Peter.

—Tu padre fue la mejor persona que jamás conocí, Peter. Se desvivía por ti y por William.

Había aprovechado el viaje desde Nueva York para ponerle al corriente de su descubrimiento del pergamino de Pitágoras en el ático que su padre había consagrado a la filosofía del sabio griego, y de su intención de seguir sus pasos para devolver la consciencia a su hermano William. Sin embargo, creyó prudente mantener en silencio la hazaña lograda en la cámara de reverberación.

—¿Por qué te expulsaron de La Academia? —preguntó Peter sin preámbulos.

Lecygne respiró hondo, tratando de recomponer en pocas palabras una historia demasiado larga.

—Tu padre y yo teníamos unas ideas sobre lo que debía ser La Academia que no compartía el resto de los compañeros. Promulgábamos una vuelta al origen, es decir, disciplina en nuestros comportamientos, austeridad, contemplación, el estudio de la ciencia, y reclamábamos un lugar más importante de la espiritualidad en nuestra organización. Se suponía que el fin último era purificar nuestras almas, pero lo único que nos preocupaba era aumentar las cuentas bancarias de nuestras discográficas.

—¿Por qué entonces no expulsaron también a mi padre?

—Hasta entonces La Academia creía controlarnos. Un par de radicales libres no suponían una verdadera amenaza, y nuestro trabajo era muy importante para ellos. El problema vino después. Él y yo robamos el pergamino de Pitágoras de los archivos secretos de La Academia para estudiarlo en detalle. Cuando se percataron de su ausencia, enseguida sospecharon de nosotros. Aunque sopesamos dejar La Academia los dos, finalmente decidimos que uno admitiera la culpa para que el otro siguiera teniendo visibilidad desde dentro. Yo dije que lo había robado y tu padre quedó libre de sospechas.

—¿Devolviste el pergamino entonces?

—¡Nada de eso, era mi garantía de vida! Si lo hacía, estaba muerto. La

Academia no concedía mucha credibilidad a ese pergamino, pero tampoco quería que cayera en manos desconocidas. Sabían que no era mi intención hacerlo público, así que me dejaron en paz.

—Lo he dejado guardado donde lo encontré, pero no sé si debería cambiarlo de lugar. Quizás La Academia tenga planeado seguir mis pasos con la idea de recuperarlo...

—No tienes por qué preocuparte, hace tiempo que La Academia se olvidó de ese manuscrito arrugado. Tu padre decidió esconderlo allí, y allí debe quedar.

Una vez en tierra, Lecygne contempló un extenso recinto rodeado de una maltrecha alambrada que se perdía en la blanca inmensidad. Una línea de alta tensión soportada por enormes torres de acero penetraba en el recinto y terminaba en una enorme estación transformadora. Varios hangares prefabricados formaban un círculo alrededor de una alta torre de vigilancia y más allá se erigía un conjunto de esbeltas estructuras metálicas soportadas por varios niveles de cables anclados al suelo.

—¿A dónde me has traído?

—Bienvenido a las nuevas Casas de la Aritmética y la Geometría.

—Esto parece una base militar abandonada —replicó Lecygne.

—He comprado estas instalaciones al Ministerio de Defensa de los Estados Unidos —anunció Peter—. Este lugar era conocido como el “Centro de Retransmisión Internacional”, pero sólo era una fachada de una estación militar secreta.

—Ah, ahora entiendo por qué están ahí esas enormes antenas —dijo Lecygne—, ¿pero desde cuándo eres experto en inteligencia militar? ¿Se puede saber cómo posees toda esa información supuestamente secreta?

—Hoy en día, ningún gobierno está a salvo de filtraciones sobre su seguridad, y menos cuando existen webs como “Wikileaks”, que las fomentan. Sólo tuve que hacer un par de llamadas, ofrecer mucho dinero, y el Pentágono se deshizo a gusto de esta ruinosa instalación.

—¿Y a qué se dedicaban nuestros militares aquí?

—Para los soviéticos no era más que una emisora de propaganda anticomunista y, aunque era cierto que desde aquí se bombardeaba

ininterrumpidamente con mensajes contrarios al régimen, su misión fundamental fue el estudio de la señal del pájaro carpintero.

—¿Pájaro carpintero? —el interés de Philippe iba en aumento.

—Sí, la misteriosa señal de baja frecuencia emitida desde algún lugar de la URSS y que era perfectamente audible como un repiqueteo constante en cualquier receptor de radioaficionado del mundo. El Pentágono estuvo obsesionado con aquella señal durante años. ¿Un canal de comunicación para las tropas soviéticas desplegadas por todo el planeta? ¿Un control remoto para la activación de sus cabezas nucleares?

—Supongo que podría tratarse de algún tipo de baliza radioeléctrica similar al GPS actual... —elucubró Lecygne.

—El hecho es que, con la llegada de la “Perestroika”, desapareció la señal y nunca más se supo. Tras la caída del muro, nuestro ejército se retiró de la base y ha permanecido abandonada hasta hoy, el día que renace de sus cenizas para dar servicio a La Academia.

Peter le indicó que debían dirigirse a uno de los hangares. El frío era muy intenso, pero por suerte no nevaba y el temible viento de esas latitudes permanecía en calma.

Empujaron una puerta metálica y un golpe de calor les abofeteó la cara. La calefacción estaba funcionando al máximo.

Lecygne se sorprendió del estado pulcro y reluciente de las instalaciones. Tubos fluorescentes, puertas metálicas, moderno mobiliario de oficina, un leve zumbido de maquinaria en funcionamiento... hasta el aire olía a artificial.

—Empezaremos por la Casa de la Aritmética —presentó Peter.

—¡Ésta no se parece a la que yo conocí! —exclamó Lecygne, quitándose el abrigo.

—“Aritmética” significa “arte de contar”, ¿y quién domina esa habilidad hoy en día? —Peter hizo una pausa para añadir teatralidad a su pregunta—. Los ordenadores.

Abrieron la puerta de una de las salas que daba al pasillo principal. La vista se perdía abarcando interminables filas de bastidores que albergaban equipos informáticos de última generación. Había personal de mantenimiento

levantando el falso suelo y realizando instalaciones de última hora.

—¿Has construido todo esto con el único propósito de decodificar el mensaje del pergamino de Pitágoras? —preguntó Lecygne.

Entraron en una sala repleta de pantallas vigiladas por operarios. Desde allí se controlaban todas las máquinas y subsistemas del superordenador.

—En la Casa de la Aritmética nos acercaremos al secreto pitagórico a través del análisis computerizado de su código. No escatimaremos en recursos: cientos de superordenadores funcionando las veinticuatro horas, decenas de informáticos trabajando en su programación, eminentes matemáticos investigando las más modernas técnicas de descifrado...

—Pero Peter, ¿y si el pergamino no fuera auténtico?

—Philippe, mi padre estaba en lo cierto y yo voy a descubrir el misterio. Si tienes dudas, entonces es que me he equivocado contigo.

—La duda nunca podrá desaparecer del todo. Considera que desde el punto de vista histórico, ese manuscrito representa un insólito “oopart”, un “objeto fuera de su tiempo”. Pitágoras vivió hace veinticinco siglos, cuando la palabra “encriptación” aún no se había inventado. No fue hasta la época de Julio César cuando se desarrolló la técnica del encriptado y descifrado de mensajes por la necesidad de salvaguardar la información a lo largo de las extensas rutas del imperio romano.

—Pitágoras fue un adelantado a su tiempo, Philippe. Él conocería el mensaje que quería enviar y para quién.

—Tu padre ya intentó por todos los medios encontrar la partitura de la música de las esferas encerrada en el código del pergamino. Yo intenté echarle una mano, pero fue en vano. Al final, llegué a la conclusión de que aquellos extraños caracteres no tenían nada que ver con una notación musical.

—La representación musical tal y como la conocemos hoy data de la edad media. Anteriormente, la música se aprendía de forma oral, así que no podemos limitarnos a analizar el mensaje con nuestros ojos actuales, sino sobre todo tener en cuenta los métodos al alcance de Pitágoras por aquel tiempo.

—Lo que intentamos tu padre y yo fue sustituir letras por notas musicales.

—Ése es el enfoque más sencillo, pero el problema es que, al haber veinticuatro caracteres diferentes en el texto, eso significa que hay cuatrocientos tres billones de billones de posibles combinaciones. Si además consideramos que no conocemos la escala musical en que estarían representadas las notas, las variaciones musicales que se derivan se multiplican hasta el infinito. Por eso estos ordenadores van a sernos de tanta ayuda.

—Peter, ya discutí mucho con tu padre sobre esto. ¿Y si tu hipótesis de que el código es una partitura no es correcta? Los versos no son concluyentes, hablan de un tesoro, pero podría tener cualquier otra forma. Quizás un lugar, o una ruta, un proceso químico, una fórmula matemática... ¡Qué sé yo!

—No te creas que no he pensado en eso. La música de las esferas podría no ser más que una metáfora de algo mayor, ¡un concepto para explicar el orden del universo! Los físicos más relevantes del siglo xx se dejaron los sesos en la llamada “teoría del todo”, que trataba de expresar en una sola todas las teorías mayores: gravitación, relatividad y cuántica. Ni siquiera Einstein lo consiguió. ¿Imaginas el poder que otorgaría a su dueño la posesión de este descubrimiento? El “mayor tesoro imaginable” es el poder de controlar el mundo a tu antojo, sin más que mover los elementos de la fórmula para provocar la reacción deseada.

Lecygne frunció el ceño ante el exaltado arranque de su amigo.

—No creo que ese conocimiento estuviera al alcance del hombre en el año quinientos antes de Cristo.

—Desde entonces hasta hoy apenas ha pasado un suspiro —indicó Peter, con la mirada perdida más allá del recinto artificial, incluso más allá de los límites de la nieve del exterior—. El superordenador de la Casa de la Aritmética realizará millones de operaciones por segundo, supliendo las pobres limitaciones de nuestro cerebro. Un minuto de cálculo suyo equivale a cien años de avance científico. ¡Será cuestión de días que rompamos el código del pergamino!

—Como idea no está mal —respondió Lecygne con tranquilidad, tratando de apaciguar el creciente estado emocional de Peter—. ¿Tienes algo más que

enseñarme?

—Volvamos afuera —dijo Peter, relajando un poco la tensión de sus músculos—, tenemos que hablar de geometría.

De vuelta a la nieve, Peter le guió hacia la base de la torre de control que se erigía en el centro del recinto. Una puerta doble se abrió al detectar su presencia y les dejó frente al ascensor. Cuando llegaron arriba, Lecygne contempló lo que parecía una antigua sala de control de un aeropuerto. Rodeada en su totalidad por amplios ventanales, el centro lo ocupaban unas mesas con modernos ordenadores. Aún olía a yeso y pintura.

—Bienvenido al oído del mundo —indicó Peter, abriendo los brazos.

—¿Cómo? —se extrañó Lecygne.

—Le he estado dando muchas vueltas a cómo la *mathemata* de la geometría podría sernos útil. Dime, Philippe, ¿qué fue para Pitágoras la geometría?

Lecygne se frotó la barbilla repetidamente antes de contestar.

—Puede decirse que fue la materia donde más destacó, y por la que pasaría a la historia gracias a su famoso teorema.

—Yo creo que él entendía la geometría como la parte práctica de la aritmética, la expresión física de los números, la materialización en el mundo tridimensional de los conceptos abstractos de las matemáticas.

—Pero Peter, ¿qué tiene que ver exactamente este lugar, todas estas antenas, con la geometría?

—Querido Philippe, la geometría trata de medir, representar, acotar, modelar... La función de la Casa de la Geometría será hacer exactamente lo mismo: oír, traducir, filtrar y analizar las ondas sonoras. Rastreamos las señales de radio de todo el mundo. Como te dije antes, somos el oído de la Tierra. Toda la música del planeta pasará por aquí.

—Pero no todas las emisiones llegan hasta este lugar a través de las ondas... Habrá cosas que se nos escapen.

—Por eso vamos a ampliar nuestra escucha a las radios que emiten por internet, a los servicios de música en *streaming*, a los servidores de música bajo demanda, a los servicios *online* de las *smart tv*, a las tiendas de música de los *smartphones*, a las aplicaciones sociales para compartir música...

También desplegaremos miles de sondas sonoras por todo el mundo, que graben las transmisiones radiofónicas locales, también en salas de cine, locales de ensayo, productoras de anuncios para televisión..., pegaremos la oreja allá donde hay algo de ruido. Aquí haremos de concentradores de información y procedemos al análisis de las señales.

—¿Y todo ese despliegue técnico para qué? —preguntó Lecygne, desconcertado.

A Peter no le importunaba la aparente oposición de su amigo. Al contrario, estaba cada vez más satisfecho de haber decidido contar con él. Su cerebro erudito, ingenioso y soñador se complementaba perfectamente con el de él, calculador y práctico. ¿Tendría algo que ver en esa espontánea afinidad el alma de su padre que se había colado en su interior?

—¡Para rastrear la música de las esferas! Ha pasado mucho tiempo desde que Pitágoras viviera allá por el s.VI a.C. ¿Y si su descubrimiento no ha permanecido oculto hasta hoy como pensamos? Es probable que, aunque Pitágoras no tuvo descendencia, pudiera haber dejado ese valioso tesoro a algún discípulo o amigo. Ignoramos si ese conocimiento fue revelado por otra vía, o incluso si alguien ha dado con ella sin ser consciente de lo que tiene entre manos. Desde aquí vamos a comprobar si eso ocurre. El procedimiento estará completamente automatizado y computerizado. Esta estación será el embudo de todas las composiciones musicales del planeta, que pasarán a un superordenador para comprobar las similitudes de todas las canciones con las diferentes combinaciones extraídas del pergamino de Pitágoras.

—Tienes por delante una tarea colosal.

—*Tenemos* —puntualizó Peter—. Philippe, te quiero dentro de La Academia otra vez. Ya sabes que hay que ocupar cuanto antes el puesto que Vanderbilt ha dejado tras su lamentable muerte.

—Lo haría encantado si con ello te pudiera ayudar —contestó Lecygne—, pero es imposible. La Academia no me aceptará bajo ningún concepto.

—Harán lo que yo les diga, no te preocupes. La Academia depende cada vez más de mí. Si se resisten, tendré que recordarles que, gracias a mis manipulaciones musicales, soy el único capaz de mantenerles en su lujoso estilo de vida.

—Tendremos que devolverles el pergamino. No me admitirán de otra manera.

—No te preocupes, haremos una copia exacta de su contenido antes de devolverlo. Por cierto, ¿conoces algún laboratorio de datación por el método del Carbono-14?

—Sí, conozco algunos de los centros más reputados del país, pero ¿para qué quieres datarlo? Sabemos que Pitágoras vivió en el s. VI a.C.

—Ya, pero la piel de animal no se usó como papel hasta mucho más tarde. Quiero saber quién lo copió y por qué. Este eslabón perdido podría ayudarnos a desentrañar su misterio.

Lecygne acompañó sus dudas con unos segundos de silencio.

—Peter, dime, ¿qué ganaría yo con volver a La Academia? Creo que ese ya no es mi sitio. Han tergiversado tanto el mensaje de Pitágoras que si el viejo sabio levantara la cabeza, aborrecería en qué se ha convertido su comunidad.

—Philippe, eso es precisamente lo que quiero hacer, devolver a La Academia su sentido original, el estudio de la ciencia y la purificación del alma, la austeridad física y el cultivo de la mente y el espíritu. ¿No era eso lo que mi padre y tú perseguíais?

Lecygne se quedó parado, mirando fijamente al hijo de su mejor amigo. Veía reflejada en su mirada la misma pasión que Sebastian Bigelow ponía en todas las cosas, pero con una dosis superior de ambición.

—¿Cómo podría negarme?

Capítulo 29

Miko dedicó un análisis exhaustivo a sus raptos. Se habían plantado de pie a pocos metros y le observaban fijamente con expresión hosca, aunque sin poder disimular la incomodidad creada por algún contratiempo inesperado. A tenor del ruido de fuertes machetazos que provenía de algún lugar cercano, era evidente que se afanaban apresuradamente en construir algo.

Todos parecían cortados por el mismo patrón: piel morena, nariz ancha, ojos semirasgados y un bigote que les caía levemente bajo la comisura de los labios. Su áspero pelo, negro, sucio y enmarañado, abultaba aún más su ya prominente cabeza. Descalzos, su única vestimenta se limitaba a un pobre taparrabos de tela que les caía por detrás.

A una orden del jefe del grupo, se les acercaron e introdujeron las manos entre los barrotes. Zarandearon el cuerpo de Rasán, que despertó de un sobresalto, agitándose violentamente. Sus ojos, abiertos de par en par, mostraron la viva imagen del desconcierto.

—¿Dónde estoy? ¡Dónde estoy! —gritó, fuera de sí—. ¿Quién demonios es esta gente? —le preguntó a Miko, agarrándolo de lo que le quedaba de camisa.

—No lo sé, pero estamos vivos. Dejemos que se expliquen —Miko se dirigió al grupo con el tono más digno que pudo—. ¿Quiénes sois y qué queréis?

El consejo indígena permaneció impasible.

—¿Queréis dinero? —preguntó Rasán, nervioso—. Yo trabajo en la Far

Forest Company, ellos pagarán mi rescate. Yo mismo lo puedo hacer si me dejáis en libertad. Iré en busca del dinero, podéis venir conmigo para asegurarnos de que cumplo con mi palabra.

—No creo que sea muy inteligente —susurró Miko contrariado, y entendiendo de inmediato el motivo del rapto—, tu empresa tala sus árboles.

—¡Esto es un secuestro y lo que quieren es dinero! —contestó Rasán irritado—. ¿Acaso no los ves? Están muertos de hambre. Cuanto antes obtengan el rescate, más probabilidades tenemos de seguir con vida, así que déjame negociar con ellos.

—¿Entendéis nuestro idioma? —gritó Miko, ignorando la petición de Rasán.

Ninguna respuesta.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Miko dejando escapar una mueca de dolor. Tenía el labio partido, del cual emanó un goterón de sangre.

El líder del grupo intercambió unos susurros con sus colegas sin dejar de mirar a los prisioneros.

Los indígenas que estaban aparte regresaron con la estructura que habían terminado de fabricar. Era otra jaula, de dimensiones parecidas a la primera, hecha igualmente de cañas atadas con hojas de palma. La colocaron junto a la otra y abrieron la portezuela superior. A una orden del jefe, sacaron a Miko de la jaula compartida y lo metieron, sin que él opusiera resistencia, en la nueva.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Rasán angustiado—. ¡Nos están separando!

Con otra orden firme, el jefe alentó a sus pupilos, que levantaron ambas jaulas mediante unos varales longitudinales y reemprendieron la marcha.

—Han dividido el peso para avanzar más rápido —contestó Miko.

“Maldita sea —se lamentó para sus adentros—, sólo soy un daño colateral”.

—¡Señorita, señorita! ¿Se encuentra bien?

Aquella voz parecía llegar del mismísimo cielo. Alicia emergió de las profundidades del sueño.

—¡Vamos, esa camilla, aquí, rápido! ¡Hay una mujer herida!

Quiso abrir los labios para preguntar por Miko, pero no pudo. En cambio, se encontró flotando en una nube de irrealidad que difuminaba los contornos de las imágenes y alteraba los sonidos. A través de esa espesa niebla pudo intuir cómo la sacaban del bosque y la llevaban hacia una ambulancia al borde de la carretera. El todoterreno destrozado estaba siendo retirado por una grúa. Se había montado un gran dispositivo de emergencia, pero antes de cerrarse la puerta de la ambulancia se percató de que no parecían vehículos oficiales, sino que todos llevaban el emblema de la Far Forest Company.

Al despertar estaba encamada. Por el penetrante olor a lejía, la aspereza de las sábanas, y la perfecta fila de camas vecinas, supuso que se encontraba en una enfermería. Dio gracias por estar viva, pero enseguida un pensamiento vino a enturbiar su alegría. Había visto cómo unos hombres se llevaban a Miko tras el accidente. Tenía que dar la voz de alarma, ¡pero allí no había nadie!

Quiso levantarse apresuradamente, pero su movimiento se vio impedido por la tirantez de las vendas que cubrían su cuerpo. Se miró a sí misma y comprobó que no había un centímetro de piel sin vendar. El espantoso disfraz de momia asomaba bajo un pijama que no recordaba haberse puesto. Intentó otro movimiento de subida algo más suave, pero se retorció de dolor, como si le hubieran aplicado polvo de cristal bajo las vendas en lugar de antiséptico. La parte positiva era que no parecía tener nada roto, así que siguió porfiando en la heroica tarea de poner un pie en el suelo.

Cuando estaba a punto de conseguirlo, se abrió una puerta al fondo de la sala y un equipo de atención médica avanzó hacia ella, junto con una pieza discordante, un auténtico gigante vestido con uniforme militar.

—No debería intentar ningún esfuerzo —recomendó el médico cuando llegó a su lado, mientras dos enfermeras de aspecto local la acostaban de nuevo.

—¿Dónde estoy? —se apresuró a preguntar Alicia.

—En la enfermería de la Far Forest Company —contestó el facultativo con voz amable—. Soy el doctor Fajím. La recogimos tras su accidente de tráfico. La verdad es que fue un milagro encontrarla, pues había caído usted

detrás de unos árboles enormes. Tiene muchas heridas, pero son leves, y ninguna de gravedad. En su mayoría son cortes superficiales, pero la hemos vendado porque el área expuesta era muy amplia. También tiene una buena contusión en la espalda. Habrá que vigilarla, pero seguramente remitirá en unos días.

—Señorita del Toro —pronunció el militar con gravedad, anulando bruscamente la agradable voz del doctor—. Soy el Coronel Marcel Westpoint, Responsable de Seguridad de Far Forest Company. Como usted parece ya un tanto recuperada, me gustaría hacerle unas preguntas, si no le importa.

Alicia no ignoró el detalle de que aquel hombre ya supiera su nombre.

—¿Dónde están las personas que venían conmigo? —preguntó inmediatamente.

—De eso precisamente quería hablar. Si me disculpan... —la mirada al médico y enfermeras fue tan elocuente que la huida fue instantánea. Aquel hombre sabía cómo infundir respeto—. ¿Viajaba usted en el coche accidentado?

—¿Acaso no ve mi aspecto? ¿Cómo cree que me he hecho esto? —preguntó Alicia indignada.

—Supongo que quiere decir que sí —apuntó el coronel, haciendo una pausa—. ¿Quiénes iban con usted en el coche?

—Miko Tarvuk y Rasán, a quien ustedes deben de conocer, pues es empleado de la compañía.

—Sí, conocemos a Rasán. ¿Por qué viajaban usted y el señor Tarvuk en el coche de Rasán?

Alicia tardó un segundo en responder, mientras hacía memoria de la argucia que habían inventado para ir hasta allí.

—Pertenece a una productora de documentales y queremos presentar el caso de Sumatra como un ejemplo de éxito de las políticas de desarrollo sostenible. Venimos sin cámaras, en una primera toma de contacto para seleccionar contenidos.

El grandullón, sentado sobre un taburete que parecía de juguete a su lado, enarcó una ceja escépticamente.

—Luego me dará más datos sobre eso, espero, para poder comprobar su identidad.

—Mire, señor Westpoint —advirtió Alicia, harta de tanta suspicacia—. He tenido un accidente de coche y mis compañeros han desaparecido. ¿Me va a decir que los ha encontrado o va a seguir perdiendo el tiempo haciéndome preguntas estúpidas?

El coronel no se inmutó lo más mínimo ante el arranque de la española.

—Ajá —asintió largamente—, con que ya sabe que sus amigos han desaparecido... Interesante. ¿Me puede explicar cómo lo sabe si supuestamente estuvo inconsciente hasta que la descubrimos?

Alicia, estupefacta, no podía creer la situación que estaba viviendo. ¿Por qué ese militar no movía el culo en busca de Miko y Rasán y en cambio la trataba como a una intrusa? El militar continuó.

—Conozco a muchos activistas que serían capaces de hacerse todos esos cortes para infiltrarse aquí dentro... —la apuntó con su enorme índice acusador y exclamó—: ¡Ese tipo de ecologistas capaces de planear el secuestro de un hombre, pedir un rescate, y tratar de introducir un topo en la casa del secuestrado!

Alicia recordó la imagen de unas sombras llevándose a Miko y a Rasán.

—¿Está diciendo que han secuestrado a Miko y a Rasán? —un oscuro terror se apoderó de su corazón—. ¿Pero quiénes y por qué?

Marcel Westpoint escrutó en lo más profundo del verde de los ojos de la española, intentando captar cualquier signo de inflexión.

No pareció encontrar lo que buscaba, así que cambió ligeramente su discurso.

—Señorita del Toro, debe saber que su compañero y Rasán han sido secuestrados por un grupo de indígenas del bosque: los Rimba. La Far Forest viene sufriendo desde hace algún tiempo el terrorismo y sabotaje por parte de este grupo de rebeldes. Pero, la verdad, no nos esperábamos un ataque como el que han sufrido ustedes. Reconozco que esos salvajes han superado mis expectativas.

Alicia recordó el enorme tronco atravesado a lo ancho de la carretera. El choque había sido brutal, pero seguro que si Rasán no hubiera estado vuelto

hacia ella increpándola, le habría dado tiempo a frenar.

—Yo les vi —indicó Alicia recordando lo sucedido.

—¿Que vio a los indígenas llevarse a sus compañeros? Cuéntemelo todo. ¿Cuántos eran? ¿Qué hicieron?

Alicia se arqueó un poco para apoyar la espalda sobre el cabecero de la cama.

—Estaba muy debilitada, pero conseguí ver un grupo de personas en la oscuridad, metiendo los cuerpos de Rasán y Miko en una caja.

—¿Vio hacia dónde se dirigieron?

—No. Estaba muy débil y me escondí detrás de un árbol. Coronel, por lo que percibí, ni Rasán ni Miko parecían estar conscientes. Hemos de apresurarnos a pagar el rescate, porque puede que su estado de salud sea precario.

—No debe preocuparse excesivamente por la salud de sus amigos. Si no estuvieran bien, no se los habrían llevado. Un rehén muerto no tiene ningún valor, es más, se convierte en un verdadero inconveniente para la negociación.

—¿Cuánto han pedido?

—Verá, señorita —vaciló el militar—. No han pedido dinero exactamente. Solo reivindican que el bosque es suyo, y que la Far Forest se marche de aquí y les deje vivir en paz. Una petición que va a ser difícil de satisfacer, ya le aviso.

En ese momento, un sonoro portazo atrajo la atención de todos hacia la entrada de la enfermería. Un tropel de ejecutivos elegantemente trajeados se aproximaba con paso decidido. A la cabeza, un hombre bajito pero de porte autoritario era acompañado por una mujer más joven, vestida impecablemente con un traje claro de falda, chaqueta y sombrero. Ella traía la angustia clavada tras sus gafas de sol. Él traía el enfado transpirándose a través del fino paño de su Armani.

—Señorita Alicia —masculló con una sonrisa contenida—, soy Artum Gordom, presidente de la Far Forest Company. Esta es mi hija Angeline.

—Marcel —dijo el presidente, dirigiéndose a su Jefe de Seguridad—, ¿me quieres explicar dónde demonios está Rasán?

Capítulo 30

Cualquiera los hubiera confundido con dos turistas más, pero Peter Bigelow y Philippe Lecygne planeaban unas distracciones bien diferentes a las habituales en aquella paradisíaca isla del Caribe. A Peter no le interesaban las playas, el buceo, ni los cruceros en yate. Philippe estaba tan nervioso con lo que Peter le podía haber preparado para la Casa de la Astronomía, que parecía inmune a los encantos naturales que ofrecía el lugar. Ni se dejó embriagar por el sugerente canto de los pájaros tropicales en libertad ni reparó en que el aire que respiraba ligaba magistralmente el áspero salitre del mar con el frescor verde que descendía de las montañas.

Peter estaba convencido de que Lecygne era la persona adecuada para revivir la defenestrada Casa de la Astronomía y ponerla en el lugar que se merecía dentro de La Academia. Desde su cátedra de Astronomía y Ciencias del Espacio en la Universidad de Berkeley, Lecygne había publicado multitud de artículos sobre astronomía, astrofísica y cosmología, y era la referencia mundial en exobiología, un compendio de todas ellas que analiza las posibilidades de vida en otros lugares del universo. Por eso Lecygne no podría rechazar la sorpresa que le tenía preparada.

Tomaron un pequeño todoterreno descapotable con el que salieron de la bulliciosa población costera y se dirigieron a través de un tortuoso camino hacia la cima de la isla, rodeados de una exuberante vegetación tropical.

—Las Islas Vírgenes Británicas son ideales para nuestro propósito — indicó Peter.

—Venir a un paraíso fiscal con dinero abre muchas puertas, ¿verdad?

—Mientras paguemos nuestros impuestos, nadie hará preguntas sobre lo que hace aquí un laboratorio de una organización científica americana.

Cuando coronaron la montaña, Peter paró el coche en un pequeño claro que se abrió en la cuneta, aparentemente en mitad de la nada.

—¿Hemos llegado? —preguntó Lecygne, desilusionado.

—Subamos hasta allí —indicó Peter, señalando unos oxidados peldaños adosados a un muro de hormigón de cinco metros de altura que aparecía entre la maleza.

—¿No hay una puerta como Dios manda para la Casa de la Astronomía?

—Sí, pero las vistas desde aquí son mejores —contestó Peter, guiñándole un ojo y posando el pie sobre el primer escalón.

Lecygne detuvo su ascenso en un par de ocasiones para tomar aire. Hubiera querido secarse el sudor de la frente, pero no se sintió seguro de soltar una mano de la escala.

Peter le esperaba arriba pacientemente, con media sonrisa en la boca.

Cuando Lecygne superó el último escalón, se quedó estupefacto ante la visión que se presentó frente a él. No se fijó en la magnífica panorámica de la isla y de todo el archipiélago que salpicaba el mar de pequeñas elevaciones. Sus ojos quedaron cegados por el resplandor de los millares de paneles de aluminio de un metro cuadrado que se distribuían sobre una enorme concavidad del terreno. De extremo a extremo colgaban unos cables de acero que soportaban una estructura central suspendida en el aire. Era la mayor antena parabólica que había visto nunca.

—La astronomía era para Pitágoras la ciencia contemplativa —dijo Peter, orgulloso de haber sorprendido a su amigo—. Para él, estudiar el movimiento de los lejanos astros era la mejor fuente de inspiración, y cualquiera, a través de la simple observación del magnífico orden del universo, podía purificar su alma. ¿Qué mejor sitio para contemplar las estrellas que un observatorio astronómico?

—Esto es mucho más que eso. ¡Es uno de los mayores radiotelescopios del planeta!

—El proyecto se abandonó a principios de los sesenta para trasladarse a

una isla vecina cuando se dieron cuenta de que esto no era una montaña, sino un volcán. Me he permitido terminar la instalación de la antena adaptando los planos originales a los últimos avances de la técnica. Y ahora es todo tuyo... mientras a la isla no le dé por entrar en erupción.

—¿Quieres que busque la música de las esferas ahí fuera, en el espacio?

—Si lo piensas bien, ¿dónde mejor?

—¡Vamos, Peter! Se supone que la música de las esferas, ese hipotético sonido que hacen los astros al moverse por el universo, es sólo una metáfora, no es real. ¿Esperas realmente que me quede aquí escuchando las señales del universo hasta captar una música celestial? Creo que ese razonamiento es demasiado infantil.

—Si se tratara sólo de una música, ya habría sido captada por alguno de los radiotelescopios repartidos por toda la Tierra. La música de las esferas no tiene por qué ser necesariamente una sucesión de sonidos. Si hacemos caso del pergamino de Pitágoras, se trata de una clave, la llave que abre todas las puertas, un código que descifra todos los secretos, la fórmula que lo explica todo.

—¿Y cómo esperas que reciba esa información? —protestó Lecygne.

—Dímelo tú. Investigas las posibilidades de encontrar vida en otros planetas.

—¡Eh, eh, para, para! —objetó Lecygne—. La *vida* que yo analizo no tiene nada que ver con hombrecillos verdes. La exobiología aglutina aspectos de astronomía, astrofísica, biología, química y geología para descubrir de qué están hechos los planetas y las galaxias, y si son compatibles con la génesis de la vida. ¡Pero nada de extraterrestres!

Peter no se creía que Lecygne fuera tan escéptico. Pensaba que alguien que se dedicaba a encontrar vida fuera de la Tierra alojaría alguna esperanza de encontrar otros mundos. Había investigado su biografía y descubierto que cuando fue estudiante en Berkeley, Lecygne participó en el proyecto de Arecibo, definiendo el mensaje binario que se lanzó al espacio exterior buscando un posible contacto con otra civilización.

—No me negarás que alguna vez has pensado que puedan existir otros seres, llámales humanos o no, pero seres al fin y al cabo.

—Eso son sólo sentimientos irracionales para evitar pensar que estamos solos dentro de este universo tan grande.

Peter entendía el rechazo de su amigo. Ya había pasado la época en la que se podían discutir esos temas abiertamente, y Lecygne seguramente no quería perder su reputación como científico discutiendo sobre aspectos no empíricamente demostrables. Aun así, insistió.

—¿No está el Voyager todavía surcando el sistema solar con un disco grabado con sonidos y obras musicales de la Tierra? ¿No está viajando aún el mensaje binario de Arecibo a los confines del universo? La respuesta a nuestra llamada puede llegar en cualquier momento, y nosotros debemos tener las orejas bien abiertas para escucharlo.

—Eso podría tardar miles de años —indicó Lecygne.

—O haber pasado ya —replicó Peter, recordando el lamentable estado de abandono del rincón de la astronomía en el despacho de su padre. Gran parte de sus investigaciones habían versado sobre las grandes civilizaciones de la Historia. Lo que en un principio le pareció fuera de lugar, le resultaba ahora totalmente esclarecedor.

—¿De qué nos serviría entonces toda esta infraestructura? —se preguntó Lecygne, mostrando su desconcierto con un tono de voz algo más elevado.

A Peter le costaba creer que el profesor no hubiera llegado a su misma conclusión.

—¿Por qué los mayas, los egipcios, los babilonios o los pueblos asiáticos se desarrollaron por encima de las demás civilizaciones?

Lecygne entrecerró los ojos, analizando aquella pregunta desde todos sus ángulos.

—Una confluencia exitosa de recursos naturales y sabia organización social —describió, sacando a relucir su flema más académica—. ¿Por qué lo preguntas?

Peter se encogió de hombros y fingió decepción.

—¿En qué disciplina destacaron todos ellos enormemente, y yo diría que muy por encima de lo que su ciencia y tecnología eran capaces de proporcionarles?

Lecygne recapacitó unos segundos, volviendo la mirada hacia el foso

cubierto de brillantes espejos, y después al cielo.

—Astronomía... —susurró.

—¡Excelente! —exclamó Peter—. Mi padre gastó mucha tinta en estudiar la ciencia y la tecnología de estas grandes civilizaciones, buceó en sus legados, en sus escritos, y analizó al detalle sus objetos y lugares sagrados... Y ahora sé por qué. Sus profundos conocimientos en astronomía les sirvieron para encontrar un singular secreto en las estrellas, que evidentemente era invisible para los demás pueblos.

—¿La música de las esferas? —titubeó Lecygne.

—¿Por qué no? ¿No encajaría a la perfección con lo que propone Pitágoras en su manuscrito?

—Pero eso significaría que el mensaje ya llegó, y que seguramente ya haya desaparecido.

—No tiene por qué. Ten en cuenta que esas civilizaciones existieron en periodos de tiempo muy diferentes.

—Insinúas que el mensaje está aún ahí fuera...

El timbre del teléfono de Peter cortó la frase de su amigo. Comprobó el número de la llamada entrante y frunció el ceño, descolgando de inmediato.

—Doctor —dijo, sin esperar a que nadie hablara—, dígame, ¿ha pasado algo con William?

Lecygne observó cómo la cara de su amigo iba descomponiéndose por momentos mientras alzaba el tono de voz de la conversación. Se retiró unos metros y comenzó a dar vueltas en círculo, pateando la tierra del terreno cada vez que escuchaba las explicaciones del doctor. Al final, terminó chillándole violentamente antes de colgar.

—¿Malas noticias? —preguntó Lecygne, algo asustado.

—Debo volver rápidamente a Nueva York. William me necesita —dijo con la mirada extraviada—. Philippe, toma la Casa de la Astronomía desde hoy mismo. Si la música fue el regalo que alguien hizo a la raza humana para que dominase el mundo, quiero saber exactamente el contenido de ese mensaje.

Capítulo 31

Miko llevaba todos los barrotes de la jaula marcados sobre su cuerpo. Las manos le ardían del continuo roce con los listones superiores. Iba agarrado con el inútil intento de evitar el vaivén creado por la acelerada huida del grupo de indígenas a través del bosque. Sentía las articulaciones machacadas contra las cañas de la celda y el progresivo entumecimiento de sus miembros debido a la asfixiante humedad. Al menos así no se acordaba de las heridas sufridas en el accidente, ni de otras más internas y dolorosas relacionadas con el desconocido paradero de Alicia.

La marcha era rápida, todo lo veloz que permitían las dificultades del terreno. Los indígenas se movían a la perfección entre los gruesos troncos de los árboles, y sorteaban limpiamente las lianas y enredaderas que se interponían en el camino cual telas de araña para dinosaurios.

Miró hacia arriba y reconoció la causa de la extraña oscuridad que los rodeaba. Las copas de los árboles, apretadas unas con otras, creaban un dosel que impedía el paso de los rayos de sol. Bajo el enorme toldo a más de 50 metros de altura, se representaba una asombrosa escenificación de la lucha por el sol. Millares de especies diferentes pugnaban por robarle un rayo de luz al árbol contiguo. Para este fin todo estaba permitido: trepar, ocultar, estrangular, pisotear...

“No es tan diferente de la jungla del mundo civilizado”, pensó Miko.

—¡Eh, Miko! —gritó Rasán desde su jaula, que le seguía unos metros detrás—. ¿Qué crees que van a hacer con nosotros?

—Supongo que lo normal en estos casos: retenernos hasta que se les pague el rescate.

—Ya, pero... hay algo raro en todo esto, ¿no te parece? Para negociar un rescate, uno no se oculta en mitad del bosque, como están haciendo ellos. Tendrá que haber un contacto físico para obtener el rescate y liberarnos, ¿no? Conozco el mapa de esta zona a la perfección, y por la dirección que estamos siguiendo, nos alejamos cada vez más del mundo civilizado. No sé dónde nos llevan, pero esto no me gusta nada.

—Me da la impresión que estos pobres indígenas quieren algo más que dinero para liberarnos. Mírales, ¿acaso crees que necesitan mucho más de lo que llevan auestas?

—¿Cuál crees que será su petición?

—No lo sé, pero me lo puedo imaginar... ¿No habrán pensado en secuestrar a un empleado de la compañía maderera para forzar a que abandonen su bosque? —preguntó Miko retóricamente.

Por la cara de espanto que puso Rasán, Miko entendió que aún no se había planteado esa opción.

—Tú decir verdad sobre nosotros.

La voz sonó diferente. Rasán no había abierto la boca, seguía rumiando las consecuencias que para él y la compañía podría acarrear aquel secuestro. Miko miró azorado a su alrededor. ¿Quién había hablado?

—Yo no saber tú quién eres —pronunció el jefe del clan indígena, en un pobre inglés—, pero saber Rasán vale como oro.

Dios bendito, pensó Miko, ¡sí que les entendían!

—Mujer de Rasán, hija de hombre malo. Jefe Far Forest Company malvado.

Miko reordenó mentalmente los conceptos soltados en tropel por el indígena.

—Rasán, ¿es cierto? ¿Estás casado con la hija del presidente de la compañía?

Rasán asintió levemente con la cabeza, mirando con rabia al jefe del grupo de indígenas.

—Yo llamar Wobniar. ¿Tú? —preguntó el indígena, señalando a su

inesperado prisionero.

—Miko —respondió, ofreciéndole la mano por entre los barrotes, pero el salvaje no captó la solicitud—. ¿Por qué nos habéis secuestrado?

—Tú decir bien. Bosque se muere, Rimba se muere. Rimba hacer algo, queremos hombres malos y máquinas salir de aquí para siempre.

—¡Malditos Rimba! —gritó Rasán desde su celda—. ¡No les hagas caso, Miko, estos salvajes son unos terroristas! Al mínimo despiste nos destrozan las máquinas o nos sabotean los vehículos. ¡Son una pesadilla para la Far Forest!

El jefe indígena Wobniar mandó parar el grupo y se acercó a Rasán con paso enérgico y los puños apretados. Asió la jaula con sus fuertes manos y la zarandeó compulsivamente.

—¡No hablar mal de Rimba o lamentar! ¡Juro que lamentar!

Rasán se acurrucó en la otra esquina y allí se quedó hecho un ovillo.

Wobniar se tranquilizó, aunque en su cara seguía una expresión de furia contenida.

—Ahora comer. Luego seguir ruta —concluyó.

Miko sopesó la situación a la luz de la nueva información. Los Rimba sabían muy bien a quién debían secuestrar para forzar la negociación, pues Rasán era el actual yerno del presidente de la Far Forest. Era una buena noticia, pues así la compañía maderera se tomaría en serio la solución del secuestro por la vía más rápida y segura. Por otra parte, le preocupaba ser el convidado de piedra de aquella historia de lucha de buenos contra malos.

¿Pero quiénes eran los buenos, y quiénes los malos?

—Te repito la pregunta, Marcel: ¿dónde está mi yerno?

Artum Gordom, el presidente de la Far Forest Company, con los músculos de su cara tensos como cuerdas de violín, esperaba impaciente la respuesta de su jefe de seguridad. Éste parecía haber perdido parte de su aplomo ante la presencia de su superior.

—Han sido los dichosos Rimba, señor —declaró Marcel Westpoint en un tono inferior al empleado en el interrogatorio de Alicia—. Interceptaron el coche de Rasán en la carretera, provocándole un accidente. —Angeline, la

mujer de Rasán, rompió a llorar colgada del brazo de su padre—. Se lo han llevado al interior del bosque, junto con un extranjero: Miko Tarvuk. La señorita Alicia del Toro —dijo señalando a la postrada en la cama— también estaba con ellos, pero pudo ocultarse y escapar.

El señor Gordom dedicó un largo reconocimiento a la española, y cuando hubo terminado suavizó su furibunda expresión.

—Westpoint, dígame algo que no sepa ya, por favor. Por ejemplo, podría empezar por ponerme al tanto de qué estamos haciendo para encontrarlos.

—El helicóptero está sobrevolando la zona, y cuatro equipos en tierra se encuentran barriendo las inmediaciones del lugar del secuestro en busca del rastro que hayan dejado los Rimba.

—Es decir —gruñó—, que no tenemos nada.

Alicia aprobó el dispositivo de búsqueda, pero había algo que le preocupaba. Se atrevió a hablar.

—Señor Gordom, siento lo de su yerno, pero yo también tengo a un amigo secuestrado. Me preocupa qué piensa hacer con la petición de los nativos del bosque.

—No se preocupe, señorita del Toro —indicó con tono conciliador—. Queremos tener de vuelta a Rasán y a su amigo lo antes posible y sin ningún daño. Y para ello no escatimaremos en conceder a los Rimba lo que han pedido.

Alicia suspiró aliviada. El señor Gordom parecía un hombre formal e inteligente. El hecho de que Rasán fuera su yerno le daba garantías de que el dramático secuestro se gestionaría con eficacia y cautela.

—De hecho —añadió—, sus peticiones no son extraordinarias. —Alicia percibió que Westpoint torcía levemente los labios—. Quieren que se les dé en propiedad una pequeña extensión en el bosque, donde no se talen sus árboles, ni donde nadie pueda entrar a molestarles. Además, quieren que les construyamos una aldea allí dentro: unas casas, unos establos, un horno, un pozo, y no sé qué más. Para nosotros no es ningún problema conceder ese rescate. Lo haremos con mucho gusto, porque siempre hemos respetado a los indígenas que viven en nuestro bosque.

—Creí entender al señor Westpoint que los nativos pedían todo el bosque,

no sólo una reserva.

A Artum Gordom se le escapó una fugaz mirada de reojo sobre Westpoint, pero enseguida recompuso su mejor sonrisa.

—Ahora descanse, señorita del Toro. Nosotros no lo haremos hasta devolver a Rasán y a su amigo el señor Tarvuk a casa, sanos y salvos. Vamos —ordenó enérgicamente a la tropa—, esta señorita necesita descansar. La mantendremos informada —finalizó, dirigiéndose a Alicia con una tierna mirada.

Acto seguido, el pelotón se marchó con paso acelerado por el mismo camino por el que habían llegado. En su retirada, Alicia observó cómo el señor Gordom regañaba entre dientes a Westpoint, que asentía como un niño pequeño ante su padre.

Al llegar el mediodía los Rimba detuvieron la marcha. Algunos prepararon fuego, mientras otros habían partido en busca de alimento. Al poco, volvieron con una enorme serpiente de color gris que necesitaba de dos de ellos para transportarla. Mientras el grupo comía, el jefe del clan se acercó a Miko y a Rasán y les ofreció unos pedazos de carne asada. Miko la devoró rápidamente. Rasán la despreció de mala gana, lo que provocó la ira de Wobniar, que le propinó una patada a su jaula. Rasán le desafió con la mirada, confiado en la débil protección que le daba su celda. Por un momento Miko pensó lo peor. Si los Rimba acababan con Rasán, su vida ya no valdría nada. Menos mal que Wobniar pareció recapacitar sobre la cuestión, se dio la vuelta y volvió con su grupo.

—Eh, Rasán. Deberías comportarte bien con los Rimba. Recuerda que eres el rehén. Si la cosa se complica, no tienen más que eliminarte y buscarse otro empleado de la compañía.

—Ni hablar, no pienso obedecer a estos salvajes.

—Debes hacer un esfuerzo y entender su punto de vista, se sienten acorralados en su propia tierra.

—Existe otra versión de la historia, Miko, esa de la que no se hacen eco las revistas ni las televisiones occidentales, ¿quieres oírla o prefieres quedarte con la versión de los “pobrecitos indios que son acosados por la

civilización”?

—Soy todo oídos —indicó Miko sarcásticamente.

—El gobierno indonesio sólo busca lo mejor para su pueblo. La explotación de los bosques trae mucha riqueza para el país, y además la distribuye entre todas las clases sociales. La isla de Sumatra se ha desarrollado como nunca y el progreso ha alcanzado a muchos ciudadanos que de otra manera no hubieran tenido posibilidades. ¿Es acaso eso un delito?

—Por supuesto que no, ¿pero cuánto ha costado y costará este desarrollo? ¿Y cuánto durará? Los bosques, por muy grandes que sean, son limitados, y al ritmo de explotación actual, en veinte años habréis terminado con todos ellos. ¿De qué vais a vivir entonces?

—El desarrollo económico está garantizado. Es cierto que en el pasado se vendieron nuestros bosques a precio de saldo, y de eso —le apuntó violentamente con el dedo—, gran culpa la tienen los compradores sin escrúpulos del mundo occidental. Yo trabajo precisamente en cambiar esa dinámica. Todo el terreno de bosque tropical que se tala se replanta con otros cultivos más rentables. La palma de aceite ha demostrado ser la mejor opción. De hecho, en la actualidad es el producto que más exporta Indonesia. Es una planta que crece muy rápido y genera tres cosechas al año. Además, da mucho más trabajo al personal local que la explotación forestal tradicional.

—Ya veo, el negocio es redondo. Se tala un árbol milenario, cuya madera se vende a buen precio, y en su lugar se planta una palmera que se convierte en una fábrica de aceite vegetal y de dinero.

—Sí —asintió Rasán, encogiéndose de hombros—. ¿Y cuál es el problema entonces?

—Que más nos valdría ver más allá del enriquecimiento rápido. El peligro de la deforestación es enorme, de consecuencias mundiales, no sólo locales. Los bosques son el pulmón del planeta; sin ellos no habría vida en la Tierra. Cuando los quemáis, se libera a la atmósfera todo el CO₂ que han acumulado durante siglos.

—Ya te veo venir, es la misma historia de siempre. Mira, Miko, ni la Far Forest, ni Sumatra, ni Indonesia, somos los culpables del calentamiento global. Hay más actores en el mundo. Sin ir más lejos, la contaminación que

nos atribuyen por el incendio de nuestros bosques es mucho menor que la que generan las fábricas y los automóviles del mundo moderno. Es muy fácil mirar hacia otro lado y desviar la atención sobre los países en desarrollo como el nuestro.

—Es una cuestión mundial, en efecto, pero cada uno tiene que poner de su parte y vosotros no dais ninguna muestra de querer corregirlo.

—En la Far Forest llevamos a cabo una explotación sostenible de los bosques, conforme a las leyes del país.

—Creo que alguien no está de acuerdo con eso —dijo Miko, señalando a los Rimba, que habían terminado de comer y se acercaban a ellos para continuar el viaje—. Creo que estos indígenas han pensado que habéis sobrepasado el límite razonable —apuntó, mientras el molesto traqueteo comenzaba de nuevo.

Durante horas, los Rimba caminaron a través del monótono paisaje del bosque tropical sin pronunciar palabra alguna. Miko concluyó que no eran personas muy dadas a la conversación. Sus rostros parecían marcados por un destino incierto. Miko reconoció que no se encontraban cómodos con la tarea del secuestro, sino que lo hacían obligados por una situación desesperada. Ya entrada la noche continuaron caminando durante un largo rato en la oscuridad. No había duda de que su intención era internarse más y más hacia el corazón del bosque, donde debían de sentirse a salvo. Por un momento, Miko se preguntó de qué parte estaba él, si de los secuestradores o de los rehenes, y se durmió sin poder encontrar respuesta.

A Alicia le irritaba estar allí inmóvil mientras Miko permanecía en paradero desconocido, pero en su estado no podía hacer otra cosa. Debía recuperarse para colaborar cuanto antes en las tareas de búsqueda de los prisioneros.

Volvió a quedarse sola en la enfermería, y cerró los ojos en un intento de olvidar que todo aquello estaba sucediendo realmente. Finalmente se rindió al cansancio.

Fuera, el presidente de la Far Forest Company, Artum Gordom, se había quedado a solas con su jefe de seguridad, el gigante Marcel Westpoint.

—Esos dos, el chico y la chica, quiero toda la información sobre ellos.

—Ya he interrogado a la chica. Son periodistas, y venían a sondear el terreno para filmar un reportaje sobre el desarrollo sostenible.

—¿Desarrollo sostenible? —preguntó, enarcando una ceja.

—Seguro que querían sacarnos las tripas en antena, como han intentado hacerlo todos los extranjeros que han venido por aquí antes.

—No sé con qué intenciones vendrían —dijo Gordom—, pero estoy convencido de que se han visto implicados involuntariamente en el secuestro de Rasán por los Rimba.

Westpoint percibió la duda en su jefe. ¿No se daba cuenta de que la única solución era acabar con el problema de raíz? Los Rimba debían ser aniquilados, no cabían otras opciones.

—Tener a los reporteros por aquí podría ser catastrófico, señor Gordom.

—Sí, nuestra imagen ya está muy dañada por los ecologistas.

—Esta vez podría suponer nuestro cierre definitivo —añadió Westpoint—. ¡Esos detestables salvajes! ¿Cómo propone que procedamos, Señor Gordom? Le recomiendo que ejerza toda la autoridad que posee para asestar un golpe definitivo contra esos Rimba. ¡Ya está bien de dejarnos intimidar por un puñado de indios!

Artum Gordom meditó unos segundos pacientemente.

—Desde luego, no podemos acceder a su petición. Tenemos la concesión del gobierno para llevarnos la madera de aquí. No podemos renunciar a un negocio tan rentable...

—Y esos Rimba no se conforman con su parcelita de terreno, no, en su nota exigen la total retirada de estos bosques. Definitivamente, no podemos aceptar —concluyó Westpoint.

Artum Gordom movía la cabeza a un lado y a otro. No podía apartar de su cabeza a su hija Angeline, la mujer de Rasán.

—Westpoint, encuentra a Rasán —ordenó tajante—. Es lo único que me interesa ahora.

—No se preocupe. Tarde o temprano, por mucho que se escondan en el bosque, los encontraremos. Pero, si me permite el comentario, señor, habría que hacer algo para impedir que la opinión pública conozca el incidente.

—Con esos periodistas aquí dentro, no podremos hacer nada, Marcel,

salvo minimizar los daños.

—No tiene por qué ser así, señor. Podemos manejar la situación a nuestro antojo.

—¿Qué quieres decir?

—En condiciones normales, tras liberar a Rasán, uno de mis comandos se encargaría de eliminar cualquier testigo entre los indígenas. El problema ahora son los dos extranjeros, dos notas discordantes en el problema de difícil solución.

Westpoint carraspeó sonoramente. Creía haber expresado con suficiente claridad sus intenciones, pero su jefe no parecía seguirle la idea.

—Contrólate, Marcel, no quiero que Rasán corra ningún peligro por culpa de tu exceso de testosterona. Por muy mal que me caiga mi yerno, no puedo hacerle eso a Angeline.

—Bien, señor —admitió Westpoint, no sin un leve deje de resignación—, seguiré con las tareas de rescate. Por cierto, ¿qué hacemos con la joven española?

—¿Qué pretendes que hagamos? —preguntó Artum Gordom, airado ante la insistencia de su subordinado—. Déjala en la enfermería. Eso sí, cuando se recupere tendremos que hablar con ella, y convencerla de que este incidente no puede salir a la luz pública.

Westpoint había movido uno de sus contactos en el ejército y había averiguado que Alicia del Toro no era ninguna periodista, pero le pareció que debía guardarse esa baza por el momento. Como tampoco lo era Miko Tarvuk, el secuestrado junto con Rasán. Con una rápida mirada, Westpoint escrutó a su jefe y se percató de que éste ya había dado por concluida la conversación, y que estaba esperando a que se retirase.

—A sus órdenes, señor —dijo con energía y, tras cuadrarse, el jefe de seguridad puso rumbo a su despacho. Debía organizar la operación. Llevaba una triunfante sonrisa en la boca. Hacía tiempo que no ponía algo de acción en su monótona vida de jefe de seguridad. Por muy bien que pagara la empresa privada, y ésta lo hacía magníficamente, echaba de menos sus años en el ejército. La formación, la disciplina, la organización... Ahora podría volver a experimentar las sensaciones de esos años, los mejores de su vida,

antes de que su superior decidiera expulsarle para cubrirse su puto culo tras una operación calamitosa. Un dulce cosquilleo se regocijaba en su estómago. Había vuelto a recobrar la ilusión por su trabajo.

Capítulo 32

Viena, 1787

Amadeus Mozart se había quedado a solas con el objeto que el Conde Waldstein le había entregado segundos antes. Lo observó con detenimiento. Se trataba de una especie de portarrollos cilíndrico, con una tapadera de madera que encajaba en un cierre de plata. Desplazó la tapa e inclinó el cilindro. Un rollo de pergamino se deslizó hacia fuera.

Lo primero que le llamó la atención fue el sello lacrado. Se había esperado el símbolo de la escuadra y el compás, la conocida insignia masónica. Sin embargo, en el sello se podía ver claramente la figura de un cisne. Sin darle más importancia, rompió el lacrado y desenrolló el manuscrito.

De un primer vistazo pudo ver que el contenido se dividía claramente en dos partes. La superior estaba escrita en griego, y debajo aparecían letras sin sentido aparente. Sus ojos recorrieron rápidamente el manuscrito buscando un pentagrama musical o algo parecido. Al no tener éxito, volvió al principio, y comenzó a leer, traduciendo mentalmente del griego:

Cuatro son los legados que un día dejaron para el hombre:

Agua para la creación

*Viento para la expansión
Tierra para la vida
Fuego para el amor*

*Aquel que controle los cuatro elementos terrenales
Tendrá abierta la puerta de la sabiduría
Y se le otorgará el mayor tesoro imaginable.
Sólo el que sepa ver, verá.*

ο κ φ λ σ γ α ο α ι ψ θ η ζ λ φ ι ν δ δ β χ β κ ι ψ τ ζ χ κ η θ δ φ ζ ω
α ψ ζ ω θ α ο ο η ι ο π ρ ω η ζ κ ζ μ χ λ β λ α ε τ ζ χ α η ε σ ι η ρ ν

Mozart cerró los ojos intentando concentrarse. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. ¿Realmente se habían tomado en serio Waldstein y Lichnowsky ese manuscrito?

Intentó serenarse y centró su atención sobre la parte inferior. No eran más que letras sin orden ni concierto. Si el Conde Waldstein intuía que allí se escondía una partitura, era en esa sucesión de letras donde debería encontrarse alguna especie de notación musical. Mecánicamente, su cerebro de músico se puso en marcha. Lo lógico sería pensar que cada letra se correspondía con un sonido. Contó el número de letras que se repetían, encontrando los veinticuatro símbolos del alfabeto griego por completo. Por tanto, tenía veinticuatro notas para componer una obra musical. “Demasiado pocas para algo de calidad”, pensó.

Se dirigió hacia el magnífico piano de cola que había en un rincón. Comenzó con las asociaciones mentales de notas con letras, intentado diseccionar aquel galimatías para encontrar secuencias que pudieran tener un sentido armónico. Pero enseguida encajaba tres notas seguidas que sonaban bien, cuando las tres siguientes chocaban estrepitosamente. Lo volvió a intentar, relacionando algunas estructuras formales con sucesiones de letras; luego se fue a la mitad del párrafo, después probó comenzando por el final, en sentido inverso... Nada.

Después descubrió los números escritos en el reverso: dos, cero, uno,

ocho. ¿Acaso era un patrón a considerar para reorganizar los caracteres antes de convertirlos en notas? Aquello terminó por bloquearlo del todo. Era una sensación desconocida e incómoda. Nunca antes le había ocurrido algo parecido con ninguna de sus sinfonías ni óperas. Aquel papel no podría ser más que una farsa, un juego de niños, o un timo que había caído en manos de las inocentes mentes de dos aristócratas aburridos y seducidos por los acertijos.

“Al diablo”, masculló. Además, aquel asunto del manuscrito no podría estar relacionado con la masonería. Había algo muy extraño en la actitud del mismísimo Gran Maestro. ¿Cómo había podido establecer contactos personales con un miembro de otra organización afincada en Bonn sin pasar por el conocimiento de todos los demás hermanos? Sin duda éste era un asunto que Lichnowsky estaba tratando extraoficialmente al margen del resto de la Hermandad. Aun ostentando el mayor rango de la sociedad local, no le iba a ser fácil explicarse ante el resto de hermanos. De momento callaría, pero más tarde pensaría cómo conseguir algo de Lichnowsky a cambio de su silencio.

Mozart se levantó del piano y se giró rápidamente. Le pareció ver un movimiento fuera, tras la ventana. Cuando iba a acercarse a comprobar qué había sido, Waldstein y Lichnowsky aparecieron atropelladamente en la puerta.

—¿Tiene ya la solución al enigma? — preguntaron al unísono.

Beethoven había permanecido a la escucha, mirando de soslayo al interior de la habitación donde se encontraba Mozart, y con los oídos puestos en la conversación de Waldstein y Lichnowsky. Cuando escuchó las notas discordantes de Mozart al piano, no pudo evitar mirar directamente al interior, hincando las rodillas en el suelo. Observó al músico de espaldas a él, intentando extraer un sentido musical de lo que fuera que estuviera representado sobre aquel rollo de piel. A tenor del ruido que le sacaba al piano, no estaba teniendo mucho éxito. De repente Mozart abandonó el juego y se dio la vuelta. Con un movimiento atlético se tiró al suelo, y rezó para que el músico no le hubiera visto.

Waldstein y Lichnowsky esperaban ansiosos la respuesta.

—¿Están bromeando? No pretenderán que me crea que en ese manuscrito se esconde algo con sentido musical. La única música que se podría extraer de esa secuencia de signos sería un ruido espantoso.

La expresión en los rostros de Waldstein y Lichnowsky tornó a la decepción. Por unos segundos se hizo el silencio.

—Lamentamos mucho haberle importunado —se disculpó Lichnowsky—. Si ese es su parecer, nosotros no podemos hacer otra cosa más que olvidarnos de este insufrible acertijo. Quizás, quién sabe, no se trate más que de una broma.

—Me resisto a creerlo, señores —replicó Waldstein, que no podía disimular su enfado—. La historia que lleva detrás ese pergamino avala su autenticidad. ¡Tiene que poder ser descifrado!

—Bien, no perdamos más el tiempo —le calmó Lichnowsky—, debemos irnos. Seguro que el joven Beethoven nos está buscando desesperadamente. ¿Dónde está la copia del manuscrito?

—La he dejado junto al piano —contestó Mozart.

El Conde Waldstein recogió el papel. Le echó un último vistazo, triste y decepcionado. Creía haber encontrado un gran secreto milenario oculto en aquella inscripción. Tenía la total certeza de que la historia del manuscrito era cierta. Por eso, entre él y Lichnowsky habían convencido a un gran amigo común para profanar el descanso eterno del pergamino. Había investigado aquel escrito durante mucho tiempo, y todos los indicios apuntaban a lo mismo, por increíble que pareciera: el manuscrito contenía el secreto para obtener un inmenso poder. Se había vuelto loco tratando de descifrar el código oculto. Había empezado estudiando la cábala, luego trató de asimilarlo a la fórmula alquímica de la transmutación del metal en oro, posteriormente estudió lenguas antiguas tratando de encontrar palabras mágicas ocultas... pero nada de eso tuvo éxito.

Un día, cuando estaba a punto de darse por vencido por el manuscrito, analizando de nuevo la secuencia de caracteres le pareció que todo cobraba sentido. ¡Una partitura! Eso era, él era un enamorado de la música, y había comprobado en infinidad de ocasiones el poder de sugestión que podían

conseguir unos sonidos bien concatenados. ¿Y si el código del pergamino encerrase la partitura para hacerse con la voluntad total de las personas? Ese sí que sería un magnífico poder.

Pero no había superado la prueba. El mayor genio musical de la historia no había podido desentrañar el misterio, lo que significaba que allí no se ocultaba ninguna melodía.

Sintió una punzada de terror al evaluar las consecuencias del robo del pergamino, y el fatal destino que recaería sobre ellos si fueran descubiertos. Todo había sido en balde.

Cogió la copia y la lanzó con furia al fuego que ardía en la chimenea. Con él, toda su ilusión comenzó a consumirse.

—Vayámonos de aquí, no hay nada más que hacer —dijo, mientras todos se encaminaban de vuelta a la fiesta.

Beethoven logró escuchar lo suficiente como para darse cuenta de que Mozart no había conseguido descifrar el misterio oculto en el pergamino. Estiró la cabeza para ver que todos se marchaban y vio el manuscrito arder en la hoguera.

Sintió un irrefrenable impulso de conocer el contenido de aquel mensaje. Si de verdad se trataba de música, él podría interpretarla. Luego podría ir al Conde Waldstein y reprocharle no haberle elegido a él en lugar de a Mozart.

No aguantó más. Deslizó los dedos por debajo de la parte inferior de la ventana para intentar levantarla. Su corazón se aceleró aún más al comprobar que el cristal se movía con facilidad. La empujó del todo y, apoyándose con una mano en el alféizar, saltó al interior de la estancia. Llegó a la chimenea lo más rápido y silencioso que pudo. La vitela ya se estaba consumiendo, pero había caído en el lateral de los troncos y aún quedaba intacta buena parte de él. La sacó del fuego asiéndolo con dos dedos y la abrió. Por suerte, el contenido escrito no había sufrido deterioro alguno. Ansioso por conocer lo que decía, comenzó a leer.

Sus palpitaciones fueron subiendo a medida que las palabras del mensaje principal iban encontrando sitio en su mente. Cuando llegó a la parte codificada del mensaje, comprendió que esa era la sección que Waldstein había pedido a Mozart que interpretara como música. No eran más que letras,

aisladas e inconexas. ¿Se trataría de una notación musical desconocida para él?

A primera vista no pudo apreciar ningún sentido armónico o patrón de letras que le recordara a las notas musicales en el pentagrama. Si realmente allí residía un mensaje, estaba bien oculto. Abrió su campo de visión al conjunto, intentando interpretarlo como un todo. Sintió una ligera sacudida, seguida por un pequeño mareo. De repente algo había cambiado en el texto, había cobrado sentido en su cabeza. Encontró al principio y al final una secuencia equivalente. Se agarró a aquella clave y la encontró repetida en diferentes formas a lo largo de todo el código. Aquello no podía tratarse de una coincidencia.

Aunque se encontraba en pleno éxtasis, una voz de alarma en su mente le indicó que estaba pasando demasiado tiempo allí. No quería ser descubierto, así que decidió memorizar toda la ristra de letras y desaparecer de inmediato.

El problema era que no se veía capaz de almacenar en su cabeza todo el conjunto de caracteres. Su mente estaba hecha para la música, no para las letras. Eso le dio una idea: asignar a cada letra una nota musical cualquiera. Usando dos escalas cromáticas, compuestas por doce notas cada una, podría completar las veinticuatro letras que allí aparecían. Seguro que no podría recordar todas las letras, pero seguro que no olvidaría la música que se interpretaba con ellas.

Al terminar de transcribir la partitura en su cabeza, escuchó unas voces acercándose tras la puerta. ¡Quizás volvían a por el pergamino!

Arrojó el papel al fuego en un acto reflejo pero, cuando se disponía a salir corriendo, por el rabillo del ojo observó un pequeño detalle que le había pasado inadvertido. El pergamino había quedado del revés, mostrando una nueva anotación por su reverso. Arriesgándose a ser descubierto, se aproximó a la chimenea de nuevo. Con una caligrafía diferente y de mayor tamaño, el fuego estaba a punto de consumir cuatro números perfectamente alineados y separados por guiones: 2-0-1-8. Dos, cero, uno, ocho... ¿Qué significarían esos números? ¿Quizás la clave para decodificar la ininteligible secuencia de letras griegas?

Sólo cuando el manuscrito quedó reducido a cenizas, el joven Ludwig se

percató realmente del riesgo que corría al permanecer allí. Sus oídos sintonizaron los pasos en el pasillo cada vez con más intensidad. Se dio la vuelta como un resorte y en cuatro zancadas estaba saltando por la ventana. Con él también escapaba de la habitación un secreto encerrado durante siglos en unos extraños símbolos sobre un pergamino.

Capítulo 33

Los Rimba estaban mostrando una resistencia fuera de lo común. Miko observó sus diminutos cuerpos, inmunes a la fatiga, imaginando que una fuerza interior, surgida de sus antiquísimos orígenes, les insuflaba ayuda para superar la más difícil encrucijada en la que se habían encontrado como pueblo.

Al fin, un claro se abrió ante ellos, y Wobniar mandó parar al grupo. Se acercó a Miko y a Rasán y con sus propias manos desató las cuerdas que mantenían cerradas las jaulas.

—Ahora vosotros andar con nosotros. Imposible encontrar camino de vuelta.

Habían andado durante dos días enteros a través del bosque, lo cual convertía en una temeridad cualquier intento de huida.

Se encontraban en la cima de una colina, sobre un saliente de roca desde la que se contemplaba una vasta extensión de terreno. Los apagados rayos del sol en su ocaso confirieron al paisaje un matiz tenebroso, casi irreal. Una singularidad rompía el tapiz verde bajo sus pies. A poca distancia, el bosque desaparecía por completo, como un roto en una sábana, para renacer unos kilómetros más allá. Los trazados geométricos en los bordes del descosido indicaban la intervención humana. Bajo la débil luz crepuscular, Miko adivinó un cementerio de gruesos tocones moteando el suelo con un patrón irregular, muñones de extremidades cercenadas por la codicia del progreso.

Miko comprendió que el jefe Rimba les había hecho parar allí

precisamente para que vieran con sus propios ojos una zona de tala masiva.

—Árboles desaparecidos —indicó Wobniar—. Nunca más volver.

Miko se fijó en el jefe Rimba. Sus ojos reflejaban la muerte de un ser querido.

—Ellos cortar árboles. Y después quemar el suelo, quemar la semilla de la tierra.

Miko sabía a lo que se refería Wobniar. El suelo de aquellos bosques estaba formado por turba, materia orgánica en descomposición que almacenaba cantidades enormes de CO₂. Un incendio en la turba era infinitamente más dañino e incontrolable que en los propios árboles.

—Sin semilla en tierra, no más árboles nunca —añadió Wobniar—. Y luego ellos plantar árbol pequeño, pero no árbol Rimba.

Así se quedaron unos segundos, en silencio, contemplando la devastación que el hombre llevaba a cabo sobre uno de sus activos naturales más importantes.

—Nosotros pedir ellos marchar —explicó Wobniar—. Pero no pedir por nosotros. Hacer esto por nuestros hijos. Bosque dar a Rimba todo lo que necesita. Bosque nuestro universo. También casa de los dioses, nuestros antepasados muertos. Ellos vivir cada uno un árbol. Si un árbol caer, espíritu mover a otro árbol. Ellos no contentos.

Miko lo escuchaba atentamente. Rasán lo miraba receloso.

—Nosotros Rimba culpables de no honrar a nuestros dioses, de permitir cortar los árboles. Ellos pedir a nosotros hacer algo.

Sus palabras obedecían a la culpa que sentía aquel hombre por cargar con la desaparición de su propia tribu.

—Desde principio del mundo —continuó—, el Sol y el bosque se llevan bien. Lluvia, calor, todo en su sitio, todo a su tiempo. Ahora ellos no llevarse bien. Pelear, discutir. Rimba morir si no hacer nada.

—Vuestro futuro está amenazado —indicó Miko, animándole a continuar.

—Si nuestros hijos no tener bosque, ellos desaparecer para siempre. No bosque, no Rimba.

Rasán, que había estado mordiéndose la lengua, explotó al fin.

—¡No, Rimba no morir, no! —gritó enfadado, imitando con sorna el

pobre acento de Wobniar—. Otros pueblos indígenas de Sumatra y otras islas de Indonesia han pasado por lo mismo que los Rimba, y no han desaparecido. ¡Podéis trabajar ahí fuera!

—Algunos Rimba intentar forma de vida exterior —contestó Wobniar sin alterarse—. Sedentarismo no bueno para Rimba. Ellos enfermar de cuerpo y mente. Luego morir lejos de familia.

—Miko, te puedo asegurar que esta gente no hace ningún esfuerzo por adaptarse a otras condiciones de vida.

—No es justo imponer nuestras reglas a un pueblo que tiene las suyas propias desde el origen de los tiempos —apuntó Miko.

—Miko hombre sabio —afirmó Wobniar—. ¿Qué hacer tú ahí fuera? ¿Ser jefe de tribu?

—¿Jefe de tribu? —Miko no pudo evitar una sonrisa. Wobniar puso cara de no entender nada—. Soy una persona muy normal. Me dedico a componer música. ¿Los Rimba conocéis la música?

—Sí —respondió el indígena—, Rimba tocar música en ceremonias. Cuando un niño nacer, cuando un anciano morir, cuando una pareja se une, en todo momento música.

Rasán se volvió como un rayo hacia Miko, con la cara encendida.

—¿Cómo que músico? ¿No eras reportero de televisión?

—Bueno —dudó Miko, descubierta en la mentira—, ése es mi trabajo estable. La música es más bien mi hobby.

—¿Entonces tú tocar música en ceremonias? —preguntó Wobniar con creciente interés.

—No, sólo toco para mi gente, para mi familia —indicó Miko, pensando que iba a ser complicado explicarle cómo una canción suya colgada en internet había llegado a todos los rincones del planeta sin haberlo pretendido.

—Es lástima. Música buena para el corazón y el espíritu.

De repente, Wobniar dio un salto y agarró con fuerza a Miko y a Rasán, empujándolos hacia el interior del bosque con inesperada violencia. Al mismo tiempo, dio órdenes urgentes al grupo para que se apartaran de allí.

Desorientado, Miko no sabía qué estaba pasando. Dos Rimba se les acercaron por detrás y le plantaron sendos machetes en el cuello,

advirtiéndoles con claridad de la conveniencia de no intentar movimiento alguno. Tuvo que pasar casi un minuto para que un repetitivo ruido que llegaba desde el cielo se hiciera audible para los prisioneros. El rumor fue subiendo en intensidad, llenando el aire desde el interior de los valles, repetido en las montañas. En unos instantes tuvieron el helicóptero justo encima. Las copas de los árboles formaban un tupido toldo que los ocultaba de la visión aérea. No obstante, el movimiento de las aspas atizaba las ramas superiores, pero sin lograr deshacer el complejo entramado verde. Todos los miembros del escuadrón Rimba permanecían pasmosamente inmóviles, mimetizados con el entorno.

“¡Nos están buscando!”, pensó Miko.

El rumbo del helicóptero no se inmutó al pasar por encima de sus cabezas. ¿Se marcharían sin verles? No podía dejar escapar la oportunidad, pero el acero afilado que rasgaba su nuez le impedía razonar. ¿Qué podría hacer para enviarles una señal?

Y en un momento se acabó, el ruido mecánico que atronaba el cielo se alejó tal y como vino. Las ilusiones de los secuestrados se desvanecieron.

—Ahora cenar y dormir —dijo tranquilamente el jefe Rimba—. Mañana seguir camino.

Era media mañana cuando Alicia salió con paso firme por la puerta de la enfermería. Le habían quitado las vendas y se sentía renovada. Su prioridad era buscar información precisa sobre las tareas de rescate de Miko y Rasán.

El golpe de luz fue demasiado fuerte para unos ojos que habían pasado varios días en el interior de una oscura enfermería, y se detuvo en seco. En ese momento fue consciente también del joven soldado que montaba guardia en el porche, que se le acercó apresuradamente al verla salir. A Alicia le disgustó ese estricto marcaje, pero aprovechó para pedirle que le guiase hasta el despacho de Marcel Westpoint.

Las instalaciones de la Far Forest Company consistían en un edificio central y diversos barracones que lo circundaban. El resto del paisaje, y hasta donde alcanzaba la vista, estaba ocupado por enormes troncos de madera amontonados en pilas monstruosas.

—Adelante, señorita del Toro.

Westpoint lucía impecable su ajustado traje militar. Su voz sonaba amable y serena esta vez. Alicia le tendió la mano, y luego se arrepintió al verla desaparecer bajo los gigantes dedos de su interlocutor. Éste, sin embargo, se la estrechó delicadamente y se la devolvió sin daños.

—Supongo que viene a que le ponga al día de la búsqueda de su amigo — Alicia asintió—. Bien, la mala noticia es que aún no les hemos localizado, pero la buena es que les estamos estrechando el cerco.

—¿Qué quiere decir con estrechando el cerco? ¿Acaso han encontrado alguna pista de su paradero?

—No exactamente. Estuvimos peinando el bosque a ras de suelo durante tres días, describiendo círculos desde el punto de la carretera donde los raptaron.

Marcel Westpoint tenía un mapa cartográfico encima de la mesa, e iba describiendo con la punta del lápiz los movimientos que narraba.

—Esos Rimba son muy listos, conocen el bosque al dedillo, y se saben mover muy bien sin dejar rastro. Tuvimos que suspender las batidas terrestres, y entonces comenzamos con el helicóptero. Cada día está siguiendo una dirección distinta, pero aún no ha encontrado nada.

—¿Sólo tienen uno? ¿Por qué no usan más?

—Bien, sencillamente, porque no tenemos más.

—¿Pero y la policía? No me diga que la policía de Indonesia no cuenta con más recursos que un solo helicóptero.

—Bien... ¿cómo se lo diría para que lo entienda? Es mejor dejar a la policía fuera de este asunto.

—¿Cómo? —exclamó Alicia poniéndose de pie—. ¿Aún no han dado parte del secuestro a las autoridades?

—Cálmese —Westpoint mantenía su tono tranquilo—. No hay de qué preocuparse. La policía lo estropearía todo. Le aseguro que los secuestrados correrían un gran peligro si dejamos que intervenga la Policía. A ellos sólo les preocuparía dar un escarmiento a los insurrectos indígenas por su acto de rebeldía. Se lo aseguro, ya ha pasado en otras ocasiones. Esos aborígenes no caen bien a nadie, y menos al gobierno, al que le servirían en bandeja de plata

la oportunidad de acabar con ellos.

Alicia volvió a sentarse, algo más calmada.

—A nosotros no nos interesa ese desagradable escenario —añadió Westpoint—. Por suerte, la Far Forest Company tiene un cuerpo de seguridad numeroso y muy eficiente.

—Sí, ya he visto que me ha puesto escolta —ironizó Alicia—. Y que esto parece más un campamento militar que un aserradero.

—La compañía tiene que protegerse a sí misma. Ah, y también a sus empleados —matizó tardíamente.

—Bueno, ¿cómo puedo ayudar?

—¿Usted? —preguntó Westpoint, a quien casi se le escapa una carcajada—. Nada, déjelo en nuestras manos.

—Pero he visto el helicóptero parado ahí fuera...

—Ha tenido una avería, pero ya lo han reparado. Va a salir en unos minutos.

—Quiero ir en él.

—No se lo aconsejo, además, de nada serviría.

—¿Por qué no?, son dos ojos más para rastrear el bosque.

—Dos ojos bonitos, si me lo permite, pero para mirar el bosque desde arriba hay que tenerlos entrenados.

—¡No puedo quedarme aquí de brazos cruzados!

La paciencia galante de Westpoint parecía a punto de quebrarse ante la insistencia de la española.

—La mantendré informada —concluyó el militar, levantándose para cerrar la entrevista. Acompañó a la joven a la puerta y se despidió amablemente.

Tras salir Alicia de su despacho, Marcel Westpoint meditaba sobre la situación. Ahora que la falsa periodista estaba recuperada, seguro que comenzaba a meter las narices por todas partes. Aún no sabía qué podía estar tramando una abogada española en la selva de Sumatra, por lo que tendría que someterla a un marcaje muy estrecho. Por lo demás, tenía la situación controlada. Disponía de recursos económicos ilimitados, un pequeño ejército sólo para él, y Artum Gordom parecía contagiado por las ñoñerías de su hija

Angeline, por lo que se sentía en total libertad de manejar la situación a su antojo.

Sólo faltaba una cosa, que por fin llegara el juguete que había pedido. No había sido difícil encontrar lo que buscaba; mantenía buenos contactos en el mercado negro de armas. El radar de visión nocturna de gran alcance permitiría caer sobre los Rimba como un halcón sobre un ratón. El espectáculo no había hecho más que comenzar.

Capítulo 34

Nada había cambiado en la habitación del hospital de William. Todo permanecía igual que siempre. La mesita de noche con el libro “El principito” que Peter le leía de vez en cuando, la ropa de vestir en el armario por si un día despertara de repente, el equipo de música con el CD de los Beach Boys que tanto le gustaba, y las láminas en la pared de bonitos lugares del mundo para evitar pensar que William permanecería allí hasta su muerte.

El escenario parecía una fotografía, un instante congelado en el tiempo. “Como el cerebro de William” —pensó Peter.

Había acudido de inmediato a la llamada del doctor. Tenía noticias, aunque ya adelantó que no eran buenas. En ese momento entró por la puerta, con una expresión circunspecta en su rostro.

Era el tercer médico que se encargaba de cuidar a William en los últimos cinco años, ya que Peter no sólo exigía un perfil concreto, sino también afinidad a sus terapias neuromusicales. No quería cortapisas a los frecuentes traslados de William a su laboratorio para someterse a sus experimentos.

—¿Cómo está William? —preguntó, pasando por encima de las presentaciones.

—Sus signos vitales son buenos, igual que siempre, pero los últimos análisis demuestran que ha contraído sarcopenia.

Peter tradujo directamente las dos raíces griegas de la palabra para encontrar el significado.

—“Sarco”: carne, “penia”: carencia. ¿Está sufriendo mi hermano

degeneración muscular?

—Así es, y a un ritmo mayor de lo que la alimentación rica en aminoácidos que le estamos administrando puede contrarrestar.

—¿Cuál es el efecto sobre su cuerpo?

—Las fibras musculares ven limitada su capacidad de contracción en gran medida. Si estuviera despierto, sufriría dolores musculares, contracciones, pérdida de fuerza y de rendimiento físico. Es una enfermedad típica en las personas mayores, pero en el caso de su hermano, evidentemente está provocada por la inmovilidad asociada al estado de coma.

—Pero para eso está la rehabilitación fisioterapéutica —se quejó Peter.

—No es suficiente, se necesita que el paciente se ejercite por sí mismo, en este caso no es válida la ayuda externa.

—¿Es grave?

—No se va a morir de esto, ni es doloroso en su estado, ni le va suponer cambio alguno...

—Si bien...

—Si bien, haber contraído esta enfermedad delata la tendencia que puede tomar su organismo a partir de ahora. Esta enfermedad es síntoma de un envejecimiento temprano, y no sería extraño que sobrevinieran síndromes parecidos.

—¿Quiere decir, doctor, que el cuerpo de mi hermano ha decidido morirse, que ha iniciado una espiral autodegenerativa ante la incapacidad de poder volver a la consciencia?

—Todavía es pronto para diagnosticar algo así, pero he visto otros casos de coma que terminan de esa manera.

—Supongo que existe algún tratamiento.

—La única curación es que volviera a la consciencia. Todo se arreglaría con un poco de ejercicio físico todos los días, nada más. Mientras siga en coma, poco podemos hacer.

—Está bien, doctor, lo he entendido. ¿Podría dejarme solo unos minutos?

El doctor obedeció y cerró la puerta tras de sí. Peter acercó una silla a la cama de William, le tomó la mano blanda y cálida, y hundió la cabeza en las sábanas.

“William, ¿por qué has decidido morir? Espera un poco. Yo puedo salvarte, pero necesito que aguantes”.

Pero la verdad es que estaba empezando a desesperarse. Hacía un mes que los laboratorios que había construido para las Casas de la Aritmética y la Geometría funcionaban a pleno rendimiento, y había dejado a Lecygne a cargo del radiotelescopio de la Casa de la Astronomía. Es verdad que no esperaba un resultado inmediato, pero la música de las esferas seguía en el más absoluto silencio. La Casa de la Aritmética intentaba decodificar el pergamino usando toda la maquinaria de computación disponible al día de hoy, la Casa de la Geometría lo intentaba robar de las ondas poniendo el oído en toda la producción musical planetaria, por si acaso alguien se hubiera adelantado, y Lecygne en la Casa de la Astronomía tenía por delante una ardua tarea de rastreo de ondas interplanetarias. Había cubierto bien todas las posibilidades de dar con la solución al enigma, y había utilizado las técnicas que Pitágoras desarrolló en vida y con las que su padre lo intentó hasta el final de sus días. Pero el resultado se le estaba escapando.

Él se había quedado con la Casa de la Música, con el objetivo de descubrir la música de las esferas por él mismo, de crearla, de obtener el mismo resultado al que llegó Pitágoras. Había creído que estaba preparado, pero ahora se daba cuenta, con William delante de él durmiendo eternamente, que el papel autoimpuesto del alquimista que iba a destilar la música de las esferas le venía un poco grande aún. ¿Por qué si no estaba su hermano todavía en coma? ¿Qué clase de experto en neuromusicología se creía si no era capaz de revivir a lo único que le quedaba en esta vida?

Con él había probado de todo. Sus líneas de investigación por completo estaban de alguna manera orientadas a hacer reaccionar el cerebro de William, pero hasta ahora nada había funcionado.

La esperanza había cobrado fuerza con los últimos descubrimientos en regeneración neuronal. Se había demostrado la neuroplasticidad del cerebro, y por tanto se abría una vía de investigación muy interesante para lograr sustituir zonas muertas del cerebro por nuevo tejido neuronal que reparara la función dañada. Él estaba seguro de poder desplazar las recién descubiertas células madre neuronales desde su depósito en los ventrículos laterales hasta

cualquier sitio por la mera inducción de la música y los sonidos, pero la realidad era que aún no había podido controlar este efecto sin causar peores daños a los pacientes. Los escasos enfermos que habían sobrevivido a estas prácticas habían recuperado la consciencia, pero a costa de perder la memoria, las habilidades básicas como comer o hablar, y manteniendo únicamente los instintos básicos de supervivencia. Él usaba la palabra “formateo” para describir lo que ocurría, pues el cerebro quedaba tan limpio como el disco duro de un ordenador al aplicar esa función. Las células madre, vírgenes de todo aprendizaje, usurpaban el papel de las neuronas ya enseñadas, por lo que para el paciente era como volver a nacer, y para su cerebro como regresar a un estado original. El problema era que estos pacientes ya no volvían a aprender nada, se quedaban en estado catatónico de por vida, como un ordenador que al arrancar no encuentra su sistema operativo y se reinicia, una y otra vez.

El objetivo a corto plazo estaba claro: tenía que lograr limitar el efecto de la música para evitar el colapso. Así permitiría al cerebro desarrollarse de nuevo.

Pero su investigación estaba estancada. ¿Qué más podía hacer? ¿Encerrarse en su laboratorio y echar horas y más horas con pruebas sobre nuevos pacientes? ¡Eso le podría llevar años!

Ahora las circunstancias le apremiaban, y el estado de salud de su hermano exigía tomar una decisión urgente.

El timbre de su teléfono móvil le sacó del trance. Era su amigo Stephen. Su voz sonaba entrecortada, parecía ansioso y apurado.

—Peter, ¿has oído hablar de las nuevas revueltas en Egipto?

A Peter aquella pregunta le cogió por sorpresa. Había leído que se habían producido nuevos enfrentamientos entre los militares y el gobierno en Egipto, situación que habían aprovechado los extremistas musulmanes para enardecer a la población, pero no entendía qué relación podían tener estos acontecimientos con él.

—Sí, estoy enterado, ¿por qué lo dices?

—¿Recuerdas la “Primavera Árabe” de 2011? El mundo árabe, harto de tanta pobreza y represión, se levantó contra los regímenes autoritarios para

pedir libertad.

—Lo recuerdo. Algunos países tuvieron más éxito que otros.

—Lamentablemente en Egipto la revuelta se quedó en el intento. Se derrocó a Mubarak, que no es poco, pero es cierto que el país no ha alcanzado aún la estabilidad.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Peter, al borde de la irritación.

—Es nuestra oportunidad para extender el estilo de vida occidental a los países árabes, tan inaccesibles siempre para nosotros. Tenemos que ayudar a esa gente a derrocar a sus ejércitos y dictadores, a liberarlos del yugo de la religión, y de paso instaurar un sistema político y social occidental.

—¿Y qué quieres de mí?

—¿Acaso no lo imaginas? Tienes que ponerle música a la revolución. Internet está jugando un papel principal, como tú vaticinaste, en la difusión de las ideas libertarias. Vete allí inmediatamente y sumerge tus canciones en las entrañas de la revolución. Ayúdales. Y ayúdanos.

Capítulo 35

Desde el día anterior, Alicia había observado por el balcón de su habitación un movimiento creciente de personal de seguridad alrededor del cuartel de Westpoint, justo tras la llegada de un extraño camión. Material especial de rastreo, le había respondido el coronel. No le daba buena espina tanto alboroto militar, si la solución al conflicto se suponía iba a llegar por la vía pacífica.

En ese momento se encendieron los motores del helicóptero, tronando el aire y haciendo vibrar el suelo bajo sus enormes palas. Estaba anocheciendo, ¿tenía sentido una pasada de rastreo nocturna? Hasta ahora no había ocurrido.

Un comando de soldados uniformados salieron en fila, marcando el paso, desde el barracón. Tras ellos, Westpoint con aire de mariscal de campo.

Alicia actuó sin pensarlo. Salió corriendo de su habitación, alcanzó el patio y como una flecha se introdujo en el helicóptero, sentándose en el suelo entre las dos filas de soldados que la miraron atónitos.

Marcel Westpoint se volvió desde la posición del copiloto. ¡Otra vez la insolente española! La miró con ira, pero Alicia aguantó el envite. Ella señaló con el dedo hacia el suelo del helicóptero, indicando que de allí no se movería. El ruido era ensordecedor.

El coronel pareció hablar por radio con alguien de la base. Asintió con la cabeza. Emprendían la marcha.

Un conocido rumor fue llenando el aire, elevando su intensidad

paulatinamente. Hacía muchos días que no habían tenido la visita de la libélula de metal, pero aun así los Rimba no se inmutaron, creyéndose a salvo bajo el impenetrable dosel del bosque.

Pero esta vez, tras pasar sobre sus cabezas, el helicóptero dio un giro y volvió hacia ellos.

—¡Nos han encontrado! —exclamó Rasán.

Miko sopesó la opción de escabullirse para hacer alguna señal, pero sintió que así traicionaría a los Rimba, y de inmediato desechó la idea.

Mezclado con el machacón martilleo de las hélices comenzó a llegar otro sonido diferente. Al principio Miko no pudo reconocerlo, pero al rato oyó nítidamente una voz amplificada por la megafonía. Hablaba en inglés, y Miko tradujo para Wobniar, que no captaba el mensaje entre el estridente ruido.

—Están diciendo que todas las peticiones de los Rimba son aceptadas por la Far Forest Company, a cambio de la liberación de los rehenes.

Wobniar dudó de las intenciones de los extranjeros.

—Hasta ahora siempre confiar, siempre traicionar.

—Habéis ganado —continuó Miko—, y yo me encargaré ahí fuera de que cumplan su palabra.

El jefe Rimba asintió.

—Bien. Rimba confiar en ti. Venir conmigo, claro en bosque está cerca. Allí vosotros marchar.

Wobniar habló para su grupo, que recogió la noticia con alegría pero sin gran emoción. La duda flotaba aún en el ambiente. Cambiaron ligeramente de rumbo y a un kilómetro se encontraron en la rocosa cima de una colina, que estaba despejada de árboles. Desde allí se hicieron visibles al helicóptero, que se presentó al instante.

Aterrizó en el centro del calvero, levantando una gran polvareda mezclada con hojas y ramas de los árboles cercanos. Sin esperar a que se frenaran las aspas, el coronel Westpoint saltó a tierra, acompañado por un pelotón de ocho soldados. Uno más quedó dentro reteniendo a Alicia.

Lo que el coronel Westpoint se encontró frente a sí hizo que le saltara su alarma de seguridad interior, un instinto que no le solía fallar. Reconoció de inmediato a Miko y a Rasán, con las manos atadas a su espalda, y junto a

ellos, un nativo Rimba reteniéndoles. Automáticamente, se activó su entrenada visión periférica, en busca de otros elementos enemigos, pero no encontró nada. Según la descripción del radar nocturno, el grupo de indígenas era numeroso. ¿Dónde se estarían escondiendo? No podía verles, pero sentía las invisibles miradas de esos malditos salvajes sobre su cogote. Tendría que actuar con cautela.

Al fin la hélice detuvo su estridente giro, y permitió la comunicación entre los dos grupos, que quedaron separados unos veinte pasos. Westpoint ordenó bajar las armas a su pelotón, que lo escoltaban desplegando una perfecta formación en abanico.

—Rasán, todo esto ha terminado —indicó el coronel con voz firme—. Y usted debe de ser Miko Tarvuk. Estamos aquí para llevarles a casa.

—¿Y qué hay de las peticiones de los Rimba? ¿Van a cumplir la promesa de marcharse de este bosque? —preguntó Miko en voz alta.

—Vaya, ¿le importan más las peticiones de esos chiflados que su propia seguridad?

—Los Rimba sólo quieren lo que es suyo, lo que les pertenece por herencia.

—Ajá, otra víctima más del “síndrome de Estocolmo” —ironizó el coronel.

—¿Van a aceptar sus peticiones o no? Queremos ver el documento firmado por el gobierno de Indonesia.

A Westpoint se le escapó una risotada.

—¿Gobierno de Indonesia? ¿Ven por alguna parte al gobierno de Indonesia? —su voz resultaba cada vez más petulante. Se veía dominador de la situación y eso le hacía crecerse.

En ese instante, un ruido de pasos acelerados se escuchó a la espalda de Westpoint. Alicia había escapado del helicóptero y había echado a correr en dirección al grupo. Un soldado la interceptó a la altura del coronel.

—¡Alicia! —gritó Miko, que hizo ademán de correr hacia ella. Wobniar lo sostuvo con fuerza, impidiéndoselo.

—¡Miko!, ¿estás bien? —gritó Alicia con ojos de felicidad, aunque enturbiados por el miedo. Sintió el impulso de llorar, de abandonar la lucha.

Confiar en la Far Forest había sido un tremendo error.

—¡Qué escena tan bonita! —saturizó Westpoint, cuyo sadismo se iba destilando por sus poros en forma de gotas de sudor—. Bien, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, claro, por la exigencia de los Rimba. Pero para exigir algo así hay que tener una moneda de cambio, y la suya, los rehenes, no tiene ningún valor ahora.

—Hay mucha gente que nos estará buscando. No sería inteligente, ni para usted ni para la Far Forest, hacer ninguna tontería.

—¿Mucha gente, dice? Le aseguro que no somos más que los que aquí estamos. ¿Pretendían engañarme con ese jueguito de los periodistas? Sé exactamente quiénes son —Westpoint marcó un movimiento ascendente con su brazo, al que el pelotón respondió, al unísono, alzando los fusiles—, como también soy consciente de que nadie, absolutamente nadie, sabe que están aquí.

Miko se vio claramente en una situación de desventaja; pero aún le quedaba una baza.

—¡La chica por Rasán! —gritó.

Westpoint apenas se lo pensó un segundo. En realidad le estaban dando gratis lo que quería.

—¡Dejadla ir! —ordenó con altivez—. Ya no nos puede causar daño.

“Mataré dos pájaros de un tiro”, murmuró entre dientes.

Al unísono, Alicia y Rasán echaron a correr en direcciones opuestas.

Con el ímpetu del abrazo casi hace caer a Miko, que reprimió sus ganas de abrazarla también. Alicia le dio un improvisado beso en los labios que lo dejó pasmado. ¡Su primer beso, y él sin poder estrecharla entre sus brazos!

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó con voz temblorosa.

—En cuanto esto se líe, correr.

Dicho esto, Wobniar hizo la señal acordada. Agudos silbidos provenientes de los árboles cercanos rompieron el silencio. Varios soldados cayeron al suelo como pesos muertos. Otros se agitaban asustados, echándose mano a diversas partes del cuerpo, allí donde los dardos venenosos se habían clavado. Westpoint, desconcertado por el ataque, vio cómo ningún fusil apuntaba ahora al indígena y a los extranjeros. Notó dos agujonazos en sus piernas. Se

vio como el centro de una diana. Los empuñó y los arrancó con violencia, desgarrándose parte de la piel. El bramido que dejó escapar retumbó en kilómetros a la redonda.

Aprovechando el desconcierto, Wobniar, Miko y Alicia se dieron la vuelta como un resorte y empezaron a correr lo más rápido que podían, buscando refugio en el interior de la jungla. Alicia, presa de un miedo atroz, sentía la mirilla de Westpoint apuntándole en la nuca, pero no se podía permitir mirar atrás. Agarró la mano de Miko y corrió. Corrió como nunca lo había hecho antes.

Wobniar, como si fuera una gacela por la sabana, se desenvolvía ágilmente por entre los obstáculos que interponía la tupida maleza. De vez en cuando miraba hacia atrás y aminoraba un poco la carrera, esperando a los extranjeros, que ahora eran tan víctimas del ultraje de la Far Forest como él y el resto de los Rimba.

Un ruido lejano de armas automáticas les hizo parar en seco. Escucharon gritos lejanos de desesperación ahogados por la densidad del bosque, y luego más rumor de armas. Estaban dando caza a los Rimba que se habían encaramado a los árboles para poder cubrir la posible huida de su jefe. La revancha que se estaban tomando los militares era desmedida, habida cuenta del desequilibrio de fuerzas entre los contendientes. La cara de Wobniar se entristeció al oír morir a sus hermanos. Pero también se enorgulleció; estaban dando la vida por sus creencias, luchando por la supervivencia de su pueblo. Y morían matando, pues los dardos envenenados eran mortales.

—Nos persiguen —indicó Miko, recuperando el aliento.

—Sí, ellos cerca. Nosotros correr deprisa —indicó Wobniar.

—¿Pero hacia dónde vamos? ¿Cómo podremos escapar de ellos?

Wobniar vaciló unos segundos, y luego recuperó su semblante más sereno y firme.

—Única oportunidad para nosotros es usar arma de los dioses contra ellos.

—¿Pero tenéis armas? ¿Por qué no las hemos traído? ¿Podríamos estar luchando de tú a tú, en lugar de huir despavoridos!

—Arma no poder traer con Rimba. Rimba ir a donde estar el arma.

—Dondequiera que estén las armas, ¡vayamos corriendo! —interrumpió Alicia—. El coronel nos dará caza enseguida si seguimos aquí parados.

El jefe Rimba pareció sorprendido al oír a una mujer expresarse con tal decisión y firmeza. Luego miró a Miko, dejó escapar una sonrisa cómplice y reanudó la marcha a grandes zancadas, siguiendo un camino que sólo existía bajo las plantas de sus pies.

A sólo unos centenares de metros de distancia, Marcel Westpoint se disponía a descargar su furia sobre un inocente joven de la tribu Rimba que había elegido como cabeza de turco. Aquel niño, pese a estar de rodillas y maniatado, le mantenía la mirada sin desfallecer; una mirada dura e indomable que reflejaba la inquebrantable voluntad de su pueblo. Él iba a pagar por el chantaje que había pergeñado el jefe de su tribu, y por la arrogancia de los dos entrometidos extranjeros que se le habían unido a la causa. Se sentía humillado en su honor militar, mancillada su hoja de servicio, y derrotado en su estrategia de combate. Había intentado seguir a los escapados en su huida hacia la espesura del bosque pero a los pocos minutos se dio por vencido, el rastro había desaparecido. Además, había sufrido muchas bajas. Decidió dar media vuelta y volver al helicóptero. Aún podría seguir usando el radar de visión nocturna.

De un bolsillo adosado a su pernera desprendió un puñal de asalto, lo agarró con firmeza y se deleitó con las perfectas curvas de su afilado acero, moviéndolo con lenta y sádica parsimonia ante el impertérrito semblante del valiente joven Rimba.

Cuando se dio la vuelta para volver al claro del bosque, Westpoint dejó detrás de sí un charco rojo y brillante que contrastaba sobre el oscuro humus que cubría el suelo. No se dio cuenta de que la mancha, espesa y caliente, parecía perseguirle como un ser vivo con múltiples tentáculos, alimentada por la fuente, diríase inagotable, del cercenado cuello del joven Rimba.

Si se hubiera dado la vuelta, se habría preguntado cómo un solo hombre podía llegar a sangrar tanto. No habría entendido que era la sangre de un pueblo salvaje, más bien la de todos los pueblos originales de este planeta, que una vez vivieron en paz con las fuerzas naturales que lo rodeaban, la que

manaba a borbotones desde la seccionada carótida. Con esmero, limpió la hoja del cuchillo y lo guardó en su funda.

Las cosas buenas de la vida había que disfrutarlas con calma.

Capítulo 36

Crotona, Sur de Italia. Año 515 a.C.

El hombre allí sentado, con las rodillas entrelazadas, los ojos perdidos y la mirada ausente, bien podía haber pasado por un loco a los ojos de cualquiera que transitara por allí a tan tempranas horas de la mañana. Pitágoras disfrutaba del alba de un nuevo día como más le gustaba, en soledad y silencio, observando cómo el gran disco solar emergía del mar pausadamente. Desde su paso por Egipto, donde adoraban al astro rey como el mayor símbolo de poder sobre la Tierra, sentía un vínculo especial con él. Estaba convencido de que le transmitía la clarividencia necesaria para poder descubrir y desentrañar los misterios que había resuelto durante toda su vida. Sin embargo, aquel día se ocultaba con timidez detrás de una espesa bruma matinal. Quizás para no dejarle pensar con claridad.

El tiempo se estaba acabando. En cuestión de minutos la maquinaria mercantil se pondría en marcha, convirtiendo los alrededores de su templo en una sonora algarabía compuesta por el ir y venir de la gente, el lento y pesado paso de los carros por la calzada empedrada y el bullicio generado por las tareas de la descarga de las mercancías y provisiones. Con el paso de los años y el aumento de su respetabilidad como filósofo había podido ahorrar lo suficiente para trasladarse a las afueras de la ciudad y erigir allí el hogar de su comunidad, aunque aún no se sentía lo suficientemente lejos del mundo.

Y del ruido. Eso era lo que peor llevaba. El ruido era el exponente más claro de la confusión, la imperfección y la indecisión que habitaba en el alma de los hombres. Así que se esforzó en mantener su estado de concentración un poco más, alargando esos segundos de profundo silencio practicando el enriquecedor ejercicio de escucharse a sí mismo.

Se trataba de su ritual particular. La contemplación del amanecer le hacía sentirse en armonía con la Naturaleza. El Sol volvía a salir un día más, y ya con la escasa fuerza de los primeros rayos, él notaba su propia energía interior renovarse. Era entonces cuando comenzaba a percibir la agradable y adictiva sensación de formar parte del universo. Quizás una pieza pequeña e insignificante, pero clave como todas las demás para perpetuar el infinito movimiento del cosmos. Sin embargo, este privilegio para su persona le obligaba también a mantener ciertas actitudes y sacrificios para hacerse merecedor de tan alto honor. Como un miembro más del orden que reinaba en el universo, él también debía lograr su plenitud como individuo e intentar alcanzar el mayor grado de pureza en su alma.

Este sencillo concepto que ligaba la existencia personal a la concepción global del universo era el eje de su vida y de su doctrina, pero en ese momento sólo sirvió para encender la chispa que trajo a su cabeza los amargos recuerdos sobre los peores años de su vida, aquellos asociados al destierro de su tierra natal. A su regreso de Egipto, de aquel maravilloso viaje a los orígenes del saber, los problemas se sucedieron en cadena. La ilusión de compartir sus descubrimientos con sus compatriotas chocó frontalmente con el poder reinante en Samos. Polícrates sometía al pueblo a una brutal tiranía apoyándose en el floreciente comercio, y al pueblo, cada vez más rico, no le importaban los abusos de poder de su gobernante.

Los discursos de Pitágoras no gustaron desde un principio a la clase gobernante. Desde antiguo se había creído que los designios del mundo eran regidos de manera incuestionable por la pléyade de dioses que convivían en el monte Olimpo. ¿Por qué cambiar las creencias de la gente?, le recriminaban. Las presiones se fueron convirtiendo en amenazas, a la par que su popularidad iba en aumento. Sus discursos sobre religión y ciencia eran multitudinarios, y le perseguían muchos discípulos que empezaban a

venerarlo casi como a un dios.

La tensión fue en aumento hasta que Pitágoras llegó a la conclusión de que era mejor dejar la ciudad. Con mucha pena abandonó su isla de Samos para probar fortuna en alguna colonia griega del oeste. Un barco le llevó hasta Crotona, en el golfo de Tarento, al sur de la Península Itálica, y allí había permanecido todo este tiempo, enamorado de su generoso clima, de sus áridos campos de olivos y vides, y de sus espléndidos amaneceres sobre el mar azul turquesa.

Esta pequeña ciudad lo recibió sin prejuicios, y fue allí donde explotó sus capacidades como sabio y maestro. Crotona fue también la que vio nacer a su comunidad. Pitágoras se había sentido en la obligación de crearla, ya que le angustiaba la idea de que todo su saber muriera con él. Necesitaba compartir sus conocimientos, pues estaba convencido de que eran los auténticos, los primordiales, los que sacarían al pueblo del ostracismo intelectual. No podía ser tan egoísta como para disfrutarlos en soledad.

Había tenido el acierto, en sus primeros discursos en Crotona, de asimilar su concepción religiosa con la mitología preexistente, haciéndola más fácil de asimilar para la población. Su fama de erudito se extendió rápidamente por toda la comarca, y pronto tuvo una legión de seguidores que lo acosaba a preguntas. Él se congratulaba de haber despertado ese instinto entre sus vecinos. Muchos de ellos vivían ensimismados en sus enseñanzas, parecían no pensar en otra cosa más que en seguir aprendiendo de su maestro. Para este grupo de avanzados, Pitágoras preparaba discursos de más alto nivel que para el ciudadano de a pie. Fue necesario dividir sus enseñanzas en dos. Las exotéricas, *las de fuera*, asequibles al gran público, y las esotéricas, *las de dentro*, para los iniciados. Y así se fue produciendo un continuo acercamiento de devotos que desembocó en la fundación de una casa-templo donde el grupo de iniciados compartía su vida con la del maestro.

El sonido de una campana tañida por alguno de sus discípulos lo sacó de golpe del estado de trance en el que se encontraba, y sus lejanos pensamientos desaparecieron como por ensalmo.

Debía incorporarse y regresar al templo. La ceremonia matinal iba a comenzar.

“Damos gracias a aquel que nos ha iluminado con la Tetraktys, raíz del conocimiento, árbol de la sabiduría”. El eco de estas palabras, pronunciadas al unísono por el grupo de discípulos, resonó en las paredes de la sala de ceremonias.

La sobriedad marcaba el decorado. Ningún objeto ni adorno que pudiera distraer de las enseñanzas. Sólo un discreto altar, tras el cual se situaba Pitágoras, destacaba por encima del resto de la sala. A los lados, dos filas de sencillas columnas servían de respaldo a algunos estudiantes. El resto se desparramaba por el suelo, tomando notas del discurso de su maestro.

La ceremonia matinal era un acto de reforzamiento de la fe. Pitágoras creía que lo primero que había que hacer en el día era recordar lo ya aprendido, para así facilitar la entrada a los nuevos conocimientos. Por lo tanto, la ceremonia era un diálogo, ya aprendido por los discípulos, entre el profesor y los alumnos.

Tras el preceptivo saludo de la audiencia, Pitágoras comenzó la rueda de preguntas.

—¿Cuáles son los pilares de nuestra fe?

—Contemplación, conocimiento y purificación —contestaron los alumnos a coro.

—¿Qué es la contemplación?

—Es la observación del movimiento regular de los astros.

—¿Por qué es beneficiosa la contemplación?

—Porque nos asimila al orden universal.

—¿Y qué conseguimos con sentirnos parte del orden cósmico?

—Purificarnos.

—¿Purificamos nuestro cuerpo?

—No, maestro, purificamos nuestra alma, que está encerrada en nuestro cuerpo temporalmente.

—¿Y qué hará nuestra alma al morir el cuerpo?

—Se reencarnará en otro cuerpo, para seguir purificándose.

—¿Tiene final el ciclo de transmigraciones del alma?

—Sí, maestro, cuando el alma alcance su estado de máxima perfección.

—¿Qué forma tendrá el alma entonces?

—La de una esfera, la forma más perfecta.

—¿Qué tenemos que hacer entonces con nuestro cuerpo mientras viva?

—Dedicarlo a la purificación del alma que hay en su interior.

—¿Qué reglas marcamos para una buena conducta?

—Silencio, obediencia, abstinencia y sencillez.

—¿Cuál es la principal vía de contemplación del universo y del acercamiento del alma a él?

—La práctica de la ciencia.

—¿Cómo se dividen las enseñanzas del conocimiento?

—Son cuatro *mathematas*: Aritmética, Geometría, Astronomía y Música.

—¿Cuál es la principal *mathemata*?

—La música, porque en ella se resumen todas las anteriores, manifestándose la naturaleza divina que todo lo rige en algo sencillo y entendible por el hombre.

—¿Cuál es la piedra sobre la que descansa la explicación de la materia?

—El don sagrado; el Número.

—¿Qué se consigue con el Número?

—Captar el significado del orden natural, plasmar en un concepto humano la naturaleza divina, dejar de ser esclavos del universo, convirtiéndonos en sus dueños.

—¿Podéis hacer públicas estas enseñanzas fuera de este templo?

—No, de ninguna manera. Damos gracias a aquel que nos ha iluminado con la Tetraktys, raíz del conocimiento, árbol de la sabiduría.

Con la repetición del mismo saludo inicial se terminaba la sesión. El resto del día consistiría en aulas de diferentes temáticas, donde los alumnos ponían en común sus conocimientos y se retaban en discusiones teóricas o en problemas de geometría o aritmética, o comentaban las últimas lecciones de astronomía o música. Pitágoras pasaba por allí cuando podía para responder a las inquietudes de sus discípulos o enseñarles algún secreto aún desconocido.

Por la tarde, el maestro solía salir del templo, a alguna cita intelectual o algún discurso público, pero aquella tarde no tenía prevista ninguna salida. Aprovechando la hora en que sus alumnos estarían cenando, se retiró en silencio, saliendo del templo por la puerta que daba al jardín posterior. Un

camino marcado con losas de pizarra bajaba semioculto entre rosales, geranios y claveles, hasta un promontorio sobre el mar. Allí había mandado construir un pórtico circular sustentado por esbeltas columnas, que cubriría con un techo plano de piedra. Ahora podía ver los cimientos de la obra que se estaba realizando, pero sólo la estrella de cinco puntas que había ordenado dibujar sobre el suelo estaba ya terminada. Había jugado con mármoles de diferente procedencia para conseguir un efecto sorprendente. De día apenas se notaba la figura, pero en las noches claras, la luna arrancaba de la superficie de las losas interiores, algo más oscuras, un brillo que las diferenciaba de las demás, reluciendo la sagrada forma del pentáculo. Imaginó que la sombra que daría el templete cuando estuviera terminado, junto con sus magníficas vistas, lo convertiría en un lugar ideal para la meditación.

Una sensación de tristeza y melancolía lo había embargado durante todo el día, y a esa hora de la tarde descollaba como frustración y amargura. Era la hora de despedirse de su ansiado tesoro, el papiro que encerraba el secreto de la música de las esferas, el paradigma de la armonía universal, la llave para descubrir todos los misterios del universo. La herramienta que permitiría al ser humano convertirse en dueño del mundo, superando el papel de simple marioneta del universo.

No había hecho público su contenido a nadie, ni siquiera a sus discípulos más aventajados. La diferencia de edad con sus alumnos creaba una barrera psicológica que dificultaba la amistad. Además, sus adeptos lo trataban prácticamente como a un dios, un ser supremo, situación sin duda que él había propiciado con la instauración de ciertos hábitos y costumbres en su comunidad, que ahora se le volvían en su contra y le abocaban a la soledad. ¿A quién legaría su valioso tesoro? ¿Quién podría tener la capacidad de leer el contenido oculto en ese papiro? Echaba de menos a Enufis. A pesar de que entre sus discípulos existían mentes realmente excelentes, no veía a ninguno en especial al que hacer poseedor de su legado máspreciado. El razonamiento no le dejaba lugar a dudas: nadie, hoy en día, era merecedor de su particular herencia, por lo que lo dejaría en manos del destino. El mismo destino que le había elegido precisamente a él para hacer cambiar el rumbo

de las mentes humanas, concediéndole el don de captar la esencia de las cosas, de los números, de preocuparse del cómo y del porqué, no sólo del qué y del cuándo. Enviaría un mensaje al futuro, quizás allí sabrían utilizar su descubrimiento. Y lo haría allí mismo. “Piedra, elemento eterno —pensó—, anterior a los demás, aire, agua y fuego”. No había lugar mejor para esconder algo para siempre.

Sin pensárselo dos veces se puso manos a la obra. Armado con martillo y cincel, comenzó a labrar un par de piedras cilíndricas, de las que iban a formar parte del fuste de alguna columna, rebajándolas en su parte interior hasta horadar un hueco de dimensiones apropiadas para su papiro enrollado. Cuando las tuvo listas, las colocó sobre una de las columnas que estaba recién comenzada, a media altura, insertado el papiro entre ellas, y despidiéndose para siempre de él:

—Ojalá el que te descubra sepa arrancarte tu secreto. Adiós, preciado tesoro.

Capítulo 37

Llevaban ya más de una hora recorriendo el bosque sin permitirse un respiro. Alicia y Miko creían que iban a desfallecer, pero Wobniar no daba síntomas de cansancio. De repente, de la nada apareció un conjunto inconexo de rudimentarias chozas construidas con hojas de palmera.

Varias decenas de indígenas salieron de inmediato al oír la llegada de los visitantes, armándose un gran revuelo. El griterío fue creciendo al tiempo que la crispación y la desesperación de los familiares de los caídos. Todos parecían pedir explicaciones de lo sucedido a Wobniar, pero éste enseguida alzó la voz sobre la muchedumbre y consiguió calmar los excitados ánimos. Con gran presteza y autoridad, organizó varios grupos y les encomendó diferentes tareas. Miko y Alicia, apartados a un lado, observaban la escena con la esperanza de que a aquellos pobres nativos se les ocurriera una brillante idea para evitar terminar aplastados por la maquinaria de guerra del coronel Westpoint.

—Nos vamos a la montaña sagrada. Acompañadnos —indicó Wobniar a los extranjeros tras disolver la reunión.

—¿Es allí donde guardáis las armas? —preguntó Miko.

—Una sola arma. Pedir ayuda a nuestros dioses, al espíritu del bosque, formado por todos nuestros antepasados. Ellos saber lo que hacer.

—¿Pero cómo? ¿Nuestra fuerza se limita a invocar a los espíritus? — Alicia creyó que sus últimas esperanzas de salir con vida de aquella aventura se desvanecían.

—Ellos ayudar siempre a Rimba. Siempre que necesitar, ellos saber cuidar del bosque y del pueblo. ¿Por qué ahora no?

—Seamos positivos —intervino Miko—. ¿Podemos ayudar en algo en la ceremonia?

—Claro que sí. Últimos años, nosotros pedir siempre por salvación de bosque, nuestro hogar. Repetir mucho nuestra plegaria. Ahora vosotros estar aquí. Los dioses os han enviado en respuesta a nuestros problemas. Tú decir tú eres músico. Otros hermanos están ahora muertos y heridos. Tú sustituir a músicos en la llamada a los dioses.

—Yo también sé tocar algún instrumento —protestó Alicia.

—Bien, tú también participar. Nosotros tocar sólo una pieza. Siempre la misma. Los dioses antiguos enseñar a nuestros antepasados, y ellos a nosotros, pasando de padres a hijos. Ellos escuchar la melodía y saber proteger a Rimba. Nosotros llamar “El Canto del Bosque”.

Miko y Alicia se miraron atónitos. ¡El Canto del Bosque! ¿Sería posible que estuvieran hablando de la misma partitura? Todo encajaba. “El Canto del Bosque”, como les había indicado Bintang Habiebie al aterrizar en ese país, se decía que provenía del mismo corazón del bosque, de sus entrañas, y que tomaba fuerza de todo el poder de la Naturaleza para extender su sonido más allá de sus límites. Cantos de espíritus, contaba la leyenda.

Alicia y Miko habían dado con esos espíritus. Y no sólo eso. Ahora formaban parte de ellos.

Todo el grupo se movilizó rápidamente y se dirigieron montaña arriba. A medio camino, un conjunto de hombres se separó de los demás, introduciéndose en una caverna cuya entrada se encontraba disimulada entre la cerrada vegetación. Ellos pasaron de largo, pero con tiempo de ver cómo una larga fila de Rimbas iba introduciendo un pesado cargamento en la montaña.

—Es el alimento de la montaña —indicó Wobniar escuetamente, sin aminorar la marcha.

Al llegar arriba se encontraron una circunferencia perfecta de árboles de gruesos troncos que rodeaban una explanada de tierra. El aspecto de estos árboles era bastante peculiar, de varias alturas y prácticamente pelados de

ramas.

Era el lugar de las celebraciones.

La gente se dividió por tareas. Algunas mujeres encendieron unas antorchas que los niños subían a las ramas del círculo de árboles. Otros jóvenes, con gran agilidad, se encaramaron a la copa de esos troncos. Alicia creyó ver cómo uno de ellos destapaba una especie de compuerta, como si descorchara una botella, y cómo un denso humo negro escapaba hacia arriba desde el mismo interior del árbol.

Golpeó con el codo a Miko, señaló hacia arriba y ambos observaron cómo la misma operación era repetida en todos los árboles que conformaban el perímetro del recinto.

—¿Qué están haciendo? —preguntaron extrañados.

—Preparando los instrumentos —respondió Wobniar.

—¿Cómo? —Alicia no entendía nada—. ¿Qué tipo de instrumentos utilizáis?

—Creo que son instrumentos de viento —apuntó Miko.

Wobniar se permitió una sonrisa como confirmación.

—Estos troncos —explicó— ser salida de aire de la montaña sagrada. Rimba hacer fuego en cueva dentro de montaña. Fuego mover aire caliente. Aire escapar de la montaña por los árboles sagrados.

Ahora entendieron el humo que escapaba por la parte superior de los troncos. De alguna manera, los Rimba hacían salir el aire desde el interior de la montaña por los troncos huecos de los árboles ceremoniales.

Otros Rimba destaparon unas compuertas, del tamaño de un hombre, incrustadas en la corteza a diferentes alturas. Paulatinamente, el aire que salía a borbotones por los agujeros practicados en los árboles fue aumentando su velocidad de fuga. A la orden de Wobniar, cerraron las compuertas superiores previamente destapadas.

—El arma está preparada —anunció el jefe Rimba.

El efecto acústico fue demoledor. Cada árbol se convirtió en una flauta gigante que emitía su propio sonido. La montaña sagrada, como el colosal pulmón que soplaba a través de ellos, expulsaba su cálido aliento a través de los troncos.

Las diferentes portezuelas en la corteza hacían las veces de los agujeros de una flauta. Los Rimba situados a su lado podían abrirlas o cerrarlas a conveniencia para que la combinación resultante en cada árbol emitiera una nota musical en particular.

Tras un momento de afinamiento y sincronización entre todos los intérpretes, las enigmáticas notas iniciales del “Square Circle” se percibieron nítidamente.

Otra vez delante de su canción. Miko cerró los ojos, incapaz de entender el significado de tanta coincidencia. Se moría de ganas de preguntar a Wobniar por todo lo concerniente a este tema. Pero eso sería después de poner a salvo su vida, si es que lo conseguían.

—Esto es “El Canto del Bosque” —anunció Wobniar orgulloso a sus sorprendidos amigos extranjeros—, nuestra manera de comunicarnos con los dioses. Ahora sólo poder esperar que ellos nos ayuden.

La intensidad de las notas iba en aumento, haciendo casi imposible la comunicación oral.

—¿Cómo se supone que nos van a ayudar los dioses? —vociferó Alicia escéptica—. ¿No sería mejor apagar las antorchas? ¡El coronel podrá divisarnos desde lejos! ¡Vendrá aquí y nos aniquilará a todos!

—Si los dioses oír, los dioses proteger. Nosotros suerte. Hoy luna llena, día de hablar con ellos. Vosotros aquí por algo, no casualidad. ¿Ver allí? Esos árboles necesitan dos personas. Vosotros músicos, vosotros tocar. ¡Ahora! —ordenó, obedeciendo ambos al instante.

El jefe Rimba empezaba a cavilar algo en su interior. La llegada de esos dos extranjeros no podía ser obra del azar. Casi había olvidado la leyenda sobre la aparición de unas personas que ayudarían a salvar al pueblo Rimba de su destrucción. Su padre se la había narrado antes de morir, como hacían todos los jefes Rimba de generación en generación. También le habló de que esos visitantes deberían pasar una prueba para demostrar su mérito y ser merecedores del legado. La historia era ambigua y oscura, y el secreto que había jurado proteger, de poco valor, por lo que Wobniar siempre había pensado que era cosa de viejos. Sin embargo, aquel día se daban todas las circunstancias para volver a creer en leyendas ancestrales.

—¿Sabes tocar el “ney”? —preguntó Miko a Alicia mientras andaban en dirección a la misión que les habían encomendado.

—Me encanta su sonido —Alicia recordó con nostalgia la breve pero intensa relación que había tenido con un estudiante de intercambio iraní. Él siempre hablaba con orgullo patrio de ese tipo de flauta oriental. Decía que fue el primer instrumento musical usado por la primera civilización, sus antepasados los babilonios—. Pero yo sólo sé tocar un poco la flauta tradicional.

—Es la misma, pero tiene un agujero adicional en la parte de atrás para el pulgar. Creo que estos troncos, a gran escala, imitan su funcionamiento. Mira allí, cada árbol tiene cinco agujeros, como el ney tradicional. Wobniar nos ha dicho que manejemos la compuerta a nivel del suelo, y he visto que se abre por detrás de las demás, como en el ney. Su función es modificar ligeramente el tono de la nota conseguida por el resto del instrumento.

—¿Pero cómo voy a tocarla?

—Ya has escuchado “Square Circle” muchas veces, y eres buena intérprete. No debería serte difícil. Concéntrate, escucha el sonido de tu árbol y abre y cierra la puerta para que suene en armonía con el resto.

—¡Así dicho parece fácil! —gritó Alicia, haciéndose entender por encima del infernal estruendo que llenaba el interior del círculo.

Se separaron dándose un rápido abrazo. Al llegar cada uno a su árbol, se concentraron en lo que estaba sonando, y percibieron un leve error en la entonación de alguna flauta. Era precisamente la prueba que tenían que superar. No obstante, a los dos les costaba creer qué relación podía tener arreglar musicalmente la canción con salvar la vida. El helicóptero de la Far Forest Company no tardaría en encontrarlos, no sólo por la luz de las antorchas y su posición elevada, sino ahora también por el potente sonido que generaban, que sin duda inundaba el bosque entero con su deliciosa melodía. Si Wobniar tenía razón, debían darse prisa en entonar a la perfección “El Canto del Bosque” para invocar a los dioses.

Y luego esperar a ver cómo se las arreglaban los espíritus para salvarlos de una muerte anunciada.

Westpoint maldecía para sus adentros sentado junto al piloto del helicóptero. La reserva de combustible era escasa. Se le acababan sus opciones de rastreo. El jefe Rimba y los extranjeros parecían haber desaparecido. El radar de infrarrojos mantenía una decepcionante pantalla negra, sin rastro de muestras de calor sobre el terreno. Había ordenado dar vueltas concéntricas, cada vez de mayor radio, a partir del claro del bosque donde habían sufrido la emboscada. Su paciencia se estaba consumiendo. No podía permitirse semejante error. Un militar con su experiencia, con su graduación, con su sabiduría, ¡engañado por unos salvajes! Un nuevo y humillante tachón más en su carrera profesional.

Estaba a punto de dar la orden de regreso a la base cuando un pixel cambió de color en el radar, acompañado de un agudo pitido de aviso. Había encontrado algo. Sus expectativas se dispararon. Su instinto militar volvió a tomar el mando. Enfilaron el helicóptero hacia el objeto detectado, que se confirmó enseguida como una fuente de calor creciendo de tamaño y tornando en la pantalla a un color cada vez más anaranjado. No había duda: allí, en mitad del bosque, algo emitía calor, y eso no podía significar más que presencia humana.

La claridad de la luna esa noche desprendía un aura cenicienta sobre las copas de los árboles. Esto le permitió a Westpoint divisar en la lejanía una ligera elevación del terreno desde la cual parecían emerger columnas de humo oscuro. Consultó la distancia visual y la proporcionada por el radar infrarrojo. Coincidían. ¿Serían imbéciles esos salvajes? ¿Pues no les había dado por hacer una hoguera? Aumentó la velocidad del aparato, seguro de poder acabar de una vez por todas con el asunto Rimba.

Alicia y Miko seguían enfrascados con sus particulares instrumentos. Cada uno en la base de un árbol, abrían y cerraban la portezuela, tratando de conseguir la mejor nota de su flauta gigante. El humo inicial, fruto de la primera combustión de la turba dentro de la montaña, se había transformado en un flujo rápido y transparente de aire caliente, que afortunadamente no llegaba a quemar.

El tema de “El Canto del Bosque” se limitaba sólo al núcleo central de la

composición “Square Circle” de Miko, y era repetido una y otra vez por los Rimba. Alicia se percató de que su árbol desafinaba en algunas notas, pero después de algunas pruebas entendió que tapando el agujero con la portezuela, su sonido subía el semitono necesario para conseguir la nota adecuada.

Miko controló enseguida la maniobra de apertura y cierre de la trampilla para conseguir la nota perfecta. A pocos metros, se encontró con los ojos de Alicia y se regalaron una sonrisa. Por un instante sus pensamientos coincidieron. Aquella canción les había unido, la bendita culpable de que sus vidas se hubieran cruzado. Interpretando al unísono el mismo tema, sintieron sus cuerpos vibrar como uno solo, uniéndose en una dimensión que trascendía a la física de las ondas y la realidad del espacio. Dónde les arrastraría esta mágica ola no lo sabían, pero habían dejado atrás el miedo a dejarse llevar por ella.

Un potente rayo de luz que provenía del cielo los distrajo momentáneamente de sus pensamientos. ¿Serían los dioses del bosque bajando a atender las peticiones de los Rimba? ¿Era “El Canto del Bosque” un medio real de comunicación con otras esferas? ¿En eso consistía la fuerza que todo el mundo creía sentir cuando la escuchaba? Los Rimba parecían pensar lo mismo. Se animaron, y conmovidos por las luces del cielo, aceleraron el ritmo interpretativo.

Sus esperanzas se diluyeron cuando la fuente de luz se acercó un poco más. El foco los alumbraba en movimientos caóticos, nada armónicos como hubiera sido lo propio tratándose de unos dioses perfectos. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, la terrible amenaza del helicóptero del coronel Westpoint aplacó la euforia generalizada, con el ruido del aparato apenas audible por encima del atronador sonido que emitían los árboles.

Wobniar ordenó incrementar el ritmo de la obra musical, a la vez que mandaba un mensajero disparado a la entrada de la cueva. Tenía que quemar todas las naves. Necesitaba más flujo de aire.

Westpoint no daba crédito a lo que veían sus ojos. Los Rimba estaban perdiendo el tiempo en una absurda ceremonia ritual mientras él cargaba las

ametralladoras que acabarían con sus vidas. Lejos de sentir lástima, esbozó una sonrisa triunfal. Se acercó un poco más, y entonces escuchó un extraño sonido. Una ligera cancioncilla se superponía al estruendo mecánico generado por el helicóptero. Se palpó los cascos, por si era alguna interferencia en el sistema de radio, pero la melodía seguía allí, con intensidad cada vez más alta. Malhumorado, miró en todas direcciones hacia el bosque, y comprendió que provenía del ritual Rimba. Sonrió. ¿Estarían tocando esos indígenas su marcha fúnebre?

Decidió acercarse un poco más; quería verles las caras de cerca antes de quitarles la vida. Indicó al piloto del helicóptero que se pusiera encima de ellos, sobre el círculo delimitado por una perfecta circunferencia de extraños árboles sin hojas. Encaramados a sus ramas, vislumbró algunos Rimba contorsionándose violentamente. El piloto maniobró, pero cada vez que se acercaba, volvía a salir como repelido por una fuerza invisible. Westpoint se enfureció ante la incapacidad de su piloto, y tomó él mismo los mandos. Al tercer intento, frustrado, tuvo que reconocer que no era tarea sencilla penetrar el espacio aéreo sobre los Rimba. Juraría que un chorro de viento emanaba a gran velocidad desde abajo. Pero las condiciones meteorológicas eran perfectas aquella noche. Daba igual, les dispararía desde la distancia. No podía fallar. Y lo haría lentamente, entreteniéndose con cada objetivo, degustando cada disparo.

El flujo de aire que expulsaba la montaña a través de los horadados troncos aceleró hasta el punto de hacer muy difícil el accionamiento de las válvulas que abrían y cerraban sus agujeros. La intensidad del sonido subió hasta el límite físicamente soportable, y Alicia y Miko creyeron que les estallarían los tímpanos.

El músico notó una leve vibración agitando el árbol. No se extrañó, ya que la presión de aire en su interior era fortísima. Esos troncos no iban a aguantar mucho más. Por fuertes raíces que tuvieran, no podrían evitar que salieran disparados como cohetes. Sus sospechas se materializaron en un ligero temblor bajo sus pies, y al poco, la montaña entera rugía y oscilaba al son marcado por la música. Miko creyó que el suelo iba a estallar en mil

pedazos.

La primera ráfaga de disparos no se hizo esperar. Un sordo golpeteo contra el suelo quebró por un momento el ritmo de la canción. Los Rimba que quedaban en el interior del círculo echaron a correr buscando refugio en el bosque. La segunda ráfaga, más larga y certera, les rompió la fila. Algunos indígenas quedaron tirados por el suelo, inmóviles.

La tragedia había comenzado, y sólo un milagro les permitiría salvarse de la barbarie preparada por el coronel.

En ese momento, con la presión de la montaña a punto de estallar, Miko pensó que a “El Canto del Bosque” le faltaba algo para ser realmente sublime. Mitad intuición, mitad inspiración, recordó en ese preciso momento la secuencia de notas que el pueblo San le había hecho repetir, hasta aprenderlas de memoria, antes de dejarlo salir de la montaña del Kalahari. ¿Por qué iban a poner tanto empeño si no fuera por algo realmente importante? ¿No sería esa sucesión de notas el complemento perfecto?

No lo dudó, y al comenzar el siguiente ciclo del tema, cambió las notas que emitía su árbol, haciéndolas coincidir con las aprendidas en el desierto africano.

Pero algo no funcionaba, la vibración del suelo disminuía por momentos. Se estaba diluyendo la fuerza. ¿Qué estaba haciendo mal? El helicóptero encaraba ahora directamente a los árboles. Si no ocurría algo de inmediato, todos morirían.

Westpoint enfiló el morro del aparato sobre uno de los extraños árboles, donde divisó cinco nativos encaramados a diferentes alturas sobre él. Lo haría lentamente, uno por uno. Si alguno huía, tiempo habría después para usar los cohetes. Pero para eso necesitaba acercarse un poco más, y ahora que el extraño viento vertical parecía remitir, pudo plantarse en una franca posición.

El sonido agudo que provenía del suelo lo desorientaba. Apenas había unas decenas de Rimba. ¿Cómo demonios podían soplar tan fuerte para provocar un volumen tan elevado?

De repente, algo en el ritmo de la melodía cambió, al mismo tiempo que una ligera sacudida agitó el helicóptero haciéndole perder el punto de mira.

Tuvo que volver a maniobrar y, con no poco esfuerzo, apuntar de nuevo. Un piloto de aviso se encendió en el panel de mandos, indicando una falla mecánica. Por suerte se apagó. Debía darse prisa en su tarea y salir de allí corriendo. Su cerebro había vuelto a activar la señal de alarma.

Miko sintió la transformación. La vibración del suelo se había convertido en una especie de ola gigante que venía a sacudirlos cada cinco segundos, elevando lentamente el terreno unos centímetros, para luego dejarlo caer de golpe. ¡Y todo ello nada más ponerse a tocar el regalo San! Por el rabillo del ojo le pareció percibir que el helicóptero evidenciaba fallos de estabilidad, como abofeteado una y otra vez por una gigante mano invisible. Ya no conseguía apuntarles fácilmente, y por un momento se sintió a salvo. Aquello le impulsó a seguir repitiendo la obra, al tiempo que notaba crecer el intervalo y magnitud de las ondas del terreno. Miko entendió el fenómeno físico que estaba viviendo. Le temblaron las piernas: ¡la montaña estaba entrando en resonancia!

El indicador de fallo volvió a encenderse. Westpoint vaciló. ¿Estaría estropeado? Sólo un segundo más le costó entender que no. Lo que hacía era parpadear, y precisamente a la frecuencia marcada por el compás que había empezado a sonar hacía un minuto en la música proveniente del suelo. A cada intervalo, un golpe de aire sacudía las palas del helicóptero, haciéndole perder la posición de tiro una y otra vez. Y entonces el periodo de las sacudidas fue acortándose repetidamente, y su fuerza amplificada. El aparato terminó convertido en una bola de papel en mitad de un tornado. En mitad del remolino, lo único que Westpoint pudo reconocer fue una insistente y penetrante canción que parecía provenir del mismo espíritu del bosque.

Miko casi lo tenía, pero le faltaba algo más. Entonces le vino a la mente el silencio que siempre precede al trueno. Eso era lo que necesitaba. Sólo había que parar de tocar para conseguir concentrar toda la energía que fluía entre ellos hacia el golpe definitivo.

Desde su árbol, Wobniar observó a Miko haciéndole señas. Tenía el brazo izquierdo en alto con la palma de la mano extendida, imitando el mismo signo que él usaba para ordenar parar la marcha del grupo a través del

bosque. ¿Su amigo estaba pidiéndole que cesara la interpretación! ¿Ahora que ya tenían derrotada a la libélula de metal? ¿Se había vuelto loco? Recapacitó un momento, recordando la leyenda que hablaba del viajero que salvaría a los Rimba. Más valía que acertara con él, porque no tendrían más posibilidades. El futuro de su pueblo dependía de que él obedeciera la orden de aquel extraño.

Con un movimiento enérgico, Wobniar alzó la mano. Los músicos Rimba cesaron la interpretación al unísono, jadeando por el esfuerzo.

Al principio creyeron que había sido un error. El silencio que de repente lo inundó todo sólo era roto por el desacompasado motor del helicóptero sobre sus cabezas, silbando como un mosquito en sus últimos estertores antes de morir envenenado. Pero unos instantes después, un rumor comenzó a elevarse desde lo más profundo del bosque, generándose en los valles, reptando sobre las laderas, repitiéndose colina tras colina, amplificando la energía concentrada en los millones de seres vivos que formaban el bosque, dando forma a un único lamento sobrenatural.

Miko y Alicia notaron que la intensidad del murmullo crecía, como una ola generada mar adentro que iba adquiriendo velocidad y altura a medida que se acercaba a la orilla. Cuando calculaban los efectos de ser arrastrados por una gigantesca onda acústica, ocurrió algo inesperado. La montaña sobre la que se encontraban pareció condensar todos los afluentes sonoros en un único torrente. Antes de hacerse insoportable para sus oídos, Miko creyó escuchar la composición de dos ondas que se superponían, una que aullaba de dolor, otra que rugía de furia. El foco del sonido se concentró en el interior del círculo, y parecía que quería ganar altura ayudándose de impulsos concéntricos que hicieron temblar el aire a intervalos regulares. Un segundo después, el sonido se proyectó verticalmente hacia la bóveda celestial como un ensordecedor latigazo que retumbó en los confines del bosque. Todos los presentes fueron lanzados al suelo como por una poderosa mano invisible y, desde allí, Miko habría jurado que las estrellas oscilaron ligeramente sobre su punto de equilibrio en el cielo, estremecidas por la violencia de la explosión.

El helicóptero recibió la onda de presión como un barco de papel arrojado a una catarata, siendo desmenuzado en miles de pequeñas piezas que se

proyectaron en todas direcciones como el punto final de un espectáculo de fuegos artificiales.

Llegó el momento en el que las fuerzas naturales debían actuar conjuntamente.

La luna brilló un instante por encima de lo normal para eclipsar el fugaz centelleo que produjo la explosión.

Los árboles abrieron sus copas sigilosamente para hacer desaparecer los restos del helicóptero bajo su verde palio.

Las montañas engulleron el estruendo de la detonación, transformándolo en el sonido de un trueno lejano.

En unos segundos, no quedó ninguna señal del verdugo de metal.

Los Rimba supervivientes se juntaron en el centro del círculo, celebrando entre saltos y vítores su dramática victoria. Wobniar, Miko y Alicia se reunieron aparte.

—Gracias, Miko. Gracias, Alicia —pronunció Wobniar solemnemente—. Nosotros Rimba siempre agradecidos.

Alicia asintió, sonriente. Había costado que el jefe Rimba se olvidara de su condición femenina, y ahora se dirigía a ella de tú a tú.

—Leyenda antigua hablar de vosotros, de visitantes que salvar a nuestro pueblo de su muerte. Sólo un hombre sabio antes que vosotros conoció “El Canto del Bosque”. Ese hombre ir de viaje, entrar en el bosque, vivir con nosotros. Tenía una religión diferente, pero era bondadoso y de gran corazón. Nosotros enseñar nuestro canto, y pedir quedarse con Rimba. Pero él partir, tener una misión que cumplir con sus dioses, construir el templo más grande del mundo.

Miko y Alicia se miraron con los ojos abiertos como platos. ¿Borobudur? —pensaron ambos—. Miko entendió ahora por qué aquella pirámide escalonada “sonaba” tanto a su “Square Circle”.

—Ahora nosotros pedir a vosotros quedar con Rimba. Vosotros salvar a nuestro pueblo.

—Nos encantaría quedarnos, pero éste no es nuestro sitio —respondió Miko amablemente.

—Sí —repuso Wobniar, resignado—, es verdad, tu tribu esperar su jefe allí fuera.

Alicia y Miko estallaron en una carcajada ante la comparación de Wobniar, y éste no tuvo más opción que imitarlos, aunque no comprendiera el motivo de la risa, rompiendo al fin su semblante siempre serio.

—Prometemos haceros una visita cuando podamos —concluyó Alicia—. Además, me aseguraré personalmente de que ninguna Far Forest os moleste más. Todos los medios de comunicación del mundo van a recibir un reportaje muy interesante sobre la connivencia de este gobierno con las tropelías de las empresas madereras.

—¡Nosotros mismos las detallaremos en primera persona! —añadió Miko.

Wobniar pareció decepcionado ante la negativa de sus amigos a quedarse. Tras unos segundos en los que pareció dudar sobre lo que hacer a continuación, se volvió y sacó de una bolsa de cuero una rudimentaria flauta de caña de aspecto añejo.

—Entonces nosotros regalar tesoro.

—Nada de eso, no nos merecemos ningún regalo —respondió Miko—. Somos nosotros los que estamos en deuda con vosotros.

—Insisto nosotros regalar instrumento antiguo.

Wobniar se la llevó a los labios para tratar de devolverle sus olvidados sonidos. Su pobre aspecto no auguraba la dulce melodía que comenzó a fluir por ella.

Capítulo 38

A Peter no le estaba resultando fácil. Con el proyecto “Dylan” había conseguido dirigir la voluntad de unos pocos votantes hacia una candidatura en particular, pero movilizar a millones de egipcios de diferentes clases, edades y religiones hacia una revolución social era otra cosa bien distinta.

Se había trasladado a El Cairo por recomendación de La Academia. El objetivo era aprovechar las nuevas revueltas para favorecer la introducción del estilo de vida occidental. Peter había aceptado, convencido de usar ese nuevo reto para desarrollar su investigación neuromusical, y de paso dar un poco de tiempo a las Casas de la Aritmética, Geometría y Astronomía para encontrar alguna pista sobre la música de las esferas.

“Saca a esos bárbaros de las tinieblas y hazles ver la luz” —le había dicho Stephen. Después, había argumentado que por culpa de la religión, tanto Egipto como el resto de los países musulmanes aún vivían en la Edad Media, y que ello suponía un lastre para el resto de la civilización. Desde la “Primavera Árabe” en 2011 estaban floreciendo algunos brotes de modernidad en el norte de África, y la labor de Peter sería regarlos y afianzarlos en Egipto, país clave para la extensión del movimiento a otros países vecinos, barriendo la anterior cosecha basada en la ignorancia y la superstición.

La Academia tenía muchos contactos allí, en prácticamente todas las productoras musicales. Así fue como conoció a Amir Adel, responsable de Zamalek Records, un pequeño pero influyente estudio dedicado al *rock* árabe.

La propuesta de Peter fue clara desde el principio: “quiero a los dos artistas más famosos entre los jóvenes de Egipto trabajando juntos en una canción para la revolución”. Andaba corto de tiempo, y necesitaba de la proyección pública de elementos ya existentes. En un principio les dejó componer sin cortapisas. La letra era buena, con mensaje, al estilo del Dylan de los años setenta: libertad, cambio, sueños... Sin embargo, eso no era suficiente, sin las gotas justas de su propia medicina musical, aquella canción subiría y bajaría como tantas otras. Poco a poco fue metiéndose más en el trabajo de estudio de los dos artistas, primero en las grabaciones de las voces, luego directamente interviniendo en la corrección del compás y los acordes.

El resultado fue una bomba de adhesión masiva disfrazada de una inofensiva cancioncilla pegadiza llamada “Sout Al Horeya”, “La voz de la libertad”.

Esa tarde, Peter volvía satisfecho dando un paseo desde la Plaza Tahrir, tras escuchar a las masas, de nuevo congregadas en aquella emblemática plaza para pedir el “cambio”, entonar a coro su canción. El trabajo que estaba desarrollando estaba dando sus frutos.

Al llegar al estudio, reparó por primera vez en un extraño objeto detrás de una vitrina. A pesar de su gran tamaño, aún no se había fijado en ella, tan concentrado había estado en su difícil misión. Se trataba de un arpa muy peculiar, con el mástil curvado. Su colega Amir entró en ese momento y contempló la absorta expresión de Peter.

—Supongo que aún no te he hablado de mi otra faceta como músico —le dijo.

Peter vio que Amir se acercaba a la parte posterior del mostrador de recepción y cogía algo. Desde el principio se había establecido entre ellos una buena sintonía, basada en su afinidad para enfocar el trabajo musical hacia la generación de emociones.

—Toma —indicó, entregándole un libro con un CD—, considéralo un regalo por lo mucho que he aprendido estos días contigo.

Peter leyó el título del trabajo: “La música en la edad de las pirámides”, que venía firmado por Amir Adel.

—Esta arpa curvada fue una reconstrucción que hicimos para poder tocar

la música del Antiguo Egipto con sus instrumentos originales.

—¿Qué hace un productor de rock interesado por el Antiguo Egipto?

—Aquí todos, en mayor o menor grado, estamos influidos por el Antiguo Egipto. Si tú aún no lo estás, es que no has visto todavía las pirámides. Y eso hay que arreglarlo de inmediato.

Dicho y hecho. Salieron en coche por la Isla de Zamalek hacia el oeste, dándose de bruces con la hora punta vespertina en la capital mundial del caos circulatorio. El desorden también era sonoro, pero hoy, a los habituales cláxones y bocinas se añadían los gritos de júbilo de una población que volvía a tener ilusión. Pese a la exaltación colectiva que se vivía en la calle, a Peter le costaba empatizar con aquellos a los que había ayudado. Su mente sólo era capaz de pensar cómo aprovechar su reciente trabajo en su único objetivo: curar a su hermano.

Al verlas por primera vez se dio cuenta de por qué aquellas moles habían sido la obsesión de la razón humana durante siglos. Las pirámides de Gizeh sobrecogían el espíritu, empequeñecían nuestra inteligencia y grababan a fuego una inquietante pregunta en nuestro corazón: ¿qué demonios significaban?

El Sol empezaba a declinar sobre el desierto, que comenzaba justo detrás de la meseta donde se ubicaban las tres colosales construcciones. El polvo en suspensión polarizaba los últimos rayos hacia tonos violetas, luchando contra el omnipresente ocre de la arena por el protagonismo del atardecer.

El movimiento de turistas era prácticamente nulo, y el silencio acentuaba la majestuosidad del emplazamiento. Peter comenzó a pasear con lentitud por la pirámide más pequeña, la de Micerinos, cuando en su mente se cruzó un pensamiento: Pitágoras había nacido en la parte de Grecia que hoy era territorio turco, pero siendo un aprendiz vino a formarse como sabio a Egipto. Años más tarde, regresó para fundar la primera escuela científica y filosófica de la Historia en Crotona, en lo que hoy es Italia. El paralelismo entre la filosofía pitagórica y la egipcia era muy estrecho, y Peter sabía que el famoso Teorema de Pitágoras ya era usado aquí para la división de las tierras. Es más, su teoría sobre la armonía de las esferas tenía mucho que ver con la idea de orden del cosmos que impregnaba la religión egipcia. Sin duda, su paso

por las tierras del Nilo había cambiado su vida para siempre.

Pitágoras le estaba lanzando un mensaje desde su interior: él era la vía directa para encontrar la música de las esferas. El código del pergamino tenía que basarse por fuerza en los conocimientos del viejo sabio. Había algo en particular que aprendió allí que modificó su existencia, y él iba a averiguarlo. Las cuatro *mathematas* de nueva generación parecían desbordadas ante el ingente trabajo que se les había asignado. Los sistemas funcionan mucho mejor cuando se les orienta hacia qué deben buscar. Anotó ese pensamiento para implementar después las correcciones oportunas.

Recordó el cuaderno que llevaba dentro de la mochila. Lo había sacado del ático donde su padre practicaba a escondidas las cuatro *mathematas*. Consistía en las anotaciones y apuntes que Lecygne y él habían recabado sobre la civilización egipcia. En sí no era más que un compendio de teorías no confirmadas sobre el Antiguo Egipto. A él, que era un científico de los pies a la cabeza, le costaba asumir que su padre hubiera dado crédito a aquel manojito de elucubraciones e hipótesis sin demostrar. Si bien, ahora que contemplaba la insólita composición de las tres pirámides de Gizeh, entendía cómo la más concienzuda mente analítica podía verse arrastrada al mundo de la imaginación y la fantasía cuando se quería explicar el origen de semejantes monumentos. La conjetura era la única puerta de salida a la encerrona mental que representaba el enigma plantado allí sobre la meseta de Gizeh. ¿Quién demonios había construido aquello y para qué?

Las investigaciones de su padre y Lecygne daban por sentado que las pirámides de Gizeh eran mucho más antiguas que la IV Dinastía, que era lo aceptado académicamente, y postulaban que estas construcciones representaban el saber concentrado de civilizaciones antiguas, que había sido legado a los siguientes habitantes del planeta, es decir, la raza humana tal y como la conocemos hoy. Sin embargo, añadían, con el paso de los siglos ese conocimiento se perdió y las civilizaciones posteriores nunca fueron capaces de recuperar la valiosa información escondida en las pirámides. Evidentemente, habían tratado de encontrar algún sentido relacionado con la música de las esferas en aquellos triángulos tridimensionales, pero sin ningún resultado.

—Si cierras los ojos, escucharás el susurro de las pirámides —sugirió Amir, mientras llegaban a la segunda pirámide, la de Kefren.

—Debiste de inspirarte mucho en este lugar para realizar tu trabajo —comentó Peter, refiriéndose al extenso volumen que acompañaba al CD de músicas antiguas. Lo había estado ojeando en el coche durante el corto trayecto a Gizeh, y se quedó maravillado del excelente trabajo sobre egiptología musical. Su amigo había recopilado estudios y artículos publicados sobre el tema, había llevado a cabo una investigación sobre los instrumentos musicales del antiguo Egipto y había catalogado los relieves musicales conservados en diversas tumbas—. Estoy deseando escuchar los temas que has compuesto.

—Ah, no son míos, sólo son mi particular reconstrucción de cómo creo que fueron originalmente.

—¿Qué era la música para aquellos egipcios? —se interesó Peter.

—Ellos la entendían como la expresión del perfecto ritmo del universo. El sonido tenía un valor espiritual, como reflejo del orden de la esfera celeste, y eso les obligaba a cuidar la música hasta en el más mínimo detalle. Hasta tal punto no podía trivializarse la interpretación, que desafinar significaba ofender a los dioses y se castigaba hasta con la pena de muerte. Por eso estaba ligada únicamente a la religión, a los rituales de los templos, a las ceremonias funerarias de elevación del *ka* al más allá.

Peter trató de borrar la imagen del cuerpo de su padre desnudo bajo el obelisco de Nueva York. El incomprensible código pitagórico con el que andaba tan obsesionado vino a librarle de aquel nefasto recuerdo. La asociación con los jeroglíficos que acababa de ver en la investigación de Amir fue inmediata.

—En tu libro indicas que hace cinco mil años ya se usaba una notación musical basada en jeroglíficos.

—Es un descubrimiento reciente. La notación musical está compuesta por unos jeroglíficos llamados *quirónomos*, que representan a un director de orquesta que indica un sonido u otro según la posición de sus brazos y el signo de la mano. Yo mismo lo pude comprobar en las tumbas y mastabas que visité. La música era acompañada por los cantos de las “Sacerdotisas de

Hathor”.

—Hathor es la diosa del firmamento, ¿verdad? —preguntó Peter, rebuscando en sus enseñanzas sobre Historia Antigua.

—Y también de la música, ya que estos dos conceptos estaban ligados en la cultura egipcia.

A Peter le quedaba cada vez más claro que Pitágoras había encontrado en Egipto la clave para formular su teoría de la música de las esferas.

Tiró de las anotaciones de su padre y Lecygne para recabar la opinión de Amir.

—He leído que también existen muchas conexiones entre estas construcciones y la astronomía. En particular, parece que la relación con Sirio es verdaderamente asombrosa.

—En general, todos los templos egipcios se orientaron hacia esa estrella. Era el referente de todo lo que tenía que ver con el cielo, por ejemplo para fijar el calendario anual perfecto de 365 días y un cuarto.

—¿Y qué me dices de esos estrechos conductos que parten de la cámara del rey y la reina en el interior de la Gran Pirámide?, ¡apuntan al cielo señalando la posición de Sirio y Orión!

—No creo que se trate de una casualidad, aún nos queda mucho por descubrir de mis antepasados del Nilo.

Peter tuvo que reconocer que su espíritu racionalista y pragmático se tambaleaba ante la contemplación de las pirámides. Simplemente, desafiaban su entendimiento.

—Se dice que no hay pruebas de que Keops construyera la Gran Pirámide, que su origen es anterior.

—Es verdad que el único jeroglífico con el nombre de Keops en la Gran Pirámide se ha demostrado como una burda falsificación.

Peter buscó en la libreta los datos que recordaba haber leído con anterioridad, y se los expuso a su colega.

—Algunos investigadores apuntan que Keops fue un profanador, basándose en las estelas en las que el propio Keops se refiere a la Gran Pirámide como el “Templo de Isis” o el “Santuario de Thot”, el dios de la sabiduría. Además existe otro jeroglífico en el que el mismísimo Ramsés II

cuenta que reformó la pirámide, “sacando al impostor de allí” y devolviendo el culto a Isis. Según estas hipótesis, Keops se hizo construir su tumba bajo la Gran Pirámide, tal y como hacía el resto de faraones en Saqqara.

—Hay que reconocer que las diferencias entre las pirámides de Gizeh y las demás son abismales. No sólo es una cuestión de volumen, sino de perfección y simetría. Sólo en Gizeh se encuentran las pirámides alineadas con el polo magnético, y son las únicas que tienen cámaras en el interior.

—¿Y qué me dices de estos bloques de piedra? —dijo señalando a la primera fila de piedras—. El tamaño es colosal, el corte perfecto y la colocación milimétrica, ¿no excede eso de las capacidades de la técnica del tercer milenio antes de Cristo?

—No estoy seguro, pero es cierto que costaría mucho trabajo construir algo así en aquellos tiempos.

Al terminar de bordear Kefren, Peter se encontró de bruces con la Gran Pirámide. Su corazón cambió de ritmo en apenas un segundo al contemplar la construcción más inmensa y poderosa de la Tierra. No quería parpadear para no perderse detalle. Su impresión no se debía tanto a la magnificencia de la obra; su agitación era provocada por algo en su interior. Aquella visión había hecho saltar un resorte oculto en su alma. Por un momento se mareó y perdió consciencia de quién era. Hincó una rodilla en el suelo para evitar caerse y entonces contempló en toda su grandiosidad la pared triangular de la Gran Pirámide elevándose hasta casi traspasar el cielo. Nunca había estado allí antes y, sin embargo, estaba seguro de haber contemplado esa imagen en algún momento. De repente, en su cabeza se produjo un fundido entre lo que veían sus ojos y la figura de la Tetraktys, los diez puntos colocados en forma triangular. El encaje era perfecto.

“Aquí empezó todo”.

Tenía que avisar a la Casa de la Aritmética. Cogió el móvil y su desesperación se volcó con el aparato tras varios intentos infructuosos.

—La red de telefonía móvil aún sigue restableciéndose después del apagón provocado por el gobierno cuando empezaron las revueltas. Volvamos, sé de un lugar donde no tendrás problemas para llamar.

Cogieron el coche y volvieron a la ciudad. Para sorpresa de Peter, el lugar

elegido era en el centro de la capital, justo en mitad de uno de los puentes que cruzaban el Nilo. Ya era de noche, y el trasiego humano en dirección a la Plaza Tahrir era constante.

—He visto todas las noches a esta gente hablar desde aquí —indicó Amir.

Peter se asomó sobre la barandilla para divisar el torrente de agua que fluía bajo sus pies.

—Este potente caudal no deja de impresionarme —indicó Amir—. En su fuerza aún se reflejan los destellos de aquella civilización que vio nacer a la humanidad.

—¿Cómo se ha podido enterrar durante tantos siglos la ciencia y la técnica del Antiguo Egipto? —preguntó Peter, con la mente aún en las pirámides.

—También su pacífica sociedad y su tolerante religión se sumieron en el ocaso, pero quizás tú hayas contribuido con tu himno a la libertad a rescatar de nuestra memoria colectiva esas raíces enterradas.

Una faluca cruzó en esos momentos delante de ellos, surcando las aguas en silencio y a oscuras. “Como los secretos que aún guarda esta tierra” —pensó Peter.

Entonces cogió su móvil para marcar el número de Stephen, pero en ese momento le entró el aviso de una llamada perdida de Philippe Lecygne. Intuyó que era importante, así que le devolvió la llamada.

—Peter, no hemos tenido que esperar mucho tiempo para sacar partido a nuestro radiotelescopio —indicó Lecygne atropelladamente.

—¿Alguna señal del espacio? —preguntó Peter, que no podía creer que la Astronomía fuera la primera en darle una pista sobre la música de las esferas. Apostaba por ella más en un sentido romántico que práctico. Desde un principio no dudaba que serían Aritmética o Geometría las que dieran los primeros resultados.

—Así es —confirmó Lecygne—, y de las gordas. Fue hace un par de días, el pulso duró apenas unos treinta segundos, y después desapareció.

—¿Qué tipo de señal era?

—De muy alta frecuencia, por encima de los diez gigahertzios, y codificada en binario. Eran claramente ceros y unos, una señal digital.

—Luego no es posible que se trate de un error o de un fallo de vuestros receptores, ¿lo habéis comprobado?

—Están en perfecto estado. Estamos procesando la señal para tratar de decodificar el mensaje, pero de momento no hemos dado con nada inteligible.

—¿Y qué me dices de su procedencia?

—Eso es lo más extraño, Peter —Lecygne hizo una pausa, como si a él mismo le costara creer lo que iba a decir—. La señal parecía provenir del mismo Sol.

—¿Del Sol? Entonces podría tratarse de viento solar, una simple tormenta de iones escupidos por una de las muchas explosiones que tienen lugar en su superficie.

—Sabía que pensarías eso, yo mismo lo atribuí en un principio a una llamarada solar, pero una simple comparación de los parámetros contradice la hipótesis: no coincide ni la frecuencia, ni el ancho de banda, ni el colimado del haz.

—¿Cuándo esperas darme algún resultado práctico?

—No lo sé, yo soy el primero que me he quedado impresionado ante este fogonazo del cielo. Estoy seguro de que el resto de radiotelescopios del mundo también lo ha captado, aunque hasta ahora no ha sido publicado nada al respecto.

—Está bien, Philippe, sigue con el trabajo —se despidió Peter.

Con la cabeza aún pensando qué podía estar detrás de los hechos descritos por Lecygne, llamó a Brandon Mitchell, el dócil miembro de La Academia que había puesto al frente de la Casa de la Aritmética para así dirigirla convenientemente desde la sombra.

Le ordenó detener la búsqueda aleatoria que estaban realizando sobre el código pitagórico, y le dio los parámetros que debían introducirse en los ordenadores como prioritarios:

—Todo lo que tenga que ver con la música y la astronomía del Antiguo Egipto —indicó—, con sus Pirámides y sus templos, con sus formas sagradas y nuestra Tetraktys... Eso es todo.

Peter se percató por primera vez de que todos aquellos conceptos se concentraban en uno solo.

—¡Hathor! —exclamó eufórico—, no te olvides de la diosa Hathor, ella debe ser la clave principal de la búsqueda.

Now I've heard there was a secret chord
That David played, and it pleased the Lord
But you don't really care for music, do you?
It goes like this
The fourth, the fifth
The minor fall, the major lift
The baffled king composing Hallelujah

He oído que existe un acorde secreto
Que David solía tocar, y que agradaba al Señor
Pero a ti realmente no te gusta la música, ¿verdad?
Era algo así como
La cuarta, la quinta
Cae la menor y sube la mayor
El rey, confundido, componiendo un aleluya

“Hallelujah” Leonard Cohen.

Capítulo 39

-Libro de Josué, capítulo seis —indicó David misteriosamente.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Alicia.

—Me refiero a cómo aplastasteis al helicóptero —puntualizó David—. Ya estaba escrito en el Antiguo Testamento. Josué se enfrenta a la ciudad de Jericó, resguardada tras sus altas y gruesas murallas. El señor se le aparece y le encarga organizar un ejército de músicos para derribar los muros solamente con el sonido de las trompetas. ¿Acaso no es el mismo truco que empleasteis vosotros en el bosque?

—Creo que aquello se debió más bien a un efecto de resonancia —apuntó Miko.

—Aquello no fue un truco, David, fue real —indicó Alicia, que jugueteaba distraídamente con una brizna de hierba entre los dedos mientras contemplaba el atardecer desde la Plaza de Oriente de Madrid.

—¿Os dais cuenta que los San del Kalahari y los Rimba de Sumatra comparten algo más que una versión de “Square Circle”? —indicó Miko, que no paraba de darle vueltas en la cabeza a las sorpresas que la canción de la caja de música iba desplegando por el mundo entero.

—Aislamiento de la civilización, nomadismo y persecución —indicó Alicia—. ¿Te parece suficiente?

—Y una especial predilección por unos visitantes extranjeros... —apostilló David.

—A eso me refiero precisamente —dijo Miko—. Tengo la sensación de

que ambos pueblos nos estaban esperando. ¿Cómo si no explicar la prueba de ingenio a la que nos sometieron los San en el interior de la montaña del Kalahari? ¿Se puede llamar casualidad a nuestro encuentro con los “árboles-flauta” justo a tiempo para salvar a los Rimba de su aniquilación?

—Hay que reconocer que algo misterioso se oculta bajo la conexión “Square Circle” —afirmó David.

—Por culpa de esa canción nos hemos jugado la vida en dos lugares alejados entre sí nueve mil kilómetros —terció Alicia—. En su defensa diré que sin ella no habiéramos salido de allí.

—Debe de existir una conexión entre ambos lugares —insistió Miko—. Los San se aseguraron de que aprendiéramos a tocar con ellos un acompañamiento a “La Danza del Sol” que resultó definitivo para hacer entrar en resonancia la montaña sagrada de los Rimba. Y ahora tenemos un ney como regalo de los Rimba y la canción que nos enseñó Wobniar para tocarla en ella, pero ¿qué se supone que tenemos que hacer con eso?

—Yo recomiendo enfocar el tema desde las matemáticas —sugirió David.

Sus acompañantes se miraron, perplejos. Una paloma que les rondaba buscando insectos entre la hierba se incorporó y torció el pico hacia David, como pidiendo explicaciones ella también.

—Más concretamente —continuó, una vez captada la atención del público—, desde el punto de vista del análisis de funciones.

El asombro en sus interlocutores iba en aumento. David manejaba como nadie los tiempos para crear expectativa y centrar la atención.

—Me explicaré —dijo al fin—. Ya sabéis que mi programa “Orfeo” analiza las canciones y las destripa por dentro. La manera de hacerlo es en formato digital, claro. Eso significa que al final, para el ordenador, todas las canciones pasan a ser una secuencia de ceros y unos, tal y como luego se graban en un CD, por ejemplo. Esto me permite jugar con la canción desde sus partículas elementales. Es como si la deshiciera en pedacitos para luego recomponerla a mi antojo.

Hizo una pausa para comprobar cómo seguían Alicia y Miko su explicación técnica. Ambos lo invitaron a continuar.

—Al digitalizar la canción, puedo someterla a multitud de filtros

acústicos, cambiar el tono, el compás, el ritmo, introducir nuevas notas o instrumentos, quitar ruidos. Bueno, pues ahora llega lo bueno. Resulta que uno de los análisis que puede ejecutar “Orfeo” a la hora de comparar dos señales es la correlación cruzada.

—¿Emh? —gruñó Alicia arqueando una ceja escéptica. David hizo señas rogando paciencia, y continuó.

—Se me ocurrió someter a esta operación a “Square Circle” junto con el tema de tambor que los San os regalaron. A los pocos minutos, una ventana y un pitido en el ordenador me avisaron que se había encontrado una anomalía significativa.

—¿De qué se trataba? —preguntó Miko, que permanecía absorto con la explicación.

—Esta operación aplicada a dos señales, o canciones como en este caso, suele dar como resultado una línea base, pero en nuestro caso aparecían dos picos claramente diferenciados.

—¿Qué significa eso?

—Es difícil atribuir al azar que la correlación de señales dé una muestra tan peculiar si no están relacionadas de alguna manera, así que seguí investigando. Ayer realicé la misma operación entre “Square Circle” y la canción a flauta de los Rimba.

—¿El resultado fue el mismo?

—Los mismos picos, aunque con distintos valores.

—¿Y entonces?

—¡Que las canciones que os habéis traído de esos dos lugares son dos códigos ortogonales! —exclamó David, como si así lo explicara todo.

—Esto me suena cada vez más a chino —protestó Alicia.

—Tranquila, me explicaré. Los códigos ortogonales se usan en la transmisión de señales de radiofrecuencia. Cuando hablas por el móvil ese que llevas en el bolsillo, a tu voz se le aplica un código especial, diferente del mío o del de Miko, para permitir que nuestras conversaciones viajen juntas sin que se entorpezcan unas a otras. El truco para que se puedan recuperar las conversaciones en el destino es elegir códigos que sean muy diferentes entre ellos. Es lo que se llaman códigos ortogonales.

David observó las despistadas caras de sus acompañantes.

—Lo que quieres decir —supuso Miko— es que es más fácil distinguir una voz en castellano superpuesta a una en inglés que a una en portugués. El español y el inglés son ortogonales.

—Yo no lo habría explicado mejor.

—Lo que es ruido para unos, es valioso para otros —indicó Alicia, intentando asimilar la lección—. Es justo lo que me pasaba cuando estuve de Erasmus en Dublín. Podía reconocer una voz en castellano entre el ruido infernal de cualquier fiesta irlandesa.

—Para, para, para —intervino Miko, incrédulo ante las repercusiones de los resultados de David—. ¿Me estás queriendo decir que existen diversos mensajes ocultos dentro de “Square Circle” y que con los códigos acertados podemos decodificarlos?

—Así es —concluyó David, satisfecho por el calado de sus enseñanzas—. Sólo nos quedaría saber qué demonios representan esas dos protuberancias en el espectro de la correlación cruzada. En el primer caso la amplitud de los pulsos es de 17.608 y 73. El caso de los Rimba, da 27.430 y 307.

—Estamos hablando de canciones, ¿no podrías pasar el resultado a notas musicales? —preguntó Alicia.

—Lo intenté, pero “Orfeo” no obtuvo nada congruente.

—Son dos parejas de números... ¿Podrían ser coordenadas? —sugirió Miko.

—Esos valores no tienen pinta de coordenadas, al menos en el sistema tradicional de longitudes y latitudes.

Las cabezas de los tres bullían entre unidades matemáticas, conceptos físicos y asociaciones abstractas. Fue Miko el que empezó a unir las piezas del rompecabezas.

—¿Y si en vez de coordenadas de posición nos están indicando una ruta? Alicia, dijiste antes que el Kalahari y Sumatra están separados por nueve mil kilómetros de distancia. ¿De dónde sacaste ese dato?

—Fue un cálculo a ojo sobre un mapamundi en la revista del avión.

Alicia y David intuyeron por dónde iba el razonamiento de Miko.

—Nueve mil es algo más de la mitad del primer número: 17.608 —

exclamó David—. Comprobaré la distancia real. Un momento.

Sacó su smartphone y se conectó a internet. Google Earth le permitiría calcular la distancia exacta por superficie entre dos puntos cualesquiera del planeta.

La espera de apenas unos segundos se hizo eterna para los dos que ya habían hecho ese viaje en la realidad.

—La distancia entre el Kalahari y Sumatra es de 9,209 kilómetros —concluyó David—, nada que ver con la cifra 17.608.

—¿Quién dice que las unidades sean kilómetros? —apuntó Miko.

—Ya, pero si el valor estuviera en millas, sería aún peor, nos indicaría un lugar mucho más lejano. De hecho —volvió a hacer unos cálculos rápidos—, la relación entre la distancia real, 9,209, y 17,608, que es el número que nos da Orfeo, es de 0.523 metros. Vamos, prácticamente medio metro. ¿Quién escribiría una cifra de distancia en unidades de “medios metros”?

—No lo sé, pero probemos con el siguiente tramo. David, usa por favor ese factor de corrección con el valor de los Rimba.

—Serían 27,430 por 0.523, es decir, un total de... 14,346 kilómetros.

—Si estuviéramos en lo cierto, los San nos habrían dado la distancia hasta el lugar donde encontrar una nueva versión de “Square Circle”. Eso implica que a 14,346 kilómetros del bosque de Sumatra... ¡debe existir otra coincidencia!

—Sí, perfecto —cortó Alicia, tratando de relajar el entusiasmo de Miko—, pero eso nos da un radio de dimensiones gigantescas. A esa distancia de Indonesia se encuentran muchos lugares de la Tierra. Estamos como al principio. Si no nos llega una salvadora demanda de plagio, o nos llama un viejecito nostálgico, no sabremos a dónde ir a perseguir este enigma.

—Os olvidáis, chicos —terminó David—, de que tenemos un segundo número. ¿Sabéis cómo se definen las rutas en la aviación? Por dos simples números: distancia y rumbo. ¿Y sabéis qué rumbo hay que seguir desde el Kalahari para llegar en línea recta a Sumatra?

Los tres se miraron maravillados. Todos sabían la respuesta.

—Setenta y tres grados —respondieron al unísono.

David confirmó el dato en la pantalla de su móvil.

—Exacto.

—¡Vamos, calcula! —gritaron Alicia y Miko, deseosos de conocer el siguiente destino.

El dispositivo electrónico mostró en pocos segundos el lugar al que todas las pistas les conducían. A 14,346 kilómetros de los bosques de los Rimba en Sumatra, siguiendo un rumbo de 307 grados, se encontraba la siguiente parada de su aventura. Ya no les cabía duda de que estaban participando en un juego. Un juego con diferentes etapas, pruebas por superar, enigmas por resolver y premios que obtener para continuar en el tablero. Un juego del que iban aprendiendo las reglas según avanzaban, pero del que desconocían el premio final. Sólo sabían que estaba protagonizado por una canción, “Square Circle”, que un músico había encontrado en una antigua caja de música y que ahora aparecía por todos los rincones del planeta.

Pese al peligro y a la incógnita que suscitaba todo el extraño asunto, Miko no estaba dispuesto a abandonar. Y ahora, Alicia tampoco.

Se levantaron y se despidieron de David. No querían perder un minuto antes de viajar al próximo destino.

Capítulo 40

-Peter Bigelow al habla —dijo después de respirar profundamente, disimulando la tensión que le había provocado ver el número de la Casa de la Aritmética. Había pasado una semana desde que realimentara a sus potentes ordenadores con unos patrones de búsqueda muy específicos. Estaba empezando a pensar que se había equivocado, cuando la ansiada llamada entró a su teléfono.

—Señor Bigelow, creemos que hemos dado con algo —indicó Brandon Mitchell.

—Adelante, cuéntame.

—Hemos encontrado una coincidencia bastante esperanzadora. Como ya sabrá, el número de símbolos griegos del pergamino de Pitágoras es de 73, un número que en principio no nos decía nada, hasta que se cruzó en su camino un análisis sencillo del zodiaco de Dendera.

A Peter no le sonaba de nada aquel nombre. Carraspeó un segundo y Brandon se explicó:

—Se trata de un inmenso monolito encontrado en el Templo de Dendera, en la cuenca alta del Nilo. En él se representa, en forma circular, una completa carta astronómica que contiene el calendario anual, los planetas y las constelaciones.

Peter aún no atisbaba la posible relación con el pergamino, pero le interesó la conexión con el firmamento. Anotó mentalmente llamar a Lecygne para interesarse por el análisis de ese extraño rayo solar que su

gigantesco radiotelescopio había captado hacía unas semanas. Deseó que ese zodiaco de Dendera pudiera añadir alguna pista adicional para ayudar a su amigo.

—El zodiaco muestra una serie de jeroglíficos para representar el calendario anual —prosiguió Brandon—. El círculo exterior está formado por 36 jeroglíficos con el nombre de las constelaciones que el Sol va cruzando en su recorrido, y se llaman décadas, pues cada uno indica 10 días para completar un año entero de 360 días. En el interior de este círculo, existen 37 figuras más que representan los planetas conocidos en aquella época, las estrellas principales para los egipcios, Sirio y Orión, las constelaciones del zodiaco, además de otros conjuntos menores de estrellas.

—Si sumamos 36 más 37 nos da un total de 73 —enlazó Peter rápidamente.

—Justo el número de notas del pergamino —confirmó Brandon.

—¿Coincide con los elementos de rastreo que especifiqué?

—Lo hacen al milímetro. Se trata de un templo antiguo, un lugar restringido a ceremonias sagradas. Aunque realmente el templo actual es de la época de dominio griego y romano, se conoce que está construido sobre otro mucho más antiguo, respetando sus dimensiones originales. El Templo de Dendera es conocido también como “el Templo del Sistro”, un instrumento de percusión muy antiguo y que era sagrado para los egipcios, por lo que su relación con la música es directa. También con la astronomía tiene mucho que ver, ya que en el templo no sólo se encuentra el zodiaco anterior, sino otro todavía más impresionante.

El pulso de Peter se aceleró por momentos. Egipto, música, tradición y astronomía confluían magistralmente en aquel templo. ¡Y nada menos que un mapa celestial! ¿Qué mejor forma de esconder la música de las esferas? Debía dirigirse a Dendera cuanto antes y ver con sus propios ojos ese zodiaco.

—Envíame toda la información de ese templo inmediatamente —ordenó con urgencia.

—Lo haré enseguida —contestó Brandon, obediente.

Peter fue a colgar cuando un rápido pensamiento cruzó su mente. Un

pequeño detalle que podría confirmar ese zodiaco como una valiosa pista, o desbaratar la hipótesis por completo.

—Una última cosa. ¿A qué divinidad está dedicado el templo de Dendera?

Brandon Mitchel pareció sorprendido por la pregunta. Al sonido de papeles revueltos siguió un rápido teclear en su ordenador. En total unos veinte segundos de espera que Peter llenó con la angustiada visión de su hermano, inmóvil en su cama de hospital con una silenciosa enfermedad consumiéndole el cuerpo lentamente. El médico había dicho que no era grave, pero Peter sabía que los daños serían irreversibles si no lograba dar con los sonidos adecuados para actuar sobre su cerebro y devolverle la consciencia.

Brandon suspiró al otro lado. Parecía aliviado.

—No podía ser de otra manera, señor —dijo con un toque risueño—. El templo está dedicado a Hathor.

Dos días después, Peter se encontraba frente al Templo de Dendera, acompañado por un bullicioso grupo de turistas con los que había compartido cuatro horas de autobús desde El Cairo. Enchancletados y armados con sus cámaras de fotos, formaron un tropel que adelantó rápidamente a Peter, envuelto repentinamente en una nube de polvo.

Cuando la arena en suspensión se disipó, ante él aparecieron las seis majestuosas columnas de la fachada del templo, coronadas por unos enormes capiteles esculpidos con la cara de la diosa Hathor y su instrumento musical favorito, el sistro. Por un momento se sintió empequeñecido ante la presencia de la divinidad con la que los egipcios personificaban a la música. Él había dedicado su vida a descifrar los sonidos, despojando a la música de su lado espiritual y convirtiéndola en un producto de laboratorio, medible y reproducible, por lo que no pudo evitar sentirse como un niño travieso frente a la mirada de reprobación de su madre. Sin embargo, no estaba dispuesto a darse la vuelta. Había llegado hasta allí para endurecer la afrenta, para violar aquel lugar sagrado y descifrar el mensaje que Hathor había dejado oculto en ese zodiaco tan especial. Dio un paso al frente y se dirigió con determinación

hacia la entrada del templo.

El día anterior lo había empleado documentándose en la Biblioteca de Egiptología de El Cairo, donde aprendió que Dendera era el templo más importante construido para venerar a Hathor. Ese recodo del río representaba para los egipcios un lugar muy especial desde el origen de su civilización, ya que allí se encontró uno de los miembros descuartizados de Osiris tras ser diseminado a lo largo del Nilo.

Peter se llevó una desagradable sorpresa cuando leyó la fecha de su construcción. ¡El templo actual era muy moderno para lo que él hubiera esperado! Se había iniciado con uno de los últimos faraones y culminado por los romanos en su ocupación posterior. Sin embargo, antiguas referencias hablaban de otro templo anterior, que Keops había ordenado reconstruir según los planos originales de los “descendientes de Horus”, que era como llamaban a los originarios pobladores del reino del Nilo, anteriores a los primeros faraones conocidos. La pena es que no quedara allí una sola piedra de tal época.

Tampoco la había en tiempos de Pitágoras. Si el de Samos había descubierto la música de las esferas en territorio egipcio, seguramente no había sido en Dendera. El periodo en el que Pitágoras vivió en Egipto coincidió con un abandono de la ciudad de Dendera a favor de Heliópolis, a donde seguramente se trasladara el culto a Hathor así como el del resto de los dioses.

A pesar de los datos discordantes, Peter prefirió guiarse por su instinto y seguir a la diosa de la música. A lo largo de la historia, Hathor había tenido que aguantar ser la representante de otras disciplinas más frívolas, como el amor, la belleza, la alegría y la danza. A Peter le repugnó la extraordinaria capacidad del ser humano para despreciar la música y convertirla en un divertimento cualquiera.

Porque eso era lo que significaba para la sociedad actual. ¡Pobres ignorantes!

Peter se paró bajo el mismo umbral del templo, como interrumpido por una mano poderosa que le prevenía de atravesarlo. Sus pupilas, reducidas apenas a un pequeño punto por la intensa luz en campo abierto, sólo

atisbaban tinieblas frente a él. Una ráfaga de aire fresco rozó el vello de sus brazos, anunciando un brusco cambio de temperatura. Ahí dentro parecía existir un universo paralelo que invertía las variables físicas, y tuvo el presentimiento de que, al traspasar aquella puerta, algo en su interior también iba a cambiar.

Estaba preparado para ello.

Dio dos pasos más y se sumergió en las tinieblas. Dejó a sus ojos habituarse a la penumbra, hasta que las primeras imágenes emergieron dibujando un patrón ordenado de gruesas columnas dispuestas geométricamente. Peter se acordó de la Casa de la Geometría, y en los esfuerzos ímprobos de sus ordenadores para encontrar una canción ya compuesta que coincidiera con una combinación musical del código del pergamino. Si tenía éxito con su misión de hoy, les serviría en bandeja una canción para rastrear las ondas, facilitando enormemente las posibilidades de encontrar una coincidencia positiva.

Ante sus ojos se materializaron paulatinamente millares de jeroglíficos que adornaban las columnas. Le susurraban en un idioma desconocido y, sin embargo, él escuchó nítidamente las palabras de su padre y de Pitágoras hablándole desde dentro: “eres el elegido”.

Peter reconoció el lugar donde se encontraba como la sala hipóstila y buscó con un rápido giro de cabeza el primero de los mapas celestiales del templo. Con los ojos fijos en el techo, recorrió el laberinto de columnas hasta que dio con él en uno de los pasillos. Se trataba de una pintura de grandes dimensiones, donde las constelaciones estaban representadas por jeroglíficos. No era el zodiaco que buscaba, pero sí la primera gran prueba de que aquel lugar estaba dedicado al cielo.

Después pasó a la segunda sala de columnas, iluminada ya por una mortecina luz artificial, y continuó hacia las criptas. Peter permaneció unos minutos en cada una de estas pequeñas habitaciones, tratando de absorber la energía de los ritos que allí se celebraban. El silencio de aquellas salas alejadas de los turistas y el buen estado de conservación de los colores originales de algunos jeroglíficos transportaron momentáneamente a Peter a la época en la que los templos eran una vía mágica de comunicación con el

más allá.

El ruido de los pasos de un vigilante lo sacaron de su ensueño. Salió de allí y regresó al patio central. Ahora se sentía preparado para replicar el ritual ancestral que los antiguos sacerdotes realizaban en aquel templo. Con paso ceremonial, se acercó a la imponente escalera que, labrada en la pared, ascendía hacia el tejado de piedra. Se sumó con parsimonia a la nutrida procesión de dioses inmortalizados en el lateral de la escalera. La ceremonia que tenía lugar en el tejado debía de ser muy importante a tenor del notable elenco de deidades que participaban.

Cuando llegó arriba, pensó que algo no encajaba. ¿Por qué hacer un ritual de ofrenda en el tejado del templo? Era algo inaudito en la cultura egipcia, en la que los cultos sagrados eran exclusivos del clero y los faraones, quedando el pueblo llano al margen de estas ceremonias. ¿Por qué entonces no realizarlos en salas cerradas, como era costumbre?

A no ser que fuera necesario subir allí por alguna razón de peso... Sus ojos miraron hacia arriba instintivamente, tratando de buscar en el cielo una respuesta. Inmediatamente tuvo que bajar la cara, cegado por el Sol en su cénit. ¿O era Ra el que le obligaba a mirar para otro lado pues se estaba acercando a la verdad oculta en ese templo?

Buscó la escalera de bajada, observando que los mismos dioses estaban de nuevo esculpidos en la pared descendente, pero ya no llevaban las ofrendas que habían traído antes. ¿Qué habían hecho con ellas? ¿Quién las había recogido?

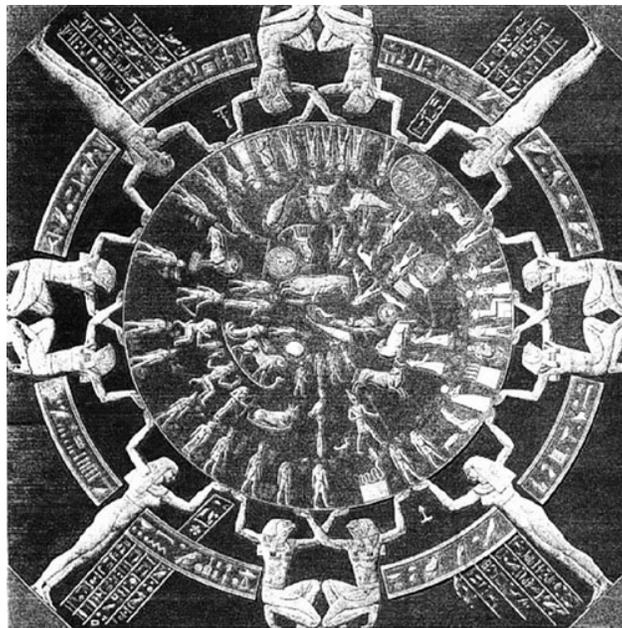
Miró el reloj. Habían pasado casi los cuarenta minutos que la excursión había concedido para la visita. Se asomó por el borde del tejado y vio a la marabunta de turistas regresar apresuradamente al autobús. Él no tenía previsto tomarlo. Llevaba consigo suficiente dinero en efectivo para convencer a cualquier paisano de recorrer los setenta kilómetros que lo separaban de Luxor. Allí no tendría problema para encontrar un medio más cómodo de regresar a El Cairo.

Por fin, solo.

Con la tranquilidad necesaria para enfrentarse al famoso zodiaco, regresó a la planta baja y buscó la sala dedicada al culto de Osiris.

La encontró vacía de gente, como había esperado. Entró evitando mirar al techo y se colocó en el centro exacto del recinto. Una vez allí, suspiró profundamente y giró la cabeza hacia arriba. Lo que vio lo dejó paralizado.

Un inmenso monolito de piedra negra que sobresalía del techo ocupó todo su campo de visión. El bajorrelieve presentaba cuatro mujeres y otros seres con cabeza de halcón sosteniendo un enorme disco de dos metros y medio de diámetro que representaba el cielo nocturno. En su interior se apretaban un montón de dibujos y jeroglíficos esquematizando las constelaciones y los planetas.



En su posición bajo aquel manto estrellado, era como si Peter ocupara el centro del universo. Notó por un momento que sus pies perdían ligeramente el equilibrio, como si de verdad flotara en el espacio exterior.

Se afianzó sobre el suelo, recordándose a sí mismo que la piedra sobre su cabeza no era más que una reproducción, pues Napoleón se había llevado el original a Francia y ahora se exponía en el Louvre.

Más sereno, sacó una pequeña linterna del bolsillo y la enfocó sobre el zodiaco para analizarlo pormenorizadamente.

Las constelaciones aparecían dibujadas con formas de animales: el

carnero, el pez, el perro, el león... El exterior del disco presentaba una especie de procesión ordenada de diferentes deidades, si bien el interior era un caos de iconos que se superponían unos a otros.

La imagen central correspondía a la constelación del león guiando la barca del Sol, lo cual no se correspondía con nuestro mapa celeste actual. Este motivo había generado teorías revolucionarias sobre la antigüedad del zodiaco, que argumentaban que la posición relativa de las constelaciones encajaba con la que se daba en el año ocho mil antes de Cristo.

Trató de alejar de su cabeza las dudosas teorías sobre atlantes y concentrarse en la relación encontrada entre su pergamino y el zodiaco.

Existía una relación matemática directa al coincidir el número 73 en ambos objetos, si bien esto por sí solo no suponía mucho avance. Era necesario darle una interpretación musical a aquel descubrimiento.

Sus ojos escrutaron el zodiaco en toda su extensión, recorriendo velozmente desde Sirio a la Osa Mayor, desde Orión hasta Andrómeda. Cada una ocupaba su lugar correspondiente en el firmamento, pero se percató de una inusual aglomeración en torno al centro. ¿A qué se debía esa desigual densidad si el cielo estaba uniformemente plagado de estrellas?

Enfocó la linterna al centro del disco y se elevó ligeramente para poder verlo más de cerca. No era suficiente. Cogió una caja de madera que había en una esquina del suelo, seguramente la silla de descanso del vigilante, y se subió encima. La sensación mareante de encontrarse flotando en mitad del firmamento se acrecentó.

Sintió un repentino deseo de tocarlo, así que estiró el brazo lentamente y acercó la punta del dedo. Al mínimo contacto, su índice quedó congelado, como si hubiera tocado una roca del espacio exterior. Desde la nueva perspectiva, el dibujo era todavía más irreal, con todas las constelaciones descolocadas. Su cerebro se puso automáticamente en marcha para arreglarlo. Ubicó mentalmente cada constelación en su lugar adecuado de la bóveda celeste. El perro allí, Sirio acá... Sin darse cuenta, había añadido una tercera dimensión al zodiaco, proporcionándole profundidad.

Una dimensión oculta...

Que permitía que cada constelación estuviera a su altura verdadera...

¿Y qué tendría eso que ver con la música?

“La altura... La altura...”

¡La altura tonal de las notas!

¿Acaso iba a ser tan fácil?

Tomó apresuradamente el teléfono móvil y marcó.

—Brandon, tengo la clave —dijo al teléfono—. Por favor, introduce el siguiente ajuste y dame el resultado.

—Adelante, estoy frente a la pantalla —respondió el eficaz operario jefe de la Casa de la Aritmética.

—Asigna a cada constelación del zodiaco de Dendera una nota musical que sea proporcional a su altura en el firmamento.

Brandon permaneció en silencio unos segundos, tratando de asimilar la instrucción.

—Quieres decir que a la constelación más baja en el firmamento le correspondería la nota Do, y a la más septentrional la nota Si... ¿Es eso lo que deseas?

—Correcto. Ordena las estrellas según su altura y agrúpalas en veinticuatro niveles.

—¿Veinticuatro? —preguntó extrañado Brandon.

“El pergamino de Pitágoras tenía sólo 24 caracteres diferentes, no podría representar más sonidos...”, pensó Peter.

—Así es, limita el número de notas a dos octavas de la escala cromática de doce notas cada una.

—Pero existen 73 constelaciones para tan sólo 24 notas... —objetó Brandon.

—Las constelaciones que se encuentren a la misma altura o similar tocarán la misma nota.

—Entendido —Brandon se apresuró a realizar los cálculos que su director le había pedido—. Ya lo estoy haciendo. Un segundo...

“Un segundo, William, tan sólo espera un segundo”, pensó Peter.

—¡Lo tengo! —exclamó Brandon—. Pero tengo un problema. ¿Por dónde empiezo a reproducir? ¿Y en qué orden? El zodiaco es circular, no existe ni un principio ni un final.

Brandon tenía razón. ¿Por dónde empezar? ¿Cuál era el orden de las constelaciones del zodiaco? En el moderno sistema del pentagrama, las notas seguían una estructura lineal con el tiempo, una detrás de otra, con un principio claramente marcado por el signo de la clave empleada, el nivel de referencia de la altura de las notas, normalmente Sol o Fa. Pero en un disco como el de Dendera...

Un disco...

¡Eso era! Todos los discos modernos, tanto los de vinilo como los compact disc, tenían una estructura en espiral, y una marca en el borde que indicaba por dónde empezar a leer la obra.

“Una marca en el borde...”.

—Tengo que comprobar una cosa. Espera un momento.

Peter colgó y encendió la linterna de nuevo. Recorrió con el haz de luz el perímetro del disco tratando de encontrar alguna indicación. Tuvo que dar varias vueltas en círculo escrutando el borde del disco hasta que pudo observar una pequeña marca radial de apenas unos centímetros entre dos de las mujeres que sostenían la bóveda con sus brazos. Se puso de puntillas y estiró todo lo que pudo el brazo hacia el techo para iluminar mejor esa parte del zodiaco.

¡Pero si tenía forma de flecha! No podía creerlo, el zodiaco indicaba claramente un punto en su perímetro. ¡Justo lo que él estaba buscando!

Para cerciorarse de su descubrimiento, examinó el resto del borde circular por si encontraba algo similar.

¡Allí estaba otra vez! Otra pequeña flecha, esta vez más corta. Estaba ubicada en contraposición con la primera, apuntándose mutuamente sobre una línea imaginaria que pasaba por el centro del disco. Quizás no se trataba más que de un eje de referencia, al igual que la rosa de los vientos indica el norte en cualquier mapa moderno...

Sí, probablemente aquella era la explicación más verosímil a las dos marcas en el borde... pero encajaban tan bien en su teoría, que no perdía nada por intentarlo.

Esperó el establecimiento de la conexión con Alaska.

—La primera nota sería la correspondiente a la marca del Polo eclíptico

Norte en el zodiaco —indicó Peter, y a continuación le explicó las marcas en forma de flecha en el exterior del círculo.

—Ya veo, pero... ¿Cuál es el orden de la composición?

—Debes interpretar primero las constelaciones de la corona exterior, y luego ir haciendo lo mismo hacia el interior del disco.

—Como un disco de vinilo —indicó Brandon, satisfecho.

“Por fin se da cuenta”, se resignó Peter. La actitud de su pupilo era buena, pero como le pasaba al resto del mundo, su capacidad intelectual no le llegaba a los talones.

Brandon tardó unos segundos en programar la secuencia.

—¡La coincidencia es perfecta!

El corazón de Peter dio un vuelco.

—Quiero decir —añadió Brandon—, que cuando se repite la altura de una constelación en el zodiaco, se repite la misma letra griega en el pergamino.

Peter apretó los puños. ¡Estaba a punto de escuchar la música de las esferas!

—¿A qué esperas? —le reprendió, ante la pasividad de Brandon—. ¡Ponme el resultado!

—Hay una cosa que no encaja —dijo con voz vacilante—. El alfabeto griego ha quedado desordenado.

—¿Qué quiere decir desordenado? —gruñó Peter.

—Suponía que la escala que hemos construido correspondería linealmente con el alfabeto griego desde alfa hasta omega. Sin embargo, a simple vista parece que la relación es aleatoria. Por ejemplo, la letra alfa está asociada a Si bemol, y omega es Re sostenido... ¿Prefieres introducir algún otro parámetro antes de seguir?

A Peter le exasperaron las dudas de Brandon sobre su razonamiento. ¿Cómo se atrevía a poner en entredicho sus órdenes...?

A decir verdad, él tampoco entendía por qué Pitágoras había elegido una asignación aleatoria letras-notas en lugar de una secuencia lógica ordenada.

A menos que ni él mismo conociera la composición... Que únicamente se dedicara a transcribirla de algún otro lugar, sin saber qué sonido correspondía a cada símbolo...

Pero eso era imposible, tenía que centrarse en los datos objetivos que conocía, sin dejarse llevar por hipótesis infundadas.

—Reproduce la obra tal cual está —ordenó sin poder disimular su enfado.

A través de la línea telefónica comenzó a sonar una melodía.

Ruido. Disonancia. Estridencia.

Su esperanza amagó con abandonarle, pero su cerebro retomó el control rápidamente. Algo había fallado, pero si todas las pistas indicaban ese lugar y ese objeto, no podía estar equivocado. Tenía que repasar las suposiciones que había hecho para encontrar en qué paso había metido la pata. El pergamino coincidía con el zodiaco en el número de elementos, la asociación con notas musicales a través de la altura en el cielo parecía lo más razonable, y los veinticuatro caracteres griegos apuntaban claramente a dos escalas cromáticas...

Un mensaje apareció en su mente acompañado de un corto y estridente zumbido. ¡Error! La escala cromática era un invento relativamente moderno. Surgió en Europa en la Baja Edad Media, por lo que en ningún caso podría estar ligada a una partitura egipcia. La música en el Antiguo Egipto estaba escrita en la escala primigenia, la que daría pie a todas las demás. La escala pentatónica. No debía repartir las alturas en dos octavas de doce notas, ¡sino en cinco octavas de cinco notas!

—Ordena las notas sobre la escala pentatónica —ordenó, seguro en esta ocasión de que el ajuste funcionaría a la perfección.

Brandon obedeció sin rechistar, consciente del alterado estado de Peter. A los pocos segundos, una melodía ocupó de nuevo la línea telefónica.

Peter escuchó con creciente excitación. La obra tenía coherencia musical, la melodía tenía una estructura correcta, los saltos entre notas estaban bien definidos... El juicio técnico lo pasaba con creces. ¡Aquella secuencia no podía ser fruto de la casualidad!

Las notas iban enlazándose unas con otras formando una melodía embriagadora. Peter se dejó llevar por el torbellino de sensaciones que lo asaltó. Notaba la calidez olvidada de los brazos de su madre, la firme protección de su padre, el amor por su hermano... ¡Esa canción te hacía pegarte a la vida!

Pero, en mitad de la interpretación la canción desafinaba por completo y se convertía en pura disonancia.

Peter suspiró profundamente tratando de controlar su desolación. Otro escollo más.

“William, aguanta un poco, conseguiré descifrar la partitura secreta”.

—¿Qué ha pasado? —recriminó lleno de rabia—. ¿Has cometido algún error de cálculo?

—No, todo está según las instrucciones —respondió Brandon devolviéndole la pelota—. El salto se produce a partir de la nota 36.

Los 36 símbolos del círculo exterior del zodiaco generaban música, pero los 37 símbolos del interior parecían no usar el mismo código. ¿Por qué?

¿Qué faltaba en la ecuación para que todas las variables encajaran?

Su capacidad analítica había quedado mermada por el impacto emocional que le había causado la canción.

—Pónmela otra vez, pero elimina la segunda parte, por favor.

Necesitaba escuchar de nuevo esa música maravillosa.

Brandon activó un bucle de reproducción para las 36 primeras notas.

Peter pensó que esa secuencia sonora le serviría de mantra para encontrar la inspiración que le faltaba en ese momento.

Su mente analítica viajó hacia atrás en el tiempo para tratar de encontrar un punto de certeza previo. ¿Pero había estado en algún momento seguro de lo que hacía? ¿O todo había sido una desesperada huida hacia adelante, escapando míseramente de la crítica situación de su hermano?

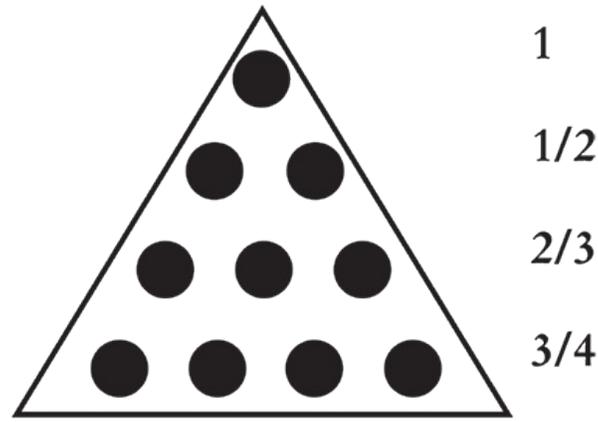
¡No! No podía dejarse vencer por las dudas. ¡Estaba haciendo lo correcto!

Trató de serenarse. ¿Cómo había empezado todo? El obelisco de Manhattan, la ceremonia de elevación del alma de su padre... ¡La Tetraktys!

Aquel triángulo de diez puntos condensaba la esencia de Pitágoras: matemáticas, música y una vida dedicada a encontrar la perfección.

Tomó una ramita del suelo y dibujó la Tetraktys sobre la arena. En su visita a Gizeh había intuido que la forma de las caras de la Gran Pirámide imitaba el triángulo mágico pitagórico, así que trazó un triángulo alrededor de los diez puntos. También recordó rápidamente el significado atribuido habitualmente a la Tetraktys pitagórica, y garabateó en el lateral las

relaciones entre los distintos niveles que se correspondían musicalmente a las notas consonantes.



¿Qué relación podría tener ese dibujo con el zodiaco de Dendera?

Su cerebro estaba bloqueado, incapaz de salir de aquel atolladero mental. Su intelecto no iba a ser de ayuda en esta ocasión, así que cerró los ojos, respiró profundamente y dejó que la música entrara en su cuerpo y obrara libremente.

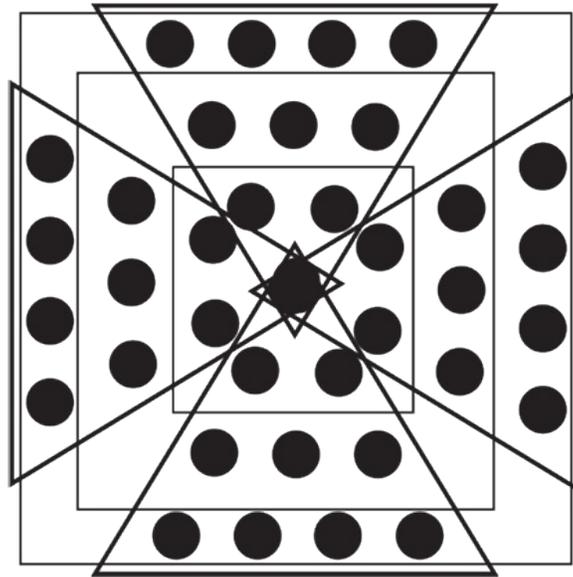
Creyó sentir las notas recorriendo sus neuronas, enlazando partes inéditas de su cerebro, liberando neurotransmisores por doquier, y consiguiendo finalmente que sus ondas cerebrales bailaran al mismo ritmo que la melodía que sonaba desde la otra parte del mundo.

Entonces, como embarcado en un viaje astral, su cuerpo se elevó del suelo y cogió altura. Voló hasta el Sol, pero en lugar de quemarse, su radiación le cargó de energía para el viaje de vuelta a la Tierra. En la aproximación, entró justo por la vertical de la Gran Pirámide. En su mente vislumbró perfectamente el plano cenital de la megalómana construcción. Desde arriba se disponía de una privilegiada vista de las cuatro caras al mismo tiempo.

Cuatro caras...

Abrió los ojos de golpe y los fijó en el suelo.

Rápidamente replicó la Tetraktys cuatro veces, una por cada cara de la pirámide, tal y como lo había contemplado en su visión.



El resultado fue algo parecido a una cruz estampada de lunares. El dibujo no era lo importante, sino el número de puntos totales que resultaban de la conjunción de las dos formas: pirámide y Tetraktys.

Sabía el resultado de antemano, aunque decidió hacer la cuenta despacio para asegurarse: 16 abajo, más 12 en el segundo escalón, 8 más arriba y uno más para el vértice compartido.

—¡Treinta y siete! —gritó, extendiendo los brazos al cielo.

Por un momento sintió que Pitágoras le daba una palmadita en la espalda, y su padre sonreía satisfecho por el logro de su hijo.

—La Gran Pirámide es una Tetraktys de Pitágoras en tres dimensiones, por eso tiene 37 símbolos —dijo al teléfono.

—¿Cómo debo trasladar eso a la notación musical? —preguntó Brandon, totalmente confundido con las explicaciones de Peter.

La respuesta estaba allí, en las relaciones numéricas grabadas sobre la misma arena del desierto que pisaron los que escondieron el secreto.

—Imagina que el zodiaco es una tela y lo dejas caer sobre una pirámide; las constelaciones centrales ocuparían el vértice, mientras que las cercanas al borde exterior ocuparían la base de la pirámide.

El silencio reveló que Brandon seguía sin entender su razonamiento.

—Toma los 37 últimos símbolos —indicó con lentitud, tratando de

explicarse con claridad para no tener que repetir la instrucción—, y aplica una elevación de $\frac{3}{4}$ en el tono de los primeros 16, sube $\frac{2}{3}$ la frecuencia sonora de los siguientes 12 símbolos, y $\frac{1}{2}$ los 8 siguientes. El último déjalo como está.

Peter contuvo la respiración mientras escuchaba el teclear apurado de Brandon al otro lado de la línea.

—Creo que lo tengo. Ahí va.

La misma melodía de antes comenzó a sonar desde el principio, pero esta vez, al llegar a la nota número 37, la música continuó fluyendo con naturalidad.

Al llegar al final y detenerse, el silencio dolió tanto como una puñalada en el pecho. Quizás cualquier oyente tan sólo habría oído en ella un corto fragmento de canción, pero Peter, como el mayor experto mundial en neuromusicología, reconoció varios elementos musicales que él mismo había probado con éxito en sus últimos experimentos, algunos que tenía en mente para analizar en el futuro, y otros que nunca hubiera imaginado poner juntos.

Era la melodía perfecta, el sueño que había perseguido durante toda su vida.

Ahora, al estar completa la composición, Peter notó que le arrancaba otro tipo de sentimientos aún más profundos, alejándose de los puramente personales y buceando en la parte que compartía con el resto de cosas, animales y personas; con el resto de la Vida. Algo común a toda la existencia. ¿Era eso lo que todas las religiones resumían en la idea de “Dios”?

Acababa de encontrar la Verdad.

¡Había descubierto la música de las esferas!

—Supongo que lo siguiente es ordenar a la Casa de la Geometría que rastreen las ondas en busca de esta melodía —sugirió Brandon, inquieto por conocer si Peter se encontraba bien al otro lado de la línea.

Las palabras de Brandon no consiguieron hacer regresar Peter a este mundo.

Esa canción seguía sonando en su cabeza. No podía quitársela de encima. ¿Y acaso lo deseaba? ¡Ojalá esos sonidos se quedaran rebotando en su mente por siempre jamás!

La idea de “Dios”...

¿Cómo había pretendido creer que la música de las esferas serviría únicamente para curar a un paciente en estado de coma? ¿No había sido dirigido él hasta Dendera por el alma de Pitágoras que ahora llevaba dentro? ¿No había un fin más excelso para aquel instrumento tan importante que ahora recaía en sus manos?

Las pesadas cortinas de su pasado por fin se descubrieron y divisó con claridad transparente cuál era el destino de su vida.

Había estado trabajando en devolver la vida a su hermano a través de la recién descubierta propiedad de neuroplasticidad del cerebro. Sabía que la música albergaba la clave para dirigir la generación de nuevas neuronas hacia las zonas dañadas del cerebro, pero todos sus intentos anteriores fracasaron. Sólo había logrado borrar completamente el cerebro de sus pacientes, pero no proporcionarles la oportunidad de desarrollarse. Los convertía en “bebés”, pero se quedaban en “bebés” para siempre. Si pudiera controlar ese efecto, William despertaría, aunque su consciencia y su memoria tuvieran que empezar desde cero.

Sólo tenía que encontrar la manera de implantar de nuevo el “sistema operativo” en el cerebro, el conjunto de funcionalidades básicas sobre las que cada persona desarrollase sus propias capacidades.

La música de las esferas volvió a sonar fuertemente en su cabeza.

¿No era eso precisamente lo que acababa de descubrir?

¡Con la música podría modificar ese conjunto de elementos básicos a su antojo!

La música de las esferas... Un nuevo sistema operativo para la humanidad.

¡Un nuevo modelo mental!

Una nueva base de pensamiento y comportamiento.

Él sería el mesías que traería con su conocimiento el comienzo de una nueva era, una civilización sin atracadores y sin conductores borrachos. Una civilización basada en el estudio de la ciencia y la búsqueda de la purificación espiritual, tal y como planteó Pitágoras en su comunidad.

¡La música de las esferas no sólo podría curar a su hermano, también

podría curar a toda la humanidad!

Capítulo 41

Alicia y Miko pusieron un pie fuera del avión y un golpe de aire frío les abofeteó la cara. Sus desprotegidos rostros quedaron petrificados. El viento les recibió con latigazos de aire cortante que subía desde el fiordo, impregnado de salada humedad y sabor a mar.

Habían llegado a Nuuk, capital de Groenlandia, en un vuelo desde Madrid con escala en Copenhague. Los números de rumbo y distancia con origen en la montaña sagrada de los Rimba les habían señalado unas coordenadas dentro del círculo polar ártico. Pero a pesar del frío extremo, tanto Alicia como Miko sentían un mismo palpitar interior, una llamada con forma de música lejana y familiar, que provenía desde ese punto marcado con precisión sobre el mapa de la isla de hielo.

Sólo pretendían quedarse en Nuuk el tiempo necesario para encontrar la mejor manera de llegar a su destino final. La población ocupaba una pequeña península verde junto al mar, al pie de unas impresionantes montañas que servían de barrera frente a la impenetrable meseta helada, formando una invisible pared que silenciaba los secretos que el viento susurraba desde el interior.

Se metieron en la primera agencia de viajes que encontraron. Mala suerte, el único vuelo semanal a Thule acababa de salir. En el extremo norte del país, Thule era la población más cercana a las coordenadas del destino. El origen del nombre de la ciudad no era casual, ya que “Thule” también era el nombre que se usaba en los mapas medievales para indicar un lugar lejano más allá

del mundo conocido.

Miko insistió al joven dependiente para que les buscara un vuelo privado. No quería malgastar ni un segundo en llegar al siguiente punto. Finalmente contrataron una avioneta para el día siguiente. Emplearían el resto del día en el segundo objetivo de la escala en Nuuk, averiguar si algún pueblo antiguo de Groenlandia incluía “Square Circle” en su repertorio.

La mejor respuesta sólo la podrían encontrar en el Museo Nacional de Groenlandia. Un taxi les llevó hasta un par de edificios situados a pie de mar, desde los cuales se disfrutaba de unas maravillosas vistas del fiordo.

Una vez dentro, contrataron una visita guiada privada. Una mujer de la edad de Alicia, con suaves rasgos indígenas, salió para atenderles.

—*Tikilluarit* —saludó la joven, inclinando levemente la cabeza—. Bienvenidos, mi nombre es Ivalu.

—Yo soy Alicia, y mi compañero es Miko.

Ivalu les acompañó hasta el inicio de la visita.

—Somos un museo relativamente joven —comenzó—, pero tenemos una pequeña muestra de todas nuestras etapas históricas y culturales. Estamos organizados por colecciones, que van desde la prehistoria de nuestros primeros pobladores americanos, hasta los restos vikingos, pasando por los Thule, nuestros antepasados más cercanos. También acabamos de inaugurar una exposición sobre los primeros contactos, en el siglo XIX, de la civilización occidental con los esquimales, y cuya fusión engendró lo que hoy es nuestro país.

Ella misma era muestra de ello, pensó Alicia.

—¿Tienen alguna predilección especial por algún tema? —preguntó la chica.

—Somos investigadores y hemos venido a estudiar los aspectos musicales de las culturas indígenas de Groenlandia —indicó Miko, urdiendo una coartada para no tener que dar muchas explicaciones—. Vamos a visitar a las tribus indígenas del norte del país para hacer un estudio antropológico.

—Ah, los Inuit, los antiguos pobladores de Groenlandia. Ellos ya estaban aquí cuando llegó Erik el Rojo desde Islandia y colonizó la isla. Fue él quien descubrió este pedazo de tierra para occidente a finales del siglo X, y no dudó

en quedárselo.

—¿Tienen alguna sección específica de música? —preguntó Alicia.

—Desgraciadamente no, ya que la música no parece un rasgo cultural primordial en la cultura Inuit. Tampoco en la vikinga, añadiría. Ninguno de nuestros pueblos se ha caracterizado por sus composiciones musicales, por lo que nuestro legado musical es más bien pobre.

La respuesta los dejó helados.

—Mire —dijo Ivalu, señalando un gran objeto plano y ovalado. Ésta es la única muestra de instrumento musical Inuit que posee el museo. Es un tambor típico que se usa en la famosa “danza del tambor”. Se diferencia de un tambor normal en que se golpea la madera exterior, no la membrana.

A Alicia y a Miko les recordó al tambor regalado por el pueblo San del Kalahari.

—¿Y qué función tiene la danza del tambor? —preguntó Miko, tratando de establecer posibles paralelismos.

—Los Inuit la emplean para celebrar cualquier evento comunitario: nacimientos, bodas, fallecimientos, asambleas de clanes. Se acompaña de historias, cuentos, y leyendas, contados por los más viejos de la tribu. También se dice que los chamanes la usaban para entrar en trance y comunicarse con los espíritus con el fin de rogarles una caza propicia.

—Entonces, diríamos que también tiene un fin espiritual —sugirió Alicia—. ¿Tienen alguna danza dedicada al dios Sol?

—En efecto, así es, tienen una danza especial para conmemorar la llegada del Sol tras el largo invierno del norte. Pero hoy en día la danza del tambor ha quedado reducida a las interpretaciones para los turistas, a los que también les encantan los cantos de garganta de los Inuit. Si tienen ocasión, no se pierdan ese espectáculo.

—¿Otro tipo de música Inuit? Dijo antes que no tenían cultura musical...

—Si escucha uno de estos juegos de garganta se dará cuenta de que eso no es precisamente... *música*, sino más una competición amistosa y un alarde respiratorio. Dos mujeres se colocan de frente, muy juntas. Cada una repite breves sonidos, apenas una sílaba, dejando un corto silencio en medio, que llena la otra cantante con un patrón diferente. No deja de ser un juego en el

que pierde quien se rinde antes, ya sea por falta de aliento o porque directamente le entra la risa.

—¿Estos cantos de garganta sólo poseen un único fin lúdico? ¿Nunca han tenido un propósito más elevado? —preguntó Miko. Estaba claro que los viajes precedentes apuntaban a una función más digna que una simple competición de canto.

—No sé a qué se refiere, pero me temo que no. De todas maneras, eso será algo que pueda comprobar *in situ* cuando lleguen a su destino.

En ese momento entraron en la sala dedicada a la cultura vikinga.

—Con ese pobre bagaje, los Inuit no debieron influir musicalmente demasiado en los vikingos, ¿verdad? —se preguntó Miko.

—Cierto, de hecho los contactos entre ambos pueblos fueron muy escasos. Se dividían el territorio, los Inuit al norte, los vikingos que vinieron con Erik el Rojo al sur, y se respetaban mutuamente.

De nada serviría rastrear la música vikinga, pensó Miko. Si existía alguna canción perdida en el origen de los tiempos, como las de los dos continentes anteriores, debía encontrarse en la tradición Inuit.

—Esas inscripciones —indicó Alicia, señalando una gran losa grabada con extrañas marcas lineales divididas en filas—, ¿son un tipo de lenguaje?

—Son runas, el lenguaje de los vikingos.

—Parecen simples dibujos decorativos.

—Hay quien piensa que por encima del significado de las palabras que forman, las propias runas, como símbolos, son capaces de provocarnos emociones, de transmitirnos su mensaje sin necesidad de saber interpretarlas. Como un bello cuadro.

—O una buena canción —añadió Alicia, guiñándole un ojo a Miko.

—Así es. La palabra “runa” proviene del lenguaje gótico. Significa “secreto”.

—¿Qué tipo de secreto? —se interesó Miko.

—Por “secreto” se entiende algo que se debe traspasar a otros con cautela. Puede ser sinónimo de “conocimiento”. La mitología atribuye a Odín, el principal dios escandinavo, la creación de las runas con el objeto de someter a la Naturaleza. En la medida que podía escribir lo que sabía de ella, le

robaba sus secretos y adquiriría su energía.

Ivalu hizo una pausa mientras les encaminaba a una nueva sala.

—Están ustedes de suerte —continuó—, pues hace unas semanas conseguimos al fin repatriar nuestra joya de la corona —explicó con satisfacción.

—¿De qué se trata? ¿Quizás aquel monolito? —preguntó Alicia, señalando a una losa con inscripciones rúnicas desgastadas por el tiempo.

—No es muy vistoso físicamente, pero para nosotros este objeto tiene un valor extraordinario. Es una pequeña y frágil rama de madera con las inscripciones rúnicas más antiguas de Groenlandia. Acaba de llegar del Museo Nacional de Copenhague.

Se aproximaron al centro de la sala, donde una alargada vitrina acogía el raquíptico palo de madera en el que, sin embargo, resaltaban con luz propia las marcas alargadas características de las letras vikingas. Las runas apenas se diferenciaban unas de otras.

A Alicia le pareció el resultado del entretenimiento de algún pastor distraído con su navaja, pero se guardó el frívolo comentario.

—¿Por qué está expuesto en vertical? ¿Las runas se leen de arriba abajo?

—No, pero es la única manera de apreciarla desde todos sus ángulos. La madera tiene tres caras, y cada una de ellas alberga un mensaje diferente.

En efecto, Alicia comprobó que no quedaba un hueco del trozo de madera sin labrar.

—¿Se sabe lo que dicen las inscripciones?

—Sí, está traducido. La primera cara contiene sólo el abecedario rúnico: dieciséis runas colocadas en orden alfabético. La segunda cara contiene un mensaje muy peculiar, dice: “Bibrau es el nombre de la niña que se sienta en el azul”, mientras que en el tercer lado se lee un conjunto de runas que no significan nada aparentemente.

—¿Quién es Bibrau y por qué se sienta en el azul?

—Bibrau es un nombre de mujer, pero no sabemos si fue un personaje real o no. Respecto al *azul*, existen diferentes interpretaciones: el cielo, el mar... Los historiadores y lingüistas no se ponen de acuerdo.

—Todo un misterio, ya veo. Además, ¿era corriente escribir palabras sin

sentido como en el tercer lado de la madera?

—No, los vikingos eran muy prácticos, no malgastaban tiempo ni esfuerzo. Tampoco los investigadores dan una única respuesta a esa misteriosa palabra. Para algunos, este trozo de madera representa una especie de “Piedra de Rosetta” para el lenguaje esquimal y el vikingo. ¿Para qué escribir todo el abecedario en la primera de las caras? Aseguran que alguien quería transcribir una palabra en otro idioma. Se ha tratado de “fonetizar” de alguna manera la extraña palabra de la tercera cara, adaptándola al lenguaje Inuit, pero sin éxito. Vendría a ser algo así como “ommo”, pero se lo aseguro, eso no tiene significado alguno en mi idioma.

—¿De qué fecha proviene la inscripción?

—Se ha datado a principios del siglo XI, y como fue encontrada cerca de la casa de Erik el Rojo, algunos creen que fue el bastón con el que se apoyaba en su vejez. También se especula con que él mismo lo grabó de su puño y letra.

—Pero supongo que eso no son más que leyendas —indicó Miko.

La joven Ivalu sonrió dulcemente.

—¿Quién sabe? —dijo, dando por finalizada la visita al pequeño museo.

Alicia y Miko no habían podido aclarar el interrogante que los llevó allí, y salían más confusos que como habían entrado. Parecía que esta vez no iba a ser tan fácil dar con “Square Circle”.

A la mañana siguiente, apretados en la cabina de la avioneta, el ruido de los motores invitaba al silencio, y en las cabezas de Alicia y Miko danzaban leyendas sobre el Sol, runas antiguas, una niña sentada y una palabra indescifrable.

Tras dos horas de viaje bordeando la costa, el aparato se internó en la llanura helada y a los pocos minutos alcanzaron el lugar indicado por los valores de distancia y rumbo calculados por David.

La avioneta se posó sobre la fría superficie. Cuando el motor se paró, los visitantes se miraron con cara de resignación.

—¿Se supone que hemos llegado? —preguntó Alicia.

—Las coordenadas son exactas —indicó Miko, mostrando el GPS.

El piloto se volvió desde su cabina con semblante de ganador.

—Se lo dije, en el lugar donde querían ir no hay nada. Sólo hielo y más hielo en lo que la vista alcanza. Pero ustedes se empeñaron, y aquí estamos. Ahora deben tomar una decisión. El viaje de vuelta les costará lo mismo que el de ida.

El piloto salió de la avioneta a estirar las piernas y se encendió un cigarrillo.

—Tienen cinco minutos para pensárselo —añadió.

Alicia y Miko también salieron. El sol lucía radiante en el mediodía, y no soplaba ninguna racha de viento. Respiraron profundamente y se dejaron embriagar por la primitiva desnudez a su alrededor.

El paisaje era tan irreal como perfecto. Sus sentidos, asaltados por estímulos puros, entraron en una extraña sintonía. Todo era blanco para la vista, incluso el cielo. El olfato parecía insensible, nada que oler. El blando tacto de sus botas sobre el suelo les transmitió la percepción de que incluso la materia se desvanecía. Pero lo más sobrecogedor era el sonido. Inexistente. El silencio era tan completo que parecía que gritaba.

Alejados del ruido y la confusión, sus pensamientos se presentaban claros y diáfanos.

En Miko, las dudas sobre coincidencias y casualidades asociadas a la canción de la caja de música habían desaparecido, y había consolidado la certeza indiscutible de que existía un gran poder encerrado en ella. Aún no estaba seguro de su papel en la historia. Le martirizaba la idea de haberse encontrado en medio del juego, ser simplemente alguien que pasaba por allí que se atrevió a jugar a sabiendas de que nunca ganaría. Esa partida ya se había jugado en el pasado. La música uno, Miko cero. Quizás lo más sensato hubiera sido encontrar a alguien que pudiera asumir el papel de mesías destinado a revelar el secreto, alguien más capacitado, mejor preparado. A su favor, sin embargo, tenía su tenacidad y, cómo no, el abrigo de la mujer que desafiaba el insondable hielo con mirada altiva.

Alicia contemplaba el horizonte imaginando que era el lienzo en blanco sobre el que pintar el futuro de su vida. Ignoraba cómo acabaría el mural. Seguramente, ella sin trabajo, pues en la Agencia ya había expirado el

ultimátum para volver. Ya no le preocupaba, ahora era ella quien poseía los pinceles; la artista, no sólo la espectadora. Miró a un lado. Deseó con todas sus fuerzas que el hombre que la observaba, embelesado, tuviera un lugar preponderante en el cuadro final.

No hicieron falta palabras. No tuvieron siquiera que mirarse para apoyarse el uno en el otro. La decisión estaba tomada.

Se quedaban allí.

Capítulo 42

Crotona, Sur de Italia, 1408

La noche cubría de sombras a los amantes. La inaccesibilidad de aquel promontorio rocoso, erguido desafiante sobre el mar mediterráneo, les hacía sentirse a salvo de miradas indiscretas. Incluso el bravo batir de las aguas contra el acantilado se conjuraba a su favor, apagando con su rugido los gozosos lamentos y los gemidos de pasión.

Después de amarse, sus cuerpos extenuados cayeron desplomados sobre el suelo de piedra. El frescor de la noche pronto apagó el ardor de la piel, y Christian Schwan se levantó para vestirse. Su poderoso cuerpo brilló bajo la argéntea luz de la luna, desprendiendo miles de reflejos perlados sobre su sudorosa piel. Tomó una manta y se la entregó a su amante, que se enrolló con ella y fue a sentarse en una roca que se encaramaba al mar. Era una de las pocas piedras que quedaban en pie de lo que parecía haber sido un templete circular, y del que apenas quedaba un techo semiderruido. Había descubierto el sitio hacía unos días, cuando sus pesquisas sobre Pitágoras le condujeron hasta allí.

Arrancó una rosa de un rosal cercano y se sentó frente a ella, colocándole la flor tras la oreja mientras observaba la luna llena reflejada en sus ojos. Christian adoraba las curvas de las mujeres mediterráneas, en contra de la rigidez de las formas de sus compatriotas germanas. Ella le acarició el pelo y

él le respondió con un tierno beso en su barbilla aún trémula.

Elena no sólo era un cuerpo voluptuoso, también era inteligente, y se dio cuenta en seguida de que algo preocupaba a su joven acompañante.

—Christian, ¿qué te ocurre?

—Los piratas mamelucos del sur han apresado dos de mis barcos. Doy por perdida mi mercancía, pero temo por los miembros de mi tripulación, que han caído prisioneros. Yo soy su capitán, así que mañana zarpo para ir a su rescate. Esos piratas van a entender que nadie se mete con Christian Schwan.

Mentir se había convertido en un hábito. Era capaz de crearse un nuevo personaje en tan sólo unos segundos. Le fascinaban las mujeres, y creía conocer lo suficiente de ellas para saber cómo seducirlas. Sabía que su apariencia física le ayudaba, pero siempre era mejor adornarla con un perfil arrebatador. Creía que cada mujer estaba enamorada de un personaje que sólo existía en su imaginación. Él jugaba a robarles ese hombre e interpretarlo para ellas. Consideraba que no les mentía, sino que realmente las halagaba. En esta ocasión, enterado de que el marido de Elena era un comerciante naval de una gran flota que estaba pasando por apuros económicos, había elegido como profesión la de marino de éxito. En el arte de la seducción había que jugar con todas las armas.

—Quizás mi marido pudiera ayudarte con ese tema, pero no creo que presentártelo sea una buena idea... —ironizó la italiana.

De hecho, su marido, el señor Bramanti, sí que conocía a Christian. Mejor dicho, eran sus secuaces quienes lo habían conocido, cuando unos días atrás fueron enviados con la misión de darle un recadito al viajero alemán. Como recordatorio le dejaron un tremendo estacazo en la cabeza.

—Por cierto, ¿cómo te has dado este golpe detrás de la nuca? —preguntó ella.

—Me caí de espaldas al bajar del caballo...

Elena no se lo creyó, pero evitó insistir.

Christian tenía dos buenos motivos para salir corriendo de Crotona. El primero era el temor a terminar con todos sus huesos rotos al haber desoído los consejos del señor Bramanti. El segundo y principal era que su idea de encontrar alguna pista sobre Pitágoras se había desvanecido tras varias

semanas de infructuosa búsqueda. Sólo una cosa le retenía ya allí, y tenía nombre de diosa griega. Había encontrado una amante maravillosa, entregada y ardiente, la mejor entre todas aquellas mujeres que habían pasado por su cama. Egipcias, nubias, chipriotas, griegas, cretenses, ya fueran cristianas, musulmanas o ateas, cultas o ignorantes, todas habían aportado algo a su vida, y a todas las recordaba. Aunque jugara con ellas para conquistarlas, las trataba como a princesas y se entregaba en plenitud. Era cierto que desaparecía de un día para otro, pero su faceta de conquistador debía someterse a la principal motivación en su vida: la búsqueda del saber.

Había perseguido las fuentes de la sabiduría por todo el mediterráneo. En Constantinopla aprendió griego para poder estudiar a Aristóteles y a Platón. En Jerusalén, los árabes le abrieron las puertas de la antiquísima ciencia de los babilonios. Se familiarizó también con la sabiduría oriental, y para ello se acercó a las mesetas persas. Más tarde, Egipto revolucionó su vida. ¡Qué suerte encontrar aquel templo en mitad del desierto!

Su periplo mediterráneo fue un sueño que se fraguó mientras cursaba sus estudios de Teología, de donde fue expulsado por sus actos rebeldes y poco decorosos. Sin una moneda en la saca, se valió de su astucia e inteligencia para engatusar a los demás y costearse su largo peregrinaje por las fuentes del saber.

Había arribado a la ciudad del sur de Italia con grandes esperanzas de encontrar la prueba física que confirmara lo que le habían enseñado en Egipto. Pitágoras había vivido en Crotona hacía veinte siglos, y fundado una escuela donde impartía sus enseñanzas a cientos de alumnos. ¿Qué mejor lugar para encontrar lo que estaba buscando?

Lamentablemente, tenía que darse por vencido, pues parecía que el nombre del griego había sido borrado de ese lugar para siempre. Tampoco era de extrañar. Los últimos años en Crotona se convirtieron en una pesadilla para el sabio. Su comunidad había tenido tanto éxito que llegaban adeptos de toda la península itálica. La clase gobernante se irritó, celosa del poder que ejercía sobre el pueblo. Su escuela fue clausurada, y él expulsado.

Christian estaba muy decepcionado, pues al menos esperaba haber encontrado los restos de los edificios donde Pitágoras vivió con su

comunidad. De hecho, el mirador abandonado donde se había citado con Elena lo encontró al investigar el templo griego que se encontraba a pocos pasos de allí, del que apenas quedaban en pie unas cuantas columnas. Crotona había sido su última y desalentadora etapa. Allí terminaba su viaje. Ahora ya no tenía a dónde ir, el rastro se había esfumado. Quizás sólo le quedara regresar a su casa en la selva bávara...

De repente, Christian oyó un ligero siseo a su espalda. No tuvo tiempo siquiera de volver la cabeza cuando le cayó el primer golpe. Desde el suelo, vio aparecer tres hombres. Uno de ellos levantó bruscamente a Elena del pelo, mientras los otros dos desenvainaron sus espadas y esbozaron dos sucias sonrisas.

—¡Maldita furcia ramera! —exclamó el rollizo personaje del centro. Se adelantó y su cara se iluminó al brillo de la luna—. Ya ajustaremos cuentas tú y yo en casa. Te espera una de la que no te olvidarás con facilidad —dijo, soltándole una fuerte bofetada.

Christian hizo un intento de ayudarla, pero los esbirros del señor Bramanti le mostraron el filo de sus espadas a dos centímetros de su rostro. Tenía que pensar algo, y rápido. Se tiró al suelo y retrocedió rodando hasta el lugar donde había guardado sus armas. Los visitantes, conscientes de su superioridad numérica, no parecían muy preocupados por él, y le dejaron sacar la espada.

El germano analizó la situación, calculando sus posibilidades. Aunque estaba acostumbrado a pelear, la desventaja era mucha. El marido de Elena y sus dos secuaces habían venido bien provistos de sables y cuchillos, y no parecían dispuestos a la negociación.

—¡Y tú, maldito bastardo! Ya te advertimos lo que te esperaba.

—Un momento señores, esto es un malentendido. Lo arreglaremos como se merece, un duelo entre marido y amante, a muerte.

Christian estimó que sólo tendría posibilidades contra el marido. No parecía muy ágil, era dos cuartas más bajo que él, y su amplia papada evidenciaba lentitud de movimientos. Sus secuaces parecían sacados de la peor taberna de puerto de la más mísera ciudad, por lo que era mejor evitar un enfrentamiento directo contra ellos.

—Te crees muy listo, Christian Schwan —el germano enarcó las cejas al escuchar su verdadero nombre, pues nunca lo usaba en público—, pero no vas a salir de esta tan fácilmente. Puedes dar por terminados tus días de vino y rosas.

Los esbirros, un paso por detrás de Bramanti, esperaban sus órdenes. Elena, con el rostro desencajado, lloraba con un hilillo de sangre brotándole de los labios.

—¡Matadlo! —apremió Bramanti, dando un paso atrás para dejar espacio a sus lacayos, mientras él sujetaba con brusquedad a su esposa.

Los verdugos se abalanzaron sobre Christian sin orden ni concierto. Al instante supo que no eran expertos espadachines, pero no debía menospreciar su fuerza física y sus malas artes. Él mismo, cuando aún no había aprendido el arte de la esgrima, se había valido en varias ocasiones de estrategias muy poco elegantes para salvar el pellejo.

Tuvo un par de segundos para organizar su defensa. Cogió con la mano derecha su magnífica espada toledana, ganada en una apuesta a un capitán español, y con la izquierda sacó la daga de cachas nacaradas que tenía escondida en su bota desde que la comprara en un bazar de El Cairo. Con la primera atacaba, con la segunda se defendía. Como le habían enseñado en Creta, trataba de concentrar a sus atacantes en la misma zona, para hacer que sus acometidas le vinieran de forma escalonada. Para ello, retrocedió hasta que su espalda chocó con una de las columnas de la marquesina. Detrás de él, el ruido furioso del mar rompiendo contra el acantilado anunciaba el destino de los perdedores de la refriega. El juego de espadas se sucedió sin tregua, Christian a la defensiva, pues no tenía tiempo de contraatacar al primer rival cuando ya el segundo se le echaba encima. Calculó que no podría resistir con esa estrategia por mucho más tiempo, por lo que decidió ir al ataque. En la siguiente oleada, esquivó a uno de los atacantes, que se desestabilizó, aprovechando el germano para echársele encima y sacando todas sus fuerzas, empujar aquel saco de estiércol hacia el segundo de ellos, que ya venía lanzado con los ojos en blanco y jurando en arameo. Los dos chocaron ruidosamente y cayeron al suelo.

—¡Patética estampa! —exclamó Christian, escupiendo sobre sus patosos

contrincantes.

Esto los encolerizó aún más. Uno de ellos se puso torpemente en pie y se abalanzó como una bestia contra el germano. Éste le esperaba aparentemente distraído, la punta de la espada al suelo, en actitud pasiva. En un rápido movimiento, se tiró al suelo para coger al italiano por la solapa e impulsarlo con las piernas por encima de él, aprovechando la velocidad que traía. El golpe contra la columna fue tan violento que se derrumbó entera. El golpeado se quedó sin sentido en el suelo. El resto de los asistentes contemplaron atónitos la jugada. Christian aprovechó la confusión para incorporarse y mostrar su espada al segundo esbirro, cuya cara había tornado de la arrogancia al terror. El germano tomó la iniciativa en el intercambio de sablazos, arrinconando al italiano contra el borde. Éste no aguantó la ofensiva y decidió saltar el pequeño murete que circundaba el patio, tratando de ganar sitio. Christian le siguió acosando, haciéndole retroceder hacia el precipicio de rocas unos metros más allá.

En el último instante le pareció que el pobre secuaz de Bramanti pedía clemencia, pero ya era demasiado tarde. Era cuestión de salvar el pellejo, así que le asestó un fortísimo mandoble. Aquel hombre trastabilló y ejecutó a cámara lenta un perfecto salto mortal mientras se desgañitaba en un grito de auxilio inútil. Las oscuras rocas del acantilado lo engulleron y acallaron su llamada.

Entonces se acordó de Elena, que había quedado en manos de su despreciable marido. Se dio rápidamente la vuelta, pero bajo el pórtico ya no quedaba nadie. Bramanti se había marchado, el muy cobarde, arrastrando a su mujer. Corrió por el estrecho sendero que subía hasta el camino que conducía al pueblo, pero ya era demasiado tarde. Había escapado.

Desconsolado, bajó de nuevo el camino de pizarra hasta el mirador para recoger sus cosas. El grandullón seguía allí desparramado en el suelo. Fue a apartarlo para coger su camisa cuando algo en el suelo llamó su atención. Entre los restos de piedras desplomadas de la columna asomaba lo que parecía el borde de una hoja de papel. Con cuidado, se acercó y retiró las piedras que lo ocultaban, tomando en sus manos un viejo papiro enrollado. Sopló para retirar los restos de polvo y lo abrió con cuidado, ya que el legajo

amenazaba con desvanecerse al contacto de sus dedos.

La caligrafía era muy antigua, y estaba escrito en griego, por lo que empezó a traducirlo mentalmente.

Cuatro son los legados que un día dejaron para el hombre:

*Agua para la creación
Viento para la expansión
Tierra para la vida
Fuego para el amor*

*Aquel que controle los cuatro elementos terrenales
Tendrá abierta la puerta de la sabiduría
Y se le otorgará el mayor tesoro imaginable.
Sólo el que sepa ver, verá.*

La parte inferior del papiro no era traducible, pues lo formaban letras griegas al azar, aparentemente.

ο κ φ λ σ γ α ο α ι ψ θ η ζ λ φ ι ν δ δ β χ β κ ι ψ τ ζ χ κ η θ δ φ ζ ω
α ψ ζ ω θ α ο ο η ι ο π ρ ω η ζ κ ζ μ χ λ β λ α ε τ ζ χ α η ε σ ι η σ ρ ν

Le dio la vuelta al papiro pero no encontró ninguna otra inscripción. Christian no daba crédito a su descubrimiento. Si aquello no era una broma, había encontrado un documento de importancia extraordinaria. Comenzó a asociar ideas, recuerdos, enseñanzas. Todo encajaba a la perfección. Pitágoras, Crotona, Egipto, la música, la ciencia, el gran secreto...

Recordó su experiencia en Egipto. Sus pesquisas le habían llevado a internarse en el desierto más allá del punto de no retorno, cuando por fin encontró lo que había estado buscando. Un templo perdido, oculto de los jinetes islámicos que habían sometido el país siglos atrás, y donde seguían profesando los ritos de la época faraónica. Allí, los ancianos monjes de ese

templo dedicado a Hathor le habían revelado la existencia de un gran poder que domina sobre todas las cosas. Éste era un poder musical, o al menos relacionado con la música. No pudo sonsacarles más, o quizás es que no sabían más. Le hablaron del sabio griego que había visitado Egipto en época antigua y que se había llevado el secreto consigo. Esto le había puesto sobre la pista de Pitágoras, y por eso había terminado en Crotona. Ahora, en aquel lugar, dos mil años después de su admirado sabio griego, se encontraba delante de un escrito suyo. ¡Sí, tenía que ser suyo! Lo que tenía delante de sus narices no podía ser otra cosa que el gran secreto que el de Samos conocía y que, por quién sabe qué razones, no había hecho público jamás, ocultándolo a la vista de la humanidad en aquella columna de piedra. Su estado era extremadamente delicado. Pensó que lo primero que tenía que hacer era transcribir el papiro a un pergamino de calidad.

Las frases del texto resonaban en su interior, “la puerta de la sabiduría... el mayor tesoro imaginable... el que sepa ver, verá...”. Tendría que armarse de paciencia y descifrar el contenido de aquel código en forma de letras griegas, o quizás pedir ayuda a los mayores sabios del planeta. ¿Cómo lo haría? Ya pensaría en algo, pues sus dotes para embaucar y engañar no tenían límites. Quizás debería dejarse asesorar por su admirado Pitágoras. Él creó una comunidad de científicos a su alrededor para ayudarle con sus tareas. ¿Por qué no hacer lo mismo? Crearía “la comunidad de Christian Schwan”.

“No”, recapacitó, “nunca me fue bien exponiendo mi verdadero nombre”.

Terminó de recoger los restos de su ropa, también los de Elena. Ese gañán de Bramanti la había tratado con inmerecida crueldad. Sobre el suelo yacían la cruz del colgante de Elena que tanto le había incordiado mientras relamía sus pechos, y la rosa que le había puesto sobre el pelo al terminar de amarla.

No era mal nombre, pensó, para lo que tenía en mente: la “Hermandad de la Rosacruz”.

Capítulo 43

Tan pronto como la avioneta se convirtió en un punto invisible en el cielo, y justo antes de que Alicia y Miko empezaran a lamentarse por su decisión de quedarse allí, una pequeña mancha apareció sobre el blanco horizonte. A los pocos minutos, pudieron comprobar que se trataba de un grupo de personas y animales que se acercaba a gran velocidad, pero sólo cuando estuvieron lo suficientemente cerca, Alicia y Miko pudieron corroborar quiénes eran realmente los que habían ido a su rescate: una pareja de Inuits dirigiendo hábilmente un par de trineos de perros.

No podían creer su suerte... ¿o acaso les estaban esperando?

Nadie dijo siquiera una palabra. Los visitantes montaron en los trineos y se dejaron llevar. En apenas una hora arribaron al poblado Inuit, que según el GPS, se encontraba ochenta millas al norte de Thule.

Algo más de una decena de chozas formaban el pobre asentamiento Inuit, en el que se respiraba la pervivencia de las costumbres indígenas en estado puro. La entrometida civilización occidental apenas había hecho acto de presencia por esas latitudes, si no fuera por algunos utensilios y herramientas, seguramente provenientes de la cercana base militar que Estados Unidos había instalado allí en el periodo de la Guerra Fría, como parte de su programa de “escudo anti-misiles”.

Al bajar de los trineos, Alicia y Miko fueron objeto de un somero recibimiento por el que parecía el jefe del clan. No hablaba inglés, pero no hizo falta. Con gran autoridad, dio una serie de órdenes al resto del grupo y

todos se pusieron a trabajar en diferentes actividades.

—Parece que han activado el plan “bienvenidos, hombres blancos” —apuntó Alicia.

—He entendido que esta noche van a dar una fiesta en nuestro honor, pero no he podido preguntarles cómo nos han localizado en mitad del hielo —dijo Miko.

A continuación fueron separados. Un grupo de mujeres se llevó a Alicia, y los hombres jóvenes acompañaron a Miko hacia el embarcadero, ayudándole a montar en un kayak.

—Creo que me voy a tener que ganar la cena —se despidió Miko.

—Ya puedes esmerarte con la pesca, estoy hambrienta —contestó Alicia.

Cuatro horas más tarde, cuando Miko volvió a verla, casi no la reconoció. Alicia le dio una lección de vestuario Inuit. El *annuraaq* que llevaba puesto estaba hecho de pieles de reno, cosido con aguja de hueso e hilo de fibras animales. Los bordes de las mangas y la capucha estaban ribeteados con pelo de zorro, ya que así amortiguaba el efecto del viento sobre la piel. En sus pies calzaba las típicas botas esquimales, llamadas *kamik*, ligeras, cálidas y silenciosas, ideales para los largos periodos de caza.

—Mira esta capucha, la usan para transportar a sus hijos —explicó Alicia —, por eso es tan grande. Intenté explicarles que no tenía, pero no les convenció en absoluto. Y estos pantalones, tienen pelo por dentro y por fuera, ¡qué invento!

—Yo me quedo con la versión del siglo XXI: anorak de plumas, pantalón de Gore-Tex y botas con estructura de *kevlar*. ¿Cómo te has dejado poner eso encima? Te creía más escrupulosa...

—¿Estoy guapa? —preguntó Alicia con una sonrisa.

—Me pones difícil ese análisis con la cantidad de ropa que llevas encima —objetó Miko—. Quizás más tarde podamos proseguir con ese estudio...

—Creo que no te lo has ganado. ¡El hombre de la casa no ha traído nada de comer! —exclamó Alicia soltando una carcajada, al ver que Miko regresaba de vacío.

—Por suerte sólo me han hecho remar —contestó Miko—. ¿Y tú que has hecho durante todo este tiempo?

—Hemos estado cantando, compartiendo canciones. Tienen una música muy primitiva, y la escala es pentatónica. Nos lo hemos pasado genial. Al final he conseguido organizar a las más pequeñas del clan en un pequeño coro. ¡Tienes que escuchar qué voces tienen esas niñas!

—Vamos, creo que nos esperan en la casa del chamán para la bienvenida oficial.

A Alicia le habían contado que Taqquiq era el *angakkuq*, el líder espiritual, la persona más respetada del clan. Ella los había imaginado viviendo en iglús, pero las chicas le informaron que sólo los construían para cobijo temporal en las expediciones de caza.

El hogar de Taqquiq consistía en una gran tienda de campaña cubierta con pieles sobre un esqueleto de madera. Al entrar, Alicia y Miko sintieron el calor de un hogar, que era en realidad el de toda su familia: hijos, esposas y nietos compartían el mismo techo bajo su protección como cabeza de familia. Sombras temblorosas recorrían las paredes, deformando la tenue luz anaranjada de las lámparas de aceite de foca que llamaban *qulliq*.

Taqquiq les dio la bienvenida. Su cara surcada de arrugas contrastaba con la fuerza de sus palabras y sus movimientos, y pese a que seguramente no pasaba de los cuarenta, era uno de los ancianos del pueblo. Si bien nunca había salido de allí, chapurreaba el inglés, que decía había aprendido de otros Inuit que habían viajado por el territorio del hombre blanco.

Les invitó a sentarse entre su familia, completando un círculo del que Alicia era la única mujer. La sucesión de platos transcurrió bajo una conversación trivial sobre la comida, los métodos de caza y demás costumbres del pueblo Inuit.

Tras la cena, organizaron todo para la danza del tambor, que era el ritual habitual para dar la bienvenida a los visitantes. Las mujeres se sentaron rodeando al artista principal, un hombre que danzaba y golpeaba el ovalado tambor en movimientos rítmicos y acompasados.

El baile era acompañado de sucesivas canciones, entonadas por diferentes miembros de la comunidad. Taqquiq explicó que cada persona tenía su propia canción, en la que contaba algo que quería compartir con el resto del grupo: aventuras de caza, enfrentamientos con algún animal, o simplemente algún

chiste, chanza o historieta graciosa. Las canciones se podían traspasar o regalar a otra persona, por gratitud, y ocurría comúnmente con aquellas personas que compartían el mismo nombre. Otras canciones, en cambio, eran generales, y almacenaban el saber popular. Al carecer de escritura, era la manera de transmitir el conocimiento de generación en generación. También se usaban las canciones para dirimir peleas. Los Inuit consideraban la fortaleza y resistencia física como la mayor virtud, pero eran suficientemente inteligentes como para no dañarse entre ellos, así que en lugar de pelear, los rivales se enfrentaban a través del canto, ganando aquel que más aguantaba.

El ambiente se fue relajando a medida que avanzaba la fiesta, gracias a las disparatadas interpretaciones de un matrimonio que parecía sacarse los trapos sucios en escena, para disfrute de la audiencia. Miko y Alicia no entendían nada, pero aun así se desternillaron de risa.

El tambor se tomó un descanso, lo que aprovecharon las chicas más jóvenes para interpretar con increíble pericia los juegos de garganta. En parejas, se miraban de frente con rostro serio, muy cerca sus caras, y cada una repetía un sonido, mezclándose con el de la compañera. Al cabo de unos minutos, si es que aguantaban, alguna de las chicas se cansaba, o lo que era más normal, se echaba a reír, debido al absurdo grajeo que emanaba de sus gargantas, y el juego concluía siendo la vencedora, una vez más, la más resistente.

—A ver qué tal se me da —dijo Alicia levantándose, dejando a Miko perplejo, y también al resto del clan Inuit.

Eligió a una de las jóvenes. Le tendió la mano, y la niña aceptó ruborizada, aunque agradecida. Alicia le sonrió cálidamente para tranquilizarla y la ayudó a subirse a un tronco para igualarse en altura.

Ambas se miraron fijamente, se agarraron de los antebrazos y comenzaron a cantar, subiendo progresivamente las revoluciones, e introduciendo algún giro de vez en cuando. Era la primera ocasión que Miko escuchaba cantar a Alicia, y aunque el tema no daba muchas oportunidades para lucirse, quedó maravillado por el color de su timbre y amplitud de sus registros. Aunque lo que más le sorprendió de la escena fue ver a una eficiente abogada acostumbrada a los sucios movimientos del mundo occidental integrada con

los Inuit en una de sus antiquísimas tradiciones como una más.

La conjunción entre Alicia y la niña era absoluta. Agarradas, y balanceándose a los lados en movimientos opuestos, conformaban una única fuente de sonidos que llenaba la estancia de sugerentes vibraciones.

Eran dos.

Y eran una sola.

De repente, un gran estruendo en el exterior abortó la música. El suelo tembló y la tienda se meció con el rugido del viento. Los Inuit tranquilizaron a los visitantes: se trataba del crujido de un glaciar cercano resquebrajándose y volcando su hielo sobre el mar. Nada que temer, ya estaban acostumbrados.

—Decidme, amigos —solicitó Taqquiq, con su voz rasgada y profunda—. En el pueblo de donde venís, ¿también los dioses están enfadados?

Miko miró a Alicia, pero ninguno entendió la pregunta.

—Los nuestros nos castigan sin piedad desde hace unos años —recalcó—. Los Inuit tenemos miedo porque no sabemos lo que estamos haciendo mal.

—¿Cómo están manifestando los dioses su ira? —preguntó Miko.

—Las temporadas de invierno son cada año más cortas. El hielo está cada vez más lejos de nuestros poblados, y nuestros hombres tienen que desplazarse grandes distancias para conseguir alimento. La capa de hielo de algunos fiordos ha desaparecido, y nuestros caminos con ellos. Los que quedan tienen una capa de hielo tan delgada que son una trampa mortal para nuestros perros.

—Me temo que ese fenómeno lo está viviendo todo el planeta —intervino Miko—. Se llama calentamiento global.

Taqquiq puso cara de no conocer el significado de esa expresión.

—Todos los pueblos han ofendido a sus dioses —repuso Alicia, escogiendo una metáfora adecuada—. Y ellos, como castigo, han metido la bola del mundo en una caldera al fuego.

Miko evitó pronunciarse sobre las intenciones del mundo moderno respecto al nuevo panorama que se abría sobre Groenlandia. Importantes yacimientos de gas y petróleo estaban apareciendo conforme el hielo se retraía hacia el interior, y el deshielo total del casquete polar haría posible la explotación de nuevas rutas marítimas. Era un ciclo retroalimentado, en el

que el desarrollo económico que provocaba los desastres ecológicos era capaz a su vez de explotarlos en su beneficio, provocando nuevas catástrofes ambientales.

Estimó que los días estaban contados para los Inuit en ese nuevo escenario, y sintió pena al imaginarse el silencio que marcaba las horas de aquellas latitudes, destruido para siempre por el ruido de la globalización.

—¿Entonces el hombre blanco no hace nada para sofocar el mal humor de sus dioses?

Miko recordó los diferentes pactos mundiales sobre el calentamiento global: el protocolo de Kioto, la conferencia de Bali, y todas esas cumbres del G-8, tan repletas de pomposos discursos como de promesas incumplidas.

—La verdad es que no, aún no hay una conciencia real de lo que está sucediendo.

—Pues entonces deberían venir aquí y verlo con sus propios ojos — señaló Taqquiq—. Para nosotros es una realidad. Animales que no conocíamos han aparecido en nuestras costas, como la golondrina o el salmón. Otros, en cambio, se vuelven locos ante la falta de alimento. ¡Hemos visto a los osos polares comerse unos a otros! Fíjense si los dioses están enfadados que nos envían rayos de luz y atronadoras voces desde el cielo cuando el día está nublado.

Miko entendió que se refería a las tormentas eléctricas, tan comunes en otras zonas del planeta, pero inexistentes hasta hace algunos años a esas latitudes gracias al equilibrio isobárico.

Alicia se levantó de un salto y rompió el tono triste que se había instalado entre ellos. No estaba dispuesta a que la fiesta decayera.

—¿A dónde vas? —preguntó Miko.

—Es hora de que los Inuit escuchen “Square Circle”.

—¿Tan pronto? ¿No se ofenderán?

—Es ahora o nunca.

Miko aceptó y sacó de su mochila el tambor regalado por los San, se lo entregó a Alicia y él se quedó el ney de los Rimba. Se aproximaron al centro de la tienda, ante las caras de sorpresa de los Inuit, con excepción de Taqquiq el chamán, que parecía haber estado esperando ese momento desde que

entraron a su casa.

—¡Vamos allá! —indicó Miko.

Miko extrajo del interior de madera del ney sus susurros más sugerentes, mientras que el tambor marcaba el ritmo y caldeaba el ambiente con su grave sonido. La versión que estaban tocando, a dos instrumentos, en poco se parecía a la versión electrónica generada por Miko, pero ese tema tenía la característica de sonar extraordinariamente bien con cualquier instrumento, aprovechando lo mejor de cada uno para expresar sus diferentes matices.

Todos los Inuit miraban embobados a los extranjeros, absortos en un concierto de insólitos instrumentos, sonidos e intérpretes.

Justo antes de terminar la interpretación del tema, algo rompió el encantamiento súbitamente. La niña que había cantado con Alicia en el juego de gargantas salió corriendo de entre la multitud hacia la puerta de la tienda con las manos tapándose los oídos. En su huida, tropezó con Miko y Alicia, que interrumpieron la función.

—¡Bibrau! —gritó Taqquiq, irritado ante el comportamiento de la niña, que salió de allí como alma que lleva el diablo—. ¡Bibrau! —repitió, y esta vez el nombre resonó en las mentes de Alicia y Miko, estableciendo la conexión que estaban buscando.

“Bibrau es el nombre de la niña que se sienta en el azul”, recordaron.

El abuelo de la chica salió de la tienda tras ella, y regresó al cabo de unos minutos trayéndola de la mano. Los ojos hinchados de la niña señalaban que había estado llorando, y aún sollozaba cuando Taqquiq disolvió la reunión e invitó a todos a marcharse, a excepción de los extranjeros.

—Bibrau —le dijo Alicia, pasándole una mano por la mejilla a la chiquilla—. ¿Estás bien?

La niña no comprendió pero asintió con la cabeza, ocultándose tras las piernas de su abuelo.

—Les pido perdón por el comportamiento de mi nieta. Es una chica muy sensible, ruego que la perdonen.

—Al contrario —respondió Miko—, lamentamos haberle provocado esa reacción a la chica. ¿Por qué salió corriendo?

—Bibrau me ha explicado que esa canción se le aparece en terribles

sueños, en los que ella es sacada de su casa y llevada muy lejos de su familia. Ella asocia esa pesadilla recurrente con la canción que ustedes tocaron, por eso salió presa del pánico cuando la oyó.

—Esta canción, ¿tiene algún significado para el pueblo Inuit? —preguntó Miko excitado.

—Hasta ahora no lo había tenido —susurró Taqquiq pensativo—, pero deben saber que Bibrau es una niña muy especial para nuestro pueblo. Es el más reciente eslabón de una cadena ancestral de mujeres que han llevado siempre el mismo nombre: Bibrau.

Alicia asoció rápidamente dos ideas.

—Si estas mujeres siempre han llevado el mismo nombre, ¿hemos de suponer que también han heredado la misma canción?

—Así es —confirmó el chamán—. Los Inuit tenemos la tradición de que la mujer que hereda el nombre de Bibrau debe ser la encargada de interpretar las canciones con las que celebramos la llegada y la salida del Sol en el verano, y su ocultamiento en el invierno.

Miko sabía que en aquellas latitudes extremas se producía el fenómeno del *sol de medianoche*, en los que el astro no se ocultaba ni un solo minuto durante los meses de verano, describiendo círculos una y otra vez en el cielo. Esa fecha estaría próxima, a poco más de un mes, pues se encontraban a principios de marzo, y la noche era ya bastante corta. En invierno ocurría el efecto contrario, la *noche solar*, cuando el Sol no asomaba por el horizonte durante unos cuantos meses. Comprendió la importancia que tendrían estas fechas para la comunidad Inuit.

—Y esas canciones conmemorativas, ¿de qué hablan? —preguntó Miko—. ¿Se parecen a lo que nosotros hemos tocado antes?

—No, no se parecen, ya que la canción sólo es cantada, no tiene música. Mi nieta la aprendió de su madre, que murió hace años en un accidente junto a su padre, aunque cada mujer Bibrau tiene la potestad de cambiar o añadir lo que considere oportuno. Mi niña es muy inteligente, y ha añadido algunos versos —dijo orgulloso—. Como no podía ser de otra forma, la canción se ha adaptado a la nueva realidad, y Bibrau pide ahora ayuda a nuestros espíritus para que nos devuelvan el clima tal y como lo conocíamos antes, ya que de

otra manera el pueblo Inuit desaparecerá para siempre.

Miko y Alicia se miraron, intercambiando el mismo pensamiento.

—Tengo que preguntarle algo importante, Taqquiq —dijo Miko—. ¿Significa algo para ustedes la siguiente expresión?: “*Bibrau es el nombre de la niña que se sienta en el azul*”.

La cara del anciano mostró una gran sorpresa, guardando silencio por algunos segundos, los que usó para escrutar a Alicia y a Miko de arriba a abajo como si fuera la primera vez que los veía. A continuación su rostro mudó hacia la confirmación de un presagio y exclamó:

—Prepárense para el viaje, salimos mañana por la mañana.

Capítulo 44

Delante de la fachada principal del hospital “All souls night”, Peter se frotaba las manos tratando de entrar en calor. Se miró el reloj y al levantar la vista divisó a Philippe Lecygne acercándose, con la cara aterida de frío.

—Espero que me hayas hecho venir hasta aquí por una buena razón — comentó el profesor mientras le estrechaba la mano—. Ya me estaba empezando a acostumbrar al clima caribeño.

Peter sonrió levemente, sin relajar del todo su severo rictus.

—La ocasión lo merece, amigo. Puedes dar por hecho que sí.

Peter condujo a Lecygne al interior del hospital y bajaron al primer sótano. Toda esa planta se dedicaba a la investigación neuromusical. Era domingo y todos sus colaboradores se habían marchado de fin de semana. Su pequeño santuario estaba preparado para la gran prueba.

Se sentaron frente a frente en su despacho. Para Peter también fue una especie de novedad volver a entrar en él, ya que hacía semanas que había relegado su investigación en favor del misterioso pergamino pitagórico.

—Impresionante tu trabajo en Egipto —reconoció Lecygne—. La Academia está encantada con el desarrollo de tu trabajo.

—Sí... —vaciló Peter, mostrando muy poco interés en hablar de la tarea por la que La Academia le había enviado a aquel país—. Hay que seguir trabajando. Para asegurar el éxito del cambio en una sociedad tan delicada, hace falta mucho más trabajo.

—Trabajo de campo. La cúpula de La Academia quiere que vuelvas allí

de inmediato.

—Ahora no puedo. Tengo que centrarme en temas más importantes —se excusó Peter.

—Pero los radicales islamistas pretenden escalar al poder aprovechando la inestabilidad. Eso supondría un verdadero escollo para los propósitos de La Academia...

Peter apoyó las palmas de las manos sobre la mesa, inclinó el cuerpo hacia adelante y miró fijamente a los ojos de Lecygne, que retrocedió ligeramente en su silla.

—No te he llamado para hablar de política —cortó contundentemente.

Lecygne se le quedó mirando algo asustado. Algo había cambiado en él. Estaba claro que Peter superaba en ambición a su progenitor, pero lo que vio en sus ojos iba más allá. Si no lo hubiera conocido antes, habría pensado que estaba poseído.

—¡He conseguido descifrar el código pitagórico! —exclamó Peter.

Lecygne se quedó estupefacto.

—¿De veras? —preguntó, con la voz temblorosa—. Eso era lo que tu padre siempre persiguió y no pudo conseguir...

Ahora Lecygne parecía cansado, como si hubiera envejecido diez años de repente. En cierto modo, él también había perseguido ese sueño, y el que otro lo hubiera resuelto por él eliminaba uno de los grandes propósitos de su vida.

Peter relajó la expresión, satisfecho por la sorpresa que se había llevado su amigo.

—Espero que desde la esfera más alta de la Tetraktys, mi padre se sienta orgulloso de mí.

—Y dime... —vaciló Lecygne—, ¿cómo suena? ¿Estábamos en lo cierto cuando pensábamos que allí se escondía la música de las esferas?

—Ya lo creo. Es una música que... ¿Cómo describirla?... Es pura magia.

—¿Y qué piensas hacer con ella ahora? La Academia te estará muy agradecida...

—¡Al diablo con La Academia!

Su amigo lo miró atónito.

Peter entendió que había llegado la hora de contarle a Lecygne su gran

proyecto.

—Philippe, con la música de las esferas podremos instaurar un nuevo orden mundial basado en los principios pitagóricos: el estudio de la ciencia y la purificación del alma.

—¿Qué estás diciendo? —replicó Lecygne con renovadas energías—. ¿Te has vuelto loco?

—Imagina que somos capaces de cambiar el modo de operación del cerebro humano, de erradicar el mal y de marcarnos como único objetivo la mejora de la especie. ¿No es eso lo que quería Pitágoras con su creencia en la purificación y transmigración de las almas? ¿No es eso lo que debería pretender La Academia como sucesora de la comunidad pitagórica?

Lecygne titubeó, incapaz de detener el torrente verbal de Peter, que continuó su exposición:

—Tú mismo me lo dijiste, Philippe. Mi padre y tú os enfrentasteis a La Academia porque frivolisaban sobre los preceptos pitagóricos y únicamente perseguían explotar comercialmente los descubrimientos científicos en las cuatro *mathematas*, especialmente los de la música. Es necesario que demos un paso adelante y volquemos sobre el planeta toda la concepción pitagórica.

—No creo que eso fuera precisamente lo que buscaba tu padre —logró decir Lecygne al fin, con un tono de enfado desconocido por Peter hasta ese momento.

—Te enseñaré lo que pretendía.

Peter se levantó con determinación y arrastró a Lecygne por el pasillo hasta la cámara anecoica.

—Quería despertar a William —dijo, y abrió la puerta de un portazo. Con el brazo extendido violentamente, señaló con el dedo índice hacia el interior.

Lecygne siguió con los ojos la línea que Peter le marcaba y descubrió el cuerpo desnudo de William tumbado boca arriba sobre una fina rejilla metálica que hacía las veces de suelo. Dio un paso adelante y descubrió toda la amplitud de un gran espacio esférico con las paredes pobladas de pequeños conos, que en un principio le asemejaron la dolorosa cama de un faquir.

Peter no pudo evitar sentirse orgulloso de su gran invento: la cámara anecoica esférica. La había preparado con esmero para la ocasión,

prescindiendo incluso de la camilla para evitar la pequeña interferencia sonora que pudiera introducir. La música de las esferas debía sonar para William con toda su pureza.

Miró con tristeza a su hermano. Tenía la misma expresión inerte que había mantenido durante 20 años. El efecto de la sarcopenia comenzaba a ser visible. Sus tejidos se contraían y sus articulaciones se atascaban por la falta de actividad. La solución era tan sencilla... sólo tenía que despertar del coma y echar a andar. El cuerpo de William se daba por vencido, quería abandonar este mundo...

Pero Peter estaba allí para revertir la situación.

—Es una sala magnífica —admitió Lecygne, volviéndose para mirar fijamente a Peter—. ¿Pero qué tiene que ver William con un borrado de memoria a nivel mundial?

—Salvarlo sólo será el principio. Yo estoy predestinado para un fin mayor, la reconversión de toda la humanidad.

—Eso es una quimera.

—Acompáñame —Peter condujo a su amigo a la sala de control, desde la cual podían observar a William desde detrás de un pequeño cristal—. Te he citado aquí para que veas con tus propios ojos la resurrección de William. Quiero que seas testigo de excepción de la prueba del poder que encierra la música de las esferas.

Lecygne enarcó las cejas, sorprendido por la elección de la palabra resurrección.

—¿Ya das por muerto a tu hermano? —preguntó con crudeza.

—¿Acaso no lo está? —contestó Peter sin pestañear—. Si no lo salvo inmediatamente, morirá.

—Estás jugando a ser Dios, y eso es peligroso.

—Dios no me va a devolver a mi hermano. La música de las esferas, sí.

Acto seguido apretó el botón “play”.

La melodía secreta cuyo origen se perdía en la tradición del Antiguo Egipto, y que había permanecido oculta desde que Pitágoras la transcribiera en un pergamino, comenzó a inundar el cerebro de William.

Lecygne se fijó en la serie de monitores que medían las constantes vitales

de William: presión arterial, frecuencia cardíaca, sudoración y, la principal, la corriente cerebral.

Peter, en cambio, centró su mirada en su hermano. Quería ser el primero en verlo despertar.

Las notas también comenzaron a sonar por unos altavoces en la sala de control. Nada más empezar, el electrocardiograma comenzó a elevar su frecuencia progresivamente, y la sudoración dibujó una línea ascendente.

Algo estaba pasando. Nunca antes Peter había conseguido una reacción tan notable con tan poco estímulo, pero William seguía sin mover un solo músculo.

Aproximadamente a mitad del tema, la tensión sanguínea pareció salir de su letargo, dibujando una inusual curva sinusoide de pequeña amplitud.

De repente, Peter creyó ver que el codo de William se elevaba ligeramente para volver a caer a plomo.

—¿Has visto eso? —preguntó histérico—. ¡Se ha movido!

El final del tema produjo un desordenado movimiento de todas las señales de monitorización. Con la estrofa final, el cuerpo de William se arqueó en una extraña posición y sufrió una violenta convulsión coincidiendo con la última nota.

Peter se abalanzó al interior de la cámara y encontró a su hermano tumbado a medio metro de la posición original. Se arrodilló y lo levantó con sus brazos hasta la altura de su cara. Deseó con todas sus fuerzas que su hermano abriera los ojos y se abrazara a él. Nunca más dejaría que le pasara nada.

Pero parecía tan dormido como siempre.

Su color tan pálido como siempre.

Su temperatura tan fría.

Llevó sus pulgares a los párpados y los levantó con cuidado.

¡Imposible!

William seguía en coma.

Él había fracasado.

Dos días después, Peter aún no había tirado la toalla.

Superado el varapalo inicial, su cerebro de científico le recomendó seguir una pauta más profesional.

Era evidente que existían bastantes variantes para la interpretación musical de una secuencia de notas, dependiendo del valor de ciertos parámetros. La duración de cada nota podía ser diferente, la clave en la que estaba escrita la composición también alteraba el sonido final, el tempo podía influir, por no entrar en la posibilidad de solapar conjuntos de notas para interpretar acordes.

No podía tirar todos sus descubrimientos por la borda a las primeras de cambio. Estaba seguro de haber encontrado la música de las esferas, sólo que la partitura estaba en estado bruto, y ahora él debía dedicarse a pulirla.

Los últimos dos días apenas había comido ni dormido, dedicado únicamente a modificar cada uno de esos parámetros y medir el grado de reacción. Estaba convencido que en poco tiempo daría con el ajuste definitivo.

Estaba tan concentrado en su trabajo que apenas oyó que tocaban en la puerta. Lecygne entró sin que lo invitaran.

—Ánimo, sé que conseguirás reanimar a tu hermano.

Peter por fin reaccionó y separó los ojos de los monitores.

Lecygne se preocupó por su aspecto desaliñado. Llevaba la misma ropa que la última vez que lo vio, el pelo brillaba por el exceso de grasa y había perdido algunos kilos. La piel en torno a sus pómulos había retrocedido y arrastraba unas enormes ojeras.

—Estoy ocupado, Philippe. Creo que deberías volver a tu isla del Caribe y seguir escrutando el universo.

—Me voy esta misma tarde. Sólo vine para entregarte los resultados del Carbono-14 —dijo, entregándole un sobre que Peter dejó junto a otro montón de papeles en un lateral de la mesa de mezclas.

—No puedo descentrarme ahora. Estoy realizando avances —mintió Peter, que no había logrado generar ninguna reacción en William superior a la original.

—La piel data del año 1408 —indicó Lecygne, tratando de ganar su atención.

Peter pareció entonces considerar un pequeño descanso.

—O sea, que en el siglo xv alguien transcribió el original de Pitágoras a un pergamino...

—Eso parece, y además te puedo decir exactamente quién lo hizo.

A Peter se le iluminaron sus cansados ojos.

—Pedí que incluyeran la prueba de rayos x en el análisis para determinar si bajo la capa superficial existían otras capas ocultas o borradas. Es la técnica que se emplea con algunos cuadros antiguos para descubrir cuál fue el boceto del autor antes de ejecutar la obra.

—Ve al grano... —refunfuñó Peter.

Lecygne hizo una pausa teatral antes de continuar.

—En la parte inferior han aparecido partículas de anhídrido ftálico, resorcinol y cloruro de zinc.

Peter suspiró, agotado.

—Fluoresceína —indicó Lecygne con la suficiencia de un profesor universitario.

—¿El pergamino es fluorescente? —exclamó Peter, extrañado.

—Contiene una pequeña anotación que sólo es visible bajo la aplicación de luz ultravioleta.

—¿Quieres decir que alguien firmó con tinta invisible?

Su ánimo rejuveneció. ¿Encontraría en ese mensaje oculto la información que le faltaba para afinar la música de las esferas?

—Así es, y su nombre es “CHRISTIAN SCHWAN”.

El cerebro de Peter no encontró ninguna coincidencia en la estructura de informaciones, teorías y cálculos asociados al pergamino.

—¿Quién se supone que es ese tipo?

—Bueno, el nombre “Christian” coincide con el del padre fundador de La Academia.

—Pero su apellido era Rosencreuzt, no “Schwan”.

—Eso mismo pensé yo —indicó Lecygne.

—Un momento. “Schwan” se parece mucho a “swan”, que significa “cisne” —apuntó Peter.

—Es la traducción literal del alemán —confirmó Lecygne.

El cisne... ¿Dónde había visto él un cisne?

Inmediatamente Peter se llevó la mano al bolsillo del pantalón. Siempre llevaba la llave que su padre le dio para abrir el cofre del pergamino. La sacó y la miró con atención. ¡El cisne! Allí estaba, junto con la rosacruz. Recordó de inmediato que las dos partes de la llave abrían el cofre.

Las dos partes son iguales...

Ahora aquella extraña llave cobraba un significado lógico.

—¡El cisne es igual a la rosacruz! —exclamó Peter

Lecygne se encogió de hombros mostrando su desconcierto.

—¡Christian Schwan y Christian Rosencreuzt son la misma persona! —reveló Peter.

—Aparte de descubrir una nueva identidad para nuestro fundador —indicó Lecygne, escéptico—, eso apenas nos aporta nada.

—Mucho más de lo que piensas —dijo Peter, con la mente puesta en marcha ya en una nueva estrategia para buscar la música de las esferas, un atajo que evitara el engorroso camino de la parametrización musical que había iniciado con tan poco éxito—. Nos proporciona una persona de carne y hueso de la que tirar del hilo.

Su nuevo planteamiento era seguir la pista del pergamino desde el presente hacia atrás, ya que haber encontrado el origen primigenio del pergamino sólo le había abocado a un punto muerto. Quizás a lo largo de la historia se había perdido la información que a él le faltaba. Algo que explicara cómo hacer funcionar la música encontrada en el zodiaco de Dendera.

¡Un maldito manual de instrucciones!

Lo poco que conocía de la historia reciente del pergamino se lo había contado el expresidente de La Academia. George Vanderbilt le aseguró que ese objeto formaba parte del tesoro rosacruz que custodiaban los descendientes de Christian Rosencreuzt, y que a finales del siglo pasado, ese músico alemán vendió a su multimillonario tatarabuelo Vanderbilt.

—Tenemos que explorar la conexión de Wagner con el pergamino —resolvió Peter.

—¿Te refieres a Richard Wagner, el compositor operístico? —preguntó

Lecygne con extrañeza.

—El mismo, nuestro querido Gran Maestre me contó que Wagner se encargó del traslado del pergamino a América. Había persuadido a uno de los primeros Vanderbilt del poder que poseían los tesoros rosacruces, e incluso había tratado las condiciones económicas del traspaso.

—Pero si Wagner murió casi en la indigencia...

—Entonces debemos suponer que hiciera de intermediario de alguien más poderoso.

—Poderoso y necesitado. Uno no se deshace de algo así por las buenas.

—La pista de Wagner nos vuelve a llevar a Alemania —manifestó Peter.

—Es de suponer que el tesoro provenía de allí. ¿Pero de dónde? ¿En quién pudo acabar finalmente la herencia de Christian Schwan? ¿Y quién fue ese misterioso caballero del cisne?

—¿"El caballero del cisne" has dicho? —preguntó Peter, pensativo. Una conexión había saltado en su cerebro, abriendo el baúl de los recuerdos de una ocasión muy especial: la última vez que había asistido a la ópera acompañado por su padre. Unos decorados de fantasía medieval, una historia épica, mágica y trascendental, romances imposibles, y como fondo la eterna contraposición de lo sagrado y lo humano.

Peter conocía quién era exactamente "el caballero del cisne" en la literatura clásica.

—Lohengrin —dijo con rotundidad.

—¿La ópera de Wagner? —exclamó Lecygne.

—Exacto, la que tiene como protagonista a Lohengrin, el caballero del Santo Grial que aparece en una barca... ¡tirada por un cisne!

—Pero no lo entiendo, ¿quieres decir que Wagner era el caballero del cisne?

—No, en absoluto, pero existe un lugar en Alemania donde se ha consagrado esa ópera hasta el grado de la locura. Un lugar que fue construido por un caballero que sí se identificaba totalmente con Lohengrin, un semi-dios, mitad humano mitad sagrado. Alguien que dilapidó una fortuna monumental en construir un castillo inspirándose en Lohengrin y en las demás óperas de Wagner. Un loco sin descendencia, abrumado por las

deudas, y que llamó a su lugar de descanso “la nueva roca del cisne”, el Castillo de Neuschwanstein.

—El rey de Baviera, Luis II.

—Así es, mi amigo. Ya sé dónde tengo que ir a buscar a Christian Swan. Y tú te vienes conmigo.

La raíz en mis pies yo sentí
Levanté la mano y vi
Que todo va unido, que todo es un ciclo
La tierra, el cielo y de nuevo aquí
Como el agua del mar a las nubes va
Llueve el agua y vuelta a empezar, oye i yee
Grité, grité... ¿o no lo ves?
Va muriendo lentamente, Mama Tierra... Mother Earth...

“Madre Tierra” Macaco.

Capítulo 45

Habían dejado el poblado muy temprano. Taqquiq se había movido con gran sigilo para preparar un trineo sin que el resto del pueblo se enterase de sus intenciones. Él era el encargado de custodiar la prueba, y no hacía falta revolucionar a todo el pueblo; mucho menos ahora que su nieta Bibrau parecía estar relacionada con ella. No quería marcar a la niña innecesariamente, ya que confiaba en que aquellos extranjeros no tendrían nada que hacer contra el gigante de hielo.

Los pequeños y musculosos *huskies* tiraron sin desfallecer. Cada varios kilómetros, Taqquiq ordenaba una parada para untar los patines de mandíbula de ballena con una mezcla de barro y hielo que favorecía el deslizamiento.

El viaje transcurrió sin mediar palabra, y al cabo de unas horas los perros se detuvieron al borde de un acantilado. Bufaban y gruñían, excitados aún por el esfuerzo. Taqquiq se bajó a echar un vistazo, y sus acompañantes detrás.

Lo que vieron a sus pies fue la misma boca del infierno. Una profunda cavidad se abría en el suelo y caía en vertical hasta formar un cuenco gigante de aristas afiladas. La sima estaba abierta por uno de sus lados. Se trataba de un circo glaciar, la cabecera de una lengua de hielo que descendía valle abajo.

—Hemos llegado —anunció Taqquiq, mientras orientaba el trineo para bajar por la cornisa. Cuando los perros llegaron abajo, dieron una amplia curva de ciento ochenta grados para adentrarse en el valle en dirección ascendente hacia el nacimiento del glaciar.

Taqquiq detuvo los perros a la entrada del circo. La visión era

impresionante. Las paredes de roca caían a plomo desde un centenar de metros. El ligero viento que ascendía por el valle rebotaba en las paredes y producía fantasmagóricos sonidos.

“La acústica de este lugar es excelente”, pensó Miko.

Taqquiq se apeó, buscó algo en el interior del único bulto que había cargado y les habló con voz ceremoniosa:

—Los Inuit llevamos a nuestras espaldas un antiguo encargo. Nuestros padres nos dijeron que esperásemos la venida de seres poderosos, para traerlos justo aquí y entregarles esto.

Taqquiq buscó dentro del anorak y sacó un extraño objeto esférico. Miko recibió la bola con ambas manos. La piedra era pesada y fría. Alicia se le acercó y entre ambos examinaron lo que constituiría su siguiente reto. Miko no pudo reprimir la tentación de agitar la esfera en el aire.

—Algo se mueve en el interior —indicó.

—En realidad son dos cuencos semiesféricos unidos —puntualizó Alicia—. Mira esa junta circular.

Una hilera de pequeños huesecillos, seguramente colmillos de algún animal ártico, circundaba la esfera. Alicia comprobó con un dedo que los restos óseos giraban libremente, provocando un ligero roce de materiales en el interior.

—Es una caja fuerte —agregó—, y con los huesecillos habrá que componer la combinación para abrirla.

—Mi misión consiste sólo en traerles aquí —indicó Taqquiq—, tal y como mis antepasados lo hicieron con otros seres poderosos que nos visitaron. Si superan la prueba, el contenido de la esfera es suyo.

—Un momento —interrumpió Miko—. ¿Dice que no somos los primeros en intentar pasar la prueba?

—Hace mucho tiempo vino otro extraño, al que mis antepasados confundieron con un dios. Pero debieron de equivocarse, ya que no completó la prueba. Espero no fallar yo también al traerles a ustedes, confío en las señales. Llegaron al lugar indicado, su canción se aparece en los sueños de nuestra niña Bibrau, y han demostrado conocer parte de la solución al enigma.

—¿Cómo? ¿Qué parte del enigma conocemos? —preguntó Alicia exaltada.

—Ofendería a los dioses si digo una palabra más. Adelante —dijo, señalando el interior del circo glaciar.

Alicia y Miko no quisieron presionar más a Taqquiq, seguros de que no soltaría prenda, así que se concentraron en la bola.

—Estos huesos giran en todas direcciones, y habrá... —contó Alicia—. ¡Son doce huesos! ¡Son miles de combinaciones posibles! ¿Qué se supone que debemos hacer?

Miko miró a su alrededor. Buscaba la entrada a alguna cueva, recordando que los dos viajes anteriores se habían resuelto bajo tierra, pero no divisó resquicio alguno entre las escarpadas aristas de las paredes.

—¿No has notado la acústica de este lugar? ¿Cómo crees que sonará “Square Circle”?

Alicia se encogió de hombros y aprobó la propuesta. Al fin y al cabo, era lo que había funcionado en los otros lugares. Se dirigieron hacia el centro del circo, y comenzaron la melodía, Miko a la flauta, ella al tambor.

Las ondas sonoras generadas en el fondo del glaciar reverberaron en las paredes circundantes y crearon un agradable efecto de relleno musical. Miko no se había equivocado en su hipótesis, la acústica era maravillosa.

A los diez minutos de repetir una y otra vez la canción, justo a punto de abandonar al no obtener resultado alguno, Alicia notó algo en el suelo. Sus botas Inuit eran más finas y sensibles que las modernas de Miko, por lo que percibió antes que él la leve caricia del agua lamiendo el contorno de sus pies.

—¡Hay una vía de agua! —gritó Alicia señalando al suelo.

Miko dejó de soplar el instrumento para dar su opinión.

—El hielo se está derritiendo. Creo que la vibración del aire que produce la música, amplificada por la forma de estas paredes, está generando la energía suficiente para derretir el hielo.

A la mente de Alicia vinieron las películas de terror en la nieve, en las que una simple palmada de manos provocaba una avalancha gigantesca. Sintió una punzada de miedo al imaginarse sepultada en el fondo de aquel barranco.

Lo borró de su cabeza tocando el tambor con más energía.

Siguieron repitiendo durante horas el tema de la caja de música de Miko. Conocían el valor que daban los Inuit a la resistencia, así que ellos no podían permitirse desfallecer.

Taqquiq asistía a la actuación desde la distancia con una sonrisa de satisfacción en la boca. El éxito de los visitantes le llevaría a congraciarse con los dioses, a los que podría pedir fortuna y bienestar para su pueblo. El milagro que veían sus ojos era señal de que sus amigos iban por buen camino. ¡Estaban consiguiendo convertir el hielo en agua sin usar el fuego! ¿No era eso alguna clase de magia?

Los charcos de agua bajo los pies de Alicia y Miko se transformaron lentamente en una pequeña inundación. Cuando el nivel les llegó a los tobillos, el agua debió de encontrar una vía por la que escapar valle abajo, y volvieron a relajarse.

El cansancio fue acumulándose. Miko comenzó a percibir que se estaba quedando sin aliento y a las manos de Alicia asomaron las primeras ampollas. A los dos se les pasó por la cabeza tomarse un descanso, pero entonces percibieron algo extraño sobre el suelo que les rodeaba. Al principio sólo fueron unos círculos que parecían repeler el flujo de la corriente, pero luego se mostraron como lo que realmente eran, unos pedestales cilíndricos. Al ir derritiendo el hielo bajo sus pies, el nivel del terreno dejaba aflorar esas plataformas ocultas.

Entusiasmados, se hicieron una señal de ánimo para continuar. Estaban cerca de algo, y no podían parar ahora.

Miko y Alicia observaron por el rabillo del ojo el movimiento en torno a Taqquiq. Los Inuit habían aparecido en tropel, colocándose como mejor podían para asistir a la representación. Ahora, con el público, la función estaba completa.

Taqquiq tuvo que aceptarlo. Al fin y al cabo todos conocían la leyenda de los viajeros con poderes sobrenaturales.

El hielo siguió derritiéndose bajo los pies de Alicia y Miko, y las plataformas circulares fueron tomando altura. La forma de la estructura se dibujó con claridad. Se trataba de cinco columnas cilíndricas, del ancho de

una persona y una estrecha pasarela que las enlazaba dibujando un pentágono. Un largo brazo salía del centro hacia el borde del circo, allí donde los Inuit permanecían expectantes. En el centro del pentágono se erigió otra columna más ancha, que Miko y Alicia ocuparon intuyendo que ese era el lugar que les correspondía en la prueba.

La claridad del día se fue difuminando lentamente, al ritmo de la repetitiva compañía musical de “Square Circle”. Con el último rayo, Alicia y Miko observaron extenuados, a unos veinte metros por debajo de su posición, cómo el último resto de hielo del circo glaciario se derretía. Instintivamente se detuvieron, sentándose en el suelo espalda contra espalda, terriblemente agotados. Las últimas notas quedaron suspendidas en el aire durante unos segundos hasta desaparecer por completo.

A continuación se hizo el silencio, y la oscuridad ocupó las entrañas de aquel profundo pozo.

—Bueno, ya hemos derretido el hielo —indicó Alicia aún resoplando—. ¿Ahora qué hacemos?

—No sé, pero estas plataformas nos están indicando de alguna manera el siguiente paso.

—Estoy demasiado cansada para pensar —dijo Alicia.

De repente, un extraño brillo cruzó el cielo, desapareciendo de inmediato.

—¿Has visto eso? —preguntó Miko.

—¿El qué?

El fenómeno volvió a repetirse, esta vez manteniéndose durante un par de segundos. Era como si un resplandor azulado se moviera por las capas altas de la atmósfera.

—Parece que vamos a tener tormenta —especuló Alicia—. Parecen rayos, aunque no oigo los truenos.

Como indignado ante la ignorancia, el cielo respondió desplegando todo un caleidoscopio de colores y formas que mantuvo el firmamento iluminado durante cinco eternos segundos, dejando con la boca abierta a los dos europeos.

—¡La aurora boreal! —exclamaron al unísono.

—¡Qué maravilla! —indicó Alicia rascándose la punta de la nariz,

frenando el gracioso cosquilleo que sentía cada vez que se emocionaba con algo.

—Sí, realmente preciosa —dijo Miko.

Alicia bajó la cabeza de la bóveda celestial y se volvió hacia Miko, que la miraba fijamente. Entendió que el último calificativo no había sido para la aurora, sino para ella. Acercaron sus caras y se dieron un largo y tierno beso. Se miraron a los ojos, y eso bastó para recobrar las fuerzas para seguir.

—Si no se te ocurre mejor idea, sigamos tocando —dijo Alicia—. Existen mejores sitios donde continuar esta conversación que suspendidos en el aire en las entrañas de un glaciar.

Miko se puso en pie, agarró el ney, estiró los dedos y retomó la melodía. Alicia le siguió con el tambor de los San.

Advirtieron que el sonido era ahora mucho más limpio. El resplandor en el cielo se hizo más potente, y ambos elevaron los ojos para contemplar maravillados un espectáculo que les puso el vello de punta. La aurora boreal persistía en el cielo, ocupando la sección de bóveda enmarcada por las paredes del glaciar. Lo impresionante era que el dibujo que pintaba sobre el oscuro lienzo de la noche cambiaba constantemente, como si fuera un fluido agitado por remolinos de posiciones y fuerza aleatorias.

Tras reponerse de la impresión, Alicia y Miko se percataron de que el baile de arriba obedecía a la música que ellos tocaban allí abajo. La aurora boreal danzaba al son de “Square Circle”. Se retorció, se alargaba, y dividía sus brazos según las notas y acordes de la música de flauta de Miko, y seguía un patrón de repetición marcado por los golpes de tambor de Alicia.

Ambos se dedicaron una sonrisa de complicidad, y jugaron a cambiar las formas y colores que se cernían sobre sus cabezas con diversas improvisaciones y cambios de ritmo.

De repente Miko dejó de tocar el ney. Automáticamente, la aurora desapareció del cielo.

—El efecto es sorprendente —admitió—, pero no estamos avanzando nada con nuestra prueba.

—Creo que hay que seguir tocando —indicó Alicia—. ¿No te parece que allí arriba se dibujan espirales parecidas a la forma de los colmillos que hay

sobre la bola que nos dio Taqquiq? Si tocamos la melodía exacta, es posible que la aurora nos muestre la combinación que abre la cerradura de la esfera de piedra.

Miko frunció el ceño. Si bien aparecían en el cielo formas curvas y espirales cuando ellos tocaban, lo hacían de manera espontánea e inconexa. No se parecía en nada a ninguna forma que se pudiera dibujar con la cadena de huesecillos de la bola granítica.

—Creo que necesitaremos algo más. “Square Circle” ya suena todo lo bien que puede. ¿No crees que debemos usar los otros cinco púlpitos que nos rodean para completar nuestra canción?

—Echémosles un vistazo juntos —convino Alicia.

Recorrieron uno por uno los pedestales siguiendo la estrecha pasarela que los unía en forma de pentágono. Un paso en falso y caerían al vacío.

En la última columna, Miko notó algo extraño.

—Alumbra aquí con la pantalla del móvil —pidió a Alicia, arrodillándose en el suelo.

—Tiene un color diferente a los demás —se percató Alicia.

—Sí, tiene un color más azulado. ¿Qué puede significar?

—“Bibrau es el nombre de la niña que se sienta en el azul” —indicó Alicia como un autómata, con la vista perdida.

—¿Qué has dicho?

Alicia agarró a Miko con fuerza y le miró fijamente a los ojos.

—Miko, ¿qué demonios es la aurora boreal?

—Masas de viento solar que chocan contra la atmósfera, ¿no? —preguntó con dudas, recordando sus lejanas clases de ciencias.

—¡Rayos de sol, demonios, rayos de sol! Tenemos que traer a Bibrau y ponerla aquí, sobre el azul. ¡Ella es la voz que canta al Sol! Nuestra canción ha de completarla con su canto.

Alicia se volvió e hizo el intento de irse en busca de Bibrau.

—Un momento —llamó Miko—. Aún nos quedarán cuatro lugares vacíos. Parecen dispuestos de tal manera que tengamos que poner una persona en cada lugar.

—Debemos completar el coro con otras cuatro chicas del pueblo. Tienen

un instrumento que controlan a la perfección, su voz, y además aprendí que su escala musical es pentatónica. ¡A cada vértice del pentágono le debe corresponder una nota musical diferente!

Alicia atravesó la pasarela y buscó a Bibrau entre la multitud. La encontró refugiada bajo el abrigo de su abuelo Taqquiq.

—Necesito a su nieta un momento —le dijo—. No correrá peligro, se lo aseguro.

Taqquiq asintió, y Bibrau se agarró de la mano de Alicia apretándola con firmeza. Tenía miedo, pero la mujer extranjera le daba confianza.

Alicia buscó al resto de niñas que había cantado con ella el día anterior, eligió una niña para cada nota musical, hizo una cadena humana y se las llevó de la mano por la pasarela hacia los pedestales.

—Las situaré por orden de la nota musical que canta cada una —le explicó Alicia a Miko—, colocando a Bibrau en la columna azul.

Alicia regresó con Miko a la columna central. Al ver a las jóvenes tan atemorizadas, cayeron en la cuenta de que habían olvidado lo principal.

—“Square Circle” no tiene letra —susurró Miko—. ¿Qué van a cantar las niñas?

La pregunta les provocó una risa histérica. Habían resuelto quién y cómo ocuparía los lugares de aquel altar escondido bajo el glaciar, pero ahora no disponían del elemento definitivo.

La desesperación volvió a resentir sus agotados cuerpos. Tras unos minutos de infructuoso análisis mental, Alicia rompió el silencio:

—Creo que hasta aquí hemos llegado.

—No puedo aceptarlo —contestó Miko—. Nos falta muy poco. Vamos, lo has hecho muy bien hasta ahora, ayúdame a descubrir la última pista.

—No puedo más, la cabeza me da vueltas. Estoy agotada —Alicia hizo una pausa—. Me pregunto si aquel primer lejano explorador se encontraría en esta misma tesitura.

—¿Te refieres a lo que nos contó Taqquiq sobre ese otro hombre que había intentado la prueba sin conseguirlo? ¿Quién pudo ser ese hombre? ¿Conocería él también la canción de la caja de música?

—Nunca lo sabremos, pero es probable que los Inuit se asombraran de la

llegada del primer hombre blanco. Los mayas y los aztecas también confundieron la invasión del hombre blanco con el advenimiento de sus dioses ancestrales.

—Los primeros occidentales en llegar a estas tierras fueron los vikingos. Erik el Rojo circundó toda la isla para hacerla suya. ¿Sería Erik el Rojo al que trajeron aquí los Inuit hace siglos?

—Si eso fuera así, la hipótesis de que el bastón de runas que vimos en el museo fuera suyo cobraría mucho más sentido. Él mismo podría haber escrito su experiencia en el bastón: “Bibrau es el nombre de la niña que se sienta en el azul”.

—¿Recuerdas qué se leía en el resto del bastón?

—Una cara contenía todas las runas del alfabeto vikingo, y por el otro lado aparecía una extraña palabra indescifrada.

—Quizás Erik se esforzó en expresar algo que no tenía traducción en su idioma, de la cual sólo recordaba su pronunciación.

—Recuerdo esa palabra, ya me causó sorpresa cuando la escuché: “ommo”.

—¿Qué tiene de especial esa palabra? —preguntó Miko—. A mí sólo me recuerda a la traducción al latín de “hombre”.

—“Om” es el mantra universal, uno de los más sagrados del hinduismo. Lo estudiamos en teoría del canto. Simboliza el universo entero. Al pronunciarlo, el hombre crea un vínculo con lo supremo, enlazando el plano físico con el espiritual. El primer sonido del universo, la primera palabra de Dios, el don que nos permitió a los humanos comunicarnos con la música y el lenguaje. No se me ocurre mejor elección como palabra mágica. ¿No te parece?

—Si se repite la sílaba “om” muchas veces, el sonido se escucharía como “ommo”.

—¡Es un canto de garganta convertido en mantra! —exclamó Alicia.

Alicia le demostró su alegría con un fugaz beso en los labios y se retiró con decisión en busca de Bibrau. Se acercó a su oído y le susurró las instrucciones necesarias, que en realidad no era más que una sola palabra.

—“Om” —fue lo único que le dijo.

Volvió sobre sus pasos, recogió el tambor y retomó junto a Miko la melodía de “Square Circle”. No tenía ni idea de qué cantarían Bibrau, lo había dejado en sus manos, confiando que con aquella simple palabra compusiera un acompañamiento al tema instrumental.

La niña hizo lo que mejor sabía hacer con una sola palabra, repetirla una y otra vez como en los juegos de garganta que ya conocía. El resto de niñas la imitó, consiguiendo llenar el espacio con un conjunto homogéneo de voces, en el que la sílaba se convirtió en la palabra “ommo”, que sonó con nitidez, se amplificó en las paredes del circo glaciario y se elevó hasta la bóveda celestial.

La aurora boreal no se hizo esperar, regresando a la llamada de la música como una creciente manta de luz verdosa. Tras un momento de indecisión, las formas espectrales comenzaron su baile siguiendo claramente el ritmo de “Square Circle”. Ahora los remolinos se habían agrupado formando una columna zigzagueante que parecía bajar desde la bóveda celestial en dirección al glaciario. Cuando alguna nota desafinaba o el ritmo tropezaba, otras sombras azul o rojo se sumaban a la fiesta, desmejorando la imagen, lo que les confirmó que la solución al rompecabezas se dibujaría en el cielo si conseguían la melodía perfecta.

Bibrau demostró una gran maestría musical al dirigir la velocidad de la interpretación del coro hasta adaptarlo exactamente al ritmo del tambor de Alicia. La sintonía fue entonces perfecta, la melodía brilló en su máximo apogeo, y entonces lo vieron.

Arriba, el trazo sinuoso que había adquirido la luz se troceó como si le hubieran pasado un rastrillo, dibujándose una estela de toscos símbolos giratorios que convergieron en simples líneas rectas, apuntando en direcciones diferentes.

Alicia contó el número de ellos.

—¡Son los doce símbolos! —gritó—. Memorizémoslos: arriba, izquierda, abajo-derecha, arriba-derecha... ¿Lo tienes?

Miko asintió, soltó el ney y se apresuró a sacar la pesada bola de piedra. Alicia se le acercó rápidamente, totalmente concentrada para no perder la secuencia mental memorizada. El brillo del cielo desapareció con la música,

y el coro de niñas cesó.

—Vamos allá —animó Miko, acercando sus dedos al primer diente de la cerradura.

Ambos entonaron la combinación que el cielo había plasmado como si fuera una plegaria.

—Arriba, izquierda, abajo-derecha...

Notaron cómo los engranajes se movían por debajo de la fría superficie. Se miraron a los ojos antes de ajustar el último eslabón a la posición adecuada: arriba. Sintieron el clic, y cómo la piedra se abría en dos como un melón. En su interior apareció un pequeño trozo de granito azulado.

Alicia y Miko se miraron extrañados. No podían creer que tanto esfuerzo concluyera con un trozo de piedra como premio. Lo observaron con mayor detalle y repararon en su forma de disco. Una de sus caras era lisa, mientras la otra presentaba caprichosas protuberancias. Parecía tallada a conciencia por una mano experta.

—Menudo premio —dijo Miko, desilusionado—. ¿No estábamos esperando un instrumento musical?

Alicia no pareció derrumbarse.

—Parece que queda algún misterio por resolver aún —dijo, tratando de animar a Miko.

La claridad se iba apoderando del interior del glaciar. La noche se esfumaba. No habría más auroras por hoy. Se asomaron al borde del pedestal y miraron hacia abajo. Las sombras también se estaban retirando de las profundidades y dejaban a la vista una construcción espeluznante. Toda la fosa alrededor caía hacia el fondo describiendo la forma de un cuenco perfecto de paredes totalmente lisas. Las columnas de mármol que habían sostenido a los intérpretes y al coro de niñas se sostenían increíblemente firmes pese a su delgadez.

—Parece que estamos flotando en el interior de una vasija gigante —indicó Alicia.

—Más bien diría que estamos dentro de una antena parabólica —apuntó Miko—. No imagino lo lejos que ha podido llegar nuestra música con la amplificación que ha introducido esta estructura.

Volvieron a tierra firme acompañados del magnífico coro de niñas. Todo el poblado Inuit esperaba con expectación.

Al llegar, el chamán no pudo disimular la excitación que sentía por saber qué había en el interior de la esfera. El trozo de mineral le produjo una profunda desazón. Lo tomó entre sus manos y se lo enseñó a Bibrau. El rostro de la niña tornó de nuevo a la tristeza, pero no dudó en introducirse una mano en el interior de su abrigo, buscando algo a la altura del pecho. Enseguida se sacó por la cabeza un colgante, que entregó a su abuelo. Una vieja cuerda sostenía una pieza que parecía un amuleto oscuro. Taqquiq la frotó contra el anorak para devolverle el brillo original y a continuación se la entregó a Miko. Se parecía muchísimo a la pieza que habían extraído de la esfera. El mismo material, el mismo tamaño, la misma forma, pero los detalles eran completamente diferentes.

Al enfrentar una sobre la otra para compararlas encontraron la verdad.

—¡Las dos piezas son complementarias! —exclamó.

Miko giró los trozos hasta que los salientes de uno encajaron con las oquedades del otro, y ambos formaron una única pieza perfecta.

Bibrau se puso a tiritar. Alicia se acercó para reconfortarla, y se dio cuenta de que se trataba de miedo, no de frío. Miko, sin embargo, se devanaba los sesos en busca de un significado coherente para todo aquello.

—¿Recuerdan lo que les dije al comenzar la prueba? —preguntó Taqquiq—. Si conseguían superarla, se quedarían con el contenido del interior de la esfera de granito. Yo desconocía lo que había dentro, pero ahora lo entiendo. Este símbolo ha pertenecido a todas nuestras cantantes del Sol desde el origen de nuestro pueblo. Las antepasadas de Bibrau no sólo se traspasaban su nombre, sus canciones y la responsabilidad de cantarle al Sol, sino también este talismán.

Miko negó con la cabeza, atónito ante las perspectivas. Alicia, que ya lo había entendido minutos atrás, estrechó entre sus brazos a la pequeña Bibrau, que lloraba sobre su regazo desconsolada.

—El regalo es nuestro miembro actual de esa estirpe —concluyó Taqquiq. Miko miró a Alicia, que asintió en silencio.

—Por más que me duela, Bibrau se va con ustedes.

Capítulo 46

Sur de Baviera, 1787

Tres sombras alargadas precedían a los jinetes. La mortecina luz crepuscular les confería un aspecto tétrico, recortando sus lánguidas figuras sobre el horizonte malva. A paso cansino, sus caballos atravesaron el pueblo y enfilaron el camino de acceso al castillo de Schwanstein. Su imponente figura de piedra se escondía entre las sombras, y en sus almenas titilaban ya los primeros fuegos de la noche.

Waldstein y Lichnowsky se sabían fracasados en su empresa. Regresaban de su viaje a Viena con una manta de decepción absoluta sobre ellos. Habían ido allí con la esperanza de que la gran mente de Amadeus Mozart pudiera resolver el enigma del código, pero se habían topado con la exasperante pasividad y apatía del músico austriaco. Ese maldito genio había despreciado el manuscrito, así que el secreto permanecería oculto para la eternidad.

Abatidos y resignados, habían emprendido el viaje de regreso de mala gana, pero obligados por las circunstancias a devolver el manuscrito a su origen, al lugar de donde nunca tenía que haber salido.

La misión no iba a ser fácil. Tenían que entrar en el castillo y devolver el manuscrito a su lugar secreto sin que nadie se diera cuenta. Waldstein y Lichnowsky se harían pasar por frailes franciscanos que viajaban como acompañantes del Gran Maestre de la Orden. Si duro había sido sacarlo de

allí, más aún sería devolverlo.

Pero no tenían otra opción. Se lo debían al hombre que llevaban delante. El Gran Maestro se había arriesgado mucho. Infringir el primer mandamiento de la Orden se pagaba con la muerte, y él lo había hecho: había sacado el pergamino de su lugar secreto. Si no lo devolvían, más pronto que tarde le descubrirían y entonces, él por ejecutor y ellos por cómplices, serían hombres muertos.

Pero si todo salía bien esa noche, el Gran Maestro seguiría presidiendo la Orden del Cisne, y ellos volverían a sus ciudades a desempeñar sus funciones como hermanos de la Orden, Waldstein al frente de la “Sociedad de Lectura” en Bonn y Lichnowsky como espía infiltrado en la logia masónica de Viena.

Tras la calurosa bienvenida que el resto de hermanos de la Orden profesaron a su Gran Maestro, dieron cuenta de una copiosa cena regada con los vinos que producían los monjes franciscanos anejos al castillo.

Nadie había echado en falta el manuscrito, y en apariencia se habían tragado la actuación. El Gran Maestro, en su condición de comendador de la Orden de los Caballeros Teutónicos, era el amo de aquella fortaleza. Sólo unos pocos dentro de las murallas sabían de la existencia de la otra Orden, la encargada de la salvaguarda de la tumba secreta y de su contenido. La Orden del Cisne.

El camuflaje histórico de los miembros de esta Orden como caballeros teutónicos les había proporcionado seguridad y financiación para sus proyectos. La Orden Teutónica se había fundado en la Segunda Cruzada y se había extendido por toda Europa central. Mitad militares, mitad religiosos, en cada emplazamiento importante de la Orden Teutónica siempre existía un monasterio franciscano que dotaba de credibilidad a las acciones de puertas adentro. También practicaban una tercera vertiente social. Trataban de inocular el pensamiento ilustrado en la política y en la cultura, a través de diferentes sociedades que se abrían y cerraban convenientemente a medida que eran perseguidas por los poderes establecidos.

Tras la cena se retiraron a sus aposentos. A la hora acordada, Waldstein esperaba inquieto tras la puerta de su habitación. Llevaba apretada contra el pecho la bolsa de piel que escondía el manuscrito. Oyó el quedo toque en la

puerta, casi imperceptible para alguien que no tuviera sus cinco sentidos a flor de piel como él. Salió sin hacer ruido, y se encontró en el pasillo con sus dos compañeros. Sin mediar palabra, repartieron las armas.

Llovía ligeramente, y el frío calaba los huesos. La luna estaba oculta por las nubes, y lo único que se oía era el leve murmullo de la lluvia sobre la tierra. Estaban en un pasillo descubierto en la primera planta. Se encaminaron en fila india, precedidos por el Gran Maestro, y bajaron sigilosamente la escalera que conducía al patio central.

Allí se detuvieron, y el Gran Maestro se asomó para espiar la posición de los soldados que hacían guardia. Les indicó que debían esperar. El tintineo de una espada señaló que un tercer soldado terminaba su ronda y se unía a sus compañeros en la sala de armas.

Salieron entonces, la espalda contra la pared, bordeando el lado contrario del patio. La escasa luz y sus oscuras ropas los convertían en sombras deslizantes sobre el muro de piedra. Tras sobrepasar la zona de exposición visual, aligeraron la marcha, atravesaron varios corredores y salieron a un terreno abierto que separaba las viviendas de los caballeros del monasterio franciscano. Llegaron a una desvencijada puerta de madera sobre la fachada de un edificio de piedra anexo al monasterio. El Gran Maestro encendió un candil y echó a andar por un frío pasillo. Llegaron a una escalera en espiral, la bajaron rápidamente y desembocaron en una amplia sala abovedada que desprendía un olor ácido. La escasa luz fue suficiente para vislumbrar los toneles que se apilaban en las paredes y adivinar que se encontraban en la bodega franciscana. El Gran Maestro se acercó a una de las paredes, acercando el candil cuidadosamente a los toneles.

—Aquí está —indicó, señalándoles uno de ellos, que tenía un cisne grabado en la madera de la tapa. Mandó sujetar la lámpara a Waldstein, y él comenzó a palpar el tonel. Propinó un golpe seco con su mano al borde de la tapa, que se abrió girando hacia dentro, descubriendo un túnel excavado en la piedra.

—Ésta es la vía de escape del castillo —anunció el Gran Maestro—. Seguidme.

Tuvieron que entrar totalmente tumbados, pues el pasadizo era de ancho

como el grueso del tonel, y tras cerrar la tapa de nuevo, se arrastraron tierra adentro.

El pasadizo era estrecho, las antorchas apenas alumbraban un par de metros, y el áspero suelo labrado sobre la roca les abrasaba la piel en rodillas y codos. Para el Gran Maestre y Lichnowsky, aquello parecía un juego de niños. Waldstein, sin embargo, cerraba el grupo al borde de un ataque de nervios.

Por fin toparon con el extremo del túnel, que los devolvió a la superficie en mitad de un espeso bosque. Se sacudieron el polvo de la ropa mientras comprobaban el perfecto camuflaje de la puerta de salida, completamente invisible entre la maleza.

—No perdamos tiempo, amigos. La caminata que nos queda es larga — indicó el Gran Maestre—. Seguidme, es por aquí —dijo, echando a andar a paso rápido en una dirección que sólo él conocía.

Tras un par de horas de leve ascensión entre los árboles, llegaron al borde de una profunda y estrecha garganta. Los dos extremos estaban unidos por un puente de cuerdas.

—No se ve el fondo —se quejó Waldstein, mirando hacia la oscuridad que engullía las profundidades del desfiladero.

—Está bien anclado, no os preocupéis —les tranquilizó el Gran Maestre—. Son tres cuerdas de apoyo, una para los pies y dos para las manos. Conforme andáis, debéis utilizar el cuerpo como contrapeso para mantener el equilibrio.

Con lentitud y seguridad, el Gran Maestre cruzó el puente. Sus dos acompañantes cruzaron con más miedo y algún ligero susto, pero lo lograron.

Continuaron la marcha a través de un sendero cada vez con más pendiente. Robles y cedros habían dejado paso a abetos y hayas, y la vegetación era cada vez más densa.

Al cabo de un rato, el Gran Maestre se detuvo.

—Hemos llegado —anunció.

Ante ellos, el bosque se abrió y dejó ver un claro. Las ruinas de una antigua construcción asomaban entre las sombras. Grandes sillares de piedra yacían desparramados por el suelo. Un tupido bosque había nacido de entre

las piedras, indicando que el castillo había sido abandonado hacía mucho tiempo. El silencio del lugar era sobrecogedor. Incluso los animales parecían evitar aquel lugar fantasmagórico.

El Gran Maestro los guió a través de los restos hasta lo que parecía la boca circular de un pozo, coronado con una maltrecha garrucha oxidada. A continuación extrajo una cuerda de su bolsa y la deslizó con alguna dificultad por la polea. Waldstein suspiró y se resignó de nuevo a afrontar un nuevo pasadizo oscuro.

—Sólo nos mojaremos un poco —indicó el Gran Maestro—. Nuestro camino sigue por el aljibe del viejo castillo.

A media cuerda, la antorcha que llevaban empezó a llenar el pozo de ondulantes reflejos. Se trataba de una sala de grandes dimensiones que el agua cubría por completo. El Gran Maestro ya estaba nadando alrededor del recinto, e iba encendiendo algunas velas para iluminar el lugar, apoyándolas en diferentes salientes de mampostería. A continuación nadó hacia el centro del depósito buscando la cuerda que caía desde arriba y se detuvo unos segundos mirando hacia la abertura superior en actitud muy concentrada. Waldstein y Lichnowsky sólo podían contemplar unas cuantas estrellas en la porción del firmamento que la boca del pozo dejaba ver. ¿Era posible que se estuviera orientando con las estrellas?

—Es por ahí —indicó el Gran Maestro. Se giró media vuelta y nadó hasta la pared. Poco antes de llegar, se sumergió en el agua, seguido de sus acompañantes.

A varios metros de profundidad encontraron una apertura cuadrada en la pared, en la cual penetraron tomando impulso horizontalmente. Bucearon a ciegas, palpando con una mano y con la otra aferrada a la bota del compañero de delante. La sensación de claustrofobia comenzaba a hacerse insostenible cuando, de repente, el túnel se ensanchó y los tres aventureros emergieron como una exhalación a la superficie en busca del preciado aire.

Mientras Waldstein y Lichnowsky se recuperaban medio asfixiados, el Gran Maestro encendió una antorcha desde la orilla. Se encontraban en otro pozo, éste de mucho menos diámetro que el primero, apenas un par de metros. Con una radiante sonrisa en la boca, el incansable Gran Maestro les

mostraba la entrada a un estrecho corredor excavado en la roca. Tras unos pocos metros, el pasillo se truncó. Antes de que Waldstein y Lichnowsky pudieran protestar, el Gran Maestro apoyó las manos en el lateral de la lápida que bloqueaba el camino y la empujó. La piedra giró verticalmente sobre un eje central y quedó abierta lo suficiente como para dejarles pasar.

El escenario subterráneo cambió por completo. Al principio creyeron que se encontraban en una especie de balconada, pero en cuanto el Gran Maestro iluminó con su antorcha detrás del pretil, Waldstein y Lichnowsky se quedaron boquiabiertos al contemplar un enorme pozo que se abría hacia las profundidades. Su perímetro era recorrido por una escalera en espiral sustentada por columnas. ¿Quién había construido aquella estructura tan compleja en ese lugar tan inaccesible? Y sobre todo, ¿para qué?

El Gran Maestro aplacó las preguntas que bullían en sus acompañantes obligándoles a bajar la escalera circular a un buen ritmo.

Una vez en el fondo del pozo, y mientras recuperaban el aliento, la antorcha iluminó en el suelo de mármol la figura de una rosa de los vientos sobre una cruz. Una de las flechas señalaba hacia la única puerta de salida. Se trataba de una losa de piedra exactamente igual que la de arriba y en la misma posición semiabierta. Al fin parecía que estaban llegando.

Tras andar unas decenas de metros a lo largo del corredor creyeron observar algo de luz al final del pasillo. La claridad fue aumentando, haciéndose cada vez más intensa hasta que alcanzaron una sala de grandes dimensiones.

Waldstein y Lichnowsky, maravillados por la ondulante claridad que danzaba en las paredes, alzaron la mirada para buscar su origen, pero no lo encontraron. La fuente de luz parecía provenir del techo de la sala, pero no se percibía ningún fuego ni lámpara para tan sobrecogedora luminiscencia.

—¡Las paredes se estrechan hacia arriba! —se percató Lichnowsky.

—La sala es piramidal —explicó el Gran Maestro—. Os presento el secreto mejor guardado de la historia, el tesoro de la Orden del Cisne, el legado de Christian Schwan.

Waldstein y Lichnowsky echaron un vistazo alrededor. En las paredes se agolpaban libros y objetos antiguos, montajes experimentales, instrumental

de laboratorio, colecciones de rocas y minerales, probetas de medida, compuestos químicos, planos, mapas, diagramas de construcción y toda una pléyade de animales disecados.

—El tesoro es un compendio de todos los conocimientos que posee la Hermandad hasta el momento —anunció el Gran Maestro desde el fondo—. Los más preciados están aquí, son los libros que nos dejó su fundador. Todos sus descubrimientos, su filosofía y su ciencia. También están los que escribieron sus sucesores, ampliando esta biblioteca universal hasta lo que veis ahora.

Waldstein y Lichnowsky bordearon lentamente la sala, maravillados ante aquella prolífera exposición del saber universal.

—Sólo unas cuantas personas de la Hermandad del Cisne conocemos la ubicación de este lugar —añadió—. Es cuestión de tiempo que todos los conocimientos aquí encerrados os sean transmitidos. Tened paciencia.

—¿Qué son estos objetos? —preguntó Waldstein excitado, señalando unos espejos de bronce bruñido que distorsionaban la imagen en infinitas formas.

—Son nuestras investigaciones en óptica.

—¿Y qué hacen aquí estos juguetes? —preguntó Lichnowsky señalando unos muñecos de madera.

—Anatomía mecánica.

—¡Fijaos! —exclamó Waldstein—. Todo este lateral está repleto de instrumentos musicales. ¡El maestro también debió de intuir que la solución al pergamino estaba en la música!

—No perdamos más tiempo, por favor, hemos venido a devolver el manuscrito al lugar de donde nunca debió salir.

—¿Cómo vamos a irnos de este lugar? —protestó Waldstein airado—. Tenemos que investigar esta sala a fondo. ¡Podríamos encontrar la pista para descifrar el código!

—Cientos de hermanos ya lo han intentado sin éxito, no merece la pena.

—Pero nosotros... —dijo Waldstein, sorteando un experimento con planos inclinados y con los ojos danzando de una sorpresa a otra fugazmente—. Mirad esto, y esto...

Lichnowsky, sin embargo, permanecía de pie y en silencio, observando detenidamente un extraño mecanismo incrustado en una pared.

—Gran Maestro —dijo al fin—, ¿para qué sirve esto?

A media altura, cuatro grandes ruedas dentadas asomaban desde dentro de la roca y dejaban ver un dígito cada una. En ese momento mostraban cuatro ceros. El Príncipe se acercó a ellas y comenzó a girarlas suavemente. Los números comenzaron a mostrar valores del cero al nueve.

El Gran Maestro se lanzó hacia Lichnowsky y le apartó bruscamente la mano del artefacto.

—¡No toques eso!

Al instante se arrepintió de haberse mostrado tan vehemente.

—Ahí tiene que estar escondido algo muy importante —indicó Lichnowsky, señalando con el dedo una imperceptible separación entre los bloques de piedra que dibujaba una especie de puerta.

Waldstein se unió a ellos, extrañado también por la reacción del Gran Maestro.

—Esas enormes ruedas son la combinación de una cerradura, ¿verdad? —preguntó el Conde.

—No tiene mayor importancia —aseveró—. Es otro juguete más de la colección.

Waldstein y Lichnowsky se miraron, desconcertados ante la actitud defensiva que había adoptado el Gran Maestro. Estaba claro que ocultaba algo.

—¿Acaso no somos merecedores de conocer más secretos? —preguntó Lichnowsky con gravedad.

—Ya habéis visto demasiado. Por favor, no me pongáis las cosas más difíciles —rogó el Gran Maestro, vislumbrando la posibilidad de que sus compañeros se abalanzaran sobre él y quisieran descubrir por la fuerza lo que había detrás de la losa. La combinación era tan fácil que no tardarían en dar con ella. Tenía que sacarlos de allí cuanto antes—. Además, tengo una cosa más importante que enseñaros, la razón de esta fantástica construcción. ¿No queréis ver la tumba de nuestro fundador?

El truco funcionó de maravilla, haciendo que Waldstein y Lichnowsky se

dejaran guiar hacia el centro de la sala como dos buenos discípulos. Allí observaron una losa circular que sobresalía apenas dos palmos del suelo. El Gran Maestro deslizó su mano por encima del borde de la piedra hasta encontrar una pequeña muesca, donde hundió el dedo. Se produjo un chasquido y a continuación un murmullo mecánico proveniente del suelo. La piedra comenzó a girar lentamente, poniendo al descubierto una placa metálica que ocupaba la misma superficie. En ella se podía ver lo que parecía un mapa de estrellas dividido en los doce signos zodiacales, y las iniciales C. S. en el centro. Maravillados, los corazones de Waldstein y Lichnowsky palpitaban a ritmo frenético. Estaban a punto de ver con sus propios ojos la tumba de Christian Schwan, o, como fue más conocido, Christian Rosencreutz, el gran sabio, el gran maestro, el Gran Fundador de la Fraternidad Rosacruz.

Hincado de rodillas en el suelo, el Gran Maestro apoyó las dos manos en el frío metal, haciéndolo girar hasta alinear el zodiaco celeste de la manera correcta. Mientras la fina hoja se movía con suavidad, pensaba en el terrible atropello que habían cometido contra su propia Hermandad al sacar de allí el manuscrito. Se merecía que el Gran Fundador se levantara de su tumba y le cortara la cabeza de un tajo.

El miedo se apoderó de él cuando miró los ojos del cuerpo inerte que reposaba bajo la plancha de metal. Su cara serena, noble y bondadosa, lo hacía sentir aún más rastrero y traidor.

—¡Es... magnífico! —exclamó Lichnowsky—. Su cuerpo está incorrupto. Incluso sus ropas están intactas.

—Y así se mantendrá por siempre jamás mientras el gran misterio quede sin resolver —indicó el Gran Maestro, evitando revelar que la forma piramidal de la tumba favorecía la conservación de la materia que se encontraba en su interior—. Ahora el pergamino vuelve a él. Waldstein, pásame el manuscrito —pidió con solemnidad.

Sacándolo de su envoltura, Waldstein le alargó el pergamino, y el anciano lo colocó, con sumo cuidado de no tocar la piel del difunto, junto a su mano.

En el interior del sarcófago no había nada más, ningún ornamento, ni tesoros, ni secretos ocultos.

Con cuidado, volvieron a tapan el hueco con su tapa de latón grabado y la piedra circular que lo ocultaba.

—Debemos darnos prisa en deshacer el camino o nos descubrirán si llegamos con la luz del día.

Todos asintieron apesadumbrados y emprendieron la vuelta por el mismo tortuoso camino de ida. Deshicieron el pasillo hasta la base del pozo, subieron por la escalera de caracol y volvieron al agua. Se zambulleron para alcanzar el primero de los depósitos. Allí, el Gran Maestro se aseguró de apagar las velas que había encendido en la ida alrededor del perímetro del estanque.

—Creo que ésta es la fuente de la luz de la sala piramidal. Debemos estar justo encima de ella —susurró Lichnowsky en el oído de Waldstein.

Por último, ya casi sin fuerzas, escalaron por la cuerda del pozo. Una vez en la superficie, se tomaron un minuto de descanso antes de comenzar la caminata de vuelta al castillo.

Marcharon a paso rápido, en silencio, sólo acompañados de los misteriosos ruidos de la noche. No disponían de mucho tiempo hasta que los primeros rayos del día iluminaran su traición.

Enseguida llegaron al puente de cuerdas que unía las dos crestas de la profunda garganta. A la ida habían comprobado que era fuerte y seguro, lo suficiente como para pasar en fila, uno detrás de otro. Cuando el Gran Maestro, con paso decidido, estaba a punto de alcanzar el otro extremo, un rápido crepitar de hojas seguido de un tintineo metálico precedió a un grupo de hombres montados a caballo que habían permanecido escondidos detrás de unos árboles cercanos. Los tres caballeros se quedaron estupefactos, paralizados sobre el puente.

—¡Qué sorpresa!, el mismísimo Gran Maestro de nuestra Orden. Nunca lo hubiera imaginado, encontrarle por aquí a estas horas y con semejante compañía —dijo el que se adelantó, encabezando el grupo.

Eran cinco individuos, ataviados con la indumentaria guerrera de la Orden Teutónica, casaca blanca y gran cruz negra en el torso. Sobre sus pechos relucían, reflejando majestuosamente la difusa luz lunar, unos medallones de oro grabados con la figura de un ánade, colgados de una gruesa cadena.

Waldstein y Lichnowsky reconocieron algunas de las caras sentadas a la mesa la noche anterior.

—Vaya, la Orden del Cisne al completo —pronunció el Gran Maestre, en actitud serena—. Mis queridos amigos, ¿son tan amables de apartarse un poco? Si nos hacen un hueco, preferiríamos aclarar este entuerto en tierra firme.

El Gran Maestre movió un pie para seguir avanzando, lo que provocó un movimiento sincronizado de los cinco caballeros desenvainando sus espadas. Aquello dejaba bien a las claras que no estaban allí en actitud pacífica. Los caballos bufaron inquietos.

—No tan deprisa —advirtió el caballero, acercando su montura al borde del puente—. Has roto la primera regla de la Orden. Has profanado la tumba de nuestro Fundador.

—Todo tiene una explicación —se defendió el Gran Maestre tratando de imponerse con su voz rotunda.

—Además, has desvelado la ubicación de nuestro santuario a estos dos intrusos —añadió el teutónico cada vez más exaltado—. ¡Pero cómo has podido! ¡Nos has puesto en peligro a todos!

—Soy el Gran Maestre y os ordeno que os echéis a un lado. Dejadme que me explique.

—¡Alto ahí! —gritó el caballero del Cisne acercando la punta de su espada al tensor que mantenía colgado el puente desde ese lado—. Quedarás suspendido ahí mientras se celebra este juicio, y tus amigos también. Puedes explicarte.

El Gran Maestre comprendió que hablaban muy en serio. Su autoridad sobre ese grupo de hombres, hasta hace poco considerados como hermanos, había desaparecido al ser descubierto en su perfidia. Valoró sus posibilidades, y reconoció que si él estuviera del otro lado, no dejaría terminar de cruzar el puente a semejante traidor, así que cambió la actitud.

—Si me escuchan sabrán que obré con amor a nuestra Hermandad y con respeto a nuestro Fundador —carraspeó, aclarándose la voz—. Mi intención era la más loable virtud que desde siempre me han enseñado a buscar en el seno de nuestra Hermandad: la verdad. Mi objetivo era conocer qué se oculta

tras el manuscrito del Padre, pero no por ambición personal, sino por la gloria de nuestra Hermandad. Sabéis que no he sido el único en intentar acometer tan difícil tarea. Nuestro enigma más oculto ha pasado por las manos de los más grandes sabios de la historia, fueran miembros de nuestra Hermandad o ajenos a ella. ¿No es cierto, hermanos, que nos debemos al conocimiento, a la razón, por oposición al ostracismo al que nos lleva la ignorancia y los fanatismos? Nuestra Orden del Cisne, desde que fuera fundada por nuestro Padre Christian Schwan, ha recopilado las cosas de auténtico valor del mundo, preservándolas del tiempo, protegiéndolas de sus enemigos, investigándolas hasta sus más elementales detalles. ¿Me vais a juzgar por tratar de encontrar sentido al mayor misterio que nuestro Padre nos dejó? Reconozco que he tenido que pasar por alto algunas de las reglas que rigen nuestra Hermandad, y pido perdón por ello, pero creedme que mi motivación era justa.

—La Orden del Cisne es la encargada de proteger el escondite de la tumba —contestó el jinete germano—, y con ella también todo su contenido, incluido el pergamino griego de nuestro Padre. Acciones como la que tú has intentado ponen en peligro el secreto de nuestra Hermandad y por tanto, toda nuestra sabiduría allí encerrada. Tú te aprovechaste de tu posición de Gran Maestro para pasar por encima de la Hermandad, y eso es inadmisibile.

—¡Amo a la Hermandad! ¡Os amo a vosotros, mis hermanos! —gritó el Gran Maestro desesperado, perdiendo todo el aplomo que había demostrado hasta entonces.

—¿Tienes algo más que alegar? Si no, estamos listos para dictar sentencia —anunció el teutónico sin amilanarse.

—Os he traicionado y soy merecedor de un castigo ejemplar. Dejaré mi cargo y la Hermandad, pero dejadme vivir lo que me queda de vida, os lo ruego.

Desesperado, y jugando sus últimas cartas, el Gran Maestro avanzó rápidamente por la cuerda mirando al suelo para apoyar bien los pies. Cuando llegó al extremo y levantó la cara, se encontró los ojos del germano, en un rictus feroz y triste a la vez, sosteniéndole la mirada. Notó un ardor líquido brotando de su pecho, que lo partió de dolor de arriba abajo. La espada le

había atravesado limpiamente, deslizándose en el interior de su cuerpo como mantequilla. Le faltaba el aire, los ojos se le cerraron, y sus piernas flaquearon.

—La Hermandad está por encima de todo —dijo el germano al moribundo—. No lo olvides allá arriba. Adiós, compañero.

El cuerpo inerte del Gran Maestro se deslizó hacia atrás, cayó de espaldas y desapareció en el abismo de la oscura garganta. En su caída, el cuerpo golpeó las cuerdas del puente, que se tambaleó desafiando el equilibrio de sus otros dos ocupantes, que habían asistido atónitos al desenlace de la prueba. Al observar la trágica muerte del Gran Maestro, imaginaron rápidamente la suya. En un movimiento instintivo, ambos giraron torpemente sobre la inestable pasarela, tratando de dar media vuelta y alcanzar el extremo por donde habían venido.

Los caballeros bajaron de sus monturas y espada en mano asestaron certeros golpes a las cuerdas del puente, que iba resquebrajándose a cada saletazo. Waldstein y Lichnowsky escuchaban los golpes a sus espaldas, notando cómo el puente perdía su tensión con cada chasquido de cuerdas. No lo iban a lograr, el extremo aún estaba lejos...

—¡Agárrate a las cuerdas, nos caemos! —gritó Lichnowsky a su compañero, en el preciso instante en que sus pies perdían el apoyo de la cuerda inferior y se abocaban al abismo.

Los caballeros del Cisne habían desprendido el amarre del puente en su extremo, que se precipitó a gran velocidad contra la pared opuesta. Waldstein se aferró fuertemente a las cuerdas mientras caía, pero no sirvió de nada. El tremendo golpe contra la roca le hizo perder agarre y caer al vacío. Lichnowsky, un poco más abajo, agarró con el brazo libre a su compañero, salvándole de la caída. Ambos quedaron suspendidos en el aire.

—Tranquilo, te tengo agarrado, y las cuerdas son fuertes. No nos caeremos —le tranquilizó Lichnowsky, observando el terror en el rostro de su amigo.

Un agudo silbido cruzó la garganta de extremo a extremo, precedido de un golpe grave.

—¡Arghhhhh! —gritó Lichnowsky.

Su brazo de apoyo había sido saeteado por una flecha lanzada desde el otro lado por una ballesta, atravesándole el antebrazo. Notó cómo sus fuerzas se iban diluyendo confundidas con el dolor que le ardía en el brazo. La cuerda que tenía agarrada fue deslizándose como una serpiente por su brazo.

—¡Suéltame y agárrate con el otro brazo! ¡Sálvate al menos tú! —gritó Waldstein.

Pero Lichnowsky no le hizo caso, y fallándole las últimas fuerzas, notó que perdía el conocimiento mientras caía en las profundidades del barranco de la mano de su amigo.

Capítulo 47

Me dijeron que los niños venían de París, no de Groenlandia —dijo David con sorna, aferrándose al volante de su pequeño utilitario mientras buscaba la indicación de salida del aeropuerto de Madrid.

Alicia y Miko no sonrieron a la ocurrencia, sumidos ambos en sus propios pensamientos. David se fijó en el inusual semblante preocupado de su amiga. Su acompañante, en cambio, parecía esforzarse en ocultar una especie de euforia interior con un rictus de mal simulada tranquilidad.

—Parece que traéis el silencio del ártico con vosotros... ¡Alegrad esa cara!

Apenas habían cruzado palabra desde que salieron de Groenlandia. La resolución de la tercera prueba del misterioso juego no dejaba lugar a dudas sobre la realidad de su existencia. Tres pruebas que habían puesto al límite sus capacidades físicas e intelectuales, tres lugares distintos afectados por dificultades similares, y tres premios en forma de instrumento musical... la casualidad era imposible.

Para Alicia, sin embargo, el devenir de sus aventuras por el mundo, lejos de despejar las dudas acerca del objetivo del juego, las estaba transformando en más inseguridades y temores. Para colmo, ahora eran responsables de una niña de diez años. Un tambor y una flauta antigua eran regalos aceptables, pero la vida de una persona, eso iba mucho más allá de lo que había previsto obtener en Groenlandia.

—Estoy preocupada por Bibrau —respondió Alicia a su amigo con voz

cansada y con la mente puesta en la pequeña. No podía quitarse un áspero gusto como de piedras en el estómago al pensar en lo que habían hecho con la niña. Sin embargo, nadie parecía estar en sintonía con ella, en especial Miko, y eso la enfurecía y desagradaba a partes iguales. ¿Quizás no era el tipo de persona que ella se había imaginado?

Aún tenía grabada la imagen de la despedida en el poblado Inuit, cómo le había impresionado la entereza de la niña al afrontar la supuesta misión que cargaba sobre la rama femenina de su clan. Ni lloró ni se quejó. Tampoco nadie del reducido clan cuestionó la decisión de dejar partir a la muchacha con unos desconocidos, todos impresionados aún por el cumplimiento de la antigua profecía. Ya en el avión, se fijó en cómo Bibrau escrutaba cada detalle de su nuevo mundo con una mirada tranquila, asimilando con rapidez las cosas sencillas como comer, asearse o ir al lavabo. ¡Ni siquiera ella parecía lamentar su suerte! Entonces, ¿por qué a ella le parecía que estaban cometiendo una atrocidad?

—No te preocupes —dijo Miko desde el asiento de atrás—, estará bien en Lisboa con Rui. Está acostumbrado a lidiar con Nicolás, y Bibrau parece más fácil de controlar.

—¿Fácil de controlar? —preguntó Alicia, dándose la vuelta lentamente y pronunciando cada sílaba como si no se creyera lo que acababa de escuchar—. ¡Por Dios, es sólo una niña! —gritó, explotando al fin toda la rabia acumulada.

Miko se quedó mudo ante la inesperada reacción de Alicia. David también parecía desconcertado.

—Una niña que hemos sacado de su único hábitat conocido en mitad del hielo y colocado en medio de la civilización. Una niña que hemos arrancado de su familia... ¿Y para qué? —preguntó Alicia con la voz desencajada y los ojos vidriosos.

—Es una parte más del juego —trató de explicar Miko lo más calmado que pudo—. El éxito de nuestra misión implica de alguna manera la participación de la voz de Bibrau.

—Para ti no es más que eso, una voz, un instrumento... ¿Acaso no te importa ponerla en peligro?

—No veo por qué tendría que estarlo —se defendió Miko.

—¿Una cueva con las puertas cerradas con hogueras? ¿Un helicóptero de combate persiguiéndote por el bosque? ¿Un baile en una estrecha plataforma sostenida sobre un agujero en el hielo? ¿Cuál será la próxima aventura?

—Por eso la hemos dejado en Lisboa. Hasta que no sepamos a ciencia cierta su papel en el juego, la mantendremos en lugar seguro.

—Ya, ¿y luego qué? —protestó Alicia—. ¿Pondrás su vida en riesgo para resolver el misterio de tu estúpida caja de música?

Las palabras de Alicia, en especial la utilización precisa del adjetivo posesivo, le hicieron pensar que quizás había llegado demasiado lejos. Empezó a sentirse culpable por haber aceptado a la pequeña Bibrau pensando únicamente en la utilidad que podría obtener de sus extraordinarias cualidades vocales. Había pasado por alto la desprotección que sentiría la pequeña alejada de su familia y su pueblo, fijándose en ella como un instrumento musical, el mejor de ellos, el más completo y complejo: la voz humana.

—De ninguna manera pienso arriesgar la vida de Bibrau —indicó Miko con voz rotunda—. Pero ten en cuenta que su propio abuelo Taqquiq fue quien nos la entregó. Hicimos realidad la leyenda de los Inuit, que hablaba de los visitantes que vendrían a derretir el hielo y hablar con el Sol, y dimos sentido a su esfuerzo por mantener la estirpe de la que desciende Bibrau. La decisión de traérsola ya estaba tomada mucho antes de aparecer nosotros en escena.

—¿Quieres decir que no hemos podido evitarlo? —Alicia dejó escapar una carcajada sarcástica—. ¿Que estábamos obligados? —volvió a enfurecerse—. ¿Pero por quién? ¿Para qué todo esto?

—No lo sé, pero según las pistas que hemos acumulado, está claro que sin ella no podremos llegar hasta el final.

—¿Pero qué final? —volvió a quejarse Alicia con amargura—. ¿Cuánto va a durar esto? ¿Qué más peligros nos esperan? —hizo una pausa, mirando fijamente a los ojos de Miko—. ¿Qué queremos conseguir?

La pregunta cogió a Miko a contrapié. Hasta ese momento no se había parado a pensar sobre continuar o no con el juego. Simplemente, lo había

dado por hecho. Pero quizás estaba siendo demasiado egoísta. Los hechos de las últimas semanas lo habían catapultado a un estado de excitación que hacía tiempo que no experimentaba. Los recientes viajes por el mundo ligados a la música lo habían transportado a una etapa en la que encadenaba cincuenta conciertos en dos meses. Entonces, su propia juventud y las ganas de compartir su trabajo con el público le impedían desfallecer. Pero ahora, ¿qué era lo que le impulsaba a seguir con aquello sin mirar atrás? Se engañaría si culpaba a la responsabilidad, deber o emoción, aún no estaba seguro de cómo definirlo, de resolver un extraño misterio caído en sus manos. En el fondo, recapacitó, lo que quería era encontrar al músico que llevaba dentro y que creía perdido. Los acontecimientos se habían puesto de su parte y no estaba dispuesto a desaprovechar la última llamada que la música le estaba enviando. Era cierto que no lo hacía ni por su hijo, ni por los indefensos indígenas, ni siquiera por lo que empezaba a sentir por Alicia pero, estaba seguro, al mismo tiempo lo hacía por todos ellos. Se merecían al auténtico Miko Tarvuk.

—No tengo respuestas para tantas preguntas —dijo con sinceridad, encogiéndose de hombros—. Sólo sé que debo continuar —Miko se levantó del asiento y devolvió la mirada desafiante a Alicia, alejó el miedo que tenía a una respuesta negativa, y preguntó finalmente—. ¿Tú no?

Alicia dudó unos segundos, interrumpidos por un frenazo del coche de David.

—Chicos, chicos, hemos llegado —dijo enérgicamente, mientras giraba el volante para aparcar en un inesperado hueco en la calle—. Os propongo que dejéis vuestra discusión hasta que sepamos cuál es el próximo destino. Quizás eso nos diga algo más sobre el desarrollo del juego. Es posible incluso, aunque no lo creo, que mi programa no pueda decodificar la nueva información que traéis y que, simplemente, no exista siguiente destino. En ese caso, fin de la historia, y todo el mundo a su casa.

Ambos sintieron que la campana venía a salvarles de una discusión quizás irreversible y se aferraron a la propuesta de David con agrado. Subieron por las escaleras los tres pisos del viejo edificio de Chamberí hasta su casa. Apretujados en su diminuta habitación, esperaron a que David acostara a su

anciana madre, mientras se dedicaban a curiosear por su habitación.

Algunos tebeos antiguos en las estanterías, pegatinas en las puertas de los armarios y pósters con nombres de juegos de rol en las paredes, eran testigos de la historia del niño que se había hecho mayor en aquella habitación. Una de las estanterías albergaba una foto de su etapa universitaria con la camiseta del Instituto Tecnológico de Massachusetts frente a un paisaje nevado. El MIT era la referencia mundial universitaria en tecnología, cuna de los mejores científicos del planeta.

David llegó y tomó asiento frente a la mesa que acogía su flamante equipo informático. Lo encendió y observó el arranque del sistema operativo Linux. Le pidió una contraseña. Tecleó algo que se ocultó en la pantalla tras unos asteriscos, si bien Alicia, por pura curiosidad, vio cómo sus dedos escribían la palabra “Princesa”.

David se volvió hacia Alicia, y ésta le guiñó un ojo de complicidad. El informático se ruborizó enseguida y se volvió sobre su pantalla, que ya mostraba los iconos del escritorio. Hizo doble clic sobre uno que se llamaba “Orfeo”, y una pequeña ventana negra apareció sobre la pantalla, mostrando una frenética sucesión de líneas de comando. Accedió a la herramienta “correlación cruzada” y preguntó:

—¿Qué queréis que mezclemos esta vez?

—Toma esto —dijo Miko, alcanzándole una memoria USB—. Hemos grabado el canto de garganta de Alicia y Bibrau, y queremos que lo enfrentes a “Square Circle”.

Durante los segundos que la pantalla les indicaba que debían esperar a que se completara el análisis, Alicia apretó los puños deseando que todo terminara ya, que el resultado fuera nulo. Por una parte, quería apoyar la cruzada personal de Miko, también tenía interés en descubrir el misterio que encerraba la melodía de la caja de música, incluso notaba que todo ese juego la estaba cambiando a ella positivamente. Sin embargo, todo ello quedaba desequilibrado por el hecho de incluir a Bibrau en un juego de dimensiones desconocidas y de final imprevisible.

Tras unos segundos de tensa espera, el resultado se mostró en pantalla. Un gráfico mostraba una curva que se elevaba en dos picos diferenciados.

—¡Era justo la forma que esperábamos! —exclamó Miko, exultante—
¿Verdad, David?

—Coincide con los casos anteriores. Anotaré los valores máximos de los picos de ambas elevaciones: 23,217 y 196.

—¿A dónde nos llevan estas indicaciones? —preguntó un ansioso Miko.

—Eso nos lo dirá “Google Earth”. Haremos un vuelo desde Groenlandia a vista de pájaro.

—Recuerda que debes convertir el primer número para que te dé la distancia correcta en metros —advirtió Miko

—Lo recuerdo: cero, punto, quinientos veintitrés —respondió David—, hay que multiplicar la distancia por ese factor. A ver, eso nos traza una ruta de 12,142 kilómetros desde la posición del poblado Inuit, con un rumbo de 196 grados. Introduciré esos parámetros en “Google Earth”.

Al presionar “enter”, el viaje virtual comenzó su camino abriendo la vista sobre Groenlandia y, dirigiéndose lentamente al Sur, recorrió todo el continente americano de Norte a Sur y lo atravesó de Este a Oeste...

Miko y David ni pestañeaban. Alicia miraba de reojo, esperando el desastre. América del Norte se quedó atrás y tras sobrevolar México, la nave virtual se perdió en el Océano Pacífico. Miko y David bufaron desilusionados. Alicia volvió a mirar la pantalla con atención, regocijándose con la brillante superficie de un mar azul brillante que anunciaba algún tipo de error o inconsistencia en los datos.

—Todavía cabe la posibilidad de que se pare en la Antártida —anunció David.

—Debe de haber un error en los cálculos —dijo Miko con voz nerviosa.

El viaje fue reduciendo la velocidad y disminuyendo la altura. El error parecía confirmarse, pues se estaba posicionando sobre un lugar perdido en la inmensidad del océano, tan lejos del continente americano como del asiático.

Pero no fue así, un punto marrón surgió de la capa azul del mar, haciéndose más grande y llenando la pantalla por completo cuando el programa terminó su vuelo de doce mil kilómetros.

—¿Qué lugar es ese que está tan perdido? —preguntó Alicia extrañada—.
¿No será un error de google?

—Es la isla de Pascua —aclaró David tras hacer un zoom más preciso sobre la superficie—. La isla del fin del mundo.

Miko esbozó una sonrisa triunfal.

—¿No os parece el lugar más adecuado para continuar nuestra aventura?

Capítulo 48

Peter contempló en la distancia el castillo de Neuschwanstein elevándose majestuosamente sobre un promontorio rocoso surgido del bosque. Sus elegantes formas y esbeltas torres le recordaron el porte orgulloso de un gran cisne. Aunque quizás sólo era sugestión, pues no había parado de darle vueltas a la recién descubierta “conexión cisne” durante todo el largo trayecto desde Nueva York a Munich.

Los elementos históricos apuntaban a aquel castillo de ensueño como pieza clave en el devenir de la Orden del Cisne. La inscripción con el nombre de “Christian Schwan” oculta en el pergamino señalaba a aquel condado alemán de Schwangau como una de las posibles moradas del misterioso caballero medieval. Por otro lado, sabían que Richard Wagner había perpetrado el traslado de los secretos de la Orden a América, y sin duda aquel lugar estaba muy relacionado con Wagner y sus óperas, ya que Luis II de Baviera, el último monarca alemán, se había inspirado en las temáticas clásicas de las óperas de Wagner para diseñar su castillo.

El intento fallido con William había empujado a Peter a reinterpretar la música que había descubierto en el zodiaco de Dendera. Aún le faltaba algún detalle para afinar la música de las esferas y estaba convencido de que allí encontraría la pista definitiva.

Lecygne y él habían llegado en coche desde Munich hasta la pequeña población de Hohenschwangau, a los pies de un apacible lago del Tirol. Aquel era el punto de partida de los turistas hacia el castillo. Se encontraban

en un restaurante, almorzando sin prisas, pues su objetivo era realizar la visita justo antes de la hora del cierre. Peter apuraba el café mientras Lecygne hablaba por teléfono. No se dio cuenta de su cara de asombro hasta que colgó la llamada y le miró a los ojos.

—El radiotelescopio ha registrado un nuevo pulso, muy similar al anterior —dijo, con la mente perdida vagando en la repercusión de este segundo hallazgo.

—¿Lo habéis cotejado con el de hace unas semanas? —preguntó Peter con severidad.

—Por supuesto. Aunque las señales binarias son completamente diferentes, hay una variable que se mantiene constante con la anterior y que, gracias a la coincidencia, cobra una importancia mayor.

—¿De qué se trata? —preguntó impaciente.

—Las dos provienen del Sol y están dirigidas en un haz muy estrecho hacia una zona muy particular de la Tierra. Según nuestros cálculos, el objetivo es el sur de Inglaterra.

—¿El sur de Inglaterra? ¿Qué demonios hay allí?

—Para afinar más necesitaríamos equipos de mayor precisión.

—Philippe, tienes presupuesto ilimitado para tu Casa de la Astronomía. Por favor, compra los equipos que necesites, ¡pero hazlo ya! ¡Aún no habéis encontrado un significado para la primera señal del espacio exterior cuando ya tenéis una segunda!

—Seguro que al estudiar más detenidamente los dos pulsos y ponerlos en común obtendremos más coincidencias.

Peter lo miró sin creerse las falsas expectativas que Lecygne le estaba vendiendo. No obstante, no era ni el momento ni el lugar para apretarle las tuercas. Además, intuía que el profesor trabajaría mejor con las riendas sueltas que bajo presión.

—Está bien —admitió, cambiando el semblante por uno más amable—, centrémonos en el asunto que nos ha traído aquí a Neuschwanstein.

Lecygne aceptó cambiar de tema por la cuenta que le traía. Soltó de inmediato la primera pregunta que se le ocurrió por si Peter pretendía volver al asunto anterior:

—Me estaba preguntando que si Neuschwanstein significa la “nueva” roca del cisne, ¿debemos suponer que existió otra ubicación anterior?

Peter descorrió la cortinilla junto a la mesa y señaló hacia fuera.

—Ahí lo tienes —dijo, indicando una espléndida construcción que se erigía sobre el pueblo.

—Eso más bien parece un palacio, no un castillo —objetó Lecygne—. Me recuerda más bien a una lujosa residencia monegasca, aunque las almenas y torreones simulen el aspecto de una fortificación.

—Se trata del castillo de Hohenschwangau, y fue reconstruido por el rey Maximiliano II de Baviera sobre las ruinas del original castillo de Schwanstein.

—¿El padre de Luis II? Pues a su hijo le debió de parecer poca cosa cuando decidió construirse un castillo propio en la cima de la montaña —ironizó Lecygne.

—O quizás es que decidiera construirlo allí arriba por otros motivos —apuntilló Peter—. Vamos, es hora de irse.

Un minibús les trasladó hasta las puertas del castillo de Neuschwanstein, desde donde contemplaron atónitos sus imponentes formas. De blanquísima piedra pulida, las paredes se elevaban hacia el cielo tratando de arañarlo con sus afiladas puntas. Construido adaptándose a la forma de la montaña donde hundía sus cimientos, evocaba mágicas escenas de leyendas medievales y fortalezas tolkianas.

—Esto demuestra hasta dónde puede llegar la locura de un monarca —indicó Lecygne—. Por Dios, ¿a quién se le ocurriría construirse una casa de fantasía cuando su pueblo estaba pasando hambre? ¿En qué mundo vivía ese hombre?

—Ese rey fue Luis II, y es por su extraña vida por lo que estamos tan interesados en él —explicó Peter.

Lecygne echó mano de una guía para recordar los datos principales del castillo y de su creador:

—Luis II fue una víctima de la época, cuando la monarquía estaba cada vez más denostada. Fue despojado de su poder como rey al ser derrotado por Prusia, y tras ello ostentó el cargo sólo de manera testimonial. Se dice que era

tímido, retraído e inseguro. Supongo que se construyó este castillo de cuento de hadas donde poder vivir su propia fantasía de rey.

—Yo creo que ese hombre escondía mucho más de lo que muestran estas torres —susurró Peter entre dientes.

Comenzaron la visita del interior por la “sala del trono”, una lujosa habitación adornada como iglesia bizantina, coronada por una cúpula estrellada y presidida por el trono del rey, que nunca llegó a usarse.

—Esta sala es un símbolo perfecto de su confusión emocional —aseguró Lecygne.

A continuación accedieron a las dependencias privadas del rey, sobrecargadas de maderas nobles talladas, techos artesonados y pinturas murales de gran colorido. Encontraron cisnes en cada rincón: tapices, porcelanas, pinturas, y hasta un grifo que surtía agua por el pico. Ese animal significaba para el castillo algo más que un símbolo heráldico.

—Mira estos frescos —apuntó Peter—. Aquí están representados Tristán e Isolda, y allí está Parsifal, el rey del grial.

—Sin duda Luis II era un amante de la tradición medieval germana.

—¿No te parece al menos curioso que nuestro querido rey se mostrara tan interesado en el grial?

—Pero Peter, ¿no estarás pensando que el grial tiene algo que ver con la música de las esferas?

—¿No era el grial un objeto deseado por todo el mundo, al que se le atribuían poderes mágicos?

—Sí, pero que yo sepa nunca se le ha dado una interpretación musical. Al final del s. XIX el grial aún no se había asociado con “Marías Magdalenas” ni descendientes de Cristo. El grial fue la copa que Jesús utilizó en la Última Cena, y por eso tenía tanta importancia. La tradición marca que los caballeros del rey Arturo lo buscaron con ahínco y que Parsifal fue uno de los caballeros de la Tabla Redonda que lo encontró. Yo creo que Luis II quería recrear ese mundo de leyenda, y el grial se coló sin quererlo en su universo imaginario.

—Según la mitología germana, Parsifal fue el primero de una estirpe de reyes encargados de la custodia del grial. ¡Mira! —exclamó Peter, señalando

otra de las paredes—, allí está representado Lohengrin, nuestro “Caballero del Cisne”, el hijo de Parsifal, el personaje mitológico que apareció en un lago a bordo de una barca tirada por un cisne, respondiendo a la llamada de la justicia. ¿No eran los Caballeros de la Tabla Redonda una Hermandad encargada de proteger el grial? Para mí que Luis II se identificaba con Lohengrin porque al igual que él, tenía la responsabilidad de la custodia de un gran secreto.

—¿Quieres decir que la monarquía germana era la cúspide de la Orden del Cisne?

—Es una suposición, pero sigamos el recorrido.

A continuación atravesaron un extraño pasillo decorado como si fuera una gruta excavada en la roca, con las paredes iluminadas por luces de colores.

—¿Qué significa esta rareza en mitad del castillo? No encaja con el resto —protestó Lecygne.

—Por supuesto que sí, este corredor evoca el Monte de Venus de la leyenda de Tannhäuser. Es la confirmación del interés de Luis II por las óperas de Wagner. Todo el castillo podría ser el decorado perfecto para la representación de una mega-ópera de Wagner.

Pasaron al despacho privado del rey, donde algunas vitrinas exponían documentos de la época, como los planos de obra del castillo, que a Luis II le gustaba supervisar en persona. En el piso superior se encontraron una única sala que ocupaba toda la planta.

—Esto parece una sala de conciertos —apuntó Lecygne.

—No te equivocas, se trata de la “sala de los cantores”, la preferida del rey. ¿Me preguntaste antes qué tenía que ver el grial con la música? Pues mira allí. ¿Qué hacen los caballeros del grial en una sala dedicada a la música?

Peter señaló las pinturas de las paredes, cuya temática abordaba de nuevo la saga de Parsifal y el Santo Grial. También el escenario estaba decorado con el bosque sagrado del Castillo del Grial. Al final de la sala, Lohengrin concluía la serie de pinturas.

Peter esperó la respuesta de Lecygne. Estaba satisfecho porque estaba consiguiendo doblegar su espíritu crítico con argumentos. Lo descubrió

embobado mirando al techo. Lo imitó, dirigiendo la mirada hacia lo más alto. Lo que descubrió allí le dejó igual de perplejo.

—¡Pero si son los signos del zodiaco!

El corazón le dio un vuelco. ¡Otro zodiaco, y en la cúpula de un castillo dedicado al cisne! El cerco se estrechaba, pero su confusión mental era tal que no podía pensar ni unificar tantos datos.

Necesitaba más información sobre aquello. Miró a su alrededor y se percató de que la guía que acompañaba a un grupo acababa la visita y se despedía de todos. Era su ocasión.

—Por favor —se le acercó, y usó toda la cortesía que pudo—. ¿Podría aclararme una cuestión? Este zodiaco del techo no casa con la temática religiosa, histórica ni política del resto de dependencias. ¿Sería tan amable de decirme qué representa este techo tan magnífico?

La mujer le miró extrañada y al principio le puso cara de no reconocerle como miembro del grupo. No obstante, era la única pregunta inteligente que le habían hecho en todo el día, así que contestó con voz de académica con todos los datos que disponía:

—Tiene usted razón, el zodiaco es un elemento bastante extraño dentro del conjunto, pero tenemos que pensar que Luis II era un hombre muy ilustrado, y sus conocimientos bebían de muchas fuentes, incluso las paganas, de las que sin duda se nutrió para dedicar el salón más alto del castillo, amén del más grande y más elaborado, a los signos del zodiaco, con todas las connotaciones esotéricas que ello implicaba. El zodiaco es un elemento comúnmente asociado a la brujería y la alquimia, pero en sí no es más que la representación de una parte del cielo.

Peter puso cara de no haber obtenido la respuesta que esperaba. La mujer pareció notarlo y añadió:

—Son muchos los misterios que aún encierra este castillo, y que su creador Luis II se llevó a la tumba. Sin ir más lejos, en una de sus cartas escribió: “Un eterno enigma quiero guardar para mí y para los demás”.

—¿A qué clase de enigma piensa usted que se refería?

—Los estudiosos han tratado de enterrar el misterio de esta frase aludiendo a la supuesta homosexualidad del rey, pero la verdad es que se

desconoce su intención.

—Al igual que Lohengrin, Luis II vivió una situación de amor imposible. La guía puso cara de sopesar el comentario, y añadió:

—Al igual que le ocurre a Lohengrin, no es la tragedia del amor lo que le provoca el fracaso, es la imposibilidad de su realidad. En ese sentido sí que vivieron una realidad paralela.

—¿No hay otras posibles interpretaciones a ese supuesto misterio que no quería revelar el rey? —preguntó Lecygne sin cortarse, uniéndose de repente a la conversación.

—Estoy segura de que si Luis II hubiera querido ocultar algo en estos muros, algún visitante de los 50 millones que han pisado estos aposentos ya lo hubiera descubierto. Él construyó este castillo para sí mismo, cerrándolo a toda visita, pero su deseo se vio frustrado siete semanas después de su muerte, cuando las puertas se abrieron para el disfrute del pueblo germano.

Por megafonía anunciaron que el castillo cerraba sus puertas y que los visitantes debían dirigirse a la salida.

—¿Qué se supone que debemos hacer ahora? —preguntó Lecygne.

—Sígueme —indicó Peter, guiándolo hacia un hermoso mirador desde donde se contemplaba una magnífica vista del valle y del lago. Sin embargo, Peter no andaba interesado en hacer fotografías, sino en esperar allí ocultos hasta que el último grupo de turistas abandonara el salón de los cantores. En el momento que la sala estuvo vacía retrocedieron hacia el otro extremo de la habitación y subieron al escenario reservado a los cantores. A ambos lados se encontraban dos pequeños habitáculos, seguramente salas de espera o vestuarios de los artistas. Por uno de ellos habían entrado a la sala en su recorrido turístico. Peter y Lecygne eligieron el opuesto para esconderse. A oscuras y en silencio, aguardaron hasta que los cansinos pasos del guardia de seguridad completaron la ronda. Por suerte no se preocupó de abrir la puerta que los ocultaba.

—Venga, vamos, ya no hay nadie —susurró Peter.

—Esto es una locura —protestó débilmente Lecygne—. ¿Y si tienen cámaras de seguridad, detectores de presencia o alarmas infrarrojas?

—Bueno, en ese caso diremos que nos hemos perdido.

—Nadie nos creerá.

—Philippe, ¿quieres respuestas o no?

—Sí, pero no quiero acabar en la cárcel.

—No vamos a infringir la ley, sólo vamos a mirar. Vayamos abajo, la guía dijo que el despacho del rey aún guardaba documentos de la época.

—Está bien —cedió Lecygne—. Supongo que ya es demasiado tarde para echarse atrás.

Con sigilo y con la escasa ayuda de las luces de emergencia retrocedieron sobre sus pasos. El despacho del rey estaba atestado de armarios. Abrieron unas cuantas puertas y observaron con desesperación que contenían gran cantidad de documentos.

—¿Qué queremos buscar exactamente? —preguntó Lecygne—. Necesitamos algo en particular, de lo contrario no podremos leer toda esta información en una sola noche. Deberíamos centrarnos en encontrar alguna referencia a la Orden del Cisne, ¿estás de acuerdo?

—No creo que el rey dejara ninguna referencia escrita de la Orden. Para mí lo más interesante es saber por qué elegiría el rey justo este lugar tan inaccesible para su retiro. Busquemos los planos originales de la construcción.

Tras media hora de infructuosa búsqueda a la luz de una linterna, Peter dio con algo.

—¡Mira esto! —exclamó—, son bocetos del castillo.

—No se parece mucho a como quedó finalmente. La idea original era todavía más fantasiosa —replicó Lecygne—. Estos dibujos parecen sacados de un cuento de hadas.

—También están los planos de cada piso del castillo, las conducciones de agua, de electricidad... Vaya, a este castillo no le faltaba ninguna comodidad. Pero no aparece ningún plano por debajo de la planta baja, de los cimientos.

Lecygne puso cara de extrañado.

—¿Qué estás tratando de encontrar exactamente?

—¿Recuerdas lo último que nos dijo la guía? ¿Por qué querría Luis II cerrar al público la gran obra de su vida?

—Supongo que era algo privado y muy personal, delirios de un rey

olvidado por su pueblo.

—¿No sería acaso la mejor manera de ocultar algo? Mira, Philippe, creo que al final, Luis II no pudo evitar dar una pista sobre ese secreto que guardaba celosamente, y lo hizo dando nombre a este castillo: Neuschwanstein, la nueva piedra del cisne. Ya hemos analizado la conexión del “cisne”, pero ¿qué me dices de la palabra “piedra”? El castillo se eleva sobre un risco. ¿Lo coges? ¡El nombre del castillo es la respuesta al lugar del tesoro, justo aquí debajo, en sus entrañas de piedra!

—Creo que eso no son más que juegos de palabras —objetó Lecygne.

—¿En qué año se iniciaron las obras? —preguntó Peter.

—¿A qué viene eso ahora? La construcción del castillo se inició en 1869, ¿por qué lo preguntas?

—Según Vanderbilt, el tesoro rosacruz se trasladó a América compartiendo bodega con el obelisco que él mismo movió desde Alejandría hasta Central Park. Eso fue en 1881. ¿En qué año terminaron las obras?

—Algo después de la muerte de Luis II en 1886. El año del traslado del obelisco coincide con el comienzo de la última fase de construcción del castillo.

—Eso podría indicar que el rey pudo ver amenazado el escondite de su secreto y decidiera sacarlo de aquí.

—Creo que te estás excediendo en tus suposiciones.

De repente, unos pasos resonaron desde la escalera que ascendía desde el piso inferior. El guarda de seguridad debía estar haciendo otra ronda.

—¡Debemos ocultarnos inmediatamente! —urgió Peter—. Y esconde todos esos papeles.

Lecygne metió todos los papeles que tenían encima de la mesa en el primer armario que encontró y se dirigieron aprisa hacia el pasillo disfrazado de gruta.

—¡Aquí no hay nada que nos permita ocultarnos! Tendremos que buscar en otras habitaciones. ¿Qué tal debajo de la cama del rey?

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? —pronunció una voz al otro lado de la pared en perfecto alemán.

Un estridente sonido ondulante llenó el aire al tiempo que una luz

cegadadora iluminó toda la estancia. Había saltado la alarma.

Lecygne y Peter se miraron asustados. Tras un segundo de parálisis, Peter agarró a Lecygne del brazo.

—¡Por aquí! —indicó.

Anexa al pasillo se encontraba una puerta de acceso a un torreón que hacía las veces de escalera adosada a la pared norte. Peter cerró la puerta tras de sí con cuidado de no hacer ruido. Ganarían algún tiempo si no les veían huir por allí. Descendieron los escalones a grandes zancadas, golpeando las paredes al girar. Tres pisos más abajo, la escalera terminaba en otra puerta, que los devolvería de nuevo al interior del castillo.

—Si cruzamos esa puerta estamos perdidos —anunció Lecygne.

Peter se dirigió hacia el lado opuesto y abrió la ventana que daba al exterior. El gélido aire de la noche llenó sus pulmones. Se encaramó al alféizar y miró hacia abajo.

—¿No pensarás tirarte? Prefiero una acusación por intento de robo antes que romperme la cabeza.

—Espera, Philippe —lo calmó Peter con la mente en otra parte—, aquí hay algo extraño. Hemos bajado tres pisos desde el tercer piso. Deberíamos estar en la planta baja, pero me dio la sensación de que cada tramo de escalera no correspondía a una planta exactamente. Mira hacia abajo. ¡Aún queda una planta!

—Recuerdo los planos, hay una incongruencia, esto no estaba reflejado de esta manera.

—Abajo hay una planta oculta —dijo Peter—, debemos descubrir qué esconde.

Acto seguido, desgarró unas cortinas de sus soportes, anudó fuertemente dos de ellas y las ató a un radiador de agua caliente que quedaba oculto tras el último tramo de escalera.

Ante la asustada cara de Lecygne, Peter saltó por la ventana y se deslizó por las cortinas hacia abajo.

Un estrépito de cristales rotos anunció que había conseguido entrar al piso inferior.

—¡Vamos, baja! —incredó Peter desde abajo. Lecygne dudó un segundo,

suspiró, y obedeció.

Se encontraron en un pequeño cubículo cerrado por los cuatro costados excepto por la ventana por la que habían entrado.

—¿Y ahora qué? Estamos bloqueados —se lamentó Lecygne—. A no ser que quieras saltar por la ventana y romperte la crisma definitivamente.

—Creo que eso no será necesario —indicó Peter, al tiempo que se arrodillaba para observar algo en el suelo.

—¡Pero si es una baldosa grabada con un cisne! —exclamó Lecygne.

La baldosa estaba suelta, y Peter la empujó con los pies hacia un lado para poder meter los dedos y hacer palanca por el lado contrario. Gritó de dolor mientras se desollaba las yemas de los dedos en el intento de levantarla. La sirena de alarma seguía sonando y amortiguó su aullido. Al segundo intento consiguió levantarla unos centímetros, justo para que Lecygne pudiera ayudarle con el peso. Por fin la baldosa cedió y el ruido sordo de la piedra al caer penetró en el agujero que acababan de descubrir. El eco que produjo anunció una estancia de grandes proporciones. Peter acercó la linterna al pozo y atisbaron un hueco cilíndrico que se perdía en la oscuridad. Unas agarraderas de hierro ancladas a la pared invitaban a una tenebrosa aventura subterránea.

—¿No querías explorar la roca? Pues venga, tú primero —indicó Lecygne.

Peter puso un pie en el primer peldaño y tras asegurarse de su estabilidad, comenzó el descenso. Lecygne lo siguió. Habían descendido una decena de metros cuando el pie de Peter encontró el suelo.

—Aquí termina el pozo, pero por el sonido diría que se abre un gran espacio. ¿Y no huele como a agua estancada?

El haz de luz no encontró nada que iluminar más que la impenetrable oscuridad.

—Demos un paseo a ver qué encontramos —sugirió Lecygne.

—Tengo una idea mejor.

Peter ya había visto que el castillo había sido construido con una instalación eléctrica común, pero encontrarse un interruptor de la luz allí abajo no dejó de sorprenderle.

Al conmutar la llave, la impresión que se llevaron los dejó atónitos.

Al principio creyeron que se trataba de un almacén de atrezo para alguna representación teatral. Había decorados de madera que aún conservaban la pintura original, algunas sillas apiladas en un rincón, y un pequeño escenario.

—Esto es un pequeño teatro —apuntó Lecygne sin disimular su sorpresa.

—Ven aquí —indicó Peter, arrimándose hasta el borde de lo que parecía un estanque subterráneo. Una pequeña rampa al borde del agua simulaba la orilla—. Es el lago de Lohengrin. Mira los decorados, todos están relacionados con esa leyenda.

De repente, la linterna desprendió un brillo inusitado desde el otro extremo de la sala. Se dirigieron allí rápidamente y descubrieron un trono adornado profusamente con oro y piedras preciosas.

—El trono del rey —dedujo Peter—. Luis II se construyó aquí abajo su pequeño teatro. Casi me lo puedo imaginar aquí sentado castigando a Wagner y a sus músicos a interpretar una y otra vez la ópera Lohengrin.

No pudo evitar el impulso de sentarse en aquella silla, y de compartir por un momento la locura de Luis II. Se acordó de su hermano, a miles de kilómetros de distancia, ajeno a la labor que él estaba desempeñando por devolverle la consciencia. Debía seguir escarbando en la inmadura mente del “rey loco” para encontrar el secreto que él necesitaba tan urgentemente.

Un haz de luz se agitó desde arriba, recorriendo la estancia subterránea en movimientos aleatorios.

—¡Deténganse! —ordenó una voz en alemán.

Los vigilantes habían llegado hasta la baldosa levantada del piso superior. Era cuestión de segundos que les alcanzaran.

Peter dio un salto del trono apoyándose fuertemente en los extremos de los dos brazos de madera. Al presionarlos con tanta violencia, activó un mecanismo que hizo que el trono real girase noventa grados sobre sí mismo, dejando al descubierto una nueva galería tras el respaldo.

—Philippe, rápido, por aquí.

Lecygne le siguió sin perder tiempo en preguntar cómo lo había conseguido. Atravesaron juntos el hueco que se había abierto en la pared. Por detrás del trono, únicamente había una piedra lisa con el grabado de un cisne.

—¿Cómo demonios se volverá a cerrar esto? —preguntó Peter.

—No hay tiempo, tenemos a los guardias encima, ¡corramos! —exclamó Lecygne.

La velocidad de la carrera y la oscuridad casi hizo que se precipitaran al vacío cuando se toparon con un obstáculo con el que se golpearon las piernas. Los dos quedaron con medio cuerpo sobre el oscuro abismo, pero pudieron aferrarse a los barrotes de la barandilla con la que habían tropezado y volver a la verticalidad.

Una vez recompuestos del susto, Peter adivinó dónde se encontraban.

—Es una escalera de caracol, bordea todo este pozo. No hay otra salida, ¡bajemos!

La escalera discurría en espiral, alternando tramos de escalones con rellanos horizontales. Unas pequeñas columnas los separaban de la caída libre hacia las entrañas de la tierra.

De repente, dos detonaciones retumbaron en aquel espacio cerrado. El sonido viajó por el pozo en sucesivos ecos, arriba y abajo, como un pistón dentro de un cilindro, produciendo la parálisis de los miembros de Peter y Lecygne.

—¡Nos están disparando! —gritó Lecygne. Peter respondió echando a correr de nuevo escaleras abajo.

La escalera terminó en un recinto circular cerrado. En ese momento se dieron por muertos, pues no había escapatoria.

—¡El pozo era un callejón sin salida! —se lamentó Lecygne.

Los dos daban vueltas sobre sí mismos con nerviosismo, intentando encontrar cómo salir de allí. En sus cabezas ya se había activado la cuenta atrás de sus vidas, y sus oídos se prepararon para recibir la detonación que precedería a su muerte.

“¡Bang, bang!”. Peter y Lecygne se encogieron en una reacción instintiva. Sin embargo, lo que casi los mató fueron los cuerpos de los guardias de seguridad al estamparse contra el suelo junto a ellos. Yacían desparramados por la superficie, sus cuerpos deformados por el impacto, y en pocos segundos el suelo se convirtió en un viscoso charco de sangre, vísceras y sesos.

—¿Cómo demonios han caído estos dos? —preguntó Peter—. ¿Quiénes fueron los que dispararon?

—No lo sé, pero deberíamos esforzarnos en salir de aquí si no queremos que nos acusen también de homicidio.

Peter registró sin apuro los cuerpos de los vigilantes, ante la mirada de repulsión de Lecygne, en busca de alguna llave, plano, o algo por el estilo.

—Alumbra aquí —gritó Peter.

—¿Adónde?

—Al suelo, justo debajo —señaló Peter, achicando con su bota las secreciones corporales de los guardias—. ¡Es una cruz! ¡No, es una rosa de los vientos con una cruz! ¡El símbolo rosacruz!

—Y señala la salida —apuntó Lecygne, suspirando de alivio—. Por allí.

En el lado de la pared señalado por la rosa de los vientos pudieron ver ahora una puerta de piedra que estaba semiabierta, tal y como había quedado la del trono del rey en la sala superior. Por el lado posterior, esta vez Peter se fijó en que el grabado en la piedra correspondía a la figura de una rosa dentro de una cruz.

Hicieron el intento de bloquear la puerta giratoria pero no lo consiguieron; parecía anclada por algún potente engranaje. Avanzaron con rapidez, y al final del pasadizo intuyeron una pequeña claridad.

—¡Creo que estamos llegando a la salida! —indicó Peter.

Una enorme estancia vacía se materializó frente a ellos, iluminada por una mortecina luz que provenía del techo.

—¡Tenemos que encontrar las ventanas por donde se filtra esa luz! —exclamó Peter—. Quizás sea la única manera de salir de aquí.

Se dirigieron cada uno hacia un extremo, pero cuando Peter llegó a una de las paredes, no pudo creer lo que veían sus ojos. Miró hacia arriba varias veces; miró a los lados. Recorrió la pared hasta la primera esquina, donde volvió a recorrer con la vista la arista que partía desde ese ángulo y ascendía de manera inclinada hacia el centro de la estancia.

—Una pirámide. ¡Santo Dios! ¡Estamos dentro de una pirámide enterrada!

—¡Aquí, en el centro! —llamó Lecygne—. Mira lo que he encontrado.

Peter llegó corriendo desde la esquina.

—¡Pero si es otro zodiaco! —exclamó al llegar.

Sobre una plancha metálica circular de varios metros de diámetro estaba representado el firmamento nocturno, dividido en doce sectores, cada uno representado por su signo del zodiaco. En el centro estaban grabadas las letras C. S.

—Christian Schwan —dijo Peter, arrodillándose para tocar la placa con sus propios dedos—, al fin te encuentro.

—La tumba oculta del maestro en forma de pirámide —indicó Lecygne, mirando en todas direcciones—, el escondite de sus tesoros. La mítica guarida de los secretos rosacruces existía de verdad.

Peter empujó la lámina metálica y la desplazó sin problemas, dejando al descubierto un hueco vacío.

—Incluso la tumba ha sido profanada. Hemos venido hasta aquí para nada —objetó Peter—. Supongo que La Academia lo custodia ahora todo bajo el obelisco de Manhattan.

—Tendremos que volvernos con las manos vacías —dijo Lecygne.

Antes de darse por vencido, Peter echó una última mirada alrededor.

—¿Qué es aquello?

Antes de que Lecygne pudiera preguntar, Peter ya se encontraba en la pared contraria a la entrada observando fijamente unas ruedas de piedra con cifras grabadas que sobresalían hacia fuera.

—Parece la combinación de seguridad de una samsonite —indicó Lecygne.

—Es extraño, ¿no te parece? Se lo han llevado todo pero esto lo han dejado aquí. ¿Por qué?

—No hay nada que llevarse, estas piedras giratorias no deben de tener mucho valor.

—Pero tienen que servir para guardar alguna cosa —insistió Peter, mientras tentaba con los dedos la pared alrededor—. ¡Aquí hay algo!

—¿Qué has encontrado?

Peter había metido los dedos en una hendidura casi imperceptible en el lado izquierdo de las cuatro ruedas, y la continuó hasta recorrerlas por encima

y terminar en el suelo del lado derecho.

—¡Es una puerta! —exclamó, sin poder evitar dar un saltito de alegría—
¡Y yo conozco la combinación que la abre!

En ese instante escuchó un ruido atropellado a su espalda. Un tropel de personas apareció por la entrada de la pirámide. Su amigo Stephen Barrow presidía una comitiva compuesta por la cúpula de La Academia al completo.

—Permitid que nos unamos a la fiesta —dijo con naturalidad.

Capítulo 49

La Isla de Pascua apareció en el horizonte tras la ventanilla del avión como una pequeña barca a la deriva en mitad de un océano sin orillas. Al acercarse un poco más, Alicia y Miko pudieron contemplar diferentes cráteres que atestiguaban su origen volcánico, si bien para ellos aquel pedazo de tierra inhóspita azotada por el viento podría tratarse del capricho de un sabio moldeador del mundo para ocultar un valioso tesoro.

Llegaban allí con un objetivo claramente marcado por los antecedentes africano, asiático y ártico: encontrar un pueblo primitivo que conociera “Square Circle”, superar la prueba y volver a casa con un nuevo instrumento.

Alicia abrió su teléfono móvil y releyó el mensaje que había recibido justo antes de partir:

“Encuentra mi canción. Bibrau”.

Cerró los ojos y se reconfortó con la imagen de la niña. En sus penetrantes ojos brillaba la aceptación de su destino y la responsabilidad de llevar tras de sí a su familia, sus antepasados y su pueblo. Prefirió no pensar que era prácticamente imposible que hubiera sido la pequeña Inuit la que tomara el teléfono móvil y escribiera ese mensaje en un idioma desconocido para ella; seguramente Nicolás o Rui tenían mucho que ver con el origen de ese mensaje. Sabía que se engañaba a sí misma, pero prefirió tomarlo como una prueba de que todos estaban haciendo lo correcto; de que aunque desconocieran cuánto iba a durar aquello, los peligros que aún quedaban por afrontar y cuál era el objetivo final, no podían, ni debían, abandonar la misión

que había caído en sus manos.

Alicia no tenía dudas de que Bibrau estaría bien cuidada con Rui, el socio de Miko en el café, que si bien estaba acostumbrado a cuidar de Nico, aceptó la responsabilidad añadida de Bibrau sin quejarse. Alicia pensó que la amistad que lo unía con Miko debía de estar cimentada bajo sólidos pilares. El problema era ¿cuánto tiempo más? ¿Cuántas pruebas quedaban por pasar?

Ansiaba que en aquel pedazo de tierra alejado tres mil kilómetros de cualquier otro lugar encontraran al fin la pieza definitiva que desvelara el misterio de la caja de música.

Antes de partir, Rui les comentó el gran número de llamadas telefónicas que estaba recibiendo últimamente en referencia a “Square Circle”. Revistas musicales, programas de radio y televisión, discográficas independientes, todos querían saber si Miko Tarvuk había vuelto a hacer música de verdad. La canción estaba teniendo mucho éxito, propagándose rápidamente gracias a las redes sociales en internet. Aunque el servidor que alojaba la web de Miko estaba caído por tiempo indefinido, el fichero mp3 ya había dado el salto a los programas de archivos compartidos y a las páginas de almacenamiento masivo, por lo que cualquier usuario de internet podía encontrarlo fácilmente a un golpe de ratón.

Tras aterrizar, se dirigieron, con el cuerpo machacado después de veinte horas de viaje, hacia el hotel ubicado en la única población de la isla, Hanga Roa, una pequeña aglomeración de tiendas y restaurantes dedicados a un incipiente turismo. No despertaron hasta el mediodía siguiente, cuando desayunaron y, con renovadas energías, se dirigieron al Instituto de Estudios Antiguos. David les había buscado un contacto inmejorable que les presentaría la isla y les enseñaría todos sus misterios. Se trataba de Oscar Edmundo Mahatu, el director del centro. Cuando éste les recibió, vieron en él un claro exponente de la mezcla de la antigua raza Rapanui con el hombre blanco.

—*Ionara* —saludó en el dialecto isleño—. Bienvenidos a la isla habitada más alejada de tierra firme: *Rapa Nui*, como la llamaban los nativos, también conocida como *Te Pito o Te Henua*, “El ombligo del mundo”.

—*Ionara* —repitieron los visitantes.

—Tengo aquí fuera el coche. Para que se hagan una idea de la isla, es mejor que la vean con sus propios ojos. Estoy cansado de recibir estudios de grandes investigadores que no han puesto un pie aquí. Esta isla no se “explica”, esta isla se “siente”.

A Alicia y a Miko les pareció una buena idea. Subieron al todoterreno, Edmundo arrancó el motor y tomó rápidamente la carretera que salía del pueblo hacia el interior de la isla.

—David me habló de que su labor investigadora gira en torno a la música autóctona —comentó Edmundo.

—Así es. Se ha escrito mucho sobre la civilización de la Isla de Pascua, pero no se ha grabado ningún sonido. Nuestro propósito es redescubrir la música que tocaban los antiguos habitantes de la isla.

Esa era la justificación que habían pensado para que sus preguntas pasaran desapercibidas a su llegada a Pascua. Miko y Alicia entendían que de nada les valdría aterrizar y ponerse a tocar “Square Circle” por las esquinas esperando la reacción de los habitantes.

—La tradición musical de los Rapanui se esfumó junto con todos sus otros secretos —objetó Edmundo—. Me temo que en la actualidad, las únicas manifestaciones de música y danza de la isla son importadas de la Polinesia.

El coche atravesó en cuestión de minutos la pequeña isla de sur a norte. Llegaron a una pequeña playa, donde aparcaron el coche. Al salir contemplaron una hilera de grandes estatuas de medio cuerpo que daban la espalda al mar elevadas sobre una plataforma de piedra. Alicia y Miko reconocieron los famosos mohais por los que la isla era tan famosa.

—Aquí empezó todo —comentó Edmundo—. La tradición dice que siete exploradores partieron del reino de *Hiba*. Lo hicieron, según dicen, “en busca del Sol”, buscando una nueva tierra que habitar ya que la suya se estaba hundiendo. Llegaron a esta playa, *Anakena*, y se quedaron a vivir aquí.

—¿Dónde se supone que se ubicaba ese reino de Hiba? —preguntó Miko.

—Su origen es el primer misterio que guarda esta civilización. Aunque su extraña escritura contiene similitudes con las civilizaciones del Valle del Indo, nuestros rasgos genéticos certifican una procedencia polinésica.

—¿Qué quiere decir que salieron “en busca del Sol”? —preguntó Miko,

sin poder evitar pensar en “La Danza del Sol”.

—Supongo que partieron en dirección a Oriente, que es por donde sale el Sol —respondió Edmundo con tono académico—. Volvamos al coche. Aún nos queda mucho que ver en esta isla.

La estrecha ruta asfaltada recorría, hacia el este, toda la costa, salpicada de diferentes *ahu*, las plataformas lineales sobre las que se erguían majestuosos los enigmáticos mohais. Luego cruzaron hacia el sur bordeando la falda de un volcán y aparecieron de nuevo en la costa.

Alicia y Miko se quedaron de piedra. Quince enormes mohais se elevaban sobre un ahu de doscientos metros de largo.

—¡Para, para! —urgió Alicia—. Tenemos que ver esto.

El chófer obedeció con gusto y los visitantes comenzaron un embelesado paseo junto a la fila de estatuas.

Alicia se plantó delante de uno de esos colosos de diez metros de altura. Miró de tú a tú a los desafiantes ojos abiertos del monolito, y sintió que su poderosa mirada le transmitía una energía que fluía desde la misma tierra bajo sus pies.

Miko y Alicia acribillaron a preguntas al profesor. ¿Qué tipo de euforia colectiva llevó a los antiguos pobladores a construir esas impresionante esculturas, únicas en el mundo, y sembrar la isla de ellas? ¿A quiénes representaban esos misteriosos rostros? ¿Cómo esculpir las sin conocer el metal, trasladarlas varios kilómetros por la isla hasta su altar definitivo, y levantarlas sin dañarlas?

—Antepasados —contestó Edmundo tras respirar profundamente ante la avalancha de preguntas—, eso es lo que representan los mohais. Los Rapanui construyeron estas figuras en honor a sus antepasados muertos, para que así los ayudaran y protegieran desde el más allá.

Miko enarcó una ceja en señal de incredulidad.

—Eso lo han hecho todas las civilizaciones del mundo, pero ninguna ha desarrollado esta técnica tan peculiar.

—Tiene razón, la concepción mitológica del pueblo Rapanui no es muy original, todos los pueblos del mundo han creído más o menos en teorías parecidas. De hecho el mundo occidental se basa en el pensamiento clásico

griego, y éste a su vez bebió del orfismo antes de tomar forma definitiva.

Alicia se acordó del programa de ordenador de David.

—Orfeo era el personaje mitológico que usaba la música para controlar la voluntad de los demás, ¿verdad?

—Así es. Sabrán que la filosofía griega bebió en sus orígenes de los mitos. Se creía que el ser humano estaba formado por dos partes: la material y la inmaterial. Por un lado el cuerpo, corrupto y maligno; por otra, el alma, bondadosa y pura. El alma la heredamos del hijo de Zeus, Dionisos, y es nuestra parte “divina”. El cuerpo era la herencia que los humanos recibimos de los titanes, quienesquiera que fuesen.

—¿Qué relación puede establecerse entre el concepto que tenían los griegos sobre la creación del hombre y los mohais de Pascua? —preguntó Alicia, que tampoco era capaz de establecer la conexión.

—El orfismo practicaba ritos de purificación del alma, pero una vida no era suficiente, así que creían en sucesivas reencarnaciones en distintos cuerpos para alcanzar la pureza de espíritu. Las figuras de piedra de la Isla de Pascua, según la tradición, eran levantadas cada vez que moría el rey de la tribu, para que su fuerza volviera a su pueblo. ¿No es esa una clase de reencarnación?

Alicia y Miko se miraron y compartieron una mueca de incredulidad ante la inverosímil teoría del científico. Él se dio cuenta y prosiguió con su explicación.

—La cultura Rapanui no tiene sentido si no se estudia desde la óptica del aislamiento. Este pueblo debió de pensar que estaba solo en el mundo, que nunca entablaría contacto con ninguna otra tribu. Imaginaos: la única tierra que conocían fuera de su isla estaba colgada en el cielo nocturno, solitaria e inalcanzable: ¡la Luna! Por eso, la deificación de sus antepasados cobró una importancia vital. Con tan pocos hombres en la tribu, la pérdida del rey se convertiría en una verdadera tragedia y una amenaza para su supervivencia. La manera de recuperar el alma, los conocimientos y la protección del difunto rey era colocarle a él mismo mirando al pueblo. Por eso eligieron el perímetro de la isla para colocar los mohais y los orientaron mirando hacia el interior.

—¿Formaban una especie de escudo energético o algo así? —postuló

Miko.

—Así es, creían que sobre sus reyes recaía una poderosa fuerza invisible, dotándolos del poder de atraer los bancos de peces, de favorecer las cosechas, e incluso de curar con sus manos. Lo llamaban “mana”, y con la erección de los mohais pretendían confinarlo en la isla para que no desapareciera con la muerte de sus líderes.

—Ese “mana”, ¿en qué consistía? He leído que pudiera ser el responsable del traslado de los mohais desde la cantera hasta los altares ceremoniales — dijo Miko, recordando un reportaje de televisión.

—Os dejaré que imaginéis vuestras propias teorías, ya que no existe consenso entre la comunidad investigadora. Nadie se explica cómo pudieron trasladar esos gigantes de piedra desde la cantera donde los construían hasta puntos en la isla distantes hasta diez kilómetros, algunos en lugares de difícil acceso como aislados acantilados. Todos los intentos de imitar esa operación con los medios humanos y materiales con los que disponían en ese momento han sido un enorme fracaso o han dejado huellas visibles en los mohais.

—¿Cuál es su opinión?

—Me gustaría creer que los sacerdotes entrenados eran capaces de hacerlos levitar, como dice la leyenda, pero creo que la solución debe de ser mucho más sencilla. Vamos, terminaremos la visita subiendo al volcán Rano Raraku, la cantera de los mohais.

La elevación se hallaba muy cerca, y con el todoterreno pudieron llegar hasta la cima del cráter. Desde allí, contemplaron una maravillosa vista de toda la isla, dominada por la laguna que ocupaba el interior del cráter. Tanto en las laderas interiores como exteriores se encontraban desperdigados mohais de todos los tamaños en diferentes estados de finalización. Alicia cerró los ojos y le pareció que, susurrados por el viento, venían a sus oídos los repetidos golpes de los esforzados trabajadores que excavaban el terreno con gran delicadeza para extraer la figura del mohai en perfecto estado. Abrió los ojos y la realidad le hizo olvidar su visión. Los restos de esculturas yacían tumbados en todas las posiciones, abandonados por alguna extraña razón, por lo que el lugar se asemejaba más a un escalofriante cementerio de dioses inacabados.

—Éste es el lugar de origen de las colosales figuras —explicó Edmundo.

—Debe de ser uno de los pocos misterios sobre los que no se ciernen extravagantes teorías —indicó Miko.

—En el instituto que dirijo tratamos de convertir especulaciones y fantasías en hechos probados.

—¿Y cómo cree usted que desapareció la cultura Rapanui? —inquirió Miko—. Tengo entendido que cuando llegaron los holandeses, apenas quedaban unos pocos habitantes desperdigados por la isla.

—Fue un apocalipsis natural auto infligido —respondió el doctor con suficiencia, y ante la cara de incomprensión de sus visitantes, prosiguió—: Esta diminuta isla era como un universo en pequeñísima escala: una reducida población en una limitada superficie; recursos naturales en abundancia, y un clima propicio para la supervivencia. ¿Pero qué ocurrió? Los habitantes de ese mundo acabaron con la madera, y sin árboles no pudieron fabricar más canoas, por lo que la pesca se acabó. Ante la escasez de recursos, empezaron las peleas por el territorio y las batallas fratricidas.

—Es la misma historia cíclica de la humanidad —agregó Miko.

Edmundo y Alicia asintieron afirmativamente con un leve movimiento de cabeza.

—Sin embargo, ese capítulo aún está sin aclarar —indicó el investigador —, y creo que nunca llegaremos a despejar todos los misterios que se ciernen sobre la isla. A no ser, claro está, que alguien descifrara la escritura rongo-rongo.

—¿Se refiere a esas tablillas con la extraña escritura Rapanui? —preguntó Miko.

—Efectivamente, estamos haciendo todo lo posible para la repatriación de las tablillas, pero es muy difícil negociar con los grandes museos de todo el mundo. Y es una pena, porque allí se mueren en el olvido.

Subieron de nuevo al coche y Edmundo les llevó a cenar a un pequeño restaurante para la gente local, donde, entre platos de pescado y una inigualable tortuga asada, siguieron hablando mucho sobre mohais, sobre la escritura rongo-rongo, sobre el origen desconocido de los Rapanui y, lamentablemente, muy poco sobre música. Al terminar, Edmundo los dejó en

la puerta del hotel en Hanga Roa. La pobre iluminación pública no lograba contrarrestar el apagado natural del atardecer, y los colores del ambiente viraron rápidamente a los de una fotografía envejecida. Las calles ya estaban prácticamente desiertas y el rumor del mar sustituyó a los sonidos de la civilización, poniendo de manifiesto que el hombre sólo ocupaba de prestado aquel recóndito lugar. Alicia y Miko no pudieron repeler la sensación de tristeza y olvido que lo inundó todo en un instante.

Cuando iban a estrecharse las manos para despedirse, el sonido de su móvil reclamó al profesor.

—Disculpen —dijo azorado.

Miko y Alicia no podían creer lo que llegaba a sus oídos. Edmundo tardaba en encontrar su teléfono, introduciendo torpemente las manos en los bolsillos del pantalón y chaqueta. La melodía polifónica llegaba claramente a sus oídos. Alicia pensó que aquello era una broma. Miko, aturdido, reconoció sin ningún género de duda las notas que emitía el teléfono.

¡Era “Square Circle”! Por fin aparecía en la Isla de Pascua, aunque fuera en el lugar más insospechado que hubieran podido imaginar.

Trataron de disimular su sorpresa y terminaron de despedirse sin comentar nada al respecto.

—Más vale que nos demos prisa —indicó Miko con seriedad.

—¿Prisa para qué? —preguntó Alicia—. No tenemos ni idea de por dónde seguir... La realidad es tajante: en Pascua no existe ningún pueblo primitivo, y la única música relacionada con tu canción sólo aparece en los teléfonos móviles.

—A eso me refiero, cuanto más tiempo dejemos correr, más difícil va a ser discernir si se trata de una versión original o es culpa de la propagación de mi “Square Circle”. Si ya ha llegado hasta la Isla de Pascua, significa que puede haber alcanzado cualquier parte del planeta.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Alicia encogiéndose de hombros.

Miko maldijo interiormente el día del descubrimiento de la isla de Pascua por el mundo occidental. Aquel fue el principio del fin para los Rapanui. Después de tantos años aislados, los imaginó boquiabiertos ante el desembarco de los holandeses el día de pascua de 1722, e ignorando la

tragedia que se les venía encima. El lugar estaba estratégicamente situado para abastecer las largas travesías del Pacífico, y así fue como los europeos introdujeron sus enfermedades en la isla. Pero no les fue mejor a los lugareños que sobrevivieron a las desconocidas fiebres, que fueron esclavizados y trasladados al Perú para trabajar en las explotaciones agrícolas. Se completaba así el exterminio total de lo poco que quedaba ya de la civilización Rapanui y, en lo que a ellos concernía, se silenciaban para siempre los sonidos que necesitaban para completar el juego.

—Salgamos de aquí, necesito respirar —sugirió Miko.

Se subieron al coche que habían alquilado y, en silencio, Miko enfiló la calle principal de Hanga Roa que salía hacia el norte y tomó un desvío a la izquierda que indicaba una ruta turística costera.

El camino discurría sobre lo alto de un acantilado en el borde occidental de la isla. A su izquierda, el Sol acababa de desaparecer bajo la línea del horizonte, pero un resplandor grisáceo se proyectaba aún sobre las laderas escarpadas de la costa. La visibilidad sobre la estrecha carretera se volvió cada vez más reducida.

—¿Qué hora será en Lisboa? —preguntó Alicia, tratando de desviar la atención del caos mental al que todo el asunto de “Square Circle” les estaba abocando.

—Aún no ha amanecido, los niños estarán durmiendo —dijo Miko, adivinando los pensamientos de Alicia. Él también estaba echando de menos a su hijo y se preguntaba cómo lo estaría llevando Bibrau.

Los focos del coche alumbraron una bifurcación que indicaba la “Cueva de las dos Ventanas” hacia la izquierda, pero Miko siguió de frente, conduciendo mecánicamente sin rumbo fijo.

La falta de pistas lo estaba consumiendo. Parecía que Pascua significaba el punto final al misterio de la caja de música. No sabía cómo desbloquear la situación. Sin indígenas, sin pruebas que pasar, ¿dónde encontrarían el instrumento que necesitaban?

El camino se adentró ligeramente al interior, dejando atrás la costa, ahora ya engullida completamente por la noche.

“Como si este lugar necesitara de la oscuridad para esconderse...”, pensó

Miko.

—¡Para aquí! —exhortó Alicia de repente. Miko pareció despertar de sus cavilaciones y se sorprendió al descubrir frente a ellos una majestuosa composición de mohais—. Demos un paseo.

—Está bien —rezongó Miko, que introdujo el coche en la ladera de la montaña y apagó el motor.

Como por puro magnetismo, ambos se dirigieron hipnotizados hacia la fila de mohais que formaban el ahu Akivi. Siete figuras de rostro imperturbable miraban con altivez hacia el insondable y tenebroso horizonte.

En silencio, los contemplaron de cerca. Los tocaron, pasando delicadamente las yemas de sus dedos por la rugosa roca volcánica. Se separaron, cada uno absorto en sus propios pensamientos, y caminaron despacio entre las estatuas intentando captar ese “mana” que, decían, emanaba de las colosales figuras.

Tan hipnotizados estaban por el hechizo de las misteriosas figuras que no se percataron de la presencia del otro, y ambos tropezaron cara a cara detrás del mohai central. Sus rostros quedaron a pocos centímetros enlazados por un hilo invisible. De repente, sus dudas sobre lo que estaban haciendo allí quedaron resueltas. Aunque nada pareciera tener sentido, *ellos* sí que tenían sentido. Dejaron atrás todas las conjeturas sobre leyendas, civilizaciones perdidas y misteriosas estatuas, y se centraron en la perfecta realidad compuesta por ellos dos, la apacible soledad de una isla perdida en el océano y el encanto de un lugar mágico bañado por una noche cálida y húmeda.

Miko clavó la mirada en Alicia. La ligera brisa alborotaba discretamente algunos mechones de su pelo y la luna bañaba su piel imprimiéndole un barniz de plata reluciente. Tan quieta, y con esa mirada tan penetrante, bondadosa y orgullosa al mismo tiempo, parecía esculpida por las fuerzas de la naturaleza, conjuradas aquella noche para arrebatarse a él su voluntad y su corazón.

Alicia recordó el instante en que él la recogió del suelo frente a la puerta de su local. Entonces ya supo que aquel momento llegaría, aunque ni por asomo se imaginaba el viaje que tendría que realizar hasta llegar a él. Con Miko había experimentado una irresistible combinación de atracción,

confianza y protección. ¿No era eso lo que se repetía a sí misma sobre la pareja ideal? Alguien que la hiciera reír todos los días y que la estremeciera todas las noches. Ya había confirmado las primeras cualidades, y se moría de deseo por confirmar la última.

Sus ojos se cerraron y sus labios se atrajeron lentamente, apurando el momento.

Una vez que se tocaron, sin embargo, ambos se dejaron llevar por la frenética búsqueda de sus lenguas insaciables. Miko la atrajo fuertemente hacia él, sintiendo sus ardientes pechos agitarse a un ritmo entrecortado. La boca, ocupada en saciar otras necesidades, desobedecía a los pulmones en sus demandas de oxígeno. La lucha de suspiros y quejidos se convirtió en una batalla campal de gemidos, gritos y jadeos. Miko le mordió el labio apasionadamente. Ella dejó escapar un leve quejido que no hizo más que encender aún más el ansia de Miko, que subió su lengua por el mentón hasta encontrar al lóbulo de su oreja. Ella se zafó y arremetió contra su cuello, estrujándolo entre sus labios, como si quisiera sorber la esencia del hombre que se había cruzado en su vida para cambiarla para siempre. Fue moviendo su lengua arriba y abajo por su cuello, succionando como si le fuera la vida en ello, y arrancándole a Miko sonidos que nunca aparecerían en ninguna de sus composiciones. Tuvo que parar para respirar un poco, momento que él aprovechó para agarrarle suavemente la cabeza con las dos manos y desplazarla hacia atrás, besándola en su barbilla afilada, en sus sonrojados pómulos y en sus ojos, cerrados en ese momento por si al abrirlos desaparecía el hechizo.

Ella se apretó aún más contra él, como si buscara atravesar la barrera de lo físico y unirse a él con toda su alma. Ya no había marcha atrás. Miko la levantó con fuerza y ella formó un candado con sus piernas alrededor de su cintura. Sin dejar de besarse, él bajó la rampa de detrás del ahu buscando más intimidad. Allí, al pie del ahu Akivi, a espaldas de los siete mohais que la tradición identificaba con los siete exploradores del mítico reino de Hiba, hicieron el amor por primera vez.

Los dos sabían que aquello no era sólo una válvula de escape a la tensión acumulada. Desde ese momento, fueron conscientes de que nada les

separaría, que estarían juntos para siempre.

Sus cuerpos todavía jadeantes descansaron sobre la hierba. Como ninguno de los dos quería romper ese momento tan dulce con palabras inadecuadas, permanecieron en silencio, solamente mirándose.

Miko contempló embelesado las mejillas de Alicia aún encendidas. Todavía sentía su tersa y cálida piel bajo sus dedos, y el eco de su apasionado empuje aún recorría su espina dorsal. Deseaba atrapar esa sensación y recordarla siempre en su interior, como una marea oscilante y eterna. Como una ola del mar, desde bajamar hasta pleamar, y vuelta a empezar.

Alicia le correspondió con un tierno beso.

—¿Sabes? —le susurró al oído—. Mientras nos besábamos, ese pegajoso estribillo de “Square Circle” no se me iba de la cabeza.

Miko permanecía tumbado boca arriba, mirando el cielo a través de los mohais.

—Al fin y al cabo, eso es lo que nos ha traído hasta aquí, ¿no es cierto?

Alicia se puso en pié de un salto y se interpuso en su campo de visión. La sonrisa traviesa de su cara reavivó el deseo de Miko.

—¿Cómo es esa canción? —preguntó Alicia, rascándose la cabeza con actitud divertida, y empezó a tararearlo—. Na... na... ninonanii... noo...

—Venga, Alicia —protestó Miko jocosamente—, ¡te estás cargando mi canción!

—¿Cómo? —respondió Alicia falsamente airada—. ¿Escuchas tu canción por todas partes y no me dejas cantarla a mí? —y volvió a cantar, esta vez más alto y empeorando la entonación a propósito—. Na... na... ninonanii... noo...

—¡No, por Dios, no puedo soportarlo! ¡Cállate de una vez!

Miko se tapó los oídos y se revolcó por el suelo para interpretar un fingido tormento. Alicia jugaba a ser una directora de orquesta, elevando la mano al ritmo del compás que conducía con voz de ultratumba.

—Na... na... ninonanii... noo... ¡Vamos, todos juntos, cantemos! —exclamó, dirigiéndose a un público invisible, y rotando como una peonza—. Na... na... ninonanii... noo...

Miko reía a carcajadas, pero de repente vio algo que lo paralizó. Desde el

suelo, se quedó mirando a Alicia fijamente, que seguía trazando líneas imaginarias en el aire. Al fijarse en la expresión escrutadora de Miko, la abogada pensó que el juego se había terminado.

—No, por favor, sigue haciendo eso.

—Pero, pensé que te estaba molestando...

—Por favor, Alicia, sigue cantando, estoy comprobando una cosa.

Alicia siguió tarareando el estribillo de “Square Circle”, esta vez con su voz natural, y marcando con detalle las notas y el tiempo.

—Quiero que muevas las manos como hacías antes, indicando las notas.

Alicia conocía de sobra, desde sus primeras clases de canto, aquel juego de señalar cada nota musical con la altura de la mano. Do abajo, cerca de la cintura; Re un poco más arriba, y así consecutivamente hasta Si. El Do de la escala siguiente marcaba la posición más elevada de la mano, con el brazo totalmente estirado.

Su afinado oído musical le permitía descubrir la identidad de las notas con sólo oírlas. Y “Square Circle” la había oído un millón de veces. Repitió, una y otra vez, las notas representativas de la canción, moviendo la mano de arriba abajo y de abajo arriba según la nota que entonaba, hasta que el movimiento se hizo fluido.

Entonces vio esa mirada en Miko. Sonreía, disfrutaba. Se la comía con la mirada. Mostraba la expresión misma del triunfo.

Se levantó del suelo y se le acercó. La giró con delicadeza y la abrazó por detrás a la altura de la cintura, permitiéndole continuar con el grácil movimiento vertical de su mano.

Quedaron mirando hacia las gigantescas figuras de piedra. Miko deslizó su mano con dulzura sobre el brazo de Alicia, fundiéndose en una sola batuta. Ahora eran los dos los que ejecutaban el movimiento musical. Enganchando el principio del estribillo, Miko desplazó la mano hacia la derecha, apuntando al primer mohai. Con la segunda nota, deslizó su posición para apuntar al segundo mohai, y así consecutivamente hasta terminar a la izquierda del todo con el último mohai del ahu.

Alicia comprendió al instante la causa de la exultante expresión de Miko.

La altura de sus manos coincidía con la altura de cada estatua. Para su

tremenda sorpresa, la composición de los siete mohais del ahu Akivi estaba interpretando, aunque en un silencio inmerso en la noche de los tiempos, las siete notas del estribillo de “Square Circle”.

Capítulo 50

¿Qué significa todo esto? —preguntó Peter, cogido completamente por sorpresa.

Junto a Stephen, apareció el mastodonte de mirada rabiosa al que llamaban “el dóberman”. Recordó su nombre: Jim Jackson, jefe de Operaciones.

Stephen se adelantó ligeramente al grupo, acompañado del matón. Llevaba una pistola en la mano y por la tensión de sus músculos, a Peter le pareció que estaba deseando usarla.

—Querido Peter —dijo Stephen con serenidad—, tu pasión te ha llevado muy lejos. Eras un crío cuando tu padre empezó a instruirte en los preceptos pitagóricos, y mírate ahora, has descubierto la auténtica tumba de nuestro fundador Christian Rosencreuzt.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué nos seguáis?

—Debíamos vigilarte por tu propio bien. El pergamino de Pitágoras ya destrozó la mente de uno de los más ilustres miembros de La Academia, tu padre, y por el bien de la institución no podíamos permitir que a ti te ocurriera lo mismo.

—¡Pero seréis idiotas! El pergamino de Pitágoras es justo lo que La Academia necesita para imponer su pensamiento sobre toda la humanidad. Estoy a un paso de conseguir la clave para usar la música de las esferas con el fin más glorioso que Pitágoras pudo nunca imaginar: cambiar la manera de pensar de la raza humana, modificar las variables del cerebro para instaurar

un mundo de paz, armonía y desarrollo espiritual. ¿No es eso lo que propugna La Academia?

—Mira, Peter, una cosa es influir en las tendencias sociales a través de la música, pero otra bien distinta es acabar con la humanidad tal y como la conocemos hoy. No podemos jugar a ser Dios.

—¡Pero eso es lo que quería Pitágoras, y nosotros somos los descendientes de su comunidad! ¡Es nuestro deber llevar hasta las últimas consecuencias el deseo de nuestro maestro!

—Definitivamente, tu idea de cambiar las mentes de todo el mundo es una barbaridad que no podemos aprobar. Debemos ponernos del lado de la razón y dejar a la humanidad tal y como está.

—¡Querrás decir defender vuestro imperio comercial y vuestras vidas de lujo! ¡No sois más que unos vendidos que os arrastráis bajo el poder del dinero! ¡Violáis el nombre de Pitágoras al llamaros a vosotros mismos sus discípulos!

Peter notó que le flaqueaban las fuerzas. Sentía toda su vida traicionada. Su padre le había instruido en la ciencia y filosofía clásicas, sin duda influido por su relación con La Academia. Se había dejado la vida tratando de encontrar sentido a un código de un pergamino. Él mismo había empezado a trabajar en neuromusicología por influjo de La Academia cuando aún no sabía que existía. Y ahora que les estaba ofreciendo la culminación al motivo de su existencia, ¡querían olvidarse del tema! ¿Qué harían cuando encontraran la clave bajo la puerta secreta de Christian Rosencreuzt? ¿La destruirían? ¡No podía permitirlo, la vida de William estaba en juego!

—Nos equivocamos al pensar que cambiando a tu padre por ti nos serías más útil, pero nunca imaginamos que te volverías más loco que él.

Peter enfureció al instante. El fallo de la avioneta no había sido accidental. La Academia había matado a su padre.

Sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre su amigo Stephen pero, cuando estaba a punto de alcanzarlo, un golpe lo detuvo en seco y lo tiró al suelo. Al levantarse con la cabeza dolorida, Jim Jackson le apuntaba con el arma a dos palmos de su sien.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —exclamó Lecygne, asustado.

—Os lo diremos después de que pongáis en las ruedas la combinación correcta. Seguro que si habéis llegado hasta aquí, también habréis descubierto la manera de entrar en la cámara secreta de nuestro Padre Rosencreuzt.

—No tengo la más remota idea de cómo hacer eso —aseguró Peter con dificultad. La cabeza le retumbaba aún por el porrazo.

—Ni yo, existen miles de combinaciones —confirmó Lecygne.

—No nos la juegues, Peter —intervino Jim Jackson, que parecía impacientarse—. Nos hemos deshecho de todos los guardias de seguridad y hemos llamado a la policía para cancelar la alarma. No intentes ganar tiempo, o nos obligarás a usar la fuerza —aseguró, mientras giraba el brazo que sostenía la pistola y posaba el cañón entre los ojos de Lecygne.

—Ábrela, o tu amigo es hombre muerto.

Peter escuchó a su conciencia animándolo a que pusiera de una vez la combinación secreta. Era tan fácil... ¿Cómo esos idiotas no lo habían pensado antes? El pergamino de Pitágoras lo explicaba perfectamente: dos cero uno ocho. ¿Qué podían significar si no esos números? Todo encajaba a la perfección. El Carbono-14 había datado la vitela en la época del aventurero germano. Él sin duda había escrito de su puño y letra la combinación para abrir la cámara.

—Esto me supera, de verdad, no sé qué hay que hacer —mintió Peter.

Jim cargó el percutor. Lecygne temblaba y sollozaba. Peter pensó que era un farol.

—Está bien, tú lo has querido.

Fue apenas un “clic”, un ruido apenas perceptible debido al silenciador del arma. La cabeza de Lecygne rebotó contra su hombro y cuando volvió a su posición original sus ojos ya no tenían vida. Su cuerpo se desmoronó al suelo como un saco de arena. La sangre comenzó a fluir a borbotones desde un agujero del cráneo. Jim se dirigió encolerizado hacia Peter y le soltó un fuerte golpe con la culata en el mentón que le hizo rodar por el suelo de dolor.

Desde allí asistió con desesperación al intento de apertura a balazos por parte de Jim de la cerradura del escondite mejor guardado de la historia.

Peter pensó que había llegado el momento de actuar, antes de que se

sucedieran los acontecimientos en su contra. O usaba su último cartucho o era hombre muerto.

Lo llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta. No era más que un reproductor de música portátil conectado a un altavoz de mayor potencia y dotado de una pequeña batería extra. Todo cabía en la palma de su mano. Cuando lo activara, sólo tendría unos segundos para escapar entre la confusión.

Disimuladamente, sacó también dos tapones para los oídos y se los colocó bien apretados. Eran la vacuna para no caer él también víctima de su propia tortura. Cerró la boca para minimizar el impacto de las ondas sonoras sobre su cerebro, subió el volumen al máximo y pulsó el botón de reproducción.

Un agudo pitido sorprendió a todos los allí presentes, que cayeron al suelo antes de poder preguntarse de dónde provenía aquel castigo sonoro. Con las manos en los oídos, se retorcían de angustia, con los ojos apretados y las venas faciales a punto de estallar. Peter había concentrado en una simple combinación de frecuencias la esencia sonora del dolor. Un estudio detallado de las dimensiones de los huesos de la cabeza le había permitido definir la frecuencia de resonancia de la cavidad craneal media de un adulto masculino. Era su particular “coctel molotov” en formato de ondas sonoras. El problema era que no duraría más que un minuto, pues el invento necesitaba mucha potencia para funcionar.

“Tiempo suficiente para escapar de aquí”, pensó mientras echaba a correr hacia la entrada de la pirámide. Tenía el camino de vuelta grabado en la cabeza. Primero tenía que llegar hasta la base del pozo rosacruz y subir a toda velocidad la escalera de caracol. Llegó arriba con los pulmones a punto de salirse por la boca. Afortunadamente vio la puerta con el trono del rey en la misma posición entreabierta. Se paró un segundo para recuperar oxígeno y fue entonces cuando, en un arrebato de inspiración, recordó el mensaje oculto en la llave que su padre le había dejado en herencia y que abría el cofre del pergamino: “El cisne es igual a la rosacruz”. La puerta de la base del pozo tenía la rosacruz; allí estaba la del cisne; y ambas eran idénticas.

“Las dos están ligadas automáticamente. Al abrir una, se abre la otra”, asoció.

Volvió a sentarse en el lugar destinado al último guardián del tesoro en ese castillo, y pulsó de nuevo los puños de los brazos de la silla hacia abajo. El mecanismo se activó de nuevo y la puerta giratoria quedó cerrada. Si estaba en lo cierto, había encerrado a La Academia a veinte metros de profundidad, condenándolos a morir de inanición en una pirámide subterránea.

“Arrivederci, La Academia”.

Sin dilación, atravesó el teatro privado de Luis II y escaló hacia la abertura en el techo.

No se esperaba encontrarla cerrada, pero asumió el contratiempo aspirando profundamente, tratando de recobrar la energía suficiente para desplazar la piedra desde allí abajo.

Imposible. Tras varios intentos terminó con los músculos de los brazos temblando por el esfuerzo. Además, la presencia del estanque cargaba la sala de humedad, por lo que terminó con el cuerpo empapado en sudor.

“El estanque del cisne, eso es”, pensó. “Lohengrin desaparece al final de la ópera sumergido en un lago”.

“Tengo que imitar a Lohengrin”. Se paró en la orilla el tiempo mínimo para quitarse los zapatos, la camisa, y vaciar los bolsillos.

“Papá, ayúdame”, se encomendó, y se lanzó de cabeza en las negras aguas.

El aljibe no era demasiado grande, así que su idea fue tantear las paredes a crecientes profundidades.

Había realizado ya varias inmersiones sin éxito cuando pensó que quizás se había equivocado.

“Una última vez”, se dijo, y se impulsó hacia abajo con todas sus fuerzas. A unos cinco metros de profundidad notó un hueco en la pared. Siguió palpando y descubrió un canal con la anchura suficiente para bucear a través de él. Introdujo todo su cuerpo y se impulsó hacia delante, esperando que el túnel no fuera demasiado largo. En caso contrario, se quedaría allí para siempre.

La total oscuridad del canal dio paso a una ligera claridad. Peter sacó fuerzas de flaqueza para empujarse hacia el final del pasadizo. Nadó hacia la

superficie y saltó del agua como un torpedo, tratando de insuflar aire a sus pulmones a una velocidad más rápida de lo que su cuerpo le permitía. La cabeza le daba vueltas, y en su retina se impresionaron las típicas estrellas debido a la falta de oxígeno. Se deslizó hasta alcanzar un pequeño saliente en la orilla que le sirvió de agarradera para descansar. Sobre él, y sobre otras piezas similares que había alrededor, estaban dispuestas velas apagadas a medio consumir. Se fijó en que la luz artificial estaba encendida. Se encontraba en un gran depósito de agua bajo tierra, de unos quince metros de diámetro. Arriba se veía el techo a unos diez metros de altura. Del centro del mismo colgaba una cuerda que se introducía en el agua.

“Por fin”, pensó Peter, “he encontrado la salida”.

Tiró de la cuerda para asegurar su tensión y se decidió a subir. No era un experto en escalada, pero unos nudos presentes cada medio metro le permitirían alcanzar el techo en cuestión de minutos.

A media altura, un pensamiento que se había ocultado bajo la presión de la huida hizo acto de presencia. ¿Cómo demonios habían sacado los tesoros de la pirámide rosacruz? El camino a través del agua era impracticable, pero también la baldosa del cisne era demasiado estrecha. Tenía que existir otra vía de evacuación, y eso significaba que si La Academia lo encontraba, podrían escapar. Tarde o temprano lo hallarían, y entonces acabarían con él.

Se detuvo un momento a pensar. Su recorrido de vuelta había sido acelerado, pero su orientación le decía que se encontraba justo encima de la pirámide.

Recordó la extraña luz que iluminaba pobremente el recinto de la tumba y entonces vislumbró con claridad todo el esquema de galerías, salas y estanques del subterráneo.

“Es hora de poner fin a La Academia de una vez por todas”.

Sin dudarlo, se lanzó en picado desde su posición y buceó intentando encontrar el fondo del estanque. A siete metros de profundidad ratificó su hipótesis, golpeando con los nudillos una superficie de cristal. Se trataba de una claraboya que vertía hacia la estancia inferior la poca luz que llegaba hasta allí desde las amarillentas bombillas del techo.

La respiración le falló y se impulsó de nuevo a la superficie. Revisó uno

por uno los salientes de mampostería que en otra época habían servido para iluminar con velas la pirámide, y eligió el que la humedad y el tiempo habían castigado más severamente. Con un par de fuertes golpes consiguió desprender un trozo de piedra lo suficientemente grande para sus propósitos.

Tomó aire de nuevo y descendió hasta el fondo. La densidad del agua y sus escasas fuerzas hicieron que sus esfuerzos para quebrar el cristal con la piedra apenas causaran unos ligeros arañazos. Defraudado por el resultado, estaba a punto de rendirse y largarse de allí cuando un sonido seco y contundente provino del mismo cristal. Se agachó y pegó la cara a la superficie. Desde allí pudo ver a todos los miembros de La Academia mirándole desde abajo. Sin duda se había puesto al descubierto al hacer ruido golpeando el cristal con la piedra.

En ese momento, Jim Jackson levantó los brazos y le apuntó con la pistola. De nuevo escuchó el mismo golpe contra el cristal, y esta vez atisbó un principio de rotura en el plano inferior.

—¡Ese malnacido le estaba disparando!

Lejos de pensar en huir de allí y ponerse a salvo, Peter tuvo una idea mejor. Se agarró fuertemente con un brazo a la cuerda que colgaba desde el techo y que por suerte caía hasta el fondo, y siguió aporreando con pies y manos el suelo de cristal.

Jim, desde la vertical de la pirámide, contemplaba atónito cómo Peter se burlaba de ellos desde allí arriba. Habían tratado de perseguirle cuando el agónico sonido que les taladró la cabeza por fin se apagó, pero se habían encontrado la puerta con la marca de la rosacruz completamente bloqueada. Cualquier intento por abrirla fue inútil. ¡Pero ahora ese idiota se ponía a tiro como un estúpido!

Recargó la pistola y alzó los brazos de nuevo hacia el vértice.

“Estás muerto, Peter”, gruñó, y vació el cargador con tanta violencia que los allí presentes se retiraron asustados.

Lo que ocurrió a continuación nadie se lo esperaba. El crujido del cristal al quebrarse dio paso al rugido de una cascada de agua que se colaba por el agujero abierto en el vértice de la pirámide. Ninguno conseguía dar una explicación a tanta agua, mientras el nivel subía y subía, cada vez a un ritmo

más rápido al ir estrechándose las paredes. Aterrorizados, unos comenzaron a gritar, los más ancianos trataban de aferrarse a los más jóvenes, que se los quitaban de encima sin compasión.

Jim pensó que la única esperanza era que las aguas llegaran hasta el mismo vértice para poder escapar por allí. Sin embargo, los metros cúbicos estaban perfectamente calculados para dejarlos a flote a una distancia imposible de la cúspide.

Cuando la corriente cesó, Peter al fin pudo respirar. Agarrado al salvavidas de la cuerda, había podido aguantar el impetuoso torrente que atravesó la claraboya rota inundando la pirámide, tal y como había previsto. Con gran esfuerzo puso un pie en el suelo mojado del estanque y emprendió la escalada por la cuerda sin pararse a echar un ojo hacia abajo. Los que habían sido “hermanos” suyos hasta hace un momento estaban abocados ahora a un final cruel. Cuando las fuerzas les fueran fallando, irían paulatinamente hundiéndose para descansar definitivamente uno tras otro junto a la tumba que un día fue del fundador de La Academia.

El gancho que sujetaba la cuerda estaba colocado junto a una trampilla que Peter levantó sin esfuerzo. De nuevo en la superficie, tardó unos segundos en ubicarse. Había aparecido en la “sala del trono”, por donde había iniciado el recorrido turístico hacía tan sólo unas horas.

“Sí que tenías un secreto que guardar”, le dijo Peter al retrato de Luis II colgado en la pared.

El palacio estaba a oscuras y reinaba el silencio. Al fin se sintió a salvo, pero no podía estar satisfecho. No había conseguido nada positivo de su visita, salvo perder a un amigo y matar a toda la cúpula de La Academia. La esperada pista que le revelara cómo usar la música de las esferas había escapado a su registro del castillo. El cisne le había vencido.

¿O no? El grial, la música y el cisne se unieron en su mente para señalar unas coordenadas muy concretas del castillo. Movidó por una excitación creciente, subió los escalones de tres en tres hasta llegar a la “sala de los cantores”. Arrancó el picaporte de una puerta antigua para usarlo como martillo. Con un poco de esfuerzo escaló hasta la balconada superior. Sin pensar que iba a destrozar un precioso techo artesonado, se puso a dar golpes

sobre la constelación de Sagitario en el zodiaco representado en el techo. ¡La constelación del Cisne se hallaba en el firmamento dentro del signo de Sagitario!

Al poco, un sonido a hueco vino a reforzarle el aliento. Siguió golpeando hasta que la tabla de contrachapado se partió. Tiró los destrozos al suelo y pasó los dedos por el borde superior. Sus yemas tocaron algo. Tiró de lo que parecía un papel hasta que lo extrajo del todo. Bajó al suelo y observó el objeto.

Era una hoja de pergamino, y estaba firmada por Pitágoras.

Capítulo 51

Con el primer rayo de luz, Miko y Alicia volvieron al ahu Akivi, lugar al que ya habían hecho un hueco en su baúl de recuerdos personal. Querían verificar a la luz del día la gran revelación de la noche anterior.

Observaron los mohais con detenimiento y tomaron varias fotografías desde diferentes planos. Si bien la altura de los siete mohais era bastante pareja, a simple vista se observaban sensibles diferencias. ¿Habría sido una casualidad del destino?

El estudio detallado de las fotografías corroboró lo insólito de la relación. Si cada altura se asignaba con la nota musical que le correspondía en el pentagrama, lo que escribían los mohais era la simple partitura del estribillo de “Square Circle”.

—Si los antiguos habitantes de Rapa Nui conocían la técnica para tallar, arrastrar y levantar semejantes estatuas, ¿no hubiera sido lo más lógico crear todos los mohais de un mismo ahu con la misma altura? —preguntó Miko retóricamente, tratando de convencerse a sí mismo de lo acertado del fantástico descubrimiento.

—A no ser que con las leves diferencias de altura quisieran enviar un mensaje —replicó Alicia—. La canción de la caja de música también resonó en esta isla algún día. Lamentablemente, con la extinción de los Rapanui también se abortó la transmisión de la canción a las nuevas generaciones.

—Quizás vieron venir el final de su civilización y quisieron dejar constancia del tema aquí, a la vista de todos, codificando las notas en cada

uno de los siete primeros exploradores de la isla.

—No creo que fuera una cuestión de última hora. Este ahu es uno de los más antiguos, así que, a menos que limaran sus cabezas con posterioridad, sus tallas estuvieron terminadas al poco de arribar a la isla. Además, este ahu debió de ser muy importante para los Rapanui. Parece ser que presenta una posición y orientación muy particulares. Cuando el resto de mohais se reparten por el litoral y orientan sus caras hacia la isla, el ahu Akivi se encuentra en el interior y sus mohais miran hacia el mar.

—Está claro que tenían otra función —indicó Miko, oteando el mar sobre la pequeña elevación donde se encontraban—. Parece como si estuvieran gritando esa canción hacia fuera de la isla. Durante siglos, nadie arribó a sus costas, pero es lógico que pensaran que había alguien más compartiendo este mundo con ellos. Quizás pusieron estos mohais mirando en la dirección por la que habían llegado en el pasado, y realizaban ceremonias de llamada a otros pueblos, utilizando las notas de “Square Circle” para proyectarlas por encima del océano.

—Es sorprendente —respondió Alicia—, pues el resto de tribus que hemos visitado también parecía que se empeñaban en que su canción llegara lo más lejos posible. ¿Recuerdas cómo “La Danza del Sol” hizo vibrar la caverna y se difundía por el subsuelo? Los Rimba alcanzaban distancias kilométricas con “El Canto del Bosque”, y los Inuit custodiaban una gigantesca antena parabólica natural.

—Hay una cosa que no me encaja —apuntó Miko—, y es la posición del ahu en el interior. Si hubieran querido tomar altura para llegar más lejos con su señal de llamada, hubieran elegido la cima del volcán, el punto más alto de la isla. Con los escasos metros que se alejaron de la costa, no consiguieron apenas ganar altura.

—Quizás es que nos estén indicando otra cosa —sugirió Alicia, que desplegó el mapa de la isla por completo.

Su dedo partió de la posición del ahu Akivi siguiendo la línea de visión de los mohais. Justo antes de llegar al mar, su índice se topó con una señal del mapa sobre la que no habían reparado antes. Su dedo golpeó con decisión sobre la “cueva de las dos ventanas”.

Sus caras se volvieron para compartir una sonrisa de esperanza y un rápido beso.

—¿Otra cueva? —suspiró Alicia.

—Estos siete mohais no apuntan sólo hacia el mar infinito, ¡están señalando una ubicación muy concreta dentro de la isla! ¡Nos están indicando el camino a seguir!

—¿Estará allí escondido el instrumento musical que hemos venido a buscar?

—¡Examinemos esa cueva sin perder tiempo!

Bajaron en coche hasta la línea del mar y allí encontraron la compuerta en el suelo que servía de entrada a la caverna. Se encontraba cerrada por una cadena oxidada. En su día debía de haber estado abierta al público, pero parecía que hacía años que nadie iba por allí.

Miko usó el gato del coche para golpear las bisagras de la vieja puerta hasta hacerlas saltar.

Bajaron a la gruta y se encontraron en el interior de un estrecho pasadizo rocoso por el que fluía una corriente de aire húmedo, fresco y salado. La cueva apenas medía cincuenta metros, y con la luz proveniente de ambas salidas naturales bastaba para iluminarla entera.

A ambos lados, la gruta finalizaba abruptamente sobre la pared de un acantilado. Recorrieron la cueva hacia una de sus aberturas y se asomaron al precipicio que caía sobre el mar. Alicia se sobresaltó con el ruido de las olas batiendo sobre las rocas unas decenas de metros más abajo. Giraron sobre sus pies y por el otro lado encontraron la misma situación.

—Aquí no hay ningún instrumento —se lamentó Miko.

Alicia reflexionó durante un momento.

—¿De verdad creíste que iba a ser tan fácil? En los cuentos, para abrir las puertas de las cuevas es necesario entonar las palabras mágicas.

Miko puso cara de resignación.

—¡Ábrete, Sésamo! —gritó Alicia al aire, y al retirarse el eco totalmente, añadió—: Debí suponer que eso sólo ocurre en los cuentos.

De inmediato, una idea cruzó la cabeza de Miko.

—Espérame aquí, vuelvo enseguida —dijo, impaciente.

—¿Pero a dónde vas? ¡No irás a dejarme sola!

—No te pasará nada, voy al pueblo. Volveré en unos minutos.

—Pero...

—Tú me has dado la idea, Alicia, “las palabras mágicas”. Ahora confía en mí.

Alicia no tuvo tiempo de protestar más; Miko ya estaba subiendo hacia la superficie.

Los minutos prometidos estaban a punto de convertirse en una hora entera, y la paciencia de Alicia empezaba a consumirse, cuando un sonido conocido llegó a sus oídos. Extrañada, pensó que era obra de su imaginación y de la aprensión al estar allí sola. ¡“Square Circle” sonaba dentro de la cueva! ¿Estaba teniendo lugar otra prueba? ¿Dónde demonios se había metido Miko? ¡Lo necesitaba, ella no podría hacerlo sola!

Trató de averiguar cuál era la fuente de la música, y avanzó por la gruta sin encontrar nada en particular, hasta que llegó a una de sus “ventanas”. Allí pudo identificar perfectamente las siete notas del estribillo de “Square Circle”. No sabía si por un mágico efecto de la música sobre las olas, o por una simple cuestión física de reflexiones de ondas acústicas, desde allí se percibía el mar apenas como un murmullo, y la música llegaba alta y clara.

Alicia volvió al interior, comprobando que las notas musicales penetraban ahora en la caverna con toda su intensidad y las paredes reverberaban su sonido.

Una ligera vibración en el aire le previno de que algo iba a suceder. De repente, a su espalda, la roca crujió. Se quedó paralizada. Por un momento pensó que la gruta se desmoronaba encima de ella. Por puro instinto, se tiró al suelo y se tapó la cabeza.

El ruido de piedras al derrumbarse cesó y pudo comprobar que estaba ilesa. Recobró la respiración antes de dar marcha atrás para ver qué había ocurrido.

—¡Alicia! —gritó Miko, alarmado, entrando a la gruta por el acceso superior—. ¿Estás bien?

—Estoy aquí —avisó Alicia—. Parece que se ha abierto la puerta secreta que buscabas.

—¡Lo sabía! —exclamó Miko, lleno de júbilo—. Sólo había que poner a tocar a los mohais.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso eres tú responsable del derrumbe que casi me entierra viva?

—Alicia, fui al pueblo a alquilar un equipo de sonido. Por suerte, en la discoteca tenían lo que yo buscaba. Una mesa de mezclas, potentes amplificadores y unos grandes altavoces. Fueron muy amables, y por un módico precio, incluso me ayudaron a trasladarlo.

—¿Le has puesto altavoces a los mohais del ahu Akivi?

—Un altavoz a cada mohai —aseguró Miko—, y he hecho que cada figura tocara la nota que le corresponde. Pensé que la puerta secreta no se abría con palabras, sino con las notas musicales mágicas. He dejado las siete notas de “Square Circle” programadas para seguir tocándose automáticamente durante varios minutos, y he bajado corriendo hasta aquí para ver qué ocurría.

—El sonido penetró en tromba en la cueva —indicó Alicia—, y al instante se cayeron estas piedras.

—Mira —señaló Miko en la abertura—, se ha abierto la entrada a otra cueva.

El sonido de “Square Circle” se cortó bruscamente, y un ligero susurro ocupó su lugar.

—No han pasado los veinte minutos, ¿qué ha podido ocurrir ahí fuera? —se extrañó Alicia.

—Escucha —indicó Miko, haciendo una pausa—, está lloviendo. Seguro que los chicos de la discoteca han tenido que recoger el equipo precipitadamente para evitar daños. No importa, ya no lo necesitamos. ¿Me acompañas ahí dentro?

Miko le tendió la mano a Alicia, que lo miró con firmeza y le dijo:

—La próxima, sin sorpresas, ¿vale?

—De acuerdo, vamos —dijo, acompañándola a la entrada a la nueva gruta.

La linterna arrojó su luz sobre el pasadizo recién descubierto. La superficie oscura y porosa hablaba del origen volcánico de la isla. Un brillo

iridiscente brotaba de las afiladas vetas de minerales que afloraban de las paredes.

Comenzaron a andar.

—Los torrentes de lava suelen excavar cuevas como esta —apuntó Alicia.

—Pues espero que no le dé al volcán por activarse ahora.

—Lo malo es que al retirarse la lava, estos canales se convierten en ríos subterráneos. Mira los cantos rodados que cubren el suelo.

—Ahí fuera está lloviendo, ¿deberíamos preocuparnos? —preguntó Miko.

—De momento no —calmó Alicia.

Sus palabras fueron premonitorias, pues al instante se desató un enorme estruendo que retumbó en la estrecha gruta. Un trueno había estallado en la superficie.

—¡Maldita sea! —exclamó Alicia, al notar las primeras gotas sobre su piel—. El terreno volcánico es altamente permeable, absorbe el agua de la superficie como una esponja.

—Démonos prisa, debemos encontrar la salida de este callejón cuanto antes —apremió Miko, echando a correr mientras introducía la bota en el primer charco.

Pero el avance era complicado por la gran cantidad de rocas sobre el suelo y la falta de visibilidad. Cortinas de agua templada caían desde el techo, y las paredes rezumaban agua a chorros por sus grietas. Pudieron completar un par de kilómetros a buen ritmo cuando el nivel del agua les llegó a los tobillos. Cuando alcanzó las rodillas, empezaron a preocuparse seriamente, y cuando estaban mojados hasta la cintura fue cuando tuvieron que parar y considerar sus opciones.

—Será mejor que esperemos quietos a que pase la tormenta —indicó Alicia, elevando la voz sobre el murmullo de la corriente al pasar—. De todas maneras, así no podemos continuar andando.

—Ni hablar. Si nos quedamos aquí podríamos ahogarnos —respondió Miko— ¿Quién sabe qué altura puede alcanzar el torrente?

—¿No ves las marcas en las paredes? La erosión muestra que el caudal está a punto de alcanzar su nivel máximo histórico.

—No tenemos garantías. Debemos seguir aunque sea nadando. ¡La

corriente es a favor de nuestro camino! ¡Aprovechémosla!

—Pero eso es muy peligroso, podríamos golpearnos con cualquier piedra. ¡Yo me quedo aquí!

Alicia notaba que su ligero cuerpo empezaba a dar signos de no poder aguantar más el empuje. Concentrada en no dejarse arrastrar por la corriente, intentó dirigirse hacia la pared. Cuando fue a agarrarse a una piedra que sobresalía un poco, ésta se quebró entre sus manos, haciéndole perder el equilibrio y cayendo de bruces en el río. En unos segundos había desaparecido, engullida por el agua.

—¡Alicia! —gritó Miko, asustado, y sin dudarle un segundo, se zambulló tras ella.

Braceando con fuerza con la izquierda y manteniendo la linterna por encima del agua con la derecha, trataba de mantenerse en el centro de la corriente, donde el empuje era mayor.

Miraba desesperado por todas partes en busca del cuerpo de Alicia. No quería pasársela en el caso de que hubiera quedado atrapada en algún remolino, pero tampoco quería retrasarse demasiado por si ella era arrastrada a mayor velocidad que él.

De vez en cuando el murmullo del agua aumentaba, anunciando una curva pronunciada. Miko aprendió a poner los pies a modo de amortiguadores y a tomar de nuevo impulso en los recodos, mientras se preguntaba por las consecuencias de aquellos tremendos golpes sobre el débil cuerpo de Alicia.

Tras salir de uno de esos recodos, le pareció ver algo entre las sombras del agua. Aceleró el ritmo y se acercó a un cuerpo que iba a la deriva. En el movimiento de agarrar a Alicia y sacar su cabeza por encima del agua, perdió la linterna y quedaron completamente a oscuras. No podía hacer otra cosa más que anteponer su cuerpo al de Alicia para protegerla de los golpes y esperar a que dejara de llover ahí fuera.

A la endiablada velocidad que llevaban, las paredes cortaban como cuchillos. Miko se rasgó la espalda en un choque, y se llevó un fuerte golpe en un brazo en una revuelta. Intuía que el nivel iba en aumento porque el techo silbaba cerca de sus oídos. Si su cabeza chocaba contra el techo de la gruta, entonces sí sería el fin.

Cuando peor lo veía, su cuerpo cambió la sensación de ser arrastrado por la de flotar. Sintió que perdía el sustento del agua y que la gravedad tiraba de él hacia abajo. El ruido del torrente cambió por completo y entonces se percató de que el río había desaparecido y que ellos habían sido expulsados por una catarata. Instintivamente, envolvió el cuerpo de Alicia entre sus brazos y se volvió en el aire para recibir con su espalda el inminente impacto.

Miko no se esperaba un choque tan violento. En lugar de agua, cayó sobre tierra firme. Todo su cuerpo crujió con la sacudida, y Alicia salió despedida, rodando junto a él.

Sin pensar si tenía algún hueso roto, se arrastró por el suelo tanteando hasta que encontró a Alicia. A oscuras, comprobó con horror que no tenía pulso. La tumbó de lado, le abrió la boca, y le dio unos golpes en la base de los pulmones con las palmas de la mano. A continuación le hizo el boca a boca, y como no consiguió reanimarla, comenzó a alternarlo con un masaje cardiaco. Al tercer intento, la española vomitó el agua que le quedaba dentro y preguntó:

—¿Dónde estoy?

Miko, aliviado y exhausto, cayó desmayado.

Al despertar, sus ojos divisaron a Alicia a unos metros de distancia. Parecía absorta en la contemplación de un objeto. Llevaba en la mano una pequeña linterna de leds. Imaginó que aún seguían en el interior de la gruta. El río, por suerte, había desaparecido.

—¿Cómo has conseguido esa linterna?

—Ah, ya has despertado —dijo Alicia, con una voz cargada de energía. Miko, al contrario, sentía todo el cuerpo magullado—. Te dejé dormir, no tienes nada roto, sólo estabas cansado. Respecto a la linterna, la encontré dentro del kit del explorador que compré antes de venir. Ya sabes, el del bolsito impermeable...

Miko no sabía que Alicia llevara nada de eso.

—¿Me vas a dar las gracias por salvarte la vida? —preguntó Miko mientras se incorporaba.

—Sí, claro, pero antes déjame terminar con esto —y se volvió hacia la

pared de la sala.

—¿Se puede saber qué es eso tan importante que estás haciendo?

—Solucionarte la vida —respondió, sin dejar el aire misterioso—. Ven, acércate, quiero enseñarte algo que desvelará el mayor secreto que quedaba oculto en la Isla de Pascua.

Miko se levantó y sintió todos sus huesos crujir. A duras penas llegó hasta la pared de la sala donde estaba Alicia. Una vez allí, la luz bañó la superficie de una vieja tabla de madera con multitud de pequeñas inscripciones grabadas.

—No me digas que hemos encontrado una nueva tablilla rongorongo...

—Yo diría más, hemos encontrado *la tablilla*.

Miko la cogió con cuidado entre sus manos. Consistía en un pequeño trozo de madera con figurillas horadadas con un objeto punzante, agolpándose unas con otras en un continuo desfile que se daba la vuelta al llegar al final de la línea, volviendo ahora con los símbolos boca abajo. Los caracteres mostraban formas humanas en diferentes posturas, aves extrañas y criaturas marinas desconocidas, agrupadas en cuatro filas.

—Dale la vuelta —indicó Alicia—, y comprobarás su extraordinario valor.

En el anverso, Miko contempló dos columnas, una con los símbolos rongo-rongo y la otra con figurillas de mohais de diferentes alturas.

—Si cada mohai se corresponde con una nota musical —dedujo Miko—, como descubrimos en el ahu Akivi... ¡esta tabla permitiría traducir las tablillas rongo-rongo! —gritó exultante—. O mejor dicho, nos indican cómo tocarlas. ¡Las tablillas rongo-rongo no cuentan historias, son partituras musicales!

—¿Sabes que entre los habitantes de la isla, rongo-rongo se traduce como *gran mensaje*?

—Pues ya hemos descubierto el mensaje —indicó Miko—, ahora sólo nos toca saber qué tenemos que hacer con él. ¿Alguna idea de cómo se sale de aquí?

Capítulo 52

Alrededores de Viena, 1802

El otoño empezaba a caer con su austera crudeza sobre la campiña del valle del Danubio, donde Beethoven pasaba unos meses de relajación por recomendación de sus médicos.

Se había trasladado a una pequeña villa que su amigo Stephan Breuning poseía en las afueras de Viena, rodeada de viñedos. Los médicos habían insistido en que la solución a sus agudos ataques intestinales pasaba por curar la mente antes que el cuerpo. Aunque vivía solo, con la muda presencia del servicio, a menudo era visitado por su nutrida camarilla de amigos. Pasaba el tiempo componiendo, intentando concentrarse únicamente en su música. En contacto con la naturaleza, se encontraba más cerca de su propia alma, y sentía la inspiración fluir por su cuerpo.

Hundido en una butaca en el porche trasero de la casa, echó mano de una manta para permanecer allí recostado, refugiado en la agradable calidez de su cuerpo, mientras contemplaba con la vista perdida el maravilloso atardecer sobre el sinuoso terreno. En aquellas pequeñas cepas retorcidas por el hombre hacia el suelo, percibía la expresión misma de la fuerza interior de la naturaleza y el conflicto eterno con el hombre. “Esa fuerza se desatará de su silencio en cualquier momento y se volverá sobre nosotros”, pensó con tristeza.

El hombre había demostrado que sólo miraba para sí mismo, complicándose la existencia con baldías aspiraciones de poder, dinero y gloria, enfrascándose en sangrientas guerras y disputas que sólo demostraban su incapacidad como especie. La rueda de la historia se repetía una y otra vez, incapaz de impregnar una sola gota de raciocinio en la mente del ser humano.

El vuelo en diagonal de un ruiseñor que se posó sobre un roble cercano distrajo su atención. Se concentró en él, y al momento intuyó que la escena estaba falta de algún detalle. Enfocó la vista sobre su distinguido visitante, observando que su pequeña cabecita se estiraba hacia el cielo, y su pico abierto vibraba armónicamente.

Descubrió el detalle que faltaba: ¿no podía escuchar su canto!

El mundo se le vino encima. En aquel momento, ese pajarillo estaría inundando el aire con su alegre vocecilla, invitando a sus compañeras femeninas a un último y romántico vuelo por la campiña antes del anochecer. Y él no podía hacer nada para oírlo.

Se desesperó, y entonces a su mente vino otro ingrato recuerdo: Giulietta Guicciardi. La joven condesa había sido su gran amor hasta que él mismo decidió romper la relación. Las clases de piano que le había impartido fueron los momentos más dulces que recordaba. Se sentía enamorado como un niño, impaciente todos los días, esperando el momento de volverla a ver. La joven, bastante menor que él, le correspondía con coqueteos y sutiles miradas que ablandaban su duro carácter. Él se dejaba querer, disfrutaba cogiéndole delicadamente sus estilizadas manos para guiarla por encima de las teclas blancas y negras, y a veces se quedaba mirando como un bobo el esbelto perfil de su joven amor, su sedoso pelo recogido, el cuello delgado y en tensión, su cabeza balanceándose al compás de la música... Fueron días felices, pero tuvo que reprimir radicalmente sus deseos cuando se enteró de que la condesa ya estaba comprometida con un conocido suyo. Su honor estaba muy por encima de sus propios sentimientos.

No obstante, para la última clase le había preparado un regalo, algo muy especial. Quería dejarle huella, un detalle que le hiciera inolvidable, así que preparó un juego. Se sentó al piano, a la derecha de Giulietta, y colocó sobre el atril una partitura que sacó del bolsillo. Le enseñó lo fácil que era tocarla,

pues se trataba de ir repitiendo tres notas continuamente. Sólo había unas pequeñas variaciones, que se traducían en la subida o bajada de ese conjunto de notas en la escala, o la permutación de una nota por otra adyacente en algún momento. Aunque era fácil de seguir en el pentagrama, él indicaría con la mano el momento del cambio. Pulsó las teclas de las tres primeras notas. “Ahora repite, yo te sigo”, le dijo. La joven comenzó a tocar. En determinados momentos, Beethoven tocaba algunas notas con su mano derecha, mientras que con leves movimientos de la izquierda seguía indicando los cambios a Giulietta. Las notas de Beethoven, varias escalas más agudas, y superpuestas a la repetitiva secuencia inicial, aportaban un tenso diálogo con las primeras. El compositor introducía unas veces una solitaria nota, otras, varias encadenadas, reforzando y apuntillando la base rítmica marcada por ella. Lo que había parecido al principio una especie de entrenamiento de técnica, cobró vida como una melancólica composición. La triada de notas creaba un ambiente de tristeza íntima, sonando al mismo ritmo que el abatido corazón del músico. En oposición, las notas insertadas por el maestro respondían con un tono más enérgico y vital, pero dejando hablar a las primeras, y sin salirse del tono depresivo creado por ellas. Poco a poco Beethoven se fue adueñando del protagonismo de la obra, culminando él solo la composición con una melodía que resumía toda la obra en bucles ascendentes. El compositor miró a su lado, viendo al trasluz el pálido rostro de su amada flotando en la densa penumbra de la habitación, y creyó intuir una solitaria lágrima precipitándose desde sus preciosos ojos. A él le temblaban las piernas, y sin saber qué decir, embargado por la belleza de la obra que ambos habían ejecutado, balbuceó: “Para ti, Claro de Luna”.

Después de separarse de Giulietta, se reprochó no haber luchado más por ella, aunque rápidamente dejó paso a un sentimiento de liberación personal. “La soledad y la desdicha afirman la propia identidad”, se decía. Además, siempre temió que las relaciones personales le limitaran su libertad creativa.

Todo el mundo había visto a Beethoven más callado de lo normal en los últimos tiempos, pero nadie conocía la auténtica causa de su depresión: sus problemas auditivos cada vez más graves. Lo que había empezado por algún zumbido ocasional, o un leve pitido, se fue transformando en una incapacidad

real de oír algunos sonidos. Hacía cuatro años que comenzaron los síntomas. Por entonces, podía disimular su dolencia bastante bien, pues si en alguna conversación parecía ido y despistado, su interlocutor solía achacarlo a su distraído espíritu de artista, siempre con el motor creativo encendido, ideando algún movimiento rítmico, un pasaje para un concierto, o la conclusión épica de una sinfonía. Como su carácter, además, nunca fue muy extrovertido, más bien seco y huraño, no le costó demasiado ir llevando su enfermedad en silencio.

Sentía una inconfesable vergüenza, pues nada podía ser más cruel para un músico que quedarse sin oído. Si la gente lo supiera, su trabajo se acabaría. ¡Nadie daría un florín por la música de un sordo! Más aún, se convertiría en el blanco de las chanzas y de los chistes más crueles. Su buena reputación, que tanto esfuerzo le había llevado obtener, se desmoronaría como un castillo de naipes, y eso le supondría la ruina.

¡Qué miserable zancadilla le ponía el caprichoso destino! ¿Por qué se ensañaba tan injustamente con él? Ahora que a sus 32 años había compuesto obras de gran maestría y se le abría un presente de gran prosperidad económica y profesional, el futuro se desvanecía como los sonidos en sus oídos.

Lo que más le dolía era no dar a conocer al mundo su mensaje. Realmente, todo lo que había hecho hasta ahora no era más que un rodaje para asentar las bases necesarias que le permitirían expresar con mayor claridad su concepto musical. El mundo únicamente había visto a un Beethoven que asomaba, pero le quedaba aún mucho por descubrir, sin duda la mejor parte. Haydn y Mozart lo habían dicho todo en la música, al menos eso creía el público, pero él sabía que todavía se le podía dar otra vuelta de tuerca.

Antes que él, los músicos habían escrito sus obras añadiendo un toque de inspiración a la teoría musical que se aprendía en las escuelas, sobre las reglas ya escritas, desde las matemáticas de la armonía. Pero nadie se había atrevido a poner sonido al sentimiento en estado puro, sin el filtro que la realidad confiere a la esencia de las cosas.

Él podría hacerlo, pero mientras tanto, la realidad era que seguía sin

escuchar el canto del ruiseñor. El silencio lo ocupaba todo dentro de su cabeza. Parecía encontrarse en lo más profundo de una lúgubre caverna, donde el único sonido que recibía era el suyo propio, rebotado en las cavidades internas de su cuerpo.

En ese momento tuvo una idea, un juego mental simple: le pondría sonido al dichoso ruiseñor. Estudió el vibrante movimiento de su pico, y enseguida encontró un tono apropiado. Ahora podía modular el sonido, subiendo y bajando la frecuencia siguiendo los movimientos del animalillo. Le satisfizo poder comprobar que gracias a su ingenio había alejado de su cabeza el incómodo silencio. A unos cientos de metros pasaba un carro de labranza tirado por una portentosa yegua. Imaginó el ruido de los cascos del equino por el empedrado camino, así como el monótono repiqueteo de las ruedas. No se detuvo ahí, sino que también le puso sonido en su cabeza al rumor que intuyó provenía de los cercanos árboles que salpicaban aquí y allí los espesos viñedos, balanceados por la suave brisa que se estaba despertando.

Todos estos sonidos llenaron su imaginación. Cada imagen en su retina se convertía automáticamente en un sonido. También pensó que podría crear a su antojo todas las demás voces que pudieran existir. Así, completó su cuadro mental con el ruido de la cocina de la casa preparando la cena, el triste balido de la oveja de algún rebaño cercano, junto con el apurado ladrido del perro pastor. Tomó todos esos elementos como si fueran instrumentos dentro de una sinfonía y jugó con ellos, añadiendo, eliminando y cambiando unos por otros, divirtiéndose como no lo había hecho jamás.

Se sintió sacudido por una renovada esperanza. La sordera no iba a impedirle seguir componiendo música, y hasta podía volverse un don divino, ya que abstrayéndose de los limitados sonidos del mundo real, dejaría su mente libre para la improvisación de nuevas melodías.

¿No era eso justo lo que necesitaba para cumplir el encargo que había recibido cuando era joven?

Desde el momento que extrajo la música encerrada en el misterioso pergamino que Mozart fue incapaz de traducir, esa melodía se había instaurado en su cabeza y le había inspirado todas sus composiciones, desde las más íntimas sonatas hasta las grandiosas sinfonías.

Con el paso de los años, había llegado a comprender cuál era su misión: Dios quería que le compusiera una sinfonía especial, una obra con la que pudiera hablar directamente con los hombres.

Y él lo iba a hacer.

We can be heroes
Just for one day

Podemos ser héroes
Al menos por un día

“Heroes” David Bowie.

Capítulo 53

Alicia y Miko no tuvieron ningún problema en encontrar la salida de la caverna donde habían encontrado la preciada tablilla rongo-rongo. Unos salientes en la pared, a modo de peldaños, les auparon hasta una trampilla en el techo. Tras algo de esfuerzo, unos fuertes golpes de Miko terminaron de levantar la tapa, dejando el hueco suficiente para salir.

Acababa de anochecer, pero el aire cálido que aún discurría por la superficie acariciando la fina hierba que cubría las laderas de las montañas les devolvió la vida tras la aterradora experiencia subterránea.

Había dejado de llover y la ligera brisa había barrido las nubes, descubriendo un cielo radiante de estrellas. El sonido del mar mecía la noche con su oscilante arrullo. Como no sabían a dónde ir, se dejaron guiar por el murmullo de las olas.

Al llegar a la costa, se encontraron con un recinto arqueológico formado por un muro de piedras de medio metro de grosor y un metro de altura. Estaba abierto por un lado, y Alicia y Miko pasaron al interior. Una gran piedra esférica permanecía enterrada hasta la mitad. De color blanco, su pulida superficie resplandecía como un faro en mitad de la noche, reflejando la lejana luz de las estrellas. A su alrededor, otras cuatro piedras de formas redondeadas, aunque más pequeñas, dibujaban una cruz.

—El ombligo del mundo —anunció Miko.

—¿No es así como llaman a la Isla de Pascua? —preguntó Alicia.

—El nombre proviene de cómo los Rapanui denominaban a esta piedra

esférica: *Te pito o te Henua*.

—A mí me parece que éste es el mejor lugar para encontrar el cuarto instrumento —sugirió Alicia.

—¡No pretenderás que levante esa piedra! ¡Ni los lugareños se han atrevido a cometer semejante sacrilegio! —protestó Miko.

—¿Te olvidas acaso que hemos descubierto una tablilla con una nueva música?

—Claro que no, pero no tenemos ningún instrumento para tocarla.

—Claro que sí, guardaba mi móvil en la bolsa impermeable. Aquí lo tienes, tú eres el músico. Antes de entregárselo, abrió una aplicación que presentó en la pantalla las teclas de un piano.

—Eres mi ángel de la guarda.

Sin más preámbulos, se colocó delante de las cinco esferas, y comenzó a pulsar sobre el teclado virtual la transcripción de la tablilla encontrada. La música parecía ser bastante simple, sonaba casi como una suave nana para dormir a los bebés.

Alicia ignoraba qué podría ocurrir a continuación, y esperaba inquieta algún mágico acontecimiento. Cinco minutos más tarde, intuyó que algo estaban haciendo mal.

—¡Ya estamos otra vez! —masculló Alicia—. ¿Y ahora qué? —gritó al cielo, como esperando una respuesta de esos Rapanui que no habían podido asistir a la prueba de hoy.

—Después de lo que has pasado en otros lugares —la calmó Miko—, no esperarías de verdad que iba a ser tan sencillo, ¿no? Déjame probar con otras escalas.

Miko comenzó toda una batería de pruebas con los diferentes sonidos que le ofrecía la sencilla aplicación. Luego tuvo una intuición y cambió de posición, probando diferentes ubicaciones alrededor de la gran piedra semienterrada. Comprobó la extraña acústica que transmitía la valla circular de piedras que rodeaba el recinto. Así siguió un buen rato, mientras Alicia se desesperaba cruzada de brazos y asistía silenciosa al infructuoso concierto.

—Esto no funciona —fueron las palabras finales de Miko.

—¡Yo ya me he dado cuenta de eso hace un rato! —protestó Alicia de

mala gana.

—¿Qué quieres que haga? —se defendió Miko—. Es como si... —dudó—. Como si cada parte de la canción sonara mejor en un lugar diferente del recinto, pero no encuentro el punto de equilibrio —Miko extendió los brazos en señal de derrota—. Quizás nos hemos equivocado.

—Espera —pidió Alicia—, la tablilla tenía cuatro líneas, y aquí hay cuatro piedras alrededor de la esfera central, ¿has probado tocar cada línea en una piedra distinta?

Miko siguió las instrucciones retomando la partitura rongo-rongo, pero esta vez cambiando su lugar alrededor de la gran piedra esférica cada vez que los símbolos originales de la tablilla pasaban a la fila siguiente.

Cada vez que terminaba de interpretar las notas de una fila, daba dos pasos para encaramarse encima de otra esfera pequeña, donde tocaba las notas de la serie siguiente. Cuando terminó la partitura, había completado un círculo alrededor de la gran piedra central.

—Creo que lo tengo —dijo—, allá voy. Lo repetiré entero otra vez.

Con mucho cuidado, puso un pie sobre una de las esferas y comenzó el recital. Cuando terminó la primera serie, se trasladó con agilidad a la segunda esfera, donde continuó con la interpretación. Por alguna razón inexplicable, las notas se quedaron suspendidas en el aire, mezclándose con las notas de las siguientes series.

El resultado fue que la encantadora canción de cuna se hizo añicos, convirtiéndose en un ruido ensordecedor cada vez más potente. Al finalizar Miko su particular vuelta a la esfera de cuatro movimientos, el aire se llenó por completo de una única nota, estridente, aguda y repleta de armónicos, que resonó en el recinto de piedra amenazando con hacer estallar sus oídos. Alicia y Miko se llevaron automáticamente las manos a los oídos, y el móvil de Alicia chocó contra el suelo quebrando su pantalla.

Al instante se sintieron como dentro de un reactor nuclear, con su cabeza amenazando con resquebrajarse. Sus piernas, en cambio, parecían ancladas al suelo, impidiéndoles huir. Sintieron cómo su cuerpo se convertía en una masa pesada que era atraída irremediablemente hacia abajo por una fuerza invisible.

Cayeron de rodillas. Miko vio a Alicia tirada en el suelo boca abajo y hecha un ovillo. ¿De dónde provenía semejante tormento sonoro? Era como si la danza circular que había interpretado hacía unos segundos hubiera destapado la mismísima caja de Pandora. Se cubrió los oídos con las manos y adoptó una posición fetal, intentando amortiguar en vano el daño de aquel chirrido infernal en su cerebro.

El punzante pitido persistía taladrando la cabeza de Miko, aun cuando nada parecía estar provocando ya esa descarga sonora. Mientras rezaba para que se acabara pronto, pudo notar un levísimo movimiento de sus rodillas transmitido desde el suelo. Creyó intuir además un leve y corto crepitar delante de su posición, pero le fue imposible identificarlo, envuelto como estaba por el mágico sonido. Picado en su curiosidad, y a riesgo de sufrir sordera profunda, se quitó las manos de las orejas y levantó la cabeza del suelo para observar qué estaba ocurriendo delante de él.

Lo que vio era imposible. ¡La gran piedra esférica central estaba levitando un metro por encima del suelo!

Esa extraña visión, unida al penetrante zumbido con el que vibraba todo su organismo, le hizo pensar que estaba soñando. ¡Aquello no podía ser real!

Miko entonces comprendió que esa fuerza sobrenatural que ayudaba y protegía a los Rapanui, y cuyos sacerdotes se encargaban de canalizar en beneficio del pueblo, en realidad se trataba de una fórmula musical. El gran misterio de Pascua, cómo fueron transportados los mohais, quedaba resuelto. ¡Era música!

De repente, la intensidad del estridente pitido disminuyó levísimamente, a la par que Miko percibió una ligera disminución en la altura de la esfera. ¿Se estaba deshaciendo el hechizo?

Sacando fuerzas de flaqueza, e intentando imaginar que estaba en el más absoluto silencio, se arrastró por el suelo penosamente los tres metros que lo separaban del hueco que la blanca esfera había dejado al descubierto. La potencia del tono iba claramente descendiendo, devolviendo la piedra lentamente hacia su posición inicial. Cuando Miko llegó al agujero contempló la roca, de un tamaño que hacía medio cuerpo suyo, flotando en el aire a medio metro de altura y amenazando con aplastarle la mano si seguía

adelante con sus intenciones. Levantó la vista y vio que Alicia seguía tumbada de espaldas sin enterarse del milagroso efecto de la música rongo-rongo.

Ahora o nunca. Introdujo la mano en el hueco del suelo, y luego todo el brazo. Su cara quedó rozando la pulida superficie de la piedra, que con su pálida brillantez parecía insuflarle un último esfuerzo. Aún tenía unos segundos hasta que la esfera cayera por completo. Palpó dentro del agujero desesperadamente con la punta de sus dedos. Se estiró unos centímetros más y entonces tocó algo. Era como un alambre, o un hilo tenso. Trató de agarrar el objeto que se encontraba allí escondido, pero sólo pudo rozarlo y moverlo en su escondite. En una desesperada decisión, se tiró al suelo por completo, quedando justo debajo de la mole de piedra. Desde esa posición vio que el agujero escondía un objeto bastante voluminoso. Lo empujó con dos dedos, y pudo levantarlo hasta poder agarrarlo con la mano entera. La gran esfera sobre su cabeza agotaba sus últimos segundos de suspensión vertical. Miko tiró con fuerza de lo que fuera que tuviera entre manos y lo sacó al tiempo que el sonido se extinguía por completo. En un rápido movimiento, pivotó sobre sí mismo y se retiró justo el espacio que necesitaba la gran esfera de piedra para volver al lugar que había ocupado durante siglos.

Alicia se levantó, sacudiéndose la ropa, y también el miedo que había pasado durante aquellos minutos torturada por el fustigante sonido.

Aún aturdida y sin explicación para lo que había ocurrido, se quedó de piedra al contemplar a Miko tumbado en el suelo, exhausto, junto a las esferas.

—¿Se puede saber de dónde has sacado ese arpa?

Miko se apoyó en una de las esferas tratando de imitar a Nerón con su inseparable instrumento. Con una sonrisa triunfante, frotó delicadamente sus dedos sobre las cuerdas de su descubrimiento, revelando su embriagador sonido por tanto tiempo silenciado.

—Alicia —dijo con aire solemne—, creo que hemos encontrado el cuarto instrumento.

Do you feel like a puzzle,
you can't find your missing piece?
Tell me how do you feel?
Well I feel like they're talking in a language I don't speak
And they're talking it to me

¿Te sientes como un puzle?
¿No puedes encontrar la pieza que te falta?
Dime, ¿cómo te sientes?
Bueno, siento como si ellos hablaran en un idioma que no entiendo,
Y me están hablando a mí

“Talk” Coldplay.

Capítulo 54

Peter no pudo esperar un segundo para leer el contenido del papiro recién hallado en el techo de Neuschwanstein. Sabía que corría el riesgo de ser descubierto: allanamiento de morada, destrucción de patrimonio nacional, robo, y eso sin considerar los nueve cuerpos que varias decenas de metros más abajo pugnaban por mantenerse a flote para salvar sus vidas. Agudizó el oído. Casi juraría oír los lamentos de esos pobres hombres elevándose por las oscuras almenas del castillo y emitiendo su llamada de auxilio desde las afiladas agujas.

Desatendiendo su instinto de supervivencia, se dirigió a uno de los balcones de la sala de los cantores y desplegó las hojas de papiro para que la radiante luna llena reluciera sobre la tinta que Pitágoras impregnó tantos siglos atrás.

Poniendo los cinco sentidos en ello, comenzó a leer:

El navío en el que regreso a mi tierra natal da un golpe de timón y marca un nuevo rumbo, abandonando las tierras húmedas del delta del Nilo, mientras rasga con su proa el rizado mar. Como él, mi vida también da un giro. Abandono esta tierra que tanto me ha enseñado, porque el desenlace de los últimos acontecimientos me ha hecho pensar que mi tiempo aquí se ha acabado, que debo regresar. Debo volver para enseñar. Para explicar todo lo que sé.

Desde este barco escribo estos últimos papiros que cuentan mis experiencias en Egipto, esperando que la oscilación del barco no ennegrezca con tachones mi caligrafía. Tengo mucho que contar y no quisiera perder un solo momento para relatar los sensacionales descubrimientos que me han asaltado recientemente, porque creo que son ellos los que me han elegido a mí para salir a la luz, para darse a conocer, para gritar al mundo su significado.

Recuerdo la noche que Enefis y yo pasamos hace unas semanas al calor de una hoguera al pie de las pirámides de Gizeh. El tiempo voló a lomos de una agradable conversación que tornó de la ciencia a la filosofía y viceversa, tantas veces que ya no encontrábamos la diferencia entre ambas. Por fin, al alba, como conclusión de la charla, la más extraordinaria revelación vino a mostrarse ante nosotros: ¡las pirámides eran instrumentos musicales! A esta conclusión llegamos al inferir en su forma los números principales, del uno al cuatro, uno encima del otro. Las relaciones de estos números establecen, como yo ya había descubierto antes, las notas consonantes, adquiriendo la forma de mi querida Tetraktys al plasmarlas sobre un plano. El descubrimiento fue que al extrapolar este concepto a las tres dimensiones del espacio, lo que aparece es una pirámide.

Vi a Enefis más nervioso que nunca. Intuyo que todas las piezas que tenía desordenadas en su cabeza empezaron a encajar unas con otras gracias a nuestro descubrimiento.

Me contó que la tradición egipcia enseña en las escuelas que las tres grandes pirámides de Gizeh fueron obra de los faraones Khufu, Khafre, y Menkaure, que habían vivido hacía dos mil años. El propósito de estas construcciones era ser usadas como tumbas, en las que depositar el cuerpo del faraón, mientras su alma, el ka, ponía rumbo a la morada de los dioses. La forma de la tumba se hacía de tal manera que posibilitara el viaje del ka. La forma piramidal simboliza la ascensión del alma, la congelación en un instante de un rayo de sol descendiendo del firmamento.

Todo esto era la versión oficial, pero mi amigo, de curiosidad inagotable, prefería dar su propia interpretación. Había estudiado los papiros secretos del templo de Hathor, sólo accesibles para los sacerdotes de mayor rango.

En ellos había información suficiente para, como poco, replantearse la veracidad de la explicación ortodoxa.

Me explicó que el faraón Khufu no sería recordado con gratitud por las generaciones venideras, que lo acusaban de profanar con su cuerpo un lugar sagrado, de llevar hasta tal punto su vanidad, que se quiso enterrar en la tumba más grande que jamás se había construido.

Me habló de estudios geométricos sobre la pirámide, de sus medidas exactas y de las proporciones entre sus lados, aristas y altura, que me dejaron estupefacto. Intuí que la gran pirámide contaba mucho más con sus formas, con su sola presencia, que mi interpretación asociada con las notas musicales. Aquello era tan sólo el principio. Tuve que compartir con Enufis su zozobra respecto al saber perdido a lo largo de los siglos. ¿Dónde había quedado el conocimiento de los constructores de las pirámides?

La grandeza de la construcción era otro de los aspectos que siempre le había desconcertado, pues nunca la tumba de un faraón había alcanzado semejante tamaño. Esta inquietud le llevó en el pasado a investigar más a fondo. Leyó, buscó, y casi pierde la cabeza intentando encontrar reseñas históricas de la construcción de las grandes pirámides en la época de estos faraones. Pero todo fue en balde. Según me explicó, la gran pirámide era mencionada en bastantes ocasiones, aunque no existían fuentes fiables que establecieran su origen.

Parecía haber existido desde siempre.

Enufis me contaba todo esto cuando, de repente, quedó paralizado mirando al infinito. De un repentino salto se puso de pie.

“Tienes que ver una cosa”, me dijo mirándome con los ojos perdidos.

Acto seguido me urgió a recoger los enseres, ya que debíamos volver a Heliópolis de inmediato.

Ante mi insistencia por conocer el motivo de su nerviosismo, sus labios susurraron: “Las piedras tienen el secreto”.

Le supliqué que me contara qué estaba pensando o no me movería de allí.

Mientras preparaba apresuradamente el camello para la vuelta, me explicó que el fantástico recubrimiento de piedra original de la Gran Pirámide había sido retirado por los egipcios en momentos de dificultad

económica y usado como simple mampostería para construir sus casas, dejando las paredes de la pirámide con su peculiar forma escalonada.

Y él sabía dónde habían ido a parar unas cuantas de esas piedras.

Galopando a lomos de los camellos en dirección al Sol naciente, nos dirigimos de vuelta a la ciudad, dejando tras nosotros un rastro de polvo de arena del desierto.

Al llegar al templo de Hathor, Enufis me hizo afeitarse el cuerpo y me proporcionó una túnica de sacerdote. Quería que me hiciera pasar por uno de ellos para llevarme hasta el corazón del templo. Nos introdujimos sigilosamente y me guió en silencio hacia el patio central. Simulando que meditábamos, le seguí hasta el muro que daba al exterior.

Allí me enseñó unas piedras con grabados jeroglíficos, incrustadas a media altura sobre la alta pared. Formaban una larga hilera de extremo a extremo.

“He pasado toda mi vida infinitas veces por delante de estas piedras sin encontrarles sentido alguno, pero estoy seguro de que tú puedes hacerlo”, me dijo.

No pude creerle cuando me dijo que esas piedras procedían de la mismísima Gran Pirámide. Me aseguró que unos papiros del archivo del templo así lo testificaban, al narrar cómo, muchas generaciones atrás, los monjes del templo fueron alertados de que el pueblo estaba saqueando las pirámides, y enviaron allí una expedición de sacerdotes y empleados para salvar la que llamaban “piedra de la gran sabiduría”.

Objeté que después de tomarse tantas molestias en recoger todas esas piedras, no tenía sentido que sus antepasados las usaran como mortero para la construcción de una tosca tapia. Según Enufis, es probable que con el paso del tiempo y el devenir de conflictos políticos y religiosos, se perdiera el conocimiento de la importancia de las piedras, hasta que algún ignorante sacerdote tuvo la desafortunada idea de emplearlas para levantar un muro.

En ese momento pensé que quizás había otra explicación para justificar el lugar donde terminaron aquellas piedras. Si alguien quería guardarlas, esconderlas de su destrucción ante alguna invasión o revuelta inminente, lo

mejor sería quitarles toda la importancia, sacarlas de la sala del tesoro y dejarlas a la vista de todos en el interior de una humilde pared.

Me quedé mirando absorto los extraños grabados. Pregunté por su significado. Enufis comentó que gracias a que se guardó el orden original de los jeroglíficos, podía leerse su mensaje, y empezó a caminar, mientras leía con calma los jeroglíficos inscritos en la roca.

Cuatro son los legados que un día dejaron para el hombre:

*Agua para la creación
Viento para la expansión
Tierra para la vida
Fuego para el amor...*

Yo no daba crédito a lo que Enufis iba leyendo. Realmente había un mensaje en esas piedras.

*Aquel que controle los cuatro elementos terrenales
Tendrá abierta la puerta de la sabiduría
Y se le otorgará el mayor tesoro imaginable.
Sólo el que sepa ver, verá.*

A continuación, los jeroglíficos seguían, pero se volvían ininteligibles. Llegamos hasta el final de la pared, donde los grabados terminaron.

“Creo que aquí está tu misión ahora”, me dijo.

Enufis no tenía ninguna respuesta sobre el significado de los jeroglíficos desordenados. “Quizás se cansaron de mantener el orden original”, indicó, pero para mí no tenía sentido. ¿Por qué si no molestarse en reconstruir las primeras estrofas?

Enufis sólo pudo aportar que se trataba de una caligrafía más antigua que la primera, pero no pudo identificar esos versos con ninguna liturgia, poema ni oración conocidos.

Me emocioné. Aquello era magnífico. Estábamos ante un mensaje que estuvo visible en la base de la Gran Pirámide. Todos los conocimientos adquiridos durante los últimos diecinueve años en aquellas tierras se acoplaron a mis últimos descubrimientos en teoría musical para engazar

una sólida hipótesis.

—Es una notación musical —indiqué, viniendo a mi cabeza la imagen de una larga fila de hombres alrededor del perímetro de la pirámide, invocando a los dioses a través de ese cántico.

—Notación musical... —repitió Enufis, interiorizando mi hipótesis—. ¿Un coro entonando este mensaje para procurar la subida del ka del faraón al más allá?

Mi amigo lo había entendido perfectamente. Como siempre habíamos supuesto, la música sirviendo de elemento de unión de los dos mundos, el divino y el humano. Ahora bien, si las teorías sobre una mayor antigüedad de la Gran Pirámide eran ciertas, y que Khufu sólo la tomó prestada para su tumba, lo que había que preguntarse era cuál sería la función primigenia de la pirámide.

En aquel momento no podía resolver semejante incógnita, así que me concentré en lo que tenía delante de mí. Debía empezar por intentar poner en orden el conjunto de símbolos del final de la estela.

Consulté a Enufis sobre la representación gráfica de la música en la tradición egipcia y él me explicó que la música se transcribe mediante un jeroglífico que representa al director musical sentado y cambiando la inclinación de su brazo y los dedos de la mano según la melodía que hay que interpretar.

Su explicación me decepcionó, pues los jeroglíficos de la pared no se parecían en nada a lo descrito por Enufis. Le insistí en que estaba seguro de que allí se escondía una melodía, quizás en una notación musical desconocida. Enufis no dio crédito a mi teoría, y he de reconocer que se opuso con un sólido argumento que yo mismo hubiera defendido días atrás: si no se trataba de una notación egipcia, ¿quién la había creado entonces?

Callé en ese momento y agaché la cabeza ante el sabio Enufis, que tanto me había enseñado. No podía decirle que la música de las esferas no la había creado nadie, que existía desde siempre.

Aquella fue mi última conversación con él. Mi destino me había puesto un reto, y yo iba a abordarlo. Pocos días después me embarqué en este navío con destino a mi Samos natal. Allí dedicaré todo mi esfuerzo a descubrir la

música de las esferas. Para ello cuento con la transcripción de los grabados del muro del templo de Hathor. Enufis me ayudó a escribirla y me proporcionó un pliego de papiro de la mejor calidad, del que usaban en su templo para transcribir los textos más importantes. Por sencillez para mí, traduje cada jeroglífico en el muro del templo de Hathor a una letra diferente del abecedario griego. Guardo la transcripción conmigo, a buen recaudo, separada del resto de este mi diario. Ahora es mi tesoro más valioso. Estoy convencido de que ahí se encuentra lo que he estado buscando toda mi vida, o quizás, aquello que ha estado esperando siempre a que yo lo encuentre: el mayor secreto jamás desvelado.

¿Quién dejó grabada en la pirámide esta música? No lo sé, pero quizás ese misterio permanezca enterrado en las arenas del desierto por siempre jamás. Yo, por mi parte, no descansaré hasta encontrar la música de las esferas, porque en ella radica la esencia de la vida. Y si fuera capaz de encontrarla, tendría en mi poder lo que nadie ha poseído nunca, el conocimiento más importante que se pueda abarcar, la clave de todo.

Capítulo 55

¡Alicia! —gritó Bibrau desde el fondo del pasillo de la cafetería.

—¡Pai! —exclamó seguidamente el niño que estaba jugando junto a ella.

Los dos se levantaron de un salto y corrieron hacia la puerta, abalanzándose sobre Alicia y Miko como dos torbellinos. Los adultos vieron cómo su maltrecha resistencia emocional se derrumbaba y rompieron en lágrimas. El abrazo de emociones, risas y llantos hizo dudar a los dos viajeros de la decisión de haberlos dejado solos. El pequeño Nico estaba acostumbrado a las ausencias de su progenitor, pero se notaba que Bibrau lo había llevado peor, al verse despojada de sus padres adoptivos justo después de desprenderse de su anterior familia.

Alicia sintió un puñal desgarrando su corazón, y se prometió no volver a abandonarla jamás.

Rui, el paciente amigo de Miko, les recibió con unas abultadas ojeras dibujadas en su rostro, y se retiró arrastrando los pies tras hacerles un resumen de la entretenida semana que había pasado con los niños.

Todos se dirigieron escaleras arriba. El salón había cambiado bastante respecto a como Alicia lo recordaba. Ahora parecía un campo de batalla: juguetes desparramados por el suelo, una banqueta volcada cual improvisada barricada, libros infantiles abiertos, pinturas de colores derramadas; en una de las paredes, Rui les había preparado un pequeño cine: el proyector de Miko sobre un taburete y una sábana como pantalla. Nico y Bibrau corrieron hacia allí a disputarse la posesión del mando a distancia.

Miko no pareció inmutarse ante la invasión infantil de su sagrado templo musical, y se dirigió con decisión a un arcón situado en una pared para extraer uno a uno los instrumentos conseguidos en las cuatro pruebas alrededor del mundo.

Primero sacó el tambor que el pueblo San le había entregado para bailar con ellos “La Danza del Sol”. Su aspecto débil contrastaba con la potencia del grave sonido que emitía su tensa membrana de piel.

En segundo lugar extrajo el ney que Wobniar les había regalado tras la accidentada aventura a través de los bosques tropicales de Sumatra. Aquella antiquísima flauta de caña rivalizaba en antigüedad con el tambor, ya que el ney era el precursor de todos los tipos de flautas modernas.

A continuación miró a la pequeña Bibrau. Su voz, clara y a la vez profunda, les había sido entregada como ofrenda. Pero el regalo era ella misma, una niña sensible, cariñosa y entrañable. Tendría que esforzarse para no encapricharse con ella y así evitar sufrir cuando se la devolvieran a su abuelo Taqqiq, una vez que hubiera realizado su cometido, cualquiera que fuera.

El cuarto instrumento lo habían traído con ellos desde el ombligo del mundo. Miko observó con detenimiento el arpa que había rescatado bajo la roca que para los Rapanui simbolizaba el centro del universo. Estaba formada por un mástil ligeramente curvado en cuyos extremos se anudaban cinco cuerdas. Era un tipo extraño de arpa, que se asemejaba más a un arco para disparar flechas.

Obviando el instrumento “humano” del conjunto, Miko observó por primera vez los tres instrumentos “materiales” juntos, y cayó en la cuenta de la buena orquesta que conformaban. No sólo porque estuvieran representadas las tres clases de instrumentos, percusión, viento y cuerda, sino también porque había algo que unía irremisiblemente a los tres, otorgándoles una armonía que hasta ahora no se había planteado. Miko estaba seguro de que esos tres elementos formaban parte de un todo, pero en ese momento no lograba adivinar cuál era la clave. Miles de imágenes y recuerdos se agolparon en su mente fugazmente. Sabía que tenía la respuesta bajo una montaña de datos, pero había algo que todavía se le escapaba.

Frustrado por su capacidad memorística, decidió buscar en los libros. Se dirigió a una estantería donde almacenaba una buena biblioteca sobre teoría musical, varios volúmenes de historia de la música clásica y contemporánea, y su querida colección de libretos de partituras medievales. Recorrió con el dedo la sección de historia antigua, y su índice quedó atrapado por una fuerza magnética señalando un viejo volumen de tapas raídas. De pronto, un relámpago de lucidez le abrió los ojos. El título de aquel grueso tomo se convertía en la piedra angular que sostenía el castillo de pistas que habían ido construyendo los meses anteriores. Ahora contempló con meridiana claridad cuál era el origen común de aquellos tres instrumentos. El título del libro era “La música del Antiguo Egipto”, y recordaba perfectamente las láminas de su interior que reproducían con detalle los instrumentos musicales de aquella civilización perdida: el tambor convexo, el ney y el arpa de arco.

Abrió el libro y buscó con ansiedad la ilustración a todo color de un arpa egipcia que ocupaba las páginas centrales. Allí estaba, calcada a la que acababan de traer de la Isla de Pascua. El pie de foto indicaba que se trataba de una reconstrucción de un arpa de la III dinastía, y que medía algo más de dos metros, exactamente 4 codos egipcios. Estaba a punto de cerrar el libro e informar a sus compañeros de su trascendental descubrimiento, cuando algo atrajo su atención en la esquina inferior de la página. Un asterisco indicaba con precisión la conversión utilizada: “Un codo real egipcio = 0.523 metros”.

—No puedo creerlo... —musitó mirando a Alicia, que se acercó a comprobar la causa de su desconcierto—. Alicia, aquí está ese número de nuevo: 0.523.

Alicia echó un rápido vistazo a la lámina, observó la unidad de medida, y comprendió el verdadero significado de los números que guiaban el juego de un lugar a otro.

—¡Las distancias entre un lugar y el siguiente están expresadas en codos egipcios! ¿Qué significa eso?

—Significa que tenemos que irnos rápidamente a Egipto. Allí debemos encontrar la siguiente casilla de nuestra aventura.

Automáticamente, Alicia se giró hacia Bibrau. Los niños volvían a disputarse el mando a distancia tras acabar el capítulo de los dibujos

animados que habían estado viendo.

—No te preocupes por ellos —dijo Miko, contemplando el semblante preocupado de Alicia—. Vienen con nosotros.

La cara de Alicia cambió de repente. Parecía que había visto un fantasma.

—¿Qué es eso, Miko? —preguntó lentamente, como si ella misma no se creyera lo que estaba viendo.

El músico se giró hacia la improvisada pantalla. En la refriega de los niños, que seguían chinchándose en el suelo, el canal había cambiado accidentalmente a las noticias. La imagen mostraba a vista de pájaro unos campos de cultivo en los que se observaban diferentes dibujos realizados doblando las espigas del cereal. Los había de todas las formas y tamaños, y en su mayoría representaba conceptos abstractos. El helicóptero sobrevoló varios de ellos de discreto tamaño hasta detenerse sobre uno de enormes proporciones. Se trataba de un rectángulo de cuatro filas rellenas de figuritas que representaban formas humanas, aves y peces. El subtítulo de la imagen completaba la información: “Nuevos círculos aparecidos en Wiltshire, Inglaterra”.

Miko y Alicia se miraron asustados. ¿Cómo demonios aparecía dibujada en los campos de trigo la tablilla rongo-rongo que acababan de descubrir si nadie más la conocía?

La noticia terminó y dio paso a la información meteorológica. Rápidamente, Miko encendió el ordenador y se conectó a internet. Realizó una búsqueda de las noticias recientes sobre los “círculos de las cosechas”. Sorprendentemente, había habido mucha actividad últimamente respecto a este viejo misterio. En particular, los campos del condado de Wiltshire en Inglaterra habían sido arrasados por multitud de estos fenómenos, si bien el nombre de “círculo” no era siempre fiel a las extravagantes formaciones de espigas dobladas. Miko recibió una avalancha de páginas sobre quejas de agricultores y descabelladas teorías conspirativas que trataban de explicar las extrañas apariciones.

Allí no estaba lo que buscaba. Clicó en “imágenes” para filtrar únicamente las fotografías. Las primeras en aparecer eran famosas instantáneas de los años setenta que habían inspirado portadas de discos y

alguna que otra película.

—¿No es eso “*Te Pito o te Henua*”? —preguntó Alicia, mientras señalaba con su dedo tembloroso una de las pequeñas imágenes de la lista.

—No puedo creerlo —admitió Miko, mientras desplegaba la foto con toda su resolución.

La imagen mostraba cuatro grandes círculos dispuestos alrededor de uno más grande aún, ocupando todos una gran extensión de terreno cultivado. A gran altura, reflejaba con exactitud la formación de piedras del lugar ceremonial de la Isla de Pascua, si bien un zoom de la imagen reveló información aún más sorprendente.

—¡Dios mío —exclamó Miko—, es una narración de nuestra aventura! Alicia se abrazó por detrás a Miko mientras escrutaba la pantalla tratando de asimilar lo que veía.

El primero de los círculos periféricos mostraba con exactitud el mural que vieron pintado en el interior de la cueva del pueblo San.

El segundo dibujo representaba una réplica bastante fiel del plano del templo de Borobudur en Indonesia.

El tercero era muy fácil. Aun sin saber nada del lenguaje de las runas, sabrían escribir con los ojos cerrados la frase que había aparecido sobre el campo de trigo: “*Bibrau es el nombre de la niña que se sienta en el azul*”.

El cuarto círculo correspondía a la tablilla rongo-rongo de Pascua.

Para el dibujo que se había formado en medio de los anteriores no encontraron ninguna similitud con nada conocido. Este sobrepasaba claramente en tamaño a los otros, y tenía el aspecto de un cuadrado que encerraba un círculo con millares de puntos en su interior.

Miko se estrujaba el seso buscando un sentido coherente sin tener que recurrir a la coincidencia.

Era poco probable que alguien hubiera explorado la caverna de los San, pues la custodiaban con gran celo; aunque no imposible. Como centro de peregrinación budista, Borobudur era uno de los lugares más visitados del planeta, y por tanto fotografiado un millón de veces. En ese caso, cualquiera podía haber realizado su réplica sobre los campos de trigo ingleses. El bastón de runas estaba expuesto en un museo, luego era público...

—Lo de la tablilla rongo-rongo no tiene explicación —dijo Miko—. Hace dos días que la descubrimos y no la hemos hecho pública. ¡Nadie conoce su existencia!

—Miko, todo esto está empezando a asustarme de verdad. Esos cuatro círculos representan cada una de nuestras pruebas alrededor del mundo, ¡y ahora aparecen espontáneamente en unos campos de trigo...!

—Tengo una corazonada —dijo Miko—. Buscaré las fechas.

Tras unos minutos de investigación en las ediciones digitales de los periódicos locales del condado de Wiltshire, Miko alzó la cabeza y se quedó mirando el techo con la mirada perdida.

—Las fechas de aparición de los círculos coinciden con la finalización de nuestras pruebas en Sudáfrica, Indonesia, Groenlandia y la Isla de Pascua —dijo con pausa, tratando de entender las causas de aquellas coincidencias temporales.

—Esto no tiene sentido... —reconoció Alicia, que se retiró y comenzó a dar vueltas, inquieta, por la estancia.

—Examinemos el resto de círculos. Parece ser que en las últimas semanas han aparecido cientos por toda la zona.

La pesquisa no dio ningún resultado. Fueron incapaces de asociar ninguna de aquellas formas a los últimos acontecimientos de su vida. Aunque algunos competían en belleza y perfección con los primeros, otros se reconocían claramente como burdas patrañas.

—¿Y el círculo central? —preguntó Alicia—. ¿No deberíamos reconocer esa última figura? Está encerrada por las otras cuatro que son claramente “nuestras”... Quizás se trate de otra pista... ¡Ése es el siguiente enigma!

—Creo que es mucho más que eso, fíjate en la configuración, es idéntica a *Te Pito o te Henua*: cuatro círculos pequeños alrededor de uno grande. Ahora entiendo lo que significa: las cuatro pruebas resueltas y el premio final. ¡Ese círculo central es nuestra merecida solución al juego!

—No lo entiendo, ¿te refieres a un mensaje sólo para nosotros? ¿Pero de quién?

—No lo sé, pero está claro que nosotros somos los únicos habitantes del planeta que podemos reconocer ese conjunto de círculos.

—Y los únicos que poseemos los cuatro instrumentos para afrontar la prueba final. ¿Pero qué tenemos que hacer? ¿Y dónde?

—Para saber qué, tendremos que resolver el mensaje del círculo central, ese disco de puntos salteados. Para el dónde, apuesto a que el lugar está en Egipto. Sigo pensando que debemos ir allí de inmediato.

—Un momento —vaciló Alicia—, creo que nos estamos precipitando. ¿De verdad vamos a dar credibilidad a los círculos de las cosechas? Ya se demostró que eran una gran broma. ¿No fueron aquellos dos abueletes de la campiña inglesa los culpables de la alerta extraterrestre que sacudió el planeta?

—Sí, me acuerdo de la noticia —dijo Miko—. Ellos fueron los que comenzaron a pisar el trigo por las noches, creando esos extraños dibujos que sedujeron la imaginación de todo el mundo.

—Pero si son una farsa, entonces no deberíamos dar importancia a lo ocurrido, por más que nos veamos reconocidos en alguno de ellos.

—No, Alicia, dime, ¿qué mejor manera hay de ocultar un mensaje que hacerlo pasar por falso? Mira el resto de círculos, ¡son sólo señuelos! Hoy en día todo el mundo se ríe de los círculos de las cosechas, de los investigadores de fenómenos paranormales y de sus inverosímiles teorías. Sólo los que poseemos las claves correctas sabemos interpretar que existe de veras un mensaje oculto.

—Pero Miko —se quejó Alicia con amargura—, ignoramos quién lo ha realizado, cómo y para qué.

—Una cosa sí sabemos: que es para nosotros —respondió Miko, que se zambulló de nuevo en el ordenador, clicando y tecleando frenéticamente durante un minuto—. ¡Sí, tenemos vuelo para mañana! Hagamos las maletas, el avión a El Cairo sale a las diez de la mañana.

—Está bien —asintió Alicia—, llamaré a David para que analice la imagen por ordenador. Creo que sin su ayuda no conseguiremos descifrar esta última prueba.

Capítulo 56

Hermano, he venido a salvarte —le susurró Peter a William al oído. Lo había dispuesto todo para el largo viaje. El jet privado de La Academia les estaba esperando en el aeropuerto. El personal médico que cuidaría de William durante el trayecto empujó la camilla fuera de la habitación que había ocupado durante los últimos veinte años. Su estado había empeorado en los últimos días. La enfermedad degenerativa que le hacía perder masa muscular se había hecho visible también en su rostro. La piel de la cara descansaba directamente sobre los huesos del cráneo, sin el soporte del tejido blando intermedio. William había envejecido veinte años en una semana.

“No dejaré que vuelvas a entrar aquí”.

La ausencia tan prolongada de los cabecillas de La Academia ya estaba empezando a generar diversos comentarios entre los miembros de orden inferior. Peter seguía manteniendo que no sabía nada, pero en su cabeza todavía retumbaban los gritos histéricos de salvación de aquellos indignos.

El diario de Pitágoras que había encontrado en el castillo de Neuschwanstein indicaba claramente cuáles eran las instrucciones para activar el poder de la música de las esferas. Era muy sencillo: ¡solamente había que interpretarla en la base de la Gran Pirámide! Allí era de donde habían salido los jeroglíficos que Pitágoras había copiado del templo de su amigo Enufis en Heliópolis.

El sonido del móvil vino a interrumpir su visión de la magna obra que completaría en muy poco tiempo.

—Por fin le encuentro, señor Bigelow. ¿Dónde se han metido todos? No hay manera de encontrar a nadie...

La llamada cogió por sorpresa a Peter. El número correspondía a la Casa de la Geometría en Alaska. Su corazón no pudo evitar dar un vuelco. ¡Ahora no necesitaba esa llamada, ya tenía toda la información para curar a William!

—No lo sé —le respondió al nervioso joven que había decidido realizar la llamada ante la ausencia del jefe—. ¿Tienes alguna información relevante para mí?

—Hemos encontrado su canción, señor Bigelow. La coincidencia es total, cada una de las 73 notas que nos pasó para el rastreo han aparecido en el estribillo de una canción que ya existe.

Peter se quedó de piedra.

—¿Y quién es el autor de la composición? ¿De dónde viene? —gritó Peter atropelladamente.

—La hemos encontrado colgada en una página web española de un autor desconocido. Bueno, hace unos años tuvo éxito en las pistas de baile de todo el mundo, pero luego se retiró y no ha hecho nada importante desde entonces. Se llama Miko Tarvuk. Su web apenas era visitada por unos cuantos cibernautas hasta hace unas semanas.

—¿Ha cambiado algo desde entonces?

—La canción está teniendo mucho éxito y se está extendiendo rápidamente a través de internet. Ahora mismo es “TT” en *Twitter*.

—¿“TT”? —preguntó Peter, algo azorado por desconocer la terminología.

—“*Trending Topic*”, lo más hablado en la red social.

Peter aún seguía conmocionado. ¿Una canción de moda que contenía las notas que a él tanto esfuerzo le había costado conseguir?

—Hay que investigar a ese autor —ordenó con urgencia—. Necesito saberlo todo sobre él. Desde quienes fueron sus maestros de música hasta los lugares del mundo que visitó con sus conciertos, qué hizo, a quién conoció, sus vicios y sus virtudes.

¿Cómo habría llegado el tal Miko Tarvuk a descomponer musicalmente un código indescifrable de caracteres griegos de un pergamino que ni tan siquiera era público? ¿O quizás ese tipo poseía otras fuentes diferentes...?

—De acuerdo, le enviaremos un informe. Como medida preventiva, hemos bloqueado su servidor para inutilizar su página e impedir que se extienda, pero servirá de poco, su canción digitalizada ya está “en la nube”.

—¿Dónde vive ese tipo?

—En Lisboa, pero no le encontrará allí. Tiene sacados unos billetes para Egipto para mañana mismo.

“¡Egipto!”. No podía creerlo. ¿Conocería ese tipo también todo lo que él había averiguado sobre la música de las esferas? ¿Cómo lo había conseguido?

—Tenemos que encontrar el motivo exacto de esa visita —instó Peter.

—Supongo que va a tocar en algún concierto, es muy famoso ahora —indicó el joven, en un tono que dejó claro a Peter que no tenía la más mínima idea.

—¡Investígalo, maldita sea! —gritó furioso, y colgó.

Debía darse prisa, parecía que alguien quería adelantársele. Si, como dejó escrito en su diario, Pitágoras transcribió los jeroglíficos egipcios de la Gran Pirámide a letras griegas, eso significaba que la música original egipcia sonaba ahora por todos los rincones del planeta gracias a que un músico desconocido la había colgado en internet. Si Miko Tarvuk se dirigía a El Cairo, no sería raro que se lo encontrara en la base de la Gran Pirámide interpretando su canción. Pitágoras asociaba esta música con una partitura de acompañamiento a algún misterioso rito que allí tenía lugar. Ignoraba las intenciones de ese autor moderno, pero él tenía muy claro para qué debía ir allí. William, y toda la humanidad, necesitaban el bálsamo de la música para despertar de su largo letargo.

Capítulo 57

Peter observaba con ojos de depredador el *lobby* del Hotel Intercontinental. Desde su posición, sentado en uno de los cómodos sillones de espera, controlaba tanto la puerta rotatoria de entrada como el mostrador de recepción. Consultó en su smartphone que el avión de Miko Tarvuk había aterrizado hacía casi dos horas. No tardarían en llegar.

La señal de llamada entrante en su móvil no pudo ser más inoportuna. Furioso, hizo el amago de rechazarla cuando identificó en el número del llamante el prefijo de un país caribeño. La Casa de la Astronomía, pensó, y no dudó en descolgar sin apartar los ojos de la entrada.

—¿Es urgente? —preguntó sin dilación.

—Señor Bigelow, siento importunarle, pero llevamos unos días sin localizar al señor Lecygne. La importancia del descubrimiento de nuestra investigación nos ha empujado a comunicarnos con usted directamente.

La voz del segundo de a bordo de Philippe en Astronomía era rigurosa, profesional, aunque no podía disimular su inquietud por la ausencia de su jefe.

—Te refieres a las señales binarias procedentes del Sol, ¿verdad?

—Así es. Hemos tenido un tercer pulso hace unos días.

—¿Habéis conseguido decodificarlo al fin?

—No, el código binario se nos escapa por completo. Hemos probado con todas las codificaciones y algoritmos conocidos, pero no tenemos ni idea de lo que representan.

—¿Entonces para qué me llamas? —se irritó Peter—. ¡Seguid con la tarea!

En su fuero interno, pensaba que todo aquel asunto de las señales del espacio exterior no tenía nada que ver con la música de las esferas.

—Las tres señales nos han permitido triangular con gran precisión a dónde apuntaban. El objetivo ha sido siempre el mismo, unas coordenadas terrestres en el sur de Inglaterra, en el condado de Wiltshire, para ser más concretos.

A Peter no le decía nada aquella información. Su paciencia estaba a punto de estallar. Resopló, y dejó un solo segundo más para que el ayudante de Lecygne se explicara.

—Hace unas semanas que están ocurriendo unos fenómenos muy extraños en esa área. Los campos de cereal han vuelto a ser objeto de formaciones que dibujan diferentes signos con las espigas dobladas que sólo son visibles a vista de pájaro.

—¿Los “círculos de las cosechas”? —se extrañó Peter, que creía que esos fenómenos habían acabado décadas atrás. Aunque no era dado a especular con teorías paranormales, nunca se creyó la versión oficial con la que se dio carpetazo al tema. Dos paisanos ya entrados en años se emborrachaban en la taberna y se iban de madrugada a pisar las espigas con unos trineos de madera. ¿No era esa una explicación mucho menos creíble que la del origen extraterrestre? Ni el gran tamaño de los círculos, que implicaba un tiempo y un despliegue de medios considerable, ni las formas dibujadas, muchas de ellas basadas en complejos cálculos y tecnología fractal, podían atribuirse a dos borrachines aburridos. Pero lo que pudo haber sido un nuevo “Área 51” se convirtió en un parque temático esotérico y un rentable negocio turístico: excursiones, cursos de construcción de círculos, museos, tiendas, cafeterías... Bien pensado, si alguien hubiera querido tapar la importancia que tenían los círculos, no se le habría podido ocurrir mejor idea que trivializar el asunto y convertirlo en otro objeto más de consumo para nuestra ignorante sociedad.

—Han aparecido cientos de ellos últimamente —apuntó el ayudante de Lecygne al otro lado de la línea, que esperaba una orden directa del jefe de La Academia.

Peter estaba visualizando los pulsos binarios dibujando caprichosas formas sobre el cereal inglés. ¿Qué demonios tenía eso que ver con la música de las esferas?

Su cabeza se vio obligada a cambiar rápidamente de pensamiento. Miko Tarvuk acababa de aparecer en el hotel.

Colgó sin despedirse y se parapetó tras el periódico. Tenía la imagen del músico grabada en la cabeza, por lo que lo reconoció sin ningún género de duda. Quienes se le escapaban por completo eran la mujer que lo acompañaba y los dos niños, el pequeño saltarín de unos siete años y la asustada niña de unos diez. ¿Sería posible que se hubiera traído a toda la familia? En su mente se cruzó un pensamiento fugaz para aprovechar después esa inesperada situación, pero en ese momento debía seguir el plan preestablecido.

Él también se había registrado en el hotel y había dejado su maleta al conserje para que la subieran a la habitación. Una vez allí le quitó la etiqueta identificativa con el número de habitación y la guardó con delicadeza en el bolsillo interior de la chaqueta.

Vio cómo Miko se dirigía al mostrador de recepción y sus acompañantes daban una vuelta por el *hall* del hotel. La mujer iba señalando y explicando aquí y allí lo que veía a la niña. Con el rabillo del ojo, Peter seguía la maniobra de descarga del equipaje de Miko desde una mini furgoneta. El carrito del hotel se llenó hasta arriba con varias maletas, una de ellas de gran tamaño. Los mozos se acercaron a su encargado y éste les indicó dónde tenían que subir la carga. Peter se levantó como un resorte y siguió el recorrido del carrito hasta el ascensor. Llegó justo a tiempo de colarse por delante para evitar cualquier sospecha. Las puertas se abrieron y Peter penetró hasta el final seguido por el carro de las maletas y varios huéspedes más.

Como había previsto, Miko y su familia aún permanecían en el *lobby*, completando el *check-in*. Lo que no había sospechado Peter era el número de maletas que traerían. Él sólo tenía una etiqueta con su número de habitación. Había pensado que Miko vendría solo y con un único bulto. Deslizó la mano por el interior de su chaqueta y tocó el papel. Su idea era echar un vistazo al equipaje del músico para averiguar qué motivo le traía a Egipto, y si sus

intenciones pasaban por entrometerse en su perfecto plan para la música de las esferas. En ese momento tuvo que decidir. La maleta de grandes proporciones era en realidad un arcón de madera. Tenía todas las papeletas para ser lo que buscaba. El botones que arrastraba el carro permanecía absorto en el panel que indicaba los pisos. Era el momento. Iban por la tercera planta cuando comenzó la maniobra de extracción. En el séptimo piso comenzó la de sustitución, y en el decimocuarto la etiqueta ya estaba cambiada. El ascensor paró en la planta quince. El carro salió empujado lentamente, y Peter permaneció al fondo suplicando que el botones comprobara el número de habitación antes de entregarlas.

A continuación subió a su habitación y procuró tranquilizarse. Debía mostrarse sereno para hacer una buena interpretación.

A los tres minutos sonó el timbre de la puerta. Compuso un rostro irritado y abrió.

—¡Ya era hora de que subieran mi equipaje! —gritó al muchacho que había visto antes. El botones traía una expresión de confusión en la cara, sin duda motivada por las dudas que le habían surgido al entregar las maletas del huésped anterior.

—¡Vamos, mételo aquí, muchacho! —ordenó Peter, que ondeó un billete de cien dólares delante del botones. Eso hizo que sus dudas se disipasen al instante.

La puerta se cerró y Peter se plantó delante del arcón. Debía darse prisa, Miko Tarvuk no tardaría en reclamar el resto de su equipaje. Aunque estaba cerrado con un candado, tenía preparadas unas grandes tenazas que cortaron el acero como la mantequilla. Su plan era desaparecer de allí en cuanto terminara la inspección. Había presentado documentación falsa en el hotel, así que nadie podría seguirle la pista.

Lo que descubrió dentro del arcón lo dejó helado. Lo primero que le llamó la atención fue el objeto más voluminoso. Enseguida se acordó de su amigo Amir, el músico egipcio experto en músicas antiguas. Gracias a él reconoció el arpa de mástil curvo. La cogió con sumo cuidado y rasgó suavemente las cuerdas. Un elegante sonido brotó al leve contacto con sus dedos y se amplificó en la caja de resonancia. A su mente vinieron las

conversaciones con Amir respecto a las antiguas tradiciones musicales egipcias. Aquel instrumento le transportó a ese mundo de ritos secretos practicados al son de sugerentes melodías.

El pequeño tambor, sin embargo, carecía de las delicadas formas del arpa, pero su rudimentaria construcción no vaticinaba el sonido seco, potente y visceral que Peter le sacó al cuero en una rápida sucesión de golpes.

El tercer y último instrumento era una flauta. Pese a su aspecto extremadamente frágil, Peter no pudo evitar la tentación de llevársela a la boca. El áspero tacto de sus labios con la dura caña le hizo pensar que el instrumento se resistía a ser tocado. El desafinado armónico que sonó cuando sopló se lo confirmó.

El arcón no contenía nada más. Aún no comprendía para qué servirían aquellos instrumentos tan particulares, pero su intuición le decía que eran de vital importancia. Quizás había pasado algo por alto en su investigación sobre la música de las esferas, algo que ese músico de discoteca había averiguado en paralelo.

Pero no tenía tiempo para pensar. Volvió a colocarlo todo en su sitio precipitadamente y salió de la habitación. Por suerte, el pasillo estaba vacío. Nadie se había percatado aún del error con el número de habitación. Cuando lo hicieran, lo encontrarían allí, con el candado roto, pero todo en su lugar. Al no existir robo, esperaba que nadie iniciara ninguna investigación para conocer quién era la persona que había pagado esa habitación por adelantado y había desaparecido sin más.

Tomó la escalera y bajó fingiendo tranquilidad, disimulando la confusión mental que esos antiguos instrumentos le habían provocado. Cuando llegó a la planta baja, Miko y su compañía ya no se encontraban allí. Abandonó el hotel y se dejó ir por la Corniche el Nile hasta el comienzo del puente Qasr al-Nil. Una pareja de gigantescos leones de bronce custodiaba la entrada al puente. Peter lo interpretó como un desafío a encontrar la pieza del engranaje que faltaba para desvelar el secreto mejor guardado de la antigua civilización egipcia. Buscó el banco desde donde hacía unos meses había atisbado la conexión del Antiguo Egipto con el pergamino de Pitágoras. Como un antiguo salmo que el imponente caudal del río hiciera descender desde los

templos del Alto Egipto susurrándolo con el rumor de la corriente, los versos del pergamino volvieron a sonar en su cabeza:

Cuatro son los legados que un día dejaron para el hombre:

*Agua para la creación
Viento para la expansión
Tierra para la vida
Fuego para el amor*

*Aquel que controle los cuatro elementos terrenales
Tendrá abierta la puerta de la sabiduría
Y se le otorgará el mayor tesoro imaginable.
Sólo el que sepa ver, verá.*

“Agua, viento, tierra y fuego —enumeró mentalmente—, los cuatro elementos básicos de la naturaleza para todas las culturas antiguas”.

Una rápida asociación mental hizo que al leer la palabra “viento” le viniera a la cabeza la flauta del arcón de instrumentos de Miko Tarvuk. La flauta era un instrumento de viento.

Al instante analizó las posibles relaciones entre el resto de instrumentos y de elementos químicos.

El mástil y la caja de resonancia del arpa de arco estaban contruidos de madera, y las cuerdas eran de hilo trenzado. Eran elementos que simbolizaban bastante bien el concepto de “tierra”.

Peter conocía de sobra que el sonido del tambor activaba la zona límbica del cerebro, la más primitiva. De hecho, su sonido evocaba el primer tam-tam. Si cerrabas los ojos, estos simples golpes de tambor te podían hacer viajar en el tiempo hasta la época prehistórica, cuando los primeros homínidos retumbaron sus tambores en torno al fuego para congregar a su grupo y ahuyentar a los enemigos. El tambor y el fuego se convirtieron en

elementos esenciales para nuestra supervivencia, asociándose para siempre en una conexión neurológica de nuestro cerebro.

¿Y el agua? Faltaba un instrumento para ponerle el lazo a su teoría. Fijó su mirada en la corriente del Nilo. El agua significaba para los egipcios la propia vida. La subida del río hacía nacer las cosechas en todo el delta, permitiendo la supervivencia de la especie. Una especie humana que se creó en los mares. Un homo sapiens que está compuesto de agua en un setenta por ciento. ¡El agua representaba el género humano y a su mágico instrumento: el canto!

Su corazón amenazaba con saltar por encima de la barandilla. No podía creer que el pergamino, que creía ya totalmente analizado del derecho y del revés, tuviera aún secretos que desvelarle. Trató de poner la mente en blanco, borrar lo que había aprendido hasta ahora, para intentar reconocer qué más tenían que susurrarle esos versos.

*Aquel que controle los cuatro elementos terrenales
Tendrá abierta la puerta de la sabiduría*

La interpretación ahora era transparente: sólo los poseedores de los cuatro instrumentos musicales abrirían la “puerta de la sabiduría”.

¿Pero de qué puerta hablaba? Según el diario de Pitágoras, la canción debía tocarse en la Gran Pirámide. ¿Acaso abriría una nueva puerta en la pirámide de Keops?

Aquella pregunta le hizo recordar su conversación con su colega Amir sobre los misterios sin resolver del Antiguo Egipto. ¿Qué habría detrás de aquella puerta? ¿Quizás la revelación definitiva de la verdadera antigüedad de la Gran Pirámide?

La rocambolesca historia de los círculos de las cosechas que había aparcado en algún lugar de su cerebro reclamó su protagonismo y se presentó a resolver la última pregunta. ¿Acaso se trataba de una puerta estelar?

¿Qué podría estar causando los círculos en los campos de trigo de Inglaterra si no era un asunto extraterrestre?

La primera frase del pergamino cobraba ahora un sentido completo.

Cuatro son los legados que un día dejaron para el hombre.

“No —pensó Peter—, el asunto no era precisamente extraterrestre, sino muy terrestre”. La palabra “legado” implicaba necesariamente que alguien dejó el agua, el viento, la tierra y el fuego, es decir, los cuatro instrumentos, a propósito en la Tierra hace miles de años.

—¡Atlantes! —exclamó Peter emocionado, sin percatarse del asombro de las personas que pasaban a su lado—. ¡La civilización perdida!

Una nueva visión eclipsó las demás, dibujando los “descendientes de Horus” subiendo la escalinata del Templo de Dendera cargados de ofrendas hasta el tejado y regresando de vacío.

Ahora el cuadro resultaba visible en su totalidad; el misterio en torno al pergamino brillaba como la luna en una noche oscura. Por fin, la música de las esferas sonaba alta y clara.

Peter voló con la imaginación hasta la precivilización atlante, aquella que según la leyenda, ocupó nuestro planeta antes del gran diluvio. Se vio a sí mismo paseando por una calle de baldosas de oro. Toda la gente le sonreía al pasar. No eran necesarias las palabras, pues la comunicación se realizaba a través de sonidos que emanaban en ligeras vibraciones de nuestra piel. Las palabras engañaban, pero la música expresaba los sentimientos en su estado puro. En el aire flotaban aromas de buganvillas púrpuras, y de fondo se escuchaba el inconfundible himno del reino: la música de las esferas. Los habitantes usaban pequeños aviones particulares para sus desplazamientos, unos artilugios mecánicos que nunca fallaban y por lo tanto no causaban la muerte de sus ocupantes. Peter abrió la puerta de su casa y su madre le recibió con su tarta de manzana favorita aún humeante en las manos. En el patio de atrás, su hermano William se balanceaba en el columpio y gritaba de pura felicidad. Su padre bajó en ese momento de su estudio de composición. Llevaba una túnica blanca e iba descalzo. Con su afilada barba, podría haber pasado por Pitágoras el griego.

Pero un día empezó a llover sin parar y, meses después, esa civilización decidió partir de la Tierra con urgencia. Sin embargo, los monjes, que atesoraban toda la sabiduría, se encargaron de dejar escritas en una Gran

Pirámide las instrucciones para volver: cuatro instrumentos y una canción.

Y se le otorgará el mayor tesoro imaginable.

Miles de años después, él tenía ese tesoro en sus manos: la capacidad de cambiar el mundo. Peter Bigelow era el encargado de traer de vuelta esa civilización. Con la música de las esferas radiada al mundo entero conseguiría modificar el esquema cerebral del ser humano y convertir el planeta en lo que un día fue: una civilización pura.

Capítulo 58

Iré a pedir las llaves de la habitación —indicó Miko tras atravesar la gran puerta giratoria del hotel. Divisó con fastidio la enorme cola que formaban un nutrido grupo de japoneses y le dio un beso a Alicia—. Espera por ahí, y sujeta a los niños no vaya a ser que rompan algo —añadió sonriendo.

Mientras esperaba pacientemente, tuvo tiempo de repasar el día. La verdad es que no había sido muy fructífero en cuanto a la investigación, pero se lo habían pasado fenomenal los cuatro juntos. Parecían una familia, y eso le había hecho ver el asunto de su caja de música desde otra perspectiva. Ya no importaba si el juego se truncaba allí en Egipto, si no encontraban la última prueba, si no descifraban la última pista. Sólo el viaje ya había merecido la pena.

Por la mañana, en el museo egipcio, de nada sirvió que se concentraran en la sala de instrumentos musicales. Analizaron arpas de todos los tamaños y formas, y contemplaron sistros, flautas, trompetas y címbalos de todas las épocas. Por eso por la tarde, mientras Alicia y los niños descansaban, había visitado un par de bibliotecas y se había empapado de la música del Antiguo Egipto. Buscaba que en algún lugar estuviera escrito qué hacer con un arpa, un tambor, un ney y una niña cantante, pero no lo encontró.

Después habían ido a cenar a una pizzería, donde los niños, pese a sus continuas rencillas, habían disfrutado mucho. Miró de nuevo la cola de turistas y suspiró resignado.

Peter entró en el hotel un minuto después que Miko y toda su familia. Les llevaba siguiendo a cierta distancia durante todo el día con el coche que tenía alquilado. Su primer movimiento fue la inevitable visita al museo egipcio. Sin embargo, le extrañó mucho más que Miko acudiera más tarde a dos bibliotecas públicas. No pudo evitar una sonrisa de satisfacción. ¡Ese músico estaba aún muy perdido con la música de las esferas! Por la tarde salieron a cenar, y él aprovechó la ocasión para saludar a su amigo Amir en su estudio de grabación. No era únicamente una visita de cortesía. Tenía que pedirle un gran favor. Después fue a una peluquería moderna a teñirse el pelo y a un centro comercial a comprar unas cuantas cosas. Entre ellas, un pequeño disfraz con barba, gafas de sol y sombrero. Se sentía totalmente ridículo, pero esperaba que le sirviera para que el personal del hotel no le reconociera al entrar.

Volvió a tiempo para seguirles en su regreso al Intercontinental. La familia parecía feliz y relajada. Internet había sido útil para informarse sobre el músico, y conocer que sólo el niño, que se llamaba Nicolás, era hijo suyo. Dedujo inmediatamente que la niña, de rasgos esquimales, era el instrumento “canto” que le faltaba a la orquesta.

Peter esperó su ocasión como el águila que revolotea en torno al roedor. Miko se dirigió a recepción a pedir las llaves. Había una cola de turistas que entraban a esa hora, lo cual beneficiaba sus planes. En ese preciso momento, la niña le indicó a la mujer que necesitaba ir al baño, y ésta le advirtió al travieso niño que se portara bien mientras esperaba fuera.

Era su oportunidad. Se acercó al crío y le sonrió con una mueca traviesa.

—Hola, ¡qué pesada es tu hermana!, ¿verdad? —preguntó con toda la camaradería que pudo. Sabía poco de niños, pero era evidente que entre dos hermanos de edad cercana siempre aparecían rencillas.

—Sí —respondió el niño con prudencia—. Pero no es mi hermana —protestó, confirmando la teoría de Peter.

—Ese juguete que llevas —dijo, señalando un robot que se convertía en coche—, es un “Zimmerman”, ¿verdad?

Nico asintió con la cabeza.

—Es “Zimmer 1” —respondió el niño con un deje de suficiencia.

—Lo sé, mi hijo tiene toda la colección —respondió Peter, y sacó un muñeco del bolsillo. Le había costado muchísimo identificar el cacharro de Nicolás en la juguetería del centro comercial—. ¿Quieres jugar con mi hijo Daniel? Está ahí detrás.

El niño dudó, mirando de reojo la puerta de los lavabos de señoras.

—Quizás prefieras esperar a tu hermana y compartir los juguetes con ella, ¿sí?

Nico frunció los labios en un mohín de repulsión.

—Te he dicho que no es mi hermana —respondió, y extendió la mano hacia aquel hombre desconocido, dirigiéndose hacia la parte posterior del *lobby*, la cual conectaba a través de una galería comercial con una puerta de salida posterior del hotel. Un coche de alquiler esperaba a Peter con el motor caliente.

Miko por fin veía que le tocaba el turno en recepción. “Tenía que haberme llevado las llaves conmigo”, pensó malhumorado por la pérdida de tiempo.

—¿Dónde está Nico? —preguntó Alicia a sus espaldas. Miko se volvió como un resorte, comprobando la cara de enfado de Alicia ante la enésima travesura de su hijo.

—¡Otra vez ese condenado granuja haciendo de las suyas! —exclamó Miko—. ¿Has mirado en la sala de recreativos?

—Fue lo primero que hice tras salir del baño con Bibrau —dijo Alicia con un incipiente rictus de preocupación en el rostro—. Le ordené que no se moviera.

Miko sintió una punzada atravesando su estómago. El incidente de la maleta y el huésped desaparecido le había puesto en alerta de que alguien podría estar detrás de ellos. ¿Pero por qué? Al no haber encontrado una respuesta satisfactoria, decidió olvidarlo.

—Debe de estar cerca. No puede haber ido muy lejos... —opinó Miko, escrutando de extremo a extremo la enorme planta baja del hotel. Aún había mucha gente por allí, pero ni rastro del niño. Se asustó de verdad. Sus manos empezaron a temblar—. Llamemos a la policía.

Se volvió hacia el mostrador de recepción para dar la alarma. El

repcionista se le adelantó.

—Aquí tiene sus llaves, señor Tarvuk. Y una carta que han dejado para usted.

En el sobre, escrito con letras grandes de manera informal, figuraba el nombre “Nicolás”. Rápidamente, Miko se la arrebató de las manos y la abrió con el corazón en un puño. Antes de leer, echó otro rápido vistazo por el hall en busca de Nico. Nada.

—¿Qué dice esa carta? —preguntó Alicia con un nudo en la garganta. Vio como Miko repasaba varias veces el contenido del mensaje con una mezcla creciente de incredulidad y rabia. Por fin, echó a llorar desconsoladamente y Alicia tuvo que acompañarlo a un sillón para que su cuerpo no se desmoronara al suelo.

El papel se deslizó al suelo desde los dedos de Miko. Alicia lo recogió y leyó el mensaje:

*“Gran Pirámide de Gizeh. Mañana, 6:00h.
Invita a tu novia y a tu hijastra,
Y que no se te olviden los otros tres instrumentos.
Si obedeces, recuperarás a tu hijo sano y salvo.”*

Capítulo 59

Eran las seis menos cinco minutos de la mañana, y el Sol aún no había asomado por encima del horizonte. Una furgoneta encaraba la rampa de acceso a la meseta de Gizeh. Miko conducía. Sus ojos enrojecidos reflejaban la angustia acumulada durante la noche en vela pensando en el paradero de su hijo. Alicia iba a su lado, callada y tragándose el sentimiento de culpa por la desaparición de Nico. Bibrau iba detrás, despertándose del madrugón. No le habían dicho nada, pero la niña era lo suficientemente lista para darse cuenta de que algo grave pasaba.

Peter observó su reloj. Faltaban cinco minutos para el encuentro. Aún estaba oscuro. Había elegido la primera hora de la mañana para no tener testigos de su gran obra. No quería turistas ni curiosos. Al pie de la Gran Pirámide, permanecía junto a la ambulancia donde yacía su hermano, ajeno al milagro que él iba a obrar en pocos minutos. Su amigo Amir Adel estaba dentro también, esperando el momento de participar en un ancestral rito musical del Antiguo Egipto, según le había contado Peter. Al doctor y a la enfermera que habían viajado desde Nueva York les había dado el día libre. William ya no los necesitaría más.

Miko divisó la ambulancia y al hombre que permanecía en pie junto a ella. No tenía conectadas la sirena ni las luces, no llamaba la atención, pero no había nada más por allí a esa hora. Apretó el acelerador con determinación y se detuvo a escasos metros de distancia. El polvo levantado por la furgoneta barrió al hombre, que ni siquiera pestañeó. Miko por fin pudo mirar a los ojos

al secuestrador de su hijo. Lejos de lo que había imaginado, no se trataba de ningún maleante sino de un hombre arreglado y de buen aspecto. Se esperaba tener que lidiar con una banda de secuestradores sin escrúpulos, pero sorprendentemente se había presentado solo. Estaba tan fuera de lugar allí como las tres insólitas construcciones piramidales en mitad del desierto. Miko salió del coche, instando a Alicia y a Bibrau a que permanecieran dentro. Por un momento pensó que lo mejor era tirársele encima y propinarle golpes hasta que cantara dónde estaba Nico. Una pistola de gran calibre que el hombre apuntó sobre su cabeza le hizo pensárselo dos veces.

—No se te ocurra hacer tonterías —advirtió Peter, intuyendo la chispa de la violencia prendida en los ojos de Miko—. Todo saldrá bien si obedecéis y os portáis como es debido.

—¿Dónde está Nicolás? —preguntó Miko alzando la voz con gravedad. En ese momento se le escapó una mirada furtiva a la ambulancia.

—No está ahí dentro —anunció Peter—, la ambulancia es para un amigo mío. Tu hijo se encuentra bien. Seguramente aún no habrá despertado.

—¿Cómo puedo estar seguro de que está bien?

—Por favor, ahorrémonos las pruebas de vida y esos discursos inútiles. No me interesa tu hijo, ni siquiera vosotros después de que terminemos lo que hemos venido a hacer.

Miko no sabía qué pensar de aquel hombre que parecía un bibliotecario jugando a ser pistolero. Precisamente por lo excéntrico de la combinación, seguramente entrañaba más peligro que un rufián de verdad.

—Está bien —aceptó. El tipo no parecía ningún sádico, y seguramente si le seguía el cuento, pronto acabaría aquel suplicio—. ¿Qué quieres de mí?

—No sólo voy a necesitarte a ti, también a tus dos chicas. Habrás traído el arcón con los instrumentos, ¿verdad?

—Si querías esos viejos cacharros, ¿por qué no te los llevaste ayer? Podríamos habernos ahorrado todo esto.

—No lo entiendes, los instrumentos son sólo una parte del espectáculo. Os necesito para que los toquéis vosotros mismos.

A Miko empezaban a encajarle las piezas. Habían ido a Egipto precisamente a buscar el último lugar para realizar la “prueba final” de su

recorrido alrededor del mundo. Por algún motivo que desconocía, aquel hombre había decidido que tenía que ser en la Gran Pirámide de Keops. La verdad es que como lugar para el colofón a la aventura era magnífico. Sin embargo, desconocía por completo cómo ese hombre había conocido sus andares por el planeta y qué pretendía conseguir con todo ello.

—¿Quién eres? —espetó Miko.

La pregunta cogió por sorpresa a Peter, y sus esquemas se desestabilizaron por un momento. Los destinos de ambos se cruzaron en una mirada fría. Por entre el odio que se profesaban se deslizó un atisbo de intimidad. Por mucho que les doliera, estaban juntos en aquello. Por un momento, ambos sintieron que eran parte de un ente mayor que los había hecho coincidir allí a propósito.

Peter sopesó fugazmente la idea de contarle lo que había descubierto sobre el poder curativo para la humanidad que se escondía tras la música de las esferas que había descifrado en un pergamino escrito por el mismo Pitágoras. Como músico que era, aquel hombre lo entendería y se uniría a su causa.

Pero la vida le había enseñado a no confiar en la gente.

—Llámame Pitágoras. Eso es lo único que sabrás de mí —indicó Peter.

¿El sabio griego? Miko adivinó que se trataba sólo de un alias, pero intuyó que la elección de ese nombre no era accidental. Pitágoras desentrañó los principios matemáticos de la armonía musical, y la música había sido la principal protagonista del juego: su caja de música lo disparó todo, la solución de las cuatro pruebas se basaba en el conocimiento de la música, y habían recibido cuatro instrumentos musicales como regalo. ¿No había sido todo al fin y al cabo una epopeya musical?

—¿Por qué quieres que lo hagamos nosotros? —preguntó Miko, tratando de darle conversación.

—¡Porque ya conocéis la partitura, maldita sea!

—¿Quieres tocar “Square Circle” aquí?

—Por supuesto, ¿qué voy a querer si no? —exclamó Peter, impacientado—.
— Ya puedes traer los instrumentos y decirle a las mujeres que vengan.

—No quiero que ellas participen en esto —se negó Miko—. Soy músico,

tocaré lo que quieras y donde quieras.

—No te creo con la capacidad de estar en cuatro lugares al mismo tiempo —gruñó Peter, que le acercó el cañón del revólver a dos palmos de la cara—. ¡Vamos, venid todos aquí!

Miko se percató de que las pupilas de Pitágoras bailaban con frenesí en sus órbitas. Ese cerebro estaba a punto de estallar, no debía forzar más la máquina. Se dirigió al portón de la furgoneta y extrajo el arcón de los instrumentos.

—¿Qué quiere ese tipo? —preguntó Alicia, asustada, desde el asiento delantero.

—Sólo es un loco que quiere que interpretemos la canción “Square Circle”. Creo que si le hacemos el capricho, nos soltará y nos devolverá a Nico.

—¡Dios mío! —exclamó Alicia—. ¿Has creado una especie de fan psicópata?

—No lo creo, pero me da la sensación de que conoce todos los detalles de nuestra aventura.

—¿Ha descifrado ese chalado lo que a nosotros tanto nos ha costado conseguir? ¿Acaso sabe lo que hay que hacer con los cuatro instrumentos y lo que se consigue con ello?

—Mira —dijo Miko, deslizando el arcón fuera de la furgoneta—, ni lo sé ni me importa. Sólo quiero hacer lo que dice y recuperar a mi hijo.

—Miko, pero sabemos que algo muy grande se esconde tras el último juego. La magia ha ido creciendo prueba tras prueba. Hemos moldeado el fuego, hemos soplado un helicóptero hasta destruirlo, hemos derretido un glaciar y hecho levitar una enorme piedra. ¿Vamos a dejar en manos de un loco el gran poder que otorgue la prueba final?

Miko dudó. Sólo quería volver a ver a Nico, pero era cierto que estaban tirando por tierra todo el esfuerzo de las últimas semanas.

—¿Qué propones que hagamos si no? —preguntó.

—No sé, podríamos modificar la canción, cambiar alguna nota sin que se note... Eso haría fracasar la prueba, pero el tipo podría quedarse contento.

—No quiero correr riesgos. Ese loco no contempla el fracaso, así que

démosle lo que quiere.

—Pero puede estar en riesgo el futuro de toda la humanidad, la salud del planeta tierra, o algo todavía peor...

Las palabras de Alicia hicieron volver a la mente de Miko las imágenes de los círculos de las cosechas que replicaban con exactitud sus cuatro viajes. Aquella conexión inesperada abría un nuevo horizonte sobre la magnitud del juego. Ya no se trataba de resolver qué clase de misterio encerraba la caja de música, ni de concederle la oportunidad de renacer al compositor olvidado que llevaba dentro, ni siquiera de descubrir a la mujer de su vida mientras resolvían pruebas por el mundo juntos. Estaba de acuerdo con Alicia, aquel asunto afectaba a toda la humanidad.

—No me hagas elegir entre mi hijo y el resto de la civilización, porque la decisión ya está tomada.

La visión de Alicia se nubló por un momento. Ante ella apareció la balanza de la justicia, una imagen que reverenciaba desde que tenía uso de razón. Su instinto natural le había llevado a intentar equilibrar todo a su alrededor, por eso estudió Derecho y por eso se dedicaba a la abogacía. En un lado de la balanza, el peso de toda la humanidad hundía el platillo hasta dejar el otro lado en posición vertical. Encima de él, un solo niño, asustado, lanzaba un grito desesperado llamando a su padre. La diosa Justicia era inmisericorde con el pobre chaval. La balanza dictaba la sentencia con total claridad... Sin embargo, Alicia no compartía la decisión. Todos los valores universales en los que había creído hasta entonces se derrumbaron. La justicia divina era una utopía y el Derecho una quimera. Estiró un brazo imaginario para agarrar al niño y sacarlo de allí. El platillo con el planeta Tierra cayó hacia el abismo.

—Acabemos con esto ya y recuperemos a Nico —dijo al fin.

Miko estuvo esperando con paciencia su respuesta, sabedor de que Alicia estaba librando algunas batallas en su interior. Suspiró hondo y dedicó un largo parpadeo de agradecimiento a su compañera.

—Coge a Bibrau y salgamos del coche.

—¿Para qué nos quiere a nosotras?

—Somos sus músicos. Nos sabemos la canción al dedillo.

Cuando se presentaron de nuevo frente a Peter, éste cargaba sobre los hombros con una persona inconsciente. A su lado apareció otro joven que parecía no entender nada de lo que allí ocurría. Los tres se habían vestido con una túnica blanca e iban descalzos.

—No nos demoremos más, está a punto de amanecer —indicó Peter con una potente voz y pareciendo insensible al peso que llevaba encima—. Esto es lo que quiero que hagáis. Miko, la mujer y tú, Amir, os repartís los instrumentos. Cada uno que coja el que mejor le va. La niña tiene en su garganta el suyo propio. Os repartiréis por las cuatro caras de la pirámide, cada uno en el centro de cada lado, allí donde la pirámide se introduce levemente hacia dentro. Yo subiré hasta la cúspide. Cuando llegue allí, os haré una señal y comenzareis a tocar. No os detendréis hasta que yo os lo ordene.

Las caras de todos no pudieron disimular la sorpresa ante el insólito plan. ¿Subir hasta el vértice de la Gran Pirámide a pie y cargando con una persona? Miko pensó que ese hombre no lo conseguiría nunca.

—¡Venga, en movimiento! —ordenó Peter, que dirigió una última mirada a Miko cargada de rabia—. Y tú, no me la juegues.

A continuación se encaminó hasta el pie de la pirámide, sin mirar hacia atrás, como si confiara que nadie podría contravenir su plan.

Miko abrió el arcón y Amir se abalanzó de inmediato sobre el arpa egipcia. La levantó con veneración y sus ojos repasaron con deleite todas sus formas.

—Esta arpa es auténtica —comentó, aún con la boca abierta—. Debe pertenecer al periodo predinástico. Es fabulosa.

—Muy bien, para ti —indicó Miko, que entregó el tambor a Alicia y se quedó con el ney, igual que habían hecho en el glaciar del ártico.

La pequeña Bibrau les miraba sin comprender lo que sus palabras decían, aunque entendió a la perfección, mucho antes que ellos, lo que había que hacer. No sentía miedo. Su momento había llegado. Por fin la canción del Sol que habían guardado sus antepasadas iba a sonar donde debía y como debía.

Peter levantó a William con ambos brazos y lo elevó sobre el primer bloque de piedra, que se alzaba a un metro y medio de altura del suelo. No le

costó un gran esfuerzo, pero sabía que el ascenso iba a ser duro. Debía llegar arriba fuera como fuera, y se valía únicamente de su fuerza para escalar los ciento cincuenta metros de altura de la Gran Pirámide.

Cuando había subido unos quince pisos, tomó un respiro y miró hacia abajo. Contempló a Miko ubicado donde le había indicado, mirando hacia arriba con los brazos cruzados. Bien, todo estaba saliendo según había planificado. Tomó el pulso y escuchó la respiración de William. Constantes normales. Recordó los escasos momentos de su infancia en que ambos se escapaban de la estricta vigilancia de su padre y liberaban su lado rebelde. Su hermano se estaba perdiendo la mayor travesura que nunca pudieron imaginar juntos. Se levantó de un salto, tomó de nuevo a William y continuó la escalada.

Abajo, los cuatro intérpretes se habían colocado siguiendo las instrucciones del secuestrador. Miko empezaba a impacientarse. Si amanecía y empezaban a llegar turistas, todo se complicaría.

Alicia decidió quedarse acompañando a Bibrau hasta que vieran aparecer al secuestrador de Nico en la cima. Cuando la niña se le acercó y la reconfortó con un cálido abrazo, se dio cuenta de que ella estaba más nerviosa que la pequeña Inuit.

Amir también ocupó su lugar. Desconocía las intenciones de Peter, pero el arpa que sujetaba en sus manos lo tenía tan embriagado que sólo deseaba comenzar a tocarla. Examinó la hoja de papel en la que Peter le había dado la partitura de “Square Circle”. Desconocía si esos sonidos guardaban relación con la música egipcia. En principio no, pues era muy sencilla, pero así le sería más fácil interpretarla.

Peter afrontó el tramo central de la escalada con renovado ánimo al comprobar que la altura de los bloques que formaban los escalones iba disminuyendo conforme ganaba altura. En un segundo descanso, echó un ojo en dirección al Oriente. La oscuridad del cielo nocturno empezaba a difuminarse. Debía darse prisa.

Los últimos peldaños de la gigantesca escalera se rebajaron hasta apenas medio metro de altura, lo que ayudó a Peter a culminar su titánica tarea. Las piedras superiores del vértice habían sido eliminadas y, en su lugar, Peter se

encontró un reducido espacio donde tumbar a William y descansar durante un segundo. Su túnica estaba pegada a su cuerpo por el sudor que le bañaba por completo. La digna imagen que había previsto lucir para el ritual se había convertido en un maltrecho guiñapo. Se dijo a sí mismo que debía pasar por alto ese pequeño detalle y centrarse en lo importante.

—Mi querido hermano —dijo entre jadeos—, vas a ser el primero de una nueva estirpe sobre la faz de la Tierra. Un nuevo mundo, para ti y para mí.

Si estaba en lo cierto, la Gran Pirámide funcionaría como un enorme instrumento musical, unificando el sonido que los intérpretes generaran desde cada una de sus caras. La idea, sugerida por Pitágoras en su diario, se basaba en que la geometría triangular de las caras dibujaba la Tetraktys, la figura que condensaba la perfección de los números y la que indicaba las proporciones entre las notas musicales concordantes: la cuarta, la quinta, y la octava.

En ese momento se acordó de sus padres muertos. Miró hacia arriba.

—No pude hacer nada por salvarlos, pero voy a devolverle la vida a William —dijo al cielo.

Se sintió profundamente satisfecho. En unos minutos, cuando la música terminase, él habría cumplido con su misión en esta vida. Su padre, y hasta el mismísimo Pitágoras, podrían estar orgullosos de él.

Desde allí contemplaba unas vistas magníficas de la meseta de Gizeh, pero él estaba más interesado en lo que pasaba al pie de la pirámide. Divisó a la mujer entre la penumbra corriendo a ocupar su puesto. El resto estaba ya ubicado y esperando su orden para comenzar. Colocó a William tumbado justo en el centro del vértice de la pirámide, para que recibiera con toda su energía el poder de la música de las esferas resonando a través del mayor instrumento musical construido por el hombre. ¿Por el hombre? No, por el protohombre, por la civilización que vivió aquí antes que nuestra civilización, y que gracias a él, Peter Bigelow, y a su inteligencia en descifrar el mensaje que habían dejado, recuperarían su lugar perdido hace miles de años.

Alzó su brazo durante cinco segundos asegurándose de que todos le prestaban atención, y entonces lo movió hacia abajo solemnemente, imitando el gesto que había visto hacer a su padre durante toda su vida.

Enseguida sus oídos percibieron con claridad las primeras notas

elevándose por la escalonada pendiente de la pirámide. El sonido de los instrumentos llegaba con absoluta nitidez allí arriba, pero algo desafinado. Peter esperó unos compases a que los músicos se hicieran con las riendas de aquellos instrumentos tan rudimentarios. El sonido siguió depurándose, pero el conjunto seguía sin sonar del todo bien. Peter reconoció pequeños desfases entre los instrumentos y la voz de Bibrau, y entendió que al estar tan lejos unos de otros y sin visibilidad entre ellos, era difícil la sincronización del grupo.

¡Pero para eso estaba él, el director de orquesta! ¡Con su batuta guiaría la transición de la civilización del caos al orden, del mal a la justicia, de la ignorancia a la razón!

Levantó la mano y comenzó a ondularla suavemente en el aire hasta que se adaptó al ritmo que quería. En ese preciso momento el primer rayo de sol iluminó el vértice de la pirámide. Era el momento. Se imaginó que desde abajo lo veían iluminado por el rayo de Dios, el mesías, el elegido.

Peter empezó a dar vueltas sobre sí mismo para que los cuatro intérpretes pudieran observarle de frente. Al momento, la música estaba sintonizada, y “Square Circle” sonó a la perfección.

La voz de Bibrau le erizó el vello. Parecía que por la garganta de esa niña exhalaban su aliento todas las diosas de la Atlántida evocando su inminente regreso. No había llorado desde que murió su madre, pero en ese momento tuvo que apretar los ojos para no dejar escapar una lágrima de emoción.

Peter sintió que sus pies flotaban sobre el vértice de piedra. Un torrente de energía le atravesó la espina dorsal y lo dejó inmóvil, petrificado, durante unos segundos. Podía sentir la fuerza de las ondas sonoras de las cuatro paredes concentrada en la cúspide de la pirámide y proyectándose hacia el cielo. Allí iban las órdenes a las células madre de los cerebros humanos. Cuando acabara la canción, la especie ya no sería la misma.

El tema tocó a su fin y Peter ordenó con un gesto expeditivo que cesaran de tocar.

Abrió los ojos y miró a William. Esperaba que se levantara por sí mismo, le dijera “hola hermano, ¿qué hacemos aquí arriba?”, entonces se darían un fuerte abrazo y volverían a casa.

Pasaron diez segundos, y después otros diez. William permanecía inmóvil.

Peter se acercó con cautela. Le tomó la mano. Su peso muerto era el de siempre. Le abrió los párpados, pero estos volvieron a cerrarse automáticamente. Su pulso era normal. Nada había ocurrido. ¡Nada!

Lo zarandeó de los hombros.

—William, despierta, despierta —le susurró—. ¡William, despierta! —le gritó, desesperado. Lo alzó hasta colocarlo sentado. Su cabeza seguía caída hacia un lado. Se la enderezó, le pellizcó la mejilla, le palmeó la cara hasta que se descubrió abofeteándolo de pura rabia.

Dejó de nuevo a su hermano sobre el suelo y se puso en pie. Ni William había recobrado la consciencia ni el mundo parecía haber cambiado un ápice. Peter miró hacia el infinito. Las luces de la ciudad se iban apagando mientras el astro rey iluminaba un nuevo día. No sonaba música en las calles, ni el aire le traía aromas de flores frescas. Era un día cualquiera, un día como los demás.

Definitivamente, algo había fallado.

—Ya tienes lo que querías —gritó una voz cercana. Peter se dio media vuelta y encontró a Miko Tarvuk escalando los últimos bloques de la pirámide con un saco a sus espaldas. ¿Cómo había conseguido subir tan rápido?—. Ahora devuélveme a mi hijo.

Peter empuñó rápidamente el revólver hacia Miko.

—De eso ni hablar —respondió tajante—. Hay que tocar la canción otra vez. Lo habéis hecho muy mal. ¡Nada ha funcionado!

—La interpretación fue perfecta, así que cumple con tu parte del trato y dime dónde está Nicolás.

—¿Es que no me has escuchado? —le preguntó enseñándole el arma—. Quiero que bajes ahí y te pongas a tocar otra vez.

—Por más que lo repitamos no va a salir mejor —explicó Miko tratando de no alterarse. Sus ojos se concentraron en la pistola que blandía el esperpento de Pitágoras. Ese objeto era lo único que se interponía entre él y Nico—. Pero mira, te he traído los instrumentos para que tú mismo contrates a los más virtuosos intérpretes y puedas llevar a buen fin tu ceremonia.

Peter vio a Miko extraer del saco el ney, el tambor y el arpa. Recapacitó un segundo, intentando dirigir una situación que ya se le había ido de las manos. No sabía por dónde salir. Era verdad que la música había sonado en toda su magnitud. Seguramente faltaba alguna pieza adicional para hacer funcionar la música de las esferas, pero de nada serviría retener a aquellas personas durante más tiempo. En pocos minutos la Gran Pirámide se abriría al público y le sería muy difícil continuar con aquel ritual. Pensó que aceptar los instrumentos era un mal menor, y que le permitiría continuar adelante con su propósito. Pero al momento se acordó de que le faltaba algo.

—También quiero a la niña, es otro instrumento más —dijo por fin.

—Ni hablar, la niña es intocable.

Miko no había previsto esa posibilidad. No pudo evitar apretar los dientes de desesperación. De nuevo se veían abocados a un punto muerto en la negociación.

“Esto hay que arreglarlo de otra manera”, se dijo a sí mismo, y en un instante armó los brazos hacia atrás sujetando el arpa por el puente y asestó un golpe a Peter con todas sus fuerzas.

Peter no tuvo tiempo de apartarse, pero sí de disparar el arma. La detonación retumbó en el aire cargado de polvo en suspensión. Alicia y Bibrau, abrazadas al pie de la pirámide, vieron que Miko seguía en pie tras el disparo.

El arpa golpeo a Peter en el brazo izquierdo y le hizo errar el disparo, que silbó junto al oído de Miko. El intento de arrebatarse el arma había fracasado. Pitágoras, aunque desestabilizado, seguía agarrando la pistola con fuerza. Miko aprovechó el traspié de su rival para cargar de nuevo el arpa por encima de su cabeza y catapultarlo hacia abajo. Miles de astillas saltaron por los aires al chocar contra la cabeza de su oponente, que salió despedido hacia atrás y cayó al borde de la plataforma superior.

Miko miró al loco vestido de griego, inmóvil en el suelo. ¿Dónde había ido a parar el revólver? No lo veía por ningún sitio. Quizás había caído pendiente abajo.

Se acercó con cuidado al cuerpo que yacía boca abajo. Aún tenía algunas astillas clavadas en la cabeza. Tal y como quería ese payaso, había recibido

todo el poder de la música de lleno.

Cuando fue a tocarle con la punta del pie para comprobar su estado, éste se revolvió en el suelo con gran rapidez y quedó apuntándole con la pistola. Restos de las cuerdas del arpa permanecían aún adheridas a su piel, dándole un aspecto aún más patético. Miko vio la ira en la cara de su oponente y averiguó lo que estaba pensando. Iba a liquidarlo allí mismo.

Entonces se tiró al suelo y rodó en dirección opuesta. Chocó contra algo. Eran los otros instrumentos.

Pitágoras se incorporó del suelo unos centímetros, sólo lo justo para poder dispararle. Miko agarró el tambor y se cubrió el pecho con él mientras se hacía un ovillo. La bala atravesó primero el cuero, luego la madera y por último la carne. Miko sintió una quemadura en el hombro izquierdo seguido de un dolor agudo que le paralizó medio cuerpo.

Pensó que había llegado el fin. Sin poder hacer nada desde el suelo, contempló al que se hacía pasar por Pitágoras ponerse de pie y acercarse con mirada desquiciada.

—Yo no quería llegar a este punto, pero tú me obligaste —dijo con rabia. Entonces blandió el arma y le apuntó al pecho. Dio un paso más y se quedó a apenas un metro de distancia.

Peter no deseaba haber matado al músico. Sus planes eran extraerle toda la información que tuviera sobre esos instrumentos, dónde los había conseguido y cómo. Necesitaba más detalles para completar el círculo en torno a la música de las esferas. Pero las circunstancias no le daban más opciones que acabar con él.

Miko le miró a los ojos. Le pareció que el hombre dudaba, no sabía si por miedo o porque se deleitaba con la escena. En ese momento volvió la sensibilidad a su costado y sintió que tocaba algo con la punta de los dedos. Estiró el brazo levemente hasta palpar el objeto. Reconoció enseguida el tacto duro y la forma cilíndrica del ney. La vieja flauta de caña era su última oportunidad de seguir con vida.

Con un movimiento rápido de la mano, la inclinó sobre el suelo de piedra y la presionó fuertemente hasta que la rompió.

Peter inició la presión sobre el gatillo cuando por el rabillo del ojo vio a

Miko levantar algo en la mano y acercarlo a su pierna con un rápido movimiento. No supo de qué se trataba hasta que lo vio clavado sobre su pie desnudo en posición vertical.

El grito de dolor se elevó al firmamento y llegó hasta los confines del desierto. Peter observó con pavor los caños de sangre que brotaban de su pie, allí donde se había clavado la madera astillada del ney. Todo su cuerpo empezó a temblar y su corazón a palpar en ciclos erráticos. Ese músico había echado a perder su plan, ¡su vida! Concentró en el dedo que apretaba el gatillo las últimas fuerzas que le quedaban.

Miko no podía comprender la fuerza que movía aquel hombre de complexión más bien débil. Ni siquiera con una caña hueca atravesándole la piel daba muestras de rendirse. Cuando oyó el sonido del gatillo cargando el percutor, no lo pensó dos veces y le propinó una patada en la rodilla del pie herido.

Pitágoras se dobló al fin. Su cuerpo se arqueó sobre el borde del bloque de granito y agitó los brazos intentando mantener el equilibrio. En ese momento, Miko pensó en su hijo.

—¡Nicolás! —gritó al aire. Pero ya era tarde. Pitágoras resbaló de la plataforma y cayó de cabeza por el precipicio escalonado.

La música final de aquella escena la pusieron sus huesos al romperse en sucesivos golpes contra la dura y fría piedra de la Gran Pirámide.

A Miko le fallaron las fuerzas. Con la muerte de aquel hombre se diluían las posibilidades de encontrar a su hijo con vida. Entonces volvió a sentir el dolor sobre su hombro. Esta vez se extendía por todo el cuerpo y le invitaba a cerrar los ojos y sumirse en un sueño profundo. Pensó que si no era con su hijo al lado, no quería despertar, y se dejó llevar por el sopor.

Capítulo 60

Viena, 24 de marzo de 1827

Beethoven notó una extrema sequedad en la garganta al despertar. Abrió los ojos y se vio a sí mismo postrado en el lecho del humilde apartamento en el que había visto pasar sus últimos años. Notaba su llama interior consumirse lentamente, imprimiendo sus últimos fulgores como el candil que ha consumido todo su aceite.

A los pies de la cama se encontraba su secretario Schindler. Éste, al percibir cómo se abrían ligeramente los ojos de su apreciado maestro, se levantó rápidamente y le acercó un vaso de agua fresca. Beethoven se incorporó con dificultad sobre el cabecero.

—Quiero estar solo —dijo, y acto seguido Schindler agachó la cabeza y abandonó solícito la habitación.

Llevaba varias semanas sin poder levantarse. Las visitas de los médicos cada vez eran más cortas y menos frecuentes, pues ya hacía tiempo que habían dado su vida por perdida. Él también era consciente de su inminente futuro, pero en lugar de sentir tristeza o miedo, le abordaba una rabia incontenible. ¡Tenía tanto aún que ofrecerle a este mundo!

En ese momento percibió una ligera sensación de bienestar. Había estado sudando la fiebre durante toda la noche, y su mente se encontraba despejada después de tanto tiempo. Pensó que quizás se trataba del último aliento que

Dios le otorgaba para hacer las paces consigo mismo.

Repasó los avatares de su vida, más parecida a un camino de espinas que a una cómoda travesía. Muchas veces había tenido que luchar contra el destino, aquel que le mostró su peor faceta el lejano día en el que empezó a dejar de oír los sonidos. Desde entonces la sordera fue progresiva. Era frustrante, lo peor que le podía pasar a un músico, a alguien como él que no sabía hacer otra cosa. Pero logró darle la vuelta y convertir su defecto en virtud. Pronto entendió que el silencio le permitía dirigirse al corazón mismo del sonido. No necesitaba oír nada, cuando en su mente podía generar cualquier sonido que se le antojara. Así, en sus últimos años de vida su creación musical no decayó, sino que al contrario, encontró su culminación definitiva.

Si con la música había triunfado, con el dinero y con el amor había fracasado estrepitosamente. Su personalidad hosca y huraña nunca había sido muy atractiva para las mujeres, pero las hubo que cayeron rendidas al son de su piano. Imponiéndose a sí mismo el papel del romántico que da la vida por el arte, se arrepentía ahora de haber huido del compromiso, de no involucrarse cuando se enamoraba, y de buscar las ya comprometidas para no plantearse una relación duradera.

Echó un vistazo alrededor de la habitación y comprobó que sus posesiones materiales se reducían al viejo mobiliario que custodiaba las partituras que resumirían su existencia cuando muriera. Schindler le había ayudado con infinita paciencia a poner en orden todas sus anotaciones, escritos y composiciones, dando lugar a una más que estimable biblioteca personal que trepaba por todas las paredes de la habitación. Nunca pretendió más dinero que el que necesitaba para sostenerse y poder dedicarse por completo a la música. Se iba de este mundo con la humildad con la que nació en su añorada casa de Bonn.

Entonces recordó otro objeto, el único que podía catalogarse como joya dentro de su limitada herencia. Lo había mandado construir cuando su enfermedad empeoró, y no se lo había mostrado a nadie jamás. Ahora había llegado el momento de hacer algo con su pequeño secreto, antes de que quedara inexorablemente arrastrado por el olvido.

Sintió el deseo de contemplarlo por última vez. Sacó fuerzas de flaqueza para apoyar los pies en el suelo, y logró ponerse en pie con ayuda de su bastón. Un dolor agudo le doblaba la espalda a cada paso que daba, pero consiguió acercarse al extremo de la habitación. Allí palpó con la punta del bastón las maderas del suelo hasta que dio con la que sonaba hueca. A duras penas logró ponerse de rodillas y, haciendo palanca con ayuda de una cucharilla de té, levantó la tapa. Introdujo las dos manos para sacar el objeto. Lo elevó hacia la luz que entraba por la ventana. Los primeros rayos del día despertaron un tenue brillo sobre la esfera metálica. Realizada en plata y con filigranas de oro que la cortaban en horizontal y vertical, la apoyó sobre su base en trípode.

Beethoven se dirigió a la mesa, depositó la bola, y se sentó frente a ella.

Su mente retrocedió en el tiempo, remontándose a su adolescencia. Había sido en su primera visita a Viena cuando había empezado a fraguarse la historia de aquel peculiar objeto. De poco le sirvieron las lecciones que Mozart le impartió entonces. Su actitud arrogante de chico imberbe le hizo ver al músico de Salzburgo como un viejo acabado y amargado. Con el paso de los años y el estudio de las composiciones de Amadeus, reconoció el genio que llevaba dentro, y llegó a pensar que el caprichoso destino le había conducido allí para recoger el testigo musical reservado a los pocos que eran capaces de extraer todos los secretos de la música.

Lo realmente destacable de ese encuentro fue su contacto con el pergamino, ese manuscrito antiguo en el que sus amigos el Conde Waldstein y el Príncipe Lichnowsky creían que se escondía un secreto milenario. Recordó cómo salió de allí corriendo, después de que Mozart fuera incapaz de extraer ninguna información de aquel galimatías de letras griegas, apurado por descifrar el código para mostrarles a todos que el alumno podía superar al maestro.

Las elegantes calles de Viena lo acogieron esa noche con un inusual silencio, como si la capital de la música también se interesara por el éxito del joven músico con ese intrigante pergamino.

La asignación mental que había hecho para recordar la secuencia de letras había sido la más simple. *Alfa* sería la nota Do; la letra *beta*, Do sostenido;

gamma, la nota Re, y así sucesivamente, hasta utilizar las veinticuatro letras del alfabeto griego con las que podía abarcar dos escalas cromáticas completas. Como si de un piano imaginario se tratara, activó la interpretación mental de la música así compuesta.

Nada. Inicialmente, aquello no tenía ningún significado musical. Lenta, casi inconscientemente, puso en marcha un mecanismo mediante el que iba cambiando las asignaciones notas-letras cuando encontraba alguna disonancia, y volviendo a interpretarlas mentalmente desde el principio.

Al cabo de un largo rato, algo parecido a una pobre melodía empezó a sonar entre el desatino general de la obra. No cabía duda de que allí se ocultaba algo. Tuvo que ajustar el ritmo y el tempo a unos valores adecuados para que la obra fuera tomando cuerpo. Pero aun así, algo fallaba. Había partes que sonaban maravillosamente, pero luego ciertas notas no encajaban en absoluto. Estaba claro que no iba a ser tan fácil. Supuso que lo que estaba haciendo también habría sido el método usado por Mozart. ¿Habría dado éste con la solución y se lo había ocultado a sus amigos? Aquel pensamiento lo espoleó a seguir buscando. Él no podía ser menos.

Casi lo tenía, pero era como si hubiera algunas notas fuera de lugar.

Ahora no podía precisar cuánto tiempo había deambulado por las calles absorbido por aquel misterioso juego, con la vista perdida en el negro cielo, agitando los brazos en impulsivos movimientos que dibujaban la música en el aire. Lo que sí recordaba era el tremendo dolor de cabeza que sufría cuando, al fin, encontró la clave que resolvía el acertijo: ¡la escala estaba mal! ¡No había que tomar la escala cromática de doce notas, sino la pentatónica de sólo cinco! Ya nadie componía con una escala tan reducida, pues no daba muchas opciones al lucimiento y a la creación. Pero una vez hecho el ajuste, y convertido las dos octavas de doce notas en cinco octavas de cinco, el ruido se hacía música. Más que música, era pura armonía.

El sonido más bello se oyó en su mente, sólo para él, apoderándose de su cuerpo por completo. La composición que había descifrado sonaba espléndida. No se podía comparar a nada conocido. Desde luego, no seguía los cánones de composición del estilo clásico del último siglo, y tampoco le recordaba a las primeras composiciones del Medievo. Tampoco se podía

decir que perteneciera a algún estilo de música folclórica, al menos de los que él conociera. No se asemejaba a nada, y sin embargo, era terriblemente cautivadora, primordial, virgen, como si de ella pudieran nacer todas las músicas posibles. Podía asegurar que en lo más profundo de su memoria le sonaba incluso conocida, volviendo a él como una letanía sorda y lejana.

En ese momento se materializó por completo en su mente. Hubiera dado su vida por un piano, pero se tuvo que conformar con interpretarla en su cabeza.

Esa melodía le bloqueó los sentidos, lo aisló del exterior y sumergió su pensamiento en angustiosas espirales hasta nublar su conciencia del mundo. Beethoven se contemplaba desde dentro de sí mismo. Su cuerpo era una caja de resonancia radiando esa extraordinaria música al exterior. Se sintió completamente en armonía con todo, con los hombres, con el cielo y la tierra, con los astros. Todo parecía vibrar al son de la misma música. Él era el centro del universo en aquel instante.

Y entonces terminó. Su cuerpo se desmoronó, y cayó de rodillas sobre las frías piedras del suelo en una solitaria y oscura plaza. Se apoyó de espaldas contra el muro de una fuente. La noche era muy cerrada, y el silencio usurpaba el lugar del habitual barullo humano. Sobre el murmullo creado por el chapoteo del agua de la fuente, el repiqueteo de un carro lejano le hizo volver al mundo de los vivos. Y allí, sentado en el suelo, mirando al cielo estrellado, se puso a llorar como un niño, no pudiendo impedir que de sus ojos manaran torrentes de lágrimas.

No sabía muy bien cómo había sucedido, pero aquella obra lo había tocado en lo más profundo de su ser. Era como portadora de un mensaje que no se sabía capaz de descifrar, pero que había hecho saltar unos resortes interiores. Desde ese momento, toda su vida no tendría más que un motivo: escribir música para los dioses. Estaba en sus manos componer la que sería la máxima expresión de los hombres, poner sonido a la materia de la que estamos hechos, y crear la música que guiara a la civilización que queremos ser. Y las lágrimas le supieron a gloria.

Beethoven volvió en sí sorbiéndose la nariz. Sentado delante de aquella

extraña esfera, no pudo contener el impulso de abrirla de nuevo. Con dedos temblorosos, buscó el pequeño broche metálico que mantenía juntas las dos mitades. Al desplazarlo, la tapa superior se abría, girando sobre una pequeña bisagra y mostrando su interior. Un pequeño cilindro con minúsculas muescas incrustadas comenzó a girar sobre sí mismo, y de la caja de música empezó a brotar una metálica melodía.

El músico apretó las manos contra el metal para sentir la vibración y poder así transformarla interiormente en sonido.

Recordó que había encargado aquella caja de música a un artista relojero vienés. Tenía que dejar plasmada de algún modo la melodía que había marcado su vida, aquella que le impulsó a crear sus mejores obras. Hizo repetir al artesano varias veces el tambor que reproducía la música, cuando encontraba cualquier ligera imperfección que estropeaba lo que tenía que ser una translación perfecta. Tampoco se olvidó de un pequeño detalle, esa inscripción en el pergamino de Waldstein y Lichnowsky que nunca supo explicar. Recordaba perfectamente las cuatro cifras manuscritas sobre el reverso del pergamino: dos, cero, uno, ocho. No había encontrado ninguna explicación a aquella secuencia, ni desde el plano musical ni desde ningún otro. Como no le había hecho falta para descubrir la concatenación de notas ocultas bajo el código de caracteres griegos, en su día no le dio mayor importancia pero, intuyendo que podría serle de utilidad a alguien, quiso immortalizar en la caja todos los detalles del pergamino. La elección de la esfera como forma para guardar la música fue su último requisito: aquella partitura sonaba así, redonda, completa, perfecta.

Desde aquel día, la caja había guardado silencio bajo una tabla del suelo. Sabedor del poder del manuscrito, no se sentía seguro de sacar a la luz pública su significado. Aunque entendía que no podía aprovecharse en exclusiva de la energía concentrada en esas notas, temía el uso que pudiera hacerse de ese poder. Él se sabía justo y honrado, capaz de utilizar esa fuerza para hacer el bien. Pero ¿qué podría significar ese poder en manos inadecuadas? El mundo estaba lleno de locos con el único objetivo de acaparar poder, riquezas o territorios, a quienes no les importaba pasar por encima de todos los valores y derechos universales. ¡Y aquella misteriosa

melodía podría ayudarles a conseguir sus objetivos! No podía hacer partícipe de su secreto a nadie que no fuera de su confianza, así que dejó pasar el tiempo esperando el momento adecuado.

El efecto que causó aquella música sobre sí mismo fue demoledor, suministrándole una energía interior que se había traducido en sinfonías que iban más allá del entendimiento de los hombres. Ni él mismo sabía muchas veces de dónde provenían aquellas ideas robadas a la inspiración, que se apresuraba a plasmar en el pentagrama.

Peor les había ido a sus amigos Waldstein y Lichnowsky, que tanto interés habían mostrado en el manuscrito. Unos días después de la visita a la casa de Mozart, iniciaron un viaje juntos. A Beethoven le extrañó muchísimo el secretismo que ambos mantuvieron, primero sobre el motivo del viaje, y después sobre las causas de las graves lesiones físicas que presentaron a la vuelta. Según contaron, su carroza perdió el eje en una curva y se precipitó al vacío sobre una angosta garganta. Aunque escaparon de milagro de aquel trance, cargaron con las secuelas de por vida. Lichnowsky sufrió la amputación de un brazo y Waldstein cayó en una profunda depresión que Beethoven intuía ligada de alguna manera al fracaso con el pergamino.

Ni siquiera por compasión se atrevió a revelarles el maravilloso tesoro musical que había descubierto oculto en los caracteres griegos, ya que no confiaba en las asociaciones a las que pertenecían sus amigos. Según lo escuchado tras la ventana aquella noche gloriosa, Lichnowsky ocupaba el grado de Gran Maestro de la logia vienesa de la Masonería, mientras que el Conde Waldstein había obtenido el manuscrito de otra asociación secreta de origen germano.

Beethoven ansiaba conocer más detalles sobre el origen del pergamino, para así quizás entender qué debía hacer con aquella música maravillosa, pero nunca se atrevió a dar el paso de investigar por su cuenta. De nada hubiera servido inmiscuirse en la masonería vienesa, pues había aprendido del ejemplo de Mozart, muerto en la miseria y abandonado por sus *hermanos* masones, lo que se podía esperar de ellos.

Respecto a la secta germana a la que Waldstein había hecho mención, nunca pudo dilucidar si se trataba de la Orden Teutónica, a la cual su amigo

pertenecía profesionalmente, o a la “Sociedad de Lectura”, un conjunto de amigos intelectuales que compartían charlas, organizaban conciertos y mantenían viva la vida cultural en Bonn. La primera era una asociación militar con buena reputación social que prestaba una labor humanitaria fuera de toda sospecha. La segunda era bien conocida en su ciudad natal. Desde pequeño había conocido a personas que formaban parte de este club, todas ellas con un comportamiento ejemplar: su primer maestro de música, Christian Nieffe; su descubridor y director de la orquesta de Bonn, Franz Ries; y su gran amigo Stephan Breuning.

Cuando las últimas notas dieron por finalizada la melodía de la caja de música, Beethoven tomó una decisión. Le dejaría en herencia su preciada esfera a Stephan Breuning, el único amigo que, sin importarle su enfermedad terminal, acudía a visitarle cada día. Siempre con buen humor, recordaban juntos anécdotas del pasado, pasando por alto las tensiones que habían surgido entre ellos, a veces, por la excesiva proximidad. Muchos amigos se habían pegado a él por admiración, otros por conveniencia, pero con Breuning siempre experimentó la complicidad del buen hermano que tanto había anhelado.

Aunque Stephan no tuviera ni idea del secreto guardado en la caja, al menos estaba seguro de que caería en buenas manos tras su muerte.

A través de un agujero practicado en la pared, Schindler, el secretario personal de Beethoven, escuchaba embelesado la sublime melodía que emanaba de la caja de música que su maestro escondía bajo una tabla en el suelo. Hacía un par de años que la había descubierto, justo cuando, después de la primera representación de la Novena, Beethoven volvió a casa exhausto y, a escondidas, le vio sacar el objeto de su escondite y reverenciarlo como si fuera un regalo de los dioses. No entendía por qué su amo no le había hecho partícipe de su tesoro, tan próximos como estaban, así que aprovechaba las ocasiones en las que él se ausentaba para dejarse mecer por sus mágicas notas. Pero últimamente, debido a la enfermedad, no había tenido la ocasión de disfrutar de ella, así que puso sus cinco sentidos en absorber toda su energía.

Vio a su maestro entornar los ojos al son de la melodía, y se imaginó su mente flotando por el universo al ritmo de esa magnífica sonata. Trató de reconocer en la música que sonaba alguna obra de Beethoven. Las conocía todas, y se extrañó de que la caja no contuviera ninguna de ellas. ¿De qué se trataba entonces? Era evidente que significaba mucho para él, pero entonces, ¿por qué no la había hecho pública?

Cuando la caja de música interpretó la última nota, Schindler apretó los ojos, y una lágrima se deslizó por su mejilla. Daría lo que fuera por poseer aquella caja.

Dos días después, todo se precipitó. Beethoven exhaló su último aliento postrado en el lecho, acompañado de sus más íntimos. Los funerales se convirtieron en la expresión del amor que el pueblo de Viena profesaba a su gran maestro, y miles de personas acompañaron al féretro mientras sonaban sus obras, intercaladas con la marcha fúnebre.

Stephan Breuning fue el encargado de gestionar la última voluntad de su amigo, que había decidido que se subastaran sus pertenencias, incluidas sus partituras originales, y que los beneficios fueran a parar a su sobrino Karl. Esto le trajo un sinfín de quebraderos de cabeza. Al principio, porque cuando fueron a hacer el recuento, el granuja de Schindler ya había pasado por allí y se había llevado infinidad de objetos personales de Ludwig, casi todos sin más valor que el sentimental. También sustrajo los cuadernos de conversaciones, a través de los cuales Beethoven “hablaba” en sus últimos años cuando la sordera le impedía comunicarse, un verdadero legado personal que le dolió perder. Seguramente Schindler los consideraba en cierto modo de su propiedad, pues había sido él quien los había escrito. Sin duda ese personaje había creado una dependencia personal muy fuerte con Beethoven, nada sana. Tras su muerte, había desaparecido con sus efectos personales. Quizás así, ese desdichado pensó que aliviaría la pena por la ausencia del maestro.

Más tarde, se encontró con que el precio que la gente estaba dispuesta a pagar por las partituras del difunto maestro era vergonzoso en comparación con su incalculable valor. Esto le sumergió en una profunda tristeza, pues

sentía que estaba defraudando a su difunto amigo. Al cabo de unos meses terminó con la subasta, y también con su vida. Sus allegados dijeron que desde la muerte de Beethoven, Stephan había empezado también a morir. El último pensamiento de su vida fue una pregunta que se había quedado sin respuesta: ¿por qué su amigo le había indicado en la herencia que fuera a recoger un objeto escondido bajo el piso de su dormitorio, cuando aquel agujero estaba vacío?

Capítulo 61

Amir Adel había salido corriendo al primer disparo. Estimaba a Peter, compartía con él la afición por los misterios del Antiguo Egipto y la visión esperanzadora de que la música cambiaría el mundo. Por eso se había dejado embaucar cuando le propuso participar en la recreación de un antiguo ritual con unos amigos. Mordió todos los anzuelos: música del Reino Antiguo, tocada nada menos que en la Gran Pirámide, y usando un arpa curva original de cinco mil años de antigüedad. ¿Quién podía resistirse?

Pero una cosa era dejarse arrastrar por él y otra bien diferente participar en un tiroteo, vestido con una túnica de otro tiempo, y formando parte del bando que portaba la única arma. Él no tenía nada que ver con eso, así que arrancó la ambulancia y se escapó de allí a toda prisa.

Decidió ir a su estudio de grabación. Tenía algo de ropa allí para cambiarse, y no quería que su novia le viera llegar de madrugada vestido de aquella guisa. Seguramente la reyerta en la Gran Pirámide iba a ocupar los titulares del día y no quería verse involucrado de ninguna manera.

Dejó la ambulancia en un oculto callejón por el que se accedía a una puerta trasera del local. En cuanto empujó la pesada puerta de metal, se percató de que allí ocurría algo extraño.

Se escuchaba un sonido grave y silenciado proveniente de alguna de las cabinas de grabación. ¡Sonaba a música allí dentro! Sus otros socios también tenían llaves, pero a esa hora de la mañana era improbable que nadie estuviera ensayando. El resto del local permanecía oscuro y en silencio.

Volvió sobre sus pasos hasta el callejón. Rebuscó entre unos escombros hasta dar con una tubería de cobre. No estaba en disposición de avisar a la policía, así que eso le serviría de protección.

Caminó despacio por el pasillo que recorría las diferentes salas mientras el ruido iba haciéndose más alto. Una vez delante de la puerta indicada, apoyó ligeramente la mano en el picaporte para girarlo, pero éste no cedió. No tenía por costumbre cerrar con llave las salas de grabación, a menos que algún grupo dejara allí los instrumentos para otro día, y no era el caso. No llevaba encima las llaves, pero el tubo que sostenía en la mano le sería de gran ayuda para reventar la cerradura. Metió el cilindro en la manija de la puerta y empleó todas sus fuerzas en girarlo en sentido contrario.

El mecanismo saltó hecho añicos y la puerta giró hacia adentro dando un portazo contra la pared. El ruido era infernal, pero nada pudo superar la sorpresa que se llevaron sus ojos. De pie sobre un taburete, un niño de unos siete años se dedicaba a trastear en la mesa de mezclas con los *samples* y los generadores de efectos de sonido, consiguiendo una cacofonía ensordecedora. Movía la cabeza arriba y abajo mientras sostenía con una mano unos auriculares tapándose una oreja, y con los dedos de la otra deslizaba los controles de los ecualizadores. Debió sentirse pillado in fraganti en su fechoría, porque se volvió hacia él y se excusó con una sonrisa maliciosa en la boca.

—Mi padre nunca me deja tocar.

Alicia vigilaba de cerca el descanso de Miko. Sentada al lado de su cama en el hospital, le apretaba la mano del brazo no herido como si pudiera infundirle su propia energía. Bibrau dormía en la cama de al lado, tratando de asimilar todo lo que le estaba ocurriendo fuera de su conocido y comfortable mundo de hielo.

Acababan de trasladar a Miko a planta desde el quirófano. El cirujano egipcio que le había extraído la bala del hombro le explicó que nunca había visto un proyectil haciendo tan poco destrozo dentro de un cuerpo humano. La había encontrado a escasa profundidad y sin dañar elementos importantes. El paciente se recuperaría en breve.

—El tambor de los San te salvó la vida —le susurró al oído, mientras le apartaba un mechón de su frente.

Alicia se percató de que sus dedos aún temblaban. Hacía apenas unas horas que Miko se había jugado la vida con el secuestrador de Nico. Desde el pie de la Gran Pirámide, fue testigo de excepción, junto con Bibrau, de la pelea que se escenificó un centenar de metros más arriba. Con el corazón en un puño asistieron al intercambio de disparos y golpes, hasta que el que se hacía llamar Pitágoras cayó piedras abajo rompiéndose los huesos en cada golpe. El compinche del secuestrador ya había huido cuando llegó la policía alertada por los disparos, y una ambulancia trasladó a Miko al hospital. También vio cómo bajaban desde el vértice de la pirámide al hombre inconsciente que Pitágoras había cargado hasta arriba. Un pensamiento de compasión se cruzó en su cabeza: ¿tendría ahora ese desdichado alguien que le cuidara?

El chirrido de la puerta al abrirse le distrajo de sus cavilaciones.

—Si aprietas tanto, le cortarás la circulación —dijo David, irrumpiendo con dificultad con todo su inmenso cuerpo en la pequeña habitación hasta alcanzar a Alicia y estrujarla en un gran abrazo de oso.

Ella se quedó sin palabras, David no había anunciado su llegada. Su temple se vino un poco abajo mientras se dejaba acurrucar por sus tiernos brazos. Su presencia siempre le proporcionaba seguridad y confianza, y eso era justo lo que necesitaba en ese momento. Con Nico en paradero desconocido, Miko con un agujero en el hombro y Bibrau al borde de una crisis existencial, el calor de David la reconfortó y por un instante imaginó que todo iba a salir bien.

—Las enfermeras ya me han informado de que el músico guapo y famoso se va a poner bien. Y tú, Princesa, ¿cómo estás?

—Nico está secuestrado —dijo mientras se limpiaba las lágrimas con un pañuelo de papel. David puso los ojos como platos, y Alicia le relató resumidamente los últimos avatares.

—Creo que he llegado un poco tarde, entonces —indicó David.

—¿Tarde para qué? —preguntó una voz a sus espaldas.

Los dos amigos se volvieron sobre la cama de Miko. Tenía los ojos

abiertos y trataba de incorporarse con dificultad.

—¡No te muevas! —exclamó Alicia—, o abrirás la herida.

Miko pareció recordar el motivo de su estancia allí, se miró el vendaje del hombro y se dejó caer de nuevo. Alicia accionó el motor de la cabecera para subirlo levemente.

—¿Se sabe algo de Nico? —preguntó su padre.

—La policía ha montado un enorme dispositivo para encontrarlo —respondió Alicia—. La verdad es que se ha liado una buena. Hasta hace poco, profanar la Gran Pirámide conllevaba la pena de muerte, aunque ahora sólo lo castigan con unos años de cárcel. Ya le he explicado a la policía que estábamos allí contra nuestra voluntad, pero están esperando a que se te pase la anestesia para acribillarte a preguntas.

—¿Saben ya quién era ese hombre y qué se proponía?

—Han averiguado que es americano y que llegó hace unos días, pero como usó un nombre falso, aún desconocen su identidad. Sobre lo que pretendía hacer allí, creo que es un asunto que deberíamos olvidar. El juego de “Square Circle” ya nos ha traído bastantes problemas.

—¿Que lo vais a dejar ahora? —protestó David—. ¿Después del esfuerzo que me ha costado decodificar el último círculo de las cosechas?

De inmediato atrajo la atención de sus acompañantes.

—Bueno, la verdad es que fue más fácil de lo que esperaba —admitió con una leve sonrisa de ganador—. ¿Os acordáis de la forma que tenía el círculo?

—Un montón de puntos dentro de un círculo gigante —respondió Alicia.

—Pues en realidad se trataba de muchas coronas circulares, y de secuencias binarias inscritas en cada una. ¿No os recuerda nada ese patrón? —hizo una pausa, esperando una respuesta—. Me estáis decepcionando, amigos...

—¡Es un CD! —exclamó Miko, echándose la mano libre a la cabeza por no haberlo reconocido antes—, ¡un disco compacto!

—Así es, una cadena de ceros y unos grabados sobre la superficie formando una espiral. Convirtiendo los bits en números y colocando uno detrás de otro se obtiene la onda musical.

—No puedo creer que nos hayan enviado una partitura en formato CD —

reconoció Alicia.

—Pero es perfectamente coherente —apuntó Miko—. Esperábamos que el último círculo nos revelara la última prueba del juego. ¿Qué más podemos hacer con los cuatro instrumentos que nos han dado que interpretar una canción? Debimos sospechar desde un principio que la solución del misterio vendría en clave musical. Pero bueno, al menos después de este incidente hemos sacado algo en claro. Gracias a ese loco de Pitágoras, ahora sabemos dónde hay que tocar esa canción final.

—¿En la Gran Pirámide? —preguntó Alicia.

—Ese tipo conocía información sobre nuestra aventura que a nosotros se nos escapa, por eso nos llevó allí.

—Me encanta que ya conozcáis ese dato, porque así no rebatiréis mi descubrimiento —indicó David—. Resulta que el último círculo también contenía la clave para descifrar el lugar adecuado para su música.

—¿Cómo? —requirieron Alicia y Miko con urgencia.

—Nunca te lo he preguntado, Miko, pero ¿por qué elegiste precisamente “Square Circle” como título para la canción de la caja de música?

Miko dudó por un momento. Ni siquiera él se había hecho esa pregunta nunca.

—La cuadratura del círculo, la melodía imposible —dijo, recordando el momento de despedirse del joven alemán que había desencadenado la maldita aventura—. Estrofas dobladas en múltiples dimensiones.

—La cuadratura del círculo —repitió David—, eso es justamente lo que las dimensiones de la Gran Pirámide representan: el perímetro de la base coincide con la longitud de la circunferencia que se forma tomando su altura como radio.

—Explicáte mejor —ordenó Alicia con tono amenazante.

—La proyección de la pirámide sobre el terreno es un cuadrado. Pues bien, si superponemos un círculo usando como radio la altura de la Gran Pirámide, las longitudes de ese cuadrado y del círculo coinciden. ¡La Gran Pirámide representa la cuadratura del círculo!

—Extrapolado al mundo tridimensional... —propuso Miko—, ¿significa que la Gran Pirámide es también una esfera gigante!

—La verdad es que no se me ocurre mejor lugar para terminar nuestro viaje —apuntó Alicia—, pero ese tipo fracasó en lo que quisiera conseguir con aquel hombre inconsciente.

—Porque le faltaba la música que yo acabo de descifrar —apuntó David.

—Aunque tuvieras razón, no podemos hacer nada más. Miko hizo añicos los instrumentos musicales, sin posibilidad de repararlos —le reprochó Alicia con cariño.

—Perdona por intentar salvar mi vida —replicó Miko, haciéndose el ofendido.

—Bueno, ¿queréis escucharla o no? —preguntó David.

—Me muero de ganas —aseguró Miko.

David buscó en su *smartphone* la melodía que había compuesto con el ordenador. Tras pulsar unas cuantas teclas, lo puso en medio del corrillo que habían formado en torno a la cama de Miko y comenzó a sonar la melodía.

En el audio se escuchaban tres instrumentos básicos y una sola voz que parecía femenina. La composición sonaba bastante rudimentaria, carente de todo artificio, pero con un sonido limpio y perfecto. Cada nota en su lugar, a su debido tiempo, con su justa duración. Se acercaba más a un ejercicio matemático que a una melodía improvisada. La delicada voz de la chica se sumó al conjunto instrumental a intervalos periódicos, como las olas del mar rompiendo serenamente contra la orilla, susurrando repetidamente una frase en un idioma desconocido.

Los tres esperaron pacientemente a que terminara la interpretación del teléfono.

—Ha sonado como si un ángel interpretara una breve sinfonía celestial —indicó Alicia.

—Hizo falta ajustar una serie de parámetros para que sonara bien. Al principio no era más que ruido. Hasta que no encontré el compás, el tempo, la clave, y la escala, no sonó nada coherente.

—¿Estás seguro de que no existe otra posible interpretación? No deberíamos dejarnos llevar sólo por una interpretación subjetiva —objetó Miko.

—Créeme que se trata de la canción correcta. Quienquiera que la enviara

se aseguró bien de que nuestro análisis fuera completamente objetivo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Me he guardado lo mejor para el final —admitió—. Existe otra canción grabada en el CD del círculo, justo al principio. Es totalmente diferente al resto de la obra, como una introducción separada, pero habla por sí sola.

Seleccionó otra pista del directorio y pulsó el *play*.

Unas notas comenzaron a sonar por el pequeño altavoz del teléfono. Aguzaron el oído, porque el sonido era muy leve, casi imperceptible. El tono se fue elevando progresivamente. Eran acordes suaves, como dibujando el alba de un nuevo día, repitiéndose en una sucesión in crescendo. La intensidad fue subiendo de manera exponencial, y unos tambores culminaron la introducción de la obra con un estruendoso torbellino musical entrecortado por minúsculos silencios.

—Esto ya lo he oído antes —indicó Miko—. ¡Es el primer movimiento de la Novena Sinfonía de Beethoven!

Miko miró a Alicia, necesitaba una explicación a tan insólita ocurrencia, y a ella se le daba bien unir los cabos sueltos.

—La Novena Sinfonía es con la que Beethoven sintió que había contactado con los dioses —señaló Alicia—, aquella en la que condensó el espíritu de nuestra humanidad, la huella de nuestra identidad humana, el símbolo de toda una civilización.

—Al ajustar el sonido del disco para que la Novena Sinfonía sonara tal y como la escribió Beethoven —explicó David—, pude recomponer el resto de la melodía adecuadamente.

—Si esto es un mensaje desde las estrellas —indicó Miko—, supongo que, al elegir a Beethoven, están señalando al destinatario del mensaje: la humanidad que Beethoven describió con su Novena Sinfonía.

—Miko —dijo Alicia—, me pregunto si Beethoven tendrá algo que ver con la caja de música.

—Por el aspecto que tenía, podría datar perfectamente de esa época. Además, esos artilugios mecánicos eran muy famosas en Centroeuropa, más concretamente en Viena, donde el compositor vivió la mayor parte del tiempo.

—Y dijiste que el muchacho que vino a pedirte el encargo era germano, ¿verdad?

—Sí, su aspecto y su acento no dejaban lugar a dudas.

—¿Un descendiente de la familia Beethoven? ¡Uau! —exclamó David.

—Pudiera ser, pero algo me dice que no lo era —dijo Miko—. Esa familia debería de amar la música al llevar los genes de semejante maestro en sus venas, y ese chico sólo quería desprenderse de la caja.

Un segundo de silencio acompañó los pensamientos de los tres aventureros.

—La caja de música seguirá siendo un misterio —dijo Alicia—, pero al menos hemos confirmado que el círculo de los campos de trigo de Wiltshire era el mensaje de respuesta.

—¿Pero respuesta a qué? —se preguntó David—. ¿Acaso hemos hecho alguna pregunta?

“¿Cuál es la pregunta?”, interiorizó Alicia. Esa era la cuestión clave que había que plantearse. Había que buscar la pregunta, más que tratar de interpretar la respuesta. En ese instante, las carreras y peligros junto a Miko de las últimas semanas pasaron por su mente a velocidad de vértigo, y de repente todo cobró un inesperado sentido.

—Nosotros quizás no —respondió con rotundidad—, pero la humanidad entera sí que lo ha hecho. Pensemos en los lugares que hemos visitado. Cada uno de los pueblos indígenas que allí nos encontramos han sido los guardianes de un tesoro escondido desde tiempos inmemoriales. Quizás una civilización primigenia se los entregó para su custodia, junto con las instrucciones para trasladarse a la siguiente casilla del juego.

David interrumpió de manera brusca:

—La técnica de encriptación de los datos de rumbo y distancia usa el mismo algoritmo que las redes de telecomunicaciones móviles de última generación. No puedo creer que esta técnica se conociera allá en los albores de nuestra especie.

Alicia se encogió de hombros y continuó su exposición:

—Sólo hay que extraer el denominador común de las cuatro experiencias. ¿En qué confluyen las tristes historias de los San, Rimba, Inuit y Rapanui?

¡Son un reflejo absoluto del mal comportamiento del hombre sobre el planeta! El pueblo San representa el exterminio que estamos realizando sobre nuestra propia especie, contra los antepasados más antiguos de nuestra raza humana. Los Rimba simbolizan la devastación de los recursos naturales a favor de la maquinaria del consumo, y los Inuit son la huella palpable del cambio climático. Como aquella primera civilización de nuestro planeta, muy pronto se verán obligados a emigrar a otro lugar. Por último, la ausencia de los Rapanui es la prueba misma de la condenada tendencia del hombre a aniquilarse entre sí. ¿Qué mejor historia para poner punto final a nuestro periplo, que un microcosmos que condensa en sí mismo una aleccionadora enseñanza y un riguroso aviso para el resto de la humanidad?

La argumentación de Alicia fue tan acertada y concisa que no obtuvo ninguna réplica.

—Alicia, creo que estás perdiendo la cabeza —indicó David—. ¿Estás diciendo que una civilización que vivió en la Tierra antes que nosotros nos espía a través de un telescopio gigante y nos quiere ayudar como una madre a un hijo?

—Sí —convino Alicia—, creo que eso condensa muy bien mi teoría. Esos pueblos han servido como eternos testigos de lo que ha acontecido al planeta durante siglos y han actuado como “sondas” para tomar el pulso de nuestra civilización.

—Salvo que la comunicación intergaláctica ha usado otra vía bien diferente —terció Miko—: la música. Esos pueblos conocían técnicas para elevar la intensidad del sonido de sus canciones por encima de lo físicamente concebible: la cueva de los San, los árboles huecos de los Rimba, el glaciar de los Inuit, y el recinto de piedras del “ombligo del mundo” de los Pascuenses. ¡Con esos mecanismos conseguían poner en órbita sus plegarias!

—De esa manera lograban transmitir los lamentos de la “madre tierra” hacia los confines del universo —completó Alicia.

—Creo que los dos os habéis golpeado la cabeza —indicó David, negando compulsivamente.

—“La Danza del Sol”, “El Canto del Bosque”, las canciones Inuit y la silenciada música Rapanui transferida a las tablillas rongo-rongo —enumeró

Miko—, todas son la “partitura de contacto” que permite medir qué tal lo estamos haciendo como especie.

—Los pueblos que han guardado los antiguos secretos están al borde de la desaparición, o ya lo han hecho —señaló Alicia—. Nosotros somos los elegidos para ofrecerles la última oportunidad. Tenemos en nuestras manos salvar el planeta, cambiar el rumbo que guía nuestra humanidad hacia la autodestrucción, sacudir nuestras mentes para que la Naturaleza vuelva a ser protagonista en nuestra conciencia colectiva.

El portazo de la puerta de la habitación les sacó de inmediato de su estado trascendental.

El pequeño Nico se tiró encima de su padre sin importarle los cables y sondas que lo rodeaban. Miko lo besó y lo estrujó con fuerza sin poder contener las lágrimas, que arrastraron en su salida el miedo de no volver a verlo jamás. Nico fue a clavar su cabeza sobre el hombro herido de su padre, pero el dolor que sufrió se le antojó la sensación más agradable de su vida.

David se abalanzó sin pensárselo sobre el hombre que traía al niño. De manera brusca y torpe, y gracias a la nula oposición del adversario, David consiguió tirarlo al suelo e inmovilizarlo boca abajo colocando su cuerpo encima de él.

Al sentir tanto alboroto, Bibrau despertó en la cama contigua y fue directamente a abrazarse a Alicia. La familia estaba ahora completa.

Miko separó ligeramente la cara de su hijo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te han hecho daño? —preguntó con voz temblorosa, sin dejar de acariciar la cara de su hijo, asegurándose de que era real y no una alucinación fruto de los calmantes.

—Estoy bien —dijo el niño con un mohín de culpabilidad en los labios—. ¿Sabes qué, papá?

—¿Qué, hijo?

—Quiero ser músico.

Aquellas palabras rasgaron su alma, haciéndola jirones como a un trapo viejo. Aparte de los grupos que ocasionalmente iban a tocar al café, Nico había sido víctima del silencio musical que él se había encargado de imponer en casa. No quería que su hijo se sintiera tentado como él a elegir un camino

equivocado. Y ahora, para su sorpresa, Nico anunciaba con la ingenuidad y la rotundidad de los niños que quería ser músico. Hace unos días, Miko se habría enfadado y le habría mandado a hacer los deberes. Ahora, lo que lamentaba eran los años de música que le había negado a su hijo.

—¿Y qué instrumento quieres tocar? —preguntó, cariñoso.

—La mesa de mezclas —contestó el niño—. Quiero ser como tú, papá.

“Como yo”, pensó. Nico nunca lo había visto encima de un escenario, ni grabando en un estudio, ni siquiera componiendo una simple canción en casa. Sin embargo, lo había identificado a él como músico. ¿Cómo podía haber negado durante años lo que realmente era cuando hasta un niño se daba cuenta de ello?

—¡Soltadme, por favor!

El grito ahogado atrajo la atención de Miko hacia el hombre que David tenía retenido haciendo buen uso de su sobrepeso. ¡Pero si era el compinche de Pitágoras! Se levantó violentamente de la cama, derramando por los suelos los goteros que tenía clavados en los brazos. Apartó a David de un empujón, levantó con firmeza al egipcio y lo estampó contra la pared. A pocos centímetros de su cara, le dirigió una mirada asesina y escrutó sus ojos desconcertados, asustados, pidiendo clemencia.

Percibió que Alicia se le acercaba por el costado.

—No es la mejor lección para los niños —dijo, posando lentamente una mano sobre su hombro.

Aunque deseaba matar a aquel hombre, ¿cómo podía alguien jugar con la vida de un niño?, Miko percibió clavadas en su nuca la expectación de Nico y de Bibrau, y sofocó el impulso de aplastar su puño sobre el rostro de aquel delincuente.

El otro entendió que le tocaba hablar.

—Soy Amir Adel, y no tengo nada que ver con el secuestro —explicó, con acento árabe—. Me encontré a su hijo en mi estudio y he venido a devolvérselo.

—¡Cómo puedes negar tu implicación! —grito Miko, elevándolo unos centímetros más—. ¡Si estabas allí!

—El hombre que lo organizó todo se llamaba Peter Bigelow. Creí que era

mi amigo, pues habíamos trabajado juntos antes, pero me engañó para que participase de su horrendo plan.

Miko recordó al que se hacía llamar Pitágoras escalando la pirámide con la otra persona a cuestas. Peter Bigelow, ¿qué querías conseguir?

—Necesitaba un instrumentista —admitió Miko—. Nos tenía a Alicia, a Bibrau y a mí, pero le faltaba el cuarto músico.

Quizás ese hombre estaba diciendo la verdad.

—Soy productor musical e intérprete de instrumentos antiguos.

Miko relajó la presión sobre los hombros del hombre y le dejó explicarse. Amir relató su breve relación de amistad con el médico americano experto en neuromusicología. Peter Bigelow había guardado unas llaves de su estudio de grabación de una anterior colaboración, y las había usado para ocultar a Nico allí.

Amir evitó entrar en detalle sobre sus experimentos conjuntos de control de masas a través de los mensajes en la música. Era un tema del que se arrepentía y con el que nunca volvería a jugar.

—Si puedo hacer algo para ayudaros, sólo tenéis que pedírmelo —concluyó—. Me siento en deuda con vosotros.

Miko escudriñó los ojos del joven músico hasta convencerse de que era de fiar. No ya sólo para soltarlo y no llamar a la policía inmediatamente, sino para algo más importante. Amir era la persona perfecta para poner en marcha el plan que se le acababa de ocurrir.

—Quizás sí hay algo que puedas hacer, después de todo.

Hear that sound
There's a voice to be found
Making changes go round
Hear that sound

Escucha ese sonido
Hay que encontrar una voz
que hace funcionar los cambios
Escucha ese sonido

“Hear that sound” Inxs.

Capítulo 62

En una semana, Amir tuvo listo todo lo que Miko había solicitado, demostrando una capacidad de gestión extraordinaria y una complicidad que eliminaba del todo las sospechas sobre su implicación en el secuestro de Nico. Todos imaginaban lo difícil que le habría resultado conseguir la autorización para organizar un concierto en la Gran Pirámide con tan poca antelación. El vacío de poder en el gobierno, y la fama que había alcanzado el productor egipcio con sus canciones de protesta le abrieron definitivamente el paso. En el cartel figuraban los artistas nacionales más famosos del momento, junto a la aparición estelar de Miko Tarvuk. Amir había tenido el acierto de promocionarlo como un encuentro de culturas, acercándose al clima de apertura política y social que vivía el país.

El escenario estaba a la altura del lugar donde se erigía. Consistía en una plataforma elevada que recorría el perímetro completo de la Gran Pirámide. Tal y como esperaban, la afluencia fue masiva. El público fue llegando sin cesar durante toda la tarde hasta ocupar la meseta de Gizeh en toda su extensión. Para que los espectadores no se perdieran detalle de lo que acontecía en el larguísimo escenario de 360 grados, se instalaron decenas de pantallas gigantes alrededor. En ese momento, las imágenes mostraban un plano corto de un joven rapero que enardecía a las masas con sus letras incisivas y su música machacona.

Miko y David también habían trabajado de lo lindo. Al no disponer de los instrumentos originales, tuvieron que imitarlos con sonidos digitales. Gracias

a que tenían grabados en una memoria portátil todos los temas de sus viajes anteriores, pudieron aislar los sonidos del tambor de los San, el ney de los Rimba y el arpa de los Rapanui, para posteriormente aplicar modelos matemáticos y completar así todas las escalas de notas de las que no tenían registros originales.

El resultado ya estaba almacenado en los sintetizadores que Miko utilizaría en pocos minutos en su concierto. Alicia había estado organizando el coro de chicas que acompañaría a Bibrau con la parte vocal. En ese momento regresaba al *backstage* para desearle suerte a Miko antes de ir a colocarse en el lugar que le correspondía en la frente Norte. Amir estaría en la cara Oeste, Bibrau con el coro en la Este, mientras que Miko ocuparía el escenario principal en la cara Sur.

—¿Nervioso?

—No lo he estado tanto en toda mi vida —reconoció Miko—. Creo que nos hemos precipitado, no me ha dado tiempo a ensayar apenas la canción.

—Sé que lo harás bien —dijo Alicia con voz serena, tomándole suavemente las manos.

—Si de verdad hemos interpretado bien todo este viaje, tengo en mis manos una responsabilidad tremenda. ¡Mira cómo tiemblan mis dedos! Si fallo, si me equivoco o si se me desliza una nota, habremos desaprovechado el premio que se nos ha concedido. ¿Quién soy yo para erigirme en intérprete de toda la humanidad?

—No pienses en eso —respondió Alicia, aumentando ligeramente la presión sobre sus manos—. Me da igual si el desenlace de esta aventura sale bien o sale mal. Sólo quiero que salgas ahí fuera y vuelvas a ser Okimo.

La mención de aquel nombre proyectó un carrusel de diapositivas sobre su mente. Imágenes de sus principios en los pequeños locales de Ginebra, luego las de las principales salas de su país, para acabar en los conciertos multitudinarios en los que llenaba estadios en Río, Tokio, Los Ángeles, Londres... Volvía a tener las mismas sensaciones que entonces: el bullicio del público, las luces cegadoras del escenario, el denso olor a multitud... Todo era igual salvo él. Okimo ya no era nadie. El público pertenecía a una nueva generación que no había oído hablar de él. ¿Cuál sería su reacción al

ver salir a ese extranjero desconocido al escenario? Seguramente lo abuchearían. No podría soportar algo así después de haber superado ya la primera derrota.

—Alicia, esto no tiene nada que ver con Okimo. Se trata de conseguir finalizar un juego de proporciones inimaginables.

—Para mí es suficiente lo que este juego nos ha supuesto para ti y para mí. Ha hecho que nos conociéramos, que nos gustásemos y que decidiéramos amarnos para siempre.

Miko se quedó perplejo ante esa declaración de amor en toda regla.

La atrajo hacia él y se fundieron en un cálido beso. Por un instante la música se apagó en sus oídos y sintieron que sobrevolaban las pirámides como dos mariposas al son de “Square Circle”.

Alicia fue la primera en separarse.

—Y para estar contigo, debo estar con el verdadero Miko Tarvuk, no con ese que tamborilea cuando escucha una percusión, o que disimula el vaivén de sus pies al ritmo de las guitarras. Necesito al que llora cuando escucha una canción que le emociona, al que se inspira con las olas del mar batiendo contra un acantilado en la Isla de Pascua o con el silencio de una noche estrellada en el desierto del Kalahari. Necesito al guerrero que lucha por las injusticias, no al que se conforma con una vida apacible. Sal ahí fuera y demuéstreme quién eres.

Miko vio cómo toda su ansiedad se daba la vuelta del revés. Quizás no fuera capaz de desentrañar el misterio de un juego milenario ideado por una civilización perdida y emigrada a otro planeta; tampoco de entender cómo una mágica melodía podía impregnarse del pulso del planeta para transportarlo más allá de las estrellas; ni siquiera de canalizar adecuadamente la respuesta para salvar a nuestra civilización. Sí, quizás todo ello era demasiado para él. Pero si se trataba de luchar por sí mismo y por el amor de su vida, entonces sí que estaba en sus manos.

El ruido del público tras la actuación del que le precedía lo devolvió a la realidad. Los altavoces tronaron para presentar al siguiente artista: “Miko Tarvuk, la sensación musical del momento gracias a un tema que ha dado la vuelta al mundo, Square Circle”. Un estruendo de júbilo brotó del gentío al

pronunciar el título de la canción.

Alicia le dio un último abrazo y lo empujó escaleras arriba.

—Vamos, ¡dale caña!

Miko saltó al escenario y saludó con una mano hacia el infinito, la otra tapándose la cara de los potentes focos que le impedían ver más allá de la primera fila. Enseguida buscó la seguridad que le ofrecía la batería de teclados, respiró hondo, aparcó el dedo sobre la primera nota de “Square Circle” y comenzó la interpretación.

Las tres primeras notas bastaron para que el público reconociera la canción y se volviera loco. A Miko no le resultó cómodo tocarla, recordaba el escabroso asunto del secuestro de Nico y la disputa con Peter en la cima de la pirámide. Casi fue un alivio que terminara, y entonces pasó al repertorio de sus grandes éxitos de la década pasada. La gente rebajó su nivel de bullicio hasta un grado soportable. Miko no pretendía aburrirles con canciones que seguramente no conocían, así que a las primeras de cambio, introdujo de nuevo “Square Circle” para reavivar el ánimo.

A su conclusión, determinó que había llegado la hora de la verdad. Sacó la partitura que David había descifrado en el dibujo de los campos de trigo ingleses y la colocó sobre el atril.

Ya no había marcha atrás. Desde su posición no podía ver a Alicia, pero la tenía totalmente presente. Si estaban en lo cierto, estaban a punto de culminar la aventura que les había llevado por todos los rincones del planeta, salvando más de un peligro; una aventura que empezó por casualidad, el día de Año Nuevo, cuando la caja de música le insinuó sus misterios en forma de sugerente melodía. Si habían hecho bien el trabajo, y habían interpretado correctamente los símbolos, estaban a punto de tocar la partitura de salvación del planeta.

Los sonidos primordiales del tambor, el ney y el arpa silenciaron a la audiencia de inmediato. Nadie conocía aquel tema. Al principio se miraban entre ellos extrañados, pero luego el sonido potente de raíces étnicas del coro femenino los hipnotizó.

Los arreglos electrónicos de Miko y David hacían que el sonido sintetizado digitalmente fuera indistinguible de lo que hubiera sido interpretar

los instrumentos cuyos restos yacían esparcidos alrededor del vértice de la pirámide. Para completar el ritual, habían replicado la disposición que Peter Bigelow les había obligado a componer el día anterior. Tenía sentido que al ser cuatro, cada uno ocupara una cara de la pirámide, donde además habían situado una batería de grandes altavoces enfocados hacia arriba. Así, el sonido no sólo sería dirigido al público local, sino también hacia el cielo, ya que tal y como habían observado en cada una de las cuatro aventuras, la cuestión de la potencia también era importante.

La melodía comenzó con suaves giros que actuaron como un bálsamo relajante sobre los asistentes. A continuación, avanzó lentamente hacia un ritmo más tenso y sincopado, de matices tenebrosos. Todos buscaron inconscientemente la compañía de la persona de al lado, concentrándose la muchedumbre en un espacio todavía más reducido y tejiendo una tupida telaraña de cuerpos.

La energía concentrada en la marea humana comenzó a fluir por la red de cuerpos que habían trenzado, transmitiéndose de un extremo al otro de la meseta al ritmo que marcaba la música.

El protagonismo musical del ney y del arpa pasó ahora a un segundo plano y dejó a la percusión liderar ese tramo de canción. La cadencia de golpes del tambor se transfirió de inmediato al público. Primero sólo eran golpes en el suelo con los pies siguiendo el ritmo, pero al cabo de unos compases, todos estaban agarrados por los hombros al de al lado y saltando al unísono al son del tambor digitalizado de los San.

Ya no había miles de asistentes, sino un único ser compuesto por la suma de todos ellos. Sus dimensiones dejaban pequeña a la Gran Pirámide, y parecía que el enjambre humano atrapaba el gigantesco monumento como si de un juguete se tratara; como si una mano enorme empuñara un instrumento musical...

La energía suministrada al suelo por los saltos activó un mecanismo oculto en la Gran Pirámide. De repente las caras se iluminaron con cuatro colores básicos: rojo, verde, azul y blanco. El público exclamó una admiración de sorpresa por los inesperados efectos especiales. Miko y Alicia se volvieron sobre sus espaldas para contemplar el extraordinario efecto.

Sabían con certeza absoluta que la iluminación de la pirámide no formaba parte del espectáculo: ¡tenía luz propia!

Sin comprender aún qué estaba ocurriendo, continuaron con la interpretación de la canción, que ahora volvía a introducir todos los instrumentos en perfecta armonía y aceleraba el ciclo de repetición de la frase que murmuraba el coro.

Las luces que proyectaba la pirámide por sus cuatro caras fue oscilando en intensidad y cambiando de color, cada una ligada al instrumento que la lideraba. La constante vibración del suelo mantenía el motor vivo, que fue ganando en revoluciones.

Los espectadores se quedaron maravillados ante el espectáculo de luz y sonido que manaba desde la Gran Pirámide. Nunca habían visto nada igual. Los cinco sentidos parecían bloqueados en una única percepción: la armonía completa de cuerpo y espíritu.

El ritmo de la música se desencadenó, y una vertiginosa sucesión de notas acompañadas de una percusión casi atropellada anticipó el final de la canción. Cuando el silencio se hizo, las paredes de la pirámide se apagaron y el público dejó de saltar.

Pero el final aún no había llegado. Un potente foco de luz brotó desde el vértice de la pirámide enfocando su estrecho haz hacia arriba, totalmente en vertical. El cielo se iluminó como si una nueva luna hubiera aparecido de repente. La luz alcanzó las capas más altas de la atmósfera y se desplegó en ondas concéntricas, irradiando su energía hacia los confines de todo el planeta.

Un grave sonido, como un trueno, quedó suspendido en el aire y se desvaneció lentamente. Ahora sólo faltaba la parte final. Miko tenía delante de él una extraña concatenación de notas que suponía el colofón a la canción transcrita por David. Según la partitura, había que tocarlas una a una muy rápidamente, tanto que Miko no se creía capaz de no cometer ningún error con el teclado. Aquello no tenía nada de musical, pero él era el elegido para hacer llegar ese mensaje a toda la humanidad.

Alicia había terminado su partitura, pero sabía que aún quedaba la parte final de Miko. Miró hacia el vértice de la pirámide justo cuando empezaba la

melodía final. El chorro de luz se volvió intermitente, apagándose e iluminándose a velocidad de vértigo con una secuencia diferente a cada nueva nota. Parecía un nuevo sistema Morse de puntos y rayas transmitiendo un mensaje al planeta. El cuerpo de Alicia se vio envuelto en un temblor repentino.

Y también toda la Tierra tembló. Fue un terremoto silencioso, sin registro en los sismógrafos. A lomos de esta invisible vibración, recorrieron el mundo las mágicas notas que fluían a chorro desde el vértice de la Gran Pirámide. Los efectos fueron sutiles. Algunos niños escucharon una música lejana que les distrajo por un momento de sus juegos. Algunos aparatos de grabación de sonido recogieron una extraña interferencia que no supieron explicar. Los animales aullaron a coro en los valles de las montañas. Toda una multitud de insignificantes experiencias individuales que nadie asoció a un fenómeno común.

También pasó desapercibido otro tipo de cambio, éste a un nivel mucho más pequeño, microscópico, molecular. Tan pequeño que aún sería imperceptible para la ciencia durante unos años más, cuando al fin se decodificara completamente el mapa del genoma humano. Esa doble hélice de nucleótidos que cada individuo lleva en su interior se sintió excitada por la energía transmitida desde aquel remoto punto del planeta. Al principio sólo fue un baile al son de ese embriagador ritmo, pero poco a poco los movimientos de la molécula de ADN fueron totalmente subyugados por el exótico influjo de la melodía. La cadena química fue desenrollándose lentamente, desnudándose frente a una fuerza superior, mostrando sus encantos sin pudor. Los cromosomas, activados por una orden desconocida pero implacable, se deshicieron en sus dos hebras, que vibraron armónicamente con la música procedente del exterior. Y entonces se produjo el cambio. Las notas enviadas en ráfagas de luz desde el vértice de la Gran Pirámide codificaron un nuevo gen, que penetró en la doble hélice de un cromosoma y se añadió a los más de treinta mil ya descubiertos.

La doble hélice que se había abierto en cada uno de los habitantes del planeta volvió a enrollarse sobre sí misma, y las moléculas de ADN recuperaron su forma habitual. El nuevo gen quedó camuflado, como si nada

hubiera ocurrido. Sin embargo, la raza humana había recuperado capacidades primigenias que habían sido desactivadas por el paso del tiempo. El *homo sapiens sapiens* era de nuevo capaz de percibir de manera íntima su relación con las invisibles fuerzas de la naturaleza, de situarse a sí mismo en el complejo mundo en el que vivía y de valorar acertadamente el daño infligido sobre su entorno. Una pequeña modificación que corregía el rumbo desacertado de una civilización.

Al cabo de un minuto, Miko pulsó la tecla de la última nota y respiró al fin. La luz de la pirámide se apagó por completo y se encendieron los focos que marcaban las salidas del recinto.

El concierto había terminado.

El público desconectó automáticamente del trance al que la música les había transportado y desalojaron la zona en cuestión de minutos.

Miko y Alicia corrieron por las tablas del escenario en direcciones opuestas hasta encontrarse y fundirse en un abrazo.

—¿Lo has visto? —preguntó Alicia, emocionada.

—Sí... toda la pirámide brillaba y cambiaba de color...

—Y el haz de luz final...

—Era como una secuencia codificada...

—¿Cómo demonios...?

Las preguntas se amontonaban unas encima de otras, añadiendo más confusión aún a lo ocurrido.

—No logro entender qué acaba de suceder, pero creo que hemos conseguido superar la prueba —dijo Alicia.

Miko giró la cabeza en dirección a la pirámide, ahora totalmente a oscuras y silenciosa, simulando que sus piedras no eran más que simples bloques puestos uno sobre otro. Después se volvió hacia Alicia, su rostro perlado de gotitas y su cuerpo jadeante aún tras el esfuerzo.

—Yo al menos sí que lo he hecho —se sinceró Miko—. Gracias por hacerme ver que lo que necesitaba era volver a amar la música. ¿Sabes cómo me he sentido hace un momento? Mis pies flotaban sobre la tarima, y no sólo gozaba sumisamente como una marioneta en manos de la poderosa fuerza de la música, sino que me sentía importante para ella. Sin mí, esos sonidos no

podían salir, eran esclavos del silencio. Por mágica y divina que sea la música, necesita de los seres humanos para manifestarse. Ése es el equilibrio que nunca vi, y que a partir de ahora cuidaré de mantener.

Alicia se abrazó a él y Miko sintió que no necesitaba nada más en la vida.

—¿Cabe en esa nueva vida tuya una abogada sin trabajo?

—Supongo que necesitaré un representante sin escrúpulos —dijo con una sonrisa pícar—, o una abogada que me defienda de todas las acusaciones de plagio que me van a llover, o...

—Calla, calla —cortó Alicia, poniéndole un dedo en la boca—. Tengo una idea mucho mejor que esa.

Capítulo 63

Cinco meses después

Ya era mediodía cuando la barcaza se disponía a cruzar el puente “25 de abril”. La cubierta estaba atestada de gente, si bien por el color de sus ropas se podían distinguir claramente los dos bandos. El aspecto festivo lo ponía el conjunto interracial de músicos que se habían comprometido con el proyecto, recelosos aún del equipo que vestía con traje gris, formado por juristas de toda índole que a nivel individual apoyarían la recién formada organización. Tampoco faltaban los periodistas internacionales, que se habían dado cita en Lisboa para asistir a la puesta en largo de “Música Justa”, la ONG de Miko Tarvuk y su mujer Alicia del Toro.

Hacía un par de horas que habían salido desde el pequeño puerto de “Cais do Sodré” al pie del Barrio Alto. Nico y Bibrau les habían acompañado hasta el embarcadero, pero se quedaron en tierra con Rui, que prometió llevarlos al *Oceanário* y luego esperarlos tomando helados.

Tras un periodo de adaptación que necesitó varios viajes a Groenlandia, Bibrau decidió que se trasladaría a vivir con ellos. Aunque era lo que Alicia y Miko deseaban, y contaban con el apoyo de su abuelo Taqquiq, aún tenían sus dudas respecto a la conveniencia de sacar a algo tan genuino de su entorno natural. Esa pequeña flor de hielo de ojos rasgados parecía aún más frágil fuera de su hábitat. Sólo se convencieron plenamente cuando apuntaron

a la niña a clases de canto y contemplaron su cara de felicidad al compartir su pasión y su talento con otros niños. “Será una excelente cantante de fado”, comentó el profesor.

La idea del paseo en ferry para publicitar el lanzamiento de la ONG la había tenido el pequeño Nicolás mientras miraba por la ventana de casa. “¿Cuál es el barco más grande que puede atravesar el río, papá?”, preguntó tratando de desviar la atención de sus deberes. Alicia y Miko se devanaban los sesos en ese momento para encontrar el mejor local para el lanzamiento público de su proyecto. “¡Un barco, así no podrán escapar!”, exclamó Miko.

En ese momento, tras haber completado un periplo por el estuario del Tajo, se disponían a recorrer la costa hasta Estoril. Miko se deslizó entre la multitud buscando un respiro en la zona de proa, que estaba acordonada para impedir la entrada de los invitados. Allí se encontró a Alicia, con su falda blanca agitada por la brisa en perfecta armonía con sus cabellos sueltos, esperándole con dos copas de vino en la mano.

—Sabía que intentarías escabullirte —le recriminó ella cariñosamente.

—Necesitaré acostumbrarme de nuevo a los focos. ¿Y tú qué haces dejándome a cargo de tus amigos los abogados? No sé qué tema de conversación sacar para distraerles.

—No hace falta, están aquí por propia voluntad. Creen en nuestra idea.

—No me esperaba una reacción tan buena ni siquiera desde el gremio de los músicos.

—La gente quiere ayudar, pero muchas veces no sabe cómo...

Cuando Alicia le contó que su plan para vivir juntos pasaba por trabajar en común en una asociación benéfica, Miko se mostró encantado y fascinado, y enseguida se puso a buscar apoyos. No le costó mucho que se acordaran de él, ya que tras la mágica noche en la que la Gran Pirámide se convirtió en un instrumento musical en armonía con las esferas celestiales, el nombre de Miko Tarvuk volvió de inmediato a la primera plana musical.

La onda del éxito fue creciendo en círculos concéntricos desde la meseta egipcia, extendiéndose en pocos días desde los periódicos locales hasta las televisiones de medio planeta. Todo el mundo estaba impresionado por los efectos especiales con los que había concluido su interpretación. Nunca se

había visto nada igual, decían los asistentes, ¡parecía como si la misma pirámide se hubiera puesto a brillar!

En los días sucesivos, Miko Tarvuk fue el hombre más buscado: discográficas, agentes musicales y organizadores de grandes conciertos se disputaban los huecos de su agenda. Todos querían un espectáculo igual en sus ciudades.

Alicia y Miko aprovecharon la fama y las entrevistas para difundir la labor que prestaría su ONG “Música justa”. Como su nombre indicaba, pretendía aunar música y justicia en una labor desinteresada. Su intención era congregar una legión de abogados para defender a los más desprotegidos. Los músicos aportarían la financiación a través de sus conciertos y la cesión de derechos de autor de sus canciones.

Alicia sería la coordinadora del batallón de juristas y Miko la cabeza visible de una verdadera nueva generación de músicos. Los donativos no serían aceptados, Miko no quería artistas ricos que sintieran pagados sus tributos a la sociedad a través de esporádicas aportaciones; para pertenecer a ella había que involucrarse personalmente. Cada músico voluntario “apadrinaría” un proyecto y sería responsable de promoverlo en los medios de comunicación.

Para no terminar trabajando cada uno por separado, Alicia y Miko acordaron compartir la labor más importante de la ONG: recorrer el mundo para encontrar nuevas víctimas a las que socorrer. Su experiencia tras la búsqueda del origen de “Square Circle” les había enseñado que los más desprotegidos son los que desconocen incluso que tienen derechos: indígenas de las selvas tropicales en peligro de extinción, o pobladores del ártico amenazados por suculentos yacimientos que ponen en peligro la tierra que habitan. Por suerte, los San del Kalahari habían ingresado una buena cantidad por los derechos de autor de “Square Circle”, que les permitiría decidir por sí mismos su propio futuro. Esa experiencia era la que querían extrapolar a otros casos.

—“Square Circle” ha dejado de ser número uno en las listas —dijo Miko con un tono de melancolía.

—¿A qué esperas para componer un nuevo “hit”? —le animó Alicia—.

Tendrás que dar ejemplo a los músicos que quieren venir con nosotros.

—Ahora sé que puedo, gracias a ti —Miko elevó la copa hacia Alicia para brindar.

—Yo también te debo mucho —dijo Alicia—. Me abriste una puerta por la que escapar de una vida que yo no había elegido.

—Tenías el problema de ser muy buena en tu trabajo —sonrió Miko—. Es difícil bajarse de un caballo ganador.

—Me mirabas de aquella manera... Me hacías sentir vergüenza de lo que hacía.

—Tú ya sabías que estabas haciendo algo equivocado. Pero ahora no tendrás que preocuparte de cumplir con esa idealista que llevas dentro. Sólo vas a defender a los inocentes.

—Lo importante es que recorramos el camino juntos.

Chocaron sus copas en el justo instante en que atravesaban el puente.

—¿Escuchas eso? —preguntó Miko.

A decenas de metros de profundidad, a poca distancia de los restos destrozados de un coche deportivo, un gran pez empujó con su boca un extraño objeto para comprobar si se movía. La caja de música cambió de posición y liberó la definitiva vuelta de cuerda, encasquillada la última vez que se abrió el día de Año Nuevo. Un leve sonido brotó con claridad, el metálico percutir de un martillo sobre un tambor dentado. Los peces huyeron despavoridos ante el extraño acontecimiento, pero enseguida volvieron cuando comprendieron la importante labor que les tocaba realizar. Colocados encima de la caja, abrieron sus boquitas para dejar escapar pequeñas burbujas. Las notas musicales se subieron a estas cápsulas submarinas en un último intento de recuperar la libertad. Cuando emergieron, se transmitieron por la superficie del agua logrando alcanzar un barco repleto de gente que pasaba por allí.

—No oigo nada —dijo Alicia.

—¡Es la melodía de la caja de música! —gritó Miko.

Alicia se giró repetidamente, orientando sus oídos en todas direcciones.

—¿Estás bromeando?

Miko se concentró de nuevo en el murmullo del oleaje, pero ya no

escuchó nada.

—Supongo que fue mi imaginación.

FIN

Agradecimientos

A mis padres, Pepe y Juana. Ellos no podrán llegar a leer esto porque la vida les sacó de la escuela muy temprano. Espero que esta dificultad sea un motivo más de orgullo por el trabajo de su hijo. Mi padre me inculcó la importancia del esfuerzo y la constancia, y mi madre la serenidad y el amor por todo lo que nos rodea. Habrás percibido por tanto que esta obra es suya también.

A mis hermanos y hermana, por rodearme de juegos y aventuras en mi niñez.

A mi segunda familia almuñequera, por estar siempre a mi lado y compartir mi ilusión.

A las madrinas de la novela, mis primeras lectoras, aquellas a las que entregué el manuscrito con miedo y vergüenza, casi en secreto. Gracias por las primeras correcciones y comentarios. Y los primeros ánimos.

Es posible que sepas que *La música de las esferas* tuvo una vida previa antes de llegar a convertirse en el libro que tienes en las manos. Se le conoció como “En clave de Sol” y tuvo una gran acogida en las plataformas de autopublicación. Todo ello fue posible gracias a mis amigos y compañeros de trabajo, que me auparon en la lista de los más vendidos haciendo correr el boca a boca. Muy agradecido estoy también a la gente de mi pueblo, Almuñécar (España), por el fabuloso recibimiento y la gran difusión que le ofrecieron en los medios. Mención aparte merece el apoyo que me brindaron los blogs literarios de internet que leyeron y reseñaron la obra, haciendo llegar la novela a más lectores sin pedir nada a cambio.

Mi gratitud también hacia mi agente, Montse Cortázar. Mi instinto me indicó que cuidaría bien de mi obra, y no me equivoqué. Ella se empeñó en que este libro merecía una buena editorial, y no cejó en su empeño hasta que lo consiguió.

Gracias a Penguin Random House Grupo Editorial S.A. por creer que esta historia inspirará y entretendrá a miles de personas.

Por último, agradecerte a ti, lector, por llevarte contigo este pedacito de mi alma. Al final el sueño se cumplió.

Pero sobre todo esto va por Alicia. *You are the Wind Beneath My Wings.*

Ficciones y realidades

Como habrás podido comprobar, en la novela se entremezclan elementos de ficción con personajes y momentos históricos reales. Si tienes interés, separemos un poco el grano de la paja.

Los lugares que visita Pitágoras son reales. Es conocido que realizó un periplo por el Mediterráneo empapándose de sus diversas culturas, y que quedó especialmente cautivado por la civilización egipcia. Como descubridor de las relaciones matemáticas entre las diferentes notas musicales, no podía faltar en la novela. También su presencia en Crotona (sur de Italia actualmente) es real, pues fue allí donde fundó su escuela y donde murió. El mirador circular desde donde medita mirando al sol es una invención que me sirvió para enlazarlo con la presencia allí de Christian Rosencreuzt varios siglos más tarde.

Las primeras referencias históricas a la Orden de la Rosacruz proceden de la *Fama Fraternitatis*, obra esotérica publicada en Kassel, Alemania, en el año 1614, de autor anónimo y desconocido, que ha sido sin embargo atribuida a Johann Valentin Andreae (1586-1654). Según la *Fama*, la Orden Rosacruz tendría sus orígenes en Christian Rosenkreuzt, personaje legendario nacido en 1378 en Alemania. A partir de 1393 este místico alemán iniciaría un periplo iniciático que le llevaría a visitar varios países lejanos como Damasco, Palestina, Tierra Santa, Egipto y Marruecos, entre otros, donde estudió durante años con maestros de las ciencias ocultas. Por tanto, su presencia en Crotona y su identificación con Pitágoras, si bien son una invención, no resulta descabellada.

También según la *Fama*, a su retorno a Alemania en el año 1407, fundó la Orden Rosacruz, que estaría constituida por un pequeño grupo de no más de ocho personas, indicándose sus nombres y funciones en el seno de la Orden. Cuando Christian Rosenkreuz murió en 1484, la Orden se extinguió y la localización de su tumba permaneció desconocida.

La trama que tiene como protagonista a Beethoven está basada en hechos históricos y personajes reales. Su viaje a Viena, su sordera, sus romances, sus amigos, su copista, y, por supuesto, la recreación de la primera interpretación de la Novena Sinfonía. Su encuentro con el manuscrito es, sin embargo, inventada. No obstante, el entorno en el que se movía podía haber propiciado algo parecido. La pertenencia de Mozart a la francmasonería está demostrada, quedan registros de ello en la logia de Viena. Durante los últimos años de su vida, compuso obras de simbología masónica, como la ópera “La flauta mágica”. El Conde Waldstein y el Príncipe Lichnowsky fueron personas reales. Ferdinand Ernst Gabriel von Waldstein era músico aficionado y patrón de las artes, y convenció a Karl Alois, conocido como Príncipe Lichnowsky, para que financiara el viaje de Beethoven a Viena. Waldstein fue miembro de la Orden Teutónica. Beethoven le dedicó en 1804 la Sonata para piano nº 21 en Do mayor, opus 53, también conocida como Sonata Waldstein o Aurora. Lichnowsky fue uno de los principales mecenas de Beethoven (como prueba, tiene dedicadas la Segunda Sinfonía y la sonata para piano “Patética”) y fue hermano masón de Mozart en la logia de Viena.

Luis II de Baviera y su obsesión por el compositor Richard Wagner, así como la extravagante arquitectura del castillo de Neuschwanstein están recogidos como son realmente. Su relación con la Hermandad Rosacruz es, sin duda, de mi cosecha, seducido por la más que atractiva coincidencia entre los personajes de leyenda de las obras de Wagner y la figura legendaria también de Christian Rosencreuzt. Espero que el lector no se moleste por haberle cambiado el apellido por el de Schwan para cuadrar la historia.

En cuanto a otros lugares de la novela, todos son reales y he tratado de describirlos con la mayor fidelidad: el Kalahari, Borobudur, Groenlandia, Isla de Pascua (Ahu Akivi, recinto de piedras “Te Pito o Te Henua”), Lisboa, Madrid (sede de la ADPI/SGAE, estación de Atocha...).

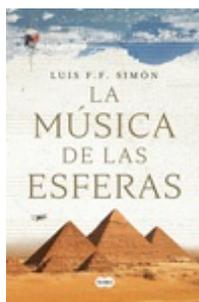
La historia del Obelisco de Manhattan y su traslado desde Alejandría a Nueva York es cierta, hasta el punto de que fue la familia multimillonaria Vanderbilt quien sufragó los gastos. Que el barco hizo escala en Gibraltar también es real, si bien que Wagner aprovechara para embarcar los tesoros rosacruces para llevarlos a América está por demostrar.

También los pueblos indígenas San, Rimba e Inuit son reales, evidentemente, como lo son los problemas que están sufriendo y de los que me hago eco en la novela.

Respecto a la historia de la música pop-rock del último siglo, se aportan datos que están contrastados (Nashville, edificio Brill, así como los problemas que han sufrido los grandes artistas que han cuestionado el orden establecido).

En cuanto a la neuromusicología, es una ciencia que está desarrollándose a pasos agigantados y que ya está dando sus primeros frutos. El ideal de conseguir curar a los enfermos por medio de canciones en lugar de medicamentos está lejos, pero no tanto. La neuroplasticidad es un reciente descubrimiento que está poniendo patas arriba lo que sabíamos hasta ahora de ese gran desconocido que es el cerebro humano.

UNA SINFONÍA CURATIVA, UN ENIGMA ANCESTRAL Y UNA EXCITANTE AVENTURA DIFÍCIL DE OLVIDAR.



Bajo extrañas circunstancias, Miko es comisionado para realizar la versión electrónica de una pieza contenida en una antigua caja de melodías. Días más tarde la composición explota como un éxito y él recibe una demanda por plagio. Alicia del Toro, una excelente abogada, es confiada con el caso para defender los intereses del artista. Juntos se embarcan en una trepidante aventura por Sudáfrica, Indonesia, Groenlandia y la Isla de Pascua para dar con más pistas del empleador de Miko. Poco a poco descubren que el misterio encerrado en la caja musical es mucho mayor a la sobredimensionada demanda.

Mientras tanto, el neurocientífico Peter Bigelow es incorporado a una sociedad secreta dedicada a controlar la producción musical. El origen de esta organización se remonta a Pitágoras quien diseñó una sinfonía con propiedades curativas, con la que Peter podría ayudar a su hermano en estado de coma y a la humanidad entera. El reto es conseguir su impecable interpretación.

Como en una melodiosa pieza, estas historias convergen para develar la máxima composición diseñada por el filósofo griego:
LA MÚSICA DE LAS ESFERAS.



Luis Francisco Fernández Simón nació en Almuñécar en 1975 y trabaja en Madrid como Ingeniero de Telecomunicaciones por la seguridad de las líneas ferroviarias de alta velocidad. De espíritu viajero, es un apasionado de la música y la literatura, las musas que inspiraron su primera novela. Aficionado a la ciencia divulgativa, las civilizaciones antiguas, los juegos matemáticos y los grandes personajes de la historia, siempre se está preguntando el porqué de las cosas. Le encanta subir crestas de montañas y bucear en arrecifes, y prefiere ser aprendiz de todo que maestro de una sola cosa. *La música de las esferas* es su primera novela y un éxito comercial en Amazon.

La música de las esferas

Primera edición digital: enero, 2018

D. R. © 2017, Luis Francisco Fernández Simón

D. R. © 2017, Sulay Hernández-Elhussein

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House / Daniel Bolívar, por el diseño de cubierta

D. R. © Istock, por la fotografía de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>)

ISBN: 978-607-316-128-2

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](#)



[@megustaleermex](#)

Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

Índice

La música de las esferas

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos